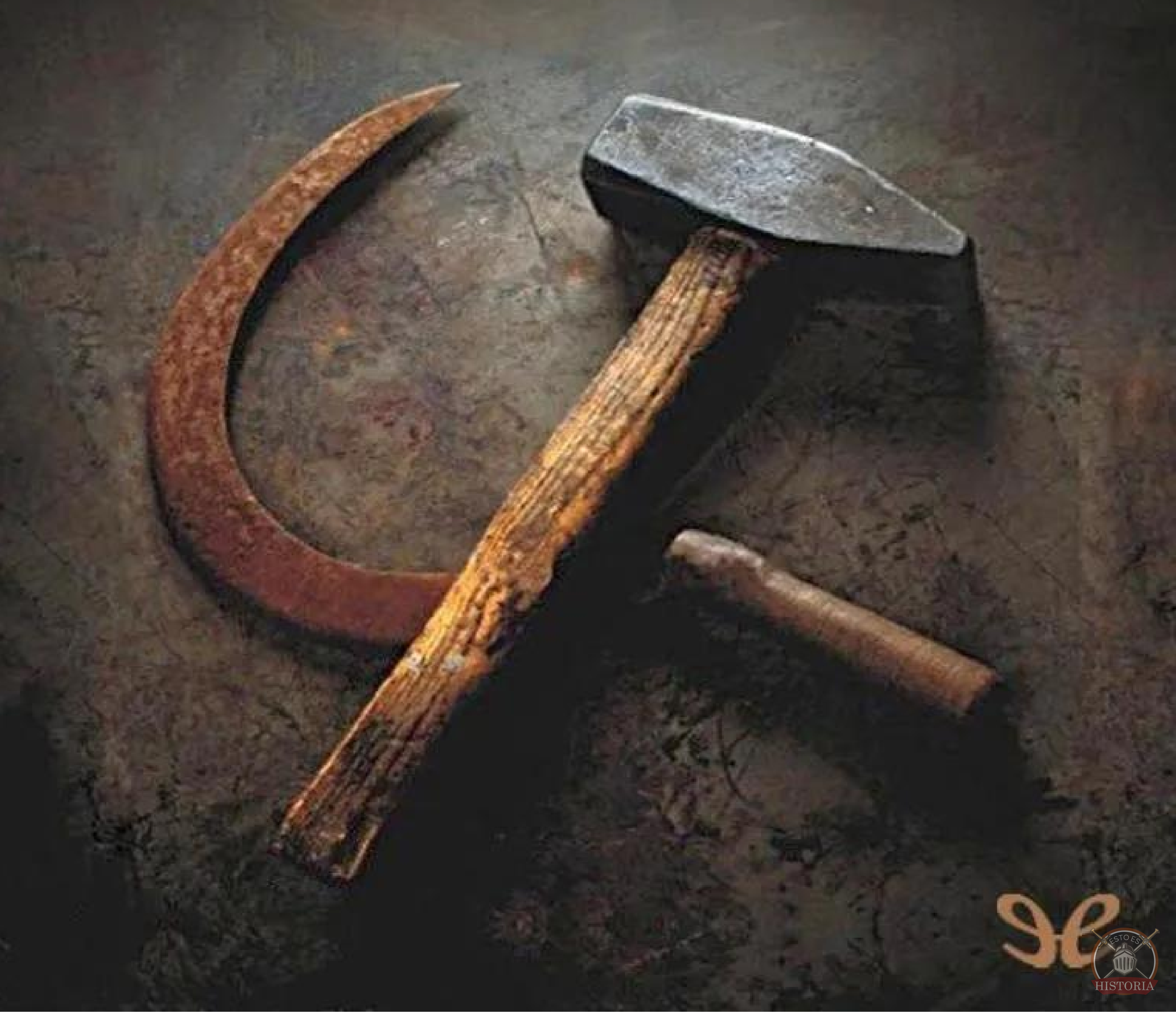
Un imperio fallido

La Unión Soviética durante la Guerra Fría

Vladislav M. Zubok



Basándose en documentación hasta ahora desconocida —actas del Politburó, diarios, telegramas cifrados y conversaciones grabadas— Vladislav M. Zubok nos ofrece un panorama de la historia de la Guerra Fría vista desde la perspectiva del Kremlin, que cambia por completo la visión que hasta ahora nos ofrecían los historiadores occidentales. Zubok nos permite comprender las aspiraciones, los intereses y los errores de percepción de los dirigentes soviéticos: las equivocaciones cometidas por Stalin, los arriesgados intentos de Jrushchov por reforzar la paz, la apasionada búsqueda de la distensión por Brezhnev y la forma en que Gorbachov, tratando de reformar la Unión Soviética, acabó destruyéndola. Nos muestra cuáles eran las preocupaciones reales de estos hombres y el error de las estrategias norteamericanas de contención, que sólo consiguieron reforzar su beligerancia. Este impresionante libro va a cambiar por completo la imagen que hasta hoy teníamos de la historia de la Guerra Fría.


ESTO ES HISTORIA

Vladislav M. Zubok



Un imperio fallido

La Unión Soviética durante la Guerra Fría

ePub r1.0
Titivillus 24.09.2019

Título original: *A Failed Empire. The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*
Vladislav M. Zubok, 2007
Traducción: Teófilo de Lozoya & Juan Rabasseda

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A mis padres, Martin y Liudmila Zubok

Prólogo

El presente libro explora las razones que movieron y guiaron a la Unión Soviética durante la Guerra Fría, una confrontación global con Estados Unidos y sus aliados. La desclasificación de numerosos archivos en Rusia y otros países del otrora bloque comunista ofrece fascinantes oportunidades para escribir sobre el pasado soviético. La abundancia de fuentes sobre política nacional y sobre el desarrollo social y cultural que se produjo tras el antiguo telón de acero es sorprendente. Actualmente podemos examinar deliberaciones del Politburó, seguir hora a hora la correspondencia telegráfica que mantuvieron los distintos líderes comunistas, observar cómo los impulsos de los máximos responsables iban filtrándose en el sistema burocrático, e incluso leer los diarios privados de los *apparatchiks* comunistas. Una serie de proyectos de historia oral de carácter crítico ha reunido a los veteranos del proceso de toma de decisiones y ofrece el trasfondo emocional que echamos a faltar en la documentación burocrática.

Con todas esas fuentes se ha hecho posible el estudio de la Guerra Fría, entendida no sólo como un choque de grandes potencias y una acumulación de armas letales. Ante todo, cualquier historia no deja de ser el relato sobre unos individuos y sus motivaciones, sus esperanzas, sus crímenes, sus ilusiones y sus errores. La Guerra Fría soviética tuvo numerosos frentes y dimensiones: desde el «Puesto de Control Charlie» en Berlín hasta las cocinas moscovitas, donde los disidentes hablaban de un comunismo «con rostro humano», desde el Politburó en el Kremlin hasta las residencias estudiantiles. Fue una guerra de nervios y recursos, pero principalmente se trató de una lucha de ideas y valores.[1] Además se han podido llevar a cabo verdaderos estudios comparativos internacionales, un avance intelectual que permite situar la política y la actitud soviética en una perspectiva más amplia: el contexto de *imperio*. Recientemente los especialistas han realizado numerosas investigaciones que arrojan luz sobre la influencia que ejercieron los aliados y los países satélites del Kremlin sobre la postura internacional soviética. Algunos de los descubrimientos más asombrosos llevados a cabo en la «nueva» historiografía de la Guerra Fría ponen de manifiesto hasta qué punto la República Popular de China, Corea del Norte, Alemania Oriental, Cuba, Afganistán y otros países clientes afectaron las motivaciones, los planes y los cálculos de Moscú.[2]

Esta expansión de los horizontes y los nuevos desafíos metodológicos han servido para crear el presente libro. Aunque soy un especialista ruso por mi nacionalidad y por mi escuela, he vivido y trabajado en Estados Unidos desde comienzos de los años noventa. Los meses dedicados a la investigación en los archivos rusos y americanos entre otros, mi participación en numerosas conferencias académicas internacionales y los intercambios realizados con colegas, amigos y críticos han ejercido una notabilísima influencia en los últimos quince años de mi vida. Mi colaboración en el proyecto televisivo de la CNN de veinticuatro capítulos dedicado a la historia de la Guerra Fría supuso una experiencia totalmente nueva que sirvió para darme cuenta de la importancia de las percepciones, las imágenes y la imaginación colectiva. Por último, mi labor docente en la Temple University me recuerda en todo momento que las enseñanzas y la experiencia del pasado no se transmiten de manera automática a las nuevas generaciones. Sin una investigación, un debate y una revisión constantes, las lecciones y la experiencia de la Guerra Fría se convierten en una serie de estadísticas sumamente aburridas. Aunque suponga todo un



desafío, es necesario abordar esta confrontación del pasado entre las dos grandes superpotencias y explicar cómo sirvió para condicionar el mundo moderno.

Este libro es una continuación de las investigaciones que empecé junto con Constantine Pleshakov hace más de una década.[3] Mi marco conceptual para explicar las motivaciones y el comportamiento de la URSS sigue siendo el mismo. Es un paradigma revolucionario-imperial. La seguridad y el poder fueron los objetivos principales de Stalin y sus sucesores. Estos líderes utilizaron todos los métodos disponibles de la política del poder y la diplomacia para promover los intereses estatales soviéticos en un mundo competitivo. Al mismo tiempo, las motivaciones de la política exterior de Stalin y sus sucesores no pueden separarse de *cómo pensaban* y *quiénes eran*. Los líderes de la Unión Soviética, al igual que las élites soviéticas y que millones de ciudadanos soviéticos, fueron los herederos de aquella gran revolución trágica y estuvieron motivados por una ideología mesiánica. Resulta imposible explicar las motivaciones de la URSS durante la Guerra Fría sin intentar comprender al menos cómo los líderes, las élites y el pueblo de la Unión Soviética entendían el mundo y se veían a sí mismos. Una manera de abordar esta cuestión es observando la ideología soviética. Otra manera de comprender las razones de la URSS es observando la experiencia soviética, especialmente el impacto que tuvo la Segunda Guerra Mundial en el país. Una tercera manera es estudiar las vidas de los líderes y las élites de la Unión Soviética, así como los factores culturales que los condicionaron.

El presente libro consta de diez capítulos, organizados alrededor de los grandes desarrollos, las principales políticas y los máximos líderes del bando soviético durante la Guerra Fría. El capítulo 1 analiza el enorme impacto que tuvo la Segunda Guerra Mundial en la clase política soviética y el pueblo en general y explica cómo la experiencia durante el conflicto bélico se tradujo en una búsqueda no sólo de seguridad, sino también de predominio geopolítico y de imperio externo. El capítulo 2 explica por qué la política de Stalin, que tan notables resultados tuvo en la construcción del imperio soviético, rompió la frágil cooperación de posguerra entre las grandes potencias y contribuyó al nacimiento de la Guerra Fría. El capítulo 3 utiliza el estudio específico de la política soviética en Alemania para poner de relieve la confrontación entre los planes geopolíticos del Kremlin y la realidad y la dinámica del imperio soviético en Europa Central. El capítulo 4 analiza los cambios en la política exterior soviética tras la muerte de Stalin, fruto no sólo de los nuevos objetivos ideológicos y geopolíticos que tenían los nuevos dirigentes, sino también de la política nacional soviética. El capítulo 5 estudia las repercusiones de la revolución termonuclear y de las nuevas tecnologías de misiles balísticos en el modo en que los soviéticos contemplaban su seguridad nacional, centrándome especialmente en la singular contribución de Jrushchov a la crisis más peligrosa de la Guerra Fría.

El capítulo 6 tiene una importancia capital, pues introduce el tema de la transformación social y cultural que experimentaron la sociedad y las élites soviéticas ya lejos del estalinismo. Analiza el romanticismo y el optimismo del período de desestalinización, así como las primeras fisuras que se produjeron en el frente nacional de la Guerra Fría y la aparición de una nueva generación, los «hombres y mujeres de los sesenta», fenómeno que se repetiría vigorosamente veinticinco años más tarde bajo el liderazgo de Mijail Gorbachov. El capítulo 7 fija su atención en las razones que impulsaron a los soviéticos hacia la distensión, con especial énfasis en la actuación y las motivaciones personales de Leonid Brezhnev. El capítulo 8 describe las percepciones soviéticas del declive de la distensión y el camino que llevó a los soldados soviéticos hasta Afganistán. El capítulo 9 aborda la transición de poder desde la vieja guardia del Kremlin hasta Mijail Gorbachov y la cohorte de «hombres y mujeres de los sesenta». En el último capítulo, que trata de las distintas interpretaciones que se han hecho del fin de la Guerra Fría y la caída de la Unión

Soviética, presento mi propia explicación, haciendo hincapié en el extraordinario papel de la personalidad de Gorbachov y su ideología romántica del «nuevo pensamiento».

Es evidente que el estudio de un período de la historia tan lleno de acontecimientos y sucesos no puede quedar completo en un solo volumen. Para enmendar cualquier descuido por mi parte en el estudio del tema que se trata en estas páginas, indico a los lectores un buen número de magníficos libros y artículos que analizan en profundidad la historia de la Guerra Fría desde una perspectiva realmente internacional. Espero que esta obra, con su focalización y su dedicación a las cuestiones más importantes, sirva para compensar la omisión de determinados acontecimientos y el enfoque superficial en los que otras hayan incurrido. La omisión que más me preocupa, sin embargo, es la falta de un análisis sistemático de la historia económica y financiera de la URSS. Los últimos capítulos de este libro ponen claramente de manifiesto que la naturaleza del malestar económico de los años setenta y ochenta que caracterizó el mandato de Brezhnev y los años siguientes, así como la incapacidad de la clase política a la hora de afrontarlo, contribuyeron en gran medida al declive de la influencia global de la Unión Soviética, y acabó siendo en último término una de las principales razones de la caída de la URSS. Asimismo, no cabe duda de que un profundo estudio del pensamiento militar soviético y de su complejo industrial me habría permitido convertir numerosas hipótesis inciertas, pero probables, sobre el comportamiento internacional de la Unión Soviética en conclusiones sólidas. Así pues, el mejor libro en la materia sigue siendo el que todavía está por escribir.

Las presentes páginas no habrían sido posibles sin los constantes ánimos, el firme apoyo y la vital inspiración de numerosos amigos y colegas. Mi gran suerte es haber pertenecido durante muchos años al círculo internacional de especialistas en la Guerra Fría. El Cold War International History Project at the Woodrow Wilson Center for International Scholars ha figurado en todo momento en el centro de dicho círculo. Mi camiseta de «veterano» del CWIHP trae a la memoria numerosas conferencias en las que presenté mis investigaciones y las enriquecí con nuevas perspectivas y aportaciones procedentes de ese círculo académico internacional. James G. Hershberg, David Wolf y Christian Ostermann, grandes exponentes los tres del CWIHP, me han ofrecido sus comentarios y consejos, su colaboración en el ámbito editorial y un rápido acceso a las fuentes de los archivos recientemente desclasificados. También quiero expresar mi más sentida gratitud a Melvyn Leffler, Jeffrey Brooks, William C. Wohlforth, James Blight, Philip Brenner, Archie Brown, Jack Madock, Robert English, Raymond Garthoff, Leo Gluchowsky, Mark Kxamer, Jacques Lévesque, Odd Arne Westad, Norman Naimark, Víctor Zaslavski y Eric Shiraev por compartir conmigo sus ideas, sus documentos y sus comentarios críticos. Mel Leffler puso a mi alcance los resultados de su investigación más reciente acerca de la política exterior americana. Chen Jian, uno de los mejores especialistas en historia de China y Estados Unidos con el que comparto un cumpleaños, me ayudó a entender numerosos matices de las relaciones entre el «gran hermano» (la URSS) y la República Popular China.

Comencé las investigaciones para este libro cuando estuve trabajando en el Archivo de la Seguridad Nacional, una biblioteca y un centro especializado no gubernamental absolutamente único, establecido en la actualidad en la George Washington University. Thomas S. Blanton, Malcolm Byrne, William Burr, Will Ferrogiaro, Peter Kornbluh, Sue Bechtel y Svetlana Savranskaya me ayudaron a combinar la investigación con la gran aventura de descubrir nuevos testimonios sobre la Guerra Fría en distintos archivos del mundo. Desde 2001, el departamento de historia de la Universidad de Temple ha sido para mí un nuevo hogar académico y el lugar en el que los profesores se relacionan con sus «clientes» más naturales, los estudiantes. Richard Immerman me convenció de que ciertos paralelismos entre la toma de decisiones y las acciones de americanos y soviéticos,



especialmente en el Tercer Mundo, no eran meros retazos de mi imaginación. Otros colegas míos, especialmente James Hilty, Howard Spodek, Jay B. Lockenour, David Farber, Petra Goedde y Hill Hitchcock, me dieron ánimos en el terreno tanto profesional como humano. Ralph Young ensanchó mis horizontes con sus relatos sobre el modo en que los americanos percibían la amenaza soviética en los años cincuenta y sesenta.

Este libro sería impensable sin el apoyo y los consejos de numerosos especialistas y archiveros de Rusia, entre ellos Vladimir Pechatnov, Sergei Mironenko, Oleg Naumov, Alexander Chubaryan, Natalia Yegorova, Nataha G. Tomilina, Tatiana Goriaeva, Zoia Vodopianova, Oleg Skvortsov, Yuri Smirnov, Leonid Gibianski, Elena Zubkova y Rudolf Pijoia. Sergei Kudriashov, editor de *Istocbnik*, expresó en todo momento su interés por mis investigaciones. El presidente de Georgia, Eduard Shevardnadze, encontró tiempo para concederme una entrevista y autorizó mi acceso al Archivo Presidencia de Georgia. Me siento profundamente agradecido al personal de la Fundación Gorbachov, el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política, el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa, el Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea, el Archivo Central de los Movimientos Públicos de Moscú, el Archivo Presidencial de Georgia y los Archivos Estatales de Armenia por la paciencia demostrada con mis interminables peticiones. Los veteranos de la Guerra Fría en Rusia me enseñaron, entre otras cosas, a evaluar los documentos en un contexto personal e histórico. Deseo dar las gracias especialmente a Anatoli Cherniaev, Anatoli Dobrinin, Georgi Shajnazarov, Karen Brutents, Georgi Arbatov, Georgi Kornienko, Nikolai Detinov, Victor Starodubov, Rostislav Sergeev, Yegor Ligachev, Sergo Mikoyan, David Sturua, Oleg Troyanovski y Alexander N. Yakovlev. Oleg Skvortsov me proporcionó las transcripciones de sus entrevistas con algunos veteranos de la administración Gorbachov, realizadas en el marco del Proyecto de Historia Oral sobre el Fin de la Guerra Fría, con asistencia del Archivo de Seguridad Nacional y del Instituto de Historia General, de la Academia Rusa de las Ciencias.

Las subvenciones de la Carnegie Corporation de Nueva York financiaron mis trabajos de investigación en Rusia, Georgia y Armenia. En varias etapas de mi trabajo, Jochen Laufer, Michael Lemke, Michael Thumann, Geir Lundestad, Olav Njolstad, Csaba Bekes, Alfred Rieber, Istvan Rev, Leopoldo Nuti, Victor Zaslavski, Elena Aga-Rossi y Silvio Pons me proporcionaron medios de investigación y financiación en Alemania, Noruega, Hungría e Italia. Recientemente el Collegium Budapest, la Scuola di Alti Studi IMT de Lucca, y la Libera Universitá Internazionale degli Studi Sociali (LUISS) Guido Carli me ofrecieron un ambiente magnífico y su generoso apoyo para la labor final de montaje del libro.

Mi gratitud más profunda la reservo a los que leyeron el manuscrito en su totalidad o por partes. John Lewis Gaddis y William Taubman leyeron varios borradores del manuscrito, incitándome en todo momento a hacerlo más claro y más breve. Ralph Young, Bob Wintermute y Uta Kresse-Raina realizaron una labor inestimable siendo mis primeros lectores. Jeffrey Brooks, William C. Wohlforth, David Farber, Richard Immerman, Petra Goedde, Victor Zaslavski, Howard Spodek y David Zierler me ofrecieron sus comentarios sobre distintas partes y capítulos de la obra. Y en la University of North Carolina Press, Chuck Grench y Paula Wald hicieron gala de su paciencia y me suministraron su ayuda en todo momento.

La redacción de un libro y la investigación exigen soledad, pero también el apoyo incansable de los seres queridos. Mi esposa, Elena, mis hijos, Andrei y Misha, y mis padres, Liudmila y Martin Zubok, constituyeron mi grupo de apoyo más importante. Mis padres fueron en todo momento fuente de inspiración de este libro. Tardé mucho tiempo en escribir algo sobre la Guerra Fría soviética. En cambio mis padres tuvieron que vivirla desde el principio hasta el final. A ellos va dedicado mi libro.

1

El pueblo soviético y Stalin entre la guerra y la paz, 1945

> Roosevelt pensaba que los rusos iban a llegar y a inclinarse ante América pidiendo limosna, pues Rusia es un país pobre, sin industria, sin pan. Pero nosotros veíamos las cosas de manera distinta, pues el pueblo estaba dispuesto a sacrificarse y a luchar.
>
> MOLOTOV,
> junio de 1976

> No nos guían las emociones, sino la razón, el análisis y el cálculo.
>
> STALIN,
> 9 de enero de 1945

La mañana del 24 de junio de 1945 la lluvia caía a raudales en la Plaza Roja de Moscú, pero apenas era percibida por las decenas de miles de soldados de élite soviéticos que allí se hallaban congregados. Estaban en posición de firme, dispuestos a desfilar por la plaza para celebrar su victoria sobre el Tercer Reich. A las diez en punto el mariscal Georgi Zhukov apareció por las puertas del Kremlin a lomos de un caballo blanco y dio la señal para que comenzara el Desfile de la Victoria. En el momento cumbre de la celebración, los oficiales, engalanados con sus condecoraciones, arrojaron doscientos estandartes capturados a los alemanes ante el pedestal del mausoleo de Lenin. El boato y la pompa del desfile eran impresionantes, pero inducían a engaño. Pese a su victoria, la Unión Soviética era una especie de gigante exhausto. «La construcción del imperio de Stalin se consiguió a costa de ríos de sangre soviética», afirma el historiador británico Richard Overy.[1] Cuánta sangre se necesitó exactamente sigue siendo objeto de debate entre los especialistas en historia militar y los expertos en demografía. Al contrario de la percepción habitual en Occidente, las reservas humanas soviéticas no eran ilimitadas; al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el ejército soviético necesitaba desesperadamente tanto material humano como pudiera necesitarlo el ejército alemán. No es de extrañar que los expertos y los dirigentes soviéticos evaluaran con precisión los daños sufridos por su país durante la invasión nazi, pero temieran revelar el verdadero número de bajas humanas. En febrero de 1946 Stalin comunicó que la URSS había perdido siete millones de almas. En 1961, Nikita Jrushchov «elevó» ese número a veinte millones. Desde 1990, tras una investigación oficial, el número de pérdidas humanas ha sido elevado a 26,6 millones, incluidos 8 668 400 individuos de personal uniformado. Pero hasta este número sigue siendo objeto de debate, pues algunos especialistas rusos afirman que no refleja la cifra real de muertos.[2] Vistas las cosas retrospectivamente, la Unión Soviética consiguió una victoria pírrica sobre la Alemania nazi.

Las innumerables pérdidas sufridas en el curso de los combates y entre la población civil fueron consecuencia tanto de la invasión y las atrocidades de los nazis como de los



métodos de guerra total practicados por las autoridades militares y políticas de la URSS. La sorprendente indiferencia por la vida humana fue una característica de la conducta soviética durante la guerra desde su estallido hasta su finalización. En cambio, el número total de pérdidas humanas que tuvo Estados Unidos en los dos principales escenarios del conflicto, Europa y el Pacífico, no pasó de 293 000.

Las pruebas que han salido a la luz tras la caída de la Unión Soviética corroboran los antiguos informes de los servicios de inteligencia norteamericanos que indicaban una debilidad *económica* de los soviéticos.[3] Las estimaciones oficiales valoraban la totalidad de los daños en seiscientos setenta y nueve mil millones de rublos. Esta cifra, según dichas estimaciones, «supera la riqueza nacional de Inglaterra o Alemania y constituye un tercio de toda la riqueza nacional de Estados Unidos». Al igual que con el número de pérdidas humanas, se calcula que los daños materiales fueron ingentes. Más tarde la Unión Soviética cifraría el coste de la guerra en 2,6 billones de rublos.[4]

Los nuevos testimonios ponen de manifiesto que la inmensa mayoría de los funcionarios y del pueblo soviético no querían que se desencadenaran conflictos con Occidente y que preferían concentrarse en una reconstrucción pacífica. Pero, como bien sabemos, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial el comportamiento de los soviéticos en Europa del Este se caracterizó por la brutalidad y la intransigencia. En Oriente Medio y en Extremo Oriente la Unión Soviética ejerció una gran presión para instalar sus bases, obtener concesiones petrolíferas y ganarse una esfera de influencia. Todo ello, junto con una retórica ideológica, llevó gradualmente a Moscú a una clara confrontación con Estados Unidos y Gran Bretaña. ¿Cómo pudo un país tan exhausto y arruinado levantarse contra Occidente? ¿Qué factores internos y externos explican el comportamiento internacional que adoptó la Unión Soviética? ¿Cuáles eran los objetivos y las estrategias de Stalin?

TRIUNFO Y RESACA

La guerra contra los nazis tuvo un efecto liberador en la ciudadanía soviética.[5] Durante los años treinta el terror indiscriminado impuesto por el estado había borrado una y otra vez las fronteras entre el bien y el mal: un individuo podía ser «un soviético como es debido» hoy y, al día siguiente, un «enemigo del pueblo». La parálisis social, fruto del gran terror de los años treinta, había desaparecido en el crisol de la guerra, y mucha gente volvía a pensar y a actuar de manera independiente. En las trincheras se forjaron lazos de camaradería, y se confió de nuevo en el prójimo. Al igual que ocurriera en los países europeos durante la Primera Guerra Mundial, en la URSS de la Gran Guerra Patriótica apareció una «generación del frente» o «generación de la victoria». Los que pertenecieron a ese grupo satisficieron su necesidad de amistad, solidaridad y cooperación, elementos que a menudo les faltaban en casa. Para algunos esa etapa constituyó la experiencia más importante de su vida.[6]

La guerra tuvo otros efectos muy profundos. La ineptitud, las meteduras de pata, el egoísmo y las mentiras de las instancias oficiales durante la gran retirada soviética de 1941-1943 socavaron la autoridad del estado, de las instituciones del partido y de numerosos dignatarios. La liberación de Europa Oriental permitió que millones de personas escaparan del ambiente xenófobo soviético y conocieran otros países por primera vez en su vida. Los sacrificios de la guerra convalidaron el idealismo y el romanticismo entre los mejores representantes de la joven *intelligentsia* soviética, que se unieron al ejército como voluntarios. El espíritu de una guerra justa contra el nazismo y sus experiencias en el extranjero llevaron a esos individuos a soñar una liberalización política y cultural. La alianza entre la Unión Soviética y las democracias occidentales pareció crear un marco idóneo que posibilitaba la introducción de las libertades civiles y los derechos humanos.[7] Incluso algunos personajes destacados que se hacían muy pocas ilusiones compartieron ese sueño. En una conversación con el periodista Ilya Ehrenburg, el escritor Alexei Tolstoi se preguntaba: «¿Qué ocurrirá después de la guerra? La gente ya no es la misma». En los años sesenta, Anastas Mikoyan, miembro del círculo más íntimo de Stalin, recordaría que millones de soviéticos que regresaron de Occidente «habían experimentado un cambio radical; sus horizontes se habían ampliado, y sus exigencias eran distintas». Había una nueva idea omnipresente: todo el mundo merecía un trato mejor del régimen.[8]

En 1945, algunos oficiales del ejército soviético, cultos y de alto nivel intelectual, se sintieron como los decembristas. (Los mejores oficiales jóvenes del ejército ruso, que habían regresado de la guerra contra Napoleón empapados del liberalismo político, serían más tarde los organizadores de la insurrección militar contra la autocracia, los llamados «decembristas»). Uno de ellos, recordando esos tiempos, haría la siguiente observación: «Me parecía que a la Gran Guerra Patriótica le seguiría inevitablemente un vigoroso resurgimiento social y literario, como sucedió tras la guerra de 1812, y yo tenía prisa por participar en ese resurgimiento». Los jóvenes veteranos de guerra esperaban que el estado les recompensara por su sufrimiento y sus sacrificios «con una mayor confianza y más derechos de participación, y no sólo con abonos de autobús gratuitos». Entre ellos había futuros librepensadores que, tras la muerte de Stalin, participarían en el deshielo social y cultural y que al final apoyarían las reformas de Mijail Gorbachov.[9]

Ningún otro acontecimiento desde la Revolución rusa configuró las identidades nacionales del pueblo soviético como la experiencia de la guerra. Este fenómeno afectó especialmente a la etnia rusa, cuya conciencia nacional había sido bastante débil en comparación con otros grupos étnicos de la URSS.[10] A partir de mediados de los años



treinta, el partido y las burocracias del estado se nutrieron principalmente de rusos, y la historia de Rusia se convirtió en la espina dorsal de una nueva doctrina oficial del patriotismo. Las películas, las obras de ficción y los libros de historia presentaban a la URSS como la sucesora de la Rusia imperial. Príncipes y zares, los «forjadores» del gran imperio, pasaron a ocupar el lugar del «proletariado internacional» en el panteón de los héroes. Pero fue la invasión alemana lo que proporcionó a los rusos un nuevo sentimiento de unidad nacional.[11] Nikolai Inozemtsev, sargento de los servicios de inteligencia de artillería y futuro director del Instituto para la Economía Mundial y las Relaciones Internacionales, escribía en su diario la siguiente observación en julio de 1944: «La rusa es la nación con más talento y mejor dotada del mundo, con capacidades ilimitadas. Rusia es el mejor país del mundo, pese a todas nuestras deficiencias y desviaciones». Y el Día de la Victoria añadió: «Los corazones de todos nosotros rebosan orgullo y alegría: "¡Nosotros, los rusos, podemos hacer lo que nos propongamos!". Ahora, todo el mundo es consciente de ello. Y esta es la mejor garantía para nuestra seguridad en el futuro».[12]

La guerra también puso de manifiesto las facetas más desagradables y reprimidas del ejército soviético. El estalinismo convirtió en víctima al pueblo soviético, pero también agotó sus reservas de decencia. Muchos reclutas del ejército soviético habían crecido como chusma callejera, como niños de los suburbios, y nunca habían adquirido las costumbres propias de una vida urbana civilizada.[13] Cuando millones de oficiales y soldados soviéticos cruzaron las fronteras de Hungría, Rumanía y el Tercer Reich, algunos de ellos perdieron su conciencia moral en medio del frenesí del saqueo, del alcohol, de la destrucción del bien ajeno, del asesinato de civiles y de la violación sexual. La población civil y la propiedad privada de lo que quedó de Alemania y Austria sufrieron repetidas y feroces oleadas de violencia por parte de los soldados rusos.[14] Un periodista militar soviético, Gregori Pomerants, quedó impactado al finalizar la guerra por «las atrocidades cometidas por héroes que habían avanzado cruzando las líneas de fuego desde Stalingrado hasta Berlín». ¡Qué lástima que el pueblo ruso no hubiera mostrado esa misma energía para reclamar sus derechos civiles![15]

Un nuevo patriotismo centrado en la identidad rusa generó un sentido de superioridad que justificaba cualquier acto de brutalidad. La batalla de Berlín se convertiría en la piedra angular de ese nuevo sentimiento de grandeza y poder ruso.[16] La nueva mitología de la victoria reprimió cualquier recuerdo de la reciente carnicería (innecesaria desde el punto de vista militar) y la brutalidad empleada contra los civiles. Y el culto a Stalin pasó a ser un fenómeno de masas, admitido ampliamente por millones de rusos y no rusos. Un veterano de guerra y escritor, Victor Nekrasov, recordaría: «Los vencedores están por encima de cualquier juicio. ¡Habíamos perdonado a Stalin todos sus crímenes!».[17] Durante décadas, millones y millones de veteranos de guerra han celebrado el Día de la Victoria como una fiesta nacional, y muchos de ellos brindan por Stalin como su caudillo de la victoria.

En la vida real, las consecuencias positivas y negativas de la guerra se entremezclaron y se difuminaron. Las chucherías, la ropa, los relojes y otros trofeos europeos traídos a Rusia como botín tuvieron el mismo efecto que los productos norteamericanos con los que Estados Unidos ayudó a los aliados al término de la guerra: hicieron que los soldados y los obreros rusos, y sus familiares, fueran más conscientes de que no vivían en el mejor mundo posible, a diferencia de lo que proclamaba la propaganda del estado.[18] Los mismos veteranos de guerra que saquearon y hostigaron a la población civil europea empezaron a desairar abiertamente a los oficiales del NKVD y el SMERSH, los temibles departamentos de la policía secreta. Algunos llegaron a desafiar públicamente a los propagandistas oficiales, y no se les haría callar en las reuniones de partido. Según numerosos informes, oficiales y soldados se enfrentaron a las autoridades locales, e incluso distribuyeron panfletos instando al «derrocamiento del poder de la injusticia». El SMERSH informó de que varios oficiales murmuraban que «hay que volar por los aires

este burdel socialista y mandarlo al infierno». Esta actitud se daba especialmente entre los soldados soviéticos destacados en Austria, Alemania Oriental y Checoslovaquia.[19]

Pero la actitud rebelde nunca desembocó en una rebelión. Cuando pasó el momento de los grandes esfuerzos extremos de la guerra, la mayor parte de los veteranos cayó en un estupor social e intentó adaptarse a la vida cotidiana. Pomerants recuerda que «en el otoño de 1946 muchos soldados y oficiales desmovilizados perdieron toda su fuerza de voluntad y se volvieron unos blandos». En la vida de posguerra, añade, «todos nosotros, con nuestras condecoraciones, medallas y menciones, nos convertimos en nada». En las zonas rurales, en los pueblos y en los suburbios de las ciudades, muchos acabaron alcoholizados, convertidos en vagabundos o ladrones. En Moscú, Leningrado y otros grandes centros urbanos, los jóvenes líderes en potencia que había entre los veteranos fueron descubriendo que el único camino para culminar sus aspiraciones sociales y políticas era emprender una carrera en el partido. Algunos tomaron ese camino. Muchos más fueron los que encontraron su vía de escape a través de un intenso aprendizaje, aunque también en lo que más gusta a los jóvenes: las aventuras amorosas y la diversión.[20]

En gran medida, aquella pasividad fue fruto del estado de convulsión y del agotamiento que sufrieron muchos veteranos cuando regresaron a casa. Poco después de su desmovilización, Alexander Yakovlev, futuro *apparatchik* del partido y seguidor de Gorbachov, mientras se encontraba en la estación de tren de su ciudad observando los vagones que trasladaban a los prisioneros de guerra soviéticos desde los campos de concentración alemanes hasta los campos de trabajo soviéticos en Siberia, se dio cuenta repentinamente de otras duras realidades de la vida de su país: niños hambrientos, la confiscación de grano a los campesinos y las condenas de reclusión por delitos menores. «Cada vez resultaba más evidente que todo el mundo mentía», comenta a propósito del triunfalismo público que se desató al finalizar la guerra.[21] Otro veterano, el futuro filósofo Alexander Zinoviev, recordaría: «la situación del país resultó mucho peor de lo que imaginábamos por los rumores que corrían, viviendo [con el ejército de ocupación soviético en el extranjero] en medio de un fabuloso bienestar. La guerra agotó los recursos del país».[22] La guerra hizo estragos principalmente en las zonas rurales de Rusia, Ucrania y Bielorrusia: algunas regiones perdieron a más de la mitad de los «trabajadores de sus granjas colectivas», en su mayoría varones.[23]

A diferencia de los soldados norteamericanos, que por lo general encontraron una situación próspera cuando volvieron a su país y se reincorporaron con facilidad a la vida familiar como civiles, a los veteranos de guerra soviéticos les aguardaría a su regreso un sinfín de tragedias de vidas arruinadas, el sufrimiento de los que habían acabado mutilados o lisiados y las vidas rotas de millones de viudas y huérfanos. Había unos dos millones de personas reconocidas oficialmente como «inválidas» con minusvalías físicas o problemas mentales. Incluso cayeron algunos veteranos aparentemente sanos, víctimas de enfermedades inexplicables; los hospitales estaban abarrotados de pacientes jóvenes.[24]

El pueblo soviético ansiaba paz y estabilidad después de la guerra. Una sensación de cansancio de los conflictos bélicos y de los valores militares se adueñó de la sociedad urbana y rural de la URSS. Ya no quedaba nada de aquel patrioterismo y aquel nacionalismo romántico que a finales de los años treinta habían inspirado a la juventud, especialmente a la más culta, tanto a hombres como a mujeres.[25] Por otro lado, la cultura de xenofobia y el mito estalinista del asedio hostil permanecían arraigados en las masas. El ciudadano medio solía creer la propaganda oficial que culpaba a los aliados occidentales de la falta de mejoras inmediatas y de los resultados tan poco satisfactorios de la guerra. Y lo que es más importante, el pueblo soviético carecía del vigor y las instituciones necesarias para seguir con la «progresiva desestalinización» comenzada



durante la Gran Guerra Patriótica. Muchos veneraban más que nunca a Stalin como gran líder.[26] El pueblo ruso en concreto no supo transformar su sorprendente despertar nacional durante la guerra en una cultura de autoestima del individuo ni en una acción civil autónoma. Para grandes sectores de la sociedad rusa, el triunfo en la Segunda Guerra Mundial quedaría vinculado para siempre a la idea de gran potencia, de gloria colectiva y de luto ritual por los caídos.[27] Cuando empezara la Guerra Fría, esos sentimientos de las masas serían de gran utilidad para Stalin. Lo ayudarían a llevar a cabo su política exterior y a acabar con cualquier forma de descontento y disensión que pudiera surgir en el interior.

TENTACIONES DEL «IMPERIALISMO SOCIALISTA»

Las élites soviéticas opinaban que la victoria era fruto de su esfuerzo colectivo, y no del liderazgo de Stalin exclusivamente. El 24 de mayo de 1945, en el curso de un suntuoso banquete celebrado en el Kremlin en honor de los mandos del Ejército Rojo, ese sentimiento se hizo prácticamente palpable, y dio la impresión de que Stalin cedía ante él. Pavel Sudoplatov, agente del NKVD y organizador del movimiento de guerrillas durante la guerra, recordaría: «nos miró a todos, jóvenes generales y almirantes, como si fuéramos la generación que él había criado, sus hijos y herederos». ¿Estaba dispuesto Stalin a llevar las riendas del país junto con la nueva clase dirigente (la *nomenklatura*) del mismo modo que había aprendido a confiar en ella durante la guerra?[28]

Por otro lado, la victoria y el avance sin precedentes del poder soviético hasta el corazón de Europa venían a estrechar los lazos existentes entre las élites y Stalin. Mikoyan recordaría su sentimiento de júbilo por la asociación de camaradería que volvió a surgir alrededor de la persona de Stalin durante la guerra. Estaba firmemente convencido de que las sangrientas purgas de los años treinta no iban a repetirse. «Una vez más», comentaría, «los que colaboraban con Stalin sentían afecto por él y confiaban en su criterio». Ese mismo sentimiento de afecto y esa misma confianza eran compartidos por miles de funcionarios y oficiales del ejército, la política y la economía.[29] La mayoría rusa y rusificada que servía en la burocracia civil y militar veneraba a Stalin no sólo como líder de la guerra, sino también como líder *nacional*. Durante la guerra, el término *derzhava* («gran potencia») pasó a formar parte del léxico oficial. Las películas y las novelas glorificaban a los príncipes y zares rusos que habían construido un estado ruso fuerte frente a la amenaza que suponían los enemigos externos e internos. En el mismo banquete del que habla Sudoplatov, Stalin alzó su copa para brindar «por la salud del pueblo soviético». El dictador colmó de elogios al pueblo ruso por su singular paciencia y su lealtad al régimen: haciendo gala de «una mente clara, un carácter firme y un gran tesón», había realizado heroicos sacrificios, convirtiéndose así en «la fuerza decisiva que garantizó la histórica victoria».[30] De ese modo, en vez de ensalzar a todos los oficiales *soviéticos* por igual, Stalin puso por delante a los *rusos*.

Se emprendieron campañas de rusificación en las nuevas regiones fronterizas de la URSS, principalmente en el Báltico y en Ucrania. Ello supuso algo más que una simple presión cultural; en la práctica comportó la deportación forzosa a Siberia y Kazajstán de cientos de miles de letones, lituanos, estonios y ciudadanos de Ucrania Occidental. En sus hogares se instalaron decenas de millares de emigrantes procedentes de Rusia, la Rusia Blanca y del sector oriental de Ucrania (de lengua rusa). La policía secreta y la Iglesia ortodoxa restaurada, cuyo patriarcado se hallaba bajo control estatal, tomaron las medidas pertinentes para apartar del control del Vaticano a las iglesias católicas fronterizas, y también a las parroquias de la Iglesia greco-católica ucraniana, que se sometían a la autoridad papal.[31]

Los rusos fueron ascendidos a los sectores más importantes y delicados del aparato estatal, sustituyendo a los no rusos, especialmente a los judíos. El sistema burocrático de Stalin descubrió durante la Segunda Guerra Mundial, en palabras de Yuri Slezkine, que «los judíos, como nacionalidad soviética, eran en esos momentos una diáspora étnica» con demasiados contactos en el extranjero. Esto significaba también que la *intelligentsia* soviética, en la que los judíos eran el grupo más numeroso, «no era verdaderamente rusa, y por lo tanto tampoco era plenamente soviética». Antes incluso de que las tropas soviéticas descubrieran los campos de exterminio nazis de Polonia, el jefe de la propaganda soviética, Alexander Scherbakov, siguiendo órdenes de Stalin, lanzó una



campaña secreta para «purificar» de judíos el partido y el estado. Se decidió ocultar toda información relativa al heroísmo de esa comunidad durante la guerra, así como los horribles testimonios del holocausto. Muchos ciudadanos soviéticos empezaron a contemplar a los judíos como los primeros en huir del enemigo, buscando refugio en la retaguardia, y los últimos en marchar al frente. Un sentimiento popular de antisemitismo se propagó como el fuego, apoyado e incitado ahora por las autoridades. Cuando acabó la guerra, la purga de judíos planificada en el aparato estatal se extendió rápidamente a todas las instituciones soviéticas.[32]

La manipulación de los símbolos tradicionales y las instituciones y la aparición del antisemitismo oficial conllevarían importantes riesgos a largo plazo para el estado estalinista. Los rusos elogiaban al gran líder, pero los ucranianos y otras nacionalidades se sentían insultados e incluso ofendidos. Muchos oficiales y numerosos personajes públicos, judíos y no judíos, vieron en el antisemitismo estatal un duro golpe contra su fe en el «internacionalismo» comunista. En el corazón de las burocracias soviéticas se abrieron grietas y fisuras como consecuencia de la manipulación de los sentimientos nacionalistas por parte de Stalin, pero esto sólo se descubriría mucho más tarde.[33]

Otro lazo que unía al líder del Kremlin con las élites soviéticas era su chovinismo de gran potencia y su afán expansionista. Tras la victoria de Stalingrado, la Unión Soviética asumió un papel principal en la coalición de las grandes potencias, y este hecho tendría un efecto intoxicador en muchos miembros de la *nomenklatura* soviética. Incluso algunos «viejos bolcheviques» como Ivan Maiski o Maxim Litvinov comenzaron a hablar utilizando el lenguaje de la expansión imperialista, planeando crear esferas soviéticas de influencia y tener acceso a rutas marítimas estratégicas. En enero de 1944 Maiski escribía a Stalin y a Viacheslav Molotov, comisario de asuntos exteriores, diciéndoles que, después de la guerra, la URSS debía posicionarse de manera que resultara «impensable» para cualquier combinación de estados europeos o asiáticos suponer una amenaza a la seguridad soviética. Sugería la anexión del sur de Sajalín y el archipiélago de las Kuriles que se encontraban bajo el dominio nipón. También proponía que la URSS debía disponer de «un número suficiente de bases militares, aéreas y navales» en Finlandia y Rumanía, así como de rutas estratégicas de acceso al golfo Pérsico a través de Irán.[34] En noviembre de 1944 Litvinov remitió un memorándum a Stalin y a Molotov en el que se especificaba que, una vez acabada la guerra, la esfera de influencia soviética en Europa (sin concretar la naturaleza de dicha «influencia») debía extenderse a Finlandia, Suecia, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, «los países eslavos de la península balcánica e incluso Turquía». En los meses de junio y julio del año siguiente afirmó que la URSS debía penetrar en zonas de influencia británica tan tradicionales como el canal de Suez, Siria, Libia y Palestina.[35]

El antiguo secretario general de la Komintern, por entonces jefe del nuevo departamento del partido para información internacional, Georgi Dimitrov, consideraba que el Ejército Rojo era un instrumento de la historia más importante que los propios movimientos revolucionarios. A finales de julio de 1945, mientras Stalin y Molotov mantenían las negociaciones en Potsdam con los líderes occidentales, Dimitrov y su lugarteniente, Alexander Paniushkin, les escribieron en los siguientes términos: «En la situación internacional actual, los países de Oriente Medio están adquiriendo cada vez más relevancia, y es preciso que les prestemos nuestra mayor atención. Debemos analizar activamente la situación de dichos países y tomar ciertas medidas *en interés de nuestro estado».*[36]

Ese espíritu de «imperialismo socialista» reinante entre los oficiales soviéticos se solapaba con los objetivos y las ambiciones de Stalin. El líder del Kremlin sabría aprovecharse de ello pues, una vez concluida la guerra, seguiría construyendo la Unión Soviética como una superpotencia militar.

La retórica de Stalin en el sentido de que todos los eslavos debían unirse frente al resurgimiento de una futura amenaza alemana tendría una gran resonancia entre la mayor parte de los oficiales soviéticos. Cuando en marzo de 1945 el ministro de la producción de carros armados, Viacheslav Malishev, escuchó a Stalin hablar de los «nuevos leninistas eslavófilos», escribió lleno de entusiasmo en su diario acerca de «todo un programa a desarrollar en los años venideros». No tardó en difundirse una nueva versión del paneslavismo entre los burócratas de Moscú. El general ruso Alexander Gundorov, jefe del Comité Paneslavo patrocinado por el estado, programó la convocatoria de un primer Congreso Eslavo a comienzos de 1946, tras asegurar al Politburó que ya había un «nuevo movimiento de masas de países eslavos».

Leonid Baranov, supervisor de dicho comité en el aparato del partido central, comenzó a definir al pueblo ruso como el hermano mayor del polaco. Molotov, al final de sus días, consideraba al ruso el único pueblo en posesión de una «aptitud interna» para llevar a cabo empresas «de gran envergadura». Para muchos funcionarios y oficiales rusos, la distinción entre la expansión de la influencia y las fronteras soviéticas por razones ideológicas y de seguridad y el tradicional chovinismo ruso de gran potencia se haría cada vez más borrosa.[37]

Para muchos altos oficiales y jefes militares de la Unión Soviética en la Europa ocupada, el imperialismo se convirtió en una cuestión de interés personal. Dejaron a un lado el código bolchevique de modestia y aversión a las propiedades y actuaron como conquistadores españoles, dedicándose a acumular botín de guerra. El mariscal Georgi Zhukov transformaría sus casas de Rusia en verdaderos museos llenándolos de costosas piezas de porcelana y pieles, cuadros, terciopelo, oro y seda. Alexander Govolanov, mariscal de las fuerzas aéreas soviéticas, desmanteló la casa de campo de Goebbels para trasladarla a Rusia. El general del SMERSH Ivan Serov se apropió de los tesoros hallados en un escondite, entre los cuales supuestamente figuraba la corona del rey de los belgas.[38] Otros mariscales, generales y jefes de la policía secreta soviéticos tampoco tuvieron reparos en llenar las bodegas de los aviones con cargamentos de lencería, cuberterías y muebles, así como de oro, antigüedades y cuadros que volaron hasta la URSS. Durante los primeros meses de caos en Alemania, los soviéticos, en su mayoría jefes militares y altos funcionarios, enviaron a su país unos cien mil vagones de tren repletos de «materiales de construcción» diversos y «artículos para el hogar». Entre los objetos incautados había sesenta mil pianos, cuatrocientos cincuenta y nueve mil aparatos de radio, ciento ochenta y ocho mil alfombras, casi un millón de «piezas de mobiliario», doscientos sesenta y cuatro mil relojes de pared y de pie tipo carillón, seis mil vagones llenos de papel, quinientos ochenta y ocho llenos de vajillas y artículos de porcelana, tres millones trescientos mil pares de zapatos, un millón doscientos mil abrigos, un millón de sombreros y siete millones cien mil prendas de confección entre abrigos, vestidos, camisas y ropa interior. Alemania se convertiría para los soviéticos en un gran centro comercial en el que todo les salía gratis.[39]

Incluso a juicio de algunos oficiales menos rapaces, el gran sufrimiento de la Unión Soviética durante la guerra y el ingente número de caídos justificaban esas indemnizaciones de guerra en Alemania y sus países satélites. En febrero de 1945 Ivan Maiski, jefe del destacamento especial para indemnizaciones de guerra, escribía las siguientes líneas en su diario mientras atravesaba Rusia y Ucrania para dirigirse a la Conferencia de Yalta: «Las marcas de la guerra salpican todo el camino: edificios destruidos a uno y otro lado de la carretera, vías férreas cortadas, aldeas incendiadas, tuberías rotas, escombros, puentes bombardeados». Maiski hacía referencia al sufrimiento del pueblo soviético para defender el derecho a recibir indemnizaciones más elevadas y para apoyar el envío a la Unión Soviética de material industrial alemán.[40] También se podía oír el argumento de que las pérdidas soviéticas justificaban el imperialismo y el



expansionismo de posguerra. En Leningrado los confidentes de la policía secreta informaron de que un catedrático de filosofía se había pronunciado en los siguientes términos: «No soy chovinista, pero la cuestión del territorio polaco y la de nuestras relaciones con países vecinos me preocupan muchísimo después del gran número de bajas que hemos sufrido». Más tarde este razonamiento se convertiría en una idea popular para justificar el predominio de la URSS en Europa Oriental y sus pretensiones territoriales en países vecinos.[41]

El historiador Yuri Slezkine comparaba la Unión Soviética de Stalin con un «piso comunal» en el que todas las grandes nacionalidades («con título») poseían «habitaciones» independientes, pero «compartían servicios» comunes, como, por ejemplo, el ejército, la seguridad y la política exterior.[42] No obstante, los líderes de las repúblicas, como hacían los que vivían en los verdaderos pisos comunales soviéticos, abrigaban intereses particularistas tras la lealtad que expresaban al *ethos* colectivista. En la práctica, vieron en la victoria obtenida en la Segunda Guerra Mundial el momento idóneo para expandir sus fronteras a costa de los vecinos. Los oficiales soviéticos de Ucrania, la Rusia Blanca, Georgia, Armenia o Azerbaiyán también desarrollaron un afán imperialista mezclado con aspiraciones nacionalistas. Los oficiales del partido ucraniano formaban, después de los rusos, el grupo más numeroso e importante de la *nomenklatura*. Se regocijaban de que en 1939, tras la firma del pacto nazi-soviético, Ucrania Occidental había pasado a formar parte de la URSS. En 1945 Stalin anexionó los territorios de Rutenia y Bukovina pertenecientes a Hungría y Eslovaquia, añadiéndolos a la Ucrania soviética. Pese a los numerosos crímenes perpetrados por el régimen contra su pueblo, los dirigentes comunistas ucranianos ahora adoraban a Stalin como el unificador de los territorios de Ucrania. Stalin se dedicó a cultivar ese sentimiento de manera deliberada. En una ocasión, mientras observaba en presencia de oficiales rusos y no rusos cómo había quedado el mapa soviético después de la guerra, el dictador dijo con satisfacción que había «devuelto unos territorios históricos», otrora bajo dominio extranjero, a Ucrania y Bielorrusia.[43]

Los líderes armenios, azeríes y georgianos no podían actuar como *lobbies* nacionalistas. Pero lograrían desarrollar sus proyectos como parte de la construcción de la gran potencia soviética. Cuando las tropas soviéticas llegaron a las fronteras occidentales de la URSS y llevaron a cabo la «reunificación» de Ucrania y Bielorrusia, los líderes de Georgia, Armenia y Azerbaiyán empezaron a pensar en voz alta acerca de la posibilidad de recuperar una serie de «territorios ancestrales» que pertenecían a Turquía y a Irán y de reincorporar a la URSS a sus hermanos de etnia residentes en esos lugares. Molotov recordaría en los años setenta que en 1945 los líderes del Azerbaiyán soviético «quisieron duplicar la extensión de su república a expensas de Irán. También intentamos reclamar una región situada al sur de Batum, pues otrora ese territorio turco estuvo habitado por georgianos. Los azeríes quisieron anexionarse la parte azerí, y los georgianos la georgiana. Y quisimos devolver el Ararat a los armenios».[44] Los documentos de los archivos ponen de manifiesto que hubo una sinergia entre los objetivos estratégicos de Stalin y las aspiraciones nacionalistas de los *apparatchiks* comunistas del sur del Cáucaso (véase el capítulo 2).

El hecho de que la adquisición de nuevos territorios y de nuevas esferas de influencia evocara a los líderes soviéticos, fueran rusos o no, los demonios del expansionismo y el nacionalismo proporcionó la energía necesaria al proyecto de Pax Soviética de posguerra concebido por Stalin. Mientras las élites del partido y del estado ambicionaran la anexión de territorios pertenecientes a países vecinos y participaran en el saqueo de Alemania, más fácil le resultaría a Stalin controlarlas. El proyecto imperial empezó, pues, a absorber unas fuerzas que, de lo contrario, habrían podido trabajar contra el régimen estalinista.

LOS SOVIÉTICOS Y ESTADOS UNIDOS

El ataque de Hitler a la URSS el 22 de junio de 1941, y el ataque japonés a Estados Unidos el 7 de diciembre de ese mismo año, llevó a la unión de las dos naciones por primera vez en la historia. Los soviéticos se hicieron con un aliado poderoso y lleno de recursos. Franklin Delano Roosevelt y los partidarios del New Deal se convirtieron en socios estratégicos de Stalin en la Gran Alianza contra las potencias del Eje, probablemente en los más generosos que tendría nunca. Incluso cuando los nazis avanzaban hacia el Volga, Roosevelt invitaría a los soviéticos a convertirse en coorganizadores de la comunidad de seguridad de posguerra. A finales de mayo de 1942, en el curso de unas negociaciones celebradas en Washington, el presidente estadounidense advirtió a Molotov de la «necesidad de crear una fuerza policial internacional» con el fin de prevenir cualquier tipo de conflicto bélico «en los siguientes veinticinco o treinta años». Después de la guerra, añadió Roosevelt, «los ganadores, esto es, Estados Unidos, Inglaterra y la URSS, deben conservar todo su armamento». Alemania y sus satélites, esto es, Japón, Francia, Italia, Rumanía, Polonia y Checoslovaquia, «deben ser desarmados». Los cuatro «policías de Roosevelt» —Estados Unidos, Reino Unido, la URSS y China— «se encargarán de mantener la paz incluso por la fuerza». Esta insólita propuesta pilló a Molotov por sorpresa, pero al cabo de dos días Stalin le ordenó «comunicar a Roosevelt sin demora» que tenía toda la razón. En su resumen de las conversaciones americano-soviéticas de 1942, Stalin hacía hincapié en «un acuerdo con Roosevelt para la creación después de la guerra de una fuerza militar internacional con la finalidad de prevenir agresiones».[45]

Para evitar que el sector conservador antisoviético se hiciera eco de ese plan y mostrara su oposición, Roosevelt, su mano derecha Harry Hopkins y otros partidarios del New Deal mantuvieron con el Kremlin una serie de canales de información tanto formales como extraoficiales. Más tarde, su insólita y franca actitud dio lugar a que varios partidarios del New Deal (probablemente incluso Hopkins) fueran acusados de ser, *de facto*, agentes de influencia de los soviéticos.[46] Esa «transparencia» de la administración norteamericana y la evidente simpatía que demostró Roosevelt hacia los soviéticos durante la Conferencia de Teherán (28 de noviembre-1 de diciembre de 1943), y más aún en el curso de la Conferencia de Yalta (4-12 de febrero de 1945), parecían poner de manifiesto los deseos del presidente de asegurar una colaboración duradera con la URSS después de la guerra.

Los mandatarios soviéticos, representantes de diversas élites burocráticas, desarrollaron posturas poco claras, y a menudo contradictorias, hacia su aliado norteamericano. Desde hacía mucho tiempo Estados Unidos había suscitado un sentimiento de respeto y admiración entre las élites soviéticas partidarias del desarrollo tecnológico, que a partir de los años veinte se habían comprometido a convertir Rusia en «una nueva América más esplendorosa». «Taylorismo» y «fordismo» (palabras derivadas de los nombres de Frederick Taylor y Henry Ford, los mayores exponentes de la teoría y la práctica de las tecnologías de producción organizada) eran términos habituales entre los directivos y los ingenieros de la industria soviética.[47] A mediados de los años veinte el mismísimo Stalin instó a los cuadros soviéticos a combinar «el modelo revolucionario ruso» con «el enfoque comercial americano». Durante la campaña de industrialización de 1928-1936, centenares de directivos y de ingenieros rojos, incluido el miembro del Politburó Anastas Mikoyan, viajaron a Estados Unidos para adquirir conocimientos de producción en serie y de administración de industrias modernas, como, por ejemplo, fabricación de maquinaria, metalurgia, tratamientos de productos o industria láctea, entre



otras. Los soviéticos importaron todo tipo de conocimientos norteamericanos, incluida toda la tecnología relativa a la producción y preparación de helados, perritos calientes y sodas, así como a la organización de grandes almacenes (siguiendo el patrón de Macy's).[48]

Los contactos durante la guerra y especialmente los envíos de ayuda norteamericanos vendrían a confirmar una percepción generalizada de Estados Unidos como el país en posesión de un poder económico-tecnológico excepcional.[49] En su círculo más íntimo el propio Stalin reconocería que si los norteamericanos y los británicos «no nos hubieran apoyado con sus ayudas, habríamos sido incapaces de hacer frente a Alemania debido a las cuantiosas pérdidas que habíamos sufrido» entre 1941 y 1942.[50] Buena parte de la ropa y otros artículos de consumo destinados a la población civil fueron incautados por los burócratas. Lo poco que quedó fue repartido entre unos cuantos beneficiados que se sintieron sumamente agradecidos. Los programas de propaganda de guerra y los envíos de ayuda estadounidenses también permitieron que penetraran influencias culturales norteamericanas en la sociedad soviética. Diversas películas de Hollywood, como, por ejemplo, *Casablanca*, estuvieron al alcance de las altas jerarquías y sus familias. En la embajada de Estados Unidos, George Kennan, escéptico respecto a la capacidad de Occidente de influir en Rusia, manifestaría que la buena voluntad generada por las proyecciones fílmicas «no debe ser valorada en exceso».[51] Entre 1941 y 1945 miles de oficiales del ejército soviético, de representantes comerciales y de agentes de los servicios de inteligencia recorrieron Estados Unidos de este a oeste y de norte a sur. El dinamismo y el nivel del sistema de vida norteamericano provocó entre esos visitantes una diversidad de sentimientos contradictorios: hostilidad ideológica, fascinación, perplejidad y envidia. Estos soviéticos recordarían posteriormente durante décadas sus viajes a lo largo y ancho de Estados Unidos y compartirían sus impresiones con hijos y parientes.[52]

Al mismo tiempo, la visión cultural e ideológica de las élites soviéticas empezaba a modelar su percepción de Norteamérica y los norteamericanos. Muy pocos funcionarios soviéticos, ni siquiera los de mayor rango, eran capaces de comprender el funcionamiento de Estados Unidos y su sociedad. El embajador de la URSS en Washington, Alexander Troyanovski, que había desempeñado ese mismo cargo en Tokio, llegaría a expresar su perplejidad ante el hecho de que «mientras Japón podría compararse con un piano, Estados Unidos constituía toda una orquesta sinfónica».[53] La inmensa mayoría de los burócratas soviéticos crecieron en un ambiente aislacionista y xenófobo. Hablaban una «neolengua» soviética, por lo demás intraducible a cualquier otro idioma.[54] Algunos funcionarios soviéticos consideraban que los norteamericanos de clase alta los trataban, en el mejor de los casos, con condescendencia, esto es, siempre desde una posición de superioridad material y cultural. El mariscal Fedor Golikov, jefe del servicio de inteligencia del ejército soviético (GRU), que presidió la delegación militar enviada a Estados Unidos, se enfureció por la actitud de Harry Hopkins, el ayudante de Roosevelt y uno de los más firmes partidarios de la colaboración entre las dos potencias. Golikov describiría a Hopkins en su diario como «un fariseo sin reservas», «el lacayo del gran jefe», que decidió que «nosotros, el pueblo del estado soviético, debemos comportarnos en su presencia como mendigos, debemos aguardar pacientemente y expresar gratitud por recibir las migajas de la mesa del gran señor». Mucho tiempo después, Molotov expresaría unos sentimientos parecidos hacia el propio Franklin Delano Roosevelt: «Roosevelt creía que los rusos llegarían y se inclinarían ante América, que pedirían limosna humildemente, porque [Rusia] es un país pobre, sin industria, sin pan, y no les queda otro remedio. Pero nuestra percepción era bien distinta. Nuestro pueblo estaba dispuesto a sacrificarse y a luchar».[55]

Muchos militares y burócratas soviéticos seguían convencidos, a pesar de la ayuda enviada a la URSS cruzando todo el Atlántico Norte, de que Estados Unidos estaba retrasando deliberadamente su ofensiva en Europa a la espera de que los rusos acabaran con buena parte del ejército alemán, o quizá lo contrario.[56] Las élites soviéticas

consideraban que la ayuda norteamericana no era más que un modo de compensar la enorme contribución de la URSS durante la guerra; por esa razón nunca se molestaron en expresar agradecimiento ni en mostrar una postura de reciprocidad a sus aliados norteamericanos, provocando una enorme irritación entre los estadounidenses que trataron con ellas. En enero de 1945 Molotov sorprendió a algunos norteamericanos, y ofendió a otros, cuando presentó a Estados Unidos una solicitud oficial de préstamos que sonaba más a una exigencia que a la petición de un favor. Se trató, por lo visto, de otro caso en el que Molotov se negaba a «mendigar las migajas de la mesa del gran señor». En los altos círculos soviéticos existía también la convicción de que a los norteamericanos les interesaba la concesión de préstamos a Rusia como medida paliativa ante la inevitable crisis económica de posguerra. Los agentes de los servicios de inteligencia soviéticos intentaron averiguar los secretos de la industria y la tecnología de Estados Unidos, con la colaboración de un sinfín de simpatizantes movidos por el idealismo. Los soviéticos actuaban como esos huéspedes que, pese a recibir generosas muestras de ayuda y hospitalidad, se apropian sin miramientos de los tesoros más preciados de su anfitrión.[57]

La política de Roosevelt de tratar a la URSS como socio paritario y gran potencia sólo sirvió para avivar los caprichos de las autoridades soviéticas. A finales de 1944 Stalin solicitó a Roosevelt que accediera al restablecimiento de los «antiguos derechos de Rusia violados por el ataque traicionero de Japón en 1904».[58] Roosevelt se mostró de acuerdo y ni siquiera insistió en la necesidad de conocer mejor los detalles de esa petición. Stalin, satisfecho, hizo la siguiente observación a Andrei Gromiko, su embajador en Washington: «América ha adoptado la postura correcta. Esto es sumamente importante para nuestras futuras relaciones con Estados Unidos».[59] En Moscú eran muchos los que esperaban una indulgencia similar con los planes soviéticos para Europa Oriental. A finales de 1944 los jefes de los servicios secretos soviéticos llegaban a la conclusión de que «ni los americanos ni los británicos tienen una política clara y definida en lo referente al futuro de los países [de Europa Oriental] después de la guerra».[60]

La mayor parte de las autoridades soviéticas creían que la cooperación soviético-estadounidense, pese a los posibles problemas, iba a seguir después de la guerra. Gromiko llegó en julio de 1944 a la conclusión de que, «pese a todas las dificultades que puedan surgir de vez en cuando en nuestra relación con Estados Unidos, es evidente que se dan las condiciones necesarias para que siga produciéndose una cooperación continuada entre nuestros dos países después de la guerra».[61] Litvinov consideraba que «prevenir la aparición de un bloque formado por Reino Unido y Estados Unidos contra la Unión Soviética» constituía uno de los principales objetivos de la política exterior soviética de posguerra. Contemplaba la posibilidad de establecer un «pacto de amistad» entre Londres y Moscú cuando Estados Unidos se retirara de Europa. Y el mismísimo Molotov pensaba lo mismo por aquel entonces: «Para nosotros resultaba beneficioso conservar nuestra alianza con América. Era importante».[62]

Los datos sobre lo que pensaban y opinaban por aquel entonces la minoría dirigente y los millones de ciudadanos soviéticos son muy escasos. En 1945, sin embargo, los periódicos y las autoridades del gobierno central de la URSS recibían mucha correspondencia con una misma pregunta: «¿Nos ayudará Estados Unidos también después de la guerra?».[63]

La Conferencia de Yalta se convirtió, con la colaboración de Roosevelt, en una victoria suprema de la habilidad de Stalin como estadista. Del primero al último, los despachos de los burócratas soviéticos se inundaron de optimismo. En un memorándum sobre los acuerdos de Yalta que hizo circular la Comisaría de Asuntos Exteriores entre el cuerpo diplomático soviético destacado en el extranjero se informaba de lo siguiente: «Hubo una voluntad palpable de llegar a una solución de compromiso en los asuntos espinosos. Valoramos la conferencia como un hecho sumamente positivo, sobre todo en lo referente a



las cuestiones de Polonia y Yugoslavia, y a la cuestión de las indemnizaciones por daños de guerra». Los norteamericanos se abstuvieron incluso de competir con los soviéticos en abril de 1945 por Berlín. En privado, Stalin elogió la «caballerosidad» del general Dwight Eisenhower, comandante en jefe de los aliados en Europa, en ese sentido.[64]

De hecho, Roosevelt murió precisamente cuando sus sospechas acerca de las verdaderas intenciones de los soviéticos empezaron a confirmarse y a chocar con sus deseos de cooperación después de la guerra. El presidente norteamericano montó en cólera cuando tuvo noticia de los métodos de ocupación soviéticos en Europa Oriental, y tuvo un agrio intercambio de palabras con Stalin por el que se conoce como incidente de Berna.[65] El fallecimiento repentino de Roosevelt el 12 de abril de 1945 pilló al Kremlin completamente por sorpresa. Cuando acudió a la embajada norteamericana, la Casa Spaso de Moscú, para firmar en el libro de condolencias, Molotov «parecía sinceramente conmovido y disgustado». Incluso Stalin, según indica uno de sus biógrafos, se sintió turbado por la muerte de Roosevelt.[66] Aquel importante socio en la guerra, y probablemente en la paz, con el que había alcanzado un alto grado de familiaridad, había abandonado este mundo. El nuevo presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, era un desconocido, y algunas palabras del político de Missouri herían los oídos soviéticos. Esta preocupación explica la reacción que tuvo Molotov en su primer encuentro tormentoso con Truman el 23 de abril de 1945. El presidente norteamericano culpó a los soviéticos de violar los acuerdos de Yalta en lo referente a Polonia, y dio por terminada la reunión sin esperar siquiera a que Molotov pudiera refutar aquella acusación. El ministro de Asuntos Exteriores, aturdido y perplejo, pasó largas horas en la embajada soviética en Washington redactando un cablegrama para Stalin con un informe del encuentro. Gromiko, que también estuvo presente, llegaría a la conclusión de que Molotov «temía que Stalin lo convirtiera en chivo expiatorio en ese asunto». Al final, Molotov decidió obviar ese episodio: su informe de las conversaciones con Truman no hace mención alguna a la agresividad mostrada por el presidente norteamericano, ni a la forma ignominiosa con la que Molotov se vio obligado a abandonar la reunión.[67]

Los agentes secretos soviéticos que operaban en Estados Unidos empezaron a remitir informes en los que se advertía del peligroso cambio de postura de Washington respecto a la URSS. Sabían perfectamente que muchos grupos, sobre todo organizaciones católicas y sindicales, por no hablar del gran número de organizaciones contrarias al New Deal existentes tanto en el partido republicano como en el demócrata, habían seguido manteniendo durante la Gran Alianza una postura visceralmente anticomunista y antisoviética. Dichos grupos deseaban romper todo tipo de lazos con la URSS. Algunos altos cargos del ejército (el general de brigada Curtis Le May o el general George Patton, entre otros) hablaban abiertamente de «acabar con los rojos» después de derrotar a «los teutones» y a «los japos».[68]

La primera alarma sonó con fuerza en Moscú a finales de abril de 1945, cuando la administración Truman cortó repentinamente, y sin avisar, todos los envíos de ayuda a la URSS. La consecuente pérdida de abastecimientos por un valor de trescientos ochenta y un millones de dólares supuso un duro golpe para la maltrecha economía soviética. El Comité de Defensa de Estado (GKO), el órgano nacional que sustituyó al Politburó del partido durante la guerra, decidió utilizar ciento trece millones de dólares de las reservas de oro para cubrir el déficit de materiales y productos.[69] Después de las protestas de Moscú, Estados Unidos reanudó los envíos de ayuda, achacando aquella interrupción a un error burocrático, pero esa explicación no disipó las sospechas de la URSS. Los representantes soviéticos en Estados Unidos y muchos altos cargos de Moscú reaccionaron con indignación reprimida; consideraron unánimemente el episodio un intento de presionar políticamente a la URSS. Las órdenes estrictas dadas por Molotov al embajador soviético no ocultaban la cólera del ministro. «No te metas a hacer peticiones

lastimeras. Si Estados Unidos quiere cortar los envíos, peor para ellos». En este caso, los sentimientos venían a alimentar políticas unilaterales: la inclinación del Kremlin a confiar exclusivamente en sus propias fuerzas.[70]

A finales de mayo, el jefe del centro de inteligencia de la Comisaría del Pueblo para la Seguridad Nacional (el NKGB, sucesor del NKVD) en Nueva York envió un telegrama a Moscú informando de que ciertos «círculos económicos» que no habían tenido ninguna influencia en la política exterior de Roosevelt estaban «intentando de manera organizada producir un cambio en la política de [Estados Unidos] hacia la URSS». A través de «amigos», comunistas y simpatizantes norteamericanos, el NKGB tuvo conocimiento de que Truman mantenía relaciones cordiales con «reaccionarios extremistas» del Senado de Estados Unidos, entre otros con los senadores Robert Taft, Burton K. Wheeler y Alben Barkley. El telegrama revelaba que «los reaccionarios abrigan grandes esperanzas de conseguir al final hacerse totalmente con las riendas de la política exterior [de Estados Unidos], debido en parte al hecho de que [Truman] carece claramente de experiencia y conocimientos en esos asuntos». El mensaje terminaba diciendo: «Como consecuencia de la ascensión al poder [de Truman], cabe esperar un cambio realmente significativo en la política exterior de [Estados Unidos]… sobre todo, y ante todo, en lo concerniente a la URSS».[71]

Los agentes secretos y los diplomáticos soviéticos destacados en Gran Bretaña advirtieron a Moscú de la nueva postura beligerante de Winston Churchill en respuesta a las acciones llevadas a cabo por los soviéticos en Europa Oriental, especialmente en Polonia. El embajador de la URSS en Londres, Fedor Gusev, informaba a Stalin en los siguientes términos: «Churchill habló sobre Trieste y Polonia, con gran irritación y abierta inquina. Nos encontramos ahora tratando con un aventurero sin principios: se siente más cómodo en tiempos de guerra que en tiempos de paz». Simultáneamente el GRU interceptaría la orden de Churchill al mariscal de campo Bernard Montgomery de recoger y almacenar el armamento capturado a los alemanes para un posible rearme de los soldados de ese ejército que se rindieran a los aliados occidentales. Según un alto cargo del GRU, Mijail Milstein, esta noticia vino a envenenar con nuevas sospechas la postura del Kremlin.[72]

En julio de 1945 parecía que las nubes amenazadoras estaban a punto de descargar. Truman pretendía que la Unión Soviética garantizara su participación en una guerra contra Japón, e intentó que todos creyeran que seguía la política exterior de Roosevelt con la URSS. Harry Hopkins realizó su último viaje a Moscú en calidad de embajador itinerante de Truman, mantuvo con Stalin una larga reunión y regresó a Washington con lo que suponía que era un compromiso en lo referente a Polonia y otras cuestiones espinosas que habían empezado a provocar una honda división entre las potencias aliadas. De ese modo consiguió apagarse la alarma que había saltado en el Kremlin, en los círculos diplomáticos y en los servicios de inteligencia. Pero los primeros días de la Conferencia de Potsdam (17 de julio-2 de agosto de 1945) se convertirían en los últimos de esa breve etapa de satisfacción por parte de unos y otros. La colaboración soviético-americana estaba a punto de llegar a su fin: la tensión de posguerra entre las dos potencias aliadas cada vez iba a más.



EL FACTOR STALIN

En cierta ocasión, el diplomático soviético Anatoli Dobrinin recordaba con admiración que en 1943 Stalin, en el tren que lo conducía de Moscú a Bakú (donde debía tomar el avión que habría de trasladarlo a Teherán para celebrar la conferencia de los Tres Grandes), ordenó que se le dejara solo en su compartimento. «No se le mostró documento alguno y, por lo que se sabe, permaneció allí sentado durante tres días, limitándose a mirar por la ventana, caviloso y concentrado en sus pensamientos».[73] ¿En qué pensaría mientras observaba aquel paisaje devastado desde el interior de su vagón? Probablemente nunca lleguemos a saberlo. Los testimonios que hablan de las opiniones de Stalin allá por 1945 son más bien como piezas y pequeños fragmentos de un rompecabezas. Stalin prefería discutir de palabra todos los asuntos con sus más estrechos colaboradores. Unicamente reproducía lo que pensaba por escrito cuando no le quedaba más remedio; por ejemplo, cuando dirigía negociaciones diplomáticas desde la distancia. En consecuencia, incluso sus lugartenientes desconocían o no entendían plenamente sus objetivos y sus planes. Stalin impresionaba, pero también confundía e inducía a error, hasta a los observadores y analistas más experimentados.

Stalin era un hombre con muchas personalidades. El hecho de haberse criado en una región multiétnica, inestable y vengativa como el Cáucaso, le había proporcionado la soltura necesaria para mostrar un sinfín de caras e interpretar muchos papeles.[74] Entre las múltiples identidades de Stalin estaban la del «Kinto» georgiano (un bandido honrado del estilo de Robin Hood), la del atracador de bancos revolucionario, la del discípulo modesto y devoto de Lenin, la del «hombre de acero» del partido bolchevique, la del gran señor de la guerra y la de «corifeo de la ciencia». Tenía incluso una identidad rusa que él mismo había elegido. Se consideraba, además, un político «realista» en materia de asuntos exteriores, y consiguió convencer a muchos observadores de su «realismo». Averell Harriman, embajador de Estados Unidos en Moscú entre 1943 y 1945, recordaría que vio a Stalin «mejor informado que Roosevelt, más realista que Churchill; en cierto sentido el líder de los aliados más efectivo». Mucho tiempo después, Henry Kissinger escribiría que las ideas que tenía Stalin sobre cómo debía llevarse la política exterior eran «estrictamente las mismas de la *Realpolitik* del Viejo Mundo», esto es, muy similares a la fórmula seguida por los estadistas rusos durante siglos.[75]

¿Era Stalin verdaderamente «realista»? Encontramos una curiosa manifestación del modo de pensar de Stalin en materia de relaciones internacionales en un telegrama enviado a Moscú el mes de septiembre de 1935 desde el mar Negro, donde pasaba unos días de vacaciones. Hitler llevaba ya por aquel entonces dos años en el poder en Alemania, y la Italia fascista había desafiado a la Liga de las Naciones lanzando en África un ataque despiadado y bárbaro contra Abisinia. Maxim Litvinov, comisario de asuntos exteriores, creía que la seguridad soviética pasaba por el establecimiento de una alianza con las democracias occidentales, esto es, con Gran Bretaña y Francia, frente al tándem, cada vez más peligroso, formado por la Italia fascista y la Alemania nazi. Viejo bolchevique cosmopolita de ascendencia judía, Litvinov presentía que las futuras potencias del Eje representarían una amenaza mortal para la Unión Soviética y la paz en Europa. Durantes los peores años de las purgas de Stalin, Litvinov consiguió muchos apoyos para la URSS en la Liga de las Naciones por la postura de oposición soviética en defensa de la seguridad colectiva de Europa frente a las agresiones del fascismo y el nazismo.[76] A Stalin, como venían sospechando desde hace tiempo numerosos especialistas,[77] le parecía útil la labor llevada a cabo por Litvinov, aunque no coincidía con él en su interpretación de las tendencias mundiales. Su carta a Molotov y a Lazar Kaganovich, otro

miembro del Politburó, revela un concepto de seguridad radicalmente opuesto: «Se están creando dos alianzas: el bloque formado por Italia y Francia, y el bloque formado por Inglaterra y Alemania. Cuanta más pugna haya entre ellos, mejor irán las cosas para la URSS. Podemos vender pan a los dos bandos, para que puedan seguir peleándose. No nos conviene que ahora un bando se imponga sobre el otro. Lo que más nos conviene es que esas pugnas se extiendan durante el mayor tiempo posible, pero sin que se produzca una rápida victoria de un bando sobre el otro».[78]

Stalin esperaba que el conflicto entre los dos bloques imperialistas se alargara en el tiempo, como una especie de repetición de la Primera Guerra Mundial. El Tratado de Múnich de 1938 entre Gran Bretaña y Alemania vendría a confirmar las percepciones de Stalin.[79] El pacto firmado por nazis y soviéticos en 1939 no fue más que un intento por su parte de prolongar la «pugna» en Europa entre los dos bloques imperialistas, aunque la composición de dichos bloques acabara siendo diametralmente opuesta a la de sus predicciones. El estratega del Kremlin nunca admitiría haber cometido un tremendo error en su valoración de las intenciones de Hitler y que Litvinov se hallaba en lo cierto.

La ideología revolucionaria bolchevique había marcado las primeras posturas de Stalin en materia de política internacional. A diferencia de los estadistas europeos de la *Realpolitik*, los bolcheviques contemplaban el equilibrio de poderes y el empleo de la fuerza a través de un prisma de radicalismo ideológico. Utilizaban el juego diplomático para preservar la Unión Soviética como base de una revolución mundial.[80] Eran sumamente optimistas, pues creían en la caída inminente del orden capitalista liberal. También creían estar armados con la teoría científica de Marx, cuyo conocimiento los hacía superiores a los estadistas y diplomáticos del capitalismo liberal. Se reían de los intentos de Woodrow Wilson de ofrecer una alternativa multilateral a la práctica tradicional de los juegos de poder y la lucha por la obtención de esferas de influencia. Para ellos el wilsonianismo era o bien hipocresía, o bien un idealismo estúpido. Al Politburó le gustó siempre dar gato por liebre a los representantes liberales de las democracias occidentales cada vez que tuvo trato con ellos.[81] En 1925-1927, durante su lucha por el poder contra la oposición, Stalin manifestó su propia postura optimista-revolucionaria respecto a la perspectiva de convertir el gobierno nacionalista de China, el Guomindang, en un régimen comunista. Entre 1927 y 1933 Stalin y sus partidarios impusieron en el movimiento comunista internacional la doctrina del «tercer período»: la profecía de una nueva serie de revoluciones y guerras que «sin duda sacudirán al mundo con mucha más virulencia que la oleada de 1918-1919», con el resultado «de la victoria del proletariado en numerosos países capitalistas».[82]

Sin embargo, la cosmovisión que tenía Stalin no era una simple réplica de la bolchevique. Era una amalgama en continua evolución que iba inspirándose en fuentes distintas. Una de esas fuentes era la experiencia del propio Stalin en política interior. Después de aquellos años de lucha por el poder en el Kremlin, tras la destrucción de sus opositores y sus esfuerzos por construir un estado, Stalin había aprendido a ser paciente, a reaccionar con flexibilidad ante las oportunidades y a evitar unir su nombre a cualquier postura en concreto. Según indica James Goldgeier, «intentaba guardarse sus opciones a no ser que estuviera seguro de ganar». Eterno oportunista del poder, supo salirse con la suya en su país, aliándose con algunos rivales para ir contra otros, y en último término eliminándolos a todos. Es presumible que tendiera a seguir ese mismo guión en las cuestiones internacionales.[83]

La mentalidad oscura y desconfiada de Stalin, así como su personalidad cruel y vengativa, dejaron una poderosa impronta en su visión de los asuntos internacionales. A diferencia de muchos bolcheviques optimistas y de mentalidad cosmopolita, el dictador era un individuo movido por el poder y xenófobo, que fue volviéndose cada vez más cínico.[84] Para él, el mundo, al igual que la política del Partido Comunista, era un lugar hostil y



peligroso. En el mundo de Stalin no se podía confiar plenamente en nadie. Tarde o temprano cualquier colaboración podía convertirse en un juego de suma cero. La unilateralidad y la fuerza constituyeron siempre un modo de enfocar la política exterior más fiable que los acuerdos y la diplomacia. Molotov reconocería más tarde que Stalin y él no habían «confiado en nadie; sólo en nuestras propias fuerzas».[85] En octubre de 1947 Stalin expuso con crudeza su forma de ver las cosas ante un grupo de diputados prosoviéticos del partido laborista británico que le hicieron una visita en su residencia veraniega a orillas del mar Negro. La situación internacional actual, dijo, no se rige por «sentimientos de compasión», sino por un «sentimiento de beneficio propio». Si un país se da cuenta de que puede apoderarse de otro país y conquistarlo, lo hará. Si Estados Unidos, u otro país, se dan cuenta de que Inglaterra depende totalmente de ellos, de que no tiene otra salida, no dudarán en engullirla. «Nadie se apiada del débil ni lo respeta. El respeto está reservado exclusivamente para los fuertes».[86]

Durante los años treinta, el legado geopolítico de la Rusia zarista, predecesora histórica de la URSS, se convirtió en otra fuente primordial del modo que tenía Stalin de entender la política exterior.[87] Lector voraz de literatura histórica, Stalin llegó a creer que había heredado los problemas geopolíticos que tuvieron que afrontar los zares. Le gustaba especialmente la lectura de obras sobre la diplomacia y la política exterior de Rusia en los años previos a la Primera Guerra Mundial y durante ella; también le interesaban mucho los análisis de Evgeni Tarle, Arkadi Yerusalimski y otros historiadores soviéticos, que abordaron la *Realpolitik* europea, las alianzas entre las grandes potencias y las conquistas territoriales y coloniales. Cuando la revista teórica del partido quiso publicar el artículo en que Friedrich Engels calificaba la política exterior de la Rusia zarista de expansionista y peligrosa, Stalin se puso de parte de la política zarista, no de las opiniones del cofundador del marxismo.[88] En 1937, con motivo de la celebración del aniversario de la Revolución bolchevique, Stalin dijo que los zares de Rusia «sí hicieron una cosa bien: unificaron un enorme Estado que se extendía hasta Kamchatka. Nosotros hemos heredado ese Estado». La cuestión de la Unión Soviética como sucesora del gran imperio ruso se convirtió en uno de los principales fundamentos de la política exterior y la propaganda nacional de Stalin. El dictador incluso encontró tiempo para analizar y publicar borradores de manuales escolares de historia de Rusia, haciendo que siguieran la línea de su nueva forma de ver las cosas. En 1945, Jrushchov recordaría este hecho en los siguientes términos: «Stalin creía que se encontraba en la misma posición que Alejandro I tras derrotar a Napoleón, y que podía dictar las reglas para toda Europa».[89]

Desde los primeros meses después de la toma del poder en Rusia, Lenin y los bolcheviques habían tenido que aprender a guardar un equilibrio entre sus ambiciones revolucionarias y los intereses del estado. Así nació el «paradigma revolucionario-imperial» soviético. Stalin ofrecería una nueva interpretación, probablemente más estable y efectiva, de ese paradigma. Durante los años veinte los bolcheviques habían contemplado a la Unión Soviética como una plataforma para la revolución mundial. Stalin empezó a contemplarla como un «imperio socialista». Su visión del mundo se centraba en la seguridad y engrandecimiento de la URSS. Simultáneamente, según Stalin, esos objetivos fundamentales exigían los cambios consiguientes de régimen y de orden socioeconómico en las naciones que limitaban con la Unión Soviética.[90]

Stalin estaba convencido de que los asuntos internacionales se caracterizaban por una rivalidad capitalista y el desarrollo de crisis, así como por la transición inevitable a un socialismo global. De esta idea general surgían otras dos convicciones. La primera era que, a juicio de Stalin, las potencias occidentales probablemente se pusieran a conspirar a corto plazo contra la URSS. Y la segunda, que estaba seguro de que la Unión Soviética, guiada por su habilidad, cautela y paciencia como estadista, sería más astuta y duradera que cualquier combinación de grandes potencias capitalistas. Durante los años más

difíciles de la invasión nazi, Stalin supo dominar la diplomacia y sacar provecho de ella con los países de la Gran Alianza. Como la Unión Soviética había pasado en poco tiempo de una posición de atraso e inferioridad a ocupar un lugar de fuerza y de reconocimiento mundial, Stalin prefirió no comprometerse a poner límites a las ambiciones y fronteras soviéticas en aras de la seguridad de la URSS. Mantuvo esas ambiciones y esas fronteras abiertas, tal como habían estado tradicionalmente cuando Rusia se había expandido en tiempos de los zares. El «acuerdo del porcentaje», al que llegaron británicos y soviéticos en octubre de 1944, constituye un ejemplo clásico del conflicto existente entre el paradigma revolucionario-imperial de Stalin y la *Realpolitik* de Churchill. El líder británico buscaba un equilibrio de poder en Europa Oriental, y ofreció a Stalin un pacto diplomático sobre la distribución de esferas de influencia en los Balcanes. Stalin firmó el «acuerdo del porcentaje» de Churchill, pero en el futuro su política pondría de manifiesto el deseo del dictador de expulsar por completo a los británicos de Europa Oriental, confiando en el poder del Ejército Rojo para establecer en la región gobiernos comunistas amigos.[91]

En las conversaciones que mantenía con los comunistas de Yugoslavia, Bulgaria y otros países, a Stalin le gustaba ponerse su manto de «realista» y dar una o dos lecciones a sus inexpertos socios novatos. En enero de 1945 el líder del Kremlin instruyó a un grupo de comunistas yugoslavos en los siguientes términos: «En su época Lenin no habría podido imaginar nunca una correlación de fuerzas como la que hemos alcanzado en esta guerra. Lenin pensaba siempre que cualquiera podía salir en contra de nosotros, y que era positivo que algún país lejano, como, por ejemplo, Estados Unidos, se mantuviera neutral. Y ahora nos encontramos con que un grupo de burgueses ha salido en contra de nosotros, y que otro está de nuestra parte».[92] Al cabo de unos días Stalin repitió esos mismos pensamientos en presencia de los yugoslavos y del antiguo líder de la Komintern, Georgi Dimitrov. En esta ocasión, sin embargo, añadió una predicción: «Hoy combatimos en alianza con una facción contra la otra, y en un futuro también combatiremos a esa facción capitalista».[93]

Stalin, que representaba el papel de «realista» prudente en sus relaciones con los países satélites de la URSS, pensaba que el ejército soviético podía ayudar a los comunistas a hacerse con el poder en cualquier región de Europa Central y en los Balcanes. Cuando Vasil Kolarov, un comunista búlgaro que colaboró con Dimitrov en la creación de una Bulgaria prosoviética, propuso la anexión a Bulgaria de una franja del litoral griego, los soviéticos se negaron. «Era impensable», comentaría más tarde Molotov. «Pedí consejo [a Stalin], y se me dijo que no debía llevarse a cabo, que el momento no lo aconsejaba. De modo que guardamos silencio, aunque Kolarov no dejaba de presionarnos».[94] En una ocasión Stalin hizo el siguiente comentario a propósito de los comunistas griegos: «Creían, erróneamente, que el Ejército Rojo se presentaría en el Egeo. Pero no podemos hacerlo. No podemos mandar nuestras tropas a Grecia. Los griegos cometieron un error estúpido».[95] En lo referente a Grecia, Stalin se adheriría al «acuerdo del porcentaje» firmado con Churchill y cedería ese país a los británicos. El líder del Kremlin pensó que sería un «error estúpido» volverse contra los británicos en los Balcanes antes de asegurar las ganancias obtenidas por los soviéticos en la guerra. Había objetivos de carácter prioritario, que requerían la cooperación de Gran Bretaña o, al menos, su neutralidad. No quería tener un choque prematuro con una potencia de la «facción capitalista» aliada. Su táctica dio los frutos esperados: Churchill correspondió y durante varios meses se abstuvo de criticar públicamente las violaciones de los compromisos de Yalta cometidas por los soviéticos en Rumanía, Hungría y Bulgaria.

En la primavera de 1945 parecía que la capacidad de Stalin como estadista era claramente superior a la de sus socios occidentales. La *Realpolitik* de Churchill acabaría en fracaso, mientras el ejército soviético, junto con los comunistas yugoslavos, búlgaros y albaneses, se hacía con los Balcanes. Molotov recordaría con satisfacción que los



británicos sólo despertaron cuando «media Europa» se había alejado de su esfera de influencia: «Se equivocaron en sus cálculos. No eran marxistas como nosotros».[96] Fue el momento en que probablemente Stalin se sintió más orgulloso de sí mismo. Incluso antes de que el pueblo y las élites de la Unión Soviética celebraran el fin de la Segunda Guerra Mundial, Stalin estaba ya ocupado en la construcción de un «imperio socialista».

LA CONSTRUCCIÓN DEL IMPERIO

Actualmente podemos asegurar sin temor a equivocarnos que Stalin tenía la firme determinación de mantener Europa Oriental bajo las garras de la Unión Soviética a cualquier precio. Para el líder del Kremlin esa región, al igual que los Balcanes, era de vital estrategia, pues la consideraba un potencial colchón de seguridad para la URSS frente a Occidente. La geografía y la historia de Europa, incluida la historia reciente de las dos guerras mundiales, determinarían los dos caminos principales de la expansión soviética: uno a través de Polonia hasta Alemania y el corazón de Europa, y otro a través de Rumanía, Hungría y Bulgaria hasta los Balcanes y Austria.[97] Al mismo tiempo, como revelan sus conversaciones con comunistas de diversas nacionalidades, Stalin definía la seguridad soviética en términos ideológicos. También daba por hecho que la esfera de influencia de la URSS debía e iba a quedar garantizada en Europa Oriental mediante la imposición en los países de la zona de un nuevo orden político y social a imitación del de la Unión Soviética.[98]

A juicio de Stalin, los dos aspectos de los objetivos soviéticos en Europa Oriental, a saber, seguridad y construcción de un régimen socialista, eran dos caras de la misma moneda. Lo realmente importante, sin embargo, era cómo alcanzar ambos objetivos. Algunos líderes soviéticos, como Nikita Jrushchov entre otros, esperaban que *toda* Europa decidiera abrazar el comunismo después de la guerra.[99] Stalin anhelaba lo mismo, pero sabía perfectamente que el equilibrio de poder le impediría alcanzar ese objetivo. Pensaba que los comunistas franceses o italianos no tenían ninguna posibilidad de hacerse con el poder mientras las tropas aliadas ocuparan Europa Occidental. Así pues, el «realista» del Kremlin optó por operar en el marco de la Gran Alianza y exprimir al máximo a sus transitorios socios capitalistas.

Molotov recordaría que durante la Conferencia de Yalta en febrero de 1945, Stalin dio una gran importancia a la Declaración de la Europa Liberada. Lo que pretendía principalmente Roosevelt con la firma de este documento era callar a las posibles voces críticas de su país que estaban dispuestas a arremeter contra él por colaborar con los soviéticos. Roosevelt seguía creyendo que mantener a Stalin como miembro del grupo era más importante que romper relaciones con el dictador ruso por la represión llevada a cabo por la URSS en Europa Oriental. Simultáneamente, el presidente norteamericano esperaba que la firma del documento por parte de Stalin sirviera para poner freno a las descaradas agresiones soviéticas, especialmente en Polonia.[100] Sin embargo, Stalin interpretaría la Declaración como un reconocimiento por parte de Roosevelt al derecho de la Unión Soviética a poseer una zona de influencia en Europa Oriental. Con anterioridad, el presidente norteamericano había reconocido los intereses estratégicos soviéticos en Extremo Oriente. A Molotov le preocupó el lenguaje del boceto que le presentaron los estadounidenses, pero Stalin le dijo: «No te preocupes. Más tarde lo ejecutaremos a nuestra manera. La esencia está en la correlación de fuerzas».[101]

Los soviéticos y sus colaboradores comunistas llevaron a cabo dos tipos de política en Europa Oriental. En primer lugar se realizaron reformas sociales y políticas visibles: el desmantelamiento de la antigua clase de propietarios (algunos de los cuales ya habían quedado comprometidos por su colaboración con los alemanes y habían huido de sus países), la distribución de la tierra entre los campesinos, la nacionalización de la industria y la creación de un sistema parlamentario multipartidista o «democracia popular». En segundo lugar, se produjo la supresión despiadada de cualquier forma de oposición nacionalista armada y la creación de estructuras capaces de reemplazar posteriormente la «democracia popular» multipartidista y ofrecer una base sólida para el régimen comunista.



Normalmente esta última comportaba la introducción de agentes soviéticos en el control de los departamentos de seguridad, de la policía y del ejército, la infiltración de camaradas soviéticos itinerantes en otros ministerios y partidos políticos, y el desprestigio, la incriminación y al final la eliminación de los activistas políticos y los periodistas que no fueran comunistas.[102]

Stalin dio las directrices generales para esas dos políticas en las reuniones personales y la correspondencia que mantuvo con los comunistas de Europa del Este y a través de sus más estrechos colaboradores. Confió a Andrei Zhdanov, Klement Voroshilov y Andrei Vishinski la ejecución cotidiana de esas políticas en Finlandia, Hungría y Rumanía respectivamente. En lo que cabe considerar un reflejo del aspecto cuasi imperial de sus papeles, estos tres lugartenientes de Stalin eran conocidos en los círculos de poder de Moscú con el sobrenombre de «los procónsules».[103] En los países de Europa del Este, el Kremlin confiaría en las autoridades militares soviéticas, la policía secreta y los comunistas expatriados oriundos de la región, muchos de ellos judíos, que habían regresado a su patria desde Moscú con la retaguardia del ejército soviético.[104]

El caos, la devastación producida por la guerra y las pasiones nacionalistas del este de Europa ayudaron a Stalin y a los soviéticos a ver cumplidos sus objetivos en la zona. En Hungría, Rumanía y Bulgaria, antiguas aliadas a regañadientes de la Alemania nazi, la llegada del ejército soviético abrió profundas divisiones sociales e ideológicas. En todos los países se daba un virulento sentimiento nacionalista y una acumulación de grandes rivalidades étnicas y agravios históricos. Polonia y Checoslovaquia ardían en deseos de librarse de minorías potencialmente subversivas, sobre todo de la alemana.[105] Stalin solía invocar el espectro de Alemania como «enemiga mortal del mundo eslavo» en sus conversaciones con los líderes polacos, checoslovacos, búlgaros y yugoslavos. Tanto a estos últimos como a los rumanos no dudó en hacerles creer que apoyaba sus aspiraciones territoriales. Tampoco tuvo el menor reparo en apoyar la política de limpieza étnica que se instauró en Europa Oriental. Hasta diciembre de 1945, jugó con la idea de utilizar esquemas paneslavos y organizar Europa Oriental y los Balcanes en confederaciones multiétnicas. Más tarde, sin embargo, el líder soviético abandonó semejante plan por razones que todavía no tenemos claras. Tal vez creyera que era más fácil dividir y gobernar naciones-estado de extensión más reducida que confederaciones multinacionales de mayor envergadura.[106]

El ejército soviético y las actividades de la policía secreta siguieron siendo un factor crucial para el establecimiento del control soviético inicial en Europa del Este. En Polonia, el Ejército Nacional (AK) se opuso tenazmente a los planes de Stalin para su país.[107] Después de celebrarse la Conferencia de Yalta, e incluso en el curso de ella, la controversia por el futuro de Polonia hizo que saltaran las primeras chispas entre la URSS y los Aliados occidentales. Churchill se quejó de que el poder del gobierno prosoviético de Polonia «se basa en las bayonetas soviéticas». Tenía toda la razón. En cuanto concluyó la Conferencia de Yalta, el enviado del SMERSH en Polonia, Ivan Serov, comunicó a Stalin y a Molotov que los comunistas polacos querían deshacerse de Stanislaw Mikolajczyk, líder del gobierno polaco en el exilio. Stalin autorizó la detención de dieciséis líderes del Ejército Nacional, pero ordenó a Serov que no se tocara a Mikolajczyk. A pesar de esta precaución, la mano dura empleada por los soviéticos terminó por perjudicarlos. Churchill y Anthony Eden protestaron por las acciones «abominables» que cometían los soviéticos. Stalin se disgustó especialmente cuando Truman se unió a Churchill en la protesta por las detenciones de los líderes del AK. En su respuesta pública, habló de la necesidad de las detenciones «con el fin de proteger la retaguardia del frente del Ejército Rojo». Las detenciones continuaron. A finales de 1945, unos veinte mil individuos pertenecientes a la clandestinidad polaca, restos de las élites de la Polonia anterior a la guerra y su funcionariado, estaban presos en campos de concentración soviéticos.[108]

Rumanía también causó quebraderos de cabeza a Moscú. Las élites políticas de este país pidieron abiertamente ayuda a británicos y norteamericanos. El primer ministro, Nicolae Radescu, y los líderes de los «históricos» Partido Nacional de los Campesinos y Partido Liberal Nacional no ocultaban el temor que sentían por la amenaza soviética. Los comunistas rumanos, repatriados a Bucarest desde Moscú, habían organizado el Frente Democrático Nacional. Instigaron, con la colaboración clandestina de los soviéticos, un golpe de estado contra el régimen de Radescu, llevando al país al borde de una guerra civil a finales de febrero de 1945. Stalin envió a Andrei Vishinski, uno de sus sicarios más aborrecibles y fiscal infame en los procesos de los años treinta, a Bucarest con un ultimátum para el rey Miguel: Radescu debía ser sustituido por Petru Grozu, político prosoviético. Para dar más fuerza a su ultimátum, Stalin ordenó que dos divisiones del ejército se situaran en las inmediaciones de Bucarest. Las potencias occidentales no intervinieron, pero los delegados norteamericanos, incluido el emisario del Departamento de Estado, Burton Berry, y el jefe de la Misión Militar de Estados Unidos, Courtlandt van Rensselaer Schuyler, se quedaron pasmados ante esa acción y empezaron a compartir los mismos temores que tenían las élites rumanas ante una posible dominación soviética. En vista del descontento cada vez mayor que reinaba en Occidente, Stalin decidió no tocar al rey Miguel ni a los líderes de los dos partidos «históricos».[109]

Más al sur, en los Balcanes, Stalin construía una esfera de influencia soviética con la colaboración de Yugoslavia, uno de sus grandes aliados. En 1944-1945, pensó que la idea de una confederación de pueblos eslavos, dirigida con la ayuda de los comunistas yugoslavos, podía ser un buen movimiento táctico para la construcción de una Europa Central socialista y podía servir para apartar la atención de las potencias occidentales de los planes que tenía la Unión Soviética de transformar los regímenes políticos y socioeconómicos de la región. Pero el victorioso líder de las guerrillas comunistas yugoslavas, Josip Broz Tito, era demasiado ambicioso. En efecto, él y otros comunistas yugoslavos querían concretamente que Stalin apoyara sus pretensiones territoriales frente a Italia, Austria, Hungría y Rumanía. También pretendían la ayuda de Moscú para su proyecto de una «Yugoslavia más grande» que incluyera a Albania y Bulgaria. Durante un tiempo Stalin no demostró sentirse contrariado por la idea, y en enero de 1945 propuso a los comunistas yugoslavos la creación de un estado dual con los búlgaros, «como Austria-Hungría».[110]

En mayo de 1945, Trieste, la ciudad y su comarca, objeto de disputa entre Yugoslavia e Italia desde 1919, amenazó con convertirse en otro punto de fricción de las relaciones entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales. Stalin exhortó a los yugoslavos a que rebajaran sus exigencias para llegar a un acuerdo con los británicos y los norteamericanos. Los líderes yugoslavos obedecieron a regañadientes, pero Tito no pudo contener su frustración. En un discurso público dijo que los yugoslavos no querían ser «calderilla» en «la política de las esferas de interés». Para Stalin aquello fue un grave ultraje. Probablemente fuera a partir de entonces cuando empezó a contemplar a Tito con recelo.[111] No obstante, a lo largo de las difíciles negociaciones con las potencias occidentales por los tratados de paz con los países satélites de Alemania durante 1946, las autoridades del Kremlin defenderían las pretensiones territoriales de Yugoslavia en Trieste.[112] Este comportamiento puede explicarse por la pasión momentánea que suscitaron las ideas paneslavas entre las autoridades rusas, así como por la posición vital que ocupaba Yugoslavia en el flanco sur del perímetro de seguridad soviético.

Así pues, vemos que en Europa Oriental y en los Balcanes Stalin actuó de manera unilateral y con absoluta implacabilidad. Sin embargo, también midió cautelosamente sus pasos, avanzando o dando marcha atrás para evitar un choque prematuro con las potencias occidentales que pudiera poner en peligro la consecución de otras metas importantes de su política exterior. En particular, Stalin tenía que equilibrar sus objetivos



para el este de Europa y los Balcanes con el de la creación de una Alemania prosoviética (véase el capítulo 3). Otro de sus objetivos era una guerra con Japón en el futuro.

Los meses que siguieron a la Conferencia de Yalta brindaron al dictador una gran oportunidad para asegurarse un buen botín de guerra en Extremo Oriente. En 1945 Stalin y los diplomáticos soviéticos consideraban que China era un país cliente de Estados Unidos, por lo que decidieron que los intereses de la URSS en el Pacífico exigían una expansión territorial para impedir la sustitución de la dominación japonesa en la zona por la norteamericana. Su objetivo consistía en convertir Manchuria en parte del cinturón de seguridad soviético en Extremo Oriente.[113] Durante el banquete de la victoria celebrado con las autoridades militares el 24 de mayo, Stalin dijo que a veces una «buena diplomacia» podía «tener más peso que dos o tres ejércitos». Demostraría lo que quería decir con esto durante sus conversaciones con el gobierno chino del Guomindang en Moscú en julio y agosto de 1945.[114] Los acuerdos de Yalta, reconocidos por Truman, otorgaban al líder del Kremlin una posición de extraordinaria superioridad en lo referente al Guomindang. Stalin ejerció una presión tremenda sobre los nacionalistas, instándolos a aceptar a la Unión Soviética como la protectora de China frente a Japón. Con ese fin, dijo al ministro de Asuntos Exteriores chino, T. V. Soong, que las demandas soviéticas referentes a Port Arthur, el Ferrocarril Oriental de China, el sur de la isla de Sajalín y Mongolia Exterior estaban impulsadas «por consideraciones relacionadas con el reforzamiento de nuestra posición estratégica frente a Japón».[115]

Para sus negociaciones, Stalin contaba con algunos medios de presión que podía utilizar en la propia China. Moscú era la única intermediaria existente entre los nacionalistas y el Partido Comunista Chino (PCCh) que controlaba las regiones septentrionales de China próximas a Mongolia Exterior. Pero, además, los soviéticos podían jugar todavía otra carta menos conocida: financiaban y armaban en secreto un movimiento separatista uigur en la región de Xinjiang que limitaba con la URSS. Durante las conversaciones celebradas en Moscú, Stalin se ofreció a garantizar la integridad de China a cambio de importantes concesiones. «En cuanto a los comunistas de China», Stalin comunicó al Dr. Soong, «no los apoyamos ni tenemos la intención de hacerlo. Consideramos que China tiene un solo gobierno. Deseamos ser honestos en nuestras relaciones con China y las naciones aliadas».[116]

Las autoridades nacionalistas se mostraron muy reacias a aceptar las demandas de los soviéticos, especialmente la relacionada con Mongolia Exterior. Pero Jiang Jieshi, el líder chino, y el Dr. Soong no tuvieron más remedio que doblegarse. Sabían que tres meses después de que concluyera la guerra en Europa estaba prevista la invasión de Manchuria por el Ejército Rojo. Temían que los soviéticos pudieran entregar luego esa provincia al PCCh. De modo que el 14 de agosto aceptaron firmar el Tratado de Alianza y Amistad entre la China y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En un primer momento dio la impresión de que Stalin iba a mantener sus promesas: el PCCh fue obligado a negociar una tregua con el gobierno nacionalista. Los comunistas chinos asegurarían posteriormente que Stalin los traicionó y que socavó su estrategia revolucionaria. Por aquel entonces, sin embargo, Mao Zedong tuvo que admitir la lógica de Stalin: Estados Unidos estaba dando su apoyo al Guomindang, y una intervención soviética a favor del PCCh habría puesto fin inmediatamente a la cooperación ruso-americana.[117]

Al margen de la inminencia de la invasión de Manchuria por parte de la URSS, la colaboración ruso-americana proporcionó a los soviéticos fundamentos para esgrimir derechos especiales en esa región china. Truman no podía oponerse públicamente al control soviético de Mongolia Exterior, y se limitó a exigir que se respetara la política de puertas abiertas. En privado, Harriman empujó a Soong a no ceder a las presiones de Stalin, pero tuvo que admitir que los chinos «nunca más tendrán la oportunidad de alcanzar un compromiso con Stalin en unos términos tan favorables». En consecuencia,

Stalin obtuvo del Guomindang unas concesiones que iban más allá de lo estipulado en Yalta.[118]

Stalin tenía unos planes igualmente ambiciosos en lo concerniente a Japón. La noche del 26-27 de junio de 1945 mandó llamar a los miembros del Politburó y al alto mando militar para discutir un plan de guerra contra Japón. El mariscal Kirill Meretskov y Nikita Jrushchov querían desembarcar tropas soviéticas en el norte de Hokkaido. Molotov se manifestó contrario a esa idea, haciendo hincapié en que semejante operación supondría el incumplimiento de lo acordado con Roosevelt en Yalta. El mariscal Georgi Zhukov la puso en entredicho, pues la consideraba una aventura muy arriesgada desde el punto de vista militar. Stalin, sin embargo, apoyó el plan. Creía que la acción podía ofrecer a la Unión Soviética algún papel en la ocupación de Japón. Para Stalin el control del Imperio del Sol Naciente y su posible resurgimiento militar era tan importante como el control de Alemania.[119]

El 27 de junio de 1945, *Pravda* anunció que Stalin había asumido el título de «Generalísimo». Fue la culminación del *vozhd* (caudillo) del Kremlin como estadista. Tres semanas después, la Conferencia de Potsdam confirmaba el marco de cooperación de las tres grandes potencias que se había acordado en Yalta. Era un marco extraordinariamente favorable para la diplomacia y la política imperialista de Stalin. Al principio, la delegación británica, presidida por Churchill y más tarde, tras su derrota en las elecciones, por el nuevo primer ministro laborista, Clement Attlee, y el secretario del Foreign Office, Ernest Bevin, puso reparos a la actuación de los soviéticos fuera de sus fronteras. En particular, criticaron ásperamente las acciones de la URSS en Polonia, y se opusieron a sus intentos de obtener alguna indemnización de tipo industrial en la cuenca del Rhur. Varios asesores de Truman, entre otros el embajador norteamericano en Moscú, Averell Harriman, animaron al presidente y a su nuevo secretario de estado, James Byrnes, a apoyar la línea dura adoptada por los británicos. Truman, sin embargo, necesitaba todavía la colaboración soviética en la guerra contra Japón, e hizo oídos sordos a su consejo. El presidente y el secretario de Estado norteamericanos también se mostraron receptivos a la exigencia planteada por Stalin de obtener una participación en las indemnizaciones de guerra de la zona occidental alemana y acordaron la creación de una administración central en el país ocupado. En respuesta a las voces críticas, Truman propuso el nombramiento de una comisión aliada encargada de supervisar las elecciones de Rumanía, Bulgaria, Hungría, Grecia y otras naciones. Sin embargo, cuando Stalin se opuso a esta medida tras darse cuenta de que los norteamericanos no invitaban a la Unión Soviética a supervisar las elecciones en Italia, el presidente aparcó inmediatamente su plan. Una vez concluida la Conferencia de Potsdam, Molotov comunicó a Dimitrov que «los acuerdos principales a los que se ha llegado nos benefician», añadiendo que las potencias occidentales habían confirmado la integración de los Balcanes en la esfera de influencia de la URSS.[120]



EL RAYO

El 6 de agosto de 1945 la primera bomba atómica destruía Hiroshima; tres días después, el 9 de agosto, una segunda bomba arrasaba la ciudad de Nagasaki. Uno de los principales físicos nucleares de la época, el ruso Yuli Jariton, recordaría que en Moscú los líderes soviéticos consideraron aquellos ataques «un chantaje atómico a la URSS, la amenaza de desencadenar una nueva guerra todavía más devastadora y terrible».[121] Entre las élites soviéticas, la sensación de omnipotencia dio paso a un nuevo sentimiento de inseguridad. Algunos oficiales rusos dijeron al periodista británico Alexander Werth que la victoria, que tanto trabajo y esfuerzos les había costado obtener sobre Alemania, ahora había sido «prácticamente despilfarrada».[122]

El 20 de agosto de 1945, el Generalísimo del Kremlin creó un comité especial para la construcción de armas atómicas y decidió que el proyecto era cosa de «todo el partido», dando a entender que debía ser considerado una prioridad por toda la *nomenklatura* del partido del estado, como ocurriera con los planes de colectivización e industrialización de los años treinta. El proyecto se convirtió en la primera campaña de movilización de posguerra; un plan de alto secreto y con un presupuesto altísimo. Los cabecillas de la industria durante la guerra, incluidos Dmitri Ustinov, Viacheslav Malishev, Boris Vannikov y centenares de individuos más, reanudaron aquella vida de febril actividad e insomne que habían llevado durante la guerra contra Alemania. Muchos de los que participaron en el proyecto compararían la experiencia con la Gran Guerra Patriótica; según un testigo, «los trabajos se desarrollaban a una escala grandiosa, ¡todo era alucinante!» No tardarían en ponerse en marcha otros dos proyectos colosales de rearme: el primero de misiles, y el segundo de defensa antiaérea.[123]

Los historiadores norteamericanos todavía discuten sobre una posible motivación soviética en la decisión de Truman de utilizar la bomba atómica.[124] Sean fundadas o no esas sospechas, lo cierto es que la bomba tuvo un gran impacto en los soviéticos. Todas las señales de alarma que habían saltado hasta entonces encajaban de repente con un modelo nuevo y peligroso. Estados Unidos seguía siendo un país aliado, ¿pero podía convertirse de nuevo en enemigo? El brusco amanecer de la era atómica en medio del triunfalismo soviético vino a agudizar la incertidumbre que reinaba en la Unión Soviética. Esa incertidumbre provocaría que las élites del país se vieran obligadas a cooperar estrechamente con su líder. El poder sin par de Stalin se basaba en la mitología y el miedo, pero también en las élites, así como en el pueblo soviético, que miraba hacia él en busca de una respuesta a las amenazas externas. Después de lo de Hiroshima, las élites soviéticas se unieron para intentar ocultar una vez más su sensación de debilidad tras una fachada de bravuconería.[125]

Además, las élites esperaban que, bajo el liderazgo de Stalin, a la URSS no le fueran negados los frutos de su gran victoria, incluido el nuevo «imperio socialista». Y millones de soviéticos, traumatizados todavía por el reciente baño de sangre que había supuesto la Segunda Guerra Mundial, y desconcertados por las penalidades de los tiempos de paz, esperaban fervientemente que no estallara otra guerra, pero también confiaban en la sabiduría del *vozhd* del Kremlin.

2

El camino de Stalin hacia la Guerra Fría, 1945-1948

> Es el colmo de la desfachatez de los angloamericanos. No tienen ni el más mínimo sentimiento de respeto hacia sus aliados.
>
> STALIN A MOLOTOV,
> septiembre de 1945

> Creo que antes de diez años [las potencias occidentales] nos zurrarán la badana. ¡Nuestro prestigio ha ido decayendo de forma inexorable!
> ¡Nadie apoyará a la Unión Soviética!
>
> Conversación entre unos generales soviéticos,
> diciembre de 1946

El 18 de junio de 1946 el corresponsal de la CBS Richard C. Hottelet se hallaba en el piso del excomisario de asuntos exteriores de la Unión Soviética, Maxim Litvinov, en Moscú. No podía dar crédito a lo que oía. De nuevo en la seguridad de su despacho, el periodista apuntó lo que había oído decir a aquel viejo bolchevique. El Kremlin, había dicho Litvinov, había escogido para la Unión Soviética un concepto de seguridad pasado de moda: «Cuanto más territorio tengas, más seguro estarás». Semejante principio conducía inexorablemente a una confrontación con las potencias occidentales, y lo mejor que cabía esperar era «una tregua armada prolongada».[1]

Las decisiones tomadas en Yalta y Potsdam legitimaban no sólo la esfera de influencia de la Unión Soviética en Europa Central, sino también la continuación de su presencia militar en Alemania y su expansión territorial y política en el Extremo Oriente. En el otoño de 1945, el marco de las conversaciones entre las tres grandes potencias, a pesar de la tensión creciente, ofrecía aún cierta esperanza para los soviéticos, incluida la posibilidad de recibir indemnizaciones de la parte occidental de Alemania. Tras los primeros meses de paz, sin embargo, Stalin empezó a tomar una serie de medidas que, una tras otra, ponían de manifiesto los límites de la cooperación de los Aliados. Los temores y la desesperación de Litvinov estaban justificados: el comportamiento del Kremlin fue uno de los principales factores que provocaron la Guerra Fría. ¿Pero cómo se llegó a la elección de ese «concepto de seguridad pasado de moda» por parte de Stalin? ¿Qué cálculos, que motivaciones y qué fuerzas internas impulsaron a la Unión Soviética hacia una guerra fría con Estados Unidos?



CONTRA LA «DIPLOMACIA ATÓMICA»

El bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, seguido del inmediato e inesperado hundimiento de Japón, hizo añicos los cálculos de Stalin, que contaba con que la guerra en el Pacífico se prolongara aún algunos meses.[2] El 19 de agosto de 1945, Stalin todavía planeaba desembarcar tropas soviéticas en Hokkaido. Envió una carta a Truman exigiendo la ocupación soviética de todo el archipiélago de las Kuriles. Sostenía además que la opinión pública soviética «se sentiría gravemente ofendida si las tropas rusas no disponían de una región ocupada en algún sector del territorio japonés propiamente dicho». Truman transigió con lo de las Kuriles, pero rechazó de plano la exigencia de Stalin de participar en la ocupación de Japón. El 22 de agosto, el señor de la guerra del Kremlin tuvo que cancelar el desembarco en Hokkaido que tenía previsto. Estados Unidos ocupó Japón y el general Douglas McArthur empezó a gobernar el país de forma unilateral, sin ni siquiera tomarse la molestia de pedir su parecer a los soviéticos.[3]

De repente salieron a la superficie todas las cuestiones diplomáticas más o menos vagas y aún sin resolver que permanecían ocultas en los planes que tenían norteamericanos y soviéticos respecto al Extremo Oriente y a Europa Central. El 20-21 de agosto, los representantes de Estados Unidos y Gran Bretaña en Rumanía y Bulgaria informaron al monarca rumano, al regente búlgaro y a los comisarios soviéticos aliados en ambos países que no estaban dispuestos a reconocer a los nuevos gobiernos de Bucarest y Sofía mientras no incluyeran candidatos prooccidentales. Los representantes estadounidenses en la zona fueron provistos de instrucciones enviadas por el secretario de Estado norteamericano James Byrnes en el sentido de que animaran a la oposición a combatir las violaciones de la Declaración de la Europa Liberada, «si fuera necesario, con la ayuda de los tres [gobiernos] aliados». Este nuevo giro de los acontecimientos venía a demostrar que las potencias occidentales no concedían a los soviéticos mano libre en los Balcanes, y la noticia galvanizó las fuerzas anticomunistas de la región y complicó seriamente los planes de los soviéticos en toda Europa Central. Desde Letonia hasta Bulgaria, corrieron rumores de que pronto iba a estallar una guerra entre Estados Unidos y la URSS, y de que los norteamericanos iban a arrojar la bomba atómica sobre Stalin e iban a obligarlo a retirarse. Poco después, el ministro de Asuntos Exteriores búlgaro anunció, para desesperación de los soviéticos, que las elecciones de su país iban a posponerse hasta que pudieran ser verificadas por una Comisión de Control Aliada, integrada por representantes de las tres grandes potencias. «Una capitulación vergonzosa», escribía Georgi Dimitrov en su diario. Fuentes soviéticas de Sofía informaban a Moscú de la «brutal presión de los angloamericanos».[4]

Para intensificar la preocupación de los soviéticos, Byrnes y el secretario de Estado de asuntos exteriores británico Ernest Bevin actuaban ahora de manera conjunta, como habían hecho anteriormente Truman y Churchill durante la crisis de Polonia. Stalin envió instrucciones inmediatamente al general Sergei Biryuzov, comandante en jefe de las fuerzas soviéticas en Bulgaria: «No deben hacerse concesiones de ningún tipo. Ningún cambio en la composición del gobierno».[5] A juicio de Stalin, los acontecimientos de los Balcanes, lo mismo que los de Japón, formaban parte de una ofensiva política occidental, constituían una consecuencia directa del cambio del equilibrio de poderes que había acarreado el bombardeo de Hiroshima. Muchos miembros del entorno de Stalin, del ejército y de la comunidad científica eran más o menos de la misma opinión. Esta idea era curiosamente similar a las conclusiones a las que llegarían varias décadas más tarde Gar Alperovitz y otros historiadores norteamericanos, quienes sostenían que la diplomacia

estadounidense después del bombardeo de Hiroshima se convirtió en una «diplomacia atómica».[6]

El 11 de septiembre, Byrnes, Bevin y Molotov se reunieron en la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de Londres. La reunión se convirtió, como concluye el historiador Vladimir Pechatnov, en «una demostración recíproca de dureza» entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Stalin ordenó a Molotov que insistiera en la lógica de Yalta, que, en su opinión, confirmaba el principio de no interferencia por parte de las grandes potencias en sus respectivas esferas de influencia. El 12 de septiembre le telegrafió diciendo: «Podría suceder que los Aliados firmaran un tratado de paz con Italia sin nosotros. ¿Y qué? Ya tenemos un precedente. Tendríamos a nuestra vez la posibilidad de alcanzar un tratado de paz con [los países de Europa Central] sin los aliados». Continuaba diciendo que si bien semejante conducta podía llevar la conferencia a un callejón sin salida, «tampoco debe asustarnos que eso suceda».[7]

Durante los primeros días de la reunión, Byrnes sugirió que deberían invitar a Francia y a China a discutir los tratados de paz con los países satélites de Alemania. Molotov se mostró de acuerdo sin sondear primero a Stalin; en su opinión, los norteamericanos sólo querían dar mayor importancia al papel de las Naciones Unidas, el resto de cuyos miembros, insistía, asistirían a las conferencias de paz sobre Finlandia, Hungría, y Rumanía. Pero Stalin veía en todas las iniciativas de los políticos occidentales un elemento de un proyecto más amplio destinado a minar el concepto de exclusividad de las esferas de influencia acordado en Yalta y Potsdam. Estaba furioso con Molotov y ordenó a su infortunado lugarteniente que se retractara del acuerdo expresado en torno a la participación de China y de Francia, jugada que hizo que la conferencia quedara en punto muerto. Stalin escribía: «Los Aliados te están presionando para que cedas. Pero debes aguantar hasta el final». Molotov reconocía que había «tenido un grave despiste». A partir de ese momento, a juicio de Stalin, Molotov se hizo sospechoso de ser el «pacificador» de Occidente.[8]

Al margen de las intenciones que pudiera tener Byrnes de desarrollar una «diplomacia atómica», el secretario de Estado no quería ser visto como el causante de la ruina de las esperanzas populares de cooperación durante la posguerra. El 20 de septiembre, Byrnes intentó salvar la conferencia proponiendo a Molotov un tratado de desmilitarización de Alemania de veinte o veinticinco años de duración. En su comunicado a Stalin, Molotov recomendaba aceptar la propuesta de Byrnes, «si los norteamericanos se mueven más o menos en nuestra dirección en lo tocante a los países de los Balcanes». Pero Stalin no estaba dispuesto a sacar de Alemania a las tropas soviéticas a cambio de un pedazo de papel que garantizaba la desmilitarización del país.[9] El líder supremo del Kremlin ordenó a Molotov rechazar la idea de Byrnes. Explicó a su ministro que la propuesta de Byrnes perseguía cuatro objetivos distintos: «En primer lugar, distraer nuestra atención del Extremo Oriente, donde los norteamericanos asumen el papel de amigo de Japón para el día de mañana, y dar así la sensación de que todo está bien por ahí; en segundo lugar, recibir de la URSS una ratificación formal de que Estados Unidos desempeñe en los asuntos europeos el mismo papel que la URSS, de modo que a continuación puedan tomar en sus manos el futuro de Europa, en alianza con Inglaterra; en tercer lugar, devaluar los tratados de alianza que la URSS ha alcanzado ya con los estados europeos; y en cuarto lugar, retirar el apoyo a cualquier otro tratado de alianza que pudieran firmar en el futuro la URSS y Rumanía, Finlandia, etc.».[10]

Estas palabras revelan que las ideas de Stalin eran una combinación de inseguridad y de aspiraciones de largo alcance. En respuesta a la nueva propuesta de Byrnes, el mandatario soviético ordenó a Molotov proponer la creación de una Comisión de Control Aliada sobre Japón, semejante a la establecida para Alemania. El control exclusivo de Japón por los norteamericanos suponía una amenaza para la visión del mundo de



posguerra que tenía Stalin, lo mismo que el monopolio norteamericano de la bomba atómica. Byrnes, apoyado por los británicos, se negó a discutir la contrapropuesta soviética. Stalin estaba furioso: «Es el colmo de la desfachatez angloamericana», decía en un telegrama enviado a Molotov. «No tienen el más mínimo sentimiento de respeto hacia sus aliados».[11]

No obstante, Stalin seguía deseoso de hacer negocios con los norteamericanos e intentó por todos los medios no dar muestras de falta de respeto hacia Truman.[12] Al mismo tiempo, decidió mostrar su repulsa hacia Byrnes, el supuesto arquitecto de la «diplomacia atómica». El 27 de septiembre, Stalin ordenó a Molotov hacer ostentación de «una inflexibilidad absoluta» y olvidar cualquier tipo de componenda con Estados Unidos. «El fracaso de la conferencia significaría el fracaso de Byrnes, y eso no debe preocuparnos».[13] Molotov seguía abrigando esperanzas de que tras varios días de duras negociaciones, los Aliados ofrecieran una solución de compromiso aceptable.[14] Stalin, sin embargo, se mostró inflexible, y la Conferencia de Londres concluyó el 2 de octubre sin llegar a ningún resultado.

A corto plazo, la táctica de Stalin de oponerse a la Conferencia de Londres produjo el efecto deseado. Byrnes se enfadó muchísimo por no haber podido alcanzar ningún acuerdo con los soviéticos y decidió abandonar su anterior política de intransigencia. La determinación estadounidense de oponerse a la conducta seguida por los soviéticos en Europa Central flaqueó notablemente. Byrnes ordenó a Averell Harriman salir de aquel punto muerto celebrando una entrevista personal con Stalin. El 24-25 de octubre, Stalin representó el papel de encantador anfitrión de Harriman en la dacha secreta que poseía en Gagri, a orillas del mar Negro. Durante la reunión, Harriman se dio cuenta de que Stalin seguía «muy irritado por nuestra negativa a permitir el desembarco de tropas soviéticas en Hokkaido». El mandatario soviético se quejaba de que Douglas McArthur tomaba decisiones sin molestarse ni siquiera en comunicárselas a los rusos. Afirmaba que la Unión Soviética no iba a aceptar el papel de «satélite de los americanos en el Pacífico». Quizá, dijo Stalin, a la Unión Soviética le conviniera ceder en Japón y dejar que los norteamericanos actuaran como les pareciera en ese país. Él no había sido nunca partidario del aislacionismo, pero «ahora la Unión Soviética tal vez deba adoptar esa actitud».[15]

Harriman encontró a Stalin «extraordinariamente suspicaz ante cualquier movimiento nuestro», pero abandonó la reunión convencido de que los intereses de seguridad de los soviéticos en Europa Central podrían verse satisfechos sin cerrar la región al comercio norteamericano ni a la influencia económica y cultural de Estados Unidos.[16] No supo darse cuenta de que para el dictador soviético los anglosajones no tenían cabida ni en Europa Central ni en los Balcanes. El 14 de noviembre, en la misma dacha de Gagri, Stalin dijo simple y llanamente a Ladislaw Gomulka y a otros comunistas polacos que «rechazaran la política de puertas abiertas» de los norteamericanos. Advirtió a sus huéspedes que los angloamericanos pretendían «arrebatarnos a nuestros aliados: Polonia, Rumanía, Yugoslavia y Bulgaria».[17]

La decisión de Stalin de cerrar la Europa Central a la influencia de Occidente no significaba que abandonara los juegos diplomáticos. De repente, Byrnes se convirtió en su socio preferido. El factor decisivo fue la aceptación por parte de este último de la exigencia soviética de excluir a Francia y a China del programa de negociación de los tratados de paz. El 9 de diciembre, en el telegrama que envió desde el mar Negro al «cuarteto» de política exterior del Politburó en el Kremlin (Molotov, Lavrenti Beria, Georgi Malenkov y Mikoyan), Stalin decía que «hemos ganado la pelea», y que habían obligado a Estados Unidos y a Gran Bretaña a retirarse de los Balcanes. Reprochaba de nuevo a Molotov haber cedido a las presiones y la intimidación de Estados Unidos. «Es evidente», concluía, «que en nuestros tratos con socios como Estados Unidos y Gran Bretaña no podemos

conseguir nada serio si empezamos cediendo a la intimidación y damos muestras de incertidumbre. Para conseguir algo de este tipo de interlocutores, debemos armarnos con la política de la tenacidad y la firmeza».[18] El máximo mandatario demostraba a sus subordinados que necesitaban su guía en los asuntos de posguerra tanto como la habían necesitado durante la contienda.

Cuando en el mes de diciembre se reunió con Byrnes en Moscú, Stalin lo trató como a un huésped de honor. Pero las concesiones norteamericanas (la creación de la Comisión de Control Aliada en Japón) no satisficieron sus demandas. No obstante, seguía necesitando la cooperación de Byrnes para obtener resultados favorables en lo tocante a las indemnizaciones de Alemania, así como en lo relativo a la firma de tratados de paz con Alemania y sus antiguos países satélites. Byrnes no intentó jugar la baza del poderío atómico, no actuó en tándem con los británicos, y no presionó a los soviéticos en lo tocante a sus aventuras separatistas en el norte de Irán. En general, ambas partes negociaron con el estilo de toma y daca que Stalin consideraba que era su fuerte, empezando por la consolidación de sus respectivas áreas de influencia y las concesiones mutuas.[19]

Byrnes dio además validez a las elecciones amañadas en Bulgaria y Rumanía, a cambio de pequeñas modificaciones en sus gobiernos y garantías públicas de que el Kremlin iba a respetar las «libertades» políticas y los derechos de la oposición. Stalin llamó inmediatamente a Sofía al líder comunista búlgaro, Georgi Dimitrov, y le dijo que cogiera a «unos cuantos representantes de la oposición» y les diera algunos «ministerios insignificantes». Después de aquello, según Harriman, «la actitud de los rusos cambió por completo y en adelante, la colaboración en muchos otros problemas mundiales se consiguió con facilidad».[20]

La diplomacia de concatenación favorecida por Stalin triunfó en los Balcanes. El 7 de enero de 1946, el dictador soviético hizo gala de su euforia victoriosa ante los líderes comunistas búlgaros. Exclamó alegremente: «¡Podéis mandar al diablo a vuestra oposición! Aunque boicoteó las elecciones, éstas han sido ratificadas ahora por tres grandes potencias». Por mucho que se irritaran las potencias occidentales con el gobierno comunista búlgaro por detener a los líderes de la oposición, concluía, «no se atreverán» a echar la culpa a la Unión Soviética.[21] La táctica de Stalin en los Balcanes no cambió después de que Churchill pronunciara su famoso discurso en Fulton, Missouri, el 5 de marzo de 1946, advirtiendo a Estados Unidos que toda Europa Oriental se hallaba en esos momentos detrás de un «telón de acero» y bajo el control cada vez más férreo de Moscú. El llamamiento de Churchill en pro de la alianza angloamericana para equilibrar el poderío soviético dio qué pensar a algunos líderes comunistas de la Europa del Este, pero Stalin, consciente de sus vacilaciones, siguió presionándolos. Criticó a Dimitrov por su cautela y le ordenó acabar con la oposición inmediatamente.[22]

Stalin se mostró más prudente con otros países europeos próximos a la Unión Soviética. Pese a su cercanía a la frontera rusa, Finlandia logró salvarse de la sovietización por los pelos. En una reunión con una delegación finlandesa en octubre de 1945, Stalin calificó la política soviética hacia Finlandia de «generosidad calculada». Dijo: «Cuando tratamos bien a los países vecinos, éstos responden en consonancia». Esa «generosidad» tenía unos límites estrictos: el lugarteniente de Stalin, Andrei Zhdanov, trabajó denodadamente para arrancar a Finlandia hasta el último céntimo en concepto de indemnizaciones de guerra (en materias primas).[23] Con la misma actitud calculadora, Stalin prefirió fingir que la Unión Soviética seguía teniendo en cuenta las sensibilidades angloamericanas respecto a Polonia. Aconsejó repetidamente a sus clientes comunistas polacos que «no rompieran» los acuerdos de Yalta y Potsdam. Les dijo que toleraran a Stanislaw Mikolajczyk, aunque no dudara en calificarlo de simple «títere de los británicos». No obstante, cuando los polacos comentaron que el discurso de Churchill en Fulton daba



alas a la oposición y la incitaba a esperar la «liberación» a manos de las potencias occidentales, Stalin replicó con absoluto aplomo que ni Estados Unidos ni Gran Bretaña estaban dispuestos a romper con la URSS. «Intentarán intimidarnos, pero si no nos damos por aludidos, dejarán poco a poco de hacer ruido».[24]

La lucha de Stalin contra la «diplomacia atómica» norteamericana no se limitó a Europa Central, sino que se extendió también al Extremo Oriente. En octubre, el Kremlin adoptó una línea de inflexibilidad hacia el Guomindang y empezó a dar alas a las fuerzas del PCCh en Manchuria. Los historiadores chinos relacionan este cambio de actitud con la negativa manifestada por los norteamericanos en la Conferencia de Londres a reconocer a los soviéticos cualquier tipo de papel en los asuntos de Japón.[25] Pero semejante actitud era sólo un elemento más de la reacción de Stalin ante la «diplomacia atómica» practicada por Byrnes. Cuando Stalin recibió a finales de septiembre los informes en los que se comunicaba que los marines norteamericanos estaban desembarcando en Manchuria para ayudar al Guomindang, montó en cólera.[26] En su opinión, aquello suponía un cambio en el equilibrio de fuerzas y una amenaza para la influencia a largo plazo de la URSS en el nordeste de Asia. El Kremlin intentó una vez más aprovechar la presencia de comunistas chinos en Manchuria para contrarrestar el peso del gobierno nacionalista.

A finales de noviembre, Truman envió a un famoso líder militar, George Marshall, en misión diplomática a China, con el fin de reforzar a los nacionalistas contra los soviéticos y el PCCh. Cuando Marshall llegó a China, sin embargo, Stalin ya había cambiado la «política de firmeza» por la táctica de las componendas. Los representantes soviéticos en Manchuria empezaron a cooperar con los funcionarios del Guomindang. Lo mismo que en Europa, también en el Extremo Oriente Stalin quería dejar claro a los norteamericanos que estaba dispuesto a volver al marco de Yalta. El dictador soviético sabía que sus tropas iban a tener que salir pronto de Manchuria. Pero mientras tanto, continuó luchando por aquella zona de vital importancia. Desde diciembre de 1945 hasta enero de 1946, Jiang Jieshi, líder de la República de China, intentó revisar el acuerdo sobre Manchuria. En esta ocasión, en vez de recurrir a un proamericano como el Dr. Soong, envió a Moscú a su propio hijo, Jian Jingguo. Jian se había criado en la Unión Soviética y había pertenecido al Partido Comunista soviético.[27]

Moscú recibió al enviado chino con escepticismo. Solomon Lozovski, vicecomisario de Asuntos Exteriores, decía en su memorándum a la presidencia que Jiang Jieshi intentaba «mantener el equilibrio entre Estados Unidos y la URSS». Aquello iba en contra del objetivo soviético de mantener a los norteamericanos fuera de Manchuria. «Nos hemos quitado de encima a los japoneses como vecinos en nuestras fronteras y no vamos a permitir que Manchuria se convierta en un campo de influencia política y económica de otra gran potencia». Lozovski sugería que debían tomarse fuertes medidas para impedir la penetración económica de los norteamericanos en el norte de China.[28] El propio Stalin no habría podido expresarlo mejor.

Truman vino en ayuda de los soviéticos el 15 de diciembre cuando anunció que Estados Unidos no pensaba intervenir militarmente en la guerra civil china poniéndose del lado del Guomindang. Esta noticia debilitó la posición de Jiang Jieshi poco antes de que dieran comienzo las conversaciones de Moscú. Su hijo informó confidencialmente a Stalin de que, a cambio de su ayuda en la restauración del control de Manchuria y Xinjiang, el gobierno nacionalista del Guomindang estaba dispuesto a desarrollar una alianza «muy estrecha» con la URSS. Jiang prometió asimismo desmilitarizar la frontera chino-soviética y conceder a la URSS «un papel hegemónico en la economía manchú». Sin embargo, Jiang Jieshi insistió en mantener la política de puertas abiertas en el norte de China e hizo saber a Stalin que no estaba dispuesto a ponerse exclusivamente del lado de la URSS.[29]

Stalin propuso un acuerdo sobre cooperación económica en el nordeste de China que excluyera a los americanos. Su objetivo era conseguir un control completo de Manchuria, y

la forma más cómoda de lograrlo era mediante una ocupación militar soviética y, tras la retirada de las tropas, utilizando las fuerzas del PCCh como contrapeso frente al gobierno nacionalista del Guomindang y los norteamericanos. Por consiguiente, Stalin rechazó rotundamente la pretensión de Jiang Jieshi de presionar a Mao Zedong; se limitó a recomendar a los comunistas chinos que mantuvieran un perfil bajo y se concentraran en ocupar ciudades pequeñas y las zonas rurales.[30]

Estados Unidos respondió enérgicamente ante aquel aparente acercamiento chino-soviético. En febrero de 1946, los norteamericanos indujeron a Jiang Jieshi a poner fin a las conversaciones económicas bilaterales con Moscú. Intentaron asimismo complicar la firma del Tratado Chino-Soviético publicando los acuerdos secretos sobre China alcanzados por Roosevelt y Stalin. Como reacción, los representantes soviéticos rechazaron rotundamente la política de puertas abiertas en el nordeste de China. Aunque Moscú anunció la retirada de sus tropas de Manchuria, el Kremlin permitió finalmente a las fuerzas del PCCh ocupar las grandes ciudades del nordeste de China.[31]

Sin embargo, lo que empezó de forma tan halagüeña para Moscú, dio lugar a grandes desajustes en el delicado equilibrio del sistema de Yalta-Potsdam. Aunque Stalin intentó manipular el calendario de la retirada militar de Manchuria para presionar al Guomindang, obligándolo a hacer concesiones económicas a la Unión Soviética y a no imponer la política de puertas abiertas en la zona, no logró su propósito.[32] Y, pese a todas sus maquinaciones, tampoco consiguió convertir Manchuria en un área de influencia exclusiva de la Unión Soviética. Al final, tuvo que ceder la zona a los flamantes comunistas chinos, a cambio de la promesa de Mao Zedong de establecer una alianza estratégica con la URSS.



TANTEOS EN LA PERIFERIA

Durante varios meses, hasta agosto de 1945, el Kremlin respiró los aires embriagadores de unos horizontes y unas aspiraciones sin límites, y ni siquiera el bombardeo de Hiroshima consiguió disiparlos de inmediato. Stalin estaba construyéndose un colchón de seguridad en Europa Central y en el Extremo Oriente, y empezó también a prestar especial atención a Turquía y a Irán.

Durante siglos, los gobernantes de Rusia habían ambicionado los estrechos turcos del Bósforo y los Dardanelos, que unen el mar Negro con el Mediterráneo. En 1915, en el momento culminante de la Gran Guerra, durante la cual Turquía se puso del lado de Alemania y el Imperio austrohúngaro, Gran Bretaña prometió incluso apoyar las aspiraciones de Rusia a reclamar los estrechos y el litoral de Turquía como su esfera de influencia particular. La victoria de los bolcheviques, sin embargo, anuló y vació de contenido este acuerdo secreto. Durante las conversaciones germano-soviéticas de Berlín de noviembre de 1940, Molotov, siguiendo instrucciones de Stalin, insistió en que Bulgaria, los estrechos de Turquía y la zona del mar Negro debían convertirse en área de influencia soviética. Stalin volvió a insistir con vehemencia sobre esta cuestión en las conversaciones con sus socios occidentales de la Gran Alianza. Pretendía «revisar» la Convención de Montreux de 1936, que permitía a Turquía construir defensas militares en los estrechos y cortar el paso a los buques de guerra de otros países que cruzaran por ellos en tiempos de guerra.[33] Stalin quería que la marina soviética tuviera acceso al Mediterráneo en cualquier momento. En la Conferencia de Teherán de 1943, Churchill y Roosevelt acordaron realizar algunas revisiones, y durante las conversaciones secretas con Stalin en Moscú de octubre de 1944, dio la impresión de que Churchill accedía a las demandas soviéticas.[34]

En 1944-1945, los diplomáticos, historiadores y expertos en derecho internacional de la URSS afirmaron unánimemente que aquella era una ocasión única para zanjar de una vez por todas «la cuestión de los estrechos». Litvinov escribió a Stalin y a Molotov en noviembre de 1944 diciendo que había que convencer a los británicos de que cedieran a la Unión Soviética «la responsabilidad» de la zona de los estrechos. Otro experto de la Comisaría de Asuntos Exteriores indicaba que la mejor forma de garantizar los intereses de seguridad soviéticos habría sido «un acuerdo bilateral turco-soviético sobre la defensa conjunta de los estrechos».[35] Todas estas propuestas, reflejo de las grandes expectativas del Kremlin después de apoderarse de media Europa, se basaban en el supuesto de que Gran Bretaña y Estados Unidos iban a reconocer el predominio geopolítico («proximidad geográfica») de la Unión Soviética sobre Turquía.[36]

La entrada del ejército soviético en Bulgaria fue un paseo militar y algunos oficiales, animados por las victorias obtenidas, exhortaron a Stalin a invadir Turquía.[37] El problema fundamental para los soviéticos, sin embargo, seguía siendo el hecho de que Turquía, a diferencia de lo que había hecho durante la Primera Guerra Mundial, había mantenido una postura de estricta neutralidad. Por consiguiente, el ejército soviético no podía respaldar con su fuerza a la diplomacia de Moscú. No obstante, el gobierno del Kremlin decidió actuar con energía y de forma unilateral, sin pactos preliminares con sus aliados occidentales. El 7 de junio de 1945, siguiendo instrucciones de Stalin, Molotov se reunió con el embajador turco en Moscú, Selim Sarper, y rechazó la propuesta de Turquía de firmar un nuevo tratado de alianza con la Unión Soviética. Por el contrario, Moscú exigió a Turquía la derogación de la Convención de Montreux y el establecimiento de una protección conjunta de los estrechos en tiempos de paz. Los soviéticos exigieron además el derecho a construir bases militares conjuntas en los estrechos turcos. Molotov intentó

asimismo amedrentar a los turcos insistiendo en la devolución de todos los territorios del sur del Cáucaso «en disputa», que la Rusia soviética había cedido a Turquía en virtud del tratado de 1921.[38]

Los nuevos testimonios disponibles demuestran que, en su locura, Stalin pretendía acabar con la capacidad de Turquía de actuar como un interlocutor independiente entre el Imperio británico y la Unión Soviética. El control de los estrechos constituía una prioridad geopolítica, pues habría supuesto la conversión de la Unión Soviética en una potencia mediterránea. Las exigencias territoriales se convirtieron en un segundo objetivo sumamente importante que, en opinión de Stalin, habría contribuido a conseguir el primero.

Stalin planeaba utilizar la «carta armenia» para anexionarse las provincias orientales de Turquía, Ardvin y Kars, próximas al lago Van. En 1915, más de un millón de armenios que por aquel entonces habitaban en aquellas provincias, a la sazón integradas en el Imperio otomano, fueron víctimas de brutales matanzas y deportaciones forzosas. En agosto de 1920, según el Tratado de Sévres, por el que quedó dividido el Imperio otomano, estas provincias fueron asignadas a un «estado armenio». Sin embargo, los armenios perdieron la guerra contra el ejército turco, acaudillado por Mustafá Kemal (Ataturk). Lenin y el gobierno bolchevique, del que formaba parte Stalin, se aliaron con la Turquía kemalista, y en el Tratado Turco-Soviético de 1921 le cedieron las provincias «armenias». En la primavera de 1945, los armenios de la diáspora cifraron todas sus esperanzas en la política preconizada por el Kremlin. Las organizaciones armenias, entre ellas las ricas asociaciones de Estados Unidos, apelaron a Stalin para llevar a cabo repatriaciones masivas de armenios de nacimiento a la Armenia soviética, con la esperanza de que la URSS les entregara las tierras reclamadas a Turquía. En el mes de mayo, Stalin autorizó a las autoridades de la Armenia soviética a explorar la posibilidad de realizar repatriaciones masivas de los armenios de la diáspora. Según sus cálculos, aquella medida habría contribuido a socavar el posible apoyo de Occidente a Turquía y habría supuesto una tapadera «humanitaria» a las exigencias planteadas por la URSS.[39]

El gobierno turco respondió diciendo que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo bilateral, pero rechazó las reclamaciones territoriales de la Unión Soviética y su exigencia de una defensa «conjunta» de los estrechos. Sin embargo, como recordaría más tarde Molotov, Stalin le ordenó que siguiera insistiendo en ellas.[40] Poco antes de la Conferencia de Yalta, Stalin comentó al líder comunista búlgaro Vasil Kolarov que «Turquía no tiene cabida en los Balcanes».[41] Al mismo tiempo, el líder del Kremlin probablemente esperara que los norteamericanos, interesados aún en que la URSS se uniera a ellos en la guerra del Pacífico, permanecieran neutrales ante la cuestión turca. En Potsdam, los británicos y los estadounidenses confirmaron su predisposición general a introducir modificaciones en el control de los estrechos. Sin embargo, Truman presentó una propuesta que defendía la navegación libre y sin restricciones de las vías marítimas internacionales y se oponía al establecimiento de fortificaciones en los estrechos turcos. A pesar de semejante propuesta, las evaluaciones internas de la Conferencia de Potsdam llevadas a cabo por los soviéticos eran optimistas. El 30 de agosto, poco antes de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de Londres, Stalin dijo a los comunistas búlgaros que el problema de las bases turcas en los Dardanelos «quedaría resuelto en la conferencia». De lo contrario, añadió, la Unión Soviética suscitaría la cuestión de una salida al Mediterráneo.[42]

En Londres, Molotov presentó a los Aliados una propuesta para conceder a la Unión Soviética un mandato sobre Tripolitania (Libia), antigua colonia italiana. Aquel planteamiento era no sólo un recurso táctico, sino también una expresión de los afanes expansionistas de posguerra de la URSS. La correspondencia secreta Stalin-Molotov revela que los mandatarios soviéticos confiaban en una vaga promesa que les había hecho el secretario de Estado de Roosevelt, Edward Stettinius, durante la Conferencia de



San Francisco de abril de 1945. Cuando Stalin se enteró de que los norteamericanos se habían puesto del lado de los británicos para oponerse al establecimiento de una base naval en aquel lugar, ordenó a Molotov que exigiera por lo menos bases para la flota mercante. Al final, la resistencia angloamericana impidió la ansiada presencia de los soviéticos en el Mediterráneo.[43]

Turquía opuso también una feroz resistencia a las exigencias soviéticas. Si en junio de 1945 Stalin hubiera propuesto al gobierno turco una alianza de seguridad bilateral y derechos especiales sobre los estrechos sin el establecimiento de bases, Turquía probablemente habría accedido.[44] Sin embargo, el ultimátum de los rusos dio lugar a una reacción nacionalista, y las autoridades turcas se negaron a mantener cerrados los estrechos a todas las potencias navales menos a la URSS. A la muerte de Stalin, Jrushchov hizo públicas estas opiniones en un pleno del Comité Central: «Los turcos no son tontos. Los Dardanelos no son sólo asunto de los turcos. Son el punto en el que confluyen los intereses de muchos estados».[45] El ultimátum presentado a Turquía ponía de manifiesto los límites del poder de Stalin: su soberbia napoleónica prevaleció sobre la cautela. Stalin, sin embargo, no estaba dispuesto a darse por vencido. Fiel a su estilo de hacer política, continuó la «guerra de nervios» contra Turquía, intensificando las presiones y luego fingiendo dar marcha atrás.

A finales de 1945 y comienzos de 1946, el Kremlin prefirió, como concluye el historiador Jamil Hasanli, hacer realidad los objetivos soviéticos en Turquía a través de las autoridades de Georgia y Armenia.[46] Stalin recurrió a las aspiraciones nacionalistas de estas dos repúblicas soviéticas. A decir verdad, dichas aspiraciones desencadenaron inesperadamente una considerable tensión entre los comunistas armenios y georgianos. La repentina preeminencia de Armenia en los planes de Stalin ofendió a las autoridades de Georgia. Estas acariciaban su propio «proyecto nacional», según el cual las provincias turcas en disputa formaban supuestamente parte del territorio ancestral de Georgia. Jrushchov afirmó en 1955 que Lavrenti Beria, jefe de la policía secreta soviética de Stalin y líder del proyecto atómico de la URSS, junto con las autoridades georgianas, persuadió a Stalin de que intentara anexionarse la zona sudoriental de la costa del mar Negro, arrebatándosela a Turquía. En las memorias que escribió acerca de su padre, el hijo de Beria confirma este dato.[47] En mayo o junio de 1945, varios diplomáticos y eruditos georgianos recibieron autorización de Moscú para llevar a cabo una serie de investigaciones acerca de los «derechos» de Georgia a reclamar los territorios turcos de la zona de Trebisonda, poblados por los lazes, grupo étnico que supuestamente formaba parte del antiguo pueblo georgiano. Davy Sturua, cuyo padre era el presidente del Soviet Supremo de Georgia, recordaba que muchos georgianos ansiaban la «liberación» de este territorio. Si Stalin se hubiera apoderado de aquellas tierras, concluye Sturua, «se habría convertido en Dios para Georgia». En septiembre de 1945, las autoridades de Georgia y Armenia sometieron al arbitraje del Kremlin sus contradictorias pretensiones sobre aquellas provincias turcas: su lenguaje y sus argumentos no tenían nada que ver con el «internacionalismo» comunista, sino con el nacionalismo más puro.[48]

El 2 de diciembre de 1945, la prensa soviética publicó un decreto del gobierno por el que se autorizaba la repatriación a la Armenia soviética de numerosos armenios residentes en el extranjero. El 20 de ese mismo mes, los periódicos soviéticos publicaron un artículo de dos autoridades académicas georgianas, «Sobre nuestras legítimas reclamaciones a Turquía». Este artículo (basado en los memorándums escritos previamente por ellos mismos y enviados a Molotov y Beria) apelaba a la «opinión pública mundial» para que ayudara a Georgia a recuperar las «tierras de sus antepasados» que los turcos habían conquistado hacía varios siglos. Por aquel entonces, corrían rumores por el sur del Cáucaso en torno a los preparativos que estaba haciendo la Unión Soviética

para emprender una guerra contra Turquía. Había indicios de que los rusos estaban tomando posiciones militares en Bulgaria y Georgia.[49]

A comienzos de diciembre de 1945, los rumores de guerra con la Unión Soviética dieron lugar a grandes manifestaciones nacionalistas antisoviéticas en Estambul. En sus informes a Moscú acerca de estos sucesos, el embajador ruso, S. A. Vinogradov, proponía presentarlos ante Londres y Washington como prueba de una «amenaza fascista». Sugería también que podía ser un buen pretexto para cortar las relaciones diplomáticas con Turquía y para «tomar medidas que garanticen nuestra seguridad», eufemismo mediante el cual aludía a los preparativos militares. Para sorpresa del embajador, el 7 de diciembre Stalin rechazó sus propuestas. «El tableteo de las armas puede tener carácter de provocación», decía en un telegrama, aludiendo a la idea planteada por Vinogradov de utilizar la realización de maniobras militares para chantajear a Turquía. Stalin instaba luego al embajador a «no perder la cabeza y no hacer propuestas alocadas que pueden provocar un agravamiento político perjudicial para nuestro estado».[50]

El *vozhd* del Kremlin esperaba aún poder neutralizar la resistencia cada vez mayor de las potencias occidentales ante las exigencias planteadas a Turquía por los soviéticos. La «carta armenia» y la misiva de los académicos georgianos aparecieron oportunamente con el fin de influir en las discusiones de la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias celebrada en Moscú entre el 16 y el 26 de diciembre de 1945. En ella, el mandatario del Kremlin pretendía seducir a Byrnes, no asustarlo. Por otra parte, el concepto de prioridad y de urgencia que tenía Stalin lo llevó a retirar las energías que había dedicado a Turquía para volcarlas sobre Irán, donde las posibilidades de éxito de la expansión soviética parecían muy elevadas en aquellos momentos.

La política de Stalin respecto a Irán fue otro intento de combinar importantes objetivos estratégicos con la movilización del nacionalismo regional e interno. Durante la Segunda Guerra Mundial, Irán empezó a gravitar en la órbita de Alemania. En 1941, tras el ataque de Hitler contra la Unión Soviética, las tropas rusas y británicas ocuparon el país, dividiendo sus respectivas zonas de ocupación más o menos a lo largo de la vieja línea de demarcación que desde comienzos de siglo separaba los intereses imperiales británicos y rusos. Según los acuerdos de Yalta y de Potsdam, esas tropas debían retirarse de Irán a los seis meses del término de la guerra. Sin embrago, el Politburó, mientras tanto, decidió acceder al petróleo iraní y, cuando el gobierno de Teherán opuso resistencia, no tuvo reparo en utilizar a la población del Azerbaiyán meridional (región perteneciente a Irán) para presionar tanto a este país como a Occidente. El presidente de la república soviética de Azerbaiyán, Mir Jafar Bagirov, solicitó repetidamente a Stalin que aprovechara la favorable ocasión que suponía la ocupación del norte de Irán por parte de los soviéticos para lograr la «reunificación» del Azerbaiyán soviético y el iraní. La historiadora Fernande Scheid llega a la conclusión de que Stalin decidió utilizar el nacionalismo azerí, al tiempo que intentaba jugar «un juego de política de poder bastante anticuado, consistente en adueñarse de todos los territorios que pudiera sin poner en peligro las relaciones con sus aliados».[51]

El petróleo era la consideración más importante para el Kremlin. La precipitada marcha de los ejércitos mecanizados de Hitler hacia las refinerías de petróleo de Grozny y Bakú en 1942 permitió a los soviéticos concentrar su atención sobre la cuestión general de la «lucha por el petróleo». El antiguo ministro soviético del petróleo Nikolai Baibakov recordaba que en 1944 Stalin le preguntó de repente si los aliados occidentales «nos aplastarían si tuvieran la ocasión de hacerlo». Si las potencias occidentales hubieran sido capaces de negar a la URSS el acceso a las reservas de petróleo, comentó Stalin, todos los arsenales de guerra soviéticos habrían resultado inútiles. Baibakov salió del despacho del dictador pensando que la URSS necesitaba «mucho, muchísimo petróleo».[52]



Durante toda la guerra y mientras se prolongó la ocupación de Irán, los soviéticos intentaron legalizar su derecho a extraer petróleo en el norte de este país. El gobierno anticomunista iraní y la mayoría del Majüs (parlamento), que contaban con el respaldo de los intereses británicos, lograron rechazar dichos intentos. El 16 de agosto de 1944, Beria informó a Stalin y a Molotov de que «los británicos y posiblemente los norteamericanos trabajan en secreto contra el traslado de los campos de petróleo del norte de Irán a la Unión Soviética». El informe subrayaba que «Estados Unidos han empezado a buscar activamente contratos para las compañías norteamericanas en el Beluchistán iraní», y concluía diciendo que «los éxitos de la política petrolera estadounidense en Oriente Medio han empezado a chocar con los intereses británicos y han provocado el agravamiento de las contradicciones de los angloamericanos». Beria recomendaba presionar para llegar a un pacto soviético-iraní sobre las concesiones petrolíferas en el norte de Irán y tomar «una decisión sobre la participación soviética en las conversaciones angloamericanas sobre el petróleo». Esta última sugerencia implicaba que la Unión Soviética debía unirse al club petrolero de las tres grandes potencias en Irán.[53]

Stalin hizo caso omiso de este último punto, pero puso en práctica el primero. El desarrollo de campos de petróleo en Irán se convirtió en una prioridad para él, junto con el desarrollo de las reservas de petróleo soviéticas más allá de los Urales, como parte de los planes económicos de posguerra de la URSS. En septiembre de 1944, el lugarteniente de Molotov y protegido de Stalin, Sergei Kavtaradze, viajó a Teherán con la misión de solicitar concesiones petrolíferas. A pesar de las enormes presiones recibidas, el primer ministro Muhammad Sa'id se negó a negociar hasta que terminara la guerra y se produjera la retirada completa de las tropas extranjeras instaladas en territorio iraní. En junio de 1945, la política soviética respecto a Irán inició una nueva fase más agresiva. Tras consultar a la troika formada por Molotov, Kavtaradze y Bagirov, Stalin ordenó la exploración de nuevos campos de petróleo en el norte de Irán (en Bender-Shah y Shahi), con el fin de comenzar las perforaciones a finales de septiembre.[54]

Al margen de la importancia del petróleo, los objetivos estratégicos de Stalin en Irán eran mantener a las potencias occidentales, y en particular a Estados Unidos, lejos de la frontera soviética. George Kennan, el encargado de negocios de la embajada norteamericana en Moscú, supo reconocer esta motivación, lo mismo que el cónsul británico en Mashhad, quien escribiría en sus memorias que fueron «sobre todo los esfuerzos de la Standard y la Shell por asegurarse los derechos de prospección de explotaciones petrolíferas los que hicieron que los rusos dejaran de ser en Persia aliados en una guerra caliente para convertirse en rivales en una guerra fría».[55] Los criterios de seguridad para el norte de Irán que tenía Stalin eran los mismos que los que tenía para Xinjiang y Manchuria: el control soviético de las comunicaciones estratégicas y una prohibición total de cualquier relación comercial con Occidente e incluso de la presencia de extranjeros.

Podemos ver otros paralelismos entre la conducta de los soviéticos en Manchuria y en Irán. El ejército soviético seguía siendo el valor más importante con el que contaba Stalin mientras continuara ocupando el norte de Irán. Tenía también aliados dentro del país, a los que utilizó para manipular al gobierno iraní. El Partido del Pueblo de Irán (Tudeh), organización marxista-leninista de los tiempos de la Komintern, gozaba de cierto apoyo entre los intelectuales iraníes de izquierdas y los nacionalistas. Sin embargo, los acontecimientos de 1944-1945 demostraron que la utilidad del Tudeh era muy limitada. Stalin decidió echar mano a la carta del nacionalismo azerí para crear un movimiento separatista en el norte de Irán. Entonces los soviéticos podrían chantajear al gobierno iraní, lo mismo que habían hecho con el Guomindang utilizando a los comunistas chinos.[56]

El 6 de julio de 1945, Stalin ratificó una serie de «medidas para organizar un movimiento separatista en el Azerbaiyán meridional» y otras provincias del norte de Irán. El objetivo de dicha decisión era «crear dentro del estado iraní una región nacional azerbaiyana autónoma con una amplia jurisdicción», instigar los movimientos separatistas en Gilán, Mazenderán, Gorgán y Khorasán, y «animar» a los kurdos iraníes a reafirmar su autonomía. La Unión Soviética suministraría a los separatistas armamento, imprentas y dinero. El ministro de Defensa, Nikolai Bulganin, y el líder azerbaiyano Bagirov eran los encargados de llevar a cabo estas políticas. La ejecución práctica del plan en el día a día era responsabilidad de Bagirov y del grupo de consejeros soviéticos establecidos en Tabriz y Teherán, en su mayoría de etnia azerí.[57] Stalin dijo a Bagirov que había llegado la hora de reunificar Azerbaiyán y el norte de Irán. Durante los meses sucesivos, Bagirov y toda la maquinaria del partido azerí pusieron entusiásticamente en práctica las instrucciones de Stalin.[58]

Incluso las autoridades británicas y estadounidenses se dieron cuenta de que los ánimos estaban lo suficientemente caldeados sobre el terreno como para que pudiera desencadenarse una insurrección nacionalista en el norte de Irán: los soviéticos no habrían tenido nada más que encender una cerilla para que estallara el polvorín.[59] El único problema que tenía Stalin era la falta de tiempo tras el repentino final de la guerra con Japón. Louise L'Estrange Fawcett señalaba acertadamente: «No puede ser una casualidad que la reacción del PDA [Partido Democrático de Azerbaiyán] coincidiera casi exactamente con el fin de la guerra contra Japón, momento que marcó el comienzo del período de seis meses» tras el cual Moscú, Londres y Washington habían acordado retirar sus tropas de Irán. En septiembre, el reloj empezó a correr a toda velocidad y estaba a punto de avisar que había llegado la hora de la retirada.[60]

Desde finales de septiembre hasta diciembre, el nuevo movimiento autonomista, apoyado por Bagirov y el NKVD, creó nuevas estructuras de poder en Azerbaiyán y desmanteló casi por completo la administración de Teherán en la región. Las autoridades de ocupación soviéticas proyectaron una fusión forzosa de las ramas septentrionales del Tudeh con el nuevo PDA prosoviético. Los líderes del Tudeh, en su mayoría revolucionarios veteranos de los primeros años veinte, querían convertir Irán en el abanderado de la lucha anticolonialista en Oriente Medio y en el sur de Asia. Pero aquellos sueños fueron borrados de un plumazo por los soviéticos porque no encajaban con los planes de Stalin. La embajada rusa en Teherán ordenó al Tudeh que detuviera las actividades revolucionarias en las principales ciudades del país. Mientras tanto, la creación del movimiento autonomista azerí provocó una respuesta entusiasta entre la población de esta etnia. Parecía que la carta nacionalista había dado una victoria política inmediata a Moscú.[61]

En diciembre de 1945, poco antes de la reunión de Stalin con Byrnes y Bevin en Moscú, los soviéticos sacaron a la palestra dos regímenes secesionistas: uno en el Azerbaiyán iraní y otro en la República del Kurdistán. Durante toda la crisis iraní, las consideraciones primarias de todos los bandos, empezando por la URSS, Gran Bretaña y Estados Unidos, fueron el petróleo y la influencia que cada uno pudiera ejercer sobre Irán. De momento, sin embargo, daba la impresión de que Stalin tenía todos los ases en la mano, pero prefirió evitar poner las cartas boca arriba y no mostrárselas directamente a Occidente. Quizá esperara que al final los angloamericanos prefirieran resolver el futuro de Irán en una conferencia trilateral (como habían hecho Rusia y Gran Bretaña en 1907).[62] De hecho, Byrnes se negó a sumarse a los británicos en la protesta que éstos presentaron contra la instigación del separatismo iraní por parte de los soviéticos. El secretario de Estado estaba ansioso por alcanzar un acuerdo general con Stalin.[63]

Los métodos de Stalin revelan un modelo fácilmente reconocible. En todo momento el líder soviético se puso de parte de aquellos de sus subordinados que tenían una



mentalidad expansionista y movilizó eficazmente los sentimientos patrioteros en la burocracia soviética. Los rusos actuaron de forma unilateral, bajo el disfraz del secretismo y la negación de cualquier iniciativa. Explotaron la presencia de los movimientos revolucionarios y nacionalistas indígenas, pero prefirieron crear movimientos controlados por ellos con el fin de alcanzar cuanto antes sus objetivos. Aunque Stalin fingiera mantenerse dentro del marco de la diplomacia de una gran potencia, intentaría constantemente tantear sus límites. Este sistema le permitió obtener importantes victorias tácticas en Europa Central y en el Extremo Oriente. El dictador del Kremlin, sin embargo, no se daba cuenta de que cada victoria de ese tipo suponía un despilfarro del capital político de posguerra del que gozaba la URSS en Estados Unidos. En último término, semejante actitud agotó el potencial diplomático de Stalin.

DE IRÁN A UNA GUERRA FRÍA

El gobierno iraní empezó a darse cuenta que iba a tener que negociar un tratado directamente con Moscú. El 19 de febrero de 1946, el nuevo primer ministro iraní, Ahmad Qavam al-Saltana, llegó a Moscú para entrevistarse con Stalin. Las conversaciones duraron tres semanas. Durante la guerra, Qavam se había inclinado del lado de los soviéticos y este factor probablemente influyera en la táctica de los rusos. Stalin y Molotov jugaron la baza del «policía bueno-policía malo»: por un lado, blandieron ante Qavam la promesa de actuar como mediadores entre Teherán y los regímenes separatistas; por otro, presionaron al primer ministro para que hiciera concesiones petrolíferas a la Unión Soviética. Qavam aludió a la prohibición explícita del Majlis de hacer concesiones petrolíferas mientras siguiera habiendo tropas extranjeras en territorio iraní. Stalin animó a Qavam a cambiar la constitución iraní y a gobernar sin el Majlis. Las tropas soviéticas, le prometió, «garantizarían» su gobierno. Para subrayar este último punto, varias formaciones de tanques soviéticos iniciaron un movimiento hacia Teherán. El líder iraní pasó por alto esta oferta, que era un verdadero regalo envenenado; sin embargo, prometió a Stalin que conseguiría una concesión petrolífera para la Unión Soviética después de las elecciones del Majlis.[64]

Enseguida quedó patente que Qavam había sido más zorro que Stalin. Jamil Hasanli llega a la conclusión de que el primer ministro iraní «valoró correctamente el potencial de Estados Unidos en el mundo de posguerra», y cambió su orientación, abandonando a la Unión Soviética y poniéndose a favor de Estados Unidos. Mientras las conversaciones se prolongaban en Moscú, el plazo internacional de la retirada de las tropas extranjeras de Irán expiró el 2 de marzo de 1946. La Unión Soviética se vio de pronto quebrantando a todas luces el acuerdo. El gobierno iraní y el Majlis, respaldados por los diplomáticos norteamericanos, decidieron llevar el caso a las Naciones Unidas, jugada maestra que cambió por completo la marcha del juego que estaba llevándose a cabo en Irán. De repente, la opinión pública norteamericana se vio galvanizada por «la crisis iraní»: lo que estaba en juego en aquellos momentos era no sólo el futuro del petróleo de Irán, sino también la capacidad de las nuevas Naciones Unidas de defender a sus miembros frente a los abusos de las grandes potencias.[65]

El conflicto soviético-iraní se produjo en el momento del giro antisoviético que dieron la política exterior y los círculos militares estadounidenses: en el mes de marzo estos grupos empezaron a ver cada movimiento que hacía el Kremlin como un elemento más del sistema agresivo seguido por los comunistas. Truman decidió enviar el buque de guerra *Missouri* a los estrechos de Turquía para apoyar a este país frente al ultimátum de la URSS. El 28 de febrero, Byrnes anunció públicamente una nueva política de «paciencia con firmeza» frente a la Unión Soviética. George Kennan envió su «telegrama largo» desde Moscú un día después de que se produjera la primera entrevista de Stalin con Qavam. Explicaba en él que Estados Unidos no podía convertir a la Unión Soviética en un socio internacional fiable y aconsejaba poner freno al expansionismo ruso. Al día siguiente del discurso de Churchill en Fulton, Missouri, Estados Unidos hizo pública una nota de protesta, diciendo que no podían «seguir indiferentes» ante el retraso de la retirada militar soviética de Irán. El primer ministro iraní abandonó Moscú el día en que *Pravda* publicó la airada respuesta de Stalin a Churchill. El apoyo a Irán en la primavera de 1946, como señala un historiador, «marcó el paso de una política de pasividad, a otra claramente activa» para la Norteamérica de posguerra.[66]

La vista del caso iraní en las Naciones Unidas estaba previsto que tuviera lugar el 25 de marzo. Cuando empezó a prepararse para el acontecimiento, Molotov se dio cuenta de



que la Unión Soviética se enfrentaba a una situación de aislamiento diplomático. «Empezamos a tantear [opiniones sobre lo de Irán]», recordaría más tarde, «pero nadie nos apoyaba».[67] Stalin no supo prever el gran impacto que iba a tener la crisis iraní. Consideraba el lío provocado por lo de Irán un ejercicio más de guerra de nervios, un episodio más de la rivalidad existente entre unos cuantos políticos. La repentina intensidad de la implicación de los norteamericanos lo dejó estupefacto. Un día antes de la vista del caso en la ONU, el dictador del Kremlin ordenó la retirada inmediata de las tropas y dio instrucciones al embajador soviético en Teherán para que llegara a un trato con Qavam. Este modelo de conducta, presionar hasta el último minuto antes de la colisión y luego dar marcha atrás, reflejaba la concepción que tenía Stalin del modo en que funcionaban los asuntos internacionales. El daño, sin embargo, ya estaba hecho: la presión de Stalin sobre Irán, unida a su beligerancia respecto a Turquía, puso a la Unión Soviética camino de la colisión no sólo con la administración Truman, sino también con amplios sectores de la opinión pública norteamericana.

En respuesta a los desesperados gritos de traición del líder del PDA, Jafar Pishevari, Stalin le envió una carta de una hipocresía asombrosa. Afirmaba que motivos «revolucionarios» de mayor envergadura, que Pishevari era incapaz de discernir, obligaban a la Unión Soviética a retirarse. Si las tropas soviéticas se hubieran quedado en Irán, escribía Stalin, semejante situación «habría minado la base de nuestra política de liberación en Europa y Asia». La retirada de los soviéticos, seguía diciendo, iba a deslegitimar la presencia militar angloamericana en otros países y a facilitar un movimiento de liberación en ellos, haciendo que «nuestra política de liberación esté más justificada y sea más eficaz».[68]

La derrota diplomática soviética no quedó patente en un principio. Stalin se sintió resarcido durante algún tiempo en abril de 1946 cuando Qavam accedió a hacer ciertas concesiones petrolíferas a los soviéticos, supeditadas a la aprobación del parlamento iraní recién elegido. Hasta el mes de septiembre Stalin no reconoció que el Majlis nunca iba a ratificar la concesión efectuada por Qavam. Como de costumbre, culpó a sus subordinados de «desatención», pero no castigó a nadie.[69] En octubre, el primer ministro iraní organizó una represión derechista de los separatistas. Los regímenes kurdo y azerí establecidos en el norte de Irán, carentes de apoyo militar soviético, estaban condenados. Cuando las tropas iraníes entraron en las provincias del norte, Stalin abandonó a los rebeldes a su suerte. En respuesta a los desesperados llamamientos de Bakú, abrió las fronteras soviéticas a las élites del PDA y a unos cuantos refugiados, pero no hizo nada más. A pesar de la catástrofe, Bagirov y muchos otros como él en el Azerbaiyán soviético, siguieron abrigando la esperanza de que «en caso de un conflicto militar» entre la Unión Soviética e Irán, tendrían ocasión de anexionarse los territorios iraníes y reunificar Azerbaiyán.[70] Sin embargo, las autoridades del Kremlin nunca habían tenido intención de provocar una guerra por Azerbaiyán.

Casi al mismo tiempo, Stalin sufrió otra derrota regional. El 7 de agosto de 1946, los soviéticos enviaron una nota a los turcos reiterando su «propuesta» de control «conjunto» de los estrechos. En la nota no se hablaba para nada de exigencias territoriales y los diplomáticos soviéticos indicaron que, si se quería alcanzar un acuerdo sobre los estrechos, era preciso quitar de en medio este tipo de demandas. Los turcos, respaldados ahora por Washington y Londres, respondieron con una rotunda negativa. Una vez más, la nueva jugada de Stalin en su guerra de nervios contra Turquía tuvo unas repercusiones inesperadas al producir una verdadera «alarma de guerra» entre los políticos y los militares estadounidenses. Debido a ciertas señales poco claras de los servicios de inteligencia y a los cálculos exagerados acerca de la concentración de tropas soviéticas en las proximidades de la frontera turca, algunos miembros de esos círculos empezaron a

contemplar por primera vez la conveniencia de un ataque nuclear contra la URSS, empezando por las fábricas de los Urales y la industria petrolera del Cáucaso. En esta ocasión, como dan a entender los testimonios disponibles, Stalin probablemente se diera cuenta de lo cerca que estaba del abismo y canceló la campaña. Públicamente, sin embargo, rechazó el monopolio nuclear de los norteamericanos con sus habituales bravatas.[71]

Una vez más, Stalin decidiría que no estaba dispuesto a enfrentarse a Estados Unidos por Turquía (para desesperación de las autoridades georgianas). Más o menos por esa misma época, Akaki Mgeladze, máximo dirigente de Georgia, expresó su frustración en una conversación privada con el mariscal Fedor Tolbujin, capitán general del distrito militar del Transcáucaso. Los ucranianos, dijo en tono quejumbroso Mgeladze, habían «recuperado» todo su territorio, pero los georgianos seguían esperando. Tolbujin expresó su más absoluta simpatía por las aspiraciones del pueblo georgiano.[72]

El comportamiento de Estados Unidos fue otro factor crucial para que Stalin se confundiera en sus cálculos. Desde febrero de 1946, Estados Unidos adoptó una nueva estrategia consistente en defender activamente Europa Occidental, así como Turquía e Irán, al considerar a todas estas regiones y países víctimas potenciales de la «expansión comunista». Desde el otoño de 1945, fue Estados Unidos, y no la Unión Soviética, el que actuó como factor definitorio de las relaciones internacionales a escala global. Y en 1946, la administración Truman decidió frenar a la Unión Soviética cambiando drásticamente las líneas maestras de las relaciones internacionales. Los norteamericanos se dirigían ya hacia la confrontación, y no hacia la cooperación, con la Unión Soviética. Las posibilidades de éxito de los grandes juegos de poder de Stalin empezaron a disminuir.

La Unión Soviética gozaba todavía de una autoridad enorme y tenía millones de simpatizantes en Occidente.[73] Pero sus amigos más influyentes habían desaparecido. La muerte de Roosevelt y la consiguiente marcha de Harry Hopkins, Henry Morgenthau, Harold Ickes, y los otros adalides del New Deal acabaron para siempre con las «relaciones especiales» de la Unión Soviética con Estados Unidos. El último aliado con el que contaba Stalin en el gobierno norteamericano era el secretario de comercio Henry Wallace, que seguía defendiendo audazmente la cooperación con Moscú mantenida durante la guerra. A decir verdad, existía una comunicación entre Wallace y el dictador del Kremlin. A finales de octubre de 1945, Wallace utilizó al jefe de la oficina del NKGB en Washington para transmitir el siguiente mensaje a Stalin: «Truman era un político sin importancia que ha alcanzado el puesto que ahora ocupa por casualidad. A menudo tiene "buenas" intenciones, pero cae con demasiada facilidad bajo la influencia de las personas que lo rodean». Wallace decía de sí mismo que «luchaba por el alma de Truman» contra un poderoso grupo de personas entre las cuales estaba Byrnes. Ese grupo, afirmaba, tenía una marcada actitud antisoviética; «sostienen la idea de un bloque dominante anglosajón formado principalmente por Estados Unidos e Inglaterra», frente al «mundo eslavo, extremadamente hostil», que encabezaba la Unión Soviética. Wallace se ofrecía a desempeñar el papel de «agente de la influencia» soviética en Estados Unidos. Rogaba a Stalin que lo ayudara a él y a sus partidarios.[74]

El NKGB se encargó de transmitir este extraordinario llamamiento a Stalin. No se sabe cuál fue la reacción de éste. En cualquier caso, el dictador no estaba dispuesto a modificar su conducta en el plano internacional para ayudar a Wallace y los izquierdistas norteamericanos. No obstante, esperaba utilizar a Wallace y a sus amigos en su lucha por ganarse a la opinión pública norteamericana frente a Byrnes y otros adversarios.

Tampoco sabemos cómo le sentó a Stalin la reacción de los analistas y de los servicios de inteligencia ante las actitudes norteamericanas hacia la Unión Soviética. En el otoño de 1945, Igor Gouzenko, empleado de los servicios soviéticos de encriptación en Ottawa, y Elizabeth Bentley, ciudadana estadounidense que dirigía una red de espías soviéticos en



su propio país, hicieron defección y revelaron a la inteligencia canadiense y al FBI las actividades del espionaje soviético en Norteamérica. Estas defecciones tuvieron un efecto bola de nieve durante los meses sucesivos. Dieron lugar no sólo a un rápido incremento de las actitudes antisoviéticas en Canadá y en Estados Unidos, sino también al estancamiento de la labor de los servicios de inteligencia rusos en estos dos países. Los jerarcas del NKGB y del GRU tardaron lo más posible en informar a Stalin, Molotov y Beria de estos fracasos de los servicios de inteligencia, y no los pusieron en su conocimiento hasta finales de noviembre. Mientras tanto, como han descubierto el historiador Alien Weinstein y el periodista Alexander Vassiliev, la defección de Bentley «supuso la congelación casi de la noche a la mañana de todas las labores y actividades de inteligencia del NKGB en Estados Unidos». Temeroso de lo que pudiera pasar con el resto de sus servicios de información, el NKGB congeló todos sus contactos con un valiosísimo agente británico establecido en Washington llamado «Homer» (Donald Maclean). El GRU probablemente hizo lo mismo con sus redes de agentes.[75] Así pues, los círculos encargados de elaborar la política norteamericana se volvieron más impenetrables para Stalin, justo en el momento en que se produjo el rápido giro hacia la nueva política de contención.

A pesar de los efectos del caso Gouzenko, Stalin tuvo conocimiento del rápido endurecimiento de la postura estadounidense hacia la Unión Soviética. Según el historiador ruso Vladimir Pechatnov, los servicios secretos soviéticos lograron finalmente hacerse con una copia del «telegrama largo» de Kennan a Washington. Stalin y Molotov se dieron cuenta también de las implicaciones geoestratégicas de la afianza angloamericana: la conjunción del potencial económico y del poder atómico estadounidense y de las bases militares del Imperio británico establecidas por todo el mundo habría dado lugar a un peligroso cerco de la Unión Soviética. Sin embargo, el conocimiento de este hecho no condujo en último término a modificar en absoluto las decisiones de Stalin. Pechatnov se pregunta si Stalin era consciente «de la relación existente entre sus propias acciones y la resistencia cada vez mayor a ellas». La respuesta es que probablemente no lo fuera.[76]

Stalin daba por supuesto que las demás potencias mantendrían su actitud egoísta, calculadora y belicosa, según el concepto leninista de imperialismo. Cuando valoraba a sus oponentes occidentales, el dictador soviético lo hacía basándose en la idea que tenía de su carácter y su lógica «imperialista». Cuando el gobierno laborista de Londres no mostró coherencia alguna en este sentido, Stalin lo colmó de injurias. Ernest Bevin y Clement Attlee, dijo en 1945, «son unos auténticos idiotas; tienen el poder en un gran país y no saben qué hacer con él. Tienen una orientación empírica».[77] El desprecio de Stalin por Bevin contrastaba con su actitud hacia Churchill, que iba del respeto a una furia sorda.

Las influencias ideológicas, como ha señalado John Lewis Gaddis, explican el expansionismo de Stalin y su convencimiento de que la Unión Soviética iba a poder salir de rositas de todo aquello. En particular, la esperanza que tenía de una inevitable crisis económica de posguerra y su creencia en las «contradicciones imperialistas» de los estados capitalistas lo llevaron a descartar la posibilidad de la cooperación con Occidente.[78] Además, el expansionismo de Stalin estaba relacionado con su política de movilización en el interior, que incluía las actividades de propaganda rusocéntricas y su llamamiento a otras formas de nacionalismo. Los sentimientos y aspiraciones nacionalistas de las élites soviéticas y de la opinión pública en general se tradujeron en un gran apoyo de todo el país a la política de «imperialismo socialista» emprendida por el Kremlin en 1945-1946.

No podemos determinar si Stalin esperaba o no que su rigidez en los Balcanes y sus tanteos en Turquía e Irán provocaran la ruptura con sus aliados de Occidente. Es evidente, sin embargo, que las acciones del mandatario soviético contribuyeron a allanar el camino hacia la Guerra Fría. Su táctica en Oriente Medio ayudó a que se hiciera realidad la

cooperación de posguerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos e hizo que las sucesivas administraciones norteamericanas reaccionaran con dureza ante el «expansionismo soviético». Las ideas preconcebidas de Stalin le jugaron una mala pasada. Stalin fue de una eficacia brutal en la medida en que sus objetivos territoriales y políticos contaron con el apoyo y la fuerza del ejército soviético. Sin embargo, como ejercicio diplomático y de relaciones públicas, esta actitud resultó desastrosa, tal como se había temido Litvinov. Sin extraer lección alguna de sus fracasos, perseveró en mantener el rumbo que había llevado a que las tensiones entre la URSS y Estados Unidos desembocaran en una confrontación en toda regla. Y más tarde, su visión del mundo en blanco y negro, su fe en la fuerza bruta, y el bagaje ideológico marxista-leninista lo dejarían sin alternativa a la Guerra Fría y a la movilización unilateral del poder económico y militar de la URSS.

El nuevo poder global de los norteamericanos y la decisión de utilizarlo mostrada por la administración Truman habrían sido un factor distinto. Numerosos historiadores concuerdan en que Estados Unidos empezó a actuar como potencia global no sólo en respuesta al desafío soviético, sino también como consecuencia de su propia concepción del mundo. El programa poswilsoniano de construir una Europa «libre y democrática» y de poner coto al comunismo en el resto del mundo supuso un nuevo factor revolucionario que cambiaría de manera trascendental la política exterior. Y en los círculos políticos y en la sociedad norteamericana había fuerzas muy poderosas que siempre habían creído, como concluye W. R. Smyser, que «sólo [Estados Unidos] podía tener intereses y fuerzas en todo el mundo». A juicio de esos pensadores, la Unión Soviética podía desempeñar un papel regional para la paz durante la posguerra, pero no el de una verdadera gran potencia.[79] Al mismo tiempo, cabe preguntarse si esas fuerzas habrían logrado imponerse y si Estados Unidos habría alcanzado tan rápidamente el protagonismo en la política mundial sin la «ayuda» de la amenaza soviética y de las acciones de Stalin.

La extrapolación que hizo Stalin de las enseñanzas extraídas de las relaciones internacionales europeas durante el siglo anterior hizo que su mente permaneciera cerrada a los motivos que se ocultaban tras el intervencionismo global norteamericano. Stalin habría podido prever el fin del aislacionismo estadounidense, pero no supo dar crédito al enorme impulso que se ocultaba tras las ideas del «siglo de América», que, basadas en un lenguaje multilateral, llevaron a Estados Unidos a quedarse en Europa. Hasta el otoño de 1945, Stalin obtuvo muchos beneficios de su asociación con Washington. Su experiencia del trato con los norteamericanos lo llevó a creer que iba a poder sacar otras ganancias marginales sin encontrar resistencia en los estadounidenses, siempre y cuando las acciones soviéticas tuvieran por objetivo únicamente las esferas de influencia británica. Pero para sorpresa de Stalin, la administración Truman decidió que no había alternativa a la contención del expansionismo soviético en todo el mundo, empezando por Europa Central. Esta decisión marcaría la pauta de las sucesivas décadas de Guerra Fría.

Hubo, en cambio, un error que Stalin no cometió. Nunca se presentó abiertamente como agresor y conservó cuidadosamente el barniz de legitimidad internacional dado a su expansionismo. El líder soviético dejó a Occidente el papel de responsable de la ruptura de los acuerdos de Yalta y Potsdam y de iniciador de la confrontación. Más tarde, Molotov afirmaría: «¿Qué significa eso de “Guerra Fría”? Nosotros estábamos simplemente a la ofensiva. Se enfadaron con nosotros, por supuesto, pero estábamos obligados a consolidar lo que habíamos conquistado».[80] La mayoría de los ciudadanos soviéticos compartían esa idea. Durante las décadas por venir, seguirían creyendo que quien había desencadenado la Guerra Fría había sido Estados Unidos, no Stalin.



EMPIEZA LA «GUERRA FRÍA» INTERNA

Stalin temía que el efecto del bombardeo de Hiroshima, unido a la sensación general de laxitud y cansancio reinante al término de la guerra, hiciera que las élites soviéticas buscaran un acomodo con Estados Unidos, o quizá incluso que se impusiera entre ellas una aceptación de la superioridad norteamericana. La actitud «blanda» de Molotov durante la Conferencia de Londres lo convirtió en blanco de las iras y las sospechas de Stalin.[81] De regreso en Moscú a primeros de octubre de 1945, Molotov tuvo que reconocer sus errores ante sus propios subordinados de la Comisaría de Asuntos Exteriores. Calificó la conferencia de campo de batalla en el que «ciertos sectores norteamericanos y británicos» lanzaron el «primer ataque diplomático contra las ganancias obtenidas por la Unión Soviética en materia de política exterior».[82]

Aquél fue precisamente el comienzo de los problemas de Molotov. A primeros de octubre, Stalin se marchó de vacaciones al mar Negro, por primera vez en muchos años. La guerra había envejecido mucho al líder del Kremlin, y los periodistas extranjeros empezaron a especular acerca de su mala salud y de un posible retiro. Hablaron incluso de Molotov y Zhukov como candidatos a la sucesión. Al leer los informes de prensa, Stalin empezó a sospechar que sus lugartenientes más próximos (Beria, Malenkov, Molotov y Mikoyan) podían haber dejado de necesitar su liderazgo y que tal vez no fueran contrarios a llegar a un arreglo con Estados Unidos y Gran Bretaña a sus espaldas. Se puso hecho una furia cuando leyó que Molotov, en una recepción a la prensa extranjera, había apuntado a una próxima relajación de la censura estatal de los medios de comunicación internacionales. En un telegrama cifrado, Stalin arremetió contra el «liberalismo y los disparates» de Molotov. Acusó a su lugarteniente de intentar llevar a cabo una política de «concesiones a los angloamericanos», de «dar a los extranjeros una impresión de que tenía una política distinta de la del gobierno y de la de Stalin, la impresión de que con él [Molotov] [Occidente] podía hacer negocios». De un plumazo excluyó a Molotov del estrecho círculo de líderes del país y propuso a Beria, Malenkov y Mikoyan la destitución de Molotov de su puesto de primer vicesecretario y ministro de Asuntos Exteriores. Los intentos de defenderlo llevados a cabo por otros lugartenientes enfurecieron a Stalin todavía más. Poco tiempo después y tras diversas peticiones de clemencia por parte del propio Molotov, el dictador accedió a poner a prueba a su viejo amigo Viacheslav y lo autorizó a continuar las negociaciones con Byrnes.[83]

Mientras Stalin se dedicaba a sembrar minas bajo los pies de Molotov, hizo restallar el látigo sobre todos sus lugartenientes. Les escribió diciendo: «Ahora hay muchos individuos ocupando puestos de autoridad que se extasían al oír las alabanzas de gentes como Churchill, Truman y Byrnes, y que, por el contrario, se molestan cuando oyen comentarios desfavorables sobre estos señores. A mi juicio, son actitudes muy peligrosas, pues siembran entre nosotros el servilismo ante las personalidades extranjeras. Contra ese servilismo hacia los extranjeros debemos luchar con uñas y dientes».[84] Este telegrama contenía la esencia de la campaña ideológica de aislacionismo xenófobo que se desencadenaría pocos meses después. Dicha campaña obligaría a todos los subordinados de Stalin a reafirmar su lealtad y su celo en el nuevo frente, erradicando la actitud de «sumisión y reverencia ante Occidente» que supuestamente existía en el aparato de gobierno y en la sociedad soviética.

Si Stalin hubiera muerto en ese momento, es posible que sus colegas hubieran optado por una postura más acomodaticia frente a Estados Unidos. No tenían el singular talento que poseía él para adaptarse a las situaciones trágicas; compartían además la preferencia de la *nomenklatura* por la idea de que la vida después de la guerra iba a ser menos dura.

Como demostrarían sus acciones después de 1953, no ignorarían, como había hecho Stalin, el agotamiento y la miseria de su país. No obstante, los subordinados de Stalin eran prisioneros del paradigma imperial-revolucionario. Xenófobos y aislacionistas, se hallaban divididos entre el deseo de reconstrucción pacífica y las tentaciones del «imperialismo socialista». Deseaban la cooperación con las potencias occidentales, pero en los términos planteados por la Unión Soviética, con el mantenimiento de la autarquía económica y la libertad de acción de la URSS.

En otoño de 1945, las autoridades rusas debatieron si la Unión Soviética debía unirse a las instituciones económicas y financieras internacionales de posguerra (el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) creadas en Bretton Woods. Algunos altos funcionarios responsables de los presupuestos, las finanzas, las industrias y el comercio del estado se mostraron a favor de la participación soviética en dichas instituciones por motivos pragmáticos y económicos. El comisario de finanzas, Arseny Zverev, insistió en que la presencia de la URSS en esas instituciones, aunque sólo fuera en calidad de observadora, habría sido útil en las futuras negociaciones comerciales y crediticias con Occidente. Esta postura recibió el apoyo de Mikoyan y Lozovski. Todos ellos consideraban que los préstamos y la tecnología de los norteamericanos eran imprescindibles para la recuperación económica de la URSS. Otros dirigentes, entre ellos Nikolai Voznesenski, director del Gosplan, el Comité Estatal de Planificación, sostenían que la deuda externa habría socavado la independencia económica soviética. En un memorándum a Molotov de octubre de 1945, Ivan Maiski alertaba de la eventualidad de que los norteamericanos utilizaran sus préstamos a los británicos para que éstos abrieran su imperio a los intereses económicos y financieros estadounidenses. Particularmente belicosa, decía, era la insistencia de los norteamericanos en que debía ponerse en sus manos un dinero que ellos se encargarían de controlar y en que Gran Bretaña desmantelara los mecanismos estatales que protegían su monopolio comercial.[85]

En febrero de 1946, según Vladimir Pechatnov, las actitudes aislacionistas se impusieron en el seno de la burocracia soviética. Algunos políticos apelaron a «la renuencia de Stalin a hacer más transparente la economía de la URSS y a depositar parte de las reservas de oro soviéticas» en el Fondo Monetario Internacional. Stalin decidió no unirse al sistema de Bretton Woods. En el mes de marzo, la correspondencia oficial del Ministerio de Finanzas hacía ya hincapié en esta nueva postura, según la cual las potencias occidentales habrían interpretado la presencia soviética en las instituciones internacionales como un signo de la debilidad y la predisposición de la URSS a hacer concesiones unilaterales «bajo la presión de Estados Unidos». Cuando le preguntaron por ello en los años setenta, Molotov dijo que los norteamericanos «intentaron arrastrarnos tras ellos, pero asignándonos un papel secundario. Nos habríamos visto en una situación de dependencia y al final no habríamos obtenido nada de ellos».[86]

El generalísimo aprovechó la ocasión de las primeras «elecciones» de posguerra al Soviet Supremo para imponer una serie de nuevas directrices al Partido Comunista y a los cuadros de la política estatal en un acto celebrado el 9 de febrero de 1946 en el Teatro Bolshoi. El discurso de Stalin, caracterizado por un lenguaje marcadamente ideológico, anunciaba el rumbo de posguerra decididamente unilateral que en adelante iba a seguir el país. Para muchos observadores, aquello significaba la ruptura definitiva con el espíritu de la Gran Alianza; el discurso no contenía ni una sola palabra amistosa hacia las potencias occidentales. Exigía a las autoridades presentes en el acto convertir a la Unión Soviética en una superpotencia en el plazo de una década, «con el fin de superar en un futuro próximo los logros alcanzados por la ciencia más allá de las fronteras de nuestro país» (alusión a la futura carrera por la hegemonía de los misiles atómicos), y de «incrementar los niveles de nuestra industria, por ejemplo, triplicándolos en comparación con los existentes antes de la guerra». Aquella, concluía el discurso, sería la única condición que



garantizaría a la Unión Soviética la seguridad «frente a cualquier eventualidad». Stalin escribió personalmente el discurso, lo corrigió en varias ocasiones, e incluso indicó cuál debía ser la reacción del público intercalando en el borrador las palabras: «Furiosos aplausos», «Aplausos y ovación constante», etcétera, detrás de los pasajes más relevantes.[87] El discurso fue retransmitido por radio y publicado en decenas de millones de copias. Los lectores y oyentes más avispados se dieron cuenta inmediatamente de que con él se daba por muerta toda esperanza de mejora de las condiciones de vida y de cooperación de posguerra con los aliados occidentales. Stalin ordenó a la *nomenklatura* dar otro gran salto hacia delante.[88]

Ese nuevo rumbo convirtió, en efecto, el período de posguerra en una época de movilización y preparación para futuras «eventualidades» fatales. Las estadísticas oficiales muestran el descenso experimentado por los gastos militares, que pasaron de los 128 700 millones de rublos en 1945 a los 73 700 millones de 1946. Siguieron en ese nivel, superior en cualquier caso al existente antes de la guerra, en 1947. En dicha cifra no se incluían los costes del proyecto atómico, correspondientes a los fondos «especiales» del estado. Los planes para 1946 incluían también la creación de cuarenta nuevas bases navales. Los sectores de la economía orientados a los consumidores, sobre todo la agricultura, continuaron en unas condiciones desastrosas, como indican los cálculos oficiales presentados por el ministro de Finanzas Zverev a Stalin en octubre de 1946.[89]

	1940	*1942*	*1944*	*1945*
Pan (en millones de toneladas)	24,0	12,1	10,0	11,0
Carne (en miles de toneladas)	1417	672	516	624
Mantequilla (en miles de toneladas)	228	111	106	117
Azúcar (en miles de toneladas)	2181	114	245	465
Prendas de vestir (en millones)	183,0	54,0	47,0	50,0
Pares de zapatos (en millones)	211,0	52,7	67,4	66,1

Los niveles de vida del pueblo soviético, los vencedores, cayeron en picado a unos niveles inferiores a los de los vencidos, el pueblo alemán. Durante la guerra, el estado había requisado una gran parte de la renta de la población a través de la compra obligatoria de bonos de guerra, donaciones semivoluntarias, e impuestos indirectos. La inflación causó daños adicionales.[90] Los niveles de vida de antes de la guerra, ya bajísimos, parecían en 1946 un sueño imposible de alcanzar.

El discurso de Churchill sobre el telón de acero proporcionó a Stalin otra oportunidad excelente para preparar a los ciudadanos soviéticos para la vida de miseria y hambre que los aguardaba. En su respuesta publicada en *Pravda* el 14 de marzo de 1946, redactada personalmente por el dictador y corregida con sumo cuidado, Stalin calificaba a su antiguo aliado británico de «belicista», lo comparaba con Hitler, y contrastaba el «internacionalismo» soviético con el afán de dominación «racista» del mundo anglosajón que tenía Churchill. La dureza de esa respuesta estaba perfectamente calculada: de ese modo, Stalin mostraba su actitud absolutamente inflexible ante cualquier intento de desafiar la esfera de influencia soviética en Europa Central por parte de los occidentales. En adelante el deseo común de la opinión pública no sería ya la cooperación con las potencias occidentales, sino la evitación de la guerra con ellas. Este temor era exactamente lo que Stalin necesitaba para promover su campaña de movilización.[91]

Stalin puso a Andrei Zhdanov al frente de la campaña de movilización (llamada *Zhdanovshchina*). Zhdanov no se había distinguido durante la guerra como jefe del partido

en Leningrado, pero sus antecedentes hacían de él un elemento lo suficientemente bueno para encargarse de las labores de propaganda. Procedía de una familia culta (su padre, como el de Lenin, era inspector de enseñanza, y su madre pertenecía a la nobleza y se había graduado en el conservatorio de Moscú). Era un hombre instruido y un buen orador. En abril de 1946, Zhdanov transmitió «la orden del camarada Stalin» al aparato central del partido y a sus propagandistas: refutar resueltamente la idea de que «el pueblo debía tomarse un tiempo para recuperarse después de la guerra, etc., etc., etc.».[92]

Otro objetivo de la campaña de Stalin eran los altos mandos del ejército. El líder del Kremlin sospechaba que los conquistadores de Europa tenían tendencias bonapartistas ocultas. Stalin deseaba meterlos en cintura mientras continuaba la desmovilización de las masas. En septiembre de 1946, las fuerzas del ejército soviético se habían reducido, según los cálculos de los servicios de inteligencia norteamericanos, de los 12,5 millones de hombres a los 4,5 millones.[93] Mientras tanto, la élite militar se dormía en sus laureles, y su espíritu de combate se evaporaba en una verdadera orgía de alcohol, líos de faldas e incautaciones. En marzo de 1946, se llevó a cabo un primer intento de purga de los niveles más altos de «la generación de los vencedores». Numerosos líderes militares, directivos de empresas estatales e ingenieros se vieron envueltos en el «asunto de la industria aeronáutica». El general Alexei Shajurin, comisario de la industria aeronáutica, y el mariscal de aviación Alexander Novikov, general en jefe de la fuerza aerea soviética, fueron destituidos bruscamente y poco después detenidos bajo la falsa acusación de suministrar al Ejército Rojo aviones «defectuosos».[94]

Al mismo tiempo, los servicios de contrainteligencia de Stalin «descubrieron» que el mariscal Georgi Zhukov se había traído de Alemania cargamentos enteros de artículos valiosos y tesoros para su uso personal y el de su familia. El héroe nacional soviético, que había Presidido el Desfile de la Victoria montado en un caballo blanco, tuvo que marchar a una especie de semidestierro como capitán general de la región militar de Odesa.[95] Al mismo tiempo, Georgi Malenkov, el fiel lugarteniente de Stalin, que había estado al frente de la industria aeronáutica durante la guerra, perdió su puesto en la secretaría del partido y en el Buró de Organización (aunque Stalin no tardaría en perdonarlo). Lo que el dictador quería era demostrar que los actos heroicos de guerra no suponían ninguna protección frente a las purgas. Para mayor escarnio de los veteranos de guerra y de millones y millones de personas, a finales de 1946, Stalin abolió la celebración pública y el carácter de fiesta nacional del Día de la Victoria; a cambio, se concedió como festivo el día de Año Nuevo.

Algunos veteranos degradados despertaron a la horrible realidad de la dictadura de Stalin. Fue entonces cuando el NKGB empezó a vigilar a todos los mandos de las fuerzas armadas, y algunas de sus conversaciones registradas han llegado recientemente a manos de los historiadores. Entre esos expedientes se incluyen las conversaciones privadas que mantuvieron el general del ejército Vasili Gordov y su antiguo jefe de estado mayor, el general Fedor Ribalchenko, el día de Fin de Año de 1946. Gordov, alto mando del ejército que mostró una actitud despiadada en Stalingrado, Berlín y Praga, era simpatizante de Zhukov y perdió su elevada posición. La cólera y el alcohol hicieron que los dos generales se fueran de la lengua. Reconocían que en Occidente la gente vivía incomparablemente mejor que el pueblo soviético, y que la vida en las zonas rurales era totalmente miserable. Ribalchenko dijo que «la gente está harta de su vida y se queja abiertamente, en los trenes y en todas partes. La hambruna está increíblemente extendida, pero los periódicos se limitan a mentir. Sólo el gobierno vive bien, mientras que el pueblo se muere de hambre». Gordov se preguntaba en voz alta si había algún modo de irse a trabajar y a vivir al extranjero («a Finlandia o a los países escandinavos»). Los dos generales lamentaban la falta de ayuda de Occidente y temían que la política de confrontación con el bloque angloamericano propugnada por Stalin acabara en una guerra



y en la derrota de la Unión Soviética. Ribalchenko concluía: «Me parece que antes de que pasen diez años nos habrán zurrado bien la badana. Todo el mundo dice que va a haber guerra. ¡Nuestro prestigio ha ido disminuyendo de un modo abominable! ¡Nadie apoyará a la Unión Soviética!».[96]

Los militares descontentos conocían perfectamente el papel de Stalin como instigador de nuevas purgas. Cuando Ribalchenko propuso que Gordov pidiera perdón a Stalin, el aludido no pudo menos que reírse de la ocurrencia. Exclamó con el orgullo característico de las élites de posguerra: «¿Por qué iba a tener que rebajarme?». Tres días después, a solas con su esposa, Gordov confesaba que su viaje al campo (antes de su «elección» como diputado del Soviet Supremo) lo había hecho «renacer por completo». «Estoy convencido de que si hoy abolimos las granjas colectivas, mañana mismo habrá orden, mercado y abundancia de todo. Habría que dejar a la gente tranquila; tiene derecho a llevar una vida mejor. ¡Se ha ganado esos derechos en el campo de batalla!» Había llegado a la conclusión de que Stalin estaba «arruinando Rusia».[97]

Críticas a Stalin como éstas seguían siendo raras entre las élites soviéticas.[98] Pero el descontento había aumentado a finales de 1946, cuando una tremenda sequía se abatió sobre las tierras más fértiles de Ucrania, Crimea, Moldavia, la región del Volga y la parte central de Rusia, el Extremo Oriente, Siberia y Kazajstán. Aquella catástrofe natural, unida a la falta de mano de obra y de recursos existente después de la guerra, amenazó con producir una hambruna generalizada.[99] Pero fueron Stalin y su política los que, en vez de evitar el hambre, provocaron aquella calamidad causada por la mano del hombre, semejante a la carestía de 1932-1933.

Como en los años treinta, Stalin se negó a admitir que estaba produciéndose un desastre y prefirió denunciar a los «causantes de la ruina» y a los «especuladores», supuestamente responsables de la escasez de pan. El dictador del Kremlin poseía unas enormes reservas «estratégicas» de grano que había acumulado para el caso de emergencia de guerra. Pero se negó despiadadamente a poner ese grano a disposición de los consumidores. Stalin tenía además en las arcas del estado mil quinientas toneladas de oro con las cuales habría podido comprar alimentos en el extranjero. Molotov y Mikoyan recordarían más tarde que Stalin prohibió la venta del oro. Rechazó incluso la ayuda alimentaria que pudiera prestar a Rusia la Administración de Socorro y Rehabilitación de las Naciones Unidas (aunque permitió la llegada de alguna ayuda a Ucrania y Bielorrusia). Al mismo tiempo propuso enviar productos alimenticios soviéticos a Polonia y Checoslovaquia, así como a los comunistas franceses e italianos.[100]

Stalin volvió a la política de preguerra consistente en empobrecer al pueblo ruso, especialmente a los campesinos y a los trabajadores agrícolas, con el fin de obtener dinero para la reconstrucción industrial y el rearme. Entre 1946 y 1948, los impuestos de los campesinos aumentaron un 30 por 100, y en 1950 ese aumento alcanzaba ya el 150 por 100. El estado se negó además a pagar los bonos de guerra, es decir, los miles de millones de rublos que había «tomado prestados», o mejor dicho que había confiscado al pueblo soviético. Por el contrario, se impuso a la ciudadanía empobrecida la compra de los nuevos bonos de reconstrucción.[101]

Stalin sabía indudablemente que mucha gente estaba resentida contra las autoridades y contra él en particular. Pero también sabía que sólo las élites representaban un verdadero peligro. Mikoyan recordaría más tarde que el dictador «sabía que el rasgo más destacado del *muzhik* ruso era su paciencia y su capacidad de aguante».[102] Las purgas, cuya finalidad era socavar el orgullo y la autonomía de las élites, se convirtieron paulatinamente en una nueva ronda de terror contra sus integrantes. En 1945 y 1946 se produjo un descenso del número de acusaciones de la Comisión Especial del NKVD, que pasaron de 26 600 a 8000, pero en 1949 el nivel de las denuncias se situaba en las 38 500.[103] En enero de 1947, el general Gordov, su mujer, y el general Ribalchenko

fueron detenidos y encarcelados, junto con otros militares y sus familias.[104] Las purgas siguieron siendo limitadas y se llevaron a cabo de manera sigilosa, sin denuncias públicas. Pero al cabo de unos años, cuando la Guerra Fría había polarizado el mundo y la posición de Stalin se hizo inconmovible, el dictador del Kremlin empezó a derramar la sangre de los miembros de la élite a una escala cada vez mayor.



STALIN «CONSOLIDA» LA SOCIEDAD SOVIÉTICA

Norman Naimark comenta que «la guerra proporciona a los gobernantes una tapadera para llevar a cabo proyectos de limpieza étnica» y les «brinda la oportunidad de hacer frente a las minorías revoltosas suspendiendo los derechos civiles». A Stalin el agravamiento de la confrontación con Occidente le dio la oportunidad de restaurar el control absoluto de las élites. También le proporcionó una justificación para la rusificación de las élites y de la burocracia de la URSS y para la consolidación de la sociedad soviética por medio de contundentes argumentos nacionalistas y una rígida jerarquía étnica.[105]

La campaña contra el «cosmopolitismo», pretexto oficial de las medidas antisemitas, constituyó un capítulo fundamental de esa consolidación. Las sospechas de Stalin respecto a los judíos se incrementaron cuando dio comienzo la Guerra Fría. El dictador empezó imaginándose una conspiración de las élites judías soviéticas, de las organizaciones hebreas de Estados Unidos, y de los judíos de su entorno más inmediato. Desde los años veinte, numerosos miembros del Politburó, entre otros Molotov, Voroshilov, Mijail Kalinin, y Andrei Andreev, habían contraído matrimonio con judías, y este hecho comenzó entonces a alimentar las sospechas de Stalin.[106] En 1946, Zhdanov hizo correr entre sus subordinados la orden de Stalin: había que acelerar la eliminación de los cuadros «cosmopolitas», fundamentalmente de los de etnia judía, existentes en la burocracia soviética, empezando por los cargos más destacados de los sectores relacionados con la propaganda, la ideología y la cultura. El primer golpe, reflejo de las nuevas prioridades del régimen, se dirigió contra la Oficina Soviética de Información (Sovinformburó), la voz, conocida en todo el mundo, de la propaganda del Kremlin durante la guerra. Zhdanov tuvo la audacia de decir a un funcionario, que no acababa de entender exactamente quién era el enemigo cosmopolita en su departamento, que «quitara de en medio a la sinagoga existente en él». Los judíos soviéticos habían prestado grandes servicios al régimen comunista, engrosando el número de la élite profesional y cultural durante dos décadas. Había llegado el momento de depurarlos.[107]

En la primavera de 1948, algunos destacados sionistas apelaron a las autoridades de Moscú para que enviaran a Palestina a «cincuenta mil» judíos soviéticos, que debían ayudarles contra los árabes, prometiendo a cambio una postura de simpatía hacia los intereses soviéticos. Los dirigentes del partido y los expertos en cuestiones relacionadas con Oriente Medio reaccionaron ante semejante petición con gran escepticismo; la opinión predominante era que el carácter clasista del sionismo habría acabado poniendo definitivamente a los sionistas del lado de Estados Unidos, y no de la URSS. Sorprendentemente, a pesar de su creciente antisemitismo, Stalin desautorizó a los escépticos y permitió la ayuda militar masiva a los sionistas a través de Checoslovaquia. En mayo de 1948, antes incluso de que terminara la guerra en Palestina, la Unión Soviética reconoció al estado de Israel *de iure*, antes incluso de que lo hiciera Estados Unidos. Molotov afirmaba en los años setenta que «todo el mundo, excepto Stalin y yo», se había mostrado en contra de semejante decisión. Explicaba que no reconocer a Israel habría permitido a los enemigos de la URSS decir que este país era contrario a la autodeterminación nacional de los judíos.[108] Pero lo más probable es que Stalin llegara a la conclusión de que apoyar al movimiento sionista probablemente fuera el único medio que tenía de debilitar la influencia de Gran Bretaña en Oriente Medio. Además, puede que también esperara exacerbar las tensiones existentes entre ingleses y norteamericanos sobre la cuestión del sionismo, e incluso conseguir un acceso al Mediterráneo.[109]

Sin embargo, como predecían los expertos, Israel empezó enseguida a inclinarse del lado de Estados Unidos. Además, las extraordinarias muestras de apoyo a Israel que se

produjeron entre los judíos de todo el mundo, empezando por los de la Unión Soviética, alarmaron al líder del Kremlin. Incluso la mujer de Voroshilov, Ekaterina (Golda Gorbman), dijo a sus parientes el día de la proclamación del estado de Israel: «Ahora nosotros también tenemos nuestro propio país». El Comité Judío Antifascista (CJAF) se había convertido ya a ojos de Stalin en el vivero del nacionalismo judío relacionado con los círculos sionistas de Estados Unidos e Israel. El dictador sabía que muchos judíos soviéticos consideraban oficiosamente al presidente del CJAF, el famoso actor Solomon Mijoels, su líder nacional. Y al término de la guerra, apelaron a Molotov, a su esposa, Polina Zhemchuzhina, a Voroshilov y a Kaganovich para que les ayudaran a crear una república judía en Crimea. Antes incluso del reconocimiento del estado de Israel, el dictador empezó a tomar medidas para eliminar lo que él consideraba una potencial conspiración sionista dentro de la Unión Soviética. En enero de 1948, el MGB (el organismo sucesor del NKGB) asesinó por orden de Stalin a Mijoels, presentando el caso como un accidente de tráfico. A finales de 1948, fueron detenidos e interrogados otros líderes del CJAF. Entre otras cosas, fueron acusados de un supuesto complot para hacer de Crimea una cabeza de playa americano-sionista dentro de la Unión Soviética. En enero de 1949, fue detenido el lugarteniente de Molotov, Lozovski, antiguo director del Sovinformburó y supervisor político del CJAF. También fue detenida la mujer de Molotov. Este recordaría más tarde que «empezaron a temblarme las rodillas» cuando Stalin leyó al Politburó los cargos acumulados contra Polina Zhemchuzhina. La misma suerte corrieron las esposas del «presidente» de la Unión Soviética, Mijail Kalinin, y de Alexander Poskrebyshev, secretario personal de Stalin.[110] Resultó que aquellos fueron sólo los primeros pasos de una colosal campaña contra la «conspiración sionista», que culminaría poco antes de la muerte de Stalin con las detenciones del «caso de los médicos del Kremlin» y el anuncio de que dichos médicos estaban preparando, supuestamente por orden de un centro sionista norteamericano, el asesinato de los líderes políticos y militares de la URSS. Los judíos soviéticos, entre ellos numerosos miembros de las élites burocráticas y culturales del país, esperaban su detención inminente y su deportación a Siberia.[111]

El destacado papel de Crimea en el caso del CJAF es un indicio de la continua obsesión de Stalin con el flanco sur de la Unión Soviética y las infructuosas presiones ejercidas sobre Turquía e Irán. En 1947-1948, Turquía se hizo beneficiaria de la ayuda financiera y militar de Estados Unidos y se convirtió en un aliado regional clave de los norteamericanos. Irán se movía en la misma dirección. Mientras tanto, las promesas incumplidas de Stalin a los pueblos del sur del Cáucaso empezaron también a producir efectos no deseados. Los dirigentes comunistas de Georgia, Armenia y Azerbaiyán, nombrados todos por Stalin, empezaron a actuar como comadres peleonas en una cocina colectiva. Al ver que no se materializaba el sueño de la recuperación de las «tierras ancestrales» de Turquía, los líderes de Georgia y Armenia empezaron a confabularse contra Azerbaiyán. El secretario del partido de Armenia, Grigory Arutynov, se lamentaba de que no tenía sitio en el que establecer a los repatriados ni recursos para darles de comer (aunque, en vez de los cuatrocientos mil armenios previstos, sólo llegaron a la Armenia soviética noventa mil). Propuso entonces desplazar a Azerbaiyán a los campesinos azeríes que residían en territorio armenio. Propuso además transferir Nagorno Karabaj, zona montañosa disputada históricamente por azeríes y armenios, de la República Soviética de Azerbaiyán a la República Soviética de Armenia. Bagirov respondió con argumentos y reclamaciones en sentido contrario. Georgianos y armenios advertían a Moscú del incremento del «nacionalismo armenio» en la región.[112]

En diciembre de 1947 Stalin aceptó la propuesta de Arutynov de desplazar de Armenia a los campesinos azeríes. Sin embargo, no apoyó la redefinición de las fronteras de la república. Y en un momento determinado, decidió reanudar la «limpieza étnica» del sur del



Cáucaso, eliminando de la zona todos los elementos sospechosos y potencialmente desleales. En septiembre de 1948, el incendio declarado en el vapor *Pobeda* («Victoria»), que trasladaba repatriados armenios, desencadenó las sospechas de Stalin. Desde su dacha del mar Negro envió el siguiente telegrama a Malenkov: «Entre los repatriados hay agentes norteamericanos. Preparaban un acto terrorista en el vapor "Pobeda"». Al día siguiente, Malenkov contestó con otro telegrama: «Tienes razón, desde luego. Tomaremos todas las medidas necesarias». El Politburó aprobó inmediatamente la orden de detener las repatriaciones.[113] En abril y mayo de 1949, el Politburó decretó que todos los «nacionalistas armenios» (incluidos algunos repatriados de la diáspora), así como todos los «antiguos ciudadanos turcos» de Armenia, Georgia y Azerbaiyán fueran deportados a Kazajstán y Siberia. También fueron deportados los griegos. Las deportaciones del sur del Cáucaso de 1944-1949 afectaron a 157 000 personas.[114] Esta «limpieza» no acabó con las tensiones nacionalistas. No obstante, Stalin logró controlar de nuevo la política regional, desestabilizada por su actitud aventurera en materia de política exterior.

Al mismo tiempo, Stalin asestó un golpe mortal a los «leningradenses», término con el que se designaba a los dirigentes del partido y del estado pertenecientes a la Federación Rusa, especialmente a los de Leningrado, de etnia rusa y que se habían hecho populares entre el pueblo ruso durante la guerra. Estos individuos esperaban que Stalin siguiera apoyándose en ellos para la reconstrucción de posguerra. Dentro de este grupo estaban Nikolai Voznesenski, director del Gosplan; el presidente del Consejo de Ministros de la Federación Rusa y miembro del Orgburó del partido, Mijail Rodionov; el secretario del Comité Central y miembro del Orgburó, Alexei Kuznetsov; y el primer secretario de organización del Partido Comunista de Leningrado, Petr Popkov. Todos ellos eran protegidos de Andrei Zhdanov y habían estado al frente de la heroica defensa de Leningrado durante los novecientos días de asedio alemán. Beria y Malenkov, amenazados por la influencia de este grupo, hicieron todo lo posible por comprometer a los «leningradenses» a ojos de Stalin y no pararon hasta que lo consiguieron. El Kremlin emprendió una investigación del «caso de Leningrado» y del «caso del Gosplan» contra Voznesenski. En febrero y marzo de 1949. Stalin destituyó de sus puestos a Voznesenski, Rodionov, Kuznetsov y Popkov. Al cabo de varios meses, el MGB los detuvo, junto con otros sesenta y cinco altos cargos y ciento cuarenta y cinco parientes y familiares. La «investigación» utilizó unos métodos de tortura espantosos. Stalin hizo que los miembros del Politburó, empezando por Malenkov y el ministro de Defensa Nikolai Bulganin, asistieran personalmente a los interrogatorios. El 1 de octubre de 1950 fueron ejecutados veintitrés altos cargos, entre ellos Voznesenski, Rodionov, Kuznetsov y Popkov. Más o menos por esa misma época, también fueron fusilados los generales detenidos, entre otros Gordov, Ribalchenko y Grigori Kulik.[115]

Al cabo de pocos años, Stalin había logrado arrebatar la gloria de la victoria y los frutos de la paz al pueblo soviético, verdadero vencedor de la Segunda Guerra Mundial. Naturalmente, no habría podido hacerlo sin el apoyo de millones y millones de colaboradores voluntarios, empezando por las élites militares y civiles. Muchos veteranos de guerra abandonaron su papel de héroes y recuperaron su posición de «dientes» del engranaje de la maquinaria del estado. Acogieron de buen grado y apoyaron la transformación de la URSS en un imperio y una superpotencia mundial. La revitalización del chauvinismo y el nacionalismo y la creencia ideológica en la hostilidad agresiva del «imperialismo occidental» hacia la Unión Soviética fueron factores que contribuyeron a crear la poderosa amalgama que hizo que millones de ciudadanos soviéticos suscribieran de buena fe los planes de posguerra de Stalin.[116] Muchos veteranos llegaron a considerar el Imperio soviético y su colchón de seguridad en Europa Central el sustitutivo necesario del pan, la felicidad y la vida confortable después de la victoria. Compensaron además la falta permanente de seguridad en el interior proyectando sus temores hacia el

exterior, resucitando el culto al poderío militar soviético, mostrando una abierta hostilidad hacia Occidente, y adoptando el nuevo antiamericanismo. Esta actitud constituiría la esencia de la identidad colectiva soviética durante las décadas por venir.[117]

Al tiempo que apelaban a los impulsos del chauvinismo ruso, la propaganda y los medios de comunicación estatales arremetieron de mala manera contra los «cosmopolitas» judíos. Durante la purga de judíos que sufrió la Universidad Estatal de Moscú, Anatoli Cherniaev llegó a oír a un amigo suyo, veterano de guerra, decirle lo siguiente: «El partido ha venido luchando varios años contra la dominación judía. Se está limpiando de judíos». Por esa misma época, otro valiente joven veterano se manifestó en contra del antisemitismo. Fue expulsado inmediatamente del partido y desapareció de la universidad.[118] La purga de los judíos dio a los que apoyaban la política antisemita una falsa sensación de solidaridad y poder semejante a la que habían tenido muchos alemanes en tiempos de Hitler. Otro testigo describe a esos individuos en los siguientes términos: «La guerra les había dejado probar a qué sabía el poder. Eran incapaces de tener un pensamiento crítico. Estudiaban para convertirse en maestros de vida».[119]

En una asamblea anticosmopolita en la Universidad Estatal de Moscú, el profesor Sergei Dmitriev preguntó a un colega suyo cuál podía ser el motivo de esa campaña. La respuesta que éste le dio fue la siguiente: «La guerra. El pueblo debe estar preparado para una nueva guerra. Y está a punto de sobrevenir».[120] La intensificación de la Guerra Fría ayudó indudablemente a Stalin a justificar su campaña antisemita, así como las deportaciones de armenios y griegos, y también de ucranianos, letones y lituanos. Le ayudó a consolidar el núcleo ruso de su «imperio socialista». Los vientos de la nueva guerra ayudaron también a Stalin a erradicar cualquier posible rastro de descontento o disidencia entre las élites. La mayoría de las autoridades del estado y de los oficiales del ejército de la Unión Soviética estaba convencida de que Occidente se había puesto a la ofensiva y debía ser frenado.

Esta idea se intensificó cuando Estados Unidos realizó dos ensayos de bomba atómica en el atolón de Bikini, en el océano Pacífico, en julio de 1946. Dichas pruebas tuvieron lugar apenas dos semanas después de que los norteamericanos presentaran su plan de «control internacional» de la energía atómica y poco antes de la Conferencia de Paz de París (29 de julio-15 de octubre de 1946), convocada para negociar los tratados de paz con Alemania y sus satélites. Dos observadores soviéticos asistieron a las pruebas y comunicaron sus resultados a las autoridades del Kremlin. Uno de ellos, el general de división Semen Alexandrov, geólogo e ingeniero jefe de las investigaciones con uranio para el proyecto atómico ruso, llevó a Moscú la filmación de las pruebas y la mostró en el Kremlin, así como a sus amigos y colegas.[121]

Eran pocos los miembros de la clase política soviética que dudaban de que el monopolio atómico de los norteamericanos se había convertido en el instrumento de la diplomacia estadounidense de posguerra y suponía una amenaza para la seguridad soviética. Ni siquiera los militantes más inteligentes y refinados del partido lograron sustraerse a la obligatoriedad de la visión niveladora que tenía Stalin de la nueva situación de posguerra. El escritor Konstantin Simonov había experimentado en su propia persona la saga bélica soviética desde las trágicas derrotas de los veranos de 1941 y 1942 hasta el triunfo en Berlín, y se identificaba con la «generación de los vencedores». A comienzos de 1946, el Politburó lo envió a él y a un pequeño grupo de periodistas y escritores a Estados Unidos en una misión propagandística. El contraste entre la opulencia norteamericana y la ruina soviética le resultó casi insoportable. Le molestaron también las primeras oleadas de resaca antisoviética que se abatieron sobre el territorio norteamericano. A su regreso a la URSS, Simonov escribió una obra de teatro, *La cuestión rusa*, en la que los imperialistas, los políticos y los magnates de la prensa estadounidense intentaban desencadenar una guerra preventiva contra la Unión Soviética. El principal personaje de la obra, un periodista



norteamericano progresista, se propone denunciar esta conspiración. Viaja a la Unión Soviética y ve con sus propios ojos que los rusos no desean una nueva guerra. La obra era una burda caricatura de la política y los medios de comunicación norteamericanos, pero es indudable que Simonov creía profundamente en lo que decía. ¿Cómo podía la Unión Soviética suponer una amenaza para nadie cuando había sufrido tantas pérdidas? Pero, al mismo tiempo, Simonov estaba convencido de que sin la movilización y la reconstrucción de posguerra la Unión Soviética podía ser intimidada y acaso incluso aplastada por el temible poder de los norteamericanos. A Stalin le gustó la obra de Simonov. *La cuestión rusa* fue publicada por entregas en los periódicos, fue leída en la radio y estrenada en innumerables teatros de toda la Unión Soviética, siendo vista por millones de espectadores. Diez años más tarde, su autor seguía suscribiendo la idea de que en 1946 la Unión Soviética estaba abocada a una durísima elección: o fortalecerse rápidamente o perecer.[122]

El objetivo de Stalin era conseguir un «imperio socialista», invencible y protegido por todos sus flancos. Pero este proyecto tenía defectos inherentes a su propia naturaleza. Los imperios que han salido adelante a lo largo de toda la historia de la humanidad, entre ellos el romano, el chino o el británico, utilizaron otros factores, aparte de la simple fuerza bruta, para hacerse con el control de enormes territorios heterogéneos. Reclutaron a las élites indígenas, a menudo toleraron la diversidad étnica, cultural y religiosa, y fomentaron el libre comercio y las comunicaciones.[123] El imperio socialista de Stalin utilizó una ideología potente, el nacionalismo, y la manipulación social para remodelar la sociedad y las élites. Introdujo la uniformidad de la industrialización estatal y del sistema de partidos. Al mismo tiempo, eliminó las libertades civiles, la riqueza, la cooperación y la dignidad humana, y ofreció en su lugar una ilusión de justicia social.

El imperio socialista explotó la paciencia, las ilusiones y los sufrimientos de millones de rusos y no rusos, el pueblo que habitaba en su núcleo principal. Explotó también la fe de millones de individuos que creían sinceramente en el comunismo en Europa y Asia, donde el marxismo-leninismo desempeñaría el papel de una religión secular. Esta pirámide de fe e ilusiones se vería coronada por el culto al propio Stalin, el caudillo infalible. Ese caudillo, sin embargo, era mortal: irremediablemente, la muerte de Stalin provocaría una crisis de legitimidad y una lucha por la sucesión entre sus herederos.

Lo más importante es que la Unión Soviética se enfrentó en Occidente a un rival dinámico y seguro de sí mismo. Estados Unidos, con su poder financiero, económico y militar, ayudó a la reconstrucción de los países de Europa Occidental y de Japón como economías de libre mercado y sociedades de consumo masivo. La lucha contra Occidente no brindó a Stalin ocasión alguna de prevalecer. Este hecho quedó patente de forma particularmente dolorosa en Alemania, donde los soviéticos se enfrentarían a problemas trascendentales cuando intentaran convertir su zona de ocupación en la pieza clave de su imperio en Europa Central.

3

Punto muerto en Alemania, 1945-1953

> Todo lo que necesitamos es una Alemania burguesa, siempre que sea pacífica.
>
> BERIA,
> mayo de 1953

> ¿Cómo iba a creer un marxista serio, un marxista situado en posiciones próximas al socialismo o al poder soviético, en una Alemania burguesa y pacífica… que estuviera bajo el control de cuatro potencias?
>
> MOLOTOV,
> julio de 1953

La división de Alemania fue uno de los resultados más sorprendentes del choque entre la Unión Soviética y las democracias occidentales. Pero hasta hace poco no ha aparecido una reconsideración crítica de la participación de Occidente en el asunto.[1] Y la verdadera dimensión del papel desempeñado en él por Stalin todavía no puede documentarse ni siquiera hoy día. Los detalles de muchas decisiones de alcance menor y su puesta en vigor continúan envueltos en brumas: los telegramas cifrados de Stalin y las copias de numerosas conversaciones siguen siendo documentación clasificada en los archivos rusos. No obstante, los testimonios a los que tenemos acceso revelan que muchos de los acontecimientos ocurridos en la Alemania Oriental llevaban el sello singular de Stalin y que algunos no habrían tenido lugar sin su autorización explícita. El máximo comisario político soviético en Alemania Oriental, Vladimir Semenov, recordaba en los años sesenta las «sutiles jugadas diplomáticas» que realizó Stalin para desarrollar la política soviética en lo referente a la cuestión alemana.[2]

Un examen de los archivos de la Alemania Oriental y de la Unión Soviética ha convencido a algunos estudiosos de que Stalin habría preferido construir una Alemania unida no comunista, en vez de crear un estado satélite aparte en la Alemania Oriental.[3] Algunos especialistas creen que los soviéticos no pretendieron nunca la sovietización de la Alemania Oriental, sino que se vieron más bien abocados a ella en un caótico proceso de improvisación.[4] Las conclusiones a las que yo llego en este capítulo son justamente las contrarias. La documentación demuestra que Stalin y las élites soviéticas nunca abrigaron la idea de una Alemania neutral. Como poco, los rusos intentaron neutralizar la parte de Alemania que había quedado bajo el control de Occidente y crear su propia Alemania socialista en la zona de ocupación que les había correspondido. Desde el punto de vista ideológico, la construcción del socialismo en la zona oriental combinaría los sueños internacionalistas de los bolcheviques de los años veinte y la idea de adquisición de un imperio desarrollada a lo largo de los años cuarenta.



Desde el punto de vista económico, la zona en cuestión se convirtió en fuente de un flujo enorme de indemnizaciones de guerra, de enriquecimiento personal de las élites soviéticas, de alta tecnología para los industriales y los científicos, y de casi todo el suministro de uranio destinado al armamento, imprescindible para la fabricación de armas nucleares en la Unión Soviética. La división de Alemania fue también un pretexto excelente para la construcción de un imperio socialista en Europa Central. La Segunda Guerra Mundial permitió que las élites y la ciudadanía soviética se sintieran con derecho a decir la última palabra sobre el futuro de Alemania. Este sentimiento, justificado por el elevadísimo número de caídos en la guerra, perduró durante décadas.

Por último, aunque no por ello sea menos importante, Stalin no quiso nunca retirar las tropas soviéticas de Alemania Oriental. A medida que fue agravándose la confrontación con Occidente, Alemania Oriental se convirtió en el verdadero núcleo —desde el punto de vista militar y geoestratégico— del poder soviético en Europa. Cientos de miles de soldados soviéticos acabaron siendo desplegados en su territorio, dispuestos a marchar precipitadamente, en cuanto se les ordenara, hasta el canal de la Mancha.

A la hora de la verdad, Alemania Oriental se convirtió en el eslabón más turbulento del imperio soviético. Como el «experto en nacionalidades» que era, Stalin tuvo mucho cuidado en no reavivar las fuerzas del nacionalismo alemán, y pensó que era imprescindible echar la culpa de la división de la nación alemana a las potencias occidentales. De ese modo, los rusos disimularon la paulatina integración de Alemania Oriental en el imperio soviético, dejando abierta la frontera entre las dos Alemanias. Estas circunstancias hicieron de Alemania un lugar de competencia relativamente abierta entre el sistema de mercado libre y el sistema comunista. Durante los primeros años de la ocupación, dio la impresión de que las autoridades soviéticas habían logrado consolidar «su Alemania». Al final de la vida de Stalin, sin embargo, era evidente que la lucha por el país más trascendental de Europa no había hecho más que empezar y que los soviéticos no iban a poder ganarla.

ESTABLECIMIENTO DEL RÉGIMEN DE OCUPACIÓN

Las autoridades soviéticas planearon la ocupación, según indican los documentos disponibles, a partir de 1943, mucho antes de que el primer soldado ruso entrara en Prusia Oriental. Sin embargo, como cabe suponer, dichos planes eran muy vagos. Iván Maiski escribía en su diario privado lo siguiente: «Nuestro objetivo es evitar que se produzca una nueva agresión alemana». Si no podía alcanzarse por medio de la «revolución proletaria» y la «creación de un régimen soviético fuerte en Alemania», semejante objetivo sólo se lograría a través de un «debilitamiento sustancial y duradero de Alemania, que la haga físicamente incapaz de llevar a cabo cualquier agresión».[5] Veinte años después, los mariscales Rodion Malinovski y Sergei Biriuzov afirmaban que, a su juicio, la intención de Stalin era destruir la economía alemana en 1945: «[Stalin] No creía que fuéramos a quedamos en Alemania, y temía que todo se volviera una vez más contra nosotros».[6]

El dictador soviético, siempre receloso de las intenciones de los occidentales, quiso evitar una alianza de última hora entre éstos y Alemania. En la Conferencia de Yalta, ni siquiera quiso revelar el fortísimo interés de la Unión Soviética por las indemnizaciones de guerra.[7] Según Maiski, Stalin «no quería asustar a los aliados con nuestras exigencias y hacer que se interesaran por nuevas oportunidades». Restó además importancia a los planes soviéticos de utilizar prisioneros de guerra alemanes como mano de obra forzosa para reconstruir las ciudades y la economía de la URSS.[8] En realidad, el interés de los soviéticos por la explotación económica de Alemania era enorme. El 11 de mayo de 1945, Stalin ordenó a Malenkov, Molotov, al director del Posplan, Nikolai Voznesenski, a Maiski, y a otros altos cargos que el traslado del potencial de la industria militar alemana a la Unión Soviética se llevara a cabo con la máxima celeridad para asegurar la recuperación económica de las zonas industriales, «particularmente [las minas de carbón] de la Cuenca del Donets». Durante la discusión, Molotov insistió en que los soviéticos debían llevarse de Berlín Oeste todos sus recursos industriales antes de entregárselos a las potencias occidentales. «Berlín nos ha costado demasiado».[9]

Al término de la guerra, los planes del Kremlin para el futuro de Alemania se centraban sobre todo en dos cuestiones, la de las fronteras y la de la ocupación.[10] Stalin y sus lugartenientes volvieron a dibujar el mapa de Alemania y borraron de él a Prusia, «ese nido de víboras del militarismo alemán». Prusia Oriental, con la ciudad de Königsberg, pasó a formar parte de la URSS. Prusia Occidental y la ciudad de Danzig se integraron en la Polonia reconstituida. Stalin decidió también entregar a Polonia los territorios alemanes de Silesia y Pomerania, en compensación por las tierras del este de Polonia que la Unión Soviética se había anexionado en 1939 y que retuvo al término de la contienda. Los rusos animaron a polacos y checos a expulsar de su territorio a la población de etnia germánica. Los aliados occidentales no pusieron ninguna objeción. Entre unas cosas y otras, a finales de 1945, 3,6 millones de refugiados alemanes se habían trasladado de Europa Oriental a la zona de ocupación soviética; cientos de miles huyeron a las zonas occidentales. Fue un terrible golpe geopolítico que cambió por completo el mapa de Europa Central.[11]

A pesar de la postura inicial de cooperación de las potencias occidentales, Stalin se preparó para librar una dura lucha por Alemania. A finales de marzo de 1945, dijo a un grupo de oficiales checoslovacos que habían ido a visitarlo que los aliados occidentales iban a «conspirar» con los alemanes, iban a intentar librarlos del castigo por sus crímenes, e iban a tratarlos «con mano blanda».[12] En mayo de 1945, afirmó que «la batalla por el alma de Alemania» sería «larga y difícil».[13] El 4 de junio de 1945, en una entrevista con un grupo de comunistas alemanes, les advirtió que los británicos y los norteamericanos proyectaban desmembrar Alemania, pero que él, Stalin, estaba en contra. No obstante,



añadió, «habrá dos Alemanias a pesar de la unidad de los aliados». Para obtener una posición de fuerza en la política alemana, Stalin invitó a los comunistas germanos a unirse a los socialdemócratas y convertirse en un «partido de la unidad alemana» que llegara a las zonas ocupadas por los occidentales. El Partido Socialista de la Unidad de Alemania (el SED) se creó en la zona soviética en febrero de 1946.[14]

No serían los comunistas autóctonos, sino la Administración Militar Soviética de Alemania (AMSA), la que se convertiría en el principal organismo encargado de la consecución de los objetivos soviéticos en Alemania. A comienzos de 1946, la AMSA ya constituía una extensísima burocracia que rivalizaba cada vez más con las autoridades de ocupación occidentales. El aparato de la AMSA ascendía a cuatro mil funcionarios, que disfrutaban de unos privilegios propios de la «administración imperial» de una colonia: doble salario en rublos soviéticos y marcos alemanes; mejor nivel de vida que los burócratas de rango más alto de la Unión Soviética; una posición desde la cual podían dominar a la antigua «raza dominante» de Europa; y acceso a las diversas influencias provenientes de las zonas occidentales. El dictador del Kremlin hizo que los dos cuerpos de policía rivales, el MVD y el MGB, ayudaran a la AMSA y lo mantuvieran a él al corriente de sus actividades.[15]

El mariscal Georgi Zhukov, primer jefe de la AMSA, perdió rápidamente el puesto: su inmensa popularidad y su terquedad molestaban a Stalin. Su sucesor, el mariscal Vasili Sokolovski, era el personaje más refinado, culto y al mismo tiempo modesto y comedido del alto mando militar soviético.[16] Stalin instituyó también el cargo de comisario político en Alemania. En febrero de 1946, dicho puesto fue a parar a Vladimir Semenov, doctor en filosofía de treinta y cuatro años y diplomático de rango intermedio; ningún mérito en su vida pasada lo acreditaba para desempeñar una tarea de tanta envergadura. Su primera reacción fue estudiar la documentación conservada en los archivos acerca de la historia de la ocupación de los estados alemanes por Napoleón a comienzos del siglo XIX. Por desgracia para el joven funcionario, la historia no le instruyó para el desarrollo de sus futuras actividades.[17]

La inseguridad de la situación política en Alemania y en las relaciones con las potencias occidentales hizo que Stalin se mostrara deliberadamente cauto y vago en las instrucciones dadas a la AMSA y a Semenov. Aunque el dictador soviético no tenía duda alguna de que iba a desencadenarse una lucha por Alemania, no estaba seguro de hasta qué punto iban a intervenir en ella los norteamericanos. En octubre de 1944, en conversación con Stalin, Churchill dijo que «los norteamericanos probablemente no tengan intención de participar en una ocupación [de Alemania] a largo plazo».[18] Pero desde el otoño de 1945 numerosos acontecimientos indicarían que, en efecto, tenían intención de quedarse en Alemania. La nueva postura de firmeza de Estados Unidos tras el bombardeo de Hiroshima dio a entender a Moscú que los norteamericanos pretendían desafiar el control que ejercían los soviéticos sobre Europa Central y los Balcanes. A partir de ese momento, la cuestión para Stalin no sería tanto la presencia de una fuerza militar norteamericana en Alemania, sino el mantenimiento de la presencia militar soviética en Europa Central, sobre todo en la zona oriental de Alemania.

En septiembre de 1945, Stalin rechazó la propuesta del secretario de Estado norteamericano James Byrnes de firmar un tratado de desmilitarización de Alemania de veinticinco años de duración. Durante sus conversaciones con Byrnes en Moscú en diciembre de 1945, Stalin, satisfecho con la decisión estadounidense de mantener la fórmula de cooperación de Yalta-Potsdam, decidió acceder «en principio» a discutir la idea de la desmilitarización de Alemania. Se trataba de una jugada meramente táctica. La fuerte oposición de Stalin a la idea de Byrnes seguía en pie. Es más, llegó a ser compartida por la mayoría de los altos dignatarios soviéticos. Y quedó patente en febrero de 1946, cuando Byrnes presentó a los rusos un anteproyecto de acuerdo sobre

desmilitarización de Alemania. Stalin y los altos cargos soviéticos debatieron la propuesta durante meses. En mayo de 1946, treinta y ocho jerarcas, entre ellos algunos miembros del Politburó, militares y diplomáticos, presentaron sus conclusiones al dictador.[19] Zhukov escribía: «A los americanos les gustaría acabar con la ocupación de Alemania lo antes posible y quitar de en medio las fuerzas armadas de la URSS, y después exigir una retirada de nuestras tropas de Polonia, y luego de los Balcanes». Querían además impedir la labor de desmantelamiento de las industrias alemanas por parte de los soviéticos y el cobro de indemnizaciones de guerra, así como «mantener en Alemania un potencial militar como base imprescindible para llevar a cabo sus fines agresivos en el futuro».[20] El viceministro de Asuntos Exteriores Solomon Lozovski se mostraba incluso más categórico en su memorándum. La aceptación del proyecto norteamericano, decía, conduciría a la liquidación de las zonas de ocupación, a la retirada de las tropas soviéticas, y a la reunificación económica y política de Alemania bajo el dominio de Estados Unidos. Esto, a su vez, daría lugar «en unos cuantos años a una guerra germano-anglo-americana contra la URSS». Un resumen elaborado por el Ministerio de Asuntos Exteriores concluía que con la presentación de la propuesta de desmilitarización de Alemania, el gobierno norteamericano perseguía los siguientes objetivos: poner fin a la ocupación de Alemania; acabar con las indemnizaciones soviéticas en Alemania; desmantelar la fórmula de Yalta-Potsdam y reducir el control de la URSS sobre Alemania y la influencia soviética en los asuntos europeos; acelerar la restauración de la potencia económica alemana; y volver a Alemania contra la Unión Soviética. Estas conclusiones se convirtieron en los principios habituales de la correspondencia diplomática en la que se evaluaba la política exterior norteamericana.[21]

En ningún documento soviético sobre Alemania podemos ver rastro alguno de replanteamiento fundamental de las consideraciones de seguridad de la URSS en vista del potencial atómico de Estados Unidos. Pero indudablemente, la sombra del hongo atómico de Hiroshima estaba presente en la forma que tenían los soviéticos de plantearse la cuestión alemana. En una conversación con Byrnes el 5 de mayo de 1946, Molotov se preguntaba por qué Estados Unidos «no deja ni un solo rincón del mundo desatendido» y «construye sus bases aéreas en todas partes», incluso en Islandia, Grecia, Italia, Turquía y China.[22] Desde esas bases, en opinión de Stalin, Molotov y los militares soviéticos, los aviones norteamericanos cargados con bombas atómicas podían atacar fácilmente cualquier punto de la Unión Soviética. Más tarde, a comienzos de los años cincuenta, este factor provocaría un enorme aumento de la presencia militar soviética en Europa Central con el fin de contrarrestar un posible ataque nuclear estadounidense.

Stalin y las autoridades soviéticas de mayor rango estaban de acuerdo en que una retirada militar de Alemania en fecha temprana habría supuesto una negación del derecho de la Unión Soviética a mantener sus tropas en Europa Central y los Balcanes. Después, la Alemania devastada y otros países igualmente arruinados de Europa Central habrían pasado inmediatamente a depender de la ayuda económica y financiera norteamericana y habrían quedado ligados a Estados Unidos por lazos políticos. La mejor opción que les quedaba a los soviéticos era la continuación del régimen de ocupación conjunta durante un plazo indefinido. Zhukov, Sokolovski y Semenov pretendían «utilizar la iniciativa norteamericana de cualquier forma para atar sus manos (y las de los británicos) en lo tocante a la cuestión alemana en el futuro».[23] Por fin entonces podrían esperar que se produjera la inevitable crisis económica de posguerra y que Estados Unidos cejara en sus planes de hegemonía europea y se retirara al aislacionismo.

Los norteamericanos, mientras tanto, pasaron al modo de «contención» y desecharon la idea de cooperar con los soviéticos en Alemania. Byrnes alcanzó un acuerdo con Bevin para unir las zonas norteamericana y británica en un solo sector, la Bizona. En su discurso del día 6 de septiembre en Stuttgart, el secretario de Estado, acompañado del senador



republicano Arthur H. Vandenberg y del senador demócrata Tom Connally, dijo: «No nos retiramos. Nos quedamos aquí». En resumen, Byrnes propuso que fuera Estados Unidos, y no los soviéticos, el que se convirtiera en el principal patrocinador de la soberanía y el futuro democrático de Alemania. Además de asegurar la soberanía alemana en el Ruhr y Renania, Byrnes indicó que Estados Unidos no consideraba irrevocable la nueva frontera de Alemania con Polonia (la línea Oder-Neisse).[24]

El discurso de Byrnes contribuyó a reforzar el consenso oficial soviético en torno a la idea de que la administración estadounidense deseaba librarse de la presencia rusa en Alemania y negar a la Unión Soviética una esfera de influencia en Europa Central. No obstante, aún quedaba espacio para interpretaciones «duras» y «blandas». En el bando correspondiente a la «línea dura», el lugarteniente de Molotov, Sergei Kavtaradze, decía que Estados Unidos era «potencialmente el estado más agresivo» del mundo y que deseaba convertir Alemania en la base de su «posición dictatorial en Europa». Según la valoración de la situación que hacía Kavtaradze, el discurso de Byrnes formaba parte del plan estratégico elaborado en contra de la Unión Soviética. Otros altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores decían que Byrnes deseaba movilizar al nacionalismo «reaccionario» alemán contra la Unión Soviética, pero no calificaban las acciones de los norteamericanos de plan agresivo. Algunos iban aún más lejos y sostenían que el compromiso político y diplomático sobre la cuestión alemana era posible.[25] El discurso oficial, sin embargo, no daba ninguna pista acerca del carácter de tal compromiso.

Sólo la guía de Stalin podía atenuar el problema. El potentado del Kremlin discutió los asuntos de Alemania con Molotov, Vishinski, Vladimir Dekanozov, Zhukov, Sokolovski, y otros altos dignatarios. En sus instrucciones a los líderes comunistas alemanes Walter Ulbricht y Wilhelm Pieck de febrero de 1946, Stalin utilizaba el mismo lenguaje que habían empleado los bolcheviques para planificar sus estrategias políticas durante las revoluciones rusas: el «programa de mínimos» consistía en mantener una unidad alemana; el «programa de máximos» estipulaba la construcción del socialismo en Alemania por la «vía democrática».[26] Si se toma en serio, esta jerga quería decir que Stalin estaba dispuesto a contemporizar con la sovietización de la zona soviética con la esperanza de que la influencia comunista se extendiera por el resto de Alemania. El planteamiento en dos etapas de Stalin habría tenido sentido si efectivamente se hubiera producido una crisis económica de posguerra y Estados Unidos hubiera retirado sus tropas de Alemania Occidental. Cosa que no sucedió ni en 1946 ni después.

Semenov recordaba en su diario que Stalin se había reunido con él y con los comunistas alemanes al menos «una vez cada dos o tres meses». Afirmaba asimismo que había recibido instrucciones directamente de Stalin para que se centrara exclusivamente en las cuestiones estratégicas de mayor importancia y construyera, paso a paso, una nueva Alemania en la zona soviética. Según él, existen actas de «más de cien» conversaciones con Stalin sobre las cuestiones de estrategia política en la Alemania de posguerra. Pero el diario de visitas de Stalin recoge sólo ocho entrevistas entre el dictador soviético y dirigentes germanoorientales en el Kremlin, y las investigaciones en los archivos no han logrado localizar las demás.[27] Desde 1946, los problemas de salud de Stalin lo obligaron cada vez con más frecuencia a delegar los asuntos de Alemania en sus lugartenientes y en la burocracia.

La vaguedad de las instrucciones de Stalin o incluso la total ausencia de ellas resultan difíciles de interpretar. Pueden explicarse apelando a la constante incertidumbre de la cuestión alemana, pero también por otros factores. Como hiciera a menudo con anterioridad en otros momentos de su carrera, el líder del Kremlin fomentó las peleas políticas entre sus subordinados y desempeñó un papel de mediador en los conflictos burocráticos. Toleró e incluso fomentó versiones distintas, a veces contradictorias, de la política soviética respecto a Alemania. Como consecuencia de todo ello, la política de la

burocracia soviética complicaría a veces las actividades de la AMSA. Las autoridades soviéticas de Alemania estaban subordinadas a varios organismos de Moscú, entre otros al Ministerio de Defensa y al Ministerio de Asuntos Exteriores; al mismo tiempo, algunas disfrutaban de contacto directo con Stalin y sus lugartenientes, y también con los jefes de los diversos departamentos del Comité Central del partido. Los funcionarios de la AMSA estaban adscritos a distintos sectores, según su cometido y sus respectivas tareas, con responsabilidades cruzadas y a veces en conflicto unas con otras. Sus relaciones de trabajo con distintos grupos de alemanes y los lazos de patrocinio que los unían con los distintos capitostes de Moscú, así como las luchas políticas internas cada vez más enconadas en el entorno de Stalin, contribuirían a que la imagen resultara aún más confusa.[28]

Los testimonios disponibles no indican que Semenov desempeñara un papel exclusivo en la elaboración de la política soviética en Alemania.[29] Hubo en la zona otros arquitectos de la política soviética. Uno de ellos fue el director del departamento de información política y propaganda de la AMSA, el coronel Sergei Tiulpanov, intelectual adscrito al ejército con experiencia en economía internacional y propaganda. Tiulpanov tenía, según parece, poderosos patronos en Moscú, entre ellos los influyentes lugartenientes de Stalin Lev Mejlis y Alexei Kuznetsov. Este último era uno de los «leningradenses», los jerarcas del partido que habían trabajado a las órdenes de Andrei Zhdanov. En consecuencia, Tiulpanov trabajó con independencia de Semenov y de sus superiores de la AMSA hasta 1948, manejando los medios de comunicación y la censura, el cine, los partidos políticos y los sindicatos, así como la ciencia y la cultura de la zona. Sobrevivió incluso a las repetidas y severas críticas de diversos altos cargos soviéticos, que lo culparon de los fracasos del SED y de la propaganda comunista en la Alemania Occidental.[30]

Los intereses soviéticos en Alemania eran tan heterogéneos y contradictorios que Sokolovski, Tiulpanov y otros funcionarios de la AMSA constantemente se verían obligados a andar por la cuerda floja. Por un lado, intentaron organizar Alemania Oriental de la única forma que conocían, esto es, a la soviética. Por otro, tanto ellos como sus protectores en la dirección del partido se daban cuenta de que abusar de la población civil y desmantelar los recursos industriales existentes en la zona soviética no serviría más que para complicar la lucha por Alemania.[31] Como compensación parcial por el desmantelamiento de su industria, Alemania Oriental recibió más alimentos, en el momento culminante de la severa hambruna de posguerra que se abatió sobre la URSS, Stalin no se cobró de los alemanes indemnizaciones agrícolas, aunque de ese modo habría salvado a muchos rusos y ucranianos de morir de hambre.[32] En octubre de 1945, Stalin decidió poner coto al saqueo industrial de Alemania del Este. En el mes de noviembre, dijo a una delegación de comunistas polacos que fueron a visitarlo que los soviéticos planeaban dejar algunas industrias en Alemania y que sólo se quedarían con la producción final. Los rusos organizaron treinta y una sociedades anónimas estatales (SAG), que operaban sobre la base de ciento diecinueve fábricas y factorías alemanas cuya eliminación estaba prevista en un principio. «A finales de 1946», escribe Norman Naimark, «los soviéticos poseían cerca del 30 por 100 del total de la producción de Alemania Oriental». Una sociedad anónima de altísimo valor estratégico era el proyecto de uranio Wismut, en Baja Sajonia, que produjo el combustible para las primeras bombas atómicas soviéticas.[33]

Las contradicciones entre las distintas prioridades, el desmantelamiento de la industria, la creación de una nueva Alemania en la zona oriental, y la lucha por la conquista de toda Alemania, siguieron sin resolverse. El traslado de los recursos industriales a la Unión Soviética continuó, dictado por las necesidades de la industria y por los gigantescos proyectos armamentísticos de la URSS. Los aliados occidentales rechazaron todas las peticiones de recursos y equipamientos procedentes de sus zonas de ocupación en el



oeste, lo que provocó más desmantelamientos en la zona soviética.[34] Mientras tanto, la intensificación de la Guerra Fría y la consolidación de las zonas occidentales bajo la tutela de Estados Unidos y Gran Bretaña permitieron a Stalin, a la AMSA y a los comunistas de Alemania Oriental seguir adelante con su labor de transformación y consolidación de Alemania del Este. Dicha tarea se convirtió en una prioridad para los soviéticos.

INTEGRACIÓN DE ALEMANIA ORIENTAL EN EL BLOQUE SOVIÉTICO

Las medidas unilaterales destinadas a transformar la zona soviética de Alemania empezaron desde el primer día de la ocupación rusa. A partir de 1945, los soviéticos y los comunistas alemanes llevaron a cabo una reforma radical de las tierras, una parcelación de las grandes fincas, y el reparto de la riqueza entre los pequeños y medianos agricultores. Semenov recordaba que Stalin dedicó mucha atención a la planificación y ejecución de las reformas agrarias. Los bolcheviques creían que habían conservado el poder y habían vencido en la guerra civil porque habían ratificado la confiscación de las posesiones y los bienes de los terratenientes por parte de los campesinos. Lo mismo habría sucedido con los comunistas alemanes. A los *Bauem*, los agricultores alemanes, no les importaba quedarse con las tierras de los *Junker*, los terratenientes, mientras la cosa se hiciera legalmente. Las reformas agrarias en Alemania del Este y en otros países de Europa Central fueron un éxito político definitivo para los soviéticos y los funcionarios comunistas que ellos mismos nombraron.[35]

En su reunión con Ulbricht y Pieck de febrero de 1946, Stalin aprobó el concepto de «vía alemana hacia el socialismo». Esperaba que el establecimiento del SED «creara un gran precedente para las zonas de la Alemania Occidental».[36] Pero el «Partido Socialista de Unidad» siguió vinculado, a ojos de muchos alemanes, especialmente las mujeres, al desmantelamiento llevado a cabo por los soviéticos, a la violencia y las violaciones que habían tenido lugar en la zona. El partido sufrió una humillante derrota en las primeras elecciones municipales de posguerra celebradas en la zona, particularmente en el Gran Berlín, en octubre de 1946, cuando el 49 por 100 de los electores votó por los partidos de centro y de derechas. A partir de ese momento, los soviéticos simplemente no dejaron las cosas al azar, y los especialistas de la AMSA ayudarían al SED a falsificar los resultados de las futuras elecciones. El nuevo partido se convirtió en el vehículo esencial para el establecimiento de un régimen político basado en el sistema soviético en la zona oriental. Cuando Stalin se reunió con la delegación del SED a finales de enero de 1947, ordenó a los comunistas de la Alemania del Este que crearan una policía secreta y una fuerza paramilitar en la zona «sin hacer demasiado ruido». En junio de 1946, los soviéticos crearon un organismo de coordinación de los cuerpos de seguridad llamado Dirección Alemana del Interior.[37]

Otra carta que Stalin pretendía jugar en Alemania era la del nacionalismo. Varias décadas de experiencia le habían enseñado que el nacionalismo podía ser una fuerza más poderosa que el romanticismo revolucionario y que el internacionalismo comunista. Molotov recordaba: «Se dio cuenta de cómo Hitler había logrado organizar al pueblo alemán. Hitler dirigía a su pueblo, y pudimos darnos cuenta de ello por la forma en que los alemanes combatieron durante la guerra».[38] En enero de 1947, Stalin preguntó a los delegados del SED: «¿Hay muchos elementos nazis en Alemania? ¿Qué tipo de fuerza representan? En particular en las zonas del Oeste». Los líderes del SED reconocieron su ignorancia al respecto. Entonces Stalin les aconsejó que cambiaran la política de eliminación de los colaboradores nazis «por otra distinta, destinada a atraerlos, con el fin de evitar que todos los antiguos nazis se vieran empujados al campo enemigo». Debía permitirse que los antiguos activistas nazis, añadió, organizaran su propio partido, que debía «operar en el mismo bloque que el SED». Wilhelm Pieck manifestó sus dudas respecto a que la AMSA permitiera la formación de semejante partido. Stalin se echó a reír y dijo que él se encargaría de facilitarlo tanto como pudiera.[39]

Semenov redactó las actas de la reunión y recordaba que Stalin dijo: «En total había diez millones de miembros del partido nazi, y todos tenían familia, amigos y conocidos. Es



un número muy grande. ¿Durante cuánto tiempo vamos a ignorar sus intereses?». El líder del Kremlin sugirió el nombre que había de darse a la nueva organización: Partido Nacional Democrático de Alemania. Preguntó a Semenov si la AMSA podría localizar en alguna cárcel a cualquier exlíder regional nazi y ponerlo al frente de su partido. Cuando Semenov respondió que probablemente hubieran sido ejecutados todos, Stalin expresó su disgusto. Sugirió entonces que se permitiera a los antiguos nazis disponer de su propio periódico, «quizá incluso con el título de *Völkischer Beobachter*», el famoso diario oficial del Tercer Reich.[40]

Esta nueva táctica del arsenal de Stalin estaba evidentemente en conflicto con la manipulación que anteriormente había hecho de la «amenaza alemana» en los países eslavos de Europa Central, pero también con las creencias fundamentales de las élites comunistas y con los sentimientos antigermanos de los rusos. La propuesta de colaborar con los antiguos nazis desanimó a los comunistas alemanes y a los funcionarios de la AMSA, que esperaron un año para ponerla en práctica. Hasta mayo de 1948, tras la debida campaña de preparación propagandística, la AMSA no disolvió las comisiones de desnazificación. En el mes de junio, se inauguró en Berlín el primer congreso del Partido Nacional Democrático de Alemania (NDPD), acto al que asistió en secreto Semenov, ocultando su rostro tras un periódico. Aquel fue, según recuerda Semenov, «sólo el primer eslabón de la cadena de importantes actos» que condujeron a la creación del nuevo equilibrio prosoviético y antioccidental de la política alemana. La rehabilitación completa de los antiguos nazis y de los oficiales de la Wehrmacht coincidió con la formación de la RDA en 1949.[41]

Stalin debía de esperar que la idea de una Alemania centralizada, reunificada y neutral resultara tan irresistible para los nacionalistas alemanes que fuera superior a su animadversión hacia los soviéticos y los comunistas. Y desde luego intentó dirigir el nacionalismo alemán contra Occidente, al tiempo que Byrnes y los norteamericanos empezaban a explotar los sentimientos nacionales de los alemanes contra la URSS. Siguiendo órdenes de Stalin, la diplomacia y la propaganda soviética insistieron incansablemente en la idea de un estado alemán centralizado, contrastando la actitud de los rusos con las propuestas occidentales de federación y descentralización. Las potencias occidentales «en realidad desean que haya cuatro Alemanias, pero lo disimulan por todos los medios», dijo Stalin en enero de 1947, y reafirmó la línea adoptada por la URSS: «Debe crearse un gobierno central, y podrá firmar el tratado de paz». Como señala un especialista ruso, Stalin era reacio «a respaldar la responsabilidad de la división de Alemania. Deseaba que ese papel lo desempeñaran las potencias occidentales». Por consiguiente, de manera deliberada «se mantuvo un paso por detrás de las acciones de las potencias occidentales».[42] En efecto, todos los pasos que dieron los soviéticos hacia la creación de unidades de policía militar y de policía secreta dentro de su zona los dieron después de que las potencias occidentales tomaran sus propias medidas tendentes a la segregación de Alemania Occidental: el establecimiento de la Bizona, la creación del Plan Marshall y la formación de Alemania Occidental.

Hasta 1947, Stalin desempeñó un papel trascendental en el frenazo dado a los comunistas germanoorientales y a ciertos entusiastas de la AMSA que deseaban una rápida «construcción del socialismo» en la zona. Quizá esperara que se produjeran cambios drásticos en el entorno económico y político de Europa en concomitancia con la crisis económica, las elecciones norteamericanas, u otros hechos. Mientras tanto, la cuestión alemana empezó a convertirse en un elemento acelerador de la confrontación de las grandes potencias. La administración Truman continuó abandonando la política de retirada de Alemania y deslizándose hacia otra basada en la reconstrucción económica a largo plazo de las zonas occidentales. Tras el fracaso de la segunda conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de Moscú (marzo-abril de 1947), destinada a alcanzar un

acuerdo sobre Alemania, el secretario de Estado norteamericano, George Marshall, llegó a la conclusión de que «el paciente estaba muriéndose mientras los médicos deliberaban», y la administración Truman lanzó el Plan Marshall para poner en marcha la recuperación económica europea.[43]

Al principio, el Kremlin no tenía ninguna pista sobre qué era lo que motivaba la iniciativa norteamericana. Quizá, sugirieron los economistas soviéticos, Estados Unidos preveía una gran crisis económica y deseaba dar paso a un nuevo Programa de Préstamo y Arriendo (Lend-Lease) con el fin de crear nuevos mercados para sus productos. Entre los gestores de la economía soviética renacieron las esperanzas de que esta vez la URSS obtuviera de los norteamericanos los préstamos que no se habían materializado en 1945-1946. Al principio, los soviéticos no relacionaron el Plan Marshall con la cuestión alemana: Molotov sólo recibió la orden de bloquear los intentos de reducir las indemnizaciones de guerra alemanas a cambio de préstamos de los norteamericanos. Tras consultar con los líderes comunistas yugoslavos, Stalin y Molotov decidieron que las delegaciones de otros países centroeuropeos fueran a París, donde iba a tener lugar una conferencia sobre ayuda económica a Europa. Los gobiernos de Checoslovaquia, Polonia y Rumanía anunciaron que participarían en la conferencia justo cuando Stalin cambió de opinión.[44]

El 29 de junio de 1948, Molotov envió a Stalin desde París, donde había podido consultar a los líderes británicos y franceses, el siguiente comunicado: los norteamericanos «están deseando utilizar esta oportunidad para irrumpir en las economías internas de los países europeos y especialmente para reorientar el flujo del comercio europeo según sus propios intereses». A primeros de julio, los nuevos informes de inteligencia llegados de París y Londres, especialmente sobre las conversaciones secretas angloamericanas a espaldas de los soviéticos, revelaron al Kremlin que la administración Truman tenía in mente un vasto plan de integración económica y política de Europa: el Plan Marshall tenía por objeto frenar la influencia soviética y reavivar la economía europea, y en especial la alemana, según los criterios de los norteamericanos. El 7 de julio de 1947, Molotov envió una nueva directiva a los gobiernos de la Europa Central: «aconsejándoles» cancelar su participación en la Conferencia de París, porque «bajo el disfraz del plan de recuperación europea», los organizadores del Plan Marshall «en realidad quieren crear un bloque occidental que incluya a la Alemania del Oeste».[45] Cuando el gobierno checoslovaco se negó a obedecer, citando su dependencia económica de los mercados y los préstamos occidentales, Stalin convocó a sus representantes a Moscú y les planteó un ultimátum: su sola asistencia a la Conferencia de París sería considerada un acto de hostilidad por los soviéticos. La delegación checoslovaca se sintió amedrentada y no tuvo más remedio que obedecer. En compensación, Stalin prometió que ordenaría a los ministerios de Industria soviéticos comprar productos checoslovacos y aseguró que les prestaría una ayuda inmediata consistente en 200 000 toneladas de trigo, cebada y avena.[46]

El cambio de actitud soviético respecto al Plan Marshall puso de manifiesto un patrón en las reacciones de Stalin ante la intervención cada vez mayor de los norteamericanos en Europa: el paso de la sospecha y la contemporización al contraataque feroz. La lectura que hacía Stalin del Plan Marshall no dejaba espacio para la neutralidad alemana. Un informe del embajador soviético en Washington, que reflejaba el nuevo modo de pensar del Kremlin, presentaba los planes de Estados Unidos como la construcción de un bloque destinado a rodear a la URSS, «y que cruzaba Occidente pasando por Alemania del Oeste y más allá».[47] Las instrucciones de Stalin a los comunistas extranjeros los obligaron a cambiar las actividades parlamentarias por la violencia política y los preparativos para la guerra. Durante el otoño de 1947, el Kremlin intentó desestabilizar Europa Occidental por medio de las huelgas y las manifestaciones organizadas por los partidos comunistas y los sindicatos de Francia e Italia. El rapapolvo dado a los checos ponía de manifiesto que



Stalin se había percatado al fin de que debía descartar su plan para Alemania y Europa Central consistente en esperar y ver. Los partidos comunistas de Europa Central recibieron la orden de marchar al son que tocara el Kremlin y de adherirse a la Oficina de Información de los Partidos Comunistas (Cominform), cuyo cuartel general se encontraba en Belgrado, Yugoslavia. No obstante, las órdenes de Stalin a los comunistas centroeuropeos tendrían que combinar la intrepidez con la prudencia. El dictador esperaba presentar la aceleración de la «sovietización» como un proceso paulatino y natural manteniendo oculta la mano de Moscú en la medida de lo posible.[48]

Stalin había venido considerando la idea de reforzar su control sobre los partidos comunistas europeos desde 1946, pero el establecimiento de la Cominform se vio acelerado por el Plan Marshall. Esta institución reflejaba la convicción que tenía Stalin de que, en adelante, los soviéticos no podrían manejar Europa Central si no era con una disciplina férrea tanto ideológica como de partido. Los partidos comunistas debían renunciar a las «vías nacionales al socialismo»; en efecto, no tardaron en estalinizarse y verse rígidamente subordinados a la política del Kremlin. La imposición de controles estalinistas dio lugar a la purga de la Yugoslavia de Tito. Esta medida llevaría la profunda impronta de la personalidad de Stalin. El estallido de odio del dictador soviético hacia Tito y los dirigentes comunistas yugoslavos fue una sorpresa, incluso para sus subordinados. No obstante, era un rasgo típico de la conducta de Stalin mostrado ya en el terreno de la política soviética durante el período de consolidación de su poder, cuando dio muestras sucesivamente de afecto y odio hacia sus amigos y partidarios políticos. El trato dispensado por Stalin a los líderes comunistas de Europa Central no fue marcadamente distinto de la forma que tuvo de tratar a sus lugartenientes más estrechos, Molotov y Zhdanov: una mezcla de encanto falaz, sadismo gratuito, recelo y desprecio. En el caso de los yugoslavos, a Stalin le salió el tiro por la culata y su actitud provocó la rebelión del socio más valioso de la URSS en Europa Central.[49]

De ese modo la consolidación de una Europa Central al estilo de Stalin produjo un enemigo interno, además de otro externo. La feroz campaña contra el «titismo» desempeñó en 1948-1949 la misma función que tuviera la falsa campaña contra el «trotskismo» en 1935-1938. Contribuyó a consolidar el control absoluto de Stalin y a impedir cualquier posibilidad, por remota que fuere, de oposición y resistencia a su voluntad. Al mismo tiempo, Stalin se obsesionó con la idea de asesinar a Tito, del mismo modo que se había obsesionado unos años antes con el asesinato de Trotski.[50]

La rápida consolidación del bloque soviético en Europa Central provocó grandes cambios en la política soviética sobre Alemania, que dio un giro decisivo hacia la creación de una Alemania del Este sovietizada a expensas de la campaña en pro de la unidad alemana. Stalin no permitió que el SED se convirtiera en miembro de la Cominform. Sin embargo, los dirigentes del SED, incluidos los antiguos socialdemócratas, expresaron su inequívoca lealtad a la Unión Soviética y se pronunciaron en contra del Plan Marshall. En otoño de 1947, Stalin indujo a los dirigentes comunistas de Alemania Oriental a organizar formaciones militares bajo los auspicios de la Dirección Alemana de Interior, el aparato policial de la zona soviética. En noviembre de 1947, se creó dentro de la Dirección de Interior un Departamento de Inteligencia e Información, con la misión de detectar y erradicar por medios ilegales cualquier oposición al régimen germanooriental. En julio de 1948, cuando se intensificó la crisis de Berlín, el líder soviético ratificó un plan destinado a equipar y entrenar a diez mil soldados de Alemania del Este, para hacer de ellos una «policía de emergencia» acuartelada.[51] Todas estas medidas fueron formuladas y puestas en práctica con el mayor secreto. Stalin era plenamente consciente de que constituían una flagrante violación de las decisiones tomadas en Yalta y Potsdam, y que su política estaba en abierta contradicción con la propaganda y la diplomacia soviética, que fomentaban la opción de una Alemania reunificada, neutral y desmilitarizada.

En septiembre de 1948, el SED proclamó que el concepto de vía al socialismo especial para Alemania, concepto al que había permanecido fiel desde su creación en 1946, era una idea «corrupta y peligrosa», una senda que conducía a «desviaciones» nacionalistas. En el ambiente de histeria antiyugoslava, los comunistas germanoorientales prefirieron ponerse en el lado seguro, intentando engrosar las filas de los estalinistas leales sin haber ni siquiera recibido del Kremlin una invitación para hacerlo.[52]

Desde diciembre de 1947 a febrero de 1948, los dirigentes occidentales, tras reunirse por separado en Londres sin la Unión Soviética, empezaron a organizar un estado federal germanooccidental. Dicho estado recibiría la ayuda de Norteamérica a través del Plan Marshall, y se revisarían los planes de producción del Ruhr para asegurar un rápido resurgimiento económico de las zonas occidentales. Puede que Stalin siguiera esperando que se produjera una crisis económica capitalista que arruinara los planes de Occidente, pero ya no podría posponer su reacción ante la aparición de una Alemania del Oeste. Su respuesta consistiría en intentar alcanzar en Berlín la máxima superioridad de los soviéticos sobre Occidente. En marzo de 1948, en respuesta a las quejas de los dirigentes del SED por la presencia occidental en Berlín, Stalin comentó: «Quizá logremos echarlos a patadas».[53] Decidió bloquear Berlín Occidental en un intento de expulsar de la ciudad a los aliados o, mejor aún, obligarlos a renegociar los acuerdos de Londres.

Además de los acuerdos de Londres, la introducción de la nueva moneda en Alemania y Berlín Occidental se convirtió en una espoleta para la actuación de la URSS. La introducción de una nueva moneda incrementaría notablemente los costes de la ocupación soviética de Alemania (que ascendían a quince mil millones de rublos en 1947). Hasta entonces, la AMSA había podido imprimir los viejos marcos de ocupación que seguían circulando en las zonas del oeste. La separación monetaria de la zona soviética de Alemania Occidental amenazaba con poner fin a aquella bonanza económica.[54]

Al convertir a Berlín Occidental en rehén de los planes separatistas de Occidente, Stalin creyó tener unas posibilidades razonables de matar dos pájaros de un tiro. Si las potencias occidentales optaban por negociar, verían complicados sus planes de crear un estado alemán en el oeste. Esas conversaciones darían asimismo a la AMSA más tiempo para llevar a cabo sus propios preparativos en la zona. Si las autoridades occidentales se negaban a negociar, corrían el riesgo de perder su base en Berlín. El líder soviético se sentía seguro de su capacidad de ajustar el uso de la fuerza en torno a Berlín Occidental para no tener que provocar una guerra y hacer que las potencias occidentales parecieran las responsables de la crisis. Curiosamente, ordenó una demora en la emisión de nuevos billetes para la zona soviética hasta que las potencias occidentales introdujeran su marco alemán en Berlín.[55]

El bloqueo de Berlín fue un ejemplo más de la táctica de tanteo de Stalin, en la que la cautela iba de la mano de una brutal determinación de ir hasta el fondo siempre y cuando el equilibrio de fuerzas fuera el que le conviniera. Otros acontecimientos ocurridos en Europa nos ofrecen un contexto revelador de aquel acto de los soviéticos contra Berlín Occidental. Al Kremlin le salió bien la táctica en febrero de 1948, cuando los comunistas se hicieron con el poder en Checoslovaquia y el gobierno liberal-democrático se rindió sin luchar. Al mismo tiempo, Stalin llegó a la conclusión de que Estados Unidos y Gran Bretaña nunca permitirían que las fuerzas comunistas se alzaran con la victoria en Grecia. En su reunión con los líderes yugoslavos y búlgaros del 10 de febrero, Stalin dijo que «si no se dan las condiciones necesarias para la victoria» en Grecia, «no hay por qué tener miedo de admitirlo». Sugirió que el «movimiento guerrillero», apoyado en 1947 por el Kremlin y por los yugoslavos, debía «acabarse». Fue el desacuerdo de Yugoslavia con los cálculos de Stalin lo que precipitó, junto con otros factores, la ruptura entre el dictador soviético y Tito.[56]



Mientras iba fermentando la crisis de Berlín, la inminente victoria del Partido Comunista Italiano (PCI) en abril de 1948 amenazaba el equilibrio de poder en Europa. El historiador Victor Zaslavski ha encontrado numerosas pruebas de que los militantes del PCI estaban dispuestos, si era necesario, a hacerse con el poder por medio de una insurrección militar. El líder del PCI, Palmiro Togliatti, educado en el «realismo» estalinista, tenía, sin embargo, serias dudas respecto al resultado de semejante aventura. El 23 de marzo, Togliatti utilizó ciertos canales secretos para enviar una carta a Stalin pidiéndole consejo. Advertía al líder del Kremlin que la confrontación militar del PCI con el bando político opuesto podía «desembocar en una gran guerra». Togliatti informaba a Stalin de que, en caso de guerra civil en Italia, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia apoyarían al bando anticomunista; entonces el PCI habría necesitado la ayuda del ejército yugoslavo y de las fuerzas de otros países del este de Europa para mantener su control del norte de Italia. La carta de Togliatti reclamaba una respuesta inmediata de Stalin. El dictador soviético ordenó al PCI no utilizar «de ninguna manera la insurrección armada» para hacerse con el poder en Italia.[57] Fiel a sus prudentes cálculos de equilibrio de fuerzas, decidió que Italia, situada dentro de la esfera de influencia angloamericana, quedaba demasiado lejos. Berlín Occidental, en cambio, estaba dentro de la zona de ocupación soviética, y la cuestión alemana era lo bastante trascendental para justificar un riesgo calculado.

En mayo de 1948, como ha descubierto el historiador Vladimir Pechatnov, Stalin planeó una «ofensiva de paz» indirecta contra la administración Truman. Su objetivo era minar la política estadounidense en Europa, presentándola como la única causa de la incipiente división de Europa y de Alemania. Utilizó canales secretos para comunicarse con Henry Wallace (que se presentaba a las elecciones presidenciales contra Truman) para hacerle saber, y a través de él a toda la opinión pública norteamericana, que los soviéticos «no estamos haciendo ninguna Guerra Fría. El que está haciéndola es Estados Unidos». Stalin quería dar la impresión de que las contradicciones ruso-norteamericanas podían superarse por medio de la negociación. El líder soviético siguió aludiendo a esta perspectiva ilusoria en una «carta abierta» dirigida a Wallace, en la que respaldaba por completo sus propuestas de paz.[58]

Inesperadamente, el bloqueo soviético de Berlín Occidental resultó un fiasco propagandístico y todo un fracaso estratégico. El invierno benigno, el genio de los angloamericanos a la hora de organizar un puente aéreo, y el estoicismo de la población de la ciudad derrotaron las pretensiones de los rusos. Occidente dio a Stalin una costosa lección estableciendo duras sanciones económicas contra la zona soviética y haciendo pagar a los rusos los daños sufridos. Por último, la reforma monetaria de los occidentales en Alemania y Berlín Oeste resultó un gran éxito, gracias en buena parte al boicot soviético.[59] Los efectos psicológicos y políticos del bloqueo de Berlín resultaron fatales para la influencia rusa sobre Berlín y la Alemania Occidental. El bloqueo contribuyó a forjar una nueva amistad y una alianza anticomunista entre los alemanes occidentales y los aliados, particularmente los norteamericanos. La presencia norteamericana y británica en Alemania y Berlín Oeste consiguió una legitimidad popular de la que había carecido hasta ese momento. La crisis de Berlín facilitó la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) por Estados Unidos, Canadá y diez naciones de Europa Occidental, proclamada el 9 de abril de 1949. La OTAN legitimó formalmente y con carácter permanente la presencia militar estadounidense en Europa y en Alemania Occidental. El 11 de mayo de 1949, después de unas breves conversaciones, la Unión Soviética levantó el bloqueo y firmó un acuerdo con las tres potencias occidentales. Este acuerdo reconocía *de facto* unos derechos políticos permanentes a los occidentales en Berlín y, en un protocolo aparte, se accedía a la división de la ciudad en dos sectores, el oriental y el occidental. El 23 de mayo de 1949, unos días después de que se levantara el bloqueo, las zonas occidentales se convirtieron en la República Federal Alemana (RFA).

Algunas de las ideas fundamentales de Stalin sobre Alemania, basadas en la experiencia del período de entreguerras, resultaron equivocadas. En primer lugar, la táctica de la alianza con los nacionalistas pangermánicos no produjo los beneficios esperados. Stalin no supo darse cuenta de que la caída del régimen nazi en la primavera de 1945 hizo que casi toda Alemania quedara harta de cualquier forma de nacionalismo. Como demostró el desarrollo político de Alemania Occidental a partir de 1948, los factores más poderosos no fueron el nacionalismo, sino el deseo de normalización económica, el regionalismo tradicional, y la alienación de los territorios de Alemania del Este, factores todos que se remontaban a la reacción contra la dominación de Prusia durante el Primer Reich. Dicha situación quedaría plasmada en el apoyo que recibió Konrad Adenauer entre la clase media y alta de Renania, un apoyo que le permitió convertirse en el primer canciller de la República Federal de Alemania.[60]

En vez de tensiones nacionalistas en Alemania Occidental, lo que se produjo fue una inesperada simbiosis entre las tropas norteamericanas destacadas en su territorio y la población civil alemana, especialmente las mujeres. Muchas alemanas veían con buenos ojos a los soldados norteamericanos, que se convirtieron en proveedores de los alimentos y otros productos de primera necesidad que tanto escaseaban. Mientras que, según la opinión pública, los soviéticos se dedicaban a «llevárselo todo», a saquear y desmantelar el país, los norteamericanos lo «daban todo». Durante el bloqueo de Berlín, la opinión alemana cambió de manera más drástica aún a favor de Estados Unidos y en contra de los soviéticos.[61]

En segundo lugar, los años cuarenta no terminaron con una crisis del mundo capitalista. Stalin se había fiado demasiado de esta idea. Había imaginado grandes rivalidades entre los países de Europa Occidental y Estados Unidos, reflejo de la teoría leninista de las contradicciones intrínsecas de la economía de mercado.[62] En realidad, la recesión económica de posguerra que dio comienzo en 1948 no fue ni mucho menos tan grave como se esperaba. Los sueños soviéticos de una nueva Gran Depresión que intensificara el aislacionismo de Estados Unidos y que lo llevara a adoptar una postura más conciliatoria hacia los deseos de Moscú no se hicieron realidad.

Una vez más, Stalin se negó a admitir su error de cálculo. En marzo de 1948, dijo a los dirigentes del SED que la unificación de Alemania iba a ser un «proceso largo» y que llevaría «varios años». Ese retraso, añadió, redundaría en beneficio del SED, pues los comunistas podrían intensificar su labor propagandística y «preparar a las masas para la reunificación de Alemania». Una vez «esté preparada» la mentalidad de la gente, los norteamericanos «tendrán que capitular».[63] En diciembre de 1948, en otra reunión con los comunistas germanoorientales, Stalin mostró un falso optimismo. Los dirigentes del SED reconocieron que tanto ellos como sus aliados habían arruinado su reputación política en Alemania Occidental; todo el mundo los consideraba «agentes soviéticos». El dueño y señor del Kremlin respondió reprochando cínicamente a Ulbricht y a sus camaradas haber renunciado a una vía al socialismo especial para Alemania: ¿Por qué intentaron luchar «desnudos», como los antiguos germanos que habían combatido a las legiones romanas? «Hay que utilizar un disfraz», dijo. Stalin sugirió que «algunos buenos comunistas» de Alemania Occidental abandonaran el partido y se infiltraran en el SPD, con el fin de subvertir a los socialdemócratas desde dentro, como habían hecho los comunistas polacos y húngaros con los partidos de la oposición en sus respectivos países.[64]

Los líderes del SED aprovecharon el patinazo de los soviéticos y la proclamación del estado germanooccidental para pedir más autonomía respecto a las autoridades rusas de ocupación. Presionado por los acontecimientos, Stalin permitió al SED prepararse para el establecimiento formal de un nuevo estado, la República Democrática Alemana. La RDA nació oficialmente el 7 de octubre de 1949. Ese mismo año Stalin creó el Consejo de



Ayuda Económica Mutua (el COMECON o CMEA), respuesta soviética al Plan Marshall y al bloque económico de los países occidentales. Su tarea primordial era desarrollar los «tipos básicos de producción que nos permitan [al bloque soviético] acabar con la importación de equipos esenciales y materias primas de los países capitalistas». La RDA no tardaría en recibir autorización para ingresar en dicho Consejo.[65]

Algunos testimonios indican que el dictador del Kremlin se sintió humillado por tener que dar marcha atrás en Alemania. Cuando el bloqueo de Berlín se acercaba ya a su ignominioso final, Stalin reanudó sus ataques contra Molotov y mandó detener a su mujer. La semicaída del ministro de Asuntos Exteriores, como dicen los historiadores Gorlizki y Jlevniuk, «fue en parte el precio que tuvo que pagar Molotov por el fracaso de la política soviética en Alemania». En marzo de 1949, Molotov perdió la cartera ministerial de la que había sido titular durante tanto tiempo. Un año después, Stalin todavía echaba sapos y culebras al hablar del «comportamiento deshonesto, pérfido y arrogante de Estados Unidos en Europa, los Balcanes, Oriente Medio, y especialmente por su decisión de crear la OTAN». Su manera de vengarse de la arrogancia de los norteamericanos fue apoyar los planes de Kim Il Sung de anexionarse Corea del Sur.[66]

LA GUERRA DE COREA Y ALEMANIA ORIENTAL

El estallido de la guerra de Corea en junio de 1950 militarizó radicalmente la Guerra Fría y redujo prácticamente a cero el espacio para las conversaciones de paz y los acuerdos en Europa. Según Molotov, la guerra «nos la impusieron los propios coreanos. Stalin dijo que era imposible evitar la cuestión nacional de una Corea unida».[67] No obstante, la decisión de meterse en la guerra fue de Stalin; una vez tomada dicha decisión, se acabó con cualquier posibilidad de reunificación pacifica de Alemania.

La nueva alianza entre Stalin y Mao Zedong allanó el camino para la guerra de Corea y fue un factor trascendental en el cambio de estrategia de Stalin, que pasó de centrar su interés en Europa y Alemania a hacerlo en el Extremo Oriente. Hasta 1949, el Kremlin prestó una ayuda mínima a los comunistas y revolucionarios asiáticos, incluido Mao Zedong en China y Ho Chi Min en Vietnam.[68] La victoria de los comunistas chinos obligó a Stalin a reconsiderar sus prioridades. El triunfo del partido comunista en el país más populoso del mundo contrastaba con la situación de punto muerto existente en Alemania y con los fracasos de los comunistas en Francia y en Italia. En julio de 1949, en la entrevista con la delegación del PCCh en el Kremlin, Stalin reconoció sus pasados errores al dudar de la victoria de los comunistas en China. No obstante, en diciembre de 1949 el dictador soviético se mostró reacio a hacer lo mismo cuando Mao Zedong acudió a Moscú para participar en la celebración de su cumpleaños. Stalin sólo accedió a dar su beneplácito a la nueva afianza entre China y la URSS y a una nueva serie de pactos entre los dos países cuando Mao se negó a abandonar Rusia sin haber alcanzado un acuerdo definitivo chino-soviético. Mikoyan y Molotov contribuyeron a que el dictador cambiara de opinión. Durante las conversaciones entre Stalin y Mao que se desarrollaron después, el dictador del Kremlin prometió olvidarse de todo lo relacionado con el «sistema de Yalta», los acuerdos de *Realpolitik* entre las grandes potencias que habían dado a la URSS legitimidad internacional y ventajas diplomáticas en Europa y Asia. «¡Al diablo con Yalta!», dijo el caudillo del Kremlin a Mao, accediendo a que los chinos llevaran la iniciativa en el desarrollo del proceso revolucionario en Asia.[69] Sin embargo, las negociaciones se caracterizaron hasta el final por un durísimo tira y afloja y por una aspereza mutua. Inesperadamente, los chinos pidieron que todas las posesiones soviéticas en Manchuria, incluido el ferrocarril y la base de Port Arthur, fueran devueltas a China. Semejante pretensión encolerizó a Stalin, que finalmente decidió que la alianza con China era más importante que los intereses soviéticos en Manchuria. El nuevo Tratado Chino-Soviético, firmado en febrero de 1950, supuso durante muchos años el mayor éxito de la política exterior rusa. Al mismo tiempo, sentó las bases de una futura rivalidad entre China y la URSS, pues Mao se sintió humillado por la actitud condescendiente de Stalin y su negativa a tratar a China de igual a igual.[70]

Por primera vez desde los años veinte, Stalin tuvo que tratar a unos comunistas extranjeros no simplemente como instrumentos para conseguir los objetivos soviéticos en materia de política exterior, sino como fuerzas independientes o incluso como socios. Esta circunstancia condujo a una notable reaparición, aunque no del todo sincera, del elemento revolucionario «romántico» en el discurso y en la política internacional estalinista. En Indochina, chinos y soviéticos acordaron suministrar ayuda al ejército del Viet Min. En Corea, Stalin abandonó su anterior contención frente a los comunistas coreanos, que suplicaron la ayuda de la URSS para liberar la península de Corea del régimen proamericano de Syngman Rhee. En enero de 1950, Stalin autorizó al líder norcoreano, Kim Il Sung, a que se preparara para una guerra de reunificación nacional y le prometió asistencia militar plena. El historiador Evgeni Bajanov ha resumido atinadamente los



nuevos testimonios existentes sobre esta decisión. Stalin cambió de opinión respecto a la guerra de Corea debido (1) a la victoria de los comunistas en China; (2) a la obtención de la bomba atómica por la URSS (las primeras pruebas se llevaron a cabo en agosto de 1949); (3) al establecimiento de la OTAN y al empeoramiento general de las relaciones de la URSS con Occidente; y (4) debido a la sensación de debilitamiento de la posición de Washington y de su voluntad de intervenir militarmente en Asia. Al mismo tiempo, cuando Kim Il Sung y otro líder norcoreano, Pak Hong-young, visitaron Moscú entre el 30 de marzo y el 25 de abril de 1950 con el fin de preparar la guerra, Stam les dijo que la URSS no intervendría directamente, sobre todo si los norteamericanos enviaban tropas en ayuda de Corea del Sur.[71]

El estallido de la guerra de Corea provocó una nueva alarma de guerra en Europa Occidental; muchos esperaban que los tanques soviéticos entraran en cualquier momento en Alemania del Oeste. Los responsables de la política norteamericana, sin embargo, daban por supuesto que la guerra en Europa era muy improbable. Llegaron a la conclusión de que la URSS seguiría tanteando las posibles debilidades de los occidentales en el Viejo Continente y también en Asia. Para desanimar ese tipo de tanteos, los norteamericanos cuadruplicaron su presupuesto militar, incrementaron a toda prisa sus reservas de bombas atómicas, y presionaron a Francia, que se mostraba reacia, y a otros miembros de la OTAN a ratificar la creación de unas fuerzas armadas germanooccidentales.[72] Los observadores y los servicios de inteligencia soviéticos no tuvieron ningún problema en seguir la pista a los constantes cambios sufridos por el paisaje geopolítico de Europa Occidental: concretamente, la integración de las industrias francesas y alemanas del carbón y el acero, los preparativos para el reconocimiento de la soberanía de la República Federal de Alemania, y los planes para la creación de un «ejército europeo» con divisiones germanooccidentales como elemento fundamental.[73] Las valoraciones que hicieron los norteamericanos de las intenciones de los soviéticos fueron en general correctas. Los tanteos cautelosos seguían siendo la política típica de Stalin, a pesar de su emulación retórica del romanticismo revolucionario de Mao.

La intervención de Estados Unidos impidió que se hicieran realidad los planes de los norcoreanos de una rápida victoria «revolucionaria». No obstante, como demuestran los documentos de los archivos soviéticos, Stalin había aprendido del pasado y estaba preparado para dar una desagradable sorpresa. El 27 de agosto de 1950, en un telegrama al presidente de la Checoslovaquia comunista, Klement Gottwald, el líder soviético explicaba su visión de la guerra de Asia. La Unión Soviética, afirmaba, se abstendría deliberadamente en la trascendental votación celebrada en las Naciones Unidas para declarar a Corea del Norte estado agresor. Se trataba de una acción calculada para que los norteamericanos se vieran «enredados en una intervención militar en Corea», en la cual «dilapidarían su prestigio militar y su autoridad moral». Si Corea del Norte empezaba a perder la guerra, China acudiría en su ayuda. Y «América, como cualquier otro estado, no puede enfrentarse a China, que tiene a su disposición unas fuerzas armadas de grandes proporciones». Una guerra larga y prolongada entre China y Estados Unidos sería una buena cosa, en opinión de Stalin. Daría a la Unión Soviética más tiempo para reforzarse y además, «distraería la atención de Estados Unidos de Europa hacia el Extremo Oriente». Y «la guerra del Tercer Mundo se pospondrá por un plazo indeterminado, cosa que dará el tiempo necesario para consolidar el socialismo en Europa».[74]

Durante los dos años siguientes, el dictador soviético llevó a la práctica su programa. Logró convencer a Mao y a los comunistas chinos de que combatieran contra Estados Unidos en Corea. Les dijo que los norteamericanos no se atreverían a enzarzarse en la guerra. Llegó a jactarse incluso de que la URSS no tenía miedo de enfrentarse a los norteamericanos, pues «juntos seremos más fuertes que Estados Unidos e Inglaterra,

mientras que los otros estados capitalistas de Europa (con la excepción de Alemania, que de momento es incapaz de ofrecer ningún tipo de ayuda a Estados Unidos) no suponen una amenaza militar seria».[75]

En realidad, el cauteloso intrigante estaba dispuesto a evitar cualquier choque prematuro con Estados Unidos en Asia y en Europa. Stalin había quedado fuertemente impresionado por la potencia aérea estadounidense, lo mismo que cientos de pilotos soviéticos que lucharon contra los norteamericanos en los cielos de Corea. La industria aeronáutica soviética y el desarrollo del radar y de las defensas aéreas recibieron un impulso enorme en 1951-1953, pero seguían estando muy por detrás de la aviación norteamericana.[76] El arsenal atómico soviético estaba formado sólo por unas cuantas bombas, y no había forma de transportarlas hasta Estados Unidos. Como el mariscal Sergei Ajromeyev dijo al diplomático Anatoli Dobrinin veintitrés años después, Stalin tenía que basarse todavía en una respuesta no nuclear de la URSS a cualquier ataque nuclear norteamericano. En la práctica, ello significaba que el ejército soviético tenía que mantener en Alemania Oriental unas fuerzas armadas capaces de asestar un golpe fulminante a los ejércitos de la OTAN y de ocupar toda Europa Occidental hasta el canal de la Mancha. Según Ajromeyev, Stalin creía que una amenaza armada habría permitido contrarrestar la amenaza nuclear norteamericana. Además, en enero de 1951 Stalin dio a todos los países satélites de Europa Central la orden de «crear unas fuerzas armadas modernas y fuertes» en el plazo de dos o tres años.[77] Esta fuerza auxiliar contribuiría a la credibilidad de la superioridad de los soviéticos por tierra.

Estos planes militares soviéticos convertían Alemania en el principal escenario de una posible guerra futura e incrementaban enormemente la importancia estratégica de la RDA. Junto con el colapso del orden internacional de Yalta y el radicalismo revolucionario de Stalin y Mao en el Extremo Oriente, esta novedad anunciaba la necesidad de cambio en la política soviética respecto a Alemania. Al principio, la RDA quedó fuera de esta campaña de choque de movilización y producción militar. Stalin seguía queriendo utilizar la posibilidad de una reunificación pacífica de Alemania para diversos objetivos políticos: para agravar la discordia en el seno de la OTAN, para retrasar y hacer fracasar el proceso de rearme de Alemania Occidental, y para encubrir los preparativos militares en el este. Los propagandistas soviéticos explotaron al máximo el hecho de que varios generales de la época nazi participaran en las labores de creación de un ejército germanooccidental. En septiembre de 1951, Stalin y el Politburó ordenaron a los dirigentes del SED que contestaran a las potencias occidentales presentando una propuesta de «elecciones pangermánicas destinadas a crear una Alemania unificada, democrática y pacífica».[78] Se trataba de un mero tanteo de carácter propagandístico. El Kremlin no tuvo nunca intención de celebrar tales elecciones, pues los comunistas las habrían perdido con toda seguridad.

Las autoridades germanoorientales llevaron a cabo esta campaña con su habitual torpeza. Como sostienen Norman Naimark y Hope Harrison, los líderes de la RDA no eran meros peones y transmisores de la voluntad de Moscú. Su objetivo tácito era crear la RDA como un país «socialista», esto es, llevar a cabo las mismas purgas y transformaciones que habían tenido lugar en otros países de Europa Central. El papel de gobierno provisional a la espera de las negociaciones con Occidente no tenía el menor atractivo para ellos. Y los planes de la Comunidad Europea de Defensa (CED), en la que participaban las fuerzas armadas germanooccidentales, dieron a Ulbricht y sus colegas nuevos argumentos para exigir la plena integración de la RDA en el bloque político-militar comunista. En particular, a comienzos de 1952 los dirigentes de la Alemania del Este intentaron aprovechar la inminente firma del acuerdo de las potencias occidentales que incrementaba la soberanía de Alemania Occidental (el «Tratado General») y el acuerdo de la CED como pretexto para que Moscú entrara en acción.[79]



Las autoridades soviéticas de ocupación establecidas en Alemania Oriental (en octubre de 1949 la AMSA fue rebautizada Comisión de Control Soviética [CCS]), el general Vasili Chuikov y Vladimir Semenov, consideraron que era importantísimo responder a las innovaciones introducidas por los occidentales dando legitimidad a la RDA y haciendo aparentar que sus dirigentes eran independientes de la URSS. El ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Vishinski, que había sustituido a Molotov, no quería, sin embargo, emprender ninguna acción demasiado drástica. Expresó incluso sus dudas respecto a la autenticidad de una copia del Tratado General obtenida por los alemanes del Este. Los memorándums del ministerio al Politburó seguían tratando a la RDA como una parte del «estado vencido» y se oponían a reconocerla como agente del acuerdo de paz alcanzado en Alemania, y no como objeto de él. Este último punto indica, curiosamente, que incluso durante la guerra de Corea había entre los dirigentes soviéticos quienes seguían pensando que el marco internacional de Yalta era el que daba validez a la presencia soviética en Alemania. Ni la comunidad diplomática ni los círculos militares de Moscú tenían demasiados deseos de reconocer la soberanía de la RDA.[80]

Stalin continuó negando, incluso tal vez a sí mismo, que la Unión Soviética había perdido la iniciativa estratégica en la cuestión alemana. Animado por los informes de la CCS, decidió escenificar un nuevo acto dramático en su campaña en pro de la reunificación de Alemania. El 10 de marzo de 1952 envió una nota a las tres potencias occidentales proponiéndoles nuevos términos para la firma de un tratado de paz. La futura Alemania sería creada a través de unas elecciones libres y sería un país neutral, pero tendría sus propias fuerzas armadas. Por desgracia, no existen fuentes que nos demuestren cuáles eran las ideas de Stalin en esos momentos. Su anterior política, sin embargo, nos induce a pensar que todo aquello no era más que un intentó de dar nueva vida a la ruidosa propaganda soviética de la unidad de Alemania, socavar la alianza de las potencias occidentales, y sembrar la discordia entre los alemanes del Oeste. El análisis detallado de los planes soviéticos para Austria, que durante largo tiempo había sido rehén de la cuestión alemana y de los planes militares soviéticos, demuestra también que por aquel entonces la diplomacia del Kremlin era simplemente un camuflaje de los preparativos de guerra. Pero la nueva estrategia no logró hacer fracasar el proyecto de creación de un ejército europeo. Los gobiernos occidentales y la República Federal de Alemania rechazaron rápidamente la nota calificándola de mera jugada propagandística.[81]

Pocos días después de ese rechazo, el 7 de abril de 1952, Stalin reveló sus verdaderos planes a los dirigentes comunistas de la Alemania del Este. La RDA, respondió, podía ya unirse a las otras «democracias populares» y empezar a hacer preparativos para la guerra. Ahora era preciso enseñar a la juventud germanooriental, sometida a la propaganda antibelicista, a disponerse a «defender» su país frente a Occidente. «En cuanto tengáis cualquier tipo de ejército», dijo a los alemanes del Este, las potencias occidentales «hablarán con vosotros de un modo distinto. Obtendréis reconocimiento y afecto, pues a todo el mundo le gusta la fuerza». Stalin propuso crear un gran ejército germanooriental: treinta divisiones de infantería e infantería de marina, una fuerza aérea y una flota submarina, con centenares de tanques y millares de piezas de artillería. Este ejército debía ser desplegado a lo largo de las fronteras con Occidente. Por detrás de esas fuerzas, Stalin planeaba desplegar el ejército soviético.[82]

Durante su segunda entrevista con los líderes de la RDA, Stalin hizo algo más que dar la vuelta a su anterior política. Reveló que nunca había dejado de pensar en el asunto desde el comienzo de la ocupación. «Los norteamericanos», dijo, «necesitan su ejército en Alemania del Oeste para que Europa Occidental siga en sus manos. Dicen que tienen allí a su ejército para defenderse de nosotros. Pero el verdadero objetivo de ese ejército es controlar Europa». Las palabras de Stalin sonaron lúgubres y resignadas. «Los

norteamericanos arrastrarán a Alemania Occidental al Pacto Atlántico. Crearán tropas germanooccidentales. Tienen a Adenauer en el bolsillo. Lo mismo que a todos los antiguos fascistas y generales». Por último el *vozhd* del Kremlin reconoció que se había llegado a un punto muerto en Alemania. Dijo a los comunistas germanoorientales lo que estaban deseando oír: «Debéis organizar vuestro propio estado. La línea de demarcación entre la Alemania Occidental y Oriental debe ser considerada una frontera, y no una frontera sin más, sino una frontera peligrosa». En otras palabras, Stalin empezó a ver la RDA no como una solución provisional, sino como un valor estratégico permanente. Sin embargo, Stalin no dio el último paso, cerrando la frontera de su sector de Berlín el sector occidental. Decepcionado por el fracaso de su bloqueo de Berlín, se limitó a «recomendar» que se restringiera el movimiento de las personas por esa frontera. Los agentes occidentales, dijo, «se mueven con demasiada libertad por la República Democrática Alemana. Pueden llegar al extremo de asesinar a Ulbricht y al jefe de la CCS, el general Vasili Chuikov».[83]

La avanzada edad de Stalin redujo su capacidad de trabajo, pero su agilísima mente seguía funcionando con una energía atroz. Durante años había venido planeando convertir Alemania Oriental en el frente de una futura guerra con Occidente. Al mismo tiempo, fiel a su visión del nacionalismo alemán, siguió insistiendo en apelar a los socialdemócratas y a los sectores nacionalistas de la población germanooccidental en su afán de impedir el apoyo a la presencia militar norteamericana en la República Federal. «La campaña de propaganda en pro de la unidad de Alemania debería continuar en todo momento. Ahora tenéis en vuestras manos esta arma y no deberíais soltarla nunca. Nosotros continuaremos presentando propuestas sobre diversos aspectos de la unidad de Alemania con el fin de poner en evidencia a los norteamericanos».[84]

Las decisiones de Stalin de abril de 1952, concluye el historiador Ruud van Dijk, «resolvían la contradicción básica de su política alemana» entre las realidades existentes en la zona y las políticas sobre Alemania que habían venido proclamándose.[85] Al mismo tiempo, crearon otro problema. Durante los meses siguientes, debido a su acuerdo con Stalin, Ulbricht pasó de un método moderado de sovietización de la RDA a una proclamación a gran escala de «la dictadura del proletariado» y puso en marcha un curso acelerado de construcción del socialismo. El 9 de julio de 1952, el Kremlin aprobó la decisión del Politburó que ratificaba formalmente el programa de «construcción del socialismo» en la RDA. Más tarde Molotov afirmaría que Ulbricht interpretó erróneamente esta decisión y que la tomó por una autorización para poner en marcha el curso *acelerado* de construcción del socialismo. Stalin, sin embargo, no puso nunca objeción alguna a las acciones de Ulbricht. En cualquier caso, el líder del SED pensó que actuaba con el consentimiento de Moscú y mostró un gran celo en sus acciones. La militarización total de la RDA supuso confiscaciones y detenciones de saboteadores, así como la denuncia de «defensores de la guerra» y de «enemigos internos» occidentales. El régimen aplastó el comercio y la producción del sector privado y se lanzó a una campaña de colectivización en las zonas rurales.

Incluso una economía más saneada, que no hubiera sido destruida por la guerra y el pillaje de los soviéticos, habría sido incapaz de cumplir con los astronómicos planes de producción dictados por Moscú. Los resultados de la nueva política Stalin-Ulbricht fueron desastrosos: una inflación por las nubes, crisis agrícola, y un desarrollo económico en gran medida distorsionado. Para empeorar todavía más las cosas, Stalin no hizo nada para reducir la carga que suponían las indemnizaciones de guerra y otros pagos.

En 1953, la RDA había pagado más de cuatro mil millones de dólares norteamericanos en concepto de indemnizaciones, pero todavía debía a la URSS y a Polonia 2700 millones de dólares, o el equivalente a unos gastos presupuestarios anuales de 211 millones de dólares. Además, la RDA seguía pagando alrededor de 229 millones de dólares al año para sufragar los gastos de la ocupación soviética de su territorio. Por último, Stalin, con la



misma economía despiadada mostrada en sus relaciones con los comunistas chinos y coreanos (que pagaban en dólares norteamericanos el material de guerra soviético que utilizaban para combatir contra los estadounidenses en Corea), vendió al estado comunista germanooriental sesenta y seis factorías y fábricas que previamente habían sido confiscadas por los soviéticos. Estos las tasaron en ciento ochenta millones de dólares, que deberían ser pagados en metálico o en cargamentos de distintos productos.[86]

En realidad, la población de la RDA vivía mucho mejor que los habitantes de la URSS. Dentro de la Unión Soviética, los costes de los preparativos de guerra hicieron que los niveles de vida se estancaran y se sumieran en unas cotas bajísimas.[87] Pero los ciudadanos germanoorientales no sabían lo «afortunados» que eran en comparación con sus camaradas soviéticos. Con quienes ellos comparaban su nivel de vida era con sus paisanos de Alemania Occidental. Antes del curso acelerado de militarización, los niveles de vida de Alemania Oriental habían sido similares a los de la Occidental. Tras el despegue del «milagro económico» en la República Federal en 1950 y 1951, las condiciones de vida de los germanooccidentales empezaron a mejorar, dejando muy atrás a los ciudadanos de la RDA. Estados Unidos prestó una generosa ayuda económica y financiera a Alemania Occidental a través del Plan Marshall y otros programas. Pero lo más importante es que el mercado norteamericano se abrió a los productos alemanes. La existencia de unas oportunidades económicas mejores en Occidente y el endurecimiento de la opresión y la rigidez en el sector oriental empezaron a inducir a muchos jóvenes, a muchos profesionales y a mucha gente culta a abandonar la RDA. Desde enero de 1951 a abril de 1953, casi medio millón de personas salió de la RDA para instalarse en Berlín Occidental y la República Federal. Entre ellos había trabajadores especializados, agricultores, reclutas, e incluso numerosos militantes del SED y del sindicato Juventudes Alemanas Libres. Entre los que se quedaron, el descontento crecía. Walter Ulbricht se hizo objeto del resentimiento, cuando no del odio del pueblo.[88]

La política de Stalin en Alemania en 1952 sólo tenía sentido en un único caso: el de la movilización para la guerra total. Los actos de Stalin al final de su vida, así como las actividades documentadas de su régimen, sugieren que el dictador creía en la inevitabilidad de la guerra. En la primavera de 1952, junto con la modificación de la política alemana, el dictador del Kremlin ordenó la creación de cien divisiones aéreas de diez mil bombarderos a reacción de medio alcance. Esta cantidad era casi el doble de la que los altos mandos de las fuerzas aéreas soviéticas consideraban apropiada para sus necesidades. Se llevaron a cabo preparativos militares a gran escala en las zonas situadas más al este y más al norte de Siberia, incluido el estudio de las posibilidades de una invasión a gran escala de Alaska. Cabe preguntarse qué habría sucedido si Stalin hubiera vivido más y hubiera intentado llevar a cabo esos planes fantásticos.[89]

A Stalin estaban escapándosele de las manos los asuntos de Alemania. Sencillamente se traía demasiadas cosas entre manos. Aparte de los preparativos militares, estaba ocupado en una nueva ronda de sangrientas intrigas políticas, entre otras una purga de los servicios secretos, con la investigación del «caso de los médicos del Kremlin», en la orquestación de una campaña pública contra los judíos, y en una trama que condujo a la purga de la burocracia de los cuerpos de seguridad del estado y quizá a la eliminación de Beria. Stalin dedicó además algún tiempo a sus escritos teóricos acerca de los «problemas económicos del socialismo» y a temas lingüísticos.[90] Mientras tanto, los dirigentes de la RDA seguían avanzando hacia una crisis política y económica.

ANGUSTIA POR LA RDA

La muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953 hizo que la crisis de la política alemana saliera a la superficie. Posibilitó también una revisión de muchas políticas equivocadas y fracasadas del dictador.[91] Los sucesores de Stalin en el Politburó (rebautizado Presidium en octubre de 1952), en particular Molotov, Malenkov y Beria, propusieron inmediatamente una nueva iniciativa de paz que redujera el peligro de guerra. Junto con los dirigentes chinos, abrieron unas conversaciones para un armisticio con Estados Unidos respecto a Corea. Revocaron además la política de presión sobre Turquía y permitieron abandonar la URSS a las rusas que habían contraído matrimonio con extranjeros. Hubo también otras cuestiones internacionales que la troika empezó a discutir, entre ellas la opción de la neutralidad de Austria, la mejora de las relaciones con Irán y el futuro de la RDA. En conjunto, estos cambios eran mucho más que meros actos de propaganda.[92]

La nueva «iniciativa de paz» soviética fue fruto de la inseguridad de los dirigentes del Kremlin. Jrushchov recordaría más tarde: «En los días que precedieron a la muerte de Stalin creíamos que América iba a invadir la Unión Soviética y que íbamos derechos a la guerra».[93] El gigantesco incremento militar de Estados Unidos, incluidas las primeras pruebas termonucleares de noviembre de 1952, hizo que la atención del Kremlin se centrara en la amenaza de choque inminente con los norteamericanos. Los sucesores de Stalin querían evitar ese choque y tener un respiro para levantar las defensas soviéticas.

Otro gran impulso del cambio de la política exterior del Kremlin vino de la RDA, en la que el establecimiento de las nuevas políticas había producido una crisis social y económica. En marzo de 1953, los dirigentes del SED pidieron permiso a los soviéticos para cerrar las fronteras de su sector con el oeste, a fin de detener la huida de sus ciudadanos hacia Occidente. Al mismo tiempo, apelaron a Moscú pidiéndole una cuantiosa ayuda económica.[94] Más tarde, en el pleno del partido de julio, Molotov resumiría las razones de la crisis de Alemania Oriental en los siguientes términos: «Tomaron el curso acelerado de industrialización y tenían un plan de construcción excesivamente ambicioso. Además, están pagando los costes de la ocupación de nuestro ejército, y tienen que pagar también las indemnizaciones de guerra».[95] Por si fuera poco, seguían llegando malos indicios de Alemania Occidental. El 18 de abril, el Comité de Información del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético informaba que el gobierno Adenauer había «incrementado significativamente la propaganda *revanchista* y amedrentaba a la población germanooccidental con la amenaza del este». Los expertos señalaban al Presidium que no existía ninguna política específica destinada a impedir la ratificación de los tratados de Bonn y París por el Bundestag y el Bundesrat, las dos cámaras del parlamento de Alemania Occidental.[96]

Los dirigentes del Kremlin esperaron casi tres meses a actuar en Alemania. Este retraso quizá se debiera a que los nuevos líderes tuvieron que enfrentarse a otros problemas urgentes. La guerra de Corea seguía causando la muerte de miles de norcoreanos y chinos y representaba un peligro continuo de que las hostilidades fueran a más. Nadie podía garantizar que el descontento generalizado de la población soviética no diera lugar a protestas y tumultos tras la muerte de Stalin. Según el nuevo jefe del gobierno soviético, Georgi Malenkov, la principal tarea de las autoridades del Kremlin era «evitar cualquier confusión entre la militancia de nuestro partido, entre la clase trabajadora y en todo el país».[97]

Molotov, de nuevo en posesión de la cartera de Exteriores, tomó la iniciativa y se puso a evaluar la cuestión alemana. Hizo regresar a Vladimir Semenov, que se trasladó desde la RDA hasta Moscú para intervenir en el análisis de la política alemana emprendido por el



Ministerio de Exteriores soviético. Semenov, Yakov Malik, Grigori Pushkin y Mijail Gribanov elaboraron un borrador tras otro con diversas propuestas. En un discurso de julio de 1953 Molotov decía que «los hechos, de los que hemos tenido conocimiento recientemente, hacen que resulte de todo punto indiscutible que la situación política y económica de la República Democrática Alemana es ahora desfavorable». Los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, sin embargo, revelan que tanto él como sus expertos se enzarzaron en discusiones inútiles sobre cuestiones totalmente secundarias.[98] Semenov, el experto mejor informado, se atrevió a sugerir que los soviéticos pusieran fin a la ocupación de la RDA y firmaran «un tratado de amistad, cooperación y ayuda mutua» con Ulbricht.[99] Ninguno de los expertos se atrevió a mencionar la política de «construcción acelerada del socialismo» en Alemania Oriental emprendida por Ulbricht.

No existen testimonios de discusiones internas, pero según todos los indicios, Molotov nunca se apeó de su idea de que las conversaciones de paz sobre Alemania eran un «juego de suma cero» entre el este y el oeste. Se mostraba de acuerdo con Semenov, quien proponía crear «unas condiciones más favorables para la construcción del socialismo» en la RDA reduciendo las indemnizaciones de guerra y otras obligaciones económicas con la URSS.[100] El 5 de mayo, Molotov propuso al Presidium que la RDA dejara de pagar indemnizaciones a partir de 1954. Al mismo tiempo, se mostraba categóricamente en contra de cerrar la frontera del sector soviético de Berlín, como habían sugerido los líderes de la RDA.[101]

Aparentemente, Molotov, Malenkov y Beria, la troika de dirigentes que estaba al frente de las relaciones con el exterior, tenían pocas discrepancias. En realidad, bajo ese barniz de unidad, dentro del Kremlin estaba labrándose una gran rivalidad. A la muerte de Stalin, Beria asumió la dirección del Ministerio de Interior, como consecuencia de la fusión de los servicios de policía secreta y de inteligencia. Organizó entre sus lugartenientes un grupo de expertos, que lo ayudó a aparecer con una sorprendente cantidad de iniciativas acerca de muchas cuestiones de política interior y exterior. Desde el primer momento, Beria se distanció del sangriento legado de Stalin y empezó a revelar los crímenes del difunto dictador ante los incrédulos miembros del Comité Central. Dentro del Presidium, buscó apoyos en Malenkov y Jrushchov, con la esperanza de adelantarse a sus maniobras. En cambio, consideraba una amenaza a Molotov, el hombre que mayor autoridad tenía entre la élite del partido, e intentó socavar su prestigio y su política.[102]

Los testimonios acerca de las opiniones de Beria sobre Alemania por aquella época son vagos. En su diario, escrito más de diez años después, Semenov llega a la conclusión de que Beria y Stalin trataron a la RDA como un instrumento en la lucha por Alemania. Beria quiso únicamente «acelerar esta lucha durante el verano de 1953».[103] Anatoli Sudoplatov, un alto oficial de los servicios de inteligencia soviéticos, recuerda que la víspera del 1.º de Mayo de 1953, Beria le ordenó comprobar hasta qué punto era factible la unificación de Alemania. Le dijo que «la mejor manera de fortalecer nuestra posición en el mundo sería crear una Alemania unificada neutral con un gobierno de coalición. Alemania sería el factor de equilibrio entre los intereses norteamericanos y soviéticos en Europa Occidental». Según este proyecto, la RDA se convertiría en una provincia autónoma de la nueva Alemania unificada. «Como pasos inmediatos, Beria pretendía, sin informar al Ministerio de Asuntos Exteriores de Molotov, utilizar sus contactos en los servicios de inteligencia para hacer proposiciones de carácter no oficial a destacados políticos de Europa Occidental».[104] No está claro si Beria tenía también in mente establecer canales secretos de comunicación con Estados Unidos.

El 6 de mayo, Beria envió un informe a Malenkov, Molotov, Jrushchov, Bulganin, Kaganovich y Voroshilov acerca de la catastrófica fuga de refugiados de la RDA: 220 000 personas habían abandonado el país desde 1952, entre ellas más de 3000 militantes del SED y del sindicato Juventudes Libres de Alemania. A diferencia de otros informes, éste

echaba la culpa del éxodo a la política de los dirigentes de la RDA. Beria proponía pedir a la Comisión de Control Soviética de la RDA que presentara una recomendación sobre cómo reducir el éxodo «con el fin de hacer las recomendaciones necesarias a nuestros amigos alemanes».[105]

En ese momento, Ulbricht cometió un tremendo error que supuso el fin de sus apoyos en Moscú. El 5 de mayo, declaró que la RDA había «entrado en un nuevo estadio de dictadura del proletariado». Esta retórica socialista procedente de Berlín Oriental se produjo en el momento en el que Winston Churchill proponía en la Cámara de los Comunes celebrar una conferencia con los nuevos dirigentes soviéticos. A juicio de Beria, Malenkov, Molotov y algunos otros miembros del grupo dirigente del Kremlin, las nuevas oportunidades de resquebrajar la unidad de la OTAN estaban en abierto conflicto con el programa de Ulbricht.[106] Esta postura galvanizó las discusiones del Presidium en torno a la RDA. El 14 de mayo, a propuesta de Molotov, el Presidium ordenó a Ulbricht que abandonara esa retórica provocativa.[107] Al mismo tiempo, Molotov y los expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores reconocían los hechos expuestos en el informe de Beria.[108] En un memorándum interno, Semenov admitía que había que poner fin a la colectivización de la agricultura germanooriental y a la práctica de las detenciones en masa y de la represión de grandes cantidades de ciudadanos. Sugería incluso la concesión de una amnistía parcial. Al mismo tiempo, el principal interés de los soviéticos era, en su opinión, fortalecer y no socavar el poder de las autoridades comunistas de la RDA.[109] En la reunión del Presidium de 20 de mayo, Molotov se sumó a las críticas de los dirigentes de la RDA. Parece que se tragó sus dudas y no quiso causar una escisión de la dirección colegiada.[110] Daba la impresión de que Ulbricht tenía los días contados. Actualmente los especialistas coinciden en afirmar que el período mayo-junio de 1953 fue el único momento en el que los dirigentes soviéticos consideraron la posibilidad de un cambio radical de la política alemana.

De repente se desencadenó un debate en el seno de la dirección colegiada. En el meollo de todo aquel revuelo estaba la siguiente pregunta: ¿qué tipo de Alemania necesita la Unión Soviética? El 27 de mayo, en la reunión del Presidium, Molotov recomendó que el SED «no llevara a cabo una construcción acelerada del socialismo». No tenemos acceso a las actas de la reunión, pero tras la detención de Beria, Molotov dijo al pleno del partido que Beria lo interrumpió para hacer el siguiente comentario: «¿Para qué necesitamos ese socialismo en Alemania? ¿Qué clase de socialismo es ése? Todo lo que necesitamos es una Alemania burguesa, siempre que sea pacífica». Según Molotov, otros miembros de la dirección mostraron su asombro: no creían que una Alemania burguesa, el mismo país que había desencadenado dos guerras mundiales, pudiera ser pacífica. Molotov concluía: «¿Cómo podría un marxista en sus cabales, un hombre que tiene una posición próxima al socialismo o al poder soviético, creer en una especie de Alemania burguesa que fuera supuestamente pacífica y estuviera bajo el control de cuatro potencias?».[111] Jrushchov y Bulganin se pusieron del lado de Molotov.

En sus memorias, Mikoyan recordaba que Beria y Malenkov parecían estar de acuerdo sobre este asunto. «Pretendían hacerse con el protagonismo en el Presidium, y de repente sufrieron semejante derrota». Beria llamó supuestamente por teléfono a Bulganin después de la reunión y le dijo que perdería su cargo de ministro de Defensa si se alineaba con Jrushchov. Beria admitía en una carta enviada desde la cárcel que en la reunión del 27 de mayo trató a Jrushchov y a Bulganin con una «grosería y una insolencia inaceptables».[112]

Una reconstrucción atenta de los testimonios dispersos y la lógica de los acontecimientos indica que el 27 de mayo no sólo Beria y Malenkov, sino también Molotov, Jrushchov y el resto de los dirigentes del Kremlin, votaron a favor de una serie de cambios radicales en la RDA. Más tarde, cuando la dirección colegiada se deshizo de Beria,



decidieron que a la lista de sus crímenes debía sumarse también la traición a la «cuestión alemana».[113]

El resultado de las discusiones en el seno de la dirección colegiada fue el decreto estatal de 2 de junio, «Sobre las medidas para mejorar la salud de la situación política en la RDA». Este documento se diferenciaba por su tono y por su contenido de todos los anteproyectos presentados por el Ministerio de Asuntos Exteriores, iba mucho más allá de las recomendaciones de la CCS de 18 de mayo, e incorporaba casi literalmente la mayor parte del memorándum de Beria.[114] Afirmaba que el principal motivo de la crisis de la RDA era «el programa equivocado de construcción del socialismo en Alemania Oriental sin que se den unas condiciones internas y externas reales». El documento reconocía implícitamente la responsabilidad de Stalin en dicha política y proponía un «nuevo curso», que abogaba por el fin de la colectivización, la ralentización del «ritmo extraordinariamente intenso del desarrollo de la industria pesada», y un «claro incremento de la producción de artículos de consumo». Decretaba asimismo un recorte de los «gastos administrativos y especiales», la estabilización de la moneda de la RDA, el cese de las detenciones y la liberación de los detenidos, y el fin de la persecución de las comunidades religiosas y la devolución de los bienes confiscados a la Iglesia.[115]

El nuevo curso supuso una inversión de la política de Stalin, cuya finalidad era convertir Alemania Oriental en un baluarte para la inminente guerra con Occidente. El futuro de la RDA se vinculaba ahora a «la solución pacífica de problemas internacionales básicos». Los dirigentes del Kremlin ordenaron a los líderes de la RDA «situar las tareas de la lucha política por la restauración de la unidad nacional de Alemania y por la conclusión de un tratado de paz en el centro de mira de las grandes masas del pueblo alemán, tanto en la RDA como en Alemania Occidental».[116]

El 24 de junio, llegó en secreto a Moscú una delegación del SED para recibir instrucciones sobre el cambio de política. Dándose cuenta de que estaba en peligro, Ulbricht intentó proponer una serie de reformas cosméticas. Para entonces, sin embargo, ya habían llegado al Presidium noticias de los tumultos en Bulgaria y del descontento reinante en Checoslovaquia; parece que dichas noticias hicieron que los dirigentes del Kremlin se inclinaran aún más a favor de una inmediata revocación de la política de Stalin respecto a los países satélites de Europa.[117] Según las anotaciones de Otto Grotewohl, Beria dijo que «todos cometimos el error [en 1952]; no hay acusaciones». Otro testigo de la delegación alemana, sin embargo, señalaba el desprecio y la cólera de Beria hacia Ulbricht. También está atestiguado que Malenkov dijo: «Si no corregimos la situación ahora, sucederá una catástrofe». Los dirigentes del Kremlin redujeron drásticamente los planes de rearme de la RDA que había hecho Stalin. «Ni aviones ni tanques», garabateó Grotewohl en las notas que tomó durante la reunión.[118]

Lo peor de todo fue que Moscú ordenó a los dirigentes del SED que pusieran en marcha el nuevo curso inmediatamente. Los líderes de la RDA enviaron un telegrama desde Moscú con la orden de retirar de las bibliotecas y las librerías toda la literatura sobre la «construcción del socialismo» en Alemania Oriental. El Presidium nombró a Vladimir Semenov alto comisario para Alemania Oriental y lo envió a la zona en el mismo avión que a la delegación del SED para que hiciera efectivas las órdenes del Kremlin. Las nuevas instrucciones colocaron a los líderes de la RDA en una situación política insostenible. Después de un año de movilización total y de propaganda estalinista extrema, tuvieron que batirse en retirada de inmediato, sin tiempo ni siquiera de salvar la cara. Molotov recomendó incluso que la prensa publicara una «crítica sin paliativos» de la política seguida por el SED desde julio de 1952.[119] Resulta sorprendente lo ciegos que estaban los líderes soviéticos respecto al carácter provocativo de estas medidas.

Tras la detención de Beria, Jrushchov le echó a él la culpa del intento de «liquidar» la RDA. Luego afirmaría incluso que Malenkov se había confabulado con Beria. En su

defensa, Malenkov hizo un comentario muy significativo aclarando su posición: «Durante la discusión de la cuestión alemana creí que, vista la situación internacional existente cuando empezamos la gran campaña política, en atención al tema de la reunificación de Alemania, no debíamos proponer la labor de construcción del socialismo en la Alemania Democrática».[120] El contexto histórico general ilustra cuál era el potencial radical del nuevo curso. Los primeros meses que siguieron a la muerte de Stalin fueron una época de gran incertidumbre, pero también de nuevas oportunidades. El 3 de junio, el primer ministro británico Winston Churchill indicó al embajador soviético Yakov Malik que estaba dispuesto a emprender unas conversaciones confidenciales con los nuevos dirigentes soviéticos como las que había mantenido con Stalin. Comunicó a Malik que estaba a punto de entrevistarse con Eisenhower para proponerle la idea de una cumbre inmediata de las grandes Potencias destinada a mejorar la situación internacional. Churchill dijo que creía que «lograría mejorar las relaciones internacionales y crear un clima de mayor confianza durante tres o cinco años por lo menos».[121]

Parece que Beria y Malenkov estaban intentando explorar las posibilidades de relajación de la Guerra Fría. Beria en particular se inclinaba por utilizar los canales de la policía secreta para alcanzar objetivos de política exterior. Intentó establecer un canal secreto informal para acceder al máximo dirigente yugoslavo, el mariscal Tito, que seguía siendo denigrado por la propaganda soviética como líder de la «pandilla fascista». En una nota desesperada desde la cárcel, Beria recordaba a Malenkov que había «preparado la misión de Yugoslavia» con su beneplácito y su asesoramiento. La nota mencionaba también otra «misión» en Francia, dando a entender el envío de una petición a Pierre Cot, agente soviético de gran influencia, para que tanteara al primer ministro francés, Pierre Mendès France, con la propuesta de iniciar unas conversaciones secretas sobre la cuestión alemana. Por aquel entonces, la opinión pública y las élites francesas estaban divididas respecto a la cuestión del «ejército europeo» y al problema del rearme de Alemania Occidental.[122]

Mientras tanto, explotó la crisis en la RDA y toda la situación cambió. El 16 de junio, los trabajadores de Berlín Oriental se manifestaron contra el régimen de la RDA. Las manifestaciones masivas se convirtieron rápidamente en una sublevación política de toda la RDA; una gran cantidad de personas del Berlín Oeste cruzaron al sector oriental y se unieron a los manifestantes. El régimen perdió el control de la situación. El empleo de las tropas soviéticas el 17 de junio hizo que la multitud se dispersara rápidamente y que se restaurara el orden en la capital; poco a poco la situación de la RDA se estabilizó. Aquellos fueron los primeros disturbios serios que hicieron tambalearse al bloque soviético tras la muerte de Stalin.[123]

Al principio, no quedó claro cómo iban a afectar aquellos acontecimientos a los dirigentes soviéticos y a su consenso en torno al nuevo curso de la RDA. En sus memorias, Sudoplatov afirma que incluso tras la rebelión de la RDA, Beria «no cejó en su idea de reunificación de Alemania». La demostración del poderío soviético «quizá no hiciera más que aumentar las oportunidades de la URSS de alcanzar una solución de compromiso con las potencias occidentales». Beria envió a sus agentes a Alemania Occidental para establecer contactos confidenciales con políticos de la RFA.[124] Al mismo tiempo, el mariscal Sokolovski, su vicecomisario jefe Semenov y Pavel Yudin enviaron a los dirigentes soviéticos un detallado informe sobre la sublevación con críticas demoledoras contra Ulbricht. Los dirigentes de la CCS recomendaban relevarlo de sus responsabilidades como viceprimer ministro de la RDA y «permitir[le] concentrar su atención en las labores de partido». El cargo de secretario general debía ser abolido y la secretaría del partido debía reducir su volumen.[125]

La última propuesta casualmente tocaba la verdadera esencia de la lucha por el poder que estaba a punto de estallar en el Kremlin. A finales de mayo de 1953, Nikita Jrushchov,



por entonces jefe de la Secretaría del Comité Central, decidió que Beria era demasiado peligroso. Empezó a sospechar que el director de la policía secreta estaba dispuesto a darle una puñalada por la espalda y a socavar la secretaría del partido, base del poder de Jrushchov. Había además indicios de que Beria actuaba a espaldas de Jrushchov en materia de política interior y de partido. Jrushchov se dio cuenta de que debía actuar contra Beria. Esta convicción quizá se impusiera en él tras la discusión del Presidium sobre la RDA celebrada el 27 de mayo. Finalmente, el propio Malenkov reveló sus recelos sobre Beria y se unió a la conjura contra él.[126]

La detención de Beria el 26 de junio durante la reunión del Presidium del Consejo de Ministros cambió profundamente el equilibrio de poder existente en el Kremlin. Jrushchov afirmaría que él había sido el heroico organizador de la eliminación de Beria. Las élites soviéticas, empezando por los militares, lo aclamaron como salvador de los años de terror. En el pleno del partido del mes de julio, reunido para denunciar a Beria, Jrushchov proclamó en tono triunfal la primacía del aparato del partido sobre las burocracias del estado, y especialmente sobre la policía secreta. Malenkov, que continuó como jefe del estado, declaró solemnemente que nunca había tenido la intención de ser el número uno y que siempre habría una «dirección colegiada».[127]

Las autoridades soviéticas establecidas en Alemania siguieron enviando informes en los que criticaban a Ulbricht y su aparato por falta de coraje político y de iniciativa durante la sublevación.[128] Estas críticas, sin embargo, ya no encontraron un público favorable ni apoyo entre los dirigentes del Kremlin. Jrushchov respetaba a Ulbricht y creía que era un buen camarada. Y lo que es más, Jrushchov y Molotov denunciaron públicamente que la idea de una «Alemania unificada y neutral» respondía a la conspiración de Beria. Jrushchov declaró que Beria «demostró ser en lo tocante a la cuestión alemana un agente provocador, no un comunista, cuando propuso que debía renunciarse a la construcción del socialismo, para hacer concesiones a Occidente. Entonces le preguntamos: “¿Eso qué quiere decir?” Pues quiere decir que dieciocho millones de alemanes pasarían a estar bajo la tutela de los norteamericanos. ¿Y cómo iba a haber una Alemania burguesa democrática y neutral entre los norteamericanos y nosotros? Si un tratado no está garantizado por la fuerza, no vale nada, y todo el mundo se reiría de nosotros y de nuestra ingenuidad». La mayoría del partido soviético y de las élites del estado presente en el pleno aplaudió a Jrushchov. Casi todos ellos habían vivido la guerra y compartían la fuerte convicción que tenía Jrushchov de que la reunificación de Alemania sobre unas bases «burguesas» habría supuesto la anulación de la victoria de 1945. Otros consideraban a Alemania Oriental la joya del bloque soviético debido a su papel en el complejo de la industria militar soviética. En defensa del proyecto atómico ruso, su director, Avraami Zaveniagin, dijo al pleno que «se ha extraído mucho uranio en la RDA, quizá tanto como el que los norteamericanos tienen a su disposición». Habló de la dependencia soviética del uranio del proyecto Wismut, en Baja Sajonia.[129]

Los nuevos vientos afectaron rápidamente a la política soviética en la RDA. La influencia de Molotov sobre la política exterior soviética fue en ascenso, y las iniciativas de Beria, no sólo en Alemania, sino también en Yugoslavia y Austria, fueron automáticamente desautorizadas y rebatidas.[130] El Politburó rechazó formalmente la propuesta de las autoridades de la CCS de sustituir a Ulbricht y separar la secretaría del partido de los asuntos políticos, calificándola de «inoportuna». A juicio de Molotov, «Semenov estaba derivando hacia la derecha». Dándose cuenta del cambio, Ulbricht tomó severas medidas contra sus rivales en el interior. Rudolf Herrnstadt y Wilhelm Zeissner, miembros del Politburó del SED, habían cosechado los mayores elogios de la Comisión de Control soviética durante la sublevación y, en opinión de Hope Harrison, «de no haberse metido por medio el episodio de Beria, tal vez habrían triunfado sus esfuerzos de echar del poder a Ulbricht». En el nuevo clima reinante, sin embargo, los dirigentes soviéticos apoyaron la

decisión de Ulbricht de expulsarlos, alegando que eran protegidos de Beria, especialmente Zeissner.[131]

El comportamiento de los norteamericanos durante la sublevación de Alemania Oriental contribuyó al cambio experimentado por la política del Kremlin. Por un lado, Estados Unidos hizo un grandísimo uso propagandístico de la revuelta, suministraron alimentos a los habitantes de Berlín Este, y empezaron a reclamar unas «elecciones libres» como condición previa para la reunificación de Alemania. Por otra parte, Estados Unidos y las demás potencias occidentales no acudieron en ayuda de los alemanes del Este con su fuerza militar. Aunque Occidente hubiera preparado efectivamente el «Día X» de la RDA, como no tardarían en sugerir algunos analistas soviéticos, los líderes occidentales no se atrevieron a ir a por todas en su apoyo a los rebeldes.[132]

La «iniciativa pacífica» que había justificado el nuevo curso de la RDA se frenó totalmente tras la detención de Beria y la sublevación de Alemania Oriental. De hecho, era imposible reducir las fuerzas militares destacadas en Europa sin una solución negociada de la cuestión alemana, el gran problema que los líderes soviéticos no serían capaces de resolver durante los treinta y cinco años siguientes. La ascensión de Jrushchov, la supervivencia de Ulbricht y el abandono del nuevo curso acabaron con cualquier posibilidad de modificación de la política soviética en Alemania Oriental. Millones de alemanes tendrían que vivir varias décadas más de Guerra Fría, esperando que se produjera otro milagro que les permitiera obtener la soberanía, la libertad y la reunificación.



4

La política del Kremlin y la «coexistencia pacífica», 1953-1957

> A finales de 1955 aproximadamente, Molotov ordenó a uno de sus ayudantes que buscara en los escritos de Lenin alguna referencia a la idea de que la ingenuidad en política exterior era equivalente a un crimen. Evidentemente la intención era utilizar esa cita contra Jrushchov.
>
> *Recuerdos de Oleg Troyanovski*,
> diplomático soviético

> La postura de Molotov es errónea, está profundamente equivocada, y no se corresponde con los intereses de nuestro estado.
>
> GROMIKO, a propósito de la diplomacia de Molotov,
> en el pleno del partido celebrado en julio de 1955

A la muerte de Stalin, apareció una «nueva» política exterior soviética que pretendía reabrir el espacio diplomático del que Moscú había disfrutado antes del comienzo de la Guerra Fría. En febrero de 1956, durante el XX Congreso del Partido, los dirigentes soviéticos renunciaron a las expectativas de una guerra inminente. La teoría estalinista que hablaba de que era inevitable la llegada de una época de guerras y revoluciones dio paso a una nueva tesis: la de la coexistencia «pacífica» a largo plazo y la rivalidad no militar entre los sistemas capitalista y comunista.

Sin embargo, no se produjo la esperada distensión en las relaciones entre el este y el oeste. Y de hecho, la Guerra Fría cobró de nuevo aliento. El sentimiento de temor y desconfianza siguió imperando en los dos bloques antagónicos. En algunos libros de memorias soviéticos se dice que la ausencia de una respuesta flexible y positiva de los occidentales a la nueva política exterior de la URSS supuso perder la oportunidad de reducir las tensiones propias de la Guerra Fría.[1] En efecto, el presidente Dwight D. Eisenhower, el secretario de Estado John Foster Dulles y la mayoría de los observadores estadounidenses del Kremlin no vieron en el cambio de actitud soviético y su nueva flexibilidad diplomática una oportunidad, sino una amenaza. A los ideólogos políticos norteamericanos les preocupaba que la retórica de la «coexistencia pacífica» pudiera desbaratar sus planes de construir un centro de poder en Europa, que, junto con Gran Bretaña, se encargara de «contener» al bloque soviético. La política nacional y la cultura del anticomunismo contribuyeron también a la reticencia de la administración Eisenhower a negociar con la Unión Soviética.[2]

Un atento estudio del bando soviético revela, sin embargo, que éste tampoco estaba preparado para entablar negociaciones y llegar a soluciones de compromiso. Los documentos a los que tenemos acceso actualmente ponen de manifiesto que muchos

dirigentes del Kremlin, pese al giro a favor de una coexistencia pacífica, seguían inspirándose en elementos básicos del paradigma revolucionario-imperial y en la continuidad de la política exterior impulsada por Stalin. Las nuevas autoridades del Kremlin anhelaban reafirmar la posición de su país como líder revolucionario global y deseaban comenzar a construir alianzas con otros líderes y grupos revolucionario-nacionalistas de Oriente Medio, el sur y el Sudeste Asiático, África y Latinoamérica. Estos mismos documentos también demuestran que las relaciones entre los sucesores de Stalin en 1953-1957 tuvieron un impacto significativo en la toma de decisiones del Kremlin en lo referente a la política soviética dentro de su propio bloque y en relación a Estados Unidos y sus aliados. Tras la muerte de Stalin, la política soviética favoreció el discurso revolucionario-imperialista: desde el punto de vista político era un suicidio ser considerado tan blando con el imperialismo de Occidente. Los miembros de la dirección colegiada compitieron unos con otros para obtener el apoyo del partido y las élites del estado, ofreciendo estrategias encaminadas a reforzar y expandir el poder soviético y su influencia en el mundo.[3]



¿QUIÉN HABLARÁ CON OCCIDENTE?

Los oligarcas del Kremlin que asumieron el poder a la muerte de Stalin en marzo de 1953 y proclamaron la dirección colegiada eran los últimos supervivientes del régimen del dictador difunto.[4] Para mantenerse en sus cargos, habían aprendido a librar constantes batallas con el desconfiado tirano y un ejército de militantes del partido y burócratas de rango inferior, la *nomenklatura* política que los miraba desde abajo con respeto y envidia a la vez. A lo largo de su gobierno, Stalin se aseguro de que ningún oligarca pudiera sentirse nunca seguro. En el pleno del partido de octubre de 1952 acusó a Molotov y a Mikoyan de traidores y de probables espías de Occidente. Simultáneamente, había aumentado exageradamente el número de miembros del Politburó (llamado ahora Presidium), incluyendo en él un nutrido grupo formado por jóvenes burócratas del partido, tal vez una amenaza de que siempre podía sustituir a sus viejos lugartenientes por otros más jóvenes cuando lo creyera oportuno.[5]

Los oligarcas habían aprendido también a reaccionar a las maquinaciones de Stalin y a gobernar en su ausencia. Tras el sangriento «caso de Leningrado», su pacto de tolerancia mutua se fortaleció.[6] Antes incluso de la muerte del dictador, los oligarcas habían cortado todos los dogales que Stalin les había puesto alrededor del cuello. Molotov y Mikoyan recuperaron su poder en política exterior y comercio; el «caso de los mingrelianos», una investigación por corrupción en Georgia puesta en marcha para acabar con Beria, se dio por cerrado; y los miembros más jóvenes de la *nomenklatura* fueron alejados del Presidium. En el momento decisivo de transferencia de poderes, su interés común por la supervivencia venció las rivalidades personales y las diferencias políticas. Algunos oligarcas llegaron a temer realmente que cualquier desunión habría provocado la pérdida del control y la rendición a presiones externas.[7]

Los gobiernos oligárquicos, debido a su naturaleza consensual, rara vez favorecen las innovaciones y los cambios. Pero, como hemos visto en el capítulo anterior, la dirección colegiada actuó con diligencia y adoptó una nueva política nacional e internacional. Los oligarcas carecían de legitimidad y necesitaban demostrar su iniciativa y determinación tanto en el interior como en el extranjero. Al lado de las gigantescas imágenes y estatuas de Stalin, la dirección colegiada no resultaba terriblemente impresionante. Un catedrático moscovita, Sergei Dmitriev, escribiría en su diario sus impresiones tras ver a los miembros de la dirección colegiada en un programa televisivo en noviembre de 1955: «Todo el Presidium está formado por personajes aburridos y grises. Al verlos, me viene a la cabeza que la revolución ocurrió hace mucho, muchísimo tiempo, que todos los cuadros revolucionarios fueron exterminados y que las nulidades burocráticas triunfaron. No hay nada de vida, de espontaneidad o de humanidad en lo que dicen, ni una sola palabra, ni un solo gesto memorable. Todos parecen estereotipos, sin rostro, sin facciones. Unicamente falta la inscripción de la entrada al Infierno de Dante».[8]

Los sucesores de Stalin no podían gobernar por medio del terror, y se vieron obligados a ganarse el apoyo de los burócratas del partido, el ejército, la policía secreta y otros organismos estatales. En la burocracia y en el partido todo el mundo sabía que la dirección colegiada era una fase de transición en la política del Kremlin; al final uno de los oligarcas se haría con la victoria en la futura lucha por la sucesión. En su diario, el editor de la principal revista literaria del país expresaría la situación que se vivía en aquellos momentos en los siguientes términos: «¿Dirección colegiada? ¿Y quién dirigirá la comparsa?».[9]

Cuando Beria fue detenido, Jrushchov pasó rápidamente a ocupar el puesto de director. Malenkov, sin embargo, continuó siendo presidente del consejo de ministros,

cargo de gran vistosidad y apariencia. Muchos seguían considerándolo el sucesor de Stalin. El 8 de agosto de 1953, en un discurso ante el Soviet Supremo, Malenkov anunció varias medidas sensacionalistas encaminadas a mejorar radicalmente el nivel de vida del pueblo soviético en el plazo de «dos o tres años». Por primera vez desde 1928, el estado se comprometió a aumentar las inversiones en la agricultura y en la economía de consumo a expensas del complejo de la industria militar y la fabricación de maquinaria. Malenkov anunció también la reducción a la mitad de los sofocantes impuestos agrícolas, así como el incremento de las dimensiones de las explotaciones rurales y las parcelas privadas. Estas medidas doblaron prácticamente la renta disponible de los campesinos en menos de un año. Los problemas con los productos alimenticios siguieron siendo graves en la URSS, pero al menos los campesinos pudieron dejar de reducir sus huertos y sacrificar sus reses para evitar el pago de unos impuestos exorbitantes sobre la propiedad. Por el contrario, empezaron de nuevo a vender carne y leche en los mercados. Malenkov se convirtió en su líder favorito después de Lenin, mientras los *muzhiks* de toda Rusia brindaban a su salud con vasos llenos a rebosar de licor destilado ilegalmente en las aldeas.[10]

En su discurso, Malenkov también anunció pomposamente que la URSS poseía su propia bomba de hidrógeno. Los físicos nucleares soviéticos, incluido uno de los inventores de la bomba, Andrei Sajarov, escucharon las palabras de Malenkov desde la base de pruebas en Kazajstán con un sentimiento mixto de orgullo y angustia. De hecho, la bomba sería probada con éxito una semana después. Aquel anuncio tuvo el efecto deseado en la opinión pública; Malenkov apareció como el líder de una superpotencia nuclear, tanto a los ojos de los líderes extranjeros como del pueblo soviético.[11] Jrushchov interpretó el discurso como un intento de ganar popularidad personal a su costa. Sobre todo nunca podría olvidar ni perdonar a Malenkov por usurpar su papel de portavoz principal de los campesinos y el mundo de la agricultura. En septiembre de 1953, recuperó su protagonismo en estas cuestiones en el pleno del partido convocado para aprobar nuevas políticas agrarias. Al cabo de cinco meses, convocó otro pleno y presentó su plan para el cultivo de tierras vírgenes en Kazajstán, un gran proyecto que prometía poner fin en poco tiempo a la crisis alimentaria crónica. Al final, su programa resultó un desastre ecológico sumamente costoso, pero, como observa William Taubman, «mientras tanto pudo dedicarse a hacer alarde de unas dotes de liderazgo de las que Malenkov carecía».[12]

En septiembre de 1953 Jrushchov se convertía en primer secretario del Partido Comunista. Hombre con una escasa instrucción, tosco, austero y volátil, y a la vez mundano, accesible, ingenioso y enormemente enérgico, Jrushchov gustaba a la burocracia soviética de origen campesino, que lo consideraba «uno de los suyos». Mientras Malenkov criticaba el control que ejercía el partido en cuestiones económicas y culturales e intentaba ampliar sus bases con directivos del sector de la industria y miembros de la élite científica y cultural, Jrushchov se hizo en poco tiempo con el control absoluto de las estructuras del partido y la policía secreta, que ahora recibía el nombre de Comité para la Seguridad del Estado (KGB). Su compinche, Ivan Serov, antiguo emisario de la policía secreta de Stalin en Polonia y Alemania Oriental, se convirtió en el primer director del KGB. Jrushchov se dedicaría a utilizar esos fundamentos del poder para hacer sombra a Malenkov, cortar su acceso a la información e incluso chantajearlo con sacar a la luz su papel en la puesta en escena del funesto «caso de Leningrado». Hasta los secretarios personales de Malenkov entraron a formar parte del aparato central del partido controlado por Jrushchov, que pasó a presidir el Presidium y a protagonizar las apariciones públicas de la dirección colegiada.[13]

La lucha por la sucesión en plena Guerra Fría comportaba la cuestión del liderazgo internacional. La clase política soviética y un amplio sector de la ciudadanía de la URSS consideraban que tener dotes de estadista era una cualidad casi sobrenatural. ¿Qué



miembro de la dirección colegiada intentaría ponerse el manto de estadista mundial de Stalin y hablar con los dirigentes de otras superpotencias? ¿Cuál de ellos combinaría perspicacia, inteligencia y comprensión de las tendencias mundiales a largo plazo para defender satisfactoriamente los intereses soviéticos en el ruedo político internacional? El vencedor de la partida en el Kremlin no sólo se haría con el control absoluto del ingente partido y la burocracia estatal, sino que también dirigiría el mundo comunista y a la «humanidad progresista» en la feroz lucha contra el mundo capitalista.

Una cumbre anterior, como la propuesta por Winston Churchill en mayo de 1953, habría socavado la primacía de Molotov en política exterior, y había puesto en candelero a Malenkov a nivel internacional como jefe del estado. Sin embargo, a finales de 1954 se cerraron de golpe las oportunidades para este último. Jrushchov comenzó a sostener ante otros miembros del Presidium que Malenkov carecía de la dureza necesaria para triunfar en futuras negociaciones con Occidente. Con este argumento se justificaría el 22 de enero de 1955 la destitución de Malenkov como presidente del consejo de ministros. El pleno del partido se encargó de aprobar esta decisión nueve días después.[14]

Durante el pleno, Jrushchov y Molotov revelaron por primera vez ante la élite del partido que Malenkov había ayudado a Beria a «vender» la RDA en mayo de 1953. Jrushchov informó al pleno de que en la primavera de dicho año «solía decir a otros camaradas, en particular al camarada Molotov, lo siguiente: ahora Churchill desea vehementemente celebrar una reunión, y yo, para ser sincero, temo que si se encuentra cara a cara con Malenkov, éste empiece a tener dudas y se rinda». El mensaje era evidente: al *premier* le faltaban agallas, y por lo tanto no podía representar a la Unión Soviética en una cumbre con los líderes capitalistas. En sus memorias, Jrushchov es rotundo: «Tuvimos que sustituir a Malenkov. Las negociaciones de Ginebra requerían otro tipo de persona».[15] Y resultaría que sólo el propio Jrushchov encajaba con ese otro tipo de persona.

Asegurando que era leal al principio de dirección colegiada, Jrushchov se negó a combinar los cargos de primer secretario y presidente del consejo de ministros. En su lugar, propuso a un amigo, el ministro de Defensa Nikolai Bulganin para la presidencia.[16] Semejante elección ponía de manifiesto la hipocresía de las anteriores críticas de Jrushchov a Malenkov: la debilidad era un rasgo notorio del nuevo jefe del gobierno. Stalin lo había considerado un individuo suficientemente inocuo como para confiarle las fuerzas armadas (el *vozhd* prefería poner un poder tan crucial en manos de un personaje débil por temor a un potencial Bonaparte). Con semejante socio, el liderazgo de Jrushchov no correría peligro. Al mismo tiempo, en febrero de 1955 Jrushchov asumió otro cargo de gran relevancia al convertirse en jefe del Consejo Supremo de Defensa, un organismo permanente encargado de las cuestiones de defensa y de las fuerzas armadas. Entre los miembros de dicho consejo figuraba el nuevo ministro de Defensa, el mariscal Georgi Zhukov, firme aliado de Jrushchov, y Viacheslav Malishev, por entonces al frente del ministerio para «la industria de la construcción de máquinas de tamaño medio», un nombre inventado con la finalidad de camuflar su verdadero objetivo y con el que se designaba el complejo nuclear. En efecto, Jrushchov pasó a ser el comandante en jefe de la Unión Soviética.[17] A partir de ese momento, esta posición de poder sería heredada por los posteriores secretarios generales del partido, desde Leonid Brezhnev hasta Mijail Gorbachov.

Su nueva base de poder permitía a Jrushchov intervenir en las cuestiones internacionales y en la política de seguridad, campos con los que no estaba familiarizado. Con anterioridad se había opuesto a algunos elementos de la «ofensiva de paz» porque llevaban la firma de sus adversarios. Pero en política exterior ahora retomaría determinadas iniciativas de Beria y Malenkov que hasta entonces había calificado de traición. Ello supondría para la Unión Soviética la inauguración de una de las etapas más

reformistas, productivas y moderadas de su política exterior. No obstante, durante algún tiempo, los oligarcas del Kremlin siguieron actuando en el marco del liderazgo compartido. Anastas Mikoyan, cuyas ambiciones como líder eran más bien escasas, desempeñó un papel sumamente útil como mentor leal y de confianza del primer secretario en las cuestiones de política exterior. Además, como observa acertadamente la historiadora Elena Zubkova, «Malenkov, un hombre de compromiso, supo equilibrar la impulsividad y la brusquedad de Jrushchov». Los nuevos miembros del Presidium, a saber, Zhukov, Matvei Saburov y Mijail Pervukhin, participaron activamente en el proceso de toma de decisiones en materia de política exterior.[18]

Molotov, sin embargo, nunca dejaría de oponerse con sus críticas conservadoras a las iniciativas en política exterior impulsadas ahora por Jrushchov. Desde el otoño de 1954 los dos dirigentes habían permanecido enfrentados prácticamente en todos los temas, empezando por el de la agricultura y las tierras vírgenes, y acabando por el relacionado con el control de la defensa nacional.[19] La lucha de ambos por la supremacía empezó de forma evidente en el curso de las conversaciones sobre la neutralidad de Austria durante los meses de febrero-abril de 1955. El gobierno austríaco temía correr la misma suerte de la Alemania dividida, y propuso al Kremlin negociar un acuerdo separado para finalizar la ocupación soviética.[20] Molotov se mostró contrario a esta propuesta. «No podemos permitirnos la retirada de las tropas soviéticas de Austria», comunicaba un memorándum secreto redactado por altos cargos diplomáticos en noviembre de 1953, «pues supondría literalmente dejar a Austria en manos de los norteamericanos, así como el debilitamiento de nuestras posiciones en Europa Central y el sur centroeuropeo». Jrushchov, en cambio, sostenía que la neutralidad de Austria serviría para debilitar a la OTAN, y la mayoría del Presidium estuvo de acuerdo con él. Una vez alcanzado el acuerdo entre soviéticos y austríacos, el primer secretario, victorioso, aprovechó un momento de informalidad durante una recepción para hacer con su dedo índice la señal de «no» a los asistentes de Molotov en el Ministerio de Asuntos Exteriores. A partir de ahora, dijo, las directrices las recibirían de «la jefatura del partido» y no de su jefe.[21]

La visita de la delegación oficial soviética a Yugoslavia (26 de mayo-2 de junio de 1955) supuso el golpe final al papel desempeñado por Molotov en política internacional. Jrushchov, Bulganin y Georgi Zhukov, por entonces ministro de defensa, querían poner remedio a la crisis soviético-yugoslava y estaban dispuestos a pedir disculpas por la campaña emprendida por Stalin contra Tito entre 1948 y 1953. Creían que un acercamiento a Yugoslavia conseguiría que este país volviera a la esfera de influencia soviética y pondría de relieve la posición geopolítica de Moscú en el sur de Europa y los Balcanes. En opinión de Molotov, sin embargo, el régimen de Tito no iba a ser nunca un socio de la URSS consecuente. Armado con citas de Lenin, Molotov afirmó que todo aquel que elogiara al gobierno yugoslavo «no podía ser un verdadero leninista». Se opuso tenazmente a la visita, y al final no fue ni siquiera incluido en la legación.[22] Pero lo que se convirtió en el meollo de la cuestión fue quién, entre Molotov y Jrushchov, debía establecer el significado de «leninista» en política exterior. La escisión que se abrió en el Presidium obligó a Jrushchov a buscar en el pleno del Comité Central el apoyo necesario contra el obstinado ministro de Asuntos Exteriores.

El pleno del partido tuvo lugar entre los días 4 y 12 de julio de 1955, poco antes de celebrarse la Conferencia de Ginebra con los líderes de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia (la primera cumbre de las grandes potencias en diez años). La reunión se convirtió en una discusión curiosamente franca y honesta acerca de la política exterior de la URSS y las razones que debían impulsarla. Por primera vez los oligarcas del Presidium compartieron con todo el partido y las élites del estado los detalles más íntimos de la política del Kremlin. Jrushchov, consciente de que a los ojos de esas élites Molotov era el



hombre que había colaborado con Lenin y Stalin, decidió, junto con sus seguidores, atacar la autoridad como profesional y como bolchevique del ministro.

Jrushchov citó con sumo detalle lo debatido en el Presidium sobre la cuestión de Austria. Dijo que Molotov afirmaba absurdamente que podía producirse otro *Anschluss* de Austria por parte de Alemania Occidental, y que insistía en que la Unión Soviética debía reservarse el derecho de volver a mandar tropas a Austria.[23] La cuestión de Yugoslavia tocaba de pleno en las bases ideológicas que determinaban el punto de vista soviético en lo referente a la Guerra Fría. La decisión del Kremlin de reconocer a Yugoslavia como un país «verdaderamente socialista» significaba que la política de Stalin había sido una equivocación y que era discutible que Moscú tuviera plena autoridad para mandar sobre una facción comunista. Por su parte, Molotov consideraba que, para el comunismo mundial y la supremacía soviética, esas nuevas posturas suponían adentrarse en un peligroso terreno resbaladizo. Esgrimía principalmente que la versión yugoslava de «socialismo de orientación nacional» podía extenderse a otros partidos comunistas, y advertía de que ello podía conllevar la pérdida del control de Moscú sobre Polonia y demás países de Europa Central.[24]

La oposición de Molotov a un acercamiento a Yugoslavia, según afirmaban Jrushchov y sus aliados, ponía de manifiesto que el ministro se había vuelto dogmático y no comprendía los intereses de la seguridad soviética. Bulganin dijo a la asamblea que el regreso de Yugoslavia al bloque soviético permitiría al ejército y a la armada de la URSS ocupar unas posiciones excelentes en el mar Adriático. Con ello las fuerzas soviéticas conseguirían suponer una amenaza para «las líneas de comunicación más vitales de las fuerzas militares angloamericanas», incluido el canal de Suez. Jrushchov respaldó estos argumentos.[25]

Antes de celebrar este pleno los líderes soviéticos habían culpado de la escisión entre la URSS y Yugoslavia de 1948 a «la banda formada por Beria y Abakumov» (Victor Abakumov era el jefe de la SMERSH y el MGB).[26] Pero de repente, durante el pleno, Jrushchov puntualizó que los verdaderos responsables de la crisis soviético-yugoslava no eran otros que «Stalin y Molotov». Acto seguido se produjo un intercambio de reproches en el que, curiosamente, ninguno de los dos dirigentes se mordió la lengua:

MOLOTOV: Esto sí que es nuevo. Firmamos la carta [dirigida a los yugoslavos] en nombre del Comité Central.
JRUSHCHOV: Sin consultarlo con el Comité Central.
MOLOTOV: Eso no es cierto.
JRUSHCHOV: Es precisamente cierto.
MOLOTOV: Ahora puedes decir todo lo que se te ocurra.
JRUSHCHOV: Yo soy miembro del Presidium, y nadie pidió mi opinión.[27]

La crisis con Yugoslavia, dijo Jrushchov a los delegados, era sólo uno de los numerosos y caros errores que cometieron Stalin y Molotov después de 1945. En una afirmación sorprendente, el primer secretario sugirió que esos errores probablemente habían contribuido al desencadenamiento de la Guerra Fría. «Nosotros empezamos la guerra de Corea, y todavía ahora seguimos pagando las consecuencias». «¿Quién necesitaba esa guerra?», preguntó Jrushchov en un alarde de retorica. La improvisada y mordaz observación fue tan provocadora que fue suprimida de la versión impresa de la transcripción del pleno.[28]

En el pleno, Molotov perdió su autoridad en política internacional, aunque siguió siendo el titular del Ministerio de Asuntos Exteriores hasta junio de 1956. A partir de aquel momento la capa de gran estadista pasaría a cubrir las espaldas de Jrushchov. Durante un tiempo el nuevo líder seguiría sintiéndose inseguro en su nuevo papel e intentaría

compartir responsabilidades con otros. La delegación enviada en julio de 1955 a la cumbre de Ginebra de las cuatro grandes potencias estaba formada por Bulganin, como jefe oficial, Jrushchov, Molotov y Zhukov. En público actuaron como un grupo de iguales.

Sin embargo, tanto Eisenhower como otros políticos occidentales enseguida supieron ver que Jrushchov era el que en realidad mandaba. A partir de ese momento supieron perfectamente quién iba a ser el interlocutor de Occidente en el Kremlin.



LA «NUEVA POLÍTICA EXTERIOR»

Los oligarcas del Kremlin observaban el mundo bajo el prisma heredado de Stalin. Al igual que el dictador, se sentían inferiores e inseguros en relación a Estados Unidos. Desde su situación de ventaja, los norteamericanos se dedicaban a rodear la URSS con bases militares y a instalar gobiernos proamericanos alrededor de la potencia comunista (el golpe de estado en Irán en agosto de 1953 que acabó con el régimen de Mohammad Mossadeq es sólo un ejemplo de esa política). Los soviéticos también eran conscientes de que John Foster Dulles confiaba en que las constantes presiones a la URSS tras la muerte de Stalin provocarían la «desintegración» de la dominación rusa en los países de Europa Central.[29] Troyanovski comentaría que «Jrushchov temía siempre que Estados Unidos obligara a la Unión Soviética y a sus aliados a replegarse en una parte del mundo».[30]

Por su lado, los nuevos líderes sacaban conclusiones distintas de sus observaciones. Jrushchov, Molotov, Malenkov y otros oligarcas se daban cuenta de lo que Stalin, con su orgullo desmesurado, no había sabido ver. Desde la erección del muro de Berlín hasta el estallido de la guerra de Corea, la política soviética se había dedicado a difundir entre los europeos de Occidente el temor de que la URSS emprendiera una guerra relámpago, provocando así la creación de un organismo como la OTAN. Ahora las autoridades soviéticas querían desmantelar esa teoría, mitigar el temor a los soviéticos de las clases medias de Europa Occidental y promover elementos pacifistas en los países miembros de la OTAN.

El fracaso de la diplomacia de Molotov en 1954 hizo que el Kremlin se replanteara la actitud soviética en el ámbito internacional. Después de que una mayoría de comunistas y gaullistas de la Asamblea francesa abortara los planes para la creación de un «ejército europeo» (Comunidad de Defensa de Europa), los miembros de la OTAN acordaron en París el 23 de noviembre de 1954 aceptar que Alemania Occidental formara parte de su organización. Con esta decisión Alemania Occidental quedaba firmemente anclada en la alianza de Occidente. Para las autoridades del Kremlin se hacía cada vez más necesario emprender una nueva política internacional en Europa.[31] El hecho de que falte parte de la documentación relativa a las deliberaciones del Kremlin, recopilada por Vladimir Malin, jefe del Departamento General del Comité Central, pone de manifiesto que la nueva política exterior empezó como un esfuerzo *ad hoc* del colectivo de líderes por corregir los errores cometidos por Stalin. Posteriormente, sin embargo, esa política desarrollaría su propio impulso y sus bases conceptuales. Andrei Alexandrov-Agentov, un veterano de la diplomacia, recordaría que Jrushchov, Mikoyan y Malenkov fueron «los iniciadores de la revisión de las tradiciones estalinistas en política exterior y los primeros en dar un enfoque, hasta cierto punto innovador, de los nuevos problemas del mundo».[32]

Según Alexandrov-Agentov, ese nuevo enfoque «se basaba principalmente en tres pautas: impulsar al máximo las "democracias populares" del este y el centro de Europa, y vincularlas a la Unión Soviética; crear, donde fuera posible, una zona central de amortiguación entre los dos bloques políticos y militares opuestos; y establecer gradualmente sistemas económicos y otras medidas más o menos normales de cooperación pacífica con los países de la OTAN».[33] Jrushchov, como temían muchos líderes occidentales, tenía por objetivo socavar el poder de la OTAN y en último término forzar a Estados Unidos a retirarse de Europa. Posteriormente, en febrero de 1960, durante una reunión del Presidium, reconocería que ese era «su sueño más ansiado».[34] Para cumplir el primer objetivo de su «nueva política exterior», en mayo de 1955 el Kremlin creó la Organización del Pacto de Varsovia. Del mismo modo que la OTAN daba legitimidad a la presencia de soldados norteamericanos en Europa Occidental, la recién

creada organización proporcionaba a la URSS una razón más para estacionar tropas soviéticas en Europa Oriental.[35] Como no tardaría en demostrar el desarrollo de los acontecimientos en Hungría, el nuevo bloque representaba un marco útil para justificar la invasión militar soviética de un país «aliado» con el fin de «salvar» a cualquier régimen comunista que se hallara en su radio de acción. Así pues, daba la impresión de que los soviéticos actuaban no sólo en aras de su propio interés, sino también en el de toda la alianza. Sin demora, en vista de la inminente retirada de Austria de los soldados rusos, el tratado aprobaba el despliegue de tropas soviéticas en Hungría y Rumanía.

El concepto de neutralidad apareció en marzo-abril de 1955 durante las conversaciones del Presidium sobre el tratado con Austria, la primera empresa arriesgada de la nueva política exterior del Kremlin que se coronó con éxito.[36] La reconciliación con Yugoslavia, mientras se intentaba que este país volviera al bloque soviético, también tenía como objetivo inmediato «prevenir una mayor expansión territorial de la OTAN en Europa».[37] Concretamente, esto significaba fomentar la condición de país neutral de Suecia y Finlandia, así como desequilibrar los planes norteamericanos de establecer el llamado «pacto de los Balcanes» con Yugoslavia, Grecia y Turquía. De ahí, el Kremlin pasó a querer fomentar una neutralidad generalizada, ofreciendo a Europa Occidental un sustituto de la protección estadounidense y la idea de un sistema paneuropeo de seguridad y cooperación.

Los objetivos de la nueva política exterior eran fruto del paradigma revolucionario-imperial, pero se caracterizaban por una mayor flexibilidad que los de la política estalinista. Aparte de la nueva tolerancia a la neutralidad, apostaba por la cooperación económica y el comercio. Stalin estaba obsesionado con mantener aislada a la Unión Soviética de cualquier influencia de Occidente, y prefería no estrechar ningún lazo comercial ni económico con países occidentales.[38] El conjunto de líderes, principalmente Mikoyan, responsable de comercio internacional, creía que Stalin había cometido un error. Así pues, volvió a la idea inspirada por el arsenal de la diplomacia bolchevique de los años veinte, época en la que los líderes soviéticos habían considerado las operaciones comerciales con países capitalistas la mejor manera tanto de obtener unas inversiones y unas tecnologías fundamentales, como de adquirir el apoyo de los grandes negocios para mejorar las relaciones políticas. Muchos miembros del Presidium pensaron que los capitalistas formarían colas a las puertas de las embajadas soviéticas en Washington, París, Londres, Bonn y Tokio.[39]

Otros instrumentos predilectos de la nueva política exterior eran la «diplomacia pública» y la propaganda de desarme. La diplomacia pública comportaba los viajes autorizados de artistas, científicos, escritores, músicos y periodistas soviéticos a países de Occidente, con el objetivo de acabar con la idea anticomunista de que la Unión Soviética era una sociedad totalitaria. Empezando por el viaje a Yugoslavia en mayo de 1955, cuando Jrushchov y otros líderes rusos comenzaron a salir al extranjero, lo hicieron —utilizando el atinado comentario de David Caute— «como príncipes renacentistas, acompañados de un séquito de artistas: con ellos iban bailarinas, cantantes y pianistas». El Presidium decidió invitar a la juventud del mundo a un festival en Moscú para que comprobara cuán amistosa, pacífica y abierta era la sociedad rusa.[40]

El colectivo de líderes también fue mucho más lejos que las medidas propagandísticas de Stalin en materia de desarme, y, a diferencia del dictador, esperaba mucho más de sus nuevas iniciativas. En mayo de 1955, para sorpresa de muchos, la Unión Soviética accedió a reducir el número de fuerzas convencionales en Europa y a establecer un sistema de inspección en los puntos de control militares (líneas ferroviarias, aeropuertos, etc.) con el fin de aplacar el miedo a un ataque sorpresa convencional.[41] A corto plazo, estas iniciativas obligaban a Estados Unidos a revisar su propia posición y a entrar en



negociaciones con los soviéticos. A largo plazo, el Presidium se fijaba un objetivo trascendental: cambiar la imagen de la amenaza soviética en Occidente.

La transformación de la política exterior soviética en 1955 fue parte del proceso de desestalinización. Pero sería caer en el simplismo atribuir sus orígenes a una mera lucha entre partidarios y enemigos del legado de Stalin. Los cambios de la política nacional e internacional vinieron provocados, ante todo, por la nueva situación nacional e internacional reinante a la muerte de Stalin.[42] Poco antes del XX Congreso del Partido, el Presidium intentó coordinar todos los elementos necesarios para fijar una nueva política exterior. En lugar de la doctrina estalinista de la guerra inevitable, sus miembros optaron por promover una nueva visión del mundo en la que el capitalismo coexistiría y competiría pacíficamente con la Unión Soviética y sus aliados. Su tesis principal consistía en que la nueva política exterior ayudaría a convencer a los «pequeños burgueses» de Occidente y demás «elementos vacilantes» de las buenas intenciones de la Unión Soviética. Malenkov, uno de los coautores de esa política, diría con satisfacción que «el sistema de las fuerzas de paz se ha visto reforzado». El jefe del Comité de Control del Partido, Nikolai Shvernik, resumiría ese período en los siguientes términos: «Durante un año hicimos un gran trabajo. Convencimos a las masas de que no queríamos la guerra».[43]

Las élites y los principales burócratas del partido aplaudieron la nueva política exterior. Sin embargo, el colectivo de líderes no podía contar con su apoyo automático. Como demostraría el pleno de julio de 1955, los asuntos de política exterior se vieron una vez más, al igual que ocurriera en las luchas políticas de los años veinte, vinculados a cuestiones más amplias de legitimidad ideológica. Jrushchov, Molotov, Malenkov y otros potentados se vieron obligados a explicar y defender sus decisiones en materia de política exterior en reuniones que mantuvieron con las élites del partido.

El tema de un «gran estado ruso» seguía siendo uno de los mayores atractivos para los rusos étnicos del partido y el funcionariado estatal. En cambio, los arquitectos de la nueva política exterior empezaron a hacer hincapié de nuevo en los temas internacionalistas de la «unidad de la clase obrera» y la «solidaridad entre hermanos», tan populares en los tiempos de la Komintern, y tan eclipsados durante el reinado de Stalin. El criterio de Jrushchov, al igual que su personalidad, tenía mucho que ver con el debilitamiento del exacerbado patriotismo rusocéntrico y la reintroducción del romanticismo ideológico en la política exterior soviética. A diferencia de la mente de Stalin, la de Jrushchov no era negativa ni pérfida, ni estaba obsesionada con pronósticos del peor de los casos. Jrushchov creía que el objetivo de la Revolución rusa había sido llevar la felicidad y la igualdad a las masas trabajadoras, y no la recreación de un imperio ruso-céntrico bajo un disfraz distinto. Stalin había evocado las imágenes de los zares, los grandes estadistas y los guerreros de Rusia como sus iguales. En cambio, Jrushchov solía compararse con un niño judío, Pinia, protagonista de su cuento favorito, un muchacho desvalido que logró zafarse de los escollos y peligros de la vida para convertirse en un gran líder.[44]

Jrushchov no había recibido una instrucción suficiente para ser, como Molotov, un dogmático desde el punto de vista ideológico. Es poco probable que llegara a leer las obras de Lenin sobre imperialismo que tanto habían marcado las percepciones de su adversario. Los argumentos que utilizaba en las discusiones sobre política exterior carecían de estructura y de lógica: normalmente los que redactaban los discursos de Jrushchov tenían que reescribir por completo sus discursos y eliminar de ellos expresiones mundanas y opiniones excéntricas. Por otro lado, Jrushchov confiaba apasionada y verdaderamente en la victoria global del comunismo. Esperaba que la combinación de poder estatal soviético y medios revolucionarios contribuyeran a enterrar el capitalismo en el mundo. Como buen romántico revolucionario, rechazaba el imperialismo eurasiático de

prevención impulsado por Stalin. A su juicio, todo el mundo estaba maduro para el comunismo.

La diplomacia de Stalin se había aprovechado cínicamente de la fe comunista y de los que la compartían para cumplir el objetivo de expandir el poder y el imperio del dictador. Stalin había colmado de elogios a la «solidaridad proletaria» y la «fraternidad comunista», pero sólo de boquilla. Jrushchov, en cambio, creía en la justicia social y en un paraíso comunista en la tierra, en la solidaridad de los trabajadores y campesinos de todo el mundo y en la obligación de la URSS de apoyar a los pueblos colonizados en su lucha por la independencia. Para él, el capital moral e ideológico que había ganado la Unión Soviética en su lucha contra el nazismo era algo muy serio. Y estaba consternado por la cruda política imperialista adoptada por Stalin a partir de 1945, especialmente en lo referente a Turquía, Irán y China. Aunque creía firmemente que la Unión Soviética tenía derecho a mantener una presencia militar en Europa Central, Jrushchov era de la opinión de que la brutal presión ejercida por Stalin en Polonia, Hungría y otros países de la zona había ido en detrimento de la causa comunista en esos países y había puesto en entredicho a los partidos comunistas locales.[45]

Jrushchov ofrecía soluciones simples a complejas cuestiones de política exterior, y las sabía expresar en el lenguaje del trabajador bolchevizado, la sal del partido, que se elevó a su posición más encumbrada. En un primer momento, todo esto hizo que su atractivo aumentara a ojos de muchos miembros de la *nomenklatura*, aquellos hijos de campesinos y trabajadores convertidos en *khoziaistvenniki* (gestores económicos) del ingente aparato estatal. No obstante, aquellas soluciones simples crearían un gran número de problemas a la Unión Soviética cuando el nuevo y ampuloso líder hiciera su aparición en el escenario internacional. Cuando llegara este momento, a Jrushchov le costaría cada vez más vender al escéptico y precavido partido y a las élites del estado su versión global y romántica del paradigma revolucionario-imperial.



EL EXAMEN DE GINEBRA

Jrushchov había retomado siempre el discurso de Eisenhower de abril de 1953 en el que el presidente norteamericano se dirigió a los sucesores de Stalin pidiéndoles que se alejaran de los métodos estalinistas. El Presidium presentaba el discurso como un ultimátum, pero Jrushchov recordaba «cuatro condiciones» avanzadas por el presidente Eisenhower: una tregua en Corea, solucionar el problema austríaco, el regreso a sus hogares de los prisioneros de guerra alemanes y japoneses encerrados en campos de concentración soviéticos y empezar a dar pasos para desacelerar la carrera armamentística.[46] Bajo su punto de vista, en verano de 1955 los líderes soviéticos habían cumplido con esas condiciones en lo referente a Corea y Austria y habían puesto en marcha una serie de iniciativas para el desarme que iban mucho más allá que las de Washington.

Curiosamente la solución de la cuestión alemana no figuraba entre las condiciones norteamericanas. Las potencias occidentales no esperaban llegar a ningún acuerdo en lo referente a la reunificación de Alemania; su intención, sin embargo, era aprovecharse de la cuestión alemana de una manera mucho más efectiva. Desde comienzos de 1954 los británicos habían hablado ya del Plan Eden. En el fondo, con dicho plan se pretendía que unas elecciones libres decidieran qué gobierno debía regir en una Alemania unificada.[47] Los políticos del Kremlin rechazaron el Plan Eden, aunque esto perjudicara sus objetivos propagandísticos en Alemania y los países de la OTAN. Desde la detención de Beria, la idea de una Alemania reunificada, especialmente de acuerdo con la línea propuesta por Occidente, era impensable para Moscú. Los líderes soviéticos, informados por los analistas de los servicios de inteligencia, sabían que la administración norteamericana no estaba preparada para entablar unas negociaciones rigurosas.[48] Confiaban, sin embargo, en poder provocar divisiones en la OTAN tendiendo la mano a Gran Bretaña y Francia. El gobierno francés en particular, ocupado en su guerra colonial en Argelia, se mostró seriamente interesado en mejorar las relaciones con la Unión Soviética.[49]

El principal objetivo de Jrushchov y sus camaradas en la cumbre de Ginebra era averiguar si la administración Eisenhower pensaba entrar en guerra con la URSS. Para los miembros del Presidium, el ataque por sorpresa de los nazis el 22 de junio de 1941 era el peor trauma de sus vidas. No podían permitirse por segunda vez interpretar erróneamente las intenciones del enemigo. Otro objetivo consistía en demostrar a las autoridades norteamericanas que no iban a dejarse intimidar por el chantaje nuclear u otras formas de presión. A propuesta de Jrushchov, el mariscal Georgi Zhukov se unió a la delegación pensando que el militar soviético y Eisenhower, ambos hombres de ejército, que, además, se profesaban respeto y admiración (el norteamericano invitó incluso a Zhukov a su país en 1945, pero Stalin impidió el viaje), podrían hablar de manera distendida y con claridad. Una vez en Ginebra, Jrushchov y Zhukov hicieron todo lo posible por ganarse a Eisenhower: la opinión de Occidente de que el gobierno postestalinista había fracasado estaba equivocada; el nuevo gobierno lo tenía todo bajo control, estaba más unido que nadie y contaba con más apoyos que nunca.[50]

La administración Eisenhower tenía una serie de prioridades que entraban en conflicto unas con otras. Como indica el historiador Richard Immerman, en la cumbre de Ginebra, John Foster Dulles «no tenía incluido en su agenda solucionar problemas pendientes de la guerra y la paz, sino sentar las bases de una progresión futura hacia la merma o reducción de poder de la URSS». El secretario de Estado explicó su gran idea, que no era otra que «echar a los rusos de los países satélites… Ahora, por primera vez, esto no es una quimera». Eisenhower, como demuestra la documentación recientemente investigada,

tenía una prioridad bien distinta: el control del armamento nuclear.[51] La administración Eisenhower se enfrentó a la necesidad de reconsiderar su política de oposición a cualquier tipo de contacto de alto nivel con líderes comunistas a largo plazo. Como comentaría tristemente John Foster Dulles tras la cumbre de Ginebra, «nunca *quisimos* ir a Ginebra, pero la presión mundial nos obligó».[52]

La delegación del Kremlin llegó a Ginebra en julio de 1955 en estado de excitación y ansiedad. Jrushchov y sus camaradas temían que Occidente les tendiera una «emboscada» con iniciativas sorpresa. Según Georgi Kornienko, veterano del Comité de Información —una división de análisis del Ministerio de Asuntos Exteriores—, un grupo de expertos de su comité voló a Ginebra con la delegación soviética, y durante la cumbre estuvo trabajando en estrecha colaboración con todos los departamentos de los servicios de inteligencia rusos, proporcionando a la delegación soviética los comunicados del otro bando que se iban interceptando, además de colaborar en su interpretación.[53]

No obstante, el impactante anuncio del «Plan de Cielo Abierto» de Eisenhower, la propuesta de permitir vuelos de reconocimiento para reducir las sospechas de guerra nuclear de uno y otro bando, cogió por sorpresa a la delegación soviética. El presidente norteamericano, preocupado por la dinámica que estaba adquiriendo la carrera armamentística nuclear, consideraba que su propuesta era una oportunidad «para abrir una pequeña puerta en el cercado del desarme». Sin embargo, en 1955 ni las autoridades estadounidenses ni las soviéticas estaban dispuestas a poner en práctica esa idea. Bulganin, como señalarían los norteamericanos, reaccionó con interés, pero Jrushchov enseguida descartó el plan, calificándolo de «descarada estratagema de espionaje».[54]

La troika formada por Jrushchov, Bulganin y Zhukov abandonó la cumbre sin llegar a acuerdo alguno, pero dando grandes suspiros de alivio. Marcharon con la convicción de que eran capaces de relacionarse con las grandes potencias capitalistas como había hecho Stalin, incluso tal vez mejor. Los líderes de Occidente asistentes a la cumbre no habían conseguido intimidarlos ni desorientarlos. Otro dato importante es que Eisenhower se había dirigido a ellos prácticamente de igual a igual, sin utilizar un tono de condescendencia. Fuentes norteamericanas demuestran la exactitud de esta última afirmación.[55] Jrushchov llegó a la conclusión de que Eisenhower era un tipo tranquilo, bonachón y no especialmente portentoso, que delegaba los temas de política exterior en su secretario de Estado, John Foster Dulles. Otros observadores soviéticos compartieron esa misma opinión.[56] Las conversaciones informales que mantuvieron Eisenhower y Zhukov vinieron a confirmar la impresión de los líderes soviéticos de que el presidente estadounidense temía que estallara una guerra nuclear.[57]

El «espíritu de Ginebra» después de la cumbre trajo esperanzas para la distensión en Europa. Pero el compromiso de la oligarquía del Kremlin con el paradigma revolucionario-imperial no ofreció base alguna para que la URSS y Estados Unidos llegaran a un acuerdo. Aunque demostraran al mundo su disposición a tomar medidas constructivas para asegurar el desarme, tanto el Kremlin como los jefazos de su ejército nunca tuvieron la intención de ponerlas en marcha. Antes de proponer esas iniciativas para el desarme, el Presidium informó confidencialmente a las autoridades comunistas chinas de que no se corría el peligro de que las instalaciones secretas de la URSS quedaran invadidas de inspectores occidentales, pues el «bloque angloamericano no querrá eliminar el armamento atómico ni prohibir su producción». En noviembre de 1955 el «espíritu de Ginebra» ya estaba desvaneciéndose. Molotov, que seguía teniendo la cartera de Exteriores, rechazó todas las propuestas de ampliar los contactos soviéticos con el resto del mundo por considerarlo una «injerencia en los asuntos nacionales».[58]

El fracaso de la cumbre de Ginebra para alcanzar un acuerdo sobre la unidad de Alemania supuso que la división de este país siguiera siendo causa de inestabilidad e inseguridad en Europa. Incluso con anterioridad a la cumbre, el canciller Konrad Adenauer,



en respuesta a la presión púbica tras la adhesión de Alemania Occidental a la OTAN y la firma del Tratado del Estado de Austria, propuso desplazarse a Moscú una vez concluidas las conversaciones de Ginebra para iniciar unas negociaciones por separado. En septiembre de 1955 Adenauer, junto con una nutrida delegación, llegó a Moscú para entablar unas agotadoras y emotivas conversaciones con las autoridades del Kremlin. Fruto de ellas sería el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países y la liberación de los últimos prisioneros de guerra alemanes que quedaban en los campos de concentración de la URSS. Inmediatamente después, las autoridades soviéticas invitaron al primer ministro de la RDA, Otto Grotewohl, a Moscú para firmar un acuerdo bilateral que reforzó todavía más la soberanía del régimen de Alemania Oriental.[59]

Esta jugada diplomática parecía inteligente. Pero lo cierto es que las autoridades soviéticas se estaban arrinconando en una esquina de la que no podrían salir sin desprestigiarse. La insistencia soviética en mantener permanentemente dividida Alemania concedió a Ulbricht, que estaba revelándose como el líder indiscutible de la RDA, una influencia todavía mayor en la política de la URSS.[60] Además, el Kremlin corría el peligro de parecer el enemigo de la reunificación alemana. Comprendiendo ese riesgo, Molotov propuso en noviembre de 1955 que la línea soviética en las conversaciones sobre Alemania debía seguir los principios del Plan Eden. A cambio del beneplácito soviético a la celebración de unas elecciones universales y libres en toda Alemania, Molotov dijo al Presidium que las potencias occidentales deberían rechazar la entrada de Alemania Occidental en la OTAN y establecer un Consejo Pangermánico, que integrara a las dos Alemanias, para la puesta en marcha de la reunificación. También tendrían que acordar, junto con la Unión Soviética, la retirada de todas las tropas extranjeras en territorio alemán en un plazo máximo de tres meses. Molotov sostenía que las potencias occidentales nunca aceptarían semejante propuesta, pues suponía un gran desafío a la unidad de la OTAN. Pero que, por otro lado, esto serviría para mejorar la imagen de la URSS entre los alemanes.[61]

Los argumentos de Molotov tenían sentido, pero Jrushchov derrumbó su proposición. En su opinión, la administración Eisenhower podía tomar la palabra a la URSS y «acceder a la retirada de tropas». Además, las potencias occidentales podían interpretar el cambio de actitud soviético como una victoria por su «postura de tuerza». Y, lo más importante, los comunistas de la RDA exclamarían: «Nos estáis traicionando». Seguro de sus palabras, Jrushchov, apoyado por el resto del Presidium, auguró que los soviéticos podían cumplir dos objetivos simultáneamente: la preservación de una Alemania Oriental socialista y la desestabilización de la OTAN. Este episodio viene a demostrar una vez más que la RDA, otrora instrumento de los objetivos soviéticos en Europa, se había convertido en uno de los principales activos de la URSS con el que no era posible negociar.[62]

La cumbre de Ginebra, comentaría Jrushchov tiempo más tarde, «volvió a convencemos de que no se daba ninguna situación de preguerra en aquellos momentos, y que nuestros enemigos tenían miedo de nosotros del mismo modo que nosotros lo teníamos de ellos». Las autoridades del Kremlin llegaron a la conclusión de que la diplomacia soviética había hecho tambalear la cómoda posición de superioridad de los norteamericanos, obligando a Estados Unidos a sentarse a la mesa de las negociaciones. Al contrario de sus pretensiones iniciales, esa conclusión animó a Jrushchov y a sus colegas a seguir una cautelosa política defensiva y a llevar su ofensiva fuera de los teatros principales de la Guerra Fría. En otoño de 1955 esta actitud desembocaría en una gran jugada estratégica de la URSS en el Medio Oriente árabe.

EL APOYO A ALIADOS RADICALES

Stalin había fracasado en la formulación de una política coherente en Oriente Medio. En enero de 1953, en plena crisis por el «caso de los médicos del Kremlin», el dictador decidió romper las relaciones diplomáticas con Israel; por aquel entonces tal vez planeara utilizar la falaz cuestión de la «conspiración sionista» como pretexto de una gran purga.[63] Entre 1949 y 1954 la postura oficial soviética fue que los países árabes de Oriente Medio, así como Turquía e Irán, estaban gobernados por regímenes reaccionarios al servicio de los angloamericanos en la lucha por la región. Varios expertos y diplomáticos soviéticos querían que el Kremlin apoyara la oposición árabe a los intentos de Estados Unidos de crear un bloque antisoviético en la zona, pero no se atrevían a manifestarse contra la línea seguida por el gobierno. A la muerte de Stalin, la postura oficial soviética ante los regímenes nacionalistas árabes siguió inmutable; en la correspondencia diplomática y los memorándums secretos redactados para el Presidium se calificaba al líder egipcio, el general Muhammad Naguib, y a su sucesor, el también general Gamal Abdel Nasser, de «enemigos», e incluso de «fascistas», pese a sus posturas de no alineación en la Guerra Fría. Según el análisis del Comité de Información de marzo de 1954, Nasser chantajeaba a los británicos con la amenaza de un posible acercamiento a la URSS para conseguir concesiones en el control del canal de Suez.[64] Opiniones similares hicieron que Moscú rechazara los intentos de acercamiento del primer ministro de Irán, Mohammad Mossadeq, en 1952 y 1953, lo que probablemente supuso que la Unión Soviética perdiera una oportunidad de mejorar sus relaciones con ese país.[65]

El enfrentamiento con Molotov y la necesidad de obtener logros espectaculares impulsaron a Jrushchov y a sus partidarios a redescubrir el potencial que tenía la cuestión del nacionalismo árabe en Oriente Medio. En julio de 1955, inmediatamente después de las devastadoras críticas de Molotov ante el pleno del partido, el Presidium envió al nuevo secretario favorito de Jrushchov en el Comité Central, Dmitri Shepilov, a Oriente Medio en una misión de reconocimiento. Shepilov se entrevistó con Nasser y lo invitó a visitar Moscú; también empezó a establecer relaciones amistosas con otros líderes árabes que se negaban a unirse a los bloques occidentales. Tras su viaje por Oriente Medio, Shepilov regresó a Moscú convencido de que la región tenía un gran potencial para lanzar otra «ofensiva pacífica» contra las potencias de Occidente. Andrei Sajarov y otros ingenieros nucleares fueron invitados casualmente a asistir a la reunión del Presidium el mismo día en que éste debatía el informe de Shepilov. Un oficial se encargó de explicarles que los líderes estaban discutiendo un cambio decisivo de los principios de la política soviética en Oriente Medio: «A partir de ahora daremos nuestro apoyo a los nacionalistas árabes. El objetivo a largo plazo es la destrucción de las relaciones existentes entre los árabes y Europa y Estados Unidos, esto es, provocar una “crisis del petróleo”, lo que generará numerosos problemas para Europa y hará que ésta dependa más de nosotros».[66] En medio de aquella situación de estancamiento estratégico por la que pasaban las relaciones con Europa y Extremo Oriente, esa región supuso una nueva salida para el renovado optimismo y romanticismo ideológico del Kremlin.

Las consecuencias de ese giro político fueron inmediatas. Las adormecidas conversaciones entre Egipto y Checoslovaquia para la venta de armamento llegaron rápidamente a un final feliz: de Checoslovaquia empezó a salir una marea de armas de diseño soviético con destino a Egipto y Siria. Moscú suministró a Egipto medio millón de toneladas de petróleo y acordó proporcionarle tecnología atómica. En vano las autoridades de Occidente e Israel, preocupadas por aquella situación, intentaron protestar pública y privadamente contra la nueva política soviética.[67] La lucha entre Moscú y Occidente por



el Oriente Medio árabe acababa de empezar: durante los siguientes veinte años, generaría una carrera armamentística sin precedentes y sería el desencadenante de tres guerras. En el futuro inmediato, Moscú saldría vencedora y acabaría con el plan de Occidente de contener a la Unión Soviética por su flanco sur. Contemporáneamente, como ocurría en la RDA, las sustanciosas inversiones soviéticas en sus países clientes árabes convertirían Egipto y Siria en importantes activos, similares a Alemania Oriental, que el Kremlin no podría permitirse perder. Esta aventura en Oriente Medio empezaría como una jugada geopolítica, pero acabaría por convertirse en un elemento sumamente decisivo en la expansión imperial soviética de los años setenta.

Mientras intentaban ejercer su influencia en Oriente Medio, los soviéticos trataban de reforzar su alianza con China. Las relaciones entre ambos países seguían siendo un factor crucial de la política exterior de la URSS. La alianza chino-soviética de febrero de 1950 hacía que la política exterior rusa se pareciera a la del águila imperial de los zares, pues miraba tanto hacia Occidente como hacia Oriente. A la muerte de Stalin, el Kremlin ya no pudo, o no quiso, tratar a las autoridades chinas como socios inferiores. Los líderes del Presidium rivalizaban unos con otros por viajar hasta Beijing. Su primer triunfo fue conseguir una invitación para una delegación de la República Popular China (RPCh) a la Conferencia de Ginebra sobre la cuestión de Indochina que se celebró en mayo-julio de 1954. Durante la misma, Zhou Enlai se sentaría en la misma mesa que los representantes de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética. Molotov trató a los chinos con el respeto debido; tanto él como otros líderes soviéticos creían que el regreso de China al club de las grandes potencias constituía uno de los principales objetivos de la diplomacia soviética.[68] En septiembre-octubre de 1954, Jrushchov se convertiría en el primer líder del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) que viajaba a la RPCh. Fue un encuentro ventajoso para ambas partes: Jrushchov se procuró la munición necesaria para arrebatar el aura de estadista a Malenkov y Molotov; los líderes chinos obtuvieron de Moscú el apoyo político y económico tan imprescindible en un momento en el que Beijing entraba en confrontación con los nacionalistas de Taiwán por el archipiélago costero.[69]

Jrushchov pensaba que había hecho todo lo necesario para encauzar las relaciones chino-soviéticas. Cumplió finalmente la promesa de Stalin de devolver a China todos los activos soviéticos en Manchuria (esto es, las empresas conjuntas, la base soviética de Port Arthur y la línea ferroviaria). Se opuso a las objeciones que pusieron los burócratas a la generosidad de los términos de la ayuda soviética a la RPCh. El historiador Odd Ame Westad definiría la asistencia soviética a China entre 1954 y 1959 como el «Plan Marshall de la URSS». La asistencia equivalió al 7 por 100 de la renta nacional soviética correspondiente a dicho período. Miles de expertos soviéticos trabajaron en China, contribuyendo a la modernización de la industria del país, a la creación de una base científica y tecnológica moderna y a la construcción de un sistema educativo y sanitario. En agosto de 1956, y a expensas de su propio plan económico, los soviéticos ya estaban enviando a China la mayor parte del nuevo equipamiento industrial que producían. Entre las élites de la URSS comenzó a difundirse la romántica visión de que las relaciones chino-soviéticas eran «verdaderamente fraternales» y se basaban en unos intereses comunes más que nacionales. El Presidium decidió incluso ayudar a China en la elaboración de un programa atómico propio. En consecuencia, los laboratorios nucleares soviéticos recibieron la orden de colaborar con los chinos en la fabricación de una bomba de uranio y de proporcionarles un prototipo funcional.[70]

Durante la crisis de Taiwán (agosto de 1954-abril de 1955), el Kremlin reaccionó con preocupación ante las intenciones de Beijing de «liberar» la isla. Los potentados de Moscú habían aprendido la lección de la guerra de Corea. Otro enfrentamiento armado en

Extremo Oriente habría hecho descarrilar los planes soviéticos en Europa y, lo peor, habría arrastrado a la Unión Soviética a un enfrentamiento con Estados Unidos en un momento en que las estratégicas armas nucleares norteamericanas podían alcanzar y destruir cualquier objetivo en territorio ruso (y las fuerzas soviéticas seguían sin tener nada con que responder).[71] No obstante, el deseo de afianzar la alianza chino-soviética era tan fuerte en Moscú, que los líderes del Kremlin decidieron ofrecer apoyo político, económico y militar a la RPCh durante la crisis de Taiwán. En la cumbre de Ginebra la delegación soviética apeló a Eisenhower para que se llegara a una solución pacífica con la RPCh.[72]

Aparentemente, las relaciones chino-soviéticas mejoraban. Pero en la realidad ya contenían las semillas de una futura escisión. Los chinos apoyaban la idea del Pacto de Varsovia, pero su silencio respecto a otros aspectos de la diplomacia rusa, especialmente en lo tocante a la reconciliación con Tito, era muy significativo.[73] A ojos de las autoridades chinas, el Kremlin seguía desempeñando un papel de superioridad en las relaciones con su país, y ellas querían que éstas fueran «de igual a igual». El historiador Chen Jian considera que ese deseo de Beijing de una «igualdad» poco definida era en realidad el reflejo de una mentalidad china de superioridad.[74] Lo que significa que, hicieran lo que hicieran las nuevas autoridades soviéticas, nada resultaría suficientemente satisfactorio para sus aliados chinos. Mao Zedong, en particular, quería desafiar la supremacía soviética en el mundo comunista y abogar por la confrontación con el «imperialismo norteamericano» como verdadera alternativa revolucionaria a la diplomacia de distensión.[75] Por otro lado, a finales del mes de abril de 1955, Zhou Enlai asistió a la conferencia de países asiáticos celebrada en Bandung, Indonesia, en la que la RPCh reconfirmó su adhesión a la declaración sobre *Pancha Shila*, los cinco principios de coexistencia pacífica inspirados por el código moral budista (el primer ministro hindú, Jawaharlal Nehru, empezó a referirse a ellos en 1952, y se convirtieron en la base de las conversaciones entre India y China de junio de 1954). Visto con retrospectiva, resulta evidente que la nueva política china no era más que una respuesta contraria a la nueva política exterior de los soviéticos.



UN AÑO DE GRANDES CRISIS

El ataque de Jrushchov contra Stalin en un discurso secreto pronunciado el 25 de febrero de 1956 durante el XX Congreso del PCUS inauguraría la fase final, y la más dramática, de la lucha por la sucesión. La reciente desclasificación de los archivos ha permitido a los historiadores el estudio de la situación política interna en la que se produjo ese extraordinario acontecimiento.[76] A instancia del primer secretario, la comisión del Presidium para la rehabilitación de las víctimas de Stalin preparó los memorándums sobre las represiones llevadas a cabo por el dictador. Los hechos recogidos por la comisión que aparecen en los archivos ofrecen una imagen gráfica del asesinato de la Vieja Guardia bolchevique por orden de Stalin; no resulta sorprendente que incluso algunos estalinistas convencidos del Presidium y de la secretaría del partido quedaran realmente impactados, entre otros, Pyotr Pospelov, jefe de la citada comisión.[77] Sin embargo, Molotov, Kaganovich y Voroshilov se mostraron contrarios a la presentación de esos descubrimientos ante el Congreso. Jrushchov desarmó a sus oponentes amenazando con recurrir a los delegados del Congreso. Y volvió a utilizar la misma arma que en el pasado lo había ayudado en su enfrentamiento con Malenkov y Molotov, convocó el pleno y consiguió que los desprevenidos delegados autorizaran formalmente el informe especial sobre Stalin.[78] El memorándum preparado por la comisión no satisfizo a Jrushchov, quien, como el Congreso ya había sido inaugurado, optó por seguir con su objetivo a través de su discurso sobre Stalin. Tras pronunciar el discurso, se puso a improvisar; y sus improvisaciones, según han contado varios testigos, fueron mucho más emotivas y categóricas que el texto preparado. A Jrushchov no le iban las medias tintas: una vez estuvo decidido a acabar con el culto a Stalin, empezó a hacerlo añicos. Cuando encontrara resistencia, la arrollaría sin piedad.[79]

Durante un tiempo dio la impresión de que la política de desestalinización y la nueva política exterior se reforzaban una a otra. Buen ejemplo de ello es el rápido ascenso de Dmitri Shepilov, que en junio de 1956 sustituyó a Molotov en la cartera de Exteriores. En poco tiempo, Shepilov pasó, de editor de *Pravda*, a ocupar el puesto de secretario del Comité Central. Ayudó a Jrushchov a corregir su discurso secreto. Tenía aquello de lo que Jrushchov carecía: cultura, erudición, una buena pluma y sólidos conocimientos de la literatura marxista. El primer secretario esperaba de él que representara en el extranjero el nuevo rostro de la diplomacia soviética con un espíritu de diálogo, compromiso y distensión.

Hasta entonces, la lucha entre Jrushchov y Molotov había complicado el funcionamiento cotidiano de la política exterior soviética. Incluso después del pleno de julio de 1955, los funcionarios del Ministerio de Exteriores seguirían atrapados entre el martillo de Molotov y el yunque de Jrushchov. Sus ideas y propuestas sirvieron de armas en la guerra que libraban el ministro de Exteriores y el primer secretario, lo que provocó que esas propuestas acabaran siendo sacrificadas, recortadas o pospuestas.[80] Dio la impresión de que, cuando Molotov fue sustituido, dejó de producirse esta mezcla desastrosa de política y rivalidad personal con el proceso de toma de decisiones en materia de política exterior. Según el propio Shepilov, Jrushchov lo trataba con respeto y confiaba plenamente en él.[81]

La llegada de Shepilov al Ministerio de Asuntos Exteriores comportó una mayor receptividad de la política exterior soviética al asesoramiento de expertos y la oportunidad de emprender una reforma de la osificada estructura de dicho organismo. Stalin y Molotov habían apartado a la burocracia diplomática del verdadero objetivo de la política exterior. Tanto los miembros del cuerpo diplomático como los burócratas del ministerio vivían

permanentemente en el terror de verse «contaminados» por mantener contactos sospechosos con extranjeros. Los periodistas y escritores rusos que en 1955 visitaron en Nueva York la misión soviética enviada ante la ONU comentarían que los diplomáticos de su país les recordaron los «cangrejos ermitaños», debido a que evitaban cualquier contacto con los representantes de la nación sobre la que se suponía que debían emitir un informe. Shepilov, partidario de un estilo de autoridad más democrático e interactivo, empezó a fomentar los cambios.[82]

Pero esos cambios duraron poco. Jrushchov no quería un titular de exteriores fuerte e independiente. Ello se hizo patente en el curso de la crisis de Oriente Medio provocada por la decisión del líder egipcio, Nasser, de nacionalizar el canal de Suez. A comienzos de agosto de 1956 el Presidium envió a Shepilov a una conferencia internacional que se celebraba en Londres para discutir ese asunto. En un principio, Jrushchov abogó por la cautela en un discurso que pronunció ante el Presidium. En lugar de una postura agresiva y rígida contra Gran Bretaña y Francia, propietarias del canal, el primer secretario defendió una posición «flexible, objetiva y profundamente analítica». Con el apoyo de Zhukov, Malenkov, Bulganin y otros, Jrushchov sugirió que la Unión Soviética debía tranquilizar a las potencias occidentales aclarando sus intenciones: no había ningún plan de «comerse a Egipto y capturar el canal de Suez». La URSS, indicó Jrushchov, debía poner de relieve que su interés radicaba «sólo en el libre tránsito de barcos [por el canal]».[83]

Durante la conferencia, Shepilov mantuvo una posición moderada siguiendo las instrucciones recibidas e hizo todo lo posible por promover una mediación conjunta de norteamericanos y soviéticos en la crisis y por evitar una fricción excesiva entre la URSS, por un lado, y Gran Bretaña y Francia por otro. Sin embargo, todo cambió y se hizo más difícil posteriormente, cuando las potencias occidentales rechazaron las iniciativas soviéticas. De la noche a la mañana, Jrushchov pasaría de una postura de moderación a seguir una línea dura. El primer secretario probablemente se sintiera tentado por la oportunidad de dar una lección a Londres y a París y demostrar su solidaridad con Nasser.[84] Pero Shepilov hizo caso omiso de la orden del Kremlin de denunciar las «descaradas acciones de pillaje y de asalto a mano armada» cometidas por los países de Occidente. Y Jrushchov montó en cólera por el alarde de independencia que había hecho su protegido. El 27 de agosto de 1956, en una alocución ante el Presidium, el primer secretario calificaría la iniciativa de Shepilov de «peligrosa».[85] Cuando a finales de octubre estallara la guerra entre Egipto, por un lado, y Gran Bretaña, Francia e Israel por otro, la belicosidad y las tentaciones ideológicas de Jrushchov primarían por encima de la moderación: el primer secretario no dudaría en utilizar por primera vez la amenaza nuclear para recalcar la presencia política de la URSS en Oriente Medio.[86]

A finales del verano de 1956, Polonia se había convertido en un semillero de disturbios y conflictos dentro del bloque soviético. Los integrantes del gobierno conjunto de la URSS, pese a la reciente reconciliación con la Yugoslavia de Tito, consideraban que el eslogan, «el camino polaco al socialismo», era el comienzo del final del Pacto de Varsovia. En sus debates internos, los miembros del Presidium utilizaban el mismo lenguaje que *Pravda*: «Los imperialistas [de Occidente]» pretenden «separarnos», empleando el lenguaje de los caminos nacionales, «y acabar con todos nosotros uno a uno». Con el objetivo de dar impulso a los comunistas polacos leales, acordaron retirar a los asesores del KGB soviético de los órganos de seguridad de Polonia y la concesión de ayuda económica a este país.[87] Pero en sus mentes todavía se mantenía fresca la experiencia vivida en 1953 en la RDA.

La preocupación del Kremlin se transformó en verdadero pánico el 19 de octubre de 1956, cuando tuvo conocimiento de que los comunistas polacos habían convocado un



pleno, sin consultar con Moscú, con el fin de sustituir a su líder, Edward Ochab, por Wladyslaw Gomulka, quien había sido expulsado del Partido Unificado de los Trabajadores de Polonia (PUTP) —el partido comunista polaco— y había permanecido en prisión desde 1951 hasta 1954 acusado de «desviacionismo nacionalista». Al mismo tiempo, los dirigentes polacos exigieron también la marcha de los asesores militares soviéticos, así como la del mariscal Konstantin Rokossovski, ciudadano ruso de ascendencia polaca que había sido nombrado ministro de Defensa de Polonia por Stalin. Jrushchov y otros potentados del Kremlin se trasladaron inmediatamente a Varsovia y trataron de intimidar a Gomulka y a sus colegas con duras palabras y la fuerza bruta, utilizando la presencia de tropas soviéticas en suelo polaco. La delegación rusa regresó a Moscú el 20 de octubre en un estado de gran tensión y agitación. Ese mismo día el Presidium llegó a una conclusión: «no nos queda más remedio que poner fin a lo que está sucediendo en Polonia». Llegado este punto, las notas de Vladimir Malin se vuelven especialmente crípticas, pero es probable que las autoridades del Kremlin decidieran dar los pasos preliminares para el envío de tropas soviéticas con el objetivo de reemplazar a los dirigentes polacos. Sin embargo, cuando Rokossovski fue destituido del Politburó del PUTP, la dirección colegiada de la URSS empezó a contemporizar. Inesperadamente, Jrushchov sugirió que se adoptara una actitud de «tolerancia» y reconoció que «cualquier intervención militar, bajo las actuales circunstancias, debe abortarse de inmediato». El Presidium se mostró unánimemente de acuerdo.[88]

La razón principal de este sorprendente cambio de opinión tal vez debamos buscarla en el discurso pronunciado por Gomulka ante el pleno de su partido después de que la delegación del Kremlin abandonara Polonia. Prometió construir el «socialismo» y cumplir con las obligaciones que implicaba el Pacto de Varsovia. Otro factor que contribuyó al cambio de actitud del Kremlin fue la reacción que tuvieron los chinos. Los polacos apelaron a otros dirigentes comunistas del mundo, especialmente a los de China, rogándoles que intercedieran para evitar la inminente invasión soviética. Más tarde, cuando las aguas se calmaron, Mao Zedong reconocería que «el PCCh rechazó categóricamente la propuesta soviética [de intervención] e intentó exponer directamente la posición de China enviando de inmediato una delegación a Moscú encabezada por Liu Shaoqi». En una asamblea convocada con carácter de urgencia por el Politburó del PCCh, Mao Zedong culpó de la crisis de Polonia a la tendencia al «chovinismo de gran potencia» imperante en Moscú. Inmediatamente después de la reunión, el líder chino pidió al embajador soviético, Pavel Yudin, que transmitiera a Jrushchov el rechazo de China a una intervención militar.[89]

El 23 de octubre Budapest y el resto de Hungría se alzaron contra el régimen comunista. En vista del peligro evidente que se corría, la dirección colegiada del Kremlin cerró filas y actuó con unanimidad. Sin embargo, las viejas desavenencias políticas y personales aún no habían acabado. Los defensores de la desestalinización y de la nueva política exterior tenían buenas razones para oponerse a una intervención militar directa de la URSS en Hungría, pues semejante acto podía socavar los esfuerzos iniciados en 1955 por vender a Occidente una nueva imagen pacífica de la Unión Soviética. De manera rotunda, Molotov, Kaganovich y Voroshilov echaron la culpa de todo lo que estaba sucediendo a esa línea política y a Jrushchov personalmente. Como el Presidium seguía actuando por consenso, las desavenencias existentes en su seno no podían desembocar en una ruptura declarada. Los partidarios de Jrushchov, e incluso él mismo, cambiaban de postura dependiendo de la dirección que tomaran los debates y el marco en que se inscribieran. Como ocurriera con las discusiones de la cuestión alemana durante la primavera y el verano de 1953, el proceso de toma de decisiones sobre Hungría fue tumultuoso y difícil, lo que viene a reflejar la complejidad de la situación, así como los cálculos personales y políticos de los

dirigentes del Kremlin. El 26 de octubre, tanto los partidarios como los enemigos secretos de Jrushchov en el Presidium aprobaron que las tropas soviéticas entraran en Budapest. El 30 de octubre, sin embargo, el Presidium cambió de opinión y optó por la política de la negociación, dando además su visto bueno a una declaración de los nuevos principios que en adelante guiarían las relaciones de la Unión Soviética «con otros países socialistas».[90]

Durante largo tiempo los observadores extranjeros consideraron que esa declaración no era más que una pérfida trampa tendida por Moscú, pero los historiadores han podido constatar recientemente que fue fruto de los complejos debates del Presidium, los cuales concluyeron con la decisión de renunciar al uso de la fuerza militar en Hungría. El fracaso del empleo sin demasiada convicción de tropas soviéticas para sofocar la sublevación de Budapest, y el número de bajas resultantes de la acción militar, fue lo que hizo inclinar la balanza. Desde la capital húngara, Mikoyan, el enviado especial del Presidium, defendió con consistencia y coraje la política de la negociación y las soluciones de compromiso. Mijail Suslov, otro emisario, se vio obligado a adoptar la misma postura. Zhukov y Malenkov apoyaron la retirada de las tropas.[91]

Un factor inesperado que influyó en los debates del Presidium fue la presión ejercida por una delegación china encabezada por Liu Shaoqi. Los chinos habían llegado a Moscú el 23 de octubre para discutir la cuestión polaca, pero en lugar de ello se convirtieron en espectadores de los debates del Kremlin en torno a la revolución de Hungría. En un primer momento, Mao Zedong, desconocedor de lo que sucedía en las calles de Budapest, ordenó a la delegación enviada a Moscú oponerse a la injerencia soviética en los asuntos de Hungría y de Polonia. Sorprendentemente, los chinos indicaron que las autoridades soviéticas debían suscribir los principios de «coexistencia pacífica» derivados de la Conferencia de Bandung en lo concerniente a las relaciones entre los países adscritos al Pacto de Varsovia. Al parecer, Mao pensó que se trataba de un momento muy oportuno para dar a los soviéticos una lección por su arrogancia imperialista y de resaltar la importancia del PCCh en el movimiento comunista mediando entre los soviéticos y sus satélites del este de Europa. Inducido por los argumentos de sus propios partidarios y los de los comunistas chinos, Jrushchov propuso una política de negociaciones y una declaración basada en la alternativa presentada por los chinos.[92]

La propuesta de dejar en paz a Hungría dividió a los miembros del Presidium. Bulganin, Molotov, Voroshilov y Kaganovich defendían el derecho de la URSS a intervenir en los asuntos de «partidos hermanos». Por supuesto, esto significaba que la fuerza militar soviética podía ser utilizada para reinstaurar regímenes comunistas. Luego el ministro de Exteriores, Shepilov, pronunció un discurso elocuente a favor de la retirada. Dijo que el curso de los acontecimientos ponía de relieve «la crisis en nuestras relaciones con los países de democracias populares. Los elementos antisoviéticos se están propagando» por Europa Central, y, por lo tanto, la declaración debería ser sólo un primer paso hacia la «eliminación de los elementos de despotismo» existentes en las relaciones entre la Unión Soviética y otros miembros del Pacto de Varsovia. Zhukov, Ekaterina Furtseva y Matvei Saburov hablaron, uno tras otro, a favor de la retirada.[93]

El ímpetu no intervencionista dio un vuelco al día siguiente, 31 de octubre, cuando el Presidium votó con la misma unanimidad encargar al mariscal Ivan Konev los preparativos para una intervención militar decisiva en Hungría. Matvei Saburov recordó al Presidium que el día antes había llegado a la conclusión de que una intervención militar en Hungría habría servido de «justificación para la OTAN». Molotov replicó secamente que «la decisión de ayer fue sólo una componenda», y los demás miembros del Presidium se pronunciaron unánimemente en contra de lo que habían dicho apenas veinticuatro horas antes.[94]

Algunos especialistas han atribuido este sorprendente cambio de opinión a acontecimientos externos, sobre todo a los informes del horrible linchamiento de



comunistas en Hungría, a los temores de Gomulka de que la caída del comunismo en Hungría hiciera que Polonia siguiera sus pasos y a la agresión franco-británica-israelí contra Egipto. También se había producido un gran efecto «indirecto» dentro de la propia Unión Soviética: revueltas en las regiones del Báltico y Ucrania Occidental y manifestaciones y huelgas de hambre protagonizadas por estudiantes en Moscú, Leningrado y otras ciudades. La confianza en las autoridades había caído entre los intelectuales y otros grupos sociales.[95] Todos estos acontecimientos y todos estos factores, sin embargo, también eran una realidad el día anterior. La declaración de guerra franco-británica en Egipto difícilmente influiría en el cambio de opinión de Jrushchov. El 28 de octubre, por poner un ejemplo, el líder soviético se manifestó en los siguientes términos a propósito de la crisis del canal de Suez: «Los ingleses y los franceses están armando jaleo en Egipto. No debemos dejarnos ver con semejante compañía». En otras palabras, no quería que la Unión Soviética fuera vista como una potencia agresiva, preparando la invasión de otro país. El 31 de octubre, no obstante, Jrushchov vio esa misma situación con ojos bien distintos: «Si nos vamos de Hungría no haríamos más que alentar las aspiraciones de norteamericanos, británicos y franceses: los imperialistas. A Egipto podrían añadir entonces Hungría».[96] La noticia decisiva que hizo inclinar la balanza fue la declaración del líder húngaro Imre Nagy en el sentido de que su gobierno había decidido retirar a Hungría del Pacto de Varsovia.

Jrushchov se encontró ante una situación terriblemente apurada. No quería socavar su propia política exterior y la nueva imagen de la Unión Soviética. Al mismo tiempo, hacía mucho que temía que la URSS acabara retirándose de Europa Central y que de ese modo sus rivales en la dirección colegiada acabaran imponiéndose. Probablemente tuviera razón, pues la mayoría de los miembros del aparato del partido y las altas jerarquías militares creían que la desestalinización radical era el peor error político de Jrushchov.[97] El 31 de octubre éste se adelantó a las críticas de los partidarios de la línea más dura que habrían arremetido contra él si hubiera «perdido» Hungría. Al mismo tiempo, en respuesta a los reproches de Molotov, que lo acusaba de actuar de manera unilateral, decidió que únicamente se llevarían a cabo intervenciones militares si los líderes de las otras «democracias populares», esto es, la China comunista y la Yugoslavia de Tito, daban su consentimiento. Tras unos cuantos días de viajes y consultas, la opción militar recibió un apoyo unánime. La mañana del día 4 de noviembre de 1956 las tropas del mariscal Konev invadían Hungría.[98]

Mikoyan escribió en sus memorias que la intervención soviética en Hungría «enterró» cualquier esperanza de distensión. En la propia Unión Soviética, el proceso de liberalización se vio sustituido por una oleada de arrestos y expulsiones de estudiantes, trabajadores e intelectuales. El primer secretario salió de la crisis casi como un incapaz. Durante las discusiones que mantuvo el Presidium en torno a la cuestión húngara a comienzos de noviembre, Jrushchov permaneció insólitamente silencioso. Cuando intentaba, como hizo repetidas veces, arremeter contra Molotov, éste le contestaba, dejándolo como un trapo: «Deberías parar de darnos órdenes».[99] Los líderes chinos comenzaron también a dirigirse a los soviéticos con mucha más autoridad. Según la versión china de los hechos, la intervención de la República Popular China salvó a Polonia de la invasión rusa, pero luego hizo que Jrushchov dejara sus dudas de lado y siguiera con su determinación de reinstaurar el «socialismo» en Hungría.[100] Tras la invasión soviética de Hungría, Zhou Enlai realizó una gira por Europa Central y a continuación se trasladó a Moscú el 18 de enero de 1957. Le hizo ver a Jrushchov tres errores: la falta de un análisis general, la falta de autocrítica y la falta de consultas con los países hermanos. Abandonó la URSS con la opinión de que las autoridades del Kremlin carecían de refinamiento y madurez política.[101]

Desde su posición de debilidad, Jrushchov necesitaba la amistad de Mao, y toleró el nuevo papel de China. En su entrevista con Zhou Enlai, cedió a las críticas de China. Durante una recepción en la embajada del gigante asiático, invitó a todos los comunistas «a aprender de Stalin cómo debe combatirse». Más tarde Molotov recordaría con sarcasmo que «cuando vino el camarada Zhou Enlai, empezamos a decir llenos de entusiasmo que todo el mundo debería ser un comunista como Stalin; pero cuando Zhou Enlai se marchó, dejamos de decirlo».[102]

Molotov, que estaba convencido de que los «titoístas» nunca iban a ser amigos o aliados de fiar, seguramente tuviera una sensación agridulce cuando las relaciones soviético-yugoslavas volvieron a deteriorarse tras el acercamiento de 1955. Aunque había apoyado la decisión soviética de intervenir en Hungría y de eliminar de la vida política al líder húngaro Imre Nagy, Tito se vio en un gran apuro cuando —casi por casualidad— Nagy y sus camaradas acabaron buscando refugio en la embajada yugoslava de Budapest. Tras valorar la reputación de independencia que tenía Yugoslavia en el ámbito internacional, se negó a entregar a Nagy a los soviéticos. Se desencadenó un fuerte altercado entre Tito y las autoridades del Kremlin. Un poco más tarde, durante su discurso en Pula el 11 de noviembre de 1956, Tito habló acerca de los «problemas sistémicos» del estalinismo, culpando en parte a las fuerzas conservadoras del PCUS de la tragedia que se vivía en Hungría. También dijo que los partidos comunistas podían verse catalogados a partir de entonces como estalinistas o no estalinistas. Estas palabras enfurecieron a Jrushchov, que durante años se referiría a ellas tachándolas de «traicioneras y despreciables». El Presidium votó que se permitiera que la polémica ideológica con Tito se hiciera pública en las páginas de *Pravda*. La situación no mejoró cuando el KGB consiguió persuadir a Nagy y a sus partidarios de que abandonaran la embajada yugoslava, y luego los detuvo para ponerlos bajo la custodia de Rumanía. Poco tiempo después, los rumanos los entregaron al gobierno colaboracionista húngaro de Janos Kadar. Nagy y algunos de sus seguidores fueron ejecutados tras un juicio que se celebró en secreto, con el beneplácito del Kremlin y diversos líderes comunistas europeos. En privado, Tito seguramente respirara con alivio. En público, sin embargo, el gobierno yugoslavo protestó por la ejecución.[103]

Las veleidades de Jrushchov socavaron su autoridad como hombre de estado entre los estalinistas y los antiestalinistas indistintamente. El Comité Central empezó a recibir una marea de cartas de miembros del partido que sentían una gran preocupación, e incluso desprecio, por la forma de gobernar de Jrushchov. Algunos exigían que se rehabilitara la figura de Stalin como gran hombre de estado y advertían que el enemigo daría caza a una Unión Soviética «desmovilizada» y despreocupada si Jrushchov seguía haciendo de las suyas. Otros se preguntaban si había «dos Jrushchov» en el Comité Central del partido: el que por un lado denunciaba a Stalin y el que por otro instaba al pueblo soviético a aprender de él.[104]



DEFUNCIÓN DE LA DIRECCIÓN COLEGIADA

La débil posición de Jrushchov animó a sus rivales del Presidium a unir fuerzas contra él. En junio de 1957 Molotov y Kaganovich pensaron que era el momento oportuno para echarlo y decidieron tenderle una trampa durante una reunión del Presidium. Jrushchov era uno de los pocos que no sabía ver el peligro que corría su autoridad. «Parecía que se creaba enemigos adrede», reflexionaría más tarde Mikoyan, «pero no se daba cuenta de ello». Malenkov, Bulganin, Voroshilov, Saburov y Pervujin, antiguos aliados de Jrushchov con los que éste también había conseguido indisponerse, se unieron a la trama urdida contra él. Incluso Dmitri Shepilov decidió que Jrushchov debía abandonar el poder.[105]

Pero la falta de unidad política entre los conspiradores constituía un verdadero problema: Molotov y Shepilov criticaban a Jrushchov desde posturas bien distintas y por razones bien diversas. Los conspiradores también se olvidaban de que Jrushchov tenía en sus manos toda la fuerza del poder del estado. La mayor parte de los miembros de la Secretaría, todos ellos protegidos de Jrushchov, lo apoyaban frente a los potentados del Presidium. El ministro de Defensa, el mariscal Zhukov, y el director del KGB, Iván Serov, se convirtieron unos aliados decisivos durante toda la crisis. Con la colaboración de los miembros de la Secretaría, de Zhukov y de Serov, Jrushchov convocó con carácter de urgencia un pleno del Comité Central que restauró su supremacía y en el que se denunció a los conspiradores, acusándolos de constituir un «grupo antipartido». La documentación relativa al pleno de junio de 1957, aunque obviamente sesgada a favor del victorioso Jrushchov y en contra del «grupo antipartido» formado por sus adversarios, ofrece una curiosa perspectiva del carácter inextricablemente unido de la política interior y exterior de la URSS.[106]

La oposición acusó a Jrushchov de destruir la dirección colegiada y de crear un nuevo monopolio en la toma de decisiones en materia de política exterior y otras cuestiones. Molotov denunció la nueva doctrina de Jrushchov, según la cual el acuerdo entre las dos potencias nucleares, esto es, la Unión Soviética y Estados Unidos, podía convertirse en una base sólida para la distensión internacional. Puso de relieve su convicción de que, mientras existiera el imperialismo, tal vez pudiera posponerse, pero no evitarse, una tercera guerra mundial. También dijo que la doctrina de Jrushchov ignoraba el papel que desempeñaban «todos los demás países socialistas, con la excepción de la URSS», especialmente la República Popular China. Además de estas cuestiones doctrinales, a Molotov le repugnaba el estilo campechano, grosero e informal de Jrushchov y su diplomacia personalizada.[107]

Mikoyan fue el que replicó más enérgicamente al grupo de opositores. Recordó las recientes crisis de Polonia, Hungría y Suez, y terminó diciendo que tanto la unidad de los dirigentes soviéticos como las audaces iniciativas puestas en marcha por Jrushchov habían contribuido por igual a la resolución de esos problemas. También acusó a Molotov, Malenkov y Kaganovich de estrechez de miras en su enfoque, puramente presupuestario, de las relaciones comerciales y económicas con los países comunistas de Europa Central y con estados neutrales como Austria y Finlandia. Añadió que Jrushchov, por el contrario, consideraba que los subsidios a esos países constituían una necesidad vital que venía dictada por los intereses de la seguridad nacional de la URSS. «Creemos que debemos crear una base económica para nuestra influencia sobre Austria, para reforzar su estatus de neutralidad, de modo que Alemania Occidental no pueda convertirse en el único catalizador [económico y comercial] de Austria». Y en cuanto al bloque soviético, dijo: «Si dejamos a Alemania Oriental y a Checoslovaquia sin órdenes [de compra], todo el bando socialista empezará a derrumbarse».[108]

Muchos delegados del pleno simpatizaban más con la visión conservadora de Molotov que con subsidios de Jrushchov y su facilidad para provocar crisis. Ni el partido ni las élites del estado eran favorables a la distensión (muchos de sus integrantes eran más partidarios de la línea dura, más militaristas y más rígidos que la mayoría «ilustrada» del Presidium). Al tiempo que rechazaban el dogmatismo de Molotov y denunciaban los errores de la política exterior de Stalin, la mayoría de los asistentes a los plenos utilizaba un lenguaje de marcados tintes ideológicos en sus debates sobre asuntos internacionales y seguridad militar. Sin embargo, no era la política exterior lo que determinaba su postura. Bien al contrario, algunos delegados temían que, si Molotov y Kaganovich lograban imponerse, «volviera a correr la sangre». Por otro lado, la desaparición del viejo grupo oligárquico significaba la promoción de los individuos cuyo nombramiento había sido dictado por Jrushchov. Uno de los que tomó la palabra se quejó de que Molotov «sigue pensando que aún llevamos pantalones cortos».[109] Leonid Brezhnev se encontraba en el grupo que sustituyó a los oligarcas purgados en la dirección política. Como quedaría demostrado con el paso del tiempo, el nuevo Presidium que asumió el poder a partir de 1957 estaba lleno de mediocridades muy por debajo de la vieja oligarquía en cuanto a energía, talento, conocimientos y horizontes.[110] Tenían, sin embargo, una ventaja desde el punto de vista de Jrushchov: creía que dependían totalmente de él.

En octubre Jrushchov culminó su supremacía cuando se deshizo de su mayor aliado, pero también a veces personaje crítico e independiente: el ministro de Defensa, el mariscal Georgi Zhukov. Como en ocasiones anteriores, y con el fin de dar legitimidad a su acción, convocó un pleno especial para los días 28-29 de octubre de 1957. Las actas del pleno no arrojan demasiada luz sobre los turbios detalles de este asunto, pero ponen de manifiesto que había razones (al menos en el ambiente de las luchas por el poder que siguió a la muerte de Stalin) para que Jrushchov sospechara que Zhukov, junto con el jefe del GRU, Sergei Shtemenko, se había dedicado a conspirar contra él. Pero es mucho más probable que fuera el KGB quien comunicara a Jrushchov lo que éste quería oír a propósito de Zhukov. Poco antes de que este hecho ocurriera, Zhukov, junto con Andrei Gromiko, había dicho ante el Presidium que Moscú debía aceptar la idea de «cielos abiertos» promovida por los norteamericanos. Estaba convencido de que Estados Unidos se echaría atrás, lo que daría a la propaganda soviética más puntos a su favor. Jrushchov era escéptico, y en el pleno de octubre se aferró a este episodio para criticar a Zhukov, tanto por su falta de dureza ante la propuesta de Eisenhower, como por su actitud belicista, afirmando que lo que el mariscal quería era utilizar los reconocimientos aéreos para preparar un primer ataque.[111] No iba a ser la última vez que las luchas políticas en el seno del Kremlin acabaran con una apertura diplomática potencialmente prometedora.

Al margen de todas esas falsas acusaciones, los debates del pleno nos ofrecen una valiosa perspectiva de lo que pensaban y discutían al más alto nivel las autoridades políticas y militares de la Unión Soviética. Jrushchov intentó demostrar ante los delegados, especialmente a los militares, que él, y no Zhukov, era quien sabía combinar mejor unas ofensivas diplomáticas de paz con el incremento de poder militar.[112] Fueran cuales fuesen las dudas de los militares soviéticos acerca de todo ese asunto, lo cierto es que apoyaron unánimemente al líder del partido y pusieron en la picota a Zhukov.

Sería el último pleno del mandato de Jrushchov en el que un debate trascendental de política exterior se convertiría en materia de las luchas de poder en la cumbre. La dirección colegiada y las series periódicas de enfrentamientos en el seno del Kremlin habían pasado a la historia. Jrushchov, cada vez más rodeado de individuos dispuestos a acatar sus órdenes ciegamente, no tardaría en convertirse en el único responsable de la toma de decisiones en medio del más absoluto vacío. Tras la eliminación del «grupo antipartido» y de Zhukov, los debates políticos del Presidium pasaron rápidamente a ser ejercicios de ritualismo estéril. Jrushchov, autodidacta de una astucia y un instinto extraordinario, nunca



sintió demasiado la necesidad de recurrir a la experiencia y el consejo de los demás. Todos los departamentos de investigación y análisis que pudiera seguir habiendo en el KGB, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Comité Central se extinguieron bajo el gobierno de Jrushchov.[113]

La elección del sucesor de Shepilov que hizo Jrushchov fue un claro indicio de sus verdaderas intenciones. Hombre austero y poco carismático, Andrei Gromiko era incapaz de brillar en la escena internacional y desde luego no brilló. Jrushchov decidió convertirse en su propio ministro de Asuntos Exteriores, del mismo modo que sería su propio jefe de los servicios de inteligencia o su propio ministro de Agricultura entre los muchos papeles que desempeñó. El joven y refinado diplomático Oleg Troyanovski, que en abril de 1958 pasaría a ser ayudante de Jrushchov en materia de política internacional, recuerda que se dio cuenta inmediatamente de que la política exterior de la URSS iba a experimentar una transformación notable.[114] El líder soviético, tras su triunfo en el ámbito nacional, decidió que estaba preparado para introducir cambios importantes en la política exterior del país. Anhelaba demostrar a las élites políticas y a los militares que era capaz de superar a Stalin en la expansión del poder soviético y su esfera de influencia.

5

La cultura nuclear de Jrushchov,1953-1963

> Que ese invento [la bomba atómica] penda sobre los capitalistas como la espada de Damocles.
>
> JRUSHCHOV a los ingenieros nucleares soviéticos, julio de 1961

El 4 de octubre de 1957, un misil balístico intercontinental (ICBM) soviético lanzó un satélite cuya órbita lo condujo hasta Norteamérica.[1] El Sputnik era un satélite inofensivo y pacífico, pero los analistas norteamericanos se dieron cuenta también de que un misil como ése podía transportar una carga nuclear de varios megatones. Casi inmediatamente, esos mismos expertos advirtieron de la existencia de una «desventaja misilística» que eventualmente podía dar a la URSS la capacidad de destruir las fuerzas estratégicas estadounidenses en un ataque sorpresa. A los norteamericanos, semejante situación les hacía recordar Pearl Harbor, lo que incrementaba su sensación de repentina pérdida de seguridad. A lo largo y ancho de Estados Unidos, las familias de clase media se pusieron a ahorrar para construir refugios nucleares. Los niños participaban en terribles ejercicios de «al suelo y a cubrirse», en los cuales aprendían a protegerse de una eventual explosión atómica refugiándose debajo del pupitre. Un amigo mío que pasó su niñez en Nueva York allá por los años cincuenta recuerda haberse puesto a mirar durante uno de esos ejercicios la silueta de los rascacielos de Manhattan para comprobar si el Empire State seguía en pie.[2]

En realidad, era a los soviéticos a los que les tocaba sentir el miedo nuclear. El equilibrio militar estratégico se decantaba de manera abrumadora a favor de Estados Unidos. La defensa estratégica soviética, dice Steven Zaloga, era «horriblemente cara, técnicamente frágil, y estaba condenada a una obsolescencia prematura». Y los soviéticos carecían además de fuerzas estratégicas nucleares capaces de tomar represalias en caso de un primer ataque norteamericano. Al mismo tiempo, Estados Unidos se basaba en la estrategia de «primer uso» del armamento atómico. Los norteamericanos planeaban utilizar las armas nucleares contra la Unión Soviética para evitar que los rusos se adueñaran de Europa Occidental. El Pentágono creó bases para establecer bombarderos y misiles estratégicos no sólo en territorio norteamericano, sino también en los territorios de sus aliados, concretamente en Gran Bretaña, Alemania Occidental, Italia y Turquía.[3]

Hasta hace poco no se sabía casi nada acerca de las reacciones de la URSS ante la revolución termonuclear y la carrera armamentística con Estados Unidos en la que se enzarzó. Algunos especialistas postulaban que el factor nuclear obligó a Moscú a comportarse de una manera más responsable y moderada durante la Guerra Fría.[4] En realidad, lo que ocurrió fue todo lo contrario. La estrategia de contención y la superioridad estratégica de los norteamericanos hicieron creer a los soviéticos que no tenían más opción que la resistencia o la rendición incondicional.[5] Enfrentado a semejante alternativa, el veleidoso líder soviético Nikita Jrushchov optó por resistir. Decidió soslayar la superioridad nuclear norteamericana mediante la política soviética de extremismo



nuclear, utilizando los misiles atómicos como argumento definitivo durante las crisis internacionales. Semejante decisión provocó los riesgos más peligrosos protagonizados por los soviéticos durante toda la Guerra Fría.

LA BOMBA Y EL DOGMA

Stalin murió justo al comienzo de la revolución termonuclear. En 1953, los programas militares soviéticos ya habían producido varios tipos de armas atómicas, misiles de medio alcance, sistemas de defensa antimisiles, misiles de crucero y submarinos nucleares. Pero resulta que aquello no fue más que la primera fase del gran salto dado por las fuerzas estratégicas nucleares de la URSS. Viktor Adamski, veterano del proyecto nuclear soviético, recuerda que «los años 1953-1962 fueron los más productivos en el desarrollo de armamento termonuclear».[6]

Mientras vivió Stalin, el programa atómico raramente se discutió, si es que alguna vez llegó a discutirse, en el Politburó, y la información en torno a las pruebas atómicas norteamericanas y soviéticas nunca se extendió más allá de un círculo restringido de altos cargos, entre ellos Lavrenti Beria, el ministro de Defensa Bulganin y los grados más altos de la cúpula militar.[7] Llegó entonces la noticia de la inminente gran prueba de la bomba de fisión diseñada por Andrei Sajarov y Vitali Ginzburg en el laboratorio secreto «Arzamas-16». En julio de 1953, un vicedirector del proyecto nuclear, Avraami Zaveniagin, comunicaba a los delegados del pleno del partido lo siguiente: «Los norteamericanos, por orden de Truman, han empezado a trabajar en la bomba de hidrógeno. Nuestro pueblo y nuestro país no son unas nulidades. La bomba de hidrógeno es cientos de veces más poderosa que una simple bomba atómica, y su explosión, en proceso de preparación en estos momentos, supondrá la liquidación del segundo monopolio de los americanos. Será un acontecimiento de capital importancia en la política mundial».[8]

La primera prueba soviética con la bomba de hidrógeno, que tuvo lugar el 12 de agosto de 1953, suministró a los dirigentes soviéticos una enorme carga de optimismo. Durante cierto tiempo, los líderes del Kremlin creyeron, erróneamente, que la Unión Soviética se había puesto a la cabeza en la carrera nuclear. Jrushchov recuerda su entusiasmo: «Nadie más tenía una bomba como esa, ni los americanos ni los británicos. La idea me superaba. Hicimos cuanto estaba en nuestro poder para asegurarnos la pronta realización de los planes de Sajarov». Andrei Sajarov se convirtió inmediatamente en el niño bonito del Kremlin. Según cierto proyecto, aprobado el 20 de noviembre de 1953 por el Presidium del Consejo de Ministros, la bomba de Sajarov, cuya potencia fue aumentada de uno a dos megatones, debía ser montada en un enorme misil intercontinental. Dicho misil sería diseñado por otro colosal complejo creado por Stalin. El principal diseñador del misil intercontinental, Sergei Korolev, prometió llevar a cabo las últimas pruebas a finales de 1957.[9]

El poder termonuclear se convirtió de inmediato en objeto de la política del Kremlin. Tras la detención de Beria, el «zar atómico» en tiempos de Stalin, otros miembros de la dirección colegiada afirmaron que había pretendido utilizar el éxito de la prueba para hacerse con el poder. Fuera cierto o no, era evidente que el programa nuclear era demasiado importante para constituir el feudo exclusivo de un solo político. Inmediatamente después de la detención de Beria, el Comité Atómico Especial y la Primera Dirección General, los principales organismos al frente de los programas nucleares soviéticos, se fusionaron en el Ministerio de Industria de Construcción de Máquinas de Tamaño Medio. Viacheslav Malishev, director de la producción de tanques durante la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en el ministro atómico. Aunque estaba estrechamente relacionado con Malenkov, no era miembro del Presidium.[10] Pero esta innovación no puso fin a las disputas políticas que rodeaban todo lo relacionado con la bomba atómica.



Mientras tanto, Estados Unidos desmintió las pretensiones de superioridad de Moscú en materia de desarrollo termonuclear. En enero y febrero de 1954, el secretario de Estado Dulles puso a todo volumen su retórica de «represalias masivas». Y el 1 de marzo, los norteamericanos comenzaron una nueva serie de pruebas nucleares con la explosión de una bomba de hidrógeno de quince megatones, cuya fuerza explosiva era tres veces superior a la prevista por los científicos. Cuando la enorme nube atómica que cubrió el Pacífico en una extensión de más de diez mil kilómetros cuadrados contaminó a un pesquero japonés, se levantó un clamor mundial exigiendo el cese de este tipo de pruebas. En una conferencia de prensa celebrada el 10 de marzo, Eisenhower y Lewis Strauss, director de la Comisión de Energía Atómica, reconocieron que una superbomba podía destruir toda un área metropolitana y que una guerra termonuclear podía poner en peligro la civilización. Tres meses antes, el 8 de diciembre de 1953, el presidente Eisenhower había presentado en las Naciones Unidas su propuesta de «Atomos para la Paz», en un intento de borrar la imagen de Estados Unidos como país que estaba preparándose para la guerra termonuclear. La propuesta de Eisenhower sugería la realización de esfuerzos conjuntos en la exploración de una energía nuclear pacífica con el fin de ayudar a las zonas subdesarrolladas del planeta. Sin embargo, a la luz de las posteriores pruebas realizadas por los norteamericanos, la propuesta empezó a ser vista como una hipocresía, una simple hoja de parra que pretendía disimular la demostración de superioridad nuclear estadounidense.[11]

Los ingenieros nucleares soviéticos se dieron cuenta de que los norteamericanos habían dado un paso de gigante en la construcción de armas de varios megatones. La bomba de Sajarov no podía alcanzar tanta potencia. En consecuencia, Igor Kurchatov y otros físicos nucleares perdieron interés por el diseño de Sajarov y no tardaron en centrar su atención en el principio de compresión de la radiación, que Edgard Teller y Stanislaus Ulam habían descubierto en enero de 1951 en Estados Unidos.[12] Más o menos por esa misma época, el ministro atómico, Malishev, pidió a Kurchatov que elaborara una contrapropuesta a la tesis de los «Atomos para la Paz» de Eisenhower. Los científicos soviéticos aprovecharon esta oportunidad para llamar la atención de los líderes del Kremlin sobre las turbadoras realidades de la revolución termonuclear. El artículo resultante, titulado «El peligro de la guerra atómica y la propuesta del presidente Eisenhower», llegó a los despachos de Malenkov, Jrushchov y Molotov el 1 de abril de 1954.[13] «La práctica atómica actual, basada en el empleo de la reacción termonuclear», decían en su escrito los físicos, «permite aumentar la energía explosiva contenida en una bomba prácticamente hasta el infinito. La defensa frente a un arma semejante es prácticamente imposible, de modo que es evidente que el uso de armas atómicas a escala masiva dará lugar a la devastación de los países contendientes. No podemos dejar de reconocer que se cierne sobre la humanidad una tremenda amenaza que podría borrar por completo la vida de la superficie de la Tierra». Los autores del escrito sugerían hacer pública la doblez de la propuesta de Eisenhower y dar a conocer los peligros de la guerra termonuclear.[14]

Es probable que esas ideas llegaran en primer lugar a oídos de Georgi Malenkov y que éste decidiera de nuevo anticiparse a otros miembros de la dirección colegiada con un pronunciamiento autorizado. El 12 de marzo de 1954, el presidente del Consejo de Ministros dijo en un discurso público que la continuación de la Guerra Fría entre la URSS y Estados Unidos desembocaría en la ruptura de las hostilidades, «cosa que con las armas modernas supone el fin de la civilización mundial». Se trataba de una sorprendente manera de apartarse del discurso político soviético en materia de armamento nuclear. Por ejemplo, el discurso pronunciado por Mikoyan ese mismo día contenía el estribillo tradicional que afirmaba que «las armas de hidrógeno en manos de la Unión Soviética constituyen un medio de disuadir a los agresores y de instaurar la paz».[15]

El discurso de Malenkov reflejaba la agudización de los temores nucleares que asediaban al Kremlin. El 4 de febrero de 1954, la secretaría del partido ratificó el reforzamiento de los búnkeres subterráneos y de los refugios antibomba para el ejército y el gobierno en caso de guerra nuclear. Molotov y Jrushchov, sin embargo, aprovecharon ese distanciamiento de Malenkov de la línea oficial del partido para acusarlo de herejía ideológica. Afirmaron que sus conclusiones pesimistas iban a desmoralizar al pueblo soviético y a sus aliados en todo el mundo, pues ponían en tela de juicio la inevitabilidad del triunfo del comunismo sobre el capitalismo. Atacaron también su discurso desde la posición del «realismo»: cualquier preocupación por las armas nucleares, afirmaban, podía ser interpretada por el enemigo como un signo de debilidad. En su siguiente discurso público, Malenkov admitía que una guerra nuclear conduciría en realidad «a la caída de todo el sistema capitalista».[16]

Según Molotov, una nueva guerra habría traído la «victoria final» sobre «las fuerzas agresivas del imperialismo». El ministro de Defensa Nikolai Bulganin y las personalidades de mayor rango dentro del ejército soviético le dieron la razón. Seguían negándose a reconocer las revolucionarias repercusiones que tenían las armas termonucleares. En septiembre de 1954, el Presidium autorizó la realización de unas maniobras militares en Totskoye, cerca de los Urales. Se hizo estallar en aquel lugar una bomba atómica del tipo de la de Hiroshima con el fin de adiestrar a las tropas. Bulganin y un grupo de mariscales y generales asistieron a las maniobras y se mostraron optimistas: tomando ciertas precauciones, el ejército soviético estaría en condiciones de hacer la guerra atómica.[17]

A pesar de la postura adoptada en público, Jrushchov se mostró al principio muy inquieto por las demostraciones del poder de la energía termonuclear. Tras las pruebas soviéticas llevadas a cabo en agosto de 1953, Jrushchov vio, según las memorias de su hijo, una película secreta sobre la explosión nuclear y regresó a casa deprimido, sin poder recobrar la calma durante varios días. En la película se veían casas hechas añicos y personas con los pies arrancados a varias decenas de kilómetros de distancia de la zona cero. Un testigo de la prueba recordaba que el impacto de aquella explosión «parece que sobrepasó una especie de barrera psicológica. El efecto de la explosión de la primera bomba atómica no había suscitado un terror tan horripilante, *aunque había sido incomparablemente más horrible que cualquier cosa de las que se vieron en la guerra todavía reciente*». Jrushchov, que había tenido que enfrentarse a los horrores de la guerra en 1941-1944, debió de sentir un estremecimiento parecido. Más tarde confirmaría su espanto en una conversación con un periodista egipcio: «Cuando fui nombrado primer secretario del Comité Central y tuve conocimiento de todos los hechos relacionados con la energía nuclear, me pasé varios días sin poder dormir».[18]

Tras el susto inicial, Jrushchov se dio cuenta de que si el miedo de la energía termonuclear era mutuo, podría evitar una futura guerra entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Sospechó que la administración Eisenhower, a pesar de sus preparativos y su retórica, no utilizaría unas armas tan terribles, sobre todo si los norteamericanos temían posibles represalias. Optimista por naturaleza, Jrushchov transformó su angustia en determinación de sobrepasar la superioridad de Estados Unidos. Una vez consolidado su poder, introdujo cambios radicales en la estructura de las fuerzas armadas soviéticas. A comienzos de 1955, cesó el programa de construcción de una gran flota iniciado por Stalin, afirmando que no habría podido resistir un ataque con las nuevas armas, tanto convencionales como atómicas. Llegó a creer, como le ocurriera anteriormente a Eisenhower, que los misiles dominarían la guerra del futuro.[19]

El miedo a la guerra nuclear no cambió la fe que tenía Jrushchov en el paradigma revolucionario-imperial. Bien es cierto que ya no pensaba, como habían creído Stalin y Molotov, que una guerra futura habría supuesto la conversión del mundo al comunismo. Pero pensaba que el equilibrio de temor mutuo perjudicaba más a Estados Unidos que a la



Unión Soviética. Semejante situación habría supuesto que el «imperialismo americano», a pesar de su superioridad económica, financiera, tecnológica y militar, no se habría atrevido a desafiar el control que ejercía el comunismo sobre Europa Central. Además, escudándose en el temor nuclear la Unión Soviética y sus aliados habrían tenido más oportunidades de promocionar mucho más allá de las fronteras soviéticas las causas de la descolonización, la lucha antiimperialista y el comunismo. Los dirigentes rusos, a juicio de Jrushchov, tenían además otra ventaja sobre el gobierno estadounidense; estaban libres de «elementos disuasorios internos», es decir, de un temor de la opinión pública a la guerra nuclear que pudiera chocar con los objetivos globales. La maquinaria propagandística soviética había desarrollado la costumbre de eliminar cualquier signo de pacifismo, y utilizaba unos recursos enormes para combatir la erosión de la militancia ideológica en la sociedad. Con la excepción del discurso de Malenkov, los líderes del Kremlin evitaron asustar al pueblo soviético con las consecuencias de una guerra nuclear. En las escuelas soviéticas de los años cincuenta no se hicieron nunca ejercicios de «al suelo y a cubrirse» (aunque los niños rusos recibían muchísima instrucción paramilitar), y la prensa y la radio sometieron al público a una escasísima dieta de información en torno a las pruebas nucleares, tanto soviéticas como norteamericanas. La curiosa carta de los físicos de abril de 1954 no llegó a publicarse nunca.[20]

Sin embargo, el público soviético *conocía* las bombas atómicas y *leía* cosas acerca de la destrucción de Hiroshima. No sólo los soldados de servicio, sino también muchos civiles miraban con ansiedad los aviones que surcaban los cielos temiendo que alguno de ellos fuera otro *Enola Gay*. Había un abismo evidente entre las realidades de la era nuclear y el dogma ideológico del partido anterior a ellas. Ese abismo suscitaba preguntas y dudas. Durante el verano de 1954, un miembro de la secretaría del partido, Piotr Pospelov, informó a Jrushchov de los «errores» cometidos por el campeón mundial de ajedrez Mijail Botvinnik en la carta que había enviado a la dirección del partido. Botvinnik preguntaba cómo se suponía que iba uno a conciliar el peligro de aniquilación nuclear con la tesis ideológica oficial, según la cual las guerras las empezaban los imperialistas «belicosos» sedientos de beneficios. ¿Debía alcanzar la Unión Soviética algún tipo de acomodo con esos imperialistas? ¿Debía suponer ese acomodo una traición a los «ideales» socialistas? Esas preguntas iban directas al corazón de la ideología soviética y de la propaganda de la Guerra Fría.[21]

El 22 de noviembre de 1955, los ingenieros nucleares soviéticos llevaron a cabo con éxito las pruebas de una bomba de 1,6 megatones. A diferencia de la experimentada en agosto de 1953, esta era una auténtica «superbomba», que utilizaba el principio de compresión de la radiación y de fusión nuclear. Igor Kurchatov y sus ingenieros sabían que, como los norteamericanos, ya podían fabricar armas de varios megatones, o incluso más poderosas. Al término de esas pruebas, Andrei Sajarov sugirió al mariscal Mitrofan Nedelin, jefe militar de las operaciones, que el uso de las armas termonucleares habría supuesto una auténtica catástrofe. Sajarov no era el único que abrigaba este tipo de dudas. Incluso Kurchatov, el director científico del proyecto nuclear soviético, desarrollaría ideas pacifistas, para mayor disgusto de Jrushchov.[22]

El optimismo ideológico y las bravatas militaristas acabaron con el miedo a la guerra nuclear en los círculos militares más altos. Una excepción sería el mariscal Georgi Zhukov, que sustituyó a Bulganin como ministro de Defensa. En julio de 1955 se mostró de acuerdo con el presidente Eisenhower en que con la aparición de las armas atómicas y la bomba de hidrógeno muchas nociones que habían sido válidas en el pasado habían dejado de serlo. Zhukov señalaba que «personalmente él veía lo letal que era este tipo de armas». El presidente norteamericano y el mariscal ruso reconocían también que sólo unas medidas de control de las armas que fueran generando paulatinamente confianza en

unos y otros podrían sacar a ambos bandos de la situación reinante en aquellos momentos y hacer que superaran mutuos temores.[23]



EL NUEVO ESTILO DE JRUSHCHOV

En febrero de 1956, Jrushchov y sus compañeros de la dirección colegiada estaban dispuestos a imponer el dogma ideológico en la era atómica. En el XX Congreso del Partido, Jrushchov renunció a la doctrina estalinista de la inevitabilidad de la guerra mundial y estableció los principios de «coexistencia pacífica» entre capitalismo y socialismo. Pero revisó sólo a medias la interpretación del marxismo-leninismo que había hecho Stalin. Por un lado, dijo que el imperialismo alimentaba las guerras y repitió que el capitalismo encontraría su tumba en otra guerra mundial, si se atrevía a desencadenarla. Por otro lado, añadía, «la situación ha cambiado radicalmente, pues hoy existen poderosas fuerzas sociales y políticas que poseen formidables medios de evitar que el imperialismo desencadene la guerra». Algunos círculos influyentes de Occidente, concluía Jrushchov, habían empezado a darse cuenta de que una guerra atómica no produciría ningún vencedor.[24]

Jrushchov sostenía que la teoría soviética del imperialismo occidental seguía siendo la misma, pero que el poderío termonuclear soviético podía obligar a los imperialistas a ser razonables. Tras la prueba de la superbomba realizada en noviembre de 1955, el líder *soviético* podría basar sus planteamientos en aquella reciente demostración de poder. El 20 de febrero de 1956, tuvo lugar el lanzamiento: con éxito del primer misil balístico de alcance medio cargado con una cabeza nuclear. Jrushchov se sintió impresionado por el enorme potencial destructivo de los ataques con misiles nucleares. Pero de nuevo, como en 1953, logró dominar sus emociones y empezó a buscar los medios de utilizar el poder recién adquirido. Su conclusión cara al público fue la siguiente: «Que estas bombas pongan nerviosos a aquellos que desean desencadenar la guerra».[25]

El objetivo más inmediato de Jrushchov era crear la apariencia de un empate nuclear con el fin de socavar la pervivencia de la OTAN y de las demás alianzas anticomunistas organizadas o patrocinadas por Eisenhower y John Foster Dulles en 1954 y 1955, concretamente la Organización del Tratado Central (la CENTO o Pacto de Bagdad), y la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO). Los misiles norteamericanos fueron desplegados en Turquía, miembro de la CENTO. Jrushchov deseaba deshacerse de esos misiles. Quería también que Estados Unidos reconociera que la URSS era una potencia igual. A juicio de Jrushchov, los norteamericanos sólo se avendrían a hacerlo si se les planteaba una elección tajante entre la guerra y la paz. «Sólo hay dos vías», dijo el primer secretario en el XX Congreso. «O la coexistencia pacífica o la guerra más destructiva de la historia. No hay una tercera vía».[26] Para imponer su criterio a los norteamericanos, Jrushchov necesitaba convencerles de que estaba dispuesto a utilizar las terribles nuevas armas de las que disponía. Así pues, la puesta en práctica de sus nuevos planteamientos no condujo lógicamente a una versión moderada de la disuasión nuclear, sino a una postura extremista en materia nuclear y a un peligroso juego de farol.

En cierto modo, Jrushchov emuló la política y la retórica del presidente Eisenhower y del secretario de Estado Dulles, que en privado manifestaban su horror ante la perspectiva de un holocausto nuclear, aunque dirigieran todas sus energías a mantener la superioridad atómica norteamericana con el fin de alcanzar determinados objetivos en materia de política exterior. Dulles, como concluye un estudio recientemente publicado, intentaba que «las armas nucleares resultaran útiles, pero no como una espada de Damocles suspendida sobre el mundo entero». Durante la cumbre de Ginebra de 1955, Jrushchov se dio cuenta de que tanto Eisenhower como Dulles tenían serias dudas respecto a las armas nucleares. Jrushchov comprendió que su juego (se equivocaba al pensar que Dulles, y no Eisenhower, era el principal estratega) consistía en intimidar a la Unión Soviética sin

resultar demasiado provocativo. Y decidió pagarle con la misma moneda. Pensó que, «como veterano de guerra», Eisenhower no permitiría que la confrontación entre la URSS y Estados Unidos se le fuera de las manos. Con aquellos contrincantes en Washington, Jrushchov creyó que disponía de cierto margen de seguridad para adoptar posturas extremistas.[27]

Como la Unión Soviética carecía aún de ICBM y de bombarderos estratégicos fiables capaces de efectuar un ataque contra Estados Unidos, el primer objetivo de las amenazas nucleares soviéticas fueron los países de Europa Occidental pertenecientes a la OTAN. El primer éxito aparente desde el punto de vista soviético se produjo en noviembre de 1956, durante la crisis de Suez provocada por la agresión anglo-franco-israelí contra Egipto. Por sugerencia de Jrushchov, el Kremlin amenazó a los agresores con un ataque nuclear, al tiempo que intentaba neutralizar a Estados Unidos proponiendo el envío a Oriente Medio de una misión «pacificadora» soviético-norteamericana. En realidad, fue la presión estadounidense sobre Londres y París la que puso fin a la guerra, pero Jrushchov siguió creyendo firmemente que las amenazas soviéticas habían surtido efecto y que fue «Dulles el único que se puso nervioso». En junio de 1957, Mikoyan dijo a los delegados del pleno del partido que «todo el mundo reconocía que con eso decidimos la suerte de Egipto».[28]

El resultado del caso egipcio envalentonó a Jrushchov y le hizo creer que el poderío nuclear era superior a cualquier otro factor en las relaciones internacionales. A partir de ese momento, empezó a pensar que el desarrollo nuclear no sólo era un medio disuasorio, sino también, según el decimonónico teórico de la guerra Carl von Clausewitz, la continuación de la política de estado por otros medios.[29] En mayo de 1957, Jrushchov dijo en una entrevista que la confrontación derivada de la Guerra Fría aparentemente había suavizado las relaciones entre los dos países, la Unión Soviética y Estados Unidos.[30]

En agosto de 1957, se produjo al fin el ansiado adelanto tecnológico en el campo de los misiles. La empresa aeroespacial soviética dirigida por Sergei Korolev realizó con éxito las pruebas del misil R-7 («Semiorka»), el primer ICBM del mundo. El 7 de septiembre, Jrushchov asistió personalmente a una de las pruebas del misil. Autorizó a Korolev a continuar sus innovadores planes de exploración del espacio, y el 4 de octubre, el Sputnik dejó boquiabiertos a los norteamericanos y al resto del mundo. A largo plazo, el efecto del Sputnik galvanizó a Estados Unidos, que inmediatamente se lanzó a otra etapa en la carrera armamentística con el fin de restaurar la confianza de la opinión pública en la superioridad norteamericana. Jrushchov, sin embargo, consiguió lo que quería: ahora los norteamericanos temían la guerra nuclear más que los soviéticos. En febrero de 1960, dijo al Presidium que los misiles intercontinentales habían hecho posible la firma de un acuerdo con Estados Unidos, pues «los americanos de a pie se han puesto a temblar de miedo por primera vez en su vida».[31]

Durante los años sucesivos, el complejo industrial-militar soviético se centró todavía más si cabe en la producción de armas y misiles nucleares más grandes y más numerosos. No obstante, durante muchos años, la Unión Soviética tuvo sólo una capacidad estratégica hipotética contra Estados Unidos. El R-7 era un arma ineficaz y enormemente costosa. Verdadero armatoste de trescientas toneladas, funcionaba con oxígeno líquido, lo que convertía cada lanzamiento en una verdadera pesadilla. La estación de lanzamiento costaba quinientos millones de rublos. En 1959, los diseñadores de misiles soviéticos empezaron a desarrollar otros dos modelos, el R-9 y el R-16, pero ninguno de los dos resultó apto para un despliegue en serie: funcionaban con combustible líquido y eran extremadamente vulnerables a los ataques aéreos. El despliegue de la primera generación de misiles intercontinentales fiables no empezó hasta abril de 1962. Mientras tanto, el armatoste de Korolev tenía que ser transportado por ferrocarril hasta la rampa de lanzamiento en Plesentsk, en el norte de Rusia. A finales de 1959, sólo estaban



operativos cuatro de aquellos armatostes y dos rampas de lanzamiento. En caso de un primer ataque por parte de los norteamericanos, los soviéticos sólo habrían tenido tiempo para realizar un lanzamiento, y, según Sergei Jrushchov, apuntaban a cuatro «ciudades rehén» estadounidenses como represalia: Nueva York, Washington, Chicago y Los Ángeles.[32]

En estas circunstancias, un líder más prudente habría esperado años antes de ponerse a alardear de sus nuevas capacidades estratégicas, pero no Jrushchov. El 15 de diciembre de 1959, el Kremlin anunció la creación de las Fuerzas de Cohetes Estratégicos (RVSN), nuevo departamento de las fuerzas armadas soviéticas. Ciertos factores económicos contribuyeron a la impaciencia de Jrushchov. Había prometido repetidas veces superar a Estados Unidos en la rivalidad económica entre los dos países y elevar de manera notable el nivel de vida de los soviéticos. El atractivo mundial que suscitaba la economía planificada soviética, especialmente en la India, Indonesia, Egipto, y otros países del mundo en pleno proceso de descolonización, era enorme por aquel entonces. Pero la visión romántica de la economía planificada producía unos resultados prácticos cada vez menores. Justo por la época en que se crearon, la economía soviética empezó a decaer. El rápido ascenso de los niveles de vida iniciado en 1953 se detuvo. Jrushchov se jactaba de que el consumismo soviético adelantaría al de los norteamericanos, pero los hechos desmentían sus bravatas. Los sectores no militares de la economía soviética languidecían; tras los éxitos iniciales, el programa agrícola de «tierras vírgenes» se convirtió en una decepción enorme; y las precipitadas medidas que adoptó Jrushchov para frenar el desarrollo de explotaciones agrícolas privadas provocaron la escasez de carne, leche y mantequilla. La ayuda masiva a China, la generosidad cada vez mayor mostrada hacia Egipto, y los subsidios en constante y rápido ascenso a Polonia y Hungría a partir de 1956 sometieron a nuevas tensiones a la economía y los presupuestos de la URSS. Para «corregir las profundas irregularidades en la economía de la población», el gobierno soviético tuvo que anular los tres últimos años del plan quinquenal y anunciar un nuevo plan «de siete años». La promesa de producir cañones y mantequilla resultó más difícil de cumplir de lo que Jrushchov había esperado.[33]

Mientras tanto, las exigencias del nuevo armamento y de los programas de investigación y desarrollo crecían de manera espectacular y superaban con creces los recursos que les habían sido asignados. De 1958 a 1961, la producción militar de la URSS creció más del doble, aumentando del 2,9 al 5,6 por 100 de la renta nacional soviética. Los misiles estratégicos resultaron más caros de lo que había pensado Jrushchov. La construcción de rampas de lanzamiento y silos, incluido un nuevo complejo colosal en Tiuratam, Kazajstán, y de gigantescas fábricas para la producción en serie de armas estratégicas, exigió enormes inversiones de capital. Los proyectos nucleares y de misiles requerían la construcción de «ciudades secretas» que debían atraer a la mejor mano de obra y para ello debían mantener unos niveles de vida altos. Una «ciudad secreta», Snezhinsk, cerca de Cheliabinsk, en los Urales, alojaba el segundo laboratorio nuclear soviético. En 1960, su población ascendía ya a los 20 000 habitantes. Otra «ciudad secreta» cerca de Krasnoiarsk, en Siberia, empezó a producir plutonio para armamento en 1958. Los reactores y los veintidós talleres fueron alojados en una enorme gruta artificial, a una profundidad de 200 o 250 metros bajo tierra; el complejo tenía su propio sistema de metro y una infraestructura urbana de alta calidad, que servía y acogía a varios miles de científicos, ingenieros y obreros.[34]

Al tener que hacer frente a la discrepancia cada vez mayor existente entre las promesas y las realizaciones, Jrushchov estaba impaciente por poner a prueba su «nuevo estilo». Esperaba lograr grandes avances en la cuestión alemana y utilizar los programas nucleares y de misiles soviéticos como un «gran factor de ahorro» en los gastos de defensa.

EL NUEVO ESTILO PUESTO A PRUEBA EN BERLÍN

En noviembre de 1958, Jrushchov planteó a Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia un ultimátum: o convertían Berlín Occidental en una «ciudad libre» en el plazo de seis meses, o él actuaría de forma unilateral y cedería el control del acceso de los occidentales a Berlín al gobierno de la RDA. Al principio, el impulsivo dirigente ruso se mostró dispuesto a declarar extintos los acuerdos de Potsdam —base de la presencia de las potencias occidentales en Berlín—, debido a las violaciones de ello llevadas a cabo por los occidentales. Sin embargo, se dio cuenta de que aquel paso tan radical podía redundar a la larga en perjuicio de la diplomacia soviética. Así pues, se centró sólo en la idea de la «ciudad libre», y en un pacto para el tratado de paz independiente que Moscú pudiera alcanzar con la RDA. A la hora de la verdad, el plazo final fue posponiéndose una y otra vez a lo largo de casi cuatro años.[35] Como Estados Unidos y las demás potencias occidentales se negaron a aceptar el ultimátum, la jugada de Jrushchov dio lugar a la situación de estancamiento entre el Este y el Oeste que se denominaría Segunda Crisis de Berlín. Al principio, el planteamiento del líder soviético dio la impresión de conseguir los resultados esperados. La OTAN sufrió una evidente fractura como consecuencia de la nueva presión ejercida por la URSS. El primer ministro británico Harold Macmillan visitó precipitadamente a Jrushchov en febrero de 1959 en un claro intento de mediar entre el mandatario ruso y Eisenhower. Entre mayo y agosto de ese mismo año se celebró en Ginebra una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores pospuesta durante largo tiempo acerca de la cuestión alemana. Por fin, en el mes de julio, Eisenhower envió al líder soviético una invitación para que visitara Estados Unidos. Los resultados de las conversaciones Jrushchov-Eisenhower en Camp David, desde el punto de vista del mandatario ruso, fueron prometedores. Eisenhower reconoció que la situación, con Berlín convertida en una ciudad dividida en medio de Alemania Oriental, era «anormal». Parecía admitir que debía reanudarse la búsqueda de una solución diplomática de la cuestión alemana en el marco de una cumbre de las cuatro potencias, prevista para la primavera de 1960.[36]

Existen opiniones divergentes acerca de los verdaderos orígenes de este enfrentamiento. Hope Harrison llega a la siguiente conclusión: «El interés de Jrushchov por la RDA, junto con su deseo de obtener prestigio con el éxito de las negociaciones con Occidente, fueron los factores que tuvieron una influencia más constante en él durante esta crisis». Otros estudiosos creen que la actitud del líder soviético fue una reacción ante la creciente integración de Alemania Occidental en la OTAN y ante los planes estadounidenses de «colaboración nuclear», fruto de la doctrina del «primer ataque» con armas atómicas de la OTAN, que suponía una amenaza para la seguridad de la URSS. Hay pruebas de que al Kremlin le preocupaba seriamente la perspectiva de una Alemania Occidental que tuviera acceso a las armas nucleares.[37]

Jrushchov tenía varios motivos de interés en la crisis de Berlín. En primer lugar, se había comprometido a asegurar la existencia de la RDA socialista, compromiso que había proclamado en público repetidamente durante las críticas vertidas sobre Beria y Malenkov. En segundo lugar, estaba decidido a demostrar la eficacia de su nuevo estilo obligando a las potencias occidentales a abandonar la estrategia de contención y a emprender negociaciones con la Unión Soviética. Por último, como sugiere la retórica que empleó, esperaba que una victoria en Berlín precipitara el fin del imperialismo occidental a escala global y contribuyera a promover el proceso revolucionario en los países de Asia y África.

Jrushchov se reía de los temores de su hijo, Sergei. «Nadie emprendería una guerra por Berlín. Por otro lado, ya era hora de arreglar el equilibrio de fuerzas existente en la



posguerra». Jrushchov esperaba, según su hijo, poder asustar a las potencias occidentales y obligarlas a «sentarse a la mesa de negociaciones».[38] El líder del Kremlin creía que el poder nuclear de la Unión Soviética le brindaba una oportunidad de salir airoso allí donde Stalin había fracasado diez años antes, concretamente logrando situar las relaciones con Estados Unidos en un plano de igualdad. Quería resucitar la fórmula de diplomacia de gran potencia exhibida en Yalta-Potsdam que había sido destruida por el bombardeo de Hiroshima y la estrategia de contención norteamericana.

Los misiles nucleares se hallaban en el fondo de aquella jugada. El dirigente soviético deseaba presentar a los gobiernos y a la ciudadanía de los países occidentales una dura elección: o aceptar la responsabilidad de las consecuencias de la guerra termonuclear o desmantelar las defensas antisoviéticas. A veces se ha pasado por alto que el lado frívolo de la diplomacia de fomento de la crisis y el extremismo nuclear practicada por Jrushchov en 1958-1961 fue precisamente su campaña en pro del desarme. El líder del Kremlin quería mitigar la impresión de belicosidad que pudieran dar los soviéticos. En abril de 1957, Jrushchov dijo al Presidium que la Unión Soviética debía emprender una campaña propagandística destinada a prohibir las armas nucleares. De lo contrario, señaló, «perderemos el apoyo de las masas» en Occidente.[39] En noviembre de 1958, la Unión Soviética proclamó una moratoria unilateral de las pruebas nucleares (a los pocos días Estados Unidos y Gran Bretaña habían hecho lo mismo). En febrero de 1960, Jrushchov propuso al Presidium ofrecer a los norteamericanos la destrucción de los ICBM y otras armas nucleares soviéticas con la condición de que eliminaran sus bases militares en la Periferia de la URSS y sus bombarderos estratégicos. «Entonces la OTAN, la SEATO y la CENTO», es decir, todas las alianzas organizadas por los norteamericanos en Europa y Asia, «se precipitarán al abismo». Erróneamente daba por supuesto que aquella propuesta resultaría irresistible para las poblaciones atemorizadas de Norteamérica y Europa Occidental.[40]

En septiembre de 1959, Jrushchov llegó a Estados Unidos por invitación del presidente Eisenhower. Cuando habló por primera vez en la Asamblea General de las Naciones Unidas, reveló, con fines propagandísticos, un plan de «desarme general y completo». Por un lado, Jrushchov debió de creer que su jugada había funcionado. Recorrió Norteamérica de costa a costa, disfrutando a todas luces de que el país capitalista más poderoso del mundo tuviera que tragarse su arrogancia y agasajar al «comunista número uno». Su yerno, Alexei Adzhubei, y una hueste de periodistas soviéticos lanzaron un miniculto a la figura de Jrushchov en la Unión Soviética, presentándolo como un infatigable luchador en defensa de la paz. Se trataba sólo de un rédito más del nuevo estilo, pero quizá fuera el que más ambicionaba el líder soviético. Por otra parte, su encuentro «cara a cara con América» puso de manifiesto la falta de preparación para el juego diplomático que lo caracterizaba. Jrushchov quedó impresionado al ver el poder y la opulencia de Norteamérica; en el fondo, se sentía inseguro y buscó un pretexto para hacer un desaire. Y no logró sacar de Eisenhower ninguna concesión específica sobre Berlín Occidental.[41]

Jrushchov estaba especialmente ansioso por demostrar a sus electores que su planteamiento podía producir beneficios económicos inmediatos. Tras su cacareado viaje a Estados Unidos y anticipándose a una nueva cumbre en París prevista para 1960, en la que esperaba sacar a Occidente algunas concesiones sobre Alemania, el presidente decidió hacer públicas las implicaciones económicas de sus planteamientos. En diciembre de 1959, en un memorándum secreto presentado a los miembros del Presidium, Jrushchov proponía un plan asombrosamente radical de reducción de las fuerzas armadas. La Unión Soviética, sostenía, ya no necesitaba un ejército enorme, pues las fuerzas de misiles nucleares supondrían un elemento disuasorio suficiente para cualquier posible agresor. La reforma proporcionaría a la URSS «grandes ventajas políticas, morales y económicas». El 12 de enero de 1960, en su discurso ante el Soviet Supremo, Jrushchov

anunció una reducción de las fuerzas armadas de 1,2 millones de hombres en tres años. Un cuarto de millón de oficiales fueron obligados a jubilarse, muchos de ellos sin recibir una compensación material, pensiones y alojamientos adecuados, y sin que se les ofreciera posibilidad alguna de reciclaje.[42] Esta reforma militar era, a juicio de Jrushchov, una consecuencia lógica de la creación de las RVSN justo un mes antes.

Nadie se atrevió a criticar los precipitados pasos de Jrushchov, pero en privado algunos oficiales del ejército de alto rango se sintieron aterrados. Las dudas en torno al énfasis puesto en los misiles nucleares y los planes expansionistas sin el respaldo de un poder real habían empezado a surgir poco después de la crisis de Suez. Posteriormente los críticos de Jrushchov afirmarían: «Estábamos al borde mismo de la gran guerra. Nuestro país todavía no se había recuperado de la guerra contra Hitler; el pueblo no quería la guerra, no la esperaba. Por fortuna, todo salió bien, y el camarada Jrushchov presentó inmediatamente las cosas como un fruto de su genio».[43] Los altos mandos del ejército no podían oponerse públicamente a las reformas militares de Jrushchov, pero empezaron a murmurar acerca de la «locura de Nikita», y se resistieron a ella por todos los medios a su alcance. El jefe del estado mayor del ejército, el mariscal Vasili Sokolovski, dimitió de su cargo en protesta por los recortes efectuados por Jrushchov en 1960. Algunos de los generales más inteligentes aprovecharon el «debate teórico» publicado en la revista clasificada *Pensamiento militar* para poner en tela de juicio la excesiva confianza de Jrushchov en las armas nucleares. En 1960 y 1962, el general Petr Kurochkin, el coronel general Amazasp Babadzhanian, y otros autores se mostraron de acuerdo con Maxwell Taylor en *The Uncertain Trumpet* y con Henry Kissinger en *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (ambos libros habían sido traducidos al ruso y publicados en la Unión Soviética), en que la insistencia exclusiva en las represalias nucleares no dejaba ni siquiera opción entre rendición y suicidio.[44]

Jrushchov no logró convencer a sus mariscales y generales, pero los obligó a aceptar su nuevo estilo. El ministro de Defensa, Rodion Malinovski, creó en la Academia del Alto Estado Mayor un grupo especial encargado de preparar un libro secreto sobre estrategia militar en la era nuclear y ordenó al mariscal Sokolovski llevar a cabo el proyecto a regañadientes. El libro elaboraba la tesis de que la próxima guerra iba a ser nuclear y describía la extraordinaria importancia de la fase inicial de la contienda (el primer ataque). Establecía también que el principal motivo de la posesión de armas nucleares por parte de la Unión Soviética no era ya lanzarse a una guerra nuclear, sino disuadir a los norteamericanos de una eventual agresión. Una guerra nuclear habría sido demasiado devastadora y por lo tanto debía ser evitada. El manuscrito tuvo que ser redactado varias veces, hasta que Jrushchov encontró de su agrado la versión definitiva y aprobó su publicación no clasificada en 1962 bajo el título de *Estrategia militar*. En opinión del líder soviético, era un recordatorio «de prudencia» para esos norteamericanos «alocados».[45]

Jrushchov tuvo que enfrentarse a otra crítica inesperada a sus planteamientos, la de los dirigentes de la República Popular de China. En noviembre de 1947, en la conferencia mundial de partidos comunistas, Mao declaró que el nuevo poderío de los misiles nucleares de la Unión Soviética era un motivo para que las fuerzas comunistas se mostraran más agresivas frente al imperialismo occidental. Al mismo tiempo, pidió a Jrushchov compartir con la RPCh la tecnología nuclear y misilística. De 1957 a 1959 los chinos recibieron la tecnología necesaria para la fabricación de misiles R-12 de alcance medio y de crucero y preparación completa para poder construir armas atómicas. Los soviéticos prometieron incluso proporcionar a los chinos una muestra operativa de la bomba atómica. Pero Mao no pudo perdonar nunca a Jrushchov su «discurso secreto», en el que denunció a Stalin sin consultar a los chinos. Creía que la desestalinización era un error grave, quizá incluso un desafío a su propia autoridad. Y la visión de la bipolarización



nuclear de Jrushchov se convirtió en anatema para Mao, porque relegaba a China a una posición secundaria en la jerarquía de las grandes potencias.[46]

La animosidad oculta de Mao se puso de manifiesto cuando el ejército soviético pidió a Beijing construir bases conjuntas para la armada y la flota submarina soviética en el Pacífico. Mao rechazó airadamente la propuesta. El 31 de julio de 1958, Jrushchov, en el más absoluto secreto, voló a Beijing con el propósito de aplacar al líder de la RPCh. Sin embargo, recibió un chaparrón de insultos y fue sometido a un trato humillante por su anfitrión. Quedó asombrado además al descubrir el abismo existente entre su visión de la era nuclear y las ambiciones de Mao. El mandatario chino le hizo a él lo que Stalin había hecho a los norteamericanos tras el bombardeo de Hiroshima: puso por completo en entredicho el factor nuclear calificándolo de «tigre de papel». «Intenté explicarle», recordaría más tarde Jrushchov, «que uno o dos misiles podían reducir a polvo todas las divisiones del ejército chino. Pero ni siquiera quiso escuchar mis argumentos y evidentemente me consideró un cobarde». Jrushchov no comunicó sus preocupaciones a sus colegas del Presidium, pero la prolongada luna de miel chino-soviética había llegado a su fin.[47]

Los chinos siguieron alarmando a los soviéticos. El 23 de agosto de 1958, el Ejército de Liberación del Pueblo de la RPCh, sin advertir ni a Moscú ni a Washington, empezó a bombardear Quemoy, una de las islas situadas frente a sus costas, todavía en manos del Guomindang. Mao hizo el siguiente comentario en su círculo privado: «Las islas son dos batutas que hacen bailar al son a Jrushchov y a Eisenhower». Al escenificar aquella provocación, el líder chino obligó a las autoridades norteamericanas y soviéticas a enzarzarse en el juego del extremismo nuclear, pero esta vez contra su voluntad y según el guión marcado por él. En su correspondencia oficial con el Kremlin, los líderes chinos sugerían que, en caso de que Estados Unidos utilizara armas nucleares tácticas contra la RPCh, la Unión Soviética no debía declarar la guerra a los norteamericanos, a pesar del Tratado Chino-Soviético de 1950. Sorprendidos por esta sugerencia, Jrushchov y el resto de los miembros del Presidium escribieron a Beijing diciendo que semejante situación habría sido «un crimen ante la clase trabajadora mundial» y habría dado al enemigo «esperanzas de poder separarnos».[48]

Jrushchov no habría tenido ningún inconveniente en ayudar a China en el asunto de las islas, siempre y cuando las acciones de los chinos hubieran estado en consonancia con la estrategia de Moscú. Pero las bravatas nucleares de Mao lo dejaron perplejo, considerándolas una mera muestra de dogmatismo irresponsable o de la proverbial «astucia asiática». A Jrushchov le irritaba la idea de compartir su potencia nuclear con el aliado comunista de Oriente. El 20 de junio de 1959, el Presidium canceló silenciosamente la cooperación atómica chino-soviética. Un artefacto atómico con toda la documentaron, a punto de ser enviado a China, fue destruido. El desafío de Mao a la autoridad de Jrushchov molestó profundamente al líder soviético. Según Troyanovski, China estuvo siempre en la mente de Jrushchov.[49] Al mismo tiempo, mientras el bombardeo de las islas por los chinos fracasaba sin producir resultado alguno, Jrushchov esperaba que su farol nuclear resultara provechoso en Alemania y en Berlín Occidental.

EL EXTREMISMO SE TAMBALEA

Justo en el momento en que Jrushchov proponía los recortes unilaterales de tropas soviéticas, su nuevo estilo empezaba a tambalearse. El primer gran fiasco se produjo, una vez más, en China, donde el líder soviético apareció en octubre de 1959, inmediatamente después de su viaje triunfal a Estados Unidos. Evidentemente, el líder soviético creía que iba a llegar a Beijing como triunfador. Había obtenido del presidente Eisenhower el compromiso de celebrar en París una conferencia de las grandes potencias para tratar las cuestiones de Alemania y Berlín. Mao Zedong, sin embargo, se burló abiertamente de lo que parecía una segunda edición del «sistema» Yalta-Potsdam. Los líderes chinos, que celebraban el aniversario de su victoria revolucionaria, decidieron dar una lección al mandatario soviético y lo acusaron de llegar a un acomodo con Estados Unidos a sus expensas. Para evidente satisfacción de Mao, Jrushchov perdió inmediatamente la compostura y la entrevista degeneró en un airado intercambio de exabruptos. Andrei Gromiko y Mijail Suslov, presentes en la reunión, intentaron en vano reconducir las conversaciones hacia una senda positiva. Jrushchov regresó de China de un humor de perros, lanzando maldiciones contra Mao.[50] En el siguiente pleno del partido, ordenó a Suslov informar del mal comportamiento de los camaradas chinos, pero muchos de sus colegas del Presidium y del aparato del estado le echaron la culpa del deterioro de las relaciones chino-soviéticas por su conducta grosera y la torpeza de su comportamiento.

Las críticas de Mao agudizaron las propias dudas de Jrushchov. El líder soviético estaba asumiendo un riesgo enorme. Las reducciones de armamento que había ordenado chocaban con los deseos del ejército y auguraban un futuro incierto al gigantesco complejo de la industria militar, que implicaba, en diversa proporción, al 80 por 100 de las empresas industriales de la Unión Soviética. Sus antiguos críticos, Molotov, Kaganovich y Voroshilov, seguían siendo miembros del partido y esperaban ansiosamente el fracaso de sus planes. Las esperanzas depositadas en el inminente viaje de Jrushchov a París y en la visita de estado del presidente Eisenhower a la URSS eran muy grandes en los círculos oficiales, y especialmente entre el pueblo soviético. De verse frustradas, la autoridad política del presidente e incluso su control de la élite del partido sufrirían un daño irreparable. El líder soviético, que no fue nunca un negociador hábil, perdió repentinamente toda su euforia y empezaron a acosarle las dudas. ¿Qué pasaría si los líderes occidentales lo dejaban con las manos vacías?[51]

El 1 de mayo de 1960 las defensas aéreas rusas derribaron un avión espía U-2 norteamericano cuando éste realizaba un vuelo de reconocimiento sobre las bases de misiles soviéticas, y Jrushchov aprovechó el episodio para poner de manifiesto su rigor no sólo ante Occidente, sino también ante los chinos y ante sus propias fuerzas armadas. Cuando Eisenhower se atribuyó inesperadamente la responsabilidad del vuelo, Jrushchov se sintió traicionado y montó en cólera. En París, exigió una disculpa personal del presidente norteamericano, arruinando definitivamente su relación con él. A finales de 1960, todos los planes de distensión con Estados Unidos habían quedado hechos trizas. El líder soviético destrozó los frutos de varios meses de presión y negociaciones. Muchos diplomáticos soviéticos lo lamentaron. El ministro de Defensa Malinovski y los militares, en cambio, estaban satisfechos porque el nuevo estilo de Jrushchov parecía en aquellos momentos condenado al fracaso.[52]

Este episodio puso de manifiesto la falta de habilidad diplomática de Jrushchov. El líder soviético pretendía algún tipo de acomodo con los norteamericanos, pero ideológica y psicológicamente no estaba preparado para negociar con Eisenhower ni cualquier otro líder occidental. El fracaso de la cumbre de París dejó sólo una parte de la política exterior



de Jrushchov en pie, la presión agresiva sobre Occidente. Las autoridades soviéticas decidieron aguardar los resultados de las elecciones presidenciales norteamericanas para ver quién iba a ser su próximo interlocutor en las negociaciones.

Aquel fiasco demostraba también la terquedad de Jrushchov y su visión del mundo mediatizada por la ideología. No pudo soportar que Mao y que sus colegas en la propia Unión Soviética empezaran a sospechar que era «blando» con el imperialismo occidental. Incluso antes del incidente del U-2, en enero de 1960, Jrushchov aseguró a los delegados del Partido Comunista en Moscú que su política de disuasión de la guerra y de coexistencia pacífica no significaba menos, sino más apoyo a las «guerras de liberación nacional» en el Tercer Mundo. Tras el fracaso de la diplomacia de gran potencia en París, dio rienda suelta a todos sus instintos revolucionarios. La convicción que siempre había tenido de que el poder nuclear soviético aceleraría el proceso revolucionario global se tradujo entonces en una actividad febril para promover la descolonización. Dirigió personalmente la campaña soviética de apoyo a los movimientos de liberación nacional en África, desde Argelia hasta el Congo. Un experto soviético en el Tercer Mundo, Georgi Mirski, diría más tarde que en un momento «en el que el proceso revolucionario en los países occidentales se había congelado», el gobierno de Jrushchov esperaba «utilizar el ímpetu poscolonialista, arremeter contra “el vientre blando del imperialismo” y ganarse las simpatías de los millones de personas que despertaban a la nueva vida».[53]

Este peculiar resurgimiento de la diplomacia «revolucionaria», casi al estilo de la Komintern, culminó en la memorable visita de Jrushchov a Nueva York para asistir a la Asamblea General de la ONU en septiembre y octubre de 1960. Confinado por el gobierno estadounidense en Manhattan «por motivos de seguridad», el líder soviético pasó casi un mes recorriendo la isla de una punta a otra. Era un torbellino de energía. Propuso reforzar radicalmente las Naciones Unidas, fustigó el colonialismo occidental desde la tribuna de los oradores de la ONU utilizando un zapato para recalcar sus argumentos, corrió a Harlem para entrevistarse con el líder revolucionario cubano Fidel Castro, y denunció el imperialismo norteamericano ante todo el que quiso escucharlo. En su mensaje a los miembros del Presidium, decía que le encantaba «maldecir a los capitalistas y a los imperialistas», pero que contaba cada hora que se veía obligado a permanecer en aquel «maldito país capitalista» y en Nueva York, auténtica «madriguera del Demonio Dorado». Su comportamiento en Nueva York, especialmente el episodio del zapato, escandalizó a su propia delegación.[54]

La victoria de John F. Kennedy animó al mandatario ruso, porque su bestia negra, Richard Nixon, había perdido las elecciones. Pero Jrushchov además estaba convencido de que Kennedy era un peso pluma, un niño rico mimado, que no estaba preparado para un enfrentamiento serio. Según todos los indicios, Kennedy no era «otro Franklin Roosevelt», es decir, el tipo de socio que los soviéticos llevaban echando de menos desde 1945. Jrushchov pensó que podría intimidar al nuevo presidente con sus tácticas extremistas. Su confianza aumentó tras el éxito del primer vuelo espacial de Yuri Gagarin en abril de 1961. En cambio, la reputación de Kennedy cayó por los suelos cuando fracasó la invasión de Cuba en la Bahía de Cochinos por unos guerrilleros entrenados por la CIA.[55] Era un momento que no podía perder Jrushchov, una ocasión de ejercer la presión nuclear sobre la Casa Blanca.

El 26 de mayo de 1961, Jrushchov dijo al Presidium que la Unión Soviética debía firmar un tratado independiente con la RDA. Las potencias occidentales tendrían que elegir entre la retirada o la guerra nuclear. Confesó, sin embargo, que no podía garantizar cuál iba a ser la respuesta de los norteamericanos. La invasión de la Bahía de Cochinos, dijo, era la prueba de que el gobierno de Estados Unidos no estaba en las manos firmes de un líder, sino más bien «bajo la influencia de grupos diversos y de situaciones *ad hoc*». No obstante, Jrushchov concluía que valía la pena jugar la baza. «Yo diría que las

probabilidades son de un 95 por 100 a favor de que no haya guerra». Los miembros del Presidium, en aquellos momentos todos partidarios obedientes de Jrushchov, no pusieron ninguna objeción. Brezhnev, Suslov y Gromiko apoyaron la posición del máximo dirigente. Mikoyan, siempre cauto, dijo que Estados Unidos «quizá rompiera las hostilidades sin utilizar armas atómicas», pero consideraba este riesgo mínimo.[56] Animado por esta falsa unanimidad, el primer secretario se comportó con Kennedy en la cumbre celebrada en Viena, la capital austríaca, el 3-4 de junio de 1961, con una sorprendente tosquedad. El diplomático ruso Georgi Kornienko se quedó de piedra al enterarse de que Jrushchov había dicho a Kennedy que más valía que la guerra empezara ahora, antes de que apareciera algún nuevo medio bélico más terrible. Este comentario fue tan provocativo que las transcripciones oficiales, tanto norteamericanas como soviéticas, lo omitieron.[57]

Muchos especialistas en la crisis de Berlín han dado por supuesto que las fuertes contramedidas adoptadas por Kennedy disuadieron a Jrushchov de llevar a cabo cualquier acción unilateral sobre Berlín Oeste. Como prueba, citan el discurso de Kennedy de 25 de julio de 1961, en el que el presidente norteamericano dio ciertos pasos para movilizar a las fuerzas armadas y anunció que los aliados occidentales utilizarían todas las opciones militares a su alcance para defender sus derechos en Berlín Oeste. Citan también el discurso del vicesecretario de Defensa Roswell Gilpatric de 21 de octubre de 1961, en el que desveló que Estados Unidos tenía una gran superioridad numérica en misiles nucleares sobre la Unión Soviética. «Tenemos capacidad para responder a cualquier ataque», dijo Gilpatric, «asestando un golpe que sería por lo menos tan fuerte como el que pudieran dar los soviéticos al atacar los primeros. Por consiguiente, estamos seguros de que los soviéticos no provocarán un conflicto nuclear importante».[58]

A decir verdad, Jrushchov nunca cumplió su amenaza de firmar un tratado de paz unilateral con la RDA, a pesar de su deseo de promover al régimen germanooriental y su soberanía. Al mismo tiempo, la manera de entender el comportamiento de los norteamericanos que tenía Jrushchov era distinta de la que pretendía proyectar la Casa Blanca. Los servicios de inteligencia soviéticos informaron repetidamente al líder del Kremlin de los planes de ataque nuclear preventivo contra la URSS que, utilizando la superioridad estratégica de los norteamericanos, tenía el Pentágono. Aparentemente, esta circunstancia no hizo más que reforzar su instinto de llevar las cosas al extremo. Al líder soviético no le impresionó la idea que tenía de la firmeza de Kennedy, sino más bien la debilidad de éste en el interior. En agosto de 1961, en la reunión secreta de los líderes de los países del Pacto de Varsovia celebrada en Moscú, Jrushchov siguió quejándose de que Kennedy, a diferencia de Eisenhower y Dulles, no podía ser un interlocutor previsible en su juego de tensar la cuerda hasta el extremo. Si Kennedy aflojaba, como había hecho tantas veces Dulles, «lo llamarán cobarde» en su país.[59]

En tal caso, ¿qué se ganaba con provocar a Kennedy? La incoherencia de Jrushchov empezaba a molestar incluso a sus amigos y aliados. Varios líderes de los países del Pacto de Varsovia, empezando por Walter Ulbricht, de la RDA, y Georgi Georgiu-Dej, de Rumanía, muy críticos ya con la desestalinización emprendida por el dirigente soviético, empezaron a manifestar dudas acerca de su política exterior. El descontento entre los militares soviéticos iba en aumento. Oleg Penkovski, un funcionario de alto rango del GRU que en 1960 empezó a trabajar como espía para los servicios de inteligencia británicos y estadounidenses, comunicó a la CIA que un integrante de las fuerzas armadas soviéticas había murmurado que «si Stalin estuviera vivo, habría hecho todas las cosas en silencio, pero este loco suelta sin ton ni son sus amenazas e intenciones y obliga a nuestros posibles enemigos a reforzar sus efectivos militares».[60]

Había otros signos de que la estrategia de las jugadas de farol en materia nuclear estaba llegando a sus límites. El equilibrio del miedo tenía que mantenerse poniendo de manifiesto el horrible potencial de las armas nucleares cada vez más poderosas. Pero la



construcción de silos protegidos y las pruebas de misiles balísticos fiables distaban mucho de estar completas, a pesar de las precipitadas y costosas medidas adoptadas. En octubre de 1960, un nuevo misil R-16 se incendió accidentalmente en la rampa de lanzamiento en Tiuratam, Kazajstán, matando al mariscal Nedelin, jefe de las RVSN, y a otros setenta y tres ingenieros, técnicos y oficiales importantes. A falta de medidas disuasorias creíbles, cualquier solución provisional que quisiera plantearse atraería la atención del Kremlin. El estado mayor del ejercito soviético y el KGB rivalizaban proponiendo medidas tendentes a disuadir a Estados Unidos de plantearse el uso de la fuerza.[61] El 10 de julio de 1961, Jrushchov comunicó a los directivos y a los ingenieros del complejo atómico la decisión de renunciar a la moratoria de las pruebas nucleares que había sido decretada en noviembre de 1958. Apoyó entusiásticamente la idea de los ingenieros nucleares Andrei Sajarov y Yakov Zeldovich, que proponían probar un nuevo artefacto de 100 megatones. Según Sajarov, Jrushchov dijo: «Que este artefacto penda sobre los capitalistas como la espada de Damocles».[62]

El fracaso de la cumbre americano-soviética generó serios temores de cierre permanente de las fronteras entre las dos Alemanias. El número de los refugiados que se pasaban de la Alemania Oriental a la Occidental era cada vez mayor. El rápido deterioro de la situación en la RDA brindó a Ulbricht la oportunidad de presentar al líder soviético un ultimátum. O el Kremlin firmaba un tratado de paz independiente con la RDA y ponía fin a las incertidumbres, o él «perdería» la RDA. Jrushchov se enfrentaba a una confrontación prolongada con Estados Unidos: podía comprobar que Kennedy no estaba dispuesto a ceder Berlín Occidental. Y firmar un tratado independiente con la RDA podía dar lugar a serias contramedidas por parte de los occidentales. Jrushchov no temía el estallido de un artefacto nuclear. Pero temía la imposición de medidas económicas contra la RDA. El líder del Kremlin sabía que en ese caso la economía germanooriental, dependiente en gran medida de los suministros procedentes de Alemania Occidental, se habría venido abajo; y la URSS habría tenido que salvar a su satélite a un precio elevadísimo. Los cálculos hablaban incluso de cuatrocientas toneladas de oro y al menos dos mil millones de rublos en créditos. Para Jrushchov aquello era inaceptable. Decidido a encontrar otra solución, optó por construir el muro alrededor de Berlín Occidental. El 13 de agosto de 1961, Berlín se convirtió en una ciudad dividida, y empezaron los preparativos para erigir una estructura permanente. El Muro de Berlín suponía, a juicio de Jrushchov, un sucedáneo del provocativo tratado unilateral con el régimen de Ulbricht. El dirigente soviético creía que Berlín Occidental se esfumaría económicamente. Suponía también que Alemania Occidental, sin su importante baluarte del Este, pasaría gradualmente de la confrontación a la negociación y a la asociación económica con el bloque soviético.[63] Al mismo tiempo, el líder del Kremlin continuó ejerciendo su presión nuclear. En respuesta a un discurso de Gilpatric, el 30 de octubre la Unión Soviética hizo estallar sólo a media potencia la monstruosa bomba de cien megatones sobre el Círculo Polar Ártico, en Novaya Zemlia. Un Jrushchov jubiloso dijo en el congreso del partido: «Cuando los enemigos de la paz nos amenazan con la fuerza, deben ser contestados con la fuerza; y lo serán».[64]

Pocos días antes, el 25 de septiembre, un altercado entre los soldados norteamericanos y la guardia de frontera germanooriental en el punto de control Charlie, en Berlín, provocó una demostración de fuerza militar por parte de los estadounidenses. Jrushchov ordenó inmediatamente a los tanques soviéticos avanzar hasta el punto de control. Allí permanecieron, con los motores encendidos, enfrente de los tanques norteamericanos.

Lo más importante es que, pese a la evidente crudeza del comportamiento de los soviéticos en Berlín y de la violación de la moratoria de las pruebas nucleares, Jrushchov demostró que él, y no Ulbricht, era el que controlaba Alemania Oriental. Durante la

confrontación en el punto de control Charlie, el líder soviético permaneció perfectamente tranquilo. El 26 de octubre, el coronel del GRU Georgi Bolshakov, enlace especial del Kremlin con los Kennedy, comunicó que el presidente norteamericano deseaba reanudar las conversaciones sobre la cuestión alemana y lograr una solución de compromiso sobre Berlín Occidental. Jrushchov retiró los tanques del punto de control Charlie, y los estadounidenses no tardaron en imitarlo. La conducta de Kennedy confirmaba, en opinión de Jrushchov, su convicción de que los norteamericanos no iban a empezar una guerra por Berlín Occidental.[65] La fe del líder soviético en la presión nuclear siguió inquebrantable. A comienzos de 1962, Jrushchov hizo la siguiente declaración ante los miembros del Presidium: «Debemos intensificar la presión y hacer que nuestro adversario crea que nuestra fuerza aumenta». Aseguró a sus colegas que ya sabría él cuándo había que parar: «Todavía vale la pena seguir adelante con el juego».[66]

El gran problema que tenía la propensión de Jrushchov a tensar la cuerda hasta el extremo en materia nuclear era la falta de objetivos estratégicos claros. Su fidelidad al paradigma imperial-revolucionario dejaba la política exterior soviética, como había ocurrido durante los años veinte, a caballo entre el apoyo a los radicales y revolucionarios África, Asia y Latinoamérica, y la búsqueda de un acomodo geopolítico con Occidente. Jrushchov quería que el «imperialismo» occidental se retirara de todos los frentes, empezando por Berlín Oeste, pero se trataba de un deseo a todas luces falto de realismo. Las amenazas nucleares de Jrushchov no podían sustituir las carencias de los soviéticos. La impulsividad cada vez mayor del máximo dirigente venía a agravar la situación. Tomaba decisiones basándose sólo en su propio juicio, prácticamente sin aportación analítica alguna de sus colegas, del Ministerio de Asuntos Exteriores, del KGB, o del Ministerio de Defensa.[67] Y seguía sintiendo una mezcla de desprecio y de impaciencia hacia Kennedy. Dijo en el Presidium que Eisenhower y Kennedy probablemente fueran «la misma mierda» en lo concerniente a la cuestión alemana. Sajarov recuerda que Jrushchov dijo: «En 1960 ayudamos a que eligieran a Kennedy con nuestra política. Pero no damos ni un céntimo por él, si sigue atado de pies y manos».[68] Parece que su propensión a tirar de la cuerda hasta el extremo libraba a Jrushchov de la necesidad de buscar unos planteamientos más complejos y matizados de las relaciones exteriores. Mientras tanto, los acontecimientos que se desarrollaban en el Caribe hicieron que Jrushchov diera el paso más peligroso de su carrera. El 21 de mayo de 1962, decidió enviar misiles nucleares a Cuba.



EL HURACÁN CUBANO

La crisis de los misiles cubanos de octubre-noviembre de 1962 constituyó el ejercicio definitivo de extremismo nuclear, siendo el único caso que habría podido causar perfectamente una guerra mundial.[69] Ha habido además un debate constante acerca de los motivos que impulsaron a Jrushchov a enviar sus misiles a miles de kilómetros de la Unión Soviética. Los especialistas han relacionado la jugada de Jrushchov en Cuba con su deseo de romper la resistencia de Occidente en Berlín Oeste.[70] Otros han afirmado que los misiles de Cuba tenían por objeto ayudar al líder soviético a recuperar el equilibrio.[71] Recientes estudios atribuyen la crisis a la personalidad impulsiva del líder soviético y a su búsqueda cada vez más desesperada de una panacea, un gesto dramático que salvara el fracaso tanto de su política exterior como de su política interna. William Taubman llega a la conclusión de que los misiles cubanos fueron la «panacea [de Jrushchov] que no curó nada».[72] Sólo últimamente los especialistas han empezado a reconocer lo importante que era para Jrushchov proteger Cuba de una agresión norteamericana posible y creíble. La fe en la victoria final del comunismo y el deseo de acelerar dicha victoria fueron unos factores presentes siempre en las motivaciones y en la conducta de Jrushchov. Su extremismo nuclear fue no sólo una estrategia para obtener ventajas geopolíticas para la Unión Soviética, sino también un instrumento para frenar el imperialismo de Occidente, para facilitar la descolonización y, en último término, para promover la difusión global del comunismo.[73]

El tema de la seguridad cubana estaba relacionado con el problema cada vez más grave de la autoridad de Jrushchov en el mundo comunista y en su propio país. La revolución cubana se había convertido en un factor importante de la política interior soviética, pues sectores cada vez más numerosos de los dirigentes, de las élites y del pueblo soviético en general, especialmente la juventud cultivada, simpatizaban con Fidel Castro y sus «barbudos».[74] Cuanto más aumentaban en el interior las expectativas de revoluciones «antiimperialistas» en el Tercer Mundo, más sentía Jrushchov la responsabilidad personal de promover su realización. Troyanovski escribe en sus memorias que «Jrushchov temía constantemente que Estados Unidos pudiera obligar a la Unión Soviética y a sus aliados a retirarse de alguna región del mundo. Tenía motivos para creer que habría sido considerado responsable de ello». Esa sensación iría intensificándose a medida que escuchaba las acusaciones cada vez más estridentes de Beijing de que lo único que hacía era tranquilizar a los imperialistas. Los historiadores Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali han demostrado el papel trascendental que tuvo este factor en la decisión de Jrushchov de desplegar los misiles en Cuba.[75]

Jrushchov no era el único que creía que tarde o temprano Estados Unidos invadiría Cuba, sobre todo en tiempos de la administración Kennedy. Muchos cálculos de los servicios de inteligencia, tanto soviéticos como cubanos, apuntaban en esa dirección.[76] Fuentes norteamericanas desclasificadas acerca de la operación Mangosta, el conjunto de acciones encubiertas contra la Cuba de Castro, demuestran que los temores de Jrushchov no estaban totalmente infundados: poderosas personalidades de la administración Kennedy querían realmente «desarrollar planteamientos nuevos e imaginativos de la posibilidad de quitar de en medio el régimen castrista».[77]

Al mismo tiempo, también era muy grande la tentación de mejorar la posición de la URSS en el equilibrio estratégico de las superpotencias. Troyanovski cree que Jrushchov deseaba enderezar, «al menos parcialmente», el desequilibrio nuclear existente entre la Unión Soviética y Estados Unidos. En 1962, los norteamericanos empezaron a desplegar misiles Minuteman y Titán, muy superiores en calidad y cantidad a los que tenían los

soviéticos en su arsenal. La disparidad estratégica aumentaba a pasos agigantados, minando la credibilidad de la política de presión nuclear de Jrushchov.[78] «Además de proteger a Cuba», sostuvo Jrushchov en el Presidium, «nuestros misiles igualarían lo que a Occidente le gusta llamar "el equilibrio de poder"». Los norteamericanos habían rodeado a la Unión Soviética con sus misiles y sus bases aéreas. Ahora iban a «enterarse de lo que se siente al tener los misiles del enemigo apuntándote».[79] Naturalmente Cuba se encontraba en medio de lo que los estadounidenses consideraban su esfera de influencia exclusiva. El ejército norteamericano tenía un predominio absoluto en el Caribe. Eso significaba que el envío y el despliegue de misiles y la enorme cantidad de equipos y tropas de apoyo tendrían que llevarse a cabo ante las propias narices de los norteamericanos. Jrushchov propuso al Presidium que la Unión Soviética enviara misiles nucleares en secreto y anunciara su llegada a la isla con posterioridad. Al margen de las dudas que pudieran abrigar los miembros del Presidium y de la secretaría del partido, lo cierto es que no las manifestaron y votaron unánimemente a favor del plan de Jrushchov. Los militares llamaron a esta empresa «Anadyr», nombre de un río de Siberia, para despistar a los servicios de inteligencia occidentales.[80]

La administración Kennedy pasó por alto un elemento clave de las motivaciones soviéticas, a saber, el carácter provocador de las acciones norteamericanas contra Cuba. En Washington todos estaban de acuerdo en que los soviéticos no desplegarían nunca sus misiles nucleares fuera de la URSS. Los norteamericanos no tenían ni la menor idea de la existencia de un precedente importante: en la primavera de 1959, en el momento culminante de la crisis de Berlín, llegaron a la RDA misiles soviéticos de alcance medio provistos de cabezas nucleares. Los soviéticos los retiraron en agosto, mientras se llevaban a cabo los preparativos para el viaje de Jrushchov a Estados Unidos.[81] Este episodio parece confirmar la idea de que Jrushchov pretendía no ya provocar una guerra, sino crear una fuerza de misiles nucleares y reforzar su posición en el curso de las negociaciones, en caso de que fuera necesario.

En julio de 1962, cuando la delegación cubana, con Raúl Castro a la cabeza, llegó a Moscú para firmar un acuerdo secreto cubano-soviético sobre despliegue de misiles y otros asuntos de defensa de la isla, Jrushchov irradiaba seguridad. Pero los cubanos encontraron al mandatario soviético demasiado seguro de sí mismo y jactancioso. Si los yanquis se enteraban de lo de los misiles antes de que se hiciera público el acuerdo, les dijo, no había nada de qué preocuparse. «Voy a agarrar a Kennedy por los huevos. Si se plantea el problema, os enviaré un mensaje; y esa será para vosotros la señal para invitar a la flota del Báltico a visitar Cuba».[82] Los militares soviéticos, a pesar de sus anteriores críticas silenciosas a la arrogancia y la despreocupación de Jrushchov, actuaron de la misma manera. El mariscal Sergei Biryuzov, general en jefe de las RVSN, que viajó a Cuba con el fin de reconocer el terreno, llegó a la conclusión de que resultaría fácil esconder los misiles soviéticos entre las palmeras de la isla. A decir verdad, los grandes gerifaltes del ejército indujeron a su máximo mandatario a equivocarse, pues querían a toda costa tener una base cerca de su enemigo primordial.[83] Desde el comienzo, el proyecto Anadyr preveía desplegar en Cuba «un grupo de fuerzas soviéticas compuesto por todos los cuerpos de las fuerzas armadas», empezando por el envío de un escuadrón de naves de superficie de la flota del Báltico y un escuadrón de submarinos. Si la operación hubiera tenido éxito, la Unión Soviética habría dispuesto de 51 000 soldados, varias bases de misiles y una base naval en la isla.[84] La combinación de la política nuclear de Jrushchov y los planes de los militares convirtieron el proyecto Anadyr en un monstruo al que ya no había quien parara.

Por arriesgada que fuera, la operación Anadyr quedaba en nada comparada con otros macabros proyectos discutidos por los militares. En 1960-1962, los dirigentes del programa espacial soviético, animados por el filón propagandístico que supuso el vuelo de



Gagarin, empezaron a defender la construcción de estaciones espaciales militares, capaces presumiblemente de lanzar misiles nucleares contra cualquier punto del territorio norteamericano. El general Nikolai Kamanin, delegado de asuntos espaciales del general en jefe de la fuerza aérea soviética, se sentía frustrado porque el alto mando militar y Jrushchov no veían el potencial que escondía la militarización del espacio. El 13 de septiembre de 1962 escribía en su diario: «Malinovski, [Andrei] Grechko, y [el jefe del alto estado mayor del ejército Matvei] Zajarov han perdido varias oportunidades de ser los primeros en crear una fuerza espacial; yo diría, incluso, una fuerza militar absoluta capaz de facilitar el dominio del comunismo en el planeta».[85]

En mayo de 1959, un grupo de investigación militar encabezado por el comandante de ingenieros A. Iroshnikov envió a Jrushchov una propuesta de creación de unas veinte o veinticinco islas artificiales alrededor de Estados Unidos, que pudieran ser utilizadas como bases soviéticas «para el lanzamiento de cohetes atómicos de alcance medio». Los autores del proyecto esperaban que «la construcción de nuestras islas en las inmediaciones de centros estadounidenses de vital importancia» obligaría al gobierno norteamericano «a acceder en el curso de ulteriores negociaciones a liquidar sus aeropuertos y rampas de lanzamiento en los países que rodean la URSS». Este plan llegó al despacho del mariscal Sokolovski, que consideró el proyecto técnicamente factible en su totalidad, aunque «desacertado».[86] El éxito de la prueba de la superbomba de octubre de 1961 dio lugar a otros proyectos impracticables. Andrei Sajarov, posteriormente galardonado con el premio Nobel de la Paz, sugirió que un artefacto similar podía lanzarse en un gran torpedo desde cualquier submarino. Más tarde, en 1962, el académico Mijail Lavrentiev escribió un memorándum para Jrushchov proponiendo el uso de un artefacto de cien megatones capaz de generar una ola artificial gigantesca, semejante al tsunami provocado por un terremoto, a lo largo de la costa norteamericana. En caso de guerra con Estados Unidos, concluía Lavrentiev, podría causar un daño irreparable al enemigo. Después de varias pruebas, los científicos soviéticos consideraron que la plataforma continental habría protegido a Nueva York y otras ciudades norteamericanas de una superóla como aquella. El singularísimo proyecto fue abandonado.[87]

El 22 de octubre de 1962, Kennedy, espoleado por las fotos de los misiles soviéticos de Cuba tomadas por los vuelos de reconocimiento de los U-2, denunció públicamente el despliegue de las armas soviéticas en la isla. Desde el primer momento, el líder ruso se equivocó en sus cálculos sobre cuál iba ser la primera reacción de los norteamericanos ante el despliegue de los misiles en Cuba. Es probable que los soviéticos esperaran que si los norteamericanos descubrían sus misiles, intentaran en primer lugar ponerse en contacto con el Kremlin a través de canales secretos y ofrecerles tal vez un trato consistente en eliminar esas armas a cambio de la retirada de los misiles Júpiter desplegados en Turquía. Varios indicios alimentaban esa ilusión, hasta que Kennedy salió a la palestra con su declaración acerca de la «perfidia» de los soviéticos. De repente la crisis se convirtió en un acontecimiento público, y eso, como bien sabían ambos bandos, iba a incrementar notablemente las presiones sobre los dirigentes. Kennedy tuvo al menos una semana de deliberaciones secretas con su círculo más íntimo antes de hacer pública la crisis. Jrushchov se enteró de la declaración de Kennedy sólo un día antes de que se produjera.[88]

Apenas unas horas antes del discurso del presidente estadounidense, Jrushchov convocó una reunión de emergencia del Presidium para discutir las posibles respuestas soviéticas a las acciones de los norteamericanos. Calificó la nueva situación de «trágica». Los misiles soviéticos de largo alcance y sus cabezas nucleares todavía no habían llegado a Cuba. Y el Kremlin había perdido la oportunidad de hacer publico el tratado de defensa ruso-cubano y por lo tanto carecía de fundamentos legales internacionales para el despliegue de sus misiles. Los norteamericanos podían intentar invadir Cuba o lanzar un

ataque aéreo contra la isla. «Si no utilizamos las armas nucleares», dijo Jrushchov, «tomarán Cuba». «En realidad no deseamos desencadenar una guerra», explicó el líder soviético. «Nuestra intención era intimidar, frenar a Estados Unidos frente a Cuba». Y concluyó diciendo: «Ahora pueden atacarnos y tendremos que responder». «Esto puede acabar en una gran guerra». Jrushchov, como ponen de manifiesto los debates del Presidium, no quería excluir la *posibilidad* de utilizar armas atómicas, que era la esencia de su política de extremismo nuclear. Los militares lo apoyaban; a los mariscales Malinovski, Andrei Grechko y a otros no les gustaba la idea de un desarme unilateral. Creían que sus homólogos norteamericanos no habrían vacilado en ser los primeros en utilizar armas nucleares. El ministro de Defensa Malinovski leyó a los miembros del Presidium el borrador de la orden enviada al general Issa Pliyev, general en jefe de las fuerzas soviéticas en Cuba: «Si se produce un desembarco [norteamericano], [utilice] las armas tácticas atómicas». Los misiles estratégicos nucleares no podían utilizarse sin una orden expresa de Moscú. En la discusión que se desató, Anastas Mikoyan puso la siguiente objeción: «¿Utilizar esos misiles [tácticos] no significa el comienzo de una guerra termonuclear?». Jrushchov vaciló. No obstante, al cabo de un prolongado debate, accedió a introducir cambios en las instrucciones enviadas a Pliyev. No había que utilizar armas nucleares de ningún tipo, ni siquiera en caso de un ataque contra Cuba.[89] En consecuencia, los misiles estratégicos desplegados en la isla caribeña nunca estuvieron listos para la guerra. Sus cabezas nucleares permanecieron a muchos kilómetros de distancia en puntos de almacenamiento especiales y allí siguieron durante toda la crisis.[90] Ante la insistencia de Mahnovski, Jrushchov ordenó a los capitanes de cuatro submarinos soviéticos, armados todos ellos con un torpedo provisto de cabeza nuclear, acercarse a las costas cubanas, con el fin de incrementar el poder disuasorio nuclear de la URSS. Los militares afirmaban, de nuevo erróneamente, que esta maniobra podía llevarse a cabo sin que la detectaran los norteamericanos. Los capitanes y los comisarios políticos de los cuatro submarinos soviéticos, que pretendían atravesar todas las defensas antisubmarinas norteamericanas, no tenían una idea muy clara de lo que debían hacer con sus armas nucleares si eran atacados por la marina o la aviación estadounidense. Algunos de sus superiores tenían la impresión de que podrían utilizarlas. Por fortuna, no lo hicieron cuando los destructores de la marina norteamericana detectaron sus naves y las obligaron a salir a la superficie.[91]

El 23 de octubre, Jrushchov ya se había recuperado del susto inicial y se había enterado de que el presidente Kennedy y su hermano, el fiscal general Robert Kennedy, también estaban vacilantes y temerosos. En la sesión del Presidium de 25 de octubre, dijo: «Sin duda, los americanos se han asustado». Reconoció que los misiles estratégicos debían abandonar Cuba antes de que la situación llegara «al punto de ebullición», pero ese momento aún no había llegado.[92]

El 27 de octubre, en ausencia de una información clara en torno a las intenciones de Kennedy, Jrushchov decidió ofrecerle un pacto. En su mensaje al presidente norteamericano, dijo que la Unión Soviética retiraría sus misiles de Cuba si Estados Unidos retiraba «las armas del mismo tipo que tenía en Turquía». En consecuencia, Estados Unidos y la Unión Soviética, continuaba diciendo, «prometerían al Consejo de Seguridad de la ONU respetar la integridad de las fronteras y la soberanía» de Turquía y Cuba. Jrushchov dio marcha atrás en su actitud de extremismo nuclear, para alivio de muchos prebostes de la política exterior soviética. Como cuenta en sus memorias recientemente publicadas Viktor Israelian, un alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, el mensaje de Jrushchov provocó un gran suspiro de alivio en todos ellos, y también en «el público en general de Moscú». Israelian y sus colegas acogieron bien los términos de la negociación planteada por Jrushchov, juzgando que constituían unos términos de compromiso equitativos, correctos y aceptables para las dos partes.[93]



En una segunda reunión celebrada durante la noche del 27 de octubre, Robert Kennedy y Anatoli Dobrinin acordaron que los soviéticos retirarían los misiles de Cuba a cambio de dos concesiones de los norteamericanos, a saber, una promesa pública de no invadir Cuba y otra secreta de llevarse los misiles de Turquía. Kennedy explicó que cualquier publicidad acerca del trato alcanzado sobre los misiles crearía un gran escándalo en su país y entre los aliados de la OTAN, y en consecuencia minaría la posición política de su hermano.[94] El trato parecía una opción aceptable y justa para los soviéticos. Pero ciertos acontecimientos ocurridos simultáneamente disiparon las esperanzas soviéticas de encontrar una salida digna a la crisis. Ciertos signos procedentes de los servicios de inteligencia soviéticos y cubanos, de la embajada rusa en Washington, y de los militares soviéticos destacados en Cuba reforzaron la idea de que la situación estaba yéndoseles de las manos. En un telegrama escrito la noche del 26-27 de octubre, Fidel Castro aconsejaba al dirigente soviético lanzar un ataque nuclear preventivo en caso de inminencia de una invasión de la isla por los norteamericanos o de un ataque contra los misiles soviéticos. En una conferencia celebrada en La Habana en 1992, Castro explicaría dicho telegrama como un intento de evitar «una repetición de los sucesos de la Segunda Guerra Mundial», cuando los nazis cogieron a los rusos por sorpresa. Jrushchov, sin embargo, estaba aterrorizado. Castro no había entendido la lógica de su política de extremismo nuclear.[95]

Jrushchov se dio cuenta por fin de lo peligroso que era el juego que él mismo había empezado. Las opiniones del primer secretario en torno a la guerra nuclear eran muy simples: una vez empezada, no cabía ponerle límites. En julio, Jrushchov había desechado airadamente la nueva doctrina norteamericana de que los misiles apuntaran a las instalaciones militares, y no a los centros urbanos. «¿Qué es lo que persiguen?», preguntó en el Presidium. Y respondió: «Hacer que la población se acostumbre a la idea de que va a haber una guerra nuclear». Armados con esa doctrina, los militares norteamericanos podrían entonces convencer a Kennedy de iniciar una guerra de ese estilo. Envió un telegrama urgente al comandante en jefe de las fuerzas soviéticas en Cuba, el general Pliyev, confirmando «categóricamente» la prohibición de utilizar armas nucleares desde aviones o montadas en armas tácticas y misiles estratégicos.[96] Ese mismo día, el operador de un misil tierra-aire soviético abatió un avión U-2 en Cuba, matando a su piloto. Jrushchov se enteró de lo ocurrido el domingo 28 de octubre, y tuvo la impresión de que había sido Castro el que había ordenado la operación. Más o menos por esa misma fecha, el GRU informó al Presidium de que Kennedy estaba a punto de hacer otra alocución televisada. Resultó ser una repetición del «discurso de la cuarentena», pero Jrushchov lo tomó por un anuncio de inicio de la guerra. Inmediatamente aceptó los términos planteados por los norteamericanos: a las seis de la mañana, hora de Moscú, sólo dos horas antes del discurso de Kennedy, la radio soviética comunicó al mundo la retirada unilateral de Cuba de «todas las armas ofensivas soviéticas». El comunicado no mencionaba la retirada de los misiles norteamericanos de Turquía.[97]

Más tarde, Jrushchov volvió con sus bravatas, sosteniendo que la retirada soviética de Cuba no suponía la derrota que Castro y los comunistas chinos pensaban que había sido. E intentó mantener en Cuba los misiles tácticos, los misiles de crucero y los bombarderos tras devolver sus cabezas nucleares a la URSS.[98] El 30 de octubre, dio su versión de lo sucedido a la delegación del Partido Comunista de Checoslovaquia que casualmente se hallaba en Moscú por esas fechas. «Sabíamos que los americanos querían atacar Cuba», dijo. «Tanto los americanos como nosotros hablamos de Berlín, ambas partes con el mismo objetivo, a saber, apartar de Cuba la atención de los otros; los americanos con el fin de atacar la isla; y nosotros, con el fin de que ellos se sintieran incómodos y pospusieran el ataque». El líder soviético dijo entonces que los norteamericanos habían estado a punto

de empezar una maniobra gigantesca por mar, a cargo de 20 000 marines, cuyo nombre clave era Ortsac (esto es, «Castro» escrito al revés), jugada cuyo verdadero objetivo era invadir Cuba. «Creemos que poco antes de que dieran comienzo las maniobras, sus servicios de inteligencia descubrieron que nuestros misiles estaban en Cuba, y los americanos se pusieron hechos una furia». El telegrama de Castro proponiendo la realización de un ataque nuclear preventivo de los soviéticos permitió a Jrushchov manifestar sus opiniones acerca de la guerra nuclear. «Es evidente que hoy día con un primer ataque no se puede tumbar al enemigo y obligarlo a abandonar el combate. Siempre puede producirse un contraataque que podría resultar devastador. Al fin y al cabo hay en la tierra misiles cuya existencia no conocen los servicios secretos. Hay misiles en submarinos, que no pueden ser eliminados sin más, etcétera. ¿Qué ganaríamos con empezar una guerra? Al fin y al cabo, morirían millones de personas, también en nuestro país. Sólo un individuo que no tenga ni idea de lo que significa la guerra nuclear o al que la pasión revolucionaria ciegue tanto como a Castro, puede hablar de ese modo». El líder soviético se dio prisa en añadir que no había sido él el que había perdido el juego de las posturas extremistas. «Por los informes de nuestros servicios de inteligencia sabíamos que los americanos tenían miedo de que estallara la guerra. A través de ciertas personas habían dejado claro que nos agradecerían que los ayudáramos a salir de este conflicto». Jrushchov concluyó exponiendo la siguiente tesis, con la que sólo pretendía salvar la cara: los misiles de Cuba eran «esencialmente de una importancia menor desde el punto de vista militar» para la URSS y habían «cumplido con su principal objetivo».[99]



ABANDONO DE LAS POSTURAS EXTREMISTAS

En sus memorias, Mikoyan observaba que la crisis empezó como un simple juego, pero acabó «sorprendentemente bien».[100] ¿Qué quería decir? Tanto Kennedy como Jrushchov se atribuyeron la victoria. Pero la experiencia de la crisis sirvió de escarmiento a uno y a otro. Ambos vislumbraron el abismo nuclear y descubrieron que incluso unos planes cuidadosamente calculados de extremismo atómico podían acabar en catástrofe. Se dieron cuenta también de cuántas cosas podían salir malparadas en una crisis de ese estilo.[101] Troyanovski observó de cerca a Jrushchov durante todos los sucesos de octubre y, en su opinión, aquellos acontecimientos «tuvieron un valor pedagógico tremendo para ambos bandos y para ambos lideres». La crisis «los obligó a darse cuenta, no en teoría, sino en términos prácticos, de que la aniquilación nuclear era una posibilidad real y de que, por consiguiente, era preciso evitar las posturas extremistas». Ante todo, Jrushchov revisó a fondo la opinión que tenía acerca del presidente norteamericano. A partir de ese momento, empezó a considerar a Kennedy un compañero de negociación valioso, y a no pensar en él como un objetivo fácil de quitar de en medio tirando de la cuerda hasta el extremo en materia de armas nucleares.[102] Aquel fue el comienzo de los movimientos de ambas partes hacia una distensión que florecería, a pesar de los constantes obstáculos, diez años después.

El resultado de la crisis de los misiles cubanos acabó con el «nuevo estilo» de Jrushchov, aunque él nunca lo reconociera. Las repercusiones públicas de la crisis dentro de la Unión Soviética fueron mínimas, y muchos ciudadanos de la URSS, acostumbrados a las constantes noticias acerca de las «provocaciones del militarismo americano contra la isla caribeña de la libertad», no perdieron ni un minuto de sueño por la crisis hasta que su peor fase hubo pasado. Las élites políticas, en cambio, se tomaron la crisis de Cuba sumamente en serio. Los funcionarios del partido residentes en Moscú decidieron enviar a sus familias al campo. Cuando las autoridades provinciales conocieron más detalles de lo ocurrido, quedaron pasmadas. Un líder del partido de Ucrania, Petro Shelest, escribió en su diario en noviembre de 1962: «Estuvimos al borde de la guerra. En una palabra, creamos una situación de tensión militar insostenible y luego intentamos salir de ella de cualquier manera». Shelest y muchos colegas suyos pensaban que «ese loco de Nikita» los había metido en un buen lío.[103]

La crisis de los misiles cubanos puso fin también a la afición de Jrushchov a tensar la cuerda hasta el extremo y a plantear ultimátums en lo concerniente a Berlín Occidental. En julio de 1962, el líder soviético parecía dispuesto a ejercer más presión sobre las potencias occidentales presentes en la ciudad. Si la jugada de Cuba le hubiera salido bien, Jrushchov habría conseguido una enorme influencia psicológica y política sobre Kennedy. Pero a partir del 22 de octubre, Jrushchov rechazó todas las sugerencias que le hicieron sus subordinados en el sentido de responder a las acciones de los norteamericanos contra Cuba con un bloqueo de Berlín Occidental.[104]

Por desgracia para Jrushchov, no podía revelar su acuerdo secreto con Kennedy acerca de la retirada de los misiles norteamericanos de Turquía. Los medios de comunicación estadounidenses celebraron la victoria de Kennedy, pero la reputación de Jrushchov en su propio país sufrió un daño desastroso. Muchos militares y diplomáticos de alto rango estaban convencidos de que el primer secretario había perdido los nervios y había aceptado precipitadamente el ultimátum sin concesiones de los norteamericanos. Las negociaciones entre el viceministro de Asuntos Exteriores soviético, Nikolai Kuznetsov, el embajador de Estados Unidos en la ONU, Adlai Stevenson, y el representante personal de Kennedy, John McCloy, vinieron a corroborar esta impresión. Los norteamericanos

aprovecharon hábilmente la situación de Jrushchov y rechazaron cualquier intento de salvar la cara por parte de los soviéticos. Además, utilizaron la vaga promesa de Jrushchov acerca de la retirada de «armas ofensivas» (en los discursos públicos, el Kremlin se negaba obstinadamente a mencionar la presencia de misiles rusos en Cuba) y obligaron a los soviéticos a llevarse todos los sistemas armamentísticos, empezando por los bombarderos Ilyushin, que Moscú había prometido entregar a los cubanos.[105] En los salones del poder de Moscú muchos creían que, en primer lugar, Jrushchov no habría debido desplegar los misiles en Cuba, pero que, una vez hecho, habría debido seguir en sus trece. El resultado de la crisis, con la salida de Cuba de las armas soviéticas bajo la atenta supervisión de Estados Unidos, dejó muy mal sabor de boca en los altos mandos del ejército ruso.[106]

A los dirigentes cubanos y a los enemigos de Jrushchov en Beijing, el final de la crisis les pareció una capitulación abyecta. Jrushchov se olvidó de consultar con Castro antes de efectuar el anuncio público de la retirada soviética. Tampoco le reveló la naturaleza de su tratado secreto con Kennedy, temiendo justificadamente que el quisquilloso líder caribeño lo considerara un insulto a la soberanía cubana y que divulgara su secreto a todo el mundo. Castro, a su vez, se sintió traicionado personalmente y creyó que Jrushchov había traicionado también la causa comunista. Cuando el mandatario soviético soltó accidentalmente la noticia del cambalache de misiles que había acordado con Kennedy durante la visita que Castro realizó a Moscú en la primavera de 1963, el líder cubano se puso lívido de cólera y se sintió humillado.[107]

La crisis proyectaría una sombra larguísima; los dirigentes soviéticos no se arriesgarían nunca más a un choque frontal «entre los dos sistemas» a la manera en que lo había hecho Jrushchov. Tras la dura lección que supusieron los sucesos de Cuba, los dirigentes del Kremlin empezaron a tomarse más en serio la idea del control de armas. El ejército y los líderes del enorme complejo de industrias militares, especialmente el titular del Ministerio de Instalaciones Nucleares, Efim Slavski, y el presidente de la comisión de industria militar, Dmitri Ustinov, siguieron oponiéndose a cualquier limitación del desarrollo armamentístico. Pero un influyente *lobby* científico preparó el terreno para que se efectuara el cambio en este sentido. Muchos científicos nucleares soviéticos simpatizaban con la campaña antinuclear desarrollada en todo el mundo. Desde finales de los años cincuenta y hasta su muerte en febrero de 1960, Igor Kurchatov había presionado a favor de una moratoria de las pruebas nucleares.[108] A comienzos de 1963, cuando Jrushchov y la administración Kennedy empezaron a dar pasos hacia la firma de un acuerdo sobre la prohibición parcial de las pruebas, recibieron un gran impulso de los científicos nucleares. Viktor Adamski, miembro del grupo de teóricos que formaban el departamento de diseños nucleares de Sajarov, el Arzamas-16, envió a Jrushchov una nota instándole a aceptar los términos de la propuesta ofrecida anteriormente por los norteamericanos, pero rechazada por los soviéticos. Sajarov aprobó la carta y al día siguiente voló a Moscú para enseñársela al ministro encargado de las armas atómicas, Efim Slavski. Este accedió a hacer llegar la carta a Jrushchov. Los científicos supieron tocar las teclas oportunas para agradar al primer secretario. Pocos días después, Slavski comunicó a Sajarov que Jrushchov había aceptado la propuesta.[109]

Por entonces, los soviéticos no eran capaces de superar la desconfianza que les inspiraba la realización de unas inspecciones indiscretas y la presencia de unos inspectores de la OTAN en su propio territorio. Hasta Jrushchov, que en sus memorias hablaría elocuentemente acerca del «fastidio» de la xenofobia estalinista, se mostraría inflexible en este punto. Dijo a sus colegas del Presidium que incluso la realización de dos o tres inspecciones, que había sido su postura negociadora inicial en las conversaciones con Estados Unidos, habría supuesto «dejar entrar a unos espías» en la Unión Soviética. Aunque las potencias occidentales se mostraran de acuerdo, «nosotros no tenemos



ninguna necesidad» de permitirlo. En 1963, el programa atómico soviético ya no requería la realización de pruebas al aire libre a gran escala para fabricar un arsenal estratégico y lograr una paridad estratégica con los norteamericanos. Pero lo más importante era que la prohibición parcial de las pruebas no exigía inspecciones *in situ*. Cuando se abandonó la cuestión de las inspecciones, cayó el último obstáculo para la firma del acuerdo. El 5 de agosto de 1963, las negociaciones soviético-angloamericanas terminaron con la firma en el Kremlin del Tratado de Prohibición Limitada de Pruebas. El hijo de Jrushchov recuerda que el líder soviético se sintió «extraordinariamente contento, incluso feliz» con este gran logro.[110]

Mientras tanto, Jrushchov atacaba abiertamente la retórica «revolucionaria» china acerca de la guerra y la paz.[111] En su discurso ante el Soviet Supremo de diciembre de 1962, ridiculizó el concepto chino del imperialismo como «tigre de papel». «Ese tigre de papel», dijo, «tiene dientes atómicos y eso es algo que no puede tomarse frívolamente». En julio de 1963, los dirigentes soviéticos se mostraron dispuestos a «cruzar nuestras espadas públicamente con los chinos»; su principal objetivo en la reunión del Pacto de Varsovia de ese mismo mes fue conseguir el apoyo de sus aliados contra Beijing. Como concluía acertadamente por esas mismas fechas la embajada norteamericana, el «estallido de una guerra virtualmente no declarada» entre Moscú y Beijing en la primavera de 1963 «explicaba la aceptación por parte de los soviéticos de un acuerdo de prohibición parcial de las pruebas que bien habrían podido alcanzaren cualquier momento del año pasado».[112]

Estas interpretaciones dieron lugar a un curioso episodio de las relaciones americano-soviéticas. En el marco de las conversaciones y consultas con Jrushchov acerca de la prohibición de las pruebas, la administración Kennedy propuso implícitamente y a veces de manera explícita que se combinaran esfuerzos para conseguir la reducción del programa nuclear chino. El 15 de julio, Kennedy ordenó a su negociador, Averell Harriman, «sondear la opinión de K sobre los medios de limitar o impedir el desarrollo nuclear de China y su disposición a tomar medidas en nombre de la URSS o a aceptar las acciones que puedan tomar los americanos en esa dirección». Se trataba de un sondeo mal disimulado de la posibilidad de llevar a cabo un ataque preventivo contra las instalaciones nucleares chinas. Harriman y otros representantes norteamericanos se reunieron con Jrushchov en varias ocasiones durante el período comprendido entre el 15 y el 27 de julio, y discutieron este asunto con él, pero para mayor decepción suya, «Jrushchov y Gromiko no han mostrado el menor interés y de hecho han desechado el tema en varias ocasiones».[113] A decir verdad, la propuesta norteamericana llegó en el peor momento posible, justo cuando estaban teniendo lugar en Moscú la reunión de la Organización del Pacto de Varsovia y las discusiones ideológicas secretas chino-soviéticas. Por motivos ideológicos, Jrushchov no podía arriesgarse a concluir una alianza secreta con Washington.[114]

Vistas las cosas retrospectivamente, Jrushchov destaca como un caso raro de optimismo nuclear. Su propensión a llevar las cosas al extremo en ese terreno era excepcionalmente tosca, agresiva e imprudente, y además estaba guiada por consideraciones ideológicas. El arquitecto del nuevo estilo iba a por todas. Pero se fiaba más de su instinto que del cálculo estratégico. Y desde luego nunca fue un maestro de las componendas diplomáticas. Su improvisación, su falta de tacto, su grosería y su espontaneidad precipitaron su caída, después de varios golpes de suerte. Sus creencias ideológicas, junto con sus vacilaciones emocionales entre la inseguridad y el exceso de confianza, hicieron que fuera todo un fracaso como negociador. Además, el dirigente soviético nunca fue capaz de llegar a ninguna conclusión sistemática o coherente respecto a la estrategia nuclear. En el pensamiento político y militar soviético siguió habiendo un abismo enorme entre la insistencia en las armas nucleares concebidas como medio de

prevención de la guerra y la doctrina militar oficial con su búsqueda de la «victoria» a toda costa en una guerra futura. En sus reuniones internas después de la crisis de los misiles cubanos, el jefe del alto estado mayor, Zajarov, el ministro de Defensa, Malinovski, y el jefe de las RVSN, Biriuzov, reconocerían que el resultado de una guerra entre las superpotencias tendría que decidirse mediante una oleada masiva de ataques nucleares.

Al mismo tiempo, deseaban claramente anular los planes que tenía Jrushchov de llevar a cabo recortes drásticos del armamento convencional. El 7 de febrero de 1963, en una conferencia interna de militares Malinovski dijo que todos los sectores y tipos de las fuerzas armadas soviéticas debían ser mantenidos y desarrollados, porque podrían producirse «conflictos no nucleares locales», por ejemplo en Vietnam del Sur, y porque incluso «en una guerra termonuclear» sería necesario «eliminar lo que quedara de las fuerzas enemigas y mantener bajo control los territorios conquistados». No es de extrañar que, tras la caída de Jrushchov en octubre de 1964, sus sucesores empezaran a plantearse alcanzar la paridad numérica con la OTAN, opción que exigiría unos gastos enormes y que, en último término, daría lugar a una expansión excesiva de la economía soviética.[115]

Las amenazas lanzadas por Jrushchov contra Occidente y la doctrina militar de la victoria en la guerra nuclear que impuso a las fuerzas armadas soviéticas proyectarían una sombra siniestra sobre las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. El escándalo de los misiles de Jrushchov dejó una profunda impresión en los dirigentes políticos norteamericanos y en los colectivos de analistas estratégicos. Los sucesores de Jrushchov necesitarían doce años de minuciosa labor diplomática y una acumulación de armamento extraordinariamente costosa para alcanzar el mismo estadio en las negociaciones con las potencias occidentales que Jrushchov echó a perder en mayo de 1960. Pero ni siquiera los años de la distensión lograron reparar el daño hecho por Jrushchov. Su intento de intimidar a Kennedy en Viena obsesionaría a varios presidentes norteamericanos. Análogamente, durante mucho tiempo, los estadounidenses siguieron mostrando una alergia especial ante cualquier actividad desarrollada por los soviéticos cerca de Cuba, lo que daría lugar a las minicrisis de 1970 y 1979. Los teóricos neoconservadores de mediados de los setenta utilizaron las publicaciones de la era Jrushchov, empezando por la *Estrategia militar*, para afirmar que los soviéticos pretendían realmente llevar a cabo una guerra nuclear y ganarla.



6

El frente nacional soviético: las primeras fisuras, 1953-1968

> El sistema de vida soviético puede generar sus propios enemigos. Crea e instruye a sus adversarios.
>
> Diario de Sergei Dmitriev, historiador, octubre de 1958

La *intelligentsia* de Moscú y Leningrado apenas se enteró de que estaba desencadenándose el drama de la crisis de los misiles de Cuba. A comienzos de noviembre de 1962, sus integrantes, así como millones de lectores soviéticos, se dedicaban a la búsqueda frenética de alguna copia de una voluminosa revista literaria que acababa de publicar la obra de Alexander Solzhenitsin, *Un día en la vida de Iván Denisovich*, acerca de las vicisitudes de un campesino ruso en un campo de concentración estalinista.[1] Durante la segunda década de la Guerra Fría empezaron a producirse una serie de cambios decisivos en el frente nacional soviético, en la sociedad y la cultura, en la opinión pública y en las identidades colectivas.

La Guerra Fría no representó únicamente una confrontación más entre grandes potencias. Fue también el choque entre unos proyectos sociales y económicos opuestos, el escenario para una guerra cultural e ideológica. Como tal, a juicio de David Caute, se vio fuertemente influida «por el legado común, que tantos ataques enérgicos había sufrido, de la Ilustración europea; y, de igual manera, por el sorprendente peso global que ejercían el mundo de la imprenta, el cine, la radio y la televisión, sin olvidar la proliferación de salas de teatro y de conciertos que se abrieron al gran público, particularmente en la URSS».[2]

Diversos estudios recientes han llegado a la conclusión de que la confrontación global y esa competición ideológica influyeron profundamente en la sociedad de Estados Unidos del mismo modo que la modernización de la cultura norteamericana y su sociedad empezó a influir en la política exterior y la conducta del país en el ámbito internacional.[3] Y una interacción parecida tuvo lugar en el bando soviético. El giro hacia la «nueva» política exterior y la denuncia de la figura de Stalin lanzada por Jrushchov en el congreso del partido de febrero de 1956 se produjeron en el momento en que la sociedad soviética experimentaba una rápida modernización. Esta modernización, que en tiempos de Stalin estuvo restringida a pequeños grupos elitistas y a las industrias militarizadas, pasó a ser un fenómeno mucho más generalizado a la muerte del dictador. La exigencia de competir con Estados Unidos obligó a las autoridades soviéticas no sólo a promover la ciencia y la tecnología, sino también a expandir la formación universitaria y a conceder una mayor libertad y más poder a las élites científicas y técnicas. Entre 1928 y 1960 el número de universitarios se multiplicó por doce y alcanzó los 2,4 millones. El número de profesionales con titulo universitario pasó de 233 000 a 3,5 millones.[4] Los dirigentes que siguieron a Stalin quisieron demostrar que el modelo soviético era capaz de generar una sociedad feliz de individuos creativos sumamente cultos e instruidos. Jrushchov y otros miembros del Presidium acordaron una importante reducción de la jornada laboral y los impuestos; aumentaron las inversiones en la construcción de viviendas, la educación, la cultura de las

masas y el sistema sanitario. También emprendieron la creación de infraestructuras urbanas modernas y de industrias orientadas al consumo, olvidadas o desmanteladas durante la era estalinista. Según la historiadora rusa Elena Zubkova, «dio la impresión de que la política gubernamental tenía realmente al pueblo como punto de mira».[5] A comienzos de los años sesenta, las políticas sociales del gobierno y el crecimiento económico elevaron el optimismo de la población soviética, especialmente entre el sector de los profesionales y los estudiantes, la cada vez mayor «clase media» instruida.[6]

El deshielo cultural y la desestalinización emprendidos por Jrushchov fueron también factores trascendentales, aunque de ningún modo inevitables, de la modernización de la URSS. La gris uniformidad de la cultura estalinista empezó asimismo a tomar otros matices. Los ciudadanos soviéticos, pese a seguir temiendo la represión política, empezaron a hablar manifestando opiniones cada vez más diversas. Creció la resistencia pasiva a las prácticas estatales impopulares, y empezaron a surgir diversos «oasis» de pensamiento, relativamente libres de propaganda estatal.[7] Estas formas de evolución atraerían la atención de los especialistas occidentales.[8] Recientemente Jeremi Suri ha afirmado que la desestalinización durante los años sesenta condujo al movimiento de disidencia que, a su vez, junto con los movimientos que aparecieron en Europa Central, empezó a desafiar los fundamentos del régimen soviético. Y que esta circunstancia llevó a las autoridades del Kremlin a desarrollar una diplomacia más conservadora, orientada a la distensión.[9] La visión que tiene Suri exagera el impacto del movimiento disidente y minimiza la importancia de otras razones significativas que se escondían tras la política de distensión de la URSS. Sin embargo, constituye un prometedor primer intento de conectar historias que durante demasiado tiempo han permanecido desconectadas.

En el presente capítulo, yo sostengo que el deshielo y el proyecto de desestalinización de Jrushchov no tuvieron un efecto visible inmediato en la política exterior soviética. Y que ésta estuvo, sin embargo, estrechamente relacionada con el resultado de la Guerra Fría. Produjo hondas divisiones en los estratos cultos de la sociedad soviética y marcó el fin de su aislamiento absoluto de Occidente. La destrucción del culto a Stalin hirió el consenso ideológico de la URSS. El análisis de los cambios que se produjeron en ramas específicas de la burocracia soviética (el ejército, la policía secreta, las élites del partido), y entre los trabajadores, las diversas nacionalidades, los veteranos de guerra, etc., quedan lejos del objetivo del presente estudio. Nuestro interés aquí se centra en los grupos y las redes elitistas que hicieron aparición a finales de los años cincuenta, y que treinta años más tarde, durante la ultima etapa del drama de la Guerra Fría, pasarían a ocupar el centro de la vida política y cultural del país. Esas élites estaban formadas por *apparatchiks* ilustrados del partido, intelectuales, artistas y escritores de Moscú y otros grandes centros urbanos que se autodenominaban *shestidesiatniki*, esto es, «hombres y mujeres de los sesenta», y que tenían la firme determinación de reformar y liberalizar su país. Su esfuerzo conjunto ofrecería el marco fundamental para el sorprendente giro que experimentó la conducta internacional soviética bajo la presidencia de Mijail Gorbachov entre 1985 y 1989.



EL DESHIELO

El régimen de Stalin modeló y conformó la vida intelectual y la cultura de masas de la Unión Soviética durante décadas. Numerosos elementos de la propaganda y la cultura de masas estalinistas sobrevivieron al terror e incluso al propio comunismo para seguir afectando incluso en la actualidad al pueblo ruso. A comienzos de los años treinta el objetivo de Stalin había consistido en inculcar a los intelectuales, a las élites culturales y a las masas las ideas de servicio a los intereses propios de una gran potencia, de vigilancia a los posibles enemigos internos y disposición a ir a la guerra frente a cualquier amenaza externa. A su vez, los preparativos de Stalin para una confrontación definitiva con Estados Unidos determinaron la dirección y el objetivo de la propaganda y la política cultural de la Unión Soviética. En el espíritu del paradigma revolucionario-imperial, la propaganda oficial promovió el chovinismo ruso de gran potencia y la idea del papel central de la URSS en cuestiones internacionales.[10]

Las recientes investigaciones históricas ponen de manifiesto que Stalin actuó como el editor supremo de la cultura soviética, esto es, la redacción del discurso oficial que definía las identidades, los valores y las creencias colectivas.[11] En ningún otro régimen de la historia moderna, aparte del de la Alemania nazi, la promoción de la cultura (*kultura*) llegó a preocupar tanto a las autoridades políticas y supuso un gasto tan considerable. Diversas instituciones culturales, entre ellas el Teatro Bolshoi y los principales museos de Moscú y Leningrado, se beneficiaron enormemente de la munificencia estatal. Stalin mimó y fomentó las élites creativas, especialmente a los escritores, a los que llamaba «los ingenieros de almas humanas». A partir de 1934, los miembros del Sindicato de Escritores Sovéticos, integrantes *de facto* de la maquinaria de la propaganda estatal, se convertirían en una clase privilegiada. Autores reconocidos vieron que se editaban millones de copias de sus libros, y los artistas y escultores más privilegiados se hicieron ricos gracias a los encargos del estado. Una especialista rusa en historia de la cultura, María Zezina, ha observado que a la muerte de Stalin «la inmensa mayoría de la *intelligentsia* creativa sentía verdadera devoción por el poder soviético y no se planteaba ejercer ni siquiera la más mínima forma de oposición a él».[12]

Al mismo tiempo, un sinfín de escritores, músicos, artistas y otras figuras culturales, que cayó en desgracia, víctima de las purgas, pasó años y años en los gulags. La decadencia de las artes fue especialmente impactante, pues el esplendor, la diversidad y los experimentos vanguardistas de los años veinte dieron paso al conformismo triunfante, a la cursilería y a la mediocridad. Fue prohibido el vanguardismo cultural por considerarse «formalista» y «antinacional». Todo debía atenerse a la doctrina del «realismo social», impuesta oficialmente en 1946. Dicha doctrina promovía la creación de un mundo falso con arreglo a la prescripción ideológica de Stalin: el mundo de la Gran Mentira, en claro contraste con las realidades soviéticas. La doctrina del «realismo social» no era exclusivamente una parte de la ideología imperante. Estaba incrustada en todos los mecanismos de «producción cultural», incluso en las jerarquías de los «sindicatos creativos» y en la autocensura colectiva.[13] Las fuerzas culturales estaban divididas tácitamente en facciones, en una lucha perversa por la consecución de mayores recursos y privilegios. Todo ello dio lugar a un rápido declive no sólo de la cantidad, sino también de la calidad de la «producción cultural» de la Unión Soviética.

Las intromisiones de Stalin en el reino de las ciencias tuvieron unos resultados todavía más contradictorios. Por un lado, en los programas nucleares, de misiles y armamentísticos, promocionó a los cuadros jóvenes, confiándoles tareas cruciales y concediéndoles numerosos privilegios y prebendas. Igor Kurchatov, nombrado director

científico del proyecto atómico, escribió el siguiente comentario tras mantener una conservación con el líder soviético: «El camarada Stalin ama Rusia y la ciencia rusa». A partir de 1945, los científicos y los catedráticos universitarios de la URSS se convertirían en una casta de privilegiados; y sus salarios se situarían muy por encima de la media. Al mismo tiempo, las interferencias directas, y a menudo obsesivas, del líder del Kremlin supusieron la promoción del monopolio pseudocientífico de Trofim Lisenko en materia de biología que dio lugar a la proscripción de la genética y la cibernética.[14]

El antisemitismo pasó a formar parte de una política estatal cuyas repercusiones serían claramente evidentes en todas las esferas intelectuales y culturales de la vida soviética. La campaña antisemita llegó a su momento culminante en enero de 1953, después de que Stalin desencadenara «el caso de los médicos del Kremlin». Las noticias difundidas por la propaganda soviética afirmaban que prominentes médicos rusos («los médicos del Kremlin») habían urdido —con la ayuda de organizaciones sionistas de Estados Unidos— una conspiración para acabar con la vida de autoridades políticas y militares de la URSS. Stalin podía ordenar en cualquier momento la deportación de judíos soviéticos a las regiones más orientales del país. El antisemitismo tuvo una influencia tremendamente divisionista y corrosiva en las élites soviéticas y en los sectores más cultos de la sociedad. Pero por encima de todo, dio lugar a la aparición de un sentimiento antiestalinista, y al final antisoviético, en círculos cultos —médicos, catedráticos, profesores, escritores, periodistas, profesionales y la *intelligentsia* creativa en general— que desde los años veinte habían estado fuertemente representados por individuos de ascendencia judía.[15]

Las esperanzas de liberalización y de una vida mejor que habían abrigado los intelectuales y las élites culturales tras la guerra de 1941-1945 empezaron a crecer entre los miembros de los círculos cultos de la sociedad soviética. Los observadores más perspicaces se dieron cuenta de que la política estalinista en la esfera cultural, intelectual y científica, al igual que en cualquier otro ámbito, había llegado a un callejón sin salida.[16] A la muerte del dictador, el marco y los mecanismos básicos de control estatal en el campo de la educación, de la cultura y de las ciencias siguieron siendo en esencia los mismos. Pero la caza de brujas antisemita, y la histeria de masas y la preparación de pogromos, acabaron tras la muerte de Stalin. La agresiva propaganda del militarismo y el nacionalismo ruso disminuyó su intensidad; los nuevos líderes soviéticos exigieron la restauración de la «legalidad socialista». De manera gradual, los sorprendentes cambios de 1953, incluida la rehabilitación de los primeros grupos de prisioneros políticos confinados en gulags y la drástica reducción del poder de la policía secreta y su red de informadores, dieron paso al deshielo cultural.

El nuevo líder, Nikita Jrushchov, no era otro Gran Maestro que guiara la forma de pensar de cada persona y capturara su imaginación. Era un hombre errático que poseía una cultura increíblemente pobre. Ni pretendía ni podía dirigir la cultura de su país. Es evidente que en la primavera de 1957 acudió bebido a su primera reunión con escritores soviéticos. Como carecía de medios para cautivar a sus invitados, intentó reconvenirlos e intimidarlos. El resultado fue desastroso. A diferencia de Stalin, Jrushchov parecía un pobre hombre; su comportamiento resultaba divertido, horripilante y humillante a la vez para cualquier intelectual. No tardaría en correr un nuevo dicho popular, un juego de palabras a propósito de la denuncia de Jrushchov del «culto a la personalidad» de Stalin: «Había un culto, pero al menos también había una personalidad».[17]

En otoño de 1953 *Novi Mir* publicó diversos ensayos literarios de Vladimir Pomerantsev que contenían una sencilla tesis: los escritores deben escribir con candor acerca de lo que piensan y observan. Se trataba de la primera alusión irónica al realismo socialista y a la mendacidad de la cultura estalinista. Pomerantsev había pasado varios años fuera de la URSS, trabajando para la Administración Militar Soviética en Alemania. Tal vez esta circunstancia le librara de la parálisis del miedo y la autocensura que atrapaba a muchos



de sus colegas.[18] Durante los años 1954 y 1955 en las residencias universitarias de Moscú, Leningrado y otras ciudades se llevaron a cabo numerosos debates sobre el «candor» en la literatura y la vida que no tardaron en convertirse en discusiones profundas acerca del abismo existente entre la esperanza ideológica y la realidad soviética. En esos debates participaron futuros disidentes soviéticos, estudiantes de Europa Central que estaban de visita y los que más tarde desarrollarían con éxito una carrera en la Liga de las Juventudes Comunistas (Komsomol) y en el partido. Entre ellos había dos compañeros de habitación: un estudiante checo, Zdenek Mlynar, que sería una de las figuras más prominentes de la «Primavera de Praga» de 1968, y Mijail Gorbachov, que tres décadas después se convertiría en el último secretario general del Partido Comunista de la URSS.

Una minoría creativa, compuesta por directores teatrales y cinematográficos, editores de revistas, abogados, historiadores y filósofos, empezó a poner a prueba los límites de la censura estatal, aventurándose a saltar las fronteras de la disciplina de partido en su búsqueda de la innovación y la originalidad.[19] El escritor Iliá Ehrenburg, el que fuera emisario de Stalin al mundo de la intelectualidad occidental prosoviética, produjo una novela, *El deshielo*, que dio el nombre a la nueva era. Alexander Tvardovski y Konstantin Simonov comenzaron la transformación de la revista *Novi Mir*, convirtiéndola en una salida para obras literarias de talento poco ortodoxas. Los directores cinematográficos Mijail Kalatozov, Mijail Romm y otras estrellas de la «fábrica de sueños» soviética realizaron películas en las que se ensalzaban virtudes y valores humanísticos. Todos estos individuos, ayudados por funcionarios más comprensivos que se encargaban de cuestiones culturales, crearon el ambiente en el que crecería y aspiraría a mayores libertades una nueva generación de hombres y mujeres de gran talento.[20]

El deshielo cultural evolucionó para convertirse en un fenómeno mucho más radical después de que Jrushchov pronunciara su discurso secreto. El líder del Kremlin no tenía la capacidad de perspectiva ni la solidez intelectual para prever las consecuencias de ese discurso. Su texto fue filtrado a Occidente. El Departamento de Estado norteamericano publicó el informe, y al poco tiempo Radio Liberty y Radio Europa Libre, las dos emisoras financiadas por la CIA, procedieron a retransmitirlo para consternación de los comunistas tanto del este como del oeste.[21] En la propia Unión Soviética, Jrushchov hizo llegar el discurso secreto a las organizaciones locales del partido con la orden de leerlo a todos los militantes de base e incluso a audiencias mucho más numerosas como los «colectivos de trabajadores»; probablemente lo oyeran entre veinte y veinticinco millones de personas. El informe puso todo el aparato ideológico y de propaganda en un estado de parálisis. En las universidades, en los centros de trabajo e incluso en las calles, la gente opinaba al respecto, y los oficiales, el KGB y los informadores secretos enmudecieron.[22]

Millones de ciudadanos soviéticos querían saber más que lo que revelaba el discurso. Sergei Dmitriev escribiría en su diario: «El discurso carece de una interpretación seria de los hechos. Sus implicaciones en materia de política exterior apenas pueden deducirse. ¿Y qué significado tiene a nivel nacional? En las escuelas los estudiantes empiezan a arrancar de las paredes los retratos de Stalin y los rompen saltando encima. Preguntan: ¿Quién creo el culto a la personalidad? Si únicamente había una sola personalidad, ¿qué hizo el resto del partido? Los comités del partido de todas las regiones, distritos y zonas cuentan con un *vozhd* y unos héroes propios».[23]

Algunos estudiantes soviéticos, según un observador norteamericano, sentían que «sus creencias habían sido destruidas, y que, por lo tanto, ya no podían creer en nada» de lo que el régimen soviético les había dicho que creyeran.[24] A finales de mayo de 1956 unos estudiantes de la Universidad Estatal de Moscú boicotearon la cafetería del centro, famosa por la mala comida que servía. Fue como una evocación, en parte intencionada, de la revuelta que se produjo en el acorazado *Potemkin* durante la revolución de 1905 (el pueblo soviético conocía muy bien ese episodio de su historia gracias a la célebre película

rodada por Sergei Eisenstein). En vez de tomar medidas enérgicas al respecto, las autoridades, desconcertadas, optaron por negociar con los estudiantes. Sólo más tarde algunos de ellos fueron expulsados de la universidad y enviados a vivir a las provincias.[25]

Durante el semestre que siguió al verano, los universitarios de numerosas facultades de Moscú, Leningrado y otras ciudades se dedicaron a producir pósteres, boletines y periódicos no autorizados por las autoridades. Las revoluciones que en otoño estallaron primero en Polonia y más tarde en Hungría tuvieron un impacto considerable no sólo en las regiones vecinas de Ucrania Occidental y el Báltico, sino también en grupos estudiantiles de Moscú, Leningrado y otros grandes centros urbanos. Cuando el ejército soviético consiguió aplastar la revuelta de Hungría en noviembre de 1956, los universitarios de Moscú y Leningrado se unieron para celebrar asambleas y manifestar su solidaridad con Hungría.[26] Algunos de los más extremistas tuvieron la necesidad de pasar a la acción. En la región de Arcángel un joven distribuyó un panfleto en el que se comparaba el poder soviético con el régimen nazi. El panfleto decía: «El Partido de Stalin es [una organización] criminal y antinacional. Ha degenerado hasta convertirse en un grupo cerrado de degenerados, cobardes y traidores». El futuro disidente Vladimir Bukovski, que por aquel entonces cursaba sus estudios de secundaria, soñaba con conseguir armas para asaltar el Kremlin.[27]

Al igual que hicieran un siglo antes sus predecesores de la Rusia zarista, los estudiantes más radicales buscaron su guía en la literatura. El centro de su atención fue la nueva novela de Vladimir Dudintsev, *No sólo de pan vive el hombre*, publicada en *Novi Mir*. Esta obra describe el conflicto que surge entre un hombre honesto e innovador y los burócratas que se dedican a atormentarlo y a frenar su actividad creativa. Las reuniones que celebraban los escritores con los estudiantes fomentaron aún más el radicalismo. Konstantin Simonov, editor de *Novi Mir*, manifestó públicamente que era necesario revocar las resoluciones del partido de 1946 en materia de censura de las artes y la literatura. El aclamado escritor Konstantin Paustovski habló de la existencia de una nueva clase de arribistas conservadores y obtusos en el mundo de las ciencias y la cultura, entre otros. Expresó su convicción de que el pueblo soviético «conseguirá librarse de esa gente». Sus palabras encendieron a los estudiantes, y fueron copiadas a mano en unos panfletos para poder difundirlas por toda Rusia. Otros tomaron la novela de Dudintsev como un proceso a toda la clase dirigente comunista. En una carta anónima al Sindicato de Escritores de Ucrania se decía: «Dudintsev tiene mil veces razón. El poder lo detenta todo un grupo, fruto de nuestro terrible pasado». El autor de la misiva se definía como «el representante de un nutrido grupo de la intelectualidad soviética media». «Hemos abierto los ojos», concluía la carta. «Hemos aprendido a distinguir la verdad de la mentira. Ya no hay vuelta atrás. Se está desmoronando el edificio de mentiras que individuos como vosotros han contribuido a erigir. Y nada evitará que se derrumbe».[28]

La ruptura con la Gran Mentira de Stalin no significaba automáticamente una ruptura con la ideología comunista y el legado revolucionario. En la mentalidad que por entonces prevalecía, la sed de libertad personal entraba en fuerte contradicción con una sincera creencia en la validez del colectivismo socialista.[29] Varias fuentes han demostrado también que el año 1956 fue sólo el principio de una gran «emancipación del pensamiento», atado hasta entonces a una utopía comunista.[30] Hubo muchos que consideraron la desestalinización como la vía para restablecer los valores y las normas de los primeros años posrevolucionarios del «verdadero leninismo». Al finalizar una asamblea de tres días del Sindicato de Escritores de Moscú, tras discutir sobre el discurso secreto, los congregados se pusieron a cantar de manera espontánea *La Internacional*. Una futura disidente, Raisa Orlova, se sintió abrumada por la emoción: «Por fin ha vuelto el ideal revolucionario puro y verdadero, ese al que cualquiera puede entregarse sin reservas».[31] Marat Cheshkov, por entonces miembro de un grupo clandestino de intelectuales



moscovitas, recordaría lo siguiente: «Para mí, y para la mayoría de los jóvenes que nos sentíamos políticamente comprometidos, el marxismo-leninismo seguía siendo el pilar inamovible». También reconocería que «no era capaz de concebir una sociedad que careciera, en primer lugar, del orden socialista, y en segundo lugar, de una organización políticamente centralizada, por ejemplo, el Partido».[32]

El radicalismo socialista antiestalinista se concentraba en Moscú y en Leningrado, en las universidades y en círculos cultos. Las provincias, donde la *intelligentsia* era intrascendente y dispersa, mantuvieron un silencio conformista. A su llegada a la Universidad Estatal de Moscú procedente del centro universitario provincial de Rostov, Alexander Bovin, futuro consejero «ilustrado» de Leonid Brezhnev, quedó sorprendido al comprobar que era demasiado moderado para sus compañeros de curso. «No estaba preparado para un ambiente tan acusadamente democrático y antiestalinista». Bovin mostró su absoluto desacuerdo con las críticas «descaradas» que se lanzaban contra el partido y contra todo el sistema soviético en general; también defendió las políticas de la URSS en Polonia y Hungría. Varios estudiantes lo interrumpieron y lo hicieron callar.[33] Casualmente, esos enfrentamientos verbales tuvieron lugar en el departamento de filosofía en el que otra estudiante, Raisa Maximova, la esposa de Mijail Gorbachov, se había licenciado un año antes. Bovin se convirtió más tarde en un *apparatchik* «ilustrado» que abogaría por una liberalización prudente desde arriba.

El grueso del partido y de la burocracia estatal, el ejército y la policía secreta se vieron obligados a apoyar el camino de la desestalinización emprendido por Jrushchov, pero en privado toda esa gente se mostraba resentida por su radicalismo y sus implicaciones ideológicas. Veinte años después de la caída de Jrushchov, Dmitri Ustinov, encargado del complejo industrial militar y secretario del Comité Central a partir de 1965, seguiría echando pestes del líder, del que decía que «ningún enemigo hizo tanto daño como Jrushchov y su política contra el pasado de nuestro partido y nuestro estado, y contra Stalin».[34] Miles de personas pertenecientes al ejército, al cuerpo diplomático y a los círculos de los gestores financieros consideraron que su vida y sus logros, especialmente durante la Gran Guerra Patriótica, quedaban en entredicho por las acusaciones vertidas contra Stalin. Otros pensaron que Jrushchov y los oligarcas políticos pretendían simplemente convertir a Stalin en chivo expiatorio de todos los males. El general Petr Grigorenko se sintió sumamente ofendido porque Jrushchov «bailó el cancán sobre la tumba del gran hombre».[35]

Al principio, la confusión reinante en las burocracias del estado y el KGB permitió una desestalinización espontánea desde abajo. Los funcionarios responsables de la censura, la propaganda y los medios de comunicación no sabían cómo reaccionar. Por un lado, el nuevo radicalismo de los estudiantes y los intelectuales los asustaba. Por otro, sólo un número reducido de ellos estaba dispuesto a recurrir a medidas de represión, pues sólo habían pasado unos pocos meses desde la denuncia de la política de Stalin sin que se produjera ninguna señal clara desde las altas esferas por la que guiarse.[36] En noviembre de 1956 la invasión soviética de Hungría devolvió la confianza a la mayoría conservadora. Fue como un jarro de agua fría para los antiestalinistas radicales, especialmente para los universitarios, que se dieron cuenta, como recordaría más tarde uno de ellos, «de que en este país nos encontrábamos totalmente solos. Las masas estaban poseídas por un chovinismo absoluto. El 99 por 100 de la población compartía las mismas aspiraciones imperiales que tenían las autoridades».[37] Numerosos intelectuales, incluso los que abogaban por la desestalinización, se unieron precipitadamente bajo los estandartes soviéticos. Deseaban demostrar que nunca habían dudado de la legitimidad de la causa soviética en la Guerra Fría. Unos setenta escritores de la URSS firmaron una «carta abierta» dirigida a sus homólogos occidentales en la que justificaban la acción militar.

Entre ellos figuraban los cabecillas del deshielo cultural: Ehrenburg, Tvardovski y Paustovski.[38]

En diciembre de 1956, Jrushchov y el Politburó llegaron a la conclusión de que la agitación existente en el mundo estudiantil e intelectual ponía en peligro el control político de la sociedad.[39] Centenares de individuos, si no miles, fueron expulsados de sus centros de investigación y las universidades. El KGB llevó a cabo detenciones por todo el país para acabar con la disidencia. Las autoridades reinstauraron las cuotas que limitaban el número de hijos de intelectuales que podía acudir a la universidad; también tomaron las medidas pertinentes para aumentar el número de «los hijos de obreros y campesinos» en el cuerpo estudiantil.[40]

Los acontecimientos de 1956 pusieron de manifiesto el temor de los líderes soviéticos al potencial subversivo de los intelectuales y las élites culturales. La reunión de tres días con un grupo de escritores, celebrada en el cuartel general del partido, se asemejó, más que a un encuentro, a un acto de la Inquisición española. Dmitri Shepilov, el más culto de los miembros del nuevo gobierno, comunicó a los escritores que las medidas políticas iniciadas en 1946 en el ámbito cultural seguirían vigentes mientras durara la Guerra Fría. Cuando Konstantin Simonov, editor de *Novi Mir*, solicitó a los jefes del partido autorización para escribir unas pocas «verdades sobre las realidades» del país, Shepilov se negó a su petición. Ahora como antes, dijo, Estados Unidos pretende socavar a la sociedad soviética utilizando medios ideológicos y culturales. Por lo tanto, la literatura debe permanecer enteramente al servicio del partido y estar al servicio de su política de seguridad nacional.[41]

Esta razón fundamental de la Guerra Fría ralentizaría la liberalización de la política cultural y educativa soviética durante las décadas venideras. Las élites culturales de la URSS temían ser etiquetadas de antisoviéticas y, por lo tanto, de antipatrióticas. La reacción llegó a su momento álgido con el llamado caso Pasternak. En la primavera de 1956, el poeta Boris Pasternak acabó su novela *Doctor Zhivago*, que trataba sobre el trágico destino de la *intelligentsia* rusa después de la revolución. El autor presentó el manuscrito de su obra a *Novi Mir*. Al mismo tiempo, rompiendo el viejo tabú soviético, lo envió a Italia, al editor comunista disidente Giacomo Feltrinelli. La revista literaria rusa rechazó el manuscrito, y en noviembre de 1957 apareció la primera edición de *Doctor Zhivago* en Occidente, convirtiéndose de inmediato en una bomba literaria a escala mundial. En octubre de 1958 le fue concedido a Pasternak el premio Nobel de Literatura. Jrushchov comenzó una gran campaña de denuncia contra Pasternak que se convirtió en una prueba de lealtad para el mundo de la cultura soviética. En diciembre de 1956 las autoridades de la URSS recurrieron a la lógica bipolar característica de la Guerra Fría: los que no están totalmente con nosotros, están contra nosotros. Parecía el regreso del estalinismo, pues todo el aparato estatal se dedicó a utilizar su poder para aplastar a un solo hombre. En medio de un delirio de patriotismo ostentoso, mezclado con el miedo a perder el favor del estado, la inmensa mayoría de los escritores rusos votó a favor de la expulsión de Pasternak del Sindicato de Autores, acusándolo de traidor, e incluso solicitó su expulsión de suelo soviético. Pasternak fue obligado a renunciar al premio Nobel, y la tensión vivida hizo mella en su salud. Murió de cáncer el 30 de mayo de 1960.[42]

La veloz restauración del «orden» en 1956 y el caso Pasternak constituyeron dos severos recordatorios de la realidad para los que esperaban que se produjeran cambios inmediatos. No obstante, la desestalinización seguiría cobrando impulso en la vida cotidiana de la gente. Y el control ejercido por las instituciones ideológicas y culturales del estado sobre las generaciones más jóvenes y las élites culturales iría mitigándose.



LA IMAGEN DEL ENEMIGO SE DESDIBUJA

A la muerte de Stalin, la Unión Soviética empezó un lento proceso de apertura al mundo exterior. En 1955 el gobierno de la URSS autorizó el turismo extranjero, prohibido bajo el régimen dictatorial de Stalin. También suavizaron la prohibición casi absoluta a los ciudadanos soviéticos de viajar al extranjero. En 1957 dos mil setecientos estadounidenses pudieron desplazarse a la Unión Soviética, y más de setecientos mil rusos viajaron al extranjero, pero sólo setecientos ochenta y nueve de ellos visitaron Estados Unidos.[43] El carácter más cerrado de la sociedad soviética y el control que ejercía el estado sobre los posibles intercambios de información generaron entre el pueblo ruso una gran curiosidad por saber más del mundo exterior y especialmente de Estados Unidos y los estadounidenses. Los pocos turistas norteamericanos que llegaron a la URSS y los visitantes que visitaron el país por intercambios culturales o educativos suscitaron un enorme interés entre la población soviética. Durante el verano de 1957, un joven licenciado de Yale (futuro analista de la CIA y especialista en historia de la diplomacia), Raymond Garthoff, viajó por la Unión Soviética y tuvo la oportunidad de conocer a centenares de estudiantes. En cierta ocasión, a las afueras de Leningrado, él y su colega se vieron rodeados por ciento cincuenta estudiantes en una facultad de ingenieros agrónomos. Los universitarios estaban tan entusiasmados y agradecidos por la oportunidad que se les brindaba, que escoltaron a los dos norteamericanos en procesión hasta la estación del ferrocarril.[44]

Muchos ciudadanos soviéticos, ávidos lectores, encontraron su ventana a Occidente en la literatura traducida, A la muerte de Stalin se publicaron cientos de miles de copias de un gran número de obras de autores norteamericanos traducidas al ruso, entre otras de Ernest Hemingway, John Steinbeck y J. D. Salinger; estaban disponibles en millares de bibliotecas públicas de toda la URSS. La cinematografía norteamericana se convirtió para el público más curioso en otra ventana al Nuevo Mundo. Al término de la Segunda Guerra Mundial las autoridades estatales autorizaron la proyección controlada de películas alemanas y norteamericanas capturadas como trofeo en Europa. Eran su mayoría musicales y comedias divertidas y sentimentales. La respuesta del público soviético, desde los niños hasta los ancianos, fue de absoluto entusiasmo. La música de las películas norteamericanas, sobre todo la música *swing* de Glenn Miller y su orquesta, competía con éxito con el repertorio clásico de la URSS. La serie de *Tarzán* Protagonizada por Johnny Weismuller y *La hermanita del mayordomo* con Deanna Durban se convirtieron en toda una experiencia generacional como la comida enlatada norteamericana que llegó con los programas de ayuda, las cartillas de racionamiento y una infancia marcada por la ausencia de la figura paterna, víctima de la guerra.[45]

Durante el deshielo, el goteo de películas norteamericanas fue cada vez más constante: a los distribuidores cinematográficos estatales de Moscú y de las provincias les gustaban los grandes éxitos comerciales estadounidenses por razones claramente crematísticas, y ganaron importantes batallas contra los propagandistas del partido, a los que les preocupaba la enorme popularidad de la que gozaban las producciones hollywoodenses entre los espectadores de las ciudades y las zonas rurales. Muchos de los dramas norteamericanos más famosos (de Elia Kazan, Cecil B. DeMille y otros directores) no llegaron al gran público soviético debido a su contenido cultural y religioso. No obstante, millones de personas pudieron ver, entre otras películas, *Los siete magníficos*, con Yul Brinner, y *Con faldas y a lo loco*, con Marilyn Monroe y Jack Lemmon. No podemos subestimar el impacto que tuvieron estas producciones en el espectador soviético. Como recordaría el poeta Joseph Brodski, ganador del premio Nobel de la Paz,

que por entonces residía en Leningrado, estas películas «nos cautivaron mucho más que toda la posterior producción de los neorrealistas o de la *nouvelle vague*. Me atrevería a afirmar que la colección de películas de Tarzán sola hizo más por la desestalinización que todos los discursos de Jrushchov juntos, empezando por los que pronunció en el XX Congreso del Partido».[46] El escritor Vasili Aksenov recordaría que «hubo un tiempo en el que mis colegas y yo nos dedicábamos a charlar utilizando casi siempre citas de esas películas. Para nosotros representaban una ventana al mundo exterior a la que podíamos asomarnos desde el hediondo cubil estalinista».[47]

El fermento que erosionaba las imágenes de la propaganda antiamericana cuajó principalmente entre la juventud soviética más culta y privilegiada. Bajo el impacto de la desestalinización y el deshielo cultural, muchos jóvenes instruidos quisieron distanciarse del pasado soviético. Desconfiaban de la propaganda soviética y la ignoraban, y trataban de vestir y de comportarse de manera diferente, a la occidental. Los medios de comunicación estatales querían condenarlos al ostracismo, calificándolos de «haraganes», «parásitos» y *stiliagi* («pisaverdes»). Garthoff recordaría que los jóvenes a los que conoció y con los que habló en 1957 podían ser encuadrados en distintas categorías. Unos eran «ingenuos», sobre todo los que acababan de terminar el bachillerato. Aún no habían descubierto las contradicciones existentes entre lo que les habían enseñado y la realidad; seguían creyendo en la propaganda que se hacía de Estados Unidos. Los más mayores podían dividirse en «creyentes», los cínicos precoces, y en la «juventud dorada», que intentaba huir del oscurantismo de la vida cultural soviética buscando refugio en un occidentalismo y americanismo descarado.[48] Para aquellos de este último grupo que eran escépticos o se sentían desilusionados, todo lo norteamericano se convirtió en un poderoso antídoto contra la propaganda estatal. Jóvenes artistas, escritores, poetas y músicos mostraban la misma actitud. Iosif Brodski comentaría que él y sus amigos intentaban ser «más americanos que los propios americanos».[49]

La música y los programas radiofónicos norteamericanos ejercieron «suavemente» una enorme influencia en muchos jóvenes soviéticos. Antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, el *jazz* y el *swing* norteamericanos habían sido objeto de repetidas prohibiciones en la Unión Soviética, prohibiciones que se repitieron de nuevo cuando empezó la Guerra Fría. Muchos jóvenes se acostumbraron a escuchar las transmisiones radiofónicas de la Voz de América de manera prácticamente exclusiva, debido a su programación musical. El número de aparatos de radio de onda corta presentes en los hogares soviéticos pasó de los quinientos mil en 1949 a los veinte millones en 1958. Al final de su vida Stalin ordenó que en 1954 quedara interrumpida la producción de aparatos radiofónicos de onda corta. Sin embargo, la industria soviética empezó a fabricar cuatro millones anuales de ese tipo de radios, principalmente por razones comerciales.[50] Entre los programas más populares de la VOA destacaba *Time for jazz*. Su pinchadiscos, Willis Conover, dueño de una fabulosa y profunda voz de barítono, se convirtió en el héroe secreto de muchos jóvenes de Moscú y Leningrado. Jóvenes que cantaban, sin entender buena parte de lo que decían, las canciones de Benny Goodman y Glenn Miller, y que escuchaban entusiasmados a Ella Fitzgerald, Louis Armstrong, Duke Ellington y las improvisaciones de Charlie Parker. Más tarde llegó Elvis Presley. Según distintas versiones, la VOA contaba con millones de radioyentes. En las tiendas no había discos de la estrellas de la música norteamericana, y conseguir uno se consideraba un verdadero milagro. A finales de los años cincuenta, las grabadoras de casetes empezaron a cambiar este panorama y permitieron un mayor acceso de la juventud soviética a la música occidental.[51]

Curiosamente, Jrushchov y sus políticas erráticas contribuyeron más que cualquier otro fenómeno a abrir agujeros en el telón de acero. Pese al regreso de los partidarios de la línea dura a finales de 1956, Jrushchov siguió empecinado en continuar con la



desestalinización. La Guerra Fría sirvió paradójicamente como justificación para reafirmar la «unidad moral y política» del pueblo soviético e introducir las modestas reformas necesarias para proyectar una imagen benevolente de la URSS en Occidente. Tras las agitaciones ocurridas en Hungría, Jrushchov, Mikoyan y Shepilov abogaron por una vuelta a la «ofensiva de paz». Consecuencia de ello fue un acontecimiento que tendría unas consecuencias de largo alcance en el ámbito doméstico: el Festival Mundial de la Juventud, celebrado en Moscú en julio y agosto de 1957. Durante un cuarto de siglo la Unión Soviética había permanecido prácticamente cerrada al mundo exterior, de modo que carecía de unas estructuras turísticas apropiadas. Los organizadores del festival tuvieron que afrontar numerosas tareas realmente desalentadoras, como, por ejemplo, qué hacer con el aspecto escuálido de la mayoría de las zonas urbanas, la falta de idoneidad de los hoteles y su escaso número, la ausencia de una vida nocturna, de publicidad, de ropa atractiva de calidad, de disfraces carnavalescos y de otras parafernalias, así como la falta de restaurantes normales y de comida rápida y de tiendas comerciales en las que poder efectuar compras. Todo ello puso de manifiesto el retraso relativo de la sociedad y la economía de la URSS en comparación con el Occidente capitalista.[52]

Jrushchov permitió que los líderes de la Komsomol organizaran el espectáculo, con la orden de «sofocar a los huéspedes extranjeros con nuestro abrazo». En consecuencia, el festival se convirtió en el primer «carnaval socialista» que se había celebrado por las calles de Moscú desde el año 1918. Incluso el Kremlin abrió sus puertas a aquella multitud de jóvenes.[53] Pero las autoridades soviéticas no estaban preparadas para un evento de tanta magnitud, y no consiguieron mantener centralizado su control. El festival se convirtió en un gigantesco acontecimiento de las bases populares que paralizó cualquier intento de control de movimientos y de la multitud. Tres millones de moscovitas ofrecieron llenos de entusiasmo su hospitalidad a más de treinta mil jóvenes extranjeros. La curiosidad y la exaltación de los anfitriones fueron inconmensurables. Numerosas esquinas de la capital se convirtieron en centros improvisados de debate, una experiencia absolutamente nueva para los ciudadanos soviéticos.[54]

El festival hizo en tiempos de paz lo que la última fase de la Segunda Guerra Mundial había hecho en tiempos de conflicto bélico. En 1945, la guerra había llevado a Iván a Europa. En 1957, el propio régimen soviético había traído el mundo a Moscú. La aparición de jóvenes norteamericanos, europeos, africanos, latinos y asiáticos en las calles de la capital soviética sacudió los estereotipos propagandistas. En los medios de comunicación soviéticos, se recuerda en unas memorias, «se describía a los norteamericanos de dos maneras: bien como pobres hombres sin trabajo, flacos, desaseados, viviendo en medio de heces, bien como burgueses barrigudos, vestidos de *smoking* con sombrero de copa, fumando un puro. Y había una tercera categoría: la de los negros desesperados, todos ellos víctima del Ku-Klux-Klan».[55] Cuando los rusos vieron en aquellos jóvenes a unos extranjeros de pensamiento liberal perfectamente vestidos, su xenofobia y su temor a los informadores de la policía secreta se evaporaron prácticamente de la noche a la mañana. Muchos de los que vivieron esos días del festival coincidirían posteriormente en afirmar que se trató de un hecho histórico tan importante como el discurso secreto de Jrushchov. El músico de *jazz* Alexei Kozlov considera que «el festival de 1957 marcó el comienzo de la caída del sistema soviético. Después de su celebración, el proceso de fragmentación de la sociedad estalinista fue irreversible. Del festival se nutrió toda una generación de disidentes e intelectuales que vivieron una doble vida. Al mismo tiempo, coincidió con el nacimiento de una nueva generación de funcionarios del partido y la Komsomol, unos traidores que lo comprendían todo perfectamente bien, pero que exteriormente profesaban lealtad al sistema».[56] Vladimir Bukovski recuerda que, tras el festival, «todos aquellos rumores acerca de la "putrefacción capitalista" pasaron a considerarse una verdadera ridiculez». La crítica cinematográfica Maya Turovskaya opina que durante el festival los

ciudadanos soviéticos entraron en contacto con el mundo por primera vez en tres décadas: «La generación de los sesenta tal vez habría sido distinta sin la celebración del festival». [57]

Nikita Jrushchov creía realmente que la Unión Soviética podía dar alcance y rebasar a Estados Unidos en el campo de las ciencias, de la tecnología, de los bienes de consumo y en lo tocante al nivel de vida en general. En 1957 acuñó su eslogan, «Dar alcance y rebasar a Estados Unidos», piedra angular de su promesa de construir la sociedad comunista durante los veinte años siguientes. Jrushchov, animado por la boyante economía y el gran éxito del Sputnik, no temía mostrar a los ciudadanos de la URSS los avances norteamericanos. Cuando en julio de 1959 se inauguró la primera exposición nacional norteamericana en el parque Sokolniki de la capital soviética, varios millones de moscovitas acudieron a la cita para contemplar los artefactos norteamericanos y para probar la Pepsi-Cola. Jrushchov expuso sus intenciones al líder de la RDA, Walter Ulbricht: «Los estadounidenses creen que el pueblo ruso, al contemplar sus avances, se apartará del régimen soviético. Pero los norteamericanos no entienden a nuestras gentes. Queremos que la exposición se vuelva contra ellos. Diremos a nuestro pueblo: Mirad, esto es lo que ha conseguido el país más rico del capitalismo en cien años. El socialismo nos permitirá conseguir lo mismo con mucha más celeridad».[58]

Independientemente de cuáles fueran las verdaderas intenciones de Jrushchov, lo cierto es que las consecuencias a largo plazo de su fanfarronada no ayudaron a la propaganda soviética antiamericana. Sus promesas de alcanzar el nivel de prosperidad de Estados Unidos (esto es, los símbolos materiales de esa prosperidad) impresionaron a millones de soviéticos. Zdenek Mlynar comentaría acertadamente: «Stalin nunca permitió que se comparara el socialismo con las realidades capitalistas, pues insistía en que aquí se construye un mundo absolutamente nuevo e incomparable con nada». Jrushchov llegó con un nuevo eslogan y, fundamentalmente, cambió la percepción del mundo que tenía el ciudadano soviético medio. Con el paso de los años, la gente se fue acostumbrando a establecer comparaciones entre su nivel de vida y el norteamericano, y desarrolló un complejo de inferioridad. Una generación tras otra fue reconociendo que, en realidad, el nivel de vida de Estados Unidos seguía siendo muy superior al de la Unión Soviética. Y los que buscaron una explicación, continúa diciendo Milnar, pudieron llegar fácilmente a la conclusión de que el principal obstáculo que les impedía alcanzar el nivel de vida norteamericano era el sistema económico y político existente.[59]

A medida que fue avanzando la era de Jrushchov, dos mensajes igualmente confusos comenzaron a coexistir en la propaganda soviética relacionada con Estados Unidos. Uno era la versión modificada de la tradicional imagen estalinista del enemigo en la que Estados Unidos siguió siendo el «otro» grande que se oponía a la Unión Soviética; el capitalismo y el sistema de vida norteamericanos eran presentados como la antítesis del «socialismo» soviético y su sistema de vida. El segundo consistía en un retrato, más bien positivo, de la sociedad norteamericana como paraguas bajo el que se refugiaban tanto los enemigos como los amigos de la URSS, y en presentar los avances tecnológicos norteamericanos como el anteproyecto ideal para el progreso técnico de los soviéticos. Jrushchov permitió que los norteamericanos mostraran sus avances en la exposición celebrada en el parque Sokolniki, pero la prensa soviética de dedicó a llenar páginas y páginas con artículos sobre el hambre, el crimen, el desempleo y la persecución de los negros en Estados Unidos.[60]

La imagen de dualidad de Estados Unidos dejaba muchas preguntas sin respuesta. Muy pocos ciudadanos soviéticos podían hablar con autoridad sobre la sociedad y la cultura norteamericanas. En 1957, el semanario oficial del Sindicato de Escritores Soviéticos, *Literaturnaia Gazeta* (Gaceta Literaria), publicó una serie de artículos firmados por Alexander Kazem-Bek, un nacionalista ruso que había residido en Estados Unidos y



que luego había regresado voluntariamente a la URSS. Esos artículos acusaban a Estados Unidos de ser «un país sin cultura», a diferencia de la Unión Soviética y Europa. Inmediatamente Iliá Ehrenburg, contrario a la xenofobia cultural, publicó una réplica. En ella decía que Estados Unidos era un país en el que vivían muchos escritores y artistas «progresistas».[61] Insólitamente, toda esta polémica permitiría atisbar la creciente tensión existente entre el grupo xenófobo y el «cosmopolita» que había en el seno de la burocracia estatal y el mundo de la cultura de la URSS.[62]

Más tarde, durante los años sesenta, la difusión de material y de símbolos culturales norteamericanos se convirtió en un fenómeno pandémico. La música y la moda, la necesidad de idolatrar a las estrellas de la cultura de masas y la actitud propia del estereotipo *beatnik* fueron fenómenos que arraigaron, en primer lugar, entre los hijos de la *nomenklatura* soviética. Dentro de los ambientes de la juventud inconformista, las retransmisiones radiofónicas y las exposiciones culturales norteamericanas se convirtieron en unos instrumentos increíblemente eficaces para combatir el antiamericanismo oficial. John F. Kennedy, Ernest Hemingway y Marilyn Monroe sustituyeron los trillados iconos de héroes tradicionales soviéticos. Es imposible establecer cuál fue el número de seguidores del norteamericanismo cultural; pero sin duda fue significativamente elevado durante la década de los setenta y la de los ochenta, cuando la Unión Soviética entró en un período de vacío ideológico y de estancamiento económico.[63]

LOS OPTIMISTAS AÑOS SESENTA

El deshielo y la apertura cada vez mayor a influencias occidentales afectaron a millones de personas. Sin embargo, no deben exagerarse sus consecuencias. Tras aplastar el movimiento de disidencia estudiantil en diciembre de 1956, el partido y el estado invirtieron numerosos recursos en el control ideológico de la población, especialmente los jóvenes. Por cada publicación que abogaba por la libertad de pensamiento y por cada película occidental, había millares de artículos en periódicos y revistas, millares de libros y millares de filmaciones que difundían la ortodoxia y el patriotismo soviéticos. La rápida expansión de la educación de secundaria en la primera década posestalinista no generó automáticamente valores liberales; durante un tiempo sirvió de vehículo principal para el adoctrinamiento y la mentalidad conformista. Aunque limpios de imágenes de Stalin y libres de la glorificación del dictador, los manuales escolares de historia y literatura seguían imponiendo en la mente de los jóvenes un único relato que integraba la historia, la cultura y la ideología soviéticas, construido dentro de un marco estricto y perfectamente censurado. Se graduaron nuevas cohortes de estudiantes que todavía creían vivir en el país más perfecto, feliz y poderoso del mundo. A finales de los años cincuenta, la sociedad soviética seguía conservando no sólo un fuerte consenso en lo referente a la Guerra Fría, sino también un gran cúmulo de románticas ilusiones comunistas. A comienzos de 1959 Jrushchov decidió utilizar esas ilusiones cuando proclamó en el congreso del partido que la URSS había completado «la construcción total y definitiva del socialismo».

Durante los dos años siguientes, con la ayuda de los autores de sus discursos, sacó un ampuloso programa en el que el único límite lo ponían los cielos con el fin de alcanzar y superar a Estados Unidos y «terminar la construcción de la sociedad comunista» en la Unión Soviética en apenas dos décadas. En julio de 1961, en un discurso al Comité Central, prometió que la siguiente generación de ciudadanos soviéticos viviría en la prosperidad de un paraíso comunista. La URSS, dijo en tono jactancioso, «se elevará tanto que, cuando se comparen con ella, los principales países capitalistas quedarán muy por debajo y muy alejados de nosotros». Tras un «debate» nacional en el que participaron cuatro millones seiscientas mil personas, en octubre de 1961 el XXII Congreso del Partido adoptó por unanimidad el nuevo programa.[64]

Entre los buques insignia del romanticismo y el idealismo oficiales figuraban dos periódicos de gran tirada: *Izvestia*, dirigido por el yerno de Jrushchov, Alexei Adzhubei, y *Komsomolskaia Pravda*, la voz del Komsomol. Como recordaría más tarde Adzhubei, «solíamos acabar nuestras reuniones con eslóganes indispensables para la victoria del comunismo. No teníamos sensación alguna de fracaso, de punto muerto ni de estancamiento. Y quiero subrayar: seguía habiendo reservas de energía, muchos continuaban siendo optimistas».[65] En 1960 un grupo de periodistas jóvenes organizó el primer instituto soviético para el estudio de la opinión pública. El tema del primer sondeo fue: «¿Conseguirá la humanidad evitar una guerra mundial?».[66]

El cine constituía también un medio poderoso con el que los directores de edad avanzada de los años veinte y treinta y sus jóvenes discípulos intentaban recrear el espíritu de optimismo revolucionario y el romanticismo socialista. Con la autorización de las altas esferas, intentaban volver a colocar a los héroes y bolcheviques revolucionarios en una primera línea de la que prácticamente habían desaparecido bajo el régimen estalinista. Las nuevas producciones cinematográficas (por ejemplo, *Comunista*, con Gennadi Gubanov) pretendían poner un toque humano en los hombres de hierro del partido.[67]



Bajo el gobierno de Jrushchov ascendieron en el partido y la burocracia estatal cuadros formados por individuos más jóvenes que combinaban experiencia en la guerra y una buena educación superior. Entre los líderes del partido se puso de moda la contratación de intelectuales en calidad de «asesores». Esto dio lugar al fenómeno de los *apparatchiks* «ilustrados», que normalmente trabajaban en Moscú en las estructuras burocráticas centrales. Entre esos individuos había futuros «nuevos pensadores» de la era Gorbachov: Georgi Arbatov, Anatoli Cherniaev, Fedor Burlatski, Nikolai Inozemtsev, Georgi Shajnazarov y otros muchos. El propio Gorbachov se benefició de esa nueva tendencia al alza; siendo un joven, culto y enérgico miembro del partido, su ascenso en las filas de la *nomenklatura* de la región meridional de Stavropol no se hizo esperar. Los últimos años de la década de los cincuenta, y los primeros de la de los sesenta, fueron un período relativamente positivo para los jóvenes intelectuales comunistas. Uno de ellos recordaría que «con Jrushchov empezó una vida feliz, dichosa e incluso fácil para nosotros. Eramos jóvenes. Logramos nuestros primeros éxitos, defendimos nuestras primeras disertaciones y publicamos nuestros primeros artículos y libros». Todo esto generó un «tono general de optimismo ante la vida». Las diferencias sociales, culturales e ideológicas no contaminaron el ambiente de esa camaradería.[68] Aquellos jóvenes apoyaban a Jrushchov, pese a sus payasadas y a su escasa cultura y lo veían como un vehículo de cambios, la fuerza capaz de barrer a los viejos cuadros ya desacreditados. En su opinión, iba a allanar el camino para desarrollar apropiadamente sus carreras.

Los nuevos fichajes se caracterizaban por su capacidad de crítica y sus intenciones reformistas. Los jóvenes *apparatchiks* e intelectuales creían que podían contribuir a la liberalización del régimen si daban su apoyo a la desestalinización emprendida por Jrushchov. Los llenaba de orgullo calificarse de «hijos del XX Congreso del Partido», y, junto con figuras reconocidas de mayor edad del mundo de la cultura y la educación de la Unión Soviética, se esforzaron por revivir entre las masas el sentimiento de patriotismo y entusiasmo que creían que había existido tres décadas atrás, antes de que Stalin acabara con él.

Los *apparatchiks* «ilustrados» se movían hábilmente por la sutil línea que separaba su predisposición a los valores humanistas por un lado, y el arribismo, el conformismo y el patriotismo por otro. Por desgracia, la Guerra Fría apenas dejaba espacio para los términos medios. Ante cualquier apuro, la mayoría de ellos apoyaba la causa y el imperio de la Unión Soviética: la *Realpolitik* triunfaba invariablemente sobre sus anhelos humanistas y su idealismo reformista. En 1956 casi ninguno de ellos mostró su disposición a apoyar las revoluciones anticomunistas de Polonia y Hungría. Durante el festival, en agosto de 1957, Adzhubei, líder informal de los nuevos fichajes, reprendió al periodista polaco Eligiusz Liasota, editor de *Po Prostu*, una revista literaria polaca de tendencia liberal, en los siguientes términos: «Oiga, usted puede hacer en Polonia lo que le apetezca, pero no se olvide de que lo que allí ocurra también influye en nosotros. Usted se ha dedicado a extender la plaga, [quiere] subvertirnos. Y nosotros no lo vamos a permitir».[69] Los «hijos del XX Congreso del Partido» querían reformar el régimen soviético, no destruirlo.

A su juicio, el principal obstáculo era la rigidez del aparato burocrático, que anquilosaba al país e impedía las innovaciones y los cambios. No obstante, los comunistas de mentalidad reformista tenían la esperanza de que ese aparato se nutriera de cuadros «ilustrados» capaces de transformarlo desde dentro. Uno de ellos recordaría más tarde: «Contaba con la evolución de las estructuras del partido y del estado, contaba con su diferenciación, pues dirigir la sociedad y la economía estaba convirtiéndose en una tarea cada vez más difícil y compleja. De modo que iba a haber una mayor autonomía, con menor dependencia del aparato del partido».[70] El lema no oficial que corría entre algunas

familias patrióticas y cultas de la época era: ingresa en el partido y «purifícalo» desde dentro.[71]

Después del discurso secreto de Jrushchov, durante unos años siguió habiendo razones para defender el patriotismo soviético y creer en el potencial del comunismo reformado. La Unión Soviética aún mostraba un crecimiento económico impresionante, restaurando y expandiendo su poder industrial. En los países de Asia, África y América Latina el atractivo que suscitaba el sistema soviético de modernización alcanzó sus máximos. El liderazgo de la URSS en la carrera espacial confirmaba la vitalidad y el interés global por el modelo económico soviético. El 12 de abril de 1961, Yuri Gagarin, segundo teniente de las fuerzas aéreas soviéticas, se convirtió en el primer hombre en viajar al espacio. Una oleada de orgullo y de esperanza sacudió a millones de ciudadanos soviéticos, y se produjeron manifestaciones espontáneas de patriotismo tanto en Moscú como en Leningrado. Muchos *apparatchiks* «ilustrados» comprendían que las promesas de Jrushchov de una inminente prosperidad y de un paraíso del colectivismo no eran más que una utopía. Sin embargo, como recordaría Cherniaev, futuro ayudante de Gorbachov, querían creer en ellas.[72] La idea de una nueva frontera comunista, el ambiente caldeado de la carrera con Estados Unidos y la intensificación de las actividades propagandísticas destinadas a la construcción de mitos propagaron un estado de ánimo singular entre los círculos cultos más leales de la sociedad de la URSS. Los primeros años de la década de los sesenta fueron el momento de máximo apogeo del patriotismo soviético, la época en que la «civilización soviética» alcanzó su madurez.[73]

En los centros de trabajo agradables, en la privacidad de los hogares o en las cocinas, la gente se entretenía tocando la guitarra, bebía y se enamoraba. Pero en sus ratos de ocio también se dedicaba ávidamente a la lectura, tanto de libros publicados bajo la legalidad, como de los que editaban de manera ilegal los entusiastas del *samizdat* («publícatelo tú mismo»). Se entablaban serios debates sobre cómo mejorar y cambiar el sistema sin repudiar el legado comunista. Entre los temas de la época estaba el del «fin de la ideología», la aparición de élites tecnocráticas, la convergencia de los sistemas capitalista y socialista y el papel de la cibernética en la gestión de los asuntos públicos. Mijail y Raisa Gorbachov, que tras licenciarse en 1955 en la Universidad Estatal de Moscú marcharon a vivir a Stavropol, lejos de la capital, consiguieron formar parte de esa nueva subcultura intelectual. Raisa empezó a realizar estudios sociológicos en el campo. La pareja pasaba horas y horas discutiendo nociones filosóficas y políticas. Los Gorbachov leían y comentaban las ideas de filósofos occidentales de la nueva izquierda, como Jean-Paul Sartre, Martin Heidegger y Herbert Marcuse.[74]

Muchos futuros «nuevos pensadores» pudieron hacer lo mismo gracias a su posición en instituciones académicas en calidad de asesores del Comité Central del Partido Comunista. Además, tenían la oportunidad de entrar en contacto diariamente con extranjeros y de realizar viajes al exterior. En 1958 Alexander Yakovlev, joven veterano de guerra, funcionario del partido y futuro arquitecto de la *glasnost* durante el gobierno de Gorbachov, viajó a Estados Unidos en el primer programa de intercambios con este país, donde permaneció un año estudiando en la Universidad de Columbia. Varios intelectuales del partido vivían y trabajaban en Praga, como periodistas y editores de la publicación *Revista Internacional Paz y Socialismo*. Se trataba de un espacio único, en el que funcionarios soviéticos al frente de la propaganda internacional y expertos en asuntos internacionales y economía mundial convivían en plena libertad con izquierdistas occidentales. Según Cherniaev, la Praga de comienzos de los años sesenta era un «paraíso cosmopolita en comparación con Moscú». Entre ese grupo de Praga figuraban, entre otros, Georgi Arbatov, Gennadi Gerasimov, Oleg Bogomolov, Vadim Zagladin y Georgi Shajnazarov, que cuando Gorbachov ascendiera al poder se convertirían en los principales asesores intelectuales en el desarrollo de la *perestroika*.[75]



En el pensamiento colectivo de los progresistas y la juventud soviética de comienzos de los sesenta, el culto de las ciencias pasaría a ser un sustituto de la religión. Como han comentado diversos observadores perspicaces, el ateísmo de esa época «no fue fruto del despotismo gubernamental. Hay que buscar sus fundamentos en la ideología de la *intelligentsia* soviética. La *intelligentsia* soviética miraba al futuro y luego al pasado, pero nunca al presente». El espíritu de optimismo de la época radicaba en una profunda creencia en la razón humana, en la habilidad del colectivo para superar cualquier dificultad, siempre y cuando contara con conocimientos científicos y no padeciera limitaciones impuestas por la burocracia.[76]

La comunidad científica era el principal foro de la cultura intelectual de la izquierda optimista de la Unión Soviética. Impulsados por el crecimiento del complejo industrial militar y la competición con Estados Unidos, los científicos de la URSS parecían constituir uno de los grupos elitistas más influyentes, el prototipo de una sociedad civil. La industria militar les ofrecía cientos de miles de nuevas posibilidades laborales. En 1962 contaba con novecientas sesenta y seis plantas industriales, laboratorios de investigación y desarrollo, centros de diseño e institutos, con un número total de empleados que ascendía a tres millones setecientos mil individuos. Muchos científicos jóvenes encontraron ocupación en centros académicos de investigación de Siberia y en el Lejano Oriente, así como en unas cuantas ciudades secretas y en ciudades académicas especiales, prototipos de proyectos urbanos construidos por el ministerio atómico, la Academia de las Ciencias y otras instituciones relacionadas con la red militar-industrial-académica. Los que vivían allí tenían un empleo estable, salarios relativamente altos e increíbles beneficios sociales, como, por ejemplo, guarderías y alojamiento gratuitos. El cerrado gueto que formaban las ciudades secretas constituía un oasis surrealista de libertad dentro de la Unión Soviética. Un periodista que en 1963 tuvo la oportunidad de visitar una de esas ciudades secretas pudo reunirse con científicos que hablaban de cuestiones políticas y culturales sin temor alguno. Charlaron sobre la introducción de una «democracia» de científicos e intelectuales que estuviera a medio camino del comunismo estalinista y el capitalismo occidental. Algunos eran de la opinión de que el sistema soviético podía ser trasformado «científicamente» por una alianza de hombres de ciencia y *apparatchiks* «ilustrados» del partido.[77]

Dentro de la comunidad científica, el deseo de liberarse más de la ideología dominante y las burocracias no científicas coexistía con una feroz competencia por las subvenciones y los recursos del estado y con la total dependencia de ellos. Un especialista soviético en historia de las ciencias, Nikolai Krementsov, describe cómo se produjo una «fusión de la comunidad científica y el aparato de control del partido-estado, tanto en el ámbito de sus instituciones, como en el de sus miembros». Los científicos, como demuestran los consejos que dieron a Jrushchov a propósito del tratado parcial de 1963 de prohibición de pruebas nucleares, aprendieron a tocar las teclas apropiadas y a manipular las aspiraciones ideológicas del régimen y sus objetivos en el campo de la industria militar.[78]

Al principio, la mayoría de los miembros de esas comunidades de mentalidad reformista apoyaron los planes de Jrushchov de expandir la influencia global soviética y, sobre todo, los relacionados con las ayudas para la liberación nacional de los países de Asia, África y América Latina y sus movimientos anticolonialistas. Decenas de millares de especialistas, ingenieros, científicos y técnicos soviéticos trabajaron en China a finales de la década de los cincuenta, ofreciendo «ayuda fraternal» para la rápida modernización del gigante asiático. Los que lo vivieron recuerdan cuánta sinceridad y entusiasmo había en su actitud. El físico soviético Evgeni Negin comentaría que en 1959 «las relaciones entre la Unión Soviética y China podían describirse con el estribillo de una canción, “Moscú-Beijing”, que se hiciera popular ya en tiempos de Stalin: “Rusos y chinos hermanados para siempre”. Parecía que la amistad bendecida por una misma elección ideológica no iba a

romperse jamás. Que era mucho más sólida que cualquier lazo de unión basado en la sensatez de intereses pragmáticos».[79]

La ruptura entre los dos países a comienzos de los años sesenta supuso una verdadera conmoción para la opinión pública soviética y contribuyó a generar una visión más crítica de la política exterior emprendida por Jrushchov. No obstante, el apoyo general del activismo internacional continuó durante un tiempo. Había, por supuesto, otras muchas «amistades», esto es, posibilidades de solidaridad proletaria. Los regímenes radicales de Egipto, Siria, Irak y Argelia, y las lejanas y exóticas India, Birmania e Indonesia suponían en su conjunto nuevos objetos de fascinación. También estaba el África poscolonial: Ghana, Etiopía, Guinea, Mali y Congo. La euforia de las autoridades políticas soviéticas ante la perspectiva de promover el socialismo de estilo soviético en esos países estaba relacionada con las estratagemas de la Guerra Fría: la lucha por el Tercer Mundo llegaría a su momento de mayor intensificación en los años setenta. Al mismo tiempo, ese sentimiento tuvo en un principio ecos de optimismo y romanticismo entre las élites cultas de la URSS.[80]

La revolución cubana de 1959 dio nuevas esperanzas a Moscú en el sentido de que el comunismo todavía representaba el motor del futuro. La victoria de Fidel Castro, Che Guevara y otros «barbudos» conquistó la imaginación de muchos ciudadanos soviéticos, incluidos algunos miembros de la *nomenklatura* que visitaron Cuba para explorar una nueva «frontera socialista».[81] Un joven poeta, Yevgeni Yevtushenko, portavoz literario extraoficial de los comunistas reformadores, se desplazó rápidamente a Cuba para glorificar «la Isla de la Libertad», como la califica en sus fervientes poemas. Todo el mundo cantaba una misma canción: «Cuba, amor mío». Ernest Hemingway, cuyas novelas *Adiós a las armas* y *¿Por quién doblan las campanas?* habían sido prohibidas en la Unión Soviética, pasó a formar parte del culto cubano. Cuando Anastas Mikoyan, segundo al mando en la URSS, voló a Cuba en febrero de 1960, se pasó todo el viaje leyendo novelas de Hemingway, con la esperanza de poder reunirse con el célebre escritor que por aquel entonces residía en la isla.[82]

Para los jóvenes de los años sesenta, la revolución cubana supuso una revalidación de la bolchevique de octubre de 1917. También ofreció la esperanza ilusoria de que podía producirse una revolución verdadera sin llegar a derramamientos de sangre y tiranías. Cuba volvió a conectar la política exterior soviética, corrompida por el cínico imperialismo de Stalin, con unos horizontes revolucionarios mesiánicos. «La Isla de la Libertad» se encontraba en medio de la esfera de influencia norteamericana, pero consiguió escapar de la fuerza de gravedad de la superpotencia. América Latina ya no parecía un objetivo lejano. «Deberíamos ver más allá de Cuba», predijo el líder de la Komsomol, Pavlov, en una reunión con propagandistas celebrada en enero de 1961. «En cualquier momento otros países latinoamericanos pueden seguir los pasos de Cuba. Los estadounidenses están sentados literalmente en un barril de pólvora en América Latina. Venezuela puede hacer que vuele por los aires en cualquier momento. Hay huelgas masivas en Chile. Lo mismo cabe decir de Brasil y Guatemala».[83] La locura en torno a la isla caribeña no se moderó ni siquiera tras la crisis de los misiles cubanos; cuando Castro viajó por la Unión Soviética en la primavera de 1963 por invitación de Jrushchov, fue recibido entre vítores por una multitud entusiasmada de ciudadanos soviéticos en todos los lugares que visitó.



EL DESGASTE DE LA IDENTIDAD SOVIÉTICA

El romanticismo revolucionario competía con las influencias occidentales por conseguir las almas de los intelectuales soviéticos. Pero cuando se observaba con mirada furtiva a Occidente desde el otro lado del telón de acero, el resultado era habitualmente un choque cultural ante la visión de una vida libre, diversa y próspera, sin uniformidad ideológica, sin temores a una policía secreta y sin reglamentos que la organizaran. El director cinematográfico Andrei Konchalovski, perteneciente a la privilegiada familia del autor del himno nacional de la URSS, describió vivamente sus impresiones tras el primer viaje que realizó al extranjero con motivo del Festival de Cine de Venecia de 1962. La espectacularidad de las históricas ciudades de Venecia, Roma y París, cuya visión había resultado durante largo tiempo imposible para cualquier ruso culto, dejó pasmado a Konchalovski. Venecia, con su espléndido Gran Canal, sus palacios fabulosos, su alegre gentío y sus innumerables luces, y los hoteles parisinos, en los que las camareras con delantal blanco sacaban el polvo de los brillantes pomos dorados de las puertas, hicieron aún más profunda la consternación que sentía al comparar todo aquello con la triste existencia de los soviéticos. Años después, Konchalovski recordaría que «todas mis dudas ideológicas y el camino antipatriótico que tomé a raíz de ellas se remontan a ese episodio».[84] El director cinematográfico decidió finalmente emigrar a Occidente y trabajar en Hollywood.

Poco a poco, los viajes al extranjero dejaron de tener por objetivo la búsqueda de una «frontera socialista», y se convirtieron en un ambicionado premio para los funcionarios del partido y el estado y para los que integraban el mundo de la cultura nacional. En 1961 incluso se permitieron oficialmente con cuentagotas los «viajes turísticos de Jóvenes»: ocho mil funcionarios de la Komsomol visitaron Estados Unidos, Gran Bretaña, Suiza, Alemania Occidental y otros países.[85] Muchos de esos jóvenes vieron que el paraíso consumista que Jrushchov prometía en un futuro ya existía en Occidente. A mediados de los sesenta. Mijail Gorbachov, por entonces funcionario del partido en Stavropol, hizo su primera salida al extranjero para visitar Alemania Oriental. En 1971, tras ser ascendido a primer secretario de la región de Stavropol y convertirse en miembro de la *nomenklatura* de ámbito nacional, viajó a Italia, alquiló un automóvil y pudo conocer Roma, Palermo, Florencia y Turín. Raisa Gorbachov continuó sus estudios sociológicos en el extranjero, llenando de notas muchos cuadernos. Llegado un punto, sus observaciones quedaron reducidas a una pregunta que formuló a su esposo: «Misha, ¿por qué vivimos peor que ellos?».[86]

Otra consecuencia a largo plazo de los cambios culturales que se produjeron fue el declive del militarismo y el patriotismo. El entusiasmo de Jrushchov por las armas nucleares lo empujó en 1959 a proponer un distanciamiento drástico de la práctica del servicio militar universal de larga duración, uno de los pilares de la sociedad estalinista.[87] Muchísimos jóvenes, principalmente estudiantes, se beneficiaron de una serie de prórrogas seguidas que al final los libró del servició militar. En 1960 y 1961 los efectivos humanos del ejército soviético se vieron reducidos en un tercio, y cientos de miles de adolescentes pudieron obtener una prórroga aplazando su llamada a filas, y cientos de miles de jóvenes oficiales se reincorporaron a la vida civil, unos con entusiasmo y otros a regañadientes. En enero de 1961 la versión soviética del ROTC estadounidense («Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales en la Reserva») fue abolida de las academias, las universidades y los institutos de secundaria.[88] (Fue reinstaurada en 1965, después de que Jrushchov perdiera el poder).

Las ofensivas de paz del posestalinismo y las nuevas limitaciones aplicadas al militarismo y a la propaganda militar de la Unión Soviética hicieron posible el resurgimiento del antimilitarismo, e incluso del pacifismo, en la sociedad soviética. La guerra civil entre rojos y blancos y la Segunda Guerra Mundial siguieron siendo el tema principal de la cinematografía, la literatura, las memorias y el teatro soviéticos. Pero la descripción de esos conflictos se haría menos pomposa y adquiriría cada vez mayor realismo. Los autores soviéticos que habían vivido la guerra como jóvenes oficiales, soldados o periodistas empezaron a producir obras en las que por primera vez contaban sus experiencias con verdadera honestidad y a llevar a cabo los primeros intentos de un análisis serio. Entre las novelas de guerra más realistas figuraban *En las trincheras de Leningrado*, de Viktor Nekrasov, y *De los vivos y los muertos*, de Konstantin Simonov, así como los relatos de Bulat Okudzhava, Oleg Bikov, Alex Adamovich, Yuri Bondarev y otros. La novela de Simonov culpaba a Stalin y a las purgas que llevó a cabo en el ejército de las desastrosas derrotas y las horribles pérdidas de los primeros años de la Gran Guerra Patriótica. *Literaturnaia Gazeta*, revista que se caracterizaba por su ortodoxia, criticaba la «desheroización» de la guerra, y uno de los máximos propagandistas del Kremlin, Yuri Zhukov, escribiría en *Izvestia* que «poquísimas palabras» habían descrito la guerra de «una manera tan deprimente, como una matanza humana continuada».[89]

El público culto, especialmente el de Moscú, Leningrado y otras grandes ciudades, se familiarizó con la literatura de la «generación perdida» que había hecho su aparición en Francia, Gran Bretaña y, sobre todo, en Alemania tras la Gran Guerra de 1914-1918. Autores occidentales contrarios a las guerras, como, por ejemplo, Erich Maria Remarque, alcanzaron una gran popularidad entre la juventud soviética. El cine fue el factor que más contribuyó a cambiar entre las masas la percepción de la guerra y el militarismo. Películas como *El cuarenta y uno*, *Balada de un soldado* y *Cielos despejados*, de Gregori Chujrai, veterano de guerra, y *Cuando vuelan las cigüeñas*, del viejo cineasta Mijail Kalatozov, presentaban la guerra como escenario de dramas personales, en los que el patriotismo, el heroísmo y el deber, pero también la traición, la cobardía y el arribismo, no eran categorías rígidas, sino una cuestión de elección o de suerte. A diferencia de los pastiches militaristas de la época estalinista, *La infancia de Iván*, película de Andrei Tarkovski, se centra en el relato de una infancia arruinada. Todas esas producciones tenían un mensaje patriótico, pero antimilitarista. Recordaban a millones de rusos su experiencia colectiva más dolorosa y heroica, pero también la frustración de su esperanza de llevar una vida mejor tras la guerra.[90]

En el seno de la sociedad soviética no se escucharon protestas «contra la bomba», y apenas hubo reacciones por la crisis de Berlín o la de los misiles de Cuba. No obstante, algunas personas cultas desarrollaron sentimientos y reacciones similares a los de los *beatniks* norteamericanos Allen Ginsberg y Jack Kerouac, cuya disconformidad con la cultura dominante tenía su origen en el miedo a una guerra nuclear. El escritor Alex Adamovich y el poeta Bulat Okudzhava no sólo deploraban la matanza que había sufrido su generación en la Segunda Guerra Mundial, sino que también instaban a la introducción de cambios en la opinión pública para evitar una nueva catástrofe infinitamente más horrible. Andrei Siniavski publicó en 1961 «El carámbano», un relato breve cuyo tema era las pruebas nucleares y sus consecuencias. En otoño de 1962, el poeta Andrei Voznesenski dijo lo siguiente durante una entrevista en el extranjero: «Admiro a los *beatniks*: son poetas de la era atómica». Un escritor, que colaboraba habitualmente en *Novi Mir*, confesaría en su diario que «cualquier preparativo para la guerra resulta nauseabundo. No tengo miedo por mí, sino por mi hijo y los millones de jóvenes como él. Si a esto se le llama pacifismo, entonces soy un pacifista». Más tarde Adamovich recordaría que para él y para algunos idealistas de los sesenta, «nuestro pacifismo iba



unido al deseo de alcanzar un objetivo más ambicioso». Ese objetivo era la transformación de la sociedad estalinista y su mentalidad.[91]

Los ingenieros nucleares soviéticos, los científicos más privilegiados, que tenían excelentes contactos en las altas esferas del gobierno y las burocracias, intentaron influir en la política soviética de seguridad. Tras la prueba termonuclear de 1955, Sajarov dio a entender al mariscal Mitrofan Nedelin, jefe militar de la prueba, que, si las armas nucleares llegaban a utilizarse, sería una verdadera catástrofe. Nedelin contestó al científico contándole un chiste verde que venía a decir que se metiera en sus asuntos y se limitara a proporcionar armamento nuclear, que ellos ya sabrían muy bien qué uso darle. Sajarov quedó boquiabierto. Como recordaría más tarde, «las ideas y las emociones que se encendieron en ese momento no han perdido hasta la fecha su fuerza y su intensidad, y alteraron completamente mi forma de pensar». Empezaba a abrirse una brecha entre los científicos que trabajaban para crear la espada militar soviética y los burócratas del partido y del ejército que empuñaban esa espada. «A finales de los años cincuenta», comentaría Sajarov, «empezó a perfilarse una imagen más nítida del poder colectivo del complejo industrial militar y de sus enérgicos líderes, unos hombres sin principios que sólo veían el objetivo de su "misión"». La creciente concienciación de la existencia fuera de la URSS de movimientos a favor del desarme nuclear hizo que los científicos soviéticos fueran cada vez más críticos con la política de su gobierno, especialmente con el uso de la fuerza —directo o indirecto— en el escenario internacional.[92]

Los cambios demográficos también contribuyeron a restar fuerzas al militarismo. Setenta millones de ciudadanos soviéticos habían nacido entre 1945 y 1966, en el período de paz. Su número era ingente en las grandes ciudades, debido a la continua y rápida urbanización. Esas legiones de jóvenes, a diferencia de las de los años treinta y cuarenta, no estaban imbuidas del espíritu de sacrificio. En ellas había cada vez menos rusos de pura cepa que miraban con recelo los temas rusocéntricos de patriotismo soviético.[93] La juventud de comienzos de los sesenta había oído a sus padres y hermanos mayores hablar del terrible precio de la victoria. A Vladimir Visotski, el Bob Dylan soviético, le gustaba conversar con los veteranos de guerra, y supo expresar sus memorias con gran patetismo e intensidad: la Gran Guerra Patriótica fue la mayor tragedia del pueblo. «Los batallones marchaban uno tras otro hacia el oeste. Y las mujeres en casa lloraban lágrimas de muerte y de dolor».[94] Los que prestaron sus servicios en el ejército encontraron no sólo camaradería, sino también novatadas, rudos suboficiales y prácticas de una instrucción militar a la antigua que no eran más que una parodia de entrenamiento, especialmente si se tiene en cuenta que como telón de fondo estaba la era nuclear. Un joven escritor, Vladimir Voinovich, introdujo un nuevo giro satírico a los sentimientos de antimilitarismo, cada vez más intensos entre la opinión pública, en su obra *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin*, una brillante parodia de la abundantísima literatura «patriótica» que hablaba de la Gran Guerra Patriótica. Publicó su novela en el extranjero en 1969, hecho que posteriormente contribuyó a su expulsión del Sindicato de Escritores.[95]

Los jóvenes más instruidos empezaron a aprovechar cualquier oportunidad que pudiera librarlos del servicio militar. Sin embargo, como en el caso de las movilizaciones estudiantiles de 1956, sería todo un error exagerar la envergadura y el ritmo de los cambios que fueron produciéndose. Dichos cambios afectaron principalmente a una minoría privilegiada de Moscú, Leningrado y otras grandes ciudades. Y mientras se siguiera adelante con la Guerra Fría, las nuevas tendencias de pensamiento antimilitarista no saldrían a la superficie.

La era de Jrushchov vio también la aparición de potentes identidades nacionales que entraban en contradicción con el concepto oficial de «Amistad de los Pueblos». Algunas de ellas, como los movimientos nacionalistas del Báltico, Ucrania y el Cáucaso, habían

surgido mucho antes del deshielo. Unas se habían originado en los años veinte, como consecuencia de la política bolchevique de nacionalidades.[96] Otras, incluidas las nacidas en el núcleo ruso de la Unión Soviética, eran reflejo de las nuevas tensiones derivadas del legado estalinista. La cuestión judía y el tema del antisemitismo tuvieron una importancia fundamental en todo el asunto, debido a la fuerte presencia de individuos de origen hebreo en la sociedad culta de la URSS. A partir de 1953, las campañas más abiertamente antisemitas se interrumpieron, pero el régimen nunca intentó enmendar los agravios cometidos durante las campañas «anticosmopolitas». No se llevó a cabo tentativa alguna para rehabilitar a las personas de origen hebreo y a las personalidades de esa misma raza pertenecientes al mundo de la cultura que fueron víctima de las purgas entre 1948 y 1952; el régimen tampoco hizo nada por volver a abrir las entidades educativas y culturales judías que fueron cerradas durante esos mismos años. El antisemitismo institucional persistía de muchas maneras ocultas e informales. Los individuos de «nacionalidad judía» eran catalogados invariablemente en los formularios secretos de la burocracia como personas indignas de confianza, no adecuadas para ocupar cargos en las organizaciones clave del estado ni en las altas esferas del partido o el gobierno (con la excepción, curiosamente, del complejo industrial militar, los proyectos de energía nuclear y la Academia de las Ciencias). El hecho de que a partir de 1955 la Unión Soviética brindara su apoyo a los países árabes frente a Israel tuvo unas repercusiones claramente negativas para los judíos de la URSS, que fueron tratados como una diáspora, potencialmente leales a otro estado.[97] Para poder viajar al extranjero se veían obligados a superar más obstáculos burocráticos, en comparación con cualquier ruso. Jrushchov y su séquito miraban con recelo la identidad cultural de los judíos y su pertenencia a las élites culturales y científicas. Y en Ucrania, donde el antisemitismo estaba profundamente arraigado, los funcionarios favorecieron las publicaciones antisemitas patrocinadas por «propaganda antisionista».[98]

Muchos miembros de las élites culturales que, según sus pasaportes, eran de «nacionalidad judía», seguían pensando que el estalinismo había sido una trágica desviación del experimento socialista positivo. En abril de 1956 el poeta David Samoilov escribiría en su diario que el estalinismo fue «el hijo de la miseria rusa»; que instaba a servir a las clases más desfavorecidas, y que «reemplazó el ideal humano verdadero y real por ideas antihumanas de chovinismo, enemistad, recelo y antihumanismo».[99] La asimilación de sofisticados judíos urbanos en la sociedad soviética había sido tan abrumadora que pocos conservaban su identidad étnica, por no hablar de la religiosa.

Sin embargo, los judíos cultos más jóvenes empezaron a sentirse cada vez más distantes de la identidad soviética. Su elevado nivel de educación y de sofisticación los hacía distintos de los rusos, de los ucranianos y de los demás grupos étnicos. También sintieron el carácter opresor del régimen, pues descubrieron que no tenían las mismas oportunidades de realizar una brillante carrera que habían tenido sus padres en los años veinte y treinta. Mijail Agurski, hijo de unos comunistas soviéticos que se convirtió en apasionado sionista, recordaría en los años sesenta sus sensaciones en los siguientes términos: «¿Podía imaginarse alguien que una nación que había dado al estado soviético líderes políticos, diplomáticos, generales y grandes gestores financieros se conformaría a quedar reducida en un estamento en el que la máxima aspiración de sus miembros era obtener un puesto como jefe de un laboratorio?»[100]

Un gran número de escritores, intelectuales, músicos, artistas y actores de origen judío se veían acusados de «cosmopolitanismo» y, por lo tanto, tenían una visión menos ilusoria del régimen soviético y las realidades que los rodeaban. Esta circunstancia los llevaría a situarse a la vanguardia del movimiento para la liberalización cultural y política. Por aquel entonces, ser judío significaba ser defensor del internacionalismo, el diálogo y una mayor tolerancia. En 1961 Yevgeni Yevtushenko compuso un poema, «Babi Yar», rompiendo el



tabú sobre un tema que había sido silenciado en la Unión Soviética: el Holocausto. El compositor Dmitri Shostakovich utilizó inmediatamente los versos de este poema para su nueva sinfonía, la decimotercera. En diciembre de 1962 el director cinematográfico Mijail Romm lanzó una serie de críticas contra la propaganda rusocéntrica estalinista e instó a que se pusiera fin al aislamiento de la cultura occidental al que estaba sometida la URSS.[101] Ehrenburg y Romm habían abandonado sus raíces judías en su búsqueda de ideales socialistas de carácter internacionalista, y Yevtushenko y Shostakovich, aunque fueran de etnia rusa, aborrecían los nacionalismos étnicos. Todos ellos se autoproclamaron «judíos», en contestación al espíritu de xenofobia, chovinismo y antisemitismo heredado del régimen estalinista.[102]

Para algunos judíos Israel se convertiría en una gran tentación, en un lugar donde poder materializar su sueño de una vida alternativa. En la guerra de octubre de 1956, Israel había sido el objetivo de feroces críticas por parte de la prensa soviética. Muchos judíos que tenían una consolidada identidad soviética denunciaron la agresión israelí contra Egipto.[103] Pero pocos meses después, la aparición de la delegación israelí en el Festival de la Juventud celebrado en Moscú causó sensación. Sus representantes eran jóvenes veteranos de la reciente guerra, cuya conducta, dignidad y valentía, y sobre todo el orgullo de ser judíos, eran unas facetas totalmente desconocidas y sorprendentes.[104] Los informes oficiales sobre el festival eran muy alarmistas: «Los sionistas siguen distribuyendo entre los judíos de Moscú la literatura que han traído», «durante dos días los trabajadores del estudio cinematográfico de Moscú han estado captando únicamente imágenes del sector sionista de la delegación de Israel», y otros por el estilo. Una multitud de jóvenes que no pudieron conseguir entradas para asistir a la actuación musical de la delegación israelí echó abajo la valla de hierro forjado del Teatro Soviético de Moscú y entró enfurecida en la sala de actos. Estos episodios no son más que un reflejo de la curiosidad y simpatía que suscitaba Israel entre los judíos soviéticos. Por primera vez algunos de ellos se interesaban por su religión y su identidad cultural. Pese a la intensa propaganda antisionista, un número cada vez mayor de judíos empezarían a tramitar los permisos de emigración a la «patria» de Oriente Medio que acababan de redescubrir.[105]

En el lado opuesto a ese movimiento «judío» apareció otro movimiento que ensalzaba el nacionalismo tradicional ruso y rechazaba el legado de la revolución. «En tiempos de Jrushchov», afirma Itzhak Brudni, «muchos intelectuales nacionalistas rusos ocupaban cargos relevantes en el mundo de la investigación o la enseñanza de las universidades y las instituciones más distinguidas de la Unión Soviética, o pertenecían a la plantilla de importantes periódicos, semanarios y revistas literarias, bien como personal fijo, bien como colaboradores regulares». Estos individuos protestaban contra la destrucción de monumentos históricos rusos e iglesias; deploraban la degradación progresiva de las zonas rurales de Rusia, depositarías de los usos, costumbres y valores tradicionales de la cultura rusa. El antisemitismo pasó a ser un componente importante de la ideología del nuevo nacionalismo ruso; de hecho, con el creciente aperturismo, los nacionalistas rusos importaron los principales argumentos antisemitas de los emigrados blancos que vivían en Occidente, sobre todo la tesis de la revolución entendida como una «conspiración judeobolchevique» contra el pueblo ruso.[106]

La aparición de élites rusas cultas provocaría cada vez más fricciones y luchas de facciones en el mundo de la cultura, de la educación, e incluso de las ciencias, de la URSS. Esas perniciosas contracorrientes en el ámbito de la cultura recibieron un poderoso impulso desde Oriente Medio. El triunfo de Israel sobre los ejércitos árabes en la guerra de los Seis Días de 1967 llenó de orgullo a los judíos de la URSS, y los colocó en clara oposición a los «rusos» y el resto de la sociedad soviética. Todos estos acontecimientos y circunstancias harían que algunos de los más jóvenes rechazaran su identidad soviética y se plantearan la posibilidad de emigrar de la URSS.[107]

EL AUMENTO DE LA DISIDENCIA

Las posturas de Jrushchov hacia el final de su carrera aceleraron la muerte del proyecto de desestalinización. El dirigente soviético intentó nadar entre dos aguas para poder contemporizar el odio que sentía por Stalin y su preferencia por los métodos estalinistas de administración y movilización. Nunca demostró coherencia, y a menudo fue él mismo quien se socavó, lanzando mensajes confusos y manteniendo una actitud temeraria. El historiador Sergei Dmitriev escribió en marzo de 1961 la siguiente nota en su diario: «Todo el mundo está harto y cansado de Jrushchov. Sus viajes al extranjero y su verborrea errática y vacía han alcanzado al final el estado de imbecilidad. Tanto en las esferas públicas como en las políticas se perciben cada vez más signos indicativos de una inercia absoluta, de vacío intelectual y de falta de objetivos. Nadie piensa, nadie se mueve».[108]

Su incoherencia en la política cultural le creó a Jrushchov más enemigos que amigos entre las burocracias y las élites culturales influyentes. En noviembre de 1962, por orden suya, *Novi Mir* publicó la novela de Solzhenitsin, *Un día en la vida de Ivan Denisovich*. Por un momento los intelectuales de mentalidad reformista pensaron, eufóricos, que habían caído todas las barreras y que por fin se podía hablar con libertad de lo que realmente había sucedido durante el estalinismo. Pero al cabo de un mes, el 1 de diciembre para ser exactos, Jrushchov, empujado por las figuras retrógradas del mundo de la cultura y la propaganda oficial de la URSS, asistió a una exposición de jóvenes artistas y escultores a los que tachó de «degenerados» y «pederastas». Afirmó que su arte era tan bueno como «la mierda de perro». En sus desvaríos cargados de groserías, Jrushchov simplemente reflejó sus preferencias personales y generacionales por el arte realista clásico. Pero, sin darse cuenta del todo, el líder soviético había dado un salto, colocándose en el *Kulturkampf* del lado de la facción «rusa» frente a la vanguardia cultural antiestalinista. En las dos entrevistas que mantuvo en diciembre de 1962 y marzo de 1963 con la *intelligentsia* soviética, fue todavía más confuso, ofensivo e intolerante que en sus anteriores reuniones de 1957. En pocas palabras, dijo a los escritores y poetas jóvenes que sus inclinaciones modernistas, occidentalizadoras y liberales los situaba en el bando equivocado de la Guerra fría. Les advirtió de que, si querían seguir siendo «la artillería del partido», debían dejar de disparar «fuego amigo» contra su propio bando. La mayoría de los artistas e intelectuales jóvenes ya no querían ser los «artilleros» del partido, pero consideraban que su arte había contribuido a difundir «la línea del XX Congreso del Partido», eso es, la desestalinización. Contaban con el apoyo de Jrushchov para combatir a los «estalinistas». Yevgeni Yevtushenko, Andrei Voznesenski, Vasili Aksenov, el escultor Ernst Neizvestni y otros escritores y poetas innovadores se convirtieron en el objetivo de virulentos ataques organizados. Al final se darían cuenta de que toda la fuerza del estado se oponía a ellos de manera cruda y despiadada.[109] Esta clara percepción marcaría los orígenes de la disidencia cultural y política continuada en la Unión Soviética.

Tanto los estalinistas como los antiestalinistas aprobaron la destitución de Jrushchov en octubre de 1964. Los que eran partidarios del deshielo y la desestalinización creían que Jrushchov era una fuerza extinguida y que cualquier gobierno futuro sería mejor que el suyo. Pero no tardarían en darse cuenta de lo equivocados que estaban. La nueva guardia del Kremlin acabó inmediatamente con la desestalinización desde las altas esferas.

A la mayoría de los dirigentes y los ideólogos del partido no les gustaba lo que veían en los sectores cultos de la sociedad: el creciente individualismo, la progresiva occidentalización, la popularidad de la música y la cultura de masas norteamericanas, las tendencias pacifistas y las posturas proclives a la pluralidad. Allí donde los ideólogos del partido habían fracasado, empezó a actuar el KGB: una división especial de la policía



secreta soviética tenía la misión de «guiar» a las élites culturales e intelectuales de la URSS y «protegerlas» de «influencias nocivas». Un informe del KGB de finales de 1965 intentaba Minimizar el daño que la década anterior había causado al régimen: «No puede decirse que las manifestaciones específicamente antisoviéticas, perjudiciales desde el punto de vista político, atestigüen un mayor descontento general en el país o la verdadera intención de crear una clandestinidad antisoviética. Eso está fuera de toda discusión».[110]

Las nuevas autoridades y el KGB, sin embargo, provocaron más manifestaciones de oposición al régimen aquel mismo año. En mayo de 1965 Leonid Brezhnev elogió públicamente a Stalin como líder en tiempos de guerra. Y en septiembre la policía secreta detuvo a los escritores Andrei Siniavski y Yuli Daniel por «el delito» de publicar con pseudónimos sus novelas en el extranjero. De pronto centenares de intelectuales, escritores, artistas y científicos soviéticos empezaron a enviar peticiones a los líderes del partido solicitando la puesta en libertad de los autores detenidos. Y así nació un nuevo movimiento que exigía que los procesos fueran públicos y se respetaran los derechos constitucionales. Los «disidentes», como se llamaría a los miembros de dicho movimiento, empezaron a lanzar llamamientos al mundo a través de los medios de comunicación extranjeros.[111]

La invasión de Checoslovaquia por parte de la URSS en agosto de 1968 alimentó los temores de la *intelligentsia* soviética antiestalinista de que el gobierno posterior al de Jrushchov llevara el país hacia una forma de neoestalinismo. El aplastamiento de la Primavera de Praga y su «socialismo de rostro humano» acabaron con las esperanzas de muchos patriotas soviéticos que pensaban que el sistema existente podía ser reformado. Esta circunstancia conllevó un aumento notable de sentimientos de oposición al gobierno, incluso entre algunos miembros de las élites soviéticas. La historia de esos sentimientos y los movimientos de disidencia no es uno de los objetivos del presente libro. Sólo quiero subrayar que, aunque el número de disidentes declarados fuera insignificante, sus simpatizantes y partidarios entre las élites culturales fueron cientos de miles. También cabe destacar que bastantes de esos disidentes habían sido antiguos comunistas, partidarios entusiastas del reformismo, que mostraron su enfado al sentirse traicionados y apartados por el régimen. También se sentían alejados de las grandes masas que formaban sus conciudadanos, individuos menos instruidos e incapaces de comprender los motivos que los habían llevado a volverse contra el régimen. La sensación cada vez mayor de alejamiento y aislamiento del estado, así como de la mayoría pasiva, empujó a un buen número de disidentes a emigrar a Occidente. No obstante, fueron muchos los *apparatchiks* «ilustrados» que siguieron con sus carreras mientras aguardaban la llegada de otro cambio.

El análisis del período comprendido entre los años 1956 y 1968 indica que en esa época la Unión Soviética seguía contando con unas energías internas considerables, y que, como hemos visto, fue capaz incluso de experimentar momentos de vigor ideológico e idealismo optimista. La década de Jrushchov produjo una nueva legión de líderes sociales, culturales y políticos, «los hombres y mujeres de los sesenta», que anhelaban conducir su país por un camino que llevara al «socialismo de rostro humano». Su vigor patriótico y su identidad se inspiraban en la ideología comunista, en las selectivas percepciones idealizadas de la revolución y en la cultura de izquierdas de los años veinte. Sin embargo, cuando el régimen de Jrushchov llegó a su fin, el vigor utópico que nutría al patriotismo soviético se había agotado. La identidad soviética, rejuvenecida por ese vigor, también empezaría a fragmentarse y a erosionarse por la acción de poderosas influencias externas e internas. Entre las nuevas tendencias de los sectores más cultos de la sociedad desatacarían un americanismo cultural apasionado, un intelectualismo antimilitarista y antigubernamental y un creciente nacionalismo ruso de aire conservador. Y por último, aunque no por ello menos importante: los *apparatchiks* «ilustrados» perderían sus

perspectivas de llevar a cabo una rápida carrera y se sentirían cada vez más atraídos por el consumismo de Occidente.

En definitiva, las autoridades del Kremlin y la burocracia soviética no supieron dirigir el proceso de liberalización relativa que siguió a la muerte de Stalin. Acabaron ganándose la antipatía de las élites culturales, intelectuales y científicas que habían destacado por su optimismo y patriotismo al comienzo de la «gran» década. Determinadas acciones, desde las medidas destinadas a suprimir la creatividad artística, hasta la invasión de Checoslovaquia, infligieron profundas heridas en el patriótico frente nacional soviético y sembraron semillas de disidencia entre algunos miembros de las élites soviéticas. Esas heridas autoinfligidas no parecían mortales al principio. Sin embargo, no se curaron.

Bajo el régimen de Leonid Brezhnev las autoridades soviéticas abandonaron los proyectos reformistas. Se sentían satisfechas viviendo con una ideología fosilizada, e intentaron reprimir cualquier forma de disidencia cultural, obligando a sus protagonistas a tomar el camino del exilio y la emigración. Reacio a emprender reformas interiores, y estando además incapacitado para ello, Brezhnev prefirió seguir la vía de la distensión con las potencias occidentales. La distensión, con la legitimidad internacional que ésta confería tanto a él como a todo el gobierno ruso, se convirtió en un sustituto para cubrir la falta de dinamismo del experimento soviético. Al mismo tiempo, la participación de la URSS en el proceso de distensión contribuiría a erosionar el legado de xenofobia estalinista y a la reintegración de la Unión Soviética en el mundo en general.



7

Brezhnev y el camino hacia la distensión, 1965-1972

> Debemos entablar negociaciones a lo grande, no con una mentalidad estrecha. Y el acuerdo que logremos debería fomentar la tranquilidad del mundo.
>
> BREZHNEV a Kissinger,
> 21 de abril de 1972

El 29 de mayo de 1972, Richard Nixon y Leonid Brezhnev se reunieron en el antiguo Salón Santa Catalina, ricamente adornado, de un palacio histórico del Kremlin para firmar varios documentos bilaterales, entre ellos el Acuerdo de Limitación de Armas Estratégicas, el Tratado de Misiles Antibalísticos, y los «Principios Básicos de las Relaciones soviético-estadounidenses». Esta solemne ocasión supuso la cima de la carrera política de Brezhnev. Supuso también la cota más alta de prestigio internacional alcanzada por la Unión Soviética desde el comienzo de la Guerra Fría.

Los orígenes y el significado de la distensión han sido siempre objeto de controversia. Desde mediados de los años setenta, los críticos de tendencia neoconservadora de las administraciones Nixon, Ford y Cárter atacaron la distensión calificándola de apaciguamiento inmoral del poder soviético. Creían también que la Unión Soviética utilizaba la distensión como una forma de camuflar indirectamente sus planes secretos de agresión global y de superioridad militar. Los Partidarios de la distensión la defendían por considerarla la única opción prudente en un mundo de terror nuclear y el único medio de avanzar hacia la ramificación de una Europa dividida por la Guerra Fría. En los últimos años, a raíz de la caída de la Unión Soviética, ambos bandos han afirmado que tenían razón. Los críticos han sostenido que el rearme y el ataque global a los intereses soviéticos durante la etapa Reagan contribuyeron a superar el legado de la distensión y aseguraron la victoria de Occidente. Sus defensores aseguran que la distensión contribuyó a acabar con la confrontación de las superpotencias, pues sin darse cuenta dio lugar a la «excesiva extensión imperial» de la Unión Soviética y se convirtió así en un elemento importante de concatenación de causas que dio lugar al declive y la caída de la URSS.[1]

La preponderancia de los estudios sobre la distensión ha estado en el lado occidental. El lado soviético de la historia es fragmentario e incompleto.[2] Los estudios anteriores de esta cuestión mejoraron en gran medida nuestro conocimiento de la naturaleza de la política y la forma de hacer política en la URSS en tiempos de Brezhnev. Pero también sufrieron la pobreza de fuentes y la escasa correlación entre las explicaciones occidentales y las realidades soviéticas.[3] El presente capítulo es un intento de aclarar los motivos del comportamiento de los soviéticos, concretamente la contribución de Leonid Brezhnev y su entorno más inmediato de expertos en política exterior a la política de distensión en el período comprendido entre 1968 y 1972. Analizaré varias cuestiones: ¿Cuáles fueron los principales argumentos y motivaciones de la política del Kremlin por lo que se refiere a la distensión? ¿Qué sacó el gobierno Brezhnev de acontecimientos tan importantes como la derrota de los norteamericanos en la guerra de Vietnam y del acercamiento de Estados Unidos y la República Popular China? ¿Hubo alguna estrategia soviética destinada a explotar la aparente decadencia norteamericana?

Debemos empezar por los factores que nos proporcionan un contexto esencial para el estudio del camino soviético hacia la distensión. Entre ellos está el pensamiento colectivo de los dirigentes de la etapa post-Jrushchov, la política del Kremlin, la vuelta a la ortodoxia ideológica a partir de 1964, y la continua división entre los *apparatchiks* conservadores y los partidarios de la nueva política exterior desestalinizada. Pero lo más importante, a mi juicio, fueron las opiniones personales y las actitudes de Brezhnev, su ascenso a la posición de líder, y su perspectiva internacional. Durante su mandato, tras un breve renacimiento de la línea dura, el Kremlin empezó a buscar un acomodo con Estados Unidos y la distensión en Europa.



DERIVA DESPUÉS DE NIKITA

El cese de Nikita Jrushchov en octubre de 1964 dejó la guía de la política exterior en manos de la dirección colegiada del Politburó, el segundo grupo de oligarcas del partido que surgió tras la muerte de Stalin. La mayoría de los miembros del Politburó se mostraron muy críticos con Jrushchov por su faroleo y su peligroso juego durante la crisis de Suez de 1956, durante la crisis de Berlín de 1958-1961, y sobre todo durante la crisis de Cuba de 1962. Un miembro del Politburó, Dmitri Polianski, preparó un informe especial sobre los errores de Jrushchov. En las secciones sobre política exterior de dicho informe podía leerse el siguiente párrafo: «El camarada Jrushchov declara negligentemente que Stalin no supo penetrar en América Latina, y que él consiguió hacerlo. Pero sólo un jugador puede afirmar que en las condiciones actuales nuestro estado puede prestar verdaderamente ayuda militar a algún país de ese continente. Los misiles en este caso no servirían: arrasarían el país que necesita la ayuda y nada más. Y si al defender a cualquier país latinoamericano nos viéramos obligados a lanzar un primer ataque nuclear contra Estados Unidos, no sólo nos haríamos blanco de un contraataque, sino que todo el mundo se apartaría de nosotros». El memorándum concluía diciendo que el comportamiento soviético durante la crisis de los misiles de Cuba había elevado la posición internacional de Estados Unidos y había dañado el prestigio de la Unión Soviética y de sus fuerzas armadas. El informe aseguraba también de pasada que «las relaciones cubano-soviéticas se han visto deterioradas seriamente».[4]

El informe de Polianski utilizaba muchos argumentos expresados en las objeciones planteadas en 1955 por Malinovski a la nueva política exterior. Polianski rechazaba la tesis de Jrushchov de que «si la URSS y Estados Unidos alcanzan un acuerdo, no habrá guerra en el mundo». Esta tesis, continuaba diciendo, era errónea por varios motivos. En primer lugar, el acomodo con Estados Unidos era una falacia, pues los norteamericanos «aspiran a la hegemonía mundial». En segundo lugar, era una equivocación considerar a Gran Bretaña, Francia y Alemania Occidental meros «servidores obedientes de los americanos», y no países capitalistas que tenían sus propios intereses. Según Polianski, la misión de la política exterior soviética era aprovechar «la discordia y las contradicciones de los países del bando imperialista, demostrando así que Estados Unidos no es la potencia hegemónica de dicho bando y que no tiene ningún derecho a pretender desempeñar ese papel».[5]

Alexander Shelepin, joven advenedizo recién llegado al Presidium, echó en cara a Jrushchov muchas de las críticas recogidas en este informe en la sesión del Politburó de 13 de octubre de 1964. Parece que los miembros del Politburó estaban dispuestos a denunciar la política exterior de Jrushchov en la sesión plenaria del Comité Central en caso de que éste apelara a los delegados del pleno, como había hecho en junio de 1957. Pero el líder soviético se rindió sin presentar batalla, y el pleno ratificó su destitución sin discutir su historial en materia de política exterior.[6] A la hora de la verdad, resultó que la nueva dirección no alcanzó un consenso sobre asuntos exteriores. Aunque coincidieran en afirmar que la actitud extremista de Jrushchov había resultado desastrosa, no consiguieron llegar a ningún acuerdo sobre el tipo de política exterior que era deseable para los intereses soviéticos.

Los nuevos dirigentes se sintieron incluso menos seguros en materia de asuntos exteriores de lo que lo habían estado los lugartenientes de Stalin diez años antes. El primer secretario del partido, Leonid Brezhnev, el presidente del Consejo de Ministros, Alexei Kosygin, y el presidente del Soviet Supremo, Nikolai Podgorni, tenían muy poca experiencia en los asuntos internacionales y en los temas de seguridad internacional.[7] El

ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromiko, el ministro de Defensa, Rodion Malinovski, y el director del KGB, Vladimir Semichastni, ni siquiera eran miembros del Presidium y desempeñaban papeles políticos secundarios. Mikoyan, que perteneció a la dirección colegiada hasta noviembre de 1965, recordaría que «el nivel de las discusiones en el Presidium decayó notablemente». A veces «surgían ideas raras, y Brezhnev y algunos otros simplemente no entendían sus consecuencias».[8]

El papel de principal estadista soviético recayó por defecto en Kosygin, cuya preparación se limitaba exclusivamente a la economía interna.[9] Durante los primeros tres años que siguieron a la destitución de Jrushchov, consiguió cierto prestigio y preponderancia internacional. Desde agosto de 1965 a enero de 1966, logró cierto éxito como mediador internacional entre la India y Pakistán, que estuvieron al borde de enzarzarse en una guerra a gran escala. Después de 1966, Kosygin se convirtió en el principal portavoz en las cuestiones relacionadas con el control de las armas. Llevó a cabo sus obligaciones estoicamente, pero sin entusiasmo (al parecer, nunca desarrolló el gusto por los asuntos internacionales). Las opiniones y creencias de Kosygin eran las típicas de la cohorte de «dirigentes rojos», los directivos de las enormes empresas industriales que alcanzaron notoriedad en los años treinta y cuarenta. Veneraba el poder industrial y militar, pero también creía en la superioridad definitiva del sistema soviético y en la misión moral que tenía la URSS de capitanear todas las fuerzas comunistas y progresistas contra el imperialismo occidental. La división entre China y la Unión Soviética disgustó profundamente a Kosygin, y durante algún tiempo se negó a aceptar su carácter irrevocable. En el círculo de sus íntimos, comentó: «Nosotros somos comunistas y ellos también. Cuesta trabajo creer que podamos alcanzar un acuerdo si nos reunimos cara a cara».[10]

Los medios de comunicación internacionales y los comentaristas extranjeros también fijaron por entonces su atención en Alexander Shelepin, quien, tras la caída de Jrushchov, se convirtió en un portavoz muy activo sobre cuestiones de política exterior. Graduado del Instituto de Filosofía y Literatura de Moscú, Shelepin era, a diferencia de la mayoría de los miembros del Politburó, un hombre de amplia cultura. Al mismo tiempo, admiraba la dirección de Stalin y tenía fama de realista. Su carrera en la Liga de las Juventudes Comunistas en tiempos de Stalin y como director del KGB con Jrushchov le proporcionaba una base de poder un tanto estrecha, pero bien visible entre los *apparatchiks* más jóvenes, ambiciosos y elitistas. Corrían rumores acerca de la existencia de una «facción Shelepin» entre los *apparatchiks*. En realidad, Shelepin tenía más enemigos que amigos entre los círculos de la élite.[11]

Shelepin, Polianski y sus seguidores en los niveles más altos del partido, como demuestran sus críticas a la carrera de Jrushchov, anhelaban reorientar la política exterior y de seguridad soviética a una versión más rusocéntrica y militarista del paradigma imperial-revolucionario. Al principio, ningún miembro de la dirección que sucedió a Jrushchov estaba dispuesto a poner en entredicho esta postura. Aunque algunos de ellos habían ayudado en 1955 a Jrushchov a criticar y a derrotar la ortodoxia de Molotov, sus verdaderas opiniones eran mucho más conservadoras, y la hostilidad hacia Occidente y la unilateralidad militante en materia de política exterior se convirtieron en parte integrante de su identidad de grupo.[12]

La cosmovisión estalinista, es decir, el paradigma imperial-revolucionario, siguió dominando a la cohorte de líderes políticos que sucedieron a Jrushchov. Ustinov, Brezhnev, Podgorni y muchos otros elementos de la dirección colegiada pertenecían a una generación cuyos miembros habían hecho carreras espectaculares en tiempos de Stalin. La mayoría de ellos admiraba el liderazgo de Stalin durante la Gran Guerra Patriótica, plenamente identificada con la victoria de 1945, y habían apoyado la militarización y el rearme durante los primeros tiempos de la Guerra Fría. Siguieron comprometidos



personalmente con el legado de Stalin consistente en crear una superpotencia militar soviética en la confrontación con Estados Unidos. La desestalinización de Jrushchov supuso un duro golpe contra el meollo de su identidad colectiva. Dejaba su pasado desprovisto de líder, desacralizado y a todas luces comprometido.

A Stalin, que conocía a sus cuadros mejor que cualquier otro, le preocupaba la capacidad de dar de sí un liderazgo ideológico que pudieran tener las futuras generaciones de la *nomenklatura* soviética. Citando sus propias palabras, la clase política que destruyó y sustituyó a los viejos bolcheviques estaba demasiado ocupada «con labores prácticas y de construcción» y había estudiado el marxismo «en folletos». Y la generación de funcionarios estatales y de partido que la sucedió estaba, a juicio de Stalin, incluso peor preparada. La mayoría de ellos se había educado a base de panfletos, artículos periodísticos, y citas. «Si las cosas continúan así», concluía Stalin, «la gente irá degenerando. Y eso significará la muerte [del comunismo]». Stalin creía que los futuros líderes del partido debían combinar la visión teórica con el talento político práctico.[13]

De hecho, en el Kremlin no había nadie capaz de convertirse en un líder político con visión. Mijail Suslov, el último superviviente entre los *apparatchiks* de mentalidad teórica, resultó el menos imaginativo y el que menos talento político poseía. La oligarquía post-Jrushchov, como señala Robert English, encarnaba «los últimos rehenes» del pensamiento ortodoxo. Su pensamiento colectivo no provenía de una fe ideológica profunda ni de la pasión revolucionaria, sino que era más bien fruto de su falta de cultura y de tolerancia de la diversidad, y de su experiencia formativa estalinista.[14]

En la esfera interna, se dio un intento de dar marcha atrás al «deshielo» en la esfera cultural e ideológica. Incluso los cambios semánticos apuntaban hacia la ortodoxia estalinista: Brezhnev cambió su título por el de secretario general, el mismo que se había usado en tiempos de Stalin; la estructura suprema del partido (llamada Presidium del Comité Central de 1952 a 1964) volvió a denominarse Politburó. También reaparecieron el rusocentrismo, la política de rusificación llevada a cabo en las repúblicas soviéticas, y la ensordecedora propaganda militarista, típica del final del estalinismo. En Moscú, Leningrado, Kiev, y otras grandes ciudades, los miembros de la *intelligentsia* de origen judío empezaron a vivir en el temor de una nueva campaña antisemita.[15]

El perfil sociocultural y la mentalidad colectiva de la nueva cohorte habrían podido tener unas consecuencias tremendas para la conducta internacional soviética y para el futuro de la propia URSS. Por un lado, la mayoría de los dirigentes posteriores a Jrushchov tenían en común el componente ideológico (revolucionario) del paradigma internacional. En materia de política interior, muchos de ellos apoyaron la abolición de la desestalinización, una mayor supresión de la diversidad cultural, y la congelación de las tendencias liberales en el campo de la literatura y el arte. Por otra parte, no eran maestros, sino más bien prisioneros de la ideología, temerosos de abandonar los Principios de la ortodoxia e incapaces de reformarlos.

Los nuevos oligarcas ridiculizaron las infortunadas e inoportunas incursiones de Jrushchov en el terreno del marxismo-leninismo, especialmente su «montaje» del programa del partido. Pero muchos de ellos fueron además víctimas de un curioso complejo de inferioridad ideológica. En otras palabras, temían que su falta de preparación y de sofisticación teórica los llevara de algún modo a meter la pata en asuntos de «alta política». Brezhnev y otros miembros del Politburó delegaron la intrincada cuestión de definir la «corrección ideológica» en Mijail Suslov, que se había educado en la historia ortodoxa del partido y en la versión oficial del marxismo-leninismo. Los informes sobre asuntos internacionales tenían que pasar inicialmente los filtros del aparato central del partido, dominado por Suslov y propagandistas de formación provinciana o menos que provinciana. Algunos de esos personajes (por ejemplo, el director del Departamento de Ciencias, Sergei Trapeznikov, el director del Departamento de Propaganda, V. I. Stepakov,

o el lugarteniente de Brezhnev, V. A. Golikov) eran viejos amigos de Brezhnev y especialistas en agricultura colectivizada. Abrazaron posturas rusocéntricas y estalinistas en materia de política interior y admiraban a los chinos, a los seguidores del dogma izquierdista, en materia de política exterior. Durante la preparación del informe de Brezhnev para el inminente congreso del partido de marzo de 1966, estos asesores ortodoxos propusieron eliminar las frases que hacían alusión al «principio de coexistencia pacífica» y de «prevención de una guerra mundial», a la «gran diversidad» de los métodos de construcción del socialismo en los distintos países, y a la «no interferencia en los asuntos internos de otros partidos comunistas». Mantuvieron la visión propagandística de Estados Unidos vigente en 1952 y decidieron que un informe del partido «demostrara el carácter brutalmente colonial, la agresividad y el belicismo» de los norteamericanos, así como «la creciente tendencia fascista» del «imperialismo americano». En las discusiones internas Golikov llegó a hacer la siguiente declaración: «No debemos olvidar que la guerra mundial es inminente». Circularon también rumores en torno a una frase que supuestamente empleó Shelepin: «El pueblo debe saber la verdad: la guerra con América es inevitable».[16]

No es de extrañar que la nueva dirección colegiada acordara que la principal prioridad de la política exterior soviética debía ser la reconciliación con el país «hermano», la China comunista, y no la distensión con el capitalismo occidental. Pasó por alto el hecho de que China estuviera deslizándose hacia el caos revolucionario, que no tardaría en recibir el nombre de Gran Revolución Cultural Proletaria, algunos diplomáticos soviéticos destacados en Beijing intentaron informar del asunto a Moscú, pero sus comunicados chocaron con la incredulidad y la ignorancia del Kremlin. El embajador en Beijing, Stepan Chervonenko, antiguo secretario general del partido en Ucrania conocía mejor el talante de los dirigentes soviéticos y cambió el contenido de los informes adoptando un tono más positivo. Sergei Lapin, que sustituyó a Chervonenko en 1965, era un *apparatchik* cínico y ni siquiera se molestó en suministrar un análisis adecuado. En enero de 1965, el Politburó rechazó la propuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Departamento de Países Socialistas del Comité Central que aconsejaba dar inmediatamente los pasos necesarios para mejorar las relaciones con Estados Unidos. Shelepin atacó a los dirigentes de estas instituciones, Andrei Gromiko y Yuri Andropov, por su falta de «postura de clase» y de «conciencia de clase».[17]

La escalada de la guerra en Vietnam en 1965 dio lugar a las primeras discusiones significativas sobre política exterior en el Kremlin post-Jrushchov. Hasta entonces, los dirigentes soviéticos no habían atribuido la menor importancia geopolítica a Vietnam e Indochina. Intentaron en vano disuadir a Hanoi de emprender la guerra contra Vietnam del Sur. Temían, según concluye el historiador Ilya Gaiduk, que aquella guerra fuera «un impedimento para el proceso de distensión con Estados Unidos y sus aliados».[18] Sin embargo, la intervención directa de los norteamericanos obligó al Politburó a actuar de inmediato. Prevaleció entonces el llamamiento ideológico en pro de las «obligaciones fraternales». Los partidarios de una política exterior prochina empezaron a afirmar que la ayuda soviética a los comunistas de Vietnam constituiría el medio de alcanzar la reconciliación entre la KSS y el PCCh gracias a la ayuda conjunta prestada a los norvietnamitas. La Unión Soviética empezó a incrementar el suministro de armas y otro tipo de ayuda a Vietnam del Norte.[19]

En febrero de 1965, Kosygin, acompañado de Andropov y varios otros funcionarios y asesores soviéticos, viajaron al Extremo Oriente en un intento de elaborar una nueva estrategia en materia de política exterior. Su destino oficial era Hanoi, pero hizo dos paradas en Beijing. Se reunió a la ida con Zhou Enlai y a la vuelta con Mao Zedong. Las conversaciones mantenidas por Kosygin en Beijing resultaron decepcionantes: los chinos se mostraron rígidos e ideológicamente agresivos, atacaron el «revisionismo» soviético, y



se negaron a coordinar cualquier tipo de medida política con los soviéticos, incluso en lo concerniente a la ayuda a Vietnam del Norte. Las conversaciones de Hanoi resultaron también descorazonadoras para los dirigentes soviéticos. Un asesor de Andropov, Alexander Bovin, que lo acompañó en el viaje, observó que Kosygin no logró convencer a los líderes norvietnamitas de que no se lanzaran a una guerra a muerte contra Estados Unidos. Los vietnamitas y los soviéticos, a pesar de la ideología marxista-leninista que tenían en común, procedían de dos mundos distintos. Los líderes de Hanoi eran revolucionarios, veteranos de la lucha anticolonial clandestina. Los políticos soviéticos eran administradores públicos, que habían madurado y alcanzado las posiciones que ocupaban en los pasillos del poder burocrático. Después de muchos años de sentirse como peones en los juegos de poder de la URSS y China, los líderes comunistas de Hanoi estaban decididos a obtener una victoria total, sin tener en cuenta los costes en vidas humanas que pudiera suponer ni atender desde luego a los consejos de Moscú.[20]

No obstante, la intervención norteamericana en Vietnam no hizo más que atizar los instintos ideológicos de la dirección colegiada y de los militares soviéticos y provocó un grave deterioro de las relaciones ruso-norteamericanas.[21] El partido organizó campañas propagandísticas masivas, manifestaciones y actos de «solidaridad con el pueblo de Vietnam» por toda la Unión Soviética. El Politburó respondió con deliberada frialdad a los pasos iniciales dados por la administración Johnson para entablar conversaciones en torno a las limitaciones que debían hacerse en la carrera de armas estratégicas.[22] Es más, Kosygin se puso hecho una furia cuando Estados Unidos bombardeó Hanoi y el puerto de Haiphong en febrero de 1965, durante su visita oficial a Vietnam del Norte.[23] Entre las élites soviéticas familiarizadas con la política exterior, seguía habiendo, sin embargo, unos pocos que creían que Vietnam del Norte no valía una desavenencia tan grande con Estados Unidos. En cualquier caso, todos ellos se vieron obligados a mantener un perfil bajo, mientras subía de tono el coro de indignación contra la campaña de bombardeos de los norteamericanos.[24]

En mayo de 1965, al tiempo que los norteamericanos intensificaban su campaña de bombardeos de Vietnam del Norte, la noticia de la intervención estadounidense en la República Dominicana levantó ampollas en el Politburó. El ministro de Defensa, Malinovski, calificó los acontecimientos ocurridos en Vietnam y Centroamérica de escalada de la confrontación global y comentó en tono grave que «los sucesos de Santo Domingo irán seguidos de acciones contra Cuba». En respuesta a todo ello, propuso la toma de «contramedidas activas» por parte de la URSS, empezando por demostraciones de poderío militar en Berlín y por toda la frontera con Alemania Occidental y el despliegue de tropas y otras unidades aerotransportadas desde la Unión Soviética a la RDA y Hungría. Según recuerda Mikoyan, el ministro de Defensa «subrayaba que debíamos estar preparados para atacar Berlín Occidental».[25]

A mediados de 1966, recuerda Bovin, en respuesta a la nueva escalada de las acciones de los norteamericanos en Vietnam, los militares soviéticos y algunos miembros del Politburó empezaron de nuevo a hablar de que había que cortar las alas a los norteamericanos y que debían intimidarlos con alguna demostración del poderío soviético. No obstante, hasta los más ardientes defensores de las medidas drásticas tuvieron que admitir que la Unión Soviética carecía de medios que pudieran repercutir sobre la política de Washington y Hanoi en Vietnam. Además, los recuerdos de la crisis de Berlín y de los misiles cubanos seguían estando demasiado recientes. Mikoyan, Kosygin, Brezhnev, Podgorni y Suslov se mostraron partidarios de la contención.[26]

El año 1967 trajo consigo nuevos sustos que supusieron verdaderos retos a las emociones de los líderes del Kremlin. El campo comunista en el Sudeste Asiático estaba en ruinas. En Indonesia, los soviéticos habían perdido toda su influencia tras la sustitución del Presidente Sukarno y el posterior asesinato de, según se calcula, unos trescientos mil

comunistas y simpatizantes a manos de los militares al mando del general Suharto. Y en la guerra de los Seis Días de junio de 1967, Israel destruyó los ejércitos de Egipto, Siria y Jordania. Desde Yakarta hasta El Cairo, daba la impresión de que la influencia soviética estaba viniéndose abajo. La derrota de los países árabes dejó boquiabiertos a los dirigentes y a las élites soviéticas. El Politburó no había podido hacer nada para ayudar a Sukarno, pero Oriente Medio era una cosa totalmente distinta. La victoria de Israel tuvo importantes repercusiones internas para la Unión Soviética: la intensificación de las simpatías prosionistas de los judíos soviéticos dio lugar a la manifestación más grande de su solidaridad con el estado de Israel desde su proclamación en 1948. En las sinagogas de Moscú y Leningrado, los agentes del KGB pudieron escuchar cómo la gente alababa al ministro de Defensa israelí, Moshe Dayan, y pedía armas para ir a luchar por Israel.[27] No obstante, lo más doloroso fueron las implicaciones internacionales. El Politburó consideraba la alianza con los regímenes radicales árabes el mayor logro geopolítico de la política exterior soviética desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los dirigentes soviéticos predicaban la solidaridad ideológica con los árabes y prestaron a Egipto y Siria importante apoyo militar, psicológico y en lo relativo a los servicios de inteligencia. Al mismo tiempo, el Kremlin temía que otra guerra entre árabes e israelíes diera lugar a una escalada de la tensión entre soviéticos y norteamericanos y a una mayor intervención de Estados Unidos en los asuntos de Oriente Medio poniéndose al lado de Israel.[28]

Durante la guerra de los Seis Días entre árabes e israelíes y tras de terminar el conflicto, el Politburó permaneció reunido casi durante veinticuatro horas al día. Un participante en esas sesiones escribía en su diario acerca del desasosiego que caracterizó aquellas jornadas en los siguientes términos: «Tras las agresivas y jactanciosas declaraciones de Nasser no esperábamos que el ejército árabe fuera a ser derrotado en un segundo».[29] El Politburó tuvo que diseñar una nueva política en la región. Sin embargo, en un pleno del partido convocado especialmente, los sentimientos antisionistas y los proyectos ideológicos prevalecieron sobre la realidad. Los dirigentes soviéticos decidieron romper las relaciones diplomáticas con Israel por segunda vez desde 1953 hasta que este país alcanzara un acuerdo con los árabes y les devolviera sus tierras a cambio de unas garantías de seguridad (según la resolución n.º 242 de las Naciones Unidas). Unos cuantos expertos se dieron cuenta de que esta actitud congelaba la diplomacia soviética en la región, pero la mayoría, empezando por Gromiko y Suslov, se aferró a la nueva línea. Al mismo tiempo, los soviéticos siguieron invirtiendo en Egipto y Siria, lo que se dice tirando dinero (sólo Egipto debía a la URSS cerca de quince mil millones de rublos), en un intento desesperado de mantener la presencia soviética en Oriente Medio. En consecuencia, la diplomacia soviética en la zona se hizo rehén del radicalismo y las exigencias de los árabes. Una vez más, como ocurriera en Vietnam, la nueva dirección colegiada demostró que, a diferencia de Stalin, era prisionera del paradigma imperial revolucionario, no su arquitecto. Moscú no restableció las relaciones con Israel hasta 1991, poco antes de la caída de la URSS.[30]

En el punto álgido de la guerra de los Seis Días, el Politburó envió a Kosygin a Estados Unidos para que mantuviera conversaciones urgentes con el presidente Lyndon Johnson. La reunión celebrada en Glassboro, New Jersey, habría podido volver a crear la posibilidad, arruinada por Nikita Jrushchov en 1960-1961, de convocar una serie de cumbres tranquilas y paradigmáticas. El presidente Johnson, cada vez más angustiado por poner fin a la guerra de Indochina, estaba dispuesto a entablar negociaciones de largo alcance. Pretendía que los soviéticos actuaran como mediadores en un eventual acuerdo sobre Vietnam y propuso iniciar las conversaciones sobre recortes bilaterales de los arsenales estratégicos y los presupuestos militares. Johnson y su secretario de defensa, Robert McNamara, pretendían negociar una prohibición de la defensa con misiles antibalísticos (MAB). Kosygin, sin embargo, no estaba preparado para entablar



conversaciones serias y se mostró irritado por el apoyo prestado a Israel por los norteamericanos. Dobrinin, que observó su comportamiento en la cumbre, lo calificó de negociador «a regañadientes». Para empeorar aún las cosas, Kosygin no entendió en absoluto las intenciones de Johnson y McNamara respecto a los misiles antibalísticos. En una curiosa exhibición de ira, hizo las siguientes declaraciones: «La defensa es moral, la agresión es inmoral». Según el resumen de Dobrinin, «por entonces Moscú pretendía ante todo alcanzar la paridad nuclear en materia de armas estratégicas de carácter ofensivo». [31] Se necesitarían varios años y la aparición de Brezhnev como líder político y «pacificador» hasta que la cohorte de sucesores de Jrushchov se mostrara dispuesta a entablar negociaciones con Estados Unidos.

EL SERMÓN DE BREZHNEV

Brezhnev participó en las discusiones del Politburó sobre política exterior durante todas estas crisis, pero evitó tomar una postura clara en las cuestiones más controvertidas. El nuevo líder del Partido Comunista de la Unión Soviética sabía que no estaba ni a la altura de Stalin ni a la de Jrushchov en términos de experiencia, conocimientos, energía, o carácter. Como cientos de *apparatchiks* a los que la Segunda Guerra Mundial y las purgas de viejos bolcheviques llevadas a cabo por Stalin habían catapultado a los privilegios y el poder, Brezhnev poseía una enorme inteligencia práctica, pero una preparación y unos horizontes sociales muy limitados. Como muchos jóvenes comunistas de los años treinta, adquirió la costumbre de llevar un diario con el fin de elevar su nivel intelectual. El contenido de ese diario, sin embargo, pone de manifiesto una falta absoluta de intereses intelectuales y espirituales. Para desesperación de cualquier historiador, Brezhnev recogió en él sobre todo detalles rutinarios y banales de su vida privada.[32]

El historiador ruso Dmitri Volkogonov presenta a Brezhnev como el líder soviético más blando y más unidimensional. Le atribuye «la psicología de un burócrata del partido de rango intermedio: un personaje vanidoso, cauto y conservador».[33] En efecto, los que lo conocieron de los tiempos del servicio militar hablaban despectivamente de sus cualidades de líder. Uno de los comilitones de Brezhnev observaba: «Leonid nunca se impondrá a las dificultades».[34]

Catapultado a la dirección política por la caída de Jrushchov, Brezhnev necesitó siempre ayuda psicológica. Se quejó a su ayudante en materia de política exterior, Andrei Alexandrov-Agentov, de que nunca había tenido nada que ver con cuestiones de política internacional y que no sabía nada del asunto. Reconoció humildemente que sus horizontes seguían siendo los de un secretario regional del partido. «Aquí estoy, sentado en el Kremlin y contemplando el mundo sólo a través de los papeles que llegan a mi mesa».[35] Su asistente, Georgi Arbatov, recordaría que Brezhnev estaba bastante pez en materia de teoría marxista-leninista y que lo sentía vivamente. «Pensaba que hacer algo “que no fuera marxista” resultaba intolerable: todo el partido, el mundo entero, tenía puestos los ojos en él».[36] Con semejantes antecedentes, habría cabido esperar que Brezhnev se uniera al coro de seguidores de la línea dura y que encontrara un nicho seguro en el flanco más dogmático y rígido de los gestores políticos de la URSS. Al principio, su comportamiento respondió a estas expectativas. Por consiguiente supuso una sorpresa mayúscula para todos que luego se convirtiera en el principal defensor de la distensión dentro de la dirección colegiada. A la hora de la verdad, otros aspectos de sus opiniones personales y de su carácter facilitaron esta sorprendente transformación.

En su libro sobre los pensadores rusos, Isaiah Berlin distingue entre los «zorros», que conocían muchas verdades distintas, y los «erizos», que sólo conocían una, la más importante. Brezhnev no era un pensador, pero en materia de política exterior tenía una sola convicción fuerte, como el erizo de la clasificación de Berlín. Esa convicción era absolutamente simple: había que evitar la guerra a toda costa. En sus entrevistas con los líderes extranjeros, Brezhnev les habló una y otra vez de una conversación que había mantenido con su padre, un obrero metalúrgico, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. Cuando Hitler invadió Checoslovaquia y Francia, su padre le había preguntado: «¿Cuál es la montaña más alta del mundo?». «El Everest», había respondido él. Su padre le preguntó luego por la altura de la Torre Eiffel. «Pues medirá unos trescientos metros», le contestó. Entonces su padre le comentó que habría que levantar una torre de esa altura en la cima del Everest. Hitler y sus compinches habrían debido ser ahorcados y colgados de ella para que los viera todo el mundo. Brezhnev pensó en aquellos momentos que no era



más que una fantasía, pero entonces estalló la guerra. Cuando acabó, el tribunal de Nuremberg condenó a los dirigentes nazis capturados y ahorcó a unos cuantos. El padre de Brezhnev resultó, pues, profético. Aquella anécdota dejó en él una huella indeleble, sobre su visión del mundo desde el punto de vista internacional, y sobre su política: y de hecho sobre toda su vida y obra. El intérprete de Brezhnev, Viktor Sujodrev, oyó aquella historia tantas veces que empezó a llamarla «el Sermón de la Montaña». Cuando se reunió con Richard Nixon por primera vez, el máximo dirigente del Partido Comunista soviético sugirió la conclusión de un acuerdo, una curiosa versión de tratado de paz, dirigido contra cualquier tercer país que adoptara una actitud agresiva. Los norteamericanos interpretaron la idea como un burdo intento de pacto entre las superpotencias destinado a destruir las alianzas de Estados Unidos. No sabían que se trataba no ya de un proyecto desviado del Politburó, sino de un sueño personal del secretario general.[37]

La Segunda Guerra Mundial fue una experiencia que determinó la vida entera de Brezhnev, quien por entonces tenía treinta y tantos años. Como comisario político de una división, tuvo experiencia de primera mano de lo que fueron algunos combates agotadores; de 1942 a 1945 acompañó a las tropas desde el Cáucaso hasta los Cárpatos. Estaba firmemente convencido, sin embargo, de que no había precio demasiado alto para la victoria. En junio de 1945, participó en el Desfile de la Victoria en la Plaza Roja y asistió al banquete que dio Stalin a los vencedores. Durante muchos años, continuó admirando a éste como señor de la guerra. En 1964, era ya miembro de la Secretaría del Comité Central, y en calidad de tal supervisó el programa espacial soviético y numerosos proyectos del complejo de la industria militar, entre otros la producción de armas nucleares y la construcción de rampas y silos para misiles.[38] Las memorias de Brezhnev, de carácter hagiográfico, confeccionadas por escritores profesionales que hicieron de negros, nos ofrecen sólo un atisbo de esos momentos trascendentales de su vida.

Experiencias similares hicieron de muchos integrantes de la *nomenklatura*, entre otros algunos amigos íntimos de Brezhnev, como Dmitri Ustinov y Andrei Grechko, defensores ardientes de la fuerza militar y del estado de disposición permanente para el combate, pero él sentía además una preocupación auténtica por la perspectiva de la guerra y deseaba negociar la paz entre las grandes potencias. No se diferenciaba mucho de Ronald Reagan en la idea de que la acumulación de armamento era importante no en sí misma, sino como preludio para la conclusión de acuerdos internacionales. Esa idea de que la fuerza y la paz no se contradicen una a otra causaría muchos problemas durante los años setenta, cuando el constante incremento de las armas estratégicas soviéticas permitiría a los neoconservadores norteamericanos de la línea crítica y a los expertos del Pentágono afirmar que lo que buscaba el Kremlin era la superioridad militar. Al final, su campaña de publicidad en torno a la intensificación de la «amenaza militar soviética» socavaría la distensión soviético-norteamericana. A comienzos de la década, sin embargo, la idea de Brezhnev le ayudaría a ver la necesidad de cooperar con Estados Unidos.

A Brezhnev le disgustaba profundamente la tendencia a llevar las cosas al extremo y a provocar crisis que había caracterizado la política exterior de Jrushchov desde 1956. Veinte años después de la crisis de los misiles cubanos, seguía sin poder contener la cólera hacia Jrushchov por haberla desencadenado: «¡Por poco nos vimos envueltos en una guerra nuclear! ¡Y cuánto trabajo nos costó salir del atolladero en el que nos habíamos metido, hacer creer al mundo que realmente queríamos la paz!».[39] Reservaría unas críticas igualmente acerbas para la crisis de Berlín, manifestándose ante sus consejeros en noviembre de 1971 en los siguientes términos: «En vez de lograr grandes hitos diplomáticos construimos en Berlín, por decirlo sin tapujos, la muralla china, y esperamos resolver el problema de esa forma».[40] La superación del legado de extremismo hasta las últimas consecuencias propio de Jrushchov y el establecimiento de

unos cimientos firmes para la paz mundial se convirtieron en el principal motor del activismo de Brezhnev en materia de política exterior a comienzos de los años setenta.

Otras facetas de la dirección de Brezhnev facilitaron su conversión en estadista de la distensión. Henry Kissinger escribe en sus memorias que Brezhnev era «brutal» (a diferencia de lo «refinados» que eran Mao Zedong y Zhou Enlai). En realidad, Brezhnev desplegaba mas amabilidad que maldad, más vanidad que crueldad premeditada. Durante el momento trascendental de la lucha de poder antiestalinista de junio de 1957, Molotov echó una durísima reprimenda a Brezhnev y el futuro máximo líder soviético casi se desmayó. Incluso cuando contempló la posibilidad de una destitución de Jrushchov en 1964, el mayor temor de Brezhnev sería el peligro de un enfrentamiento directo con el formidable Nikita.[41] Como persona y como político, detestaba los enfrentamientos y los extremismos. En su juventud, sus parientes decían de él que era un «hombre apuesto y encantador, siempre cuidadosamente vestido y amigo de las mujeres». Durante toda su carrera en tiempos de Stalin y de Jrushchov, Brezhnev aprendió a agradar a la gente. Con sus amigos era un hombre «modesto, gregario, de costumbres sencillas, gran conversador sin arrogancia ni ínfulas de poder». Una vez él mismo hizo la siguiente confesión: «El encanto puede hacerte llegar muy lejos en política». Una sofisticada profesora, que lo vio durante una función en el Bolshoi en 1963, escribiría en su diario: «Brezhnev es realmente apuesto: ojos azules, cejas negras, pómulos salientes. Ahora me doy cuenta de por qué sentí siempre simpatía por él».[42] A Brezhnev le resultaba tan natural sonreír cordialmente como a Jrushchov amenazar con el puño.

Por naturaleza, era un político centrista y enemigo de los movimientos políticos radicales fueran en la dirección que fueran. El secretario general no puso ninguna objeción cuando, después de 1964, sus aliados y amigos conservadores empezaron a dar marcha atrás al deshielo en terrenos como el de la cultura, la propaganda y la ideología. Al mismo tiempo, Brezhnev no quiso nunca enfrentarse al nutrido grupo formado por las élites científicas, artísticas y culturales de la URSS, que temían un golpe neoestalinista. Se mostró asimismo escéptico respecto al acercamiento ideológico a China. Sabía que los «chinos soviéticos», es decir, los defensores más fervientes de las reacciones ideológicas, se habían agrupado en torno a Alexander Shelepin y hablaban abiertamente de él como de una figura de transición y un político menor, vulnerable a la bebida y a las mujeres.[43]

Entre la mayoría de los colegas de Brezhnev predominaban las actitudes beligerantes. Para empezar, actuar como pacificador en semejante ambiente resultaba sumamente difícil y peligroso para la propia carrera. Contra toda esperanza, Brezhnev salió airoso en su propósito. A pesar de su mediocridad intelectual, no carecía de buenos instintos políticos ni de tacto. Sus asesores recuerdan que en cuestiones de poder «Brezhnev era un gran realista» y fue capaz de sobrepasar a la mayoría conservadora siempre que quiso.[44] A partir de 1964, se centró en la tarea más importante: los cuadros y la red de mandos. Contando con la ayuda de varios aliados dentro del Politburó, entre ellos Mijail Suslov y Andrei Kirilenko, se dedicó incansablemente a llamar por teléfono a los secretarios regionales del partido preguntándoles por sus problemas y necesidades e incluso pidiéndoles consejo. En 1967, poco a poco empezó a eliminar a sus rivales de los puestos de poder, empezando por Shelepin. En 1968, Brezhnev se convirtió en el jefe indiscutible del aparato del partido: las llaves del poder político estaban ya en sus manos.[45]

Más o menos en esa misma época, Brezhnev empezó a mostrar mayor interés por la política exterior y a mirar con impaciencia la preeminencia internacional de Kosygin. Era lo bastante listo como para darse cuenta de que no podía compararse con éste en el terreno de la economía nacional. En cambio, la política exterior abría muchas posibilidades a la diplomacia personal y en ese terreno los modestos talentos de Brezhnev podían desplegarse de forma más ventajosa para él. El cargo de secretario general le proporcionaba una ventaja extraordinaria: por tradición, el ocupante de este puesto era



también el general en jefe y presidente del Consejo de Defensa. Así pues, Brezhnev era responsable formalmente de la política militar y de seguridad. Y tenía poder para hacer nombramientos, instrumento trascendental de la política soviética.[46]

Más tarde, algunos observadores occidentales relacionaron la eliminación de los partidarios de la línea dura por parte de Brezhnev con la victoria de las fuerzas partidarias de la distensión existentes en el Politburó. En realidad, en el entorno de Brezhnev no había palomas. Los miembros del Politburó siguieron siendo en su mayoría ortodoxos desde el punto de vista ideológico incluso durante la distensión. Cuando a comienzos de 1968 se creó dentro del Politburó la comisión de control de armamento, se llenó de amigos de Brezhnev partidarios de la línea dura, entre ellos Ustinov (su presidente) y Crechko.[47] Dmitri Ustinov había sido el niño sabelotodo de Stalin, un brillante tecnócrata autodidacta que había organizado la evacuación de las industrias soviéticas ante el imparable avance de los nazis en 1941 y que más tarde se convertiría en la autoridad más influyente del proyecto de misiles soviéticos. Durante dos décadas, fue el líder incansable del complejo soviético de la industria militar. Temía que Estados Unidos atacara la Unión Soviética a la primera oportunidad que se le presentara y estaba decidido a acumular la fuerza suficiente para disuadir a los norteamericanos. Andrei Grechko comenzó su carrera militar cuando, con sólo dieciséis años, se unió a la Caballería Roja durante la guerra civil que estalló a raíz de la toma del poder por los bolcheviques en Rusia hacia 1917. Había sido superior de Brezhnev durante la Gran Guerra Patriótica y desde 1967 fue ministro de Defensa. Creía firmemente en la victoria de la URSS en una futura guerra mundial y sólo sentía desprecio por Estados Unidos y la OTAN.[48] Tanto Ustinov como Grechko eran partidarios de una carrera armamentística incesante y temían que cualquier limitación del armamento supusiera una amenaza para la seguridad soviética.[49] Eran el digno equivalente de los halcones norteamericanos.

Entre 1965 y 1968, Brezhnev permitió a Ustinov reformar y centralizar el enorme complejo de la industria militar soviética que hasta entonces había sufrido las consecuencias de la rivalidad entre los distintos ministerios y organismos de la URSS encargados de su diseño. El secretario general dio además pleno apoyo a la construcción y al despliegue de la tríada estratégica de misiles balísticos intercontinentales (ICBM) en silos fortificados, submarinos nucleares armados de misiles balísticos, y bombarderos estratégicos. Las dimensiones del programa de ICBM eran especialmente impresionantes. Los servicios norteamericanos de inteligencia por satélite señalaban con preocupación que en 1965 y 1966 los soviéticos habían doblado su arsenal, poniéndose al mismo nivel que las fuerzas estratégicas norteamericanas. A partir de ese momento, la fuerza de ICBM soviética creció a razón de unos trescientos nuevos silos de lanzamiento al año. Se trataba de un programa de armamento colosal, que, según cierto experto, «era el mayor esfuerzo armamentístico de la historia de la URSS y el programa nuclear más caro, que superaba significativamente al de finales de los años cuarenta». En 1968, la fuerza de misiles estratégicos consumía casi el 18 por 100 del presupuesto de defensa de la URSS. Brezhnev no pudo decir no a ninguna propuesta de producción o de despliegue de artefactos militares.[50]

Lo que en último término distinguía al secretario general de sus amigos ortodoxos no era su mayor tolerancia ideológica y sus planteamientos menos conservadores, sino su sueño de convertirse en un pacificador. Y también, como señala acertadamente el autor de sus discursos, la carga del enorme poder que ostentaba y que le hablaba de unos intereses del estado que no encajaban con la ortodoxia ideológica. A medida que Brezhnev fue implicándose en las cuestiones de política exterior, la lógica de éstas le enseñó a apoyarse no ya en la mayoría conservadora e ignorante, sino en una minoría de «ilustrados» expertos en política exterior que trabajaban en el aparato central del partido.[51]

Entre esa minoría se encontraban Evgeni Samoteikin, Georgi Arbatov, Alexander Bovin, Nikolai Inozemtsev, Vadim Zagladin, Nikolai Shishlin, Rafail Fedorov, Anatoli Blatov, y Anatoli Cherniaev. Estos individuos estaban especializados en asuntos exteriores, procedían de universidades y de centros académicos de investigación, y tenían una mentalidad mucho más abierta y un pensamiento más sofisticado que la media de los integrantes de la *nomenklatura*. Su personalidad había sido formada por el deshielo cultural, la desestalinización, y otras influencias liberalizadoras del período comprendido entre 1956 y 1964. Se consideraban a sí mismos patriotas soviéticos, pero también librepensadores pragmáticos, y empezaron a ver en la ideología fosilizada un gran obstáculo para los intereses del estado. Muchos de ellos habían sido reclutados por Andropov y su rival, Boris Ponomarev, para ingresar en el aparto del Comité Central. Andropov apoyaba a aquellos individuos, animándoles a pensar y escribir sin tener en cuenta la ideología. «Ya sabré yo lo que tengo que decir al Politburó». Se desencadenó una constante lucha burocrática entre ellos y estalinistas como Trapeznikov o Fedor Golikov. De 1965 a 1968, los *apparatchiks* ilustrados formaron el núcleo del equipo de individuos encargados de escribir los discursos de Brezhnev y, por consiguiente, pasaron a integrar su círculo íntimo de consejeros.[52]

En el grupo de los autores de los discursos de Brezhnev se encontraba también su secretario, Andrei Alexandrov-Agentov, filólogo y diplomático perfectamente preparado y especialista en Islandia y Escandinavia. Anteriormente, había trabajado como secretario de Alexandra Kollontai y luego de Gromiko. Alexandrov-Agentov era un fervoroso devoto de la teoría marxista-leninista y un verdadero creyente en el movimiento comunista internacional, pero en materia internacional no era un ideólogo rígido. Como señala Cherniaev, «estaba convencido de que la *Realpolitik* trabajaba a favor de nuestro futuro comunista».[53]

El primer mentor de Brezhnev en materia de política exterior fue el ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromiko, personaje en muchos sentidos profundamente conservador, pero también un diplomático sumamente profesional. Gromiko era obediente y siempre cumplía «con fervor religioso» las órdenes del líder al que le tocara servir en cada momento.[54] Al mismo tiempo despreciaba las intromisiones ideológicas en el terreno de la política exterior y admiraba muchísimo la diplomacia de Stalin durante los años de la Gran Alianza. El principal objetivo de Gromiko era obtener de las potencias occidentales el reconocimiento de las nuevas fronteras de la URSS y de sus países satélites de Europa Central, empezando por las de la RDA. Su segundo objetivo era la consecución, tras un duro tira y afloja, de un acuerdo político con Estados Unidos. En enero de 1967, en un memorándum político del Ministerio de Asuntos Exteriores al Politburó, Gromiko afirmaba: «Debemos seguir disociándonos de manera resuelta política e ideológicamente de las peregrinas ideas de los líderes chinos que sustentan sus esperanzas en el carácter inevitable de un conflicto armado entre los países socialistas capitaneados por la Unión Soviética y Estados Unidos en el plazo de ocho o diez años. La opinión de que la guerra con Estados Unidos es inevitable reflejaría precisamente la postura de los chinos. En general, la tensión internacional no encaja con los intereses de estado de la URSS ni de sus amigos. En una situación de distensión resulta más fácil consolidar y extender las posiciones que ocupa la Unión Soviética en el mundo».[55]

Este memorándum ponía de relieve algunos desarrollos prometedores ocurridos en los países capitalistas, especialmente el giro a favor de la distensión experimentado por las capitales occidentales. A pesar de la guerra de Vietnam, Gromiko y otros diplomáticos soviéticos, entre ellos el embajador en Washington, Anatoli Dobrinin, y el jefe del Departamento de Asuntos Norteamericanos del Ministerio de Asuntos Exteriores, Georgi Kornienko, favorecían las negociaciones con Lyndon Johnson.[56] Poco a poco, el propio Brezhnev llegó a darse cuenta de que la política de distensión y negociación con las



grandes potencias capitalistas se convertiría en el camino más corto para la consecución del éxito político y del reconocimiento internacional. Esta concepción no se impuso, sin embargo, hasta que tuvieron lugar en Europa y Asia varios acontecimientos trascendentales y hasta que no se produjo un cambio de gobierno en Estados Unidos.

ESTÍMULOS A FAVOR DE LA DISTENSIÓN

El acontecimiento importante de finales de los años sesenta que más influyó en los planteamientos de Brezhnev sobre cuestiones internacionales fue la crisis de Checoslovaquia de 1968. El rápido florecimiento de la Primavera de Praga supuso una grave amenaza a la carrera de Brezhnev. Como líder del PCUS, tenía una responsabilidad directa en el mantenimiento de la esfera de influencia militar de la URSS en Europa Central. La situación estratégica de Checoslovaquia, su avanzada industria armamentística y sus minas de Uranio hacían del país un elemento indispensable del Pacto de Varsovia.[57] Los dirigentes soviéticos temían que se produjera un «efecto dominó» en Europa Central tanto como la administración Johnson temía que se produjera algo parecido en el Sudeste Asiático. Y los temores rusos estaban todavía más justificados si se tienen en cuenta las revoluciones de Polonia y Hungría de 1956, la tenaz neutralidad de Yugoslavia, el paulatino distanciamiento de Rumanía del Pacto de Varsovia a partir de 1962, y la constante inestabilidad de la RDA.[58] Lo peor era que entre los dirigentes soviéticos había muchos que quizá echaran la culpa de semejante catástrofe personalmente a Brezhnev. Al fin y al cabo, Alexander Dubcek, jefe del Partido Comunista de Checoslovaquia desde enero de 1968, era un protegido suyo. El líder soviético había retirado su apoyo a Antonin Novotny, el viejo dirigente estalinista de Checoslovaquia y había respaldado el Programa de Acción Checoslovaco, favorable a las reformas. El primer secretario de Ucrania, Petro Shelest, creía que el «liberalismo putrefacto» de Brezhnev había hecho posible la Primavera de Praga. Cuando se produjo la crisis, tanto el líder polaco Gomulka como el presidente de la República Democrática Alemana, Ulbricht, instaron a la invasión del país y criticaron abiertamente a Brezhnev por su emotividad, su ingenuidad y sus vacilaciones.[59]

Su propio carácter hacía de Brezhnev un intervencionista renuente. Un testigo recuerda que incluso en el verano de 1968 reinaba cierta incertidumbre y diversidad de opiniones en el cuartel general del partido en Moscú. Unos gritaban con todas sus fuerzas: «¡No enviéis tanques a Checoslovaquia!»; otros en cambio se desgañitaban: «¡Ya va siendo hora de enviar los tanques y acabar de una vez con este lío!». Pero todas las pruebas documentales de los archivos demuestran que durante toda la crisis de Checoslovaquia Brezhnev mantuvo la esperanza de evitar tener que tomar «medidas extremas», esto es, llevar a cabo la invasión militar. Por el contrario, prefirió intensificar las presiones políticas sobre Dubcek y los dirigentes checoslovacos.[60] Brezhnev temía que una invasión soviética desencadenara una respuesta de la OTAN que desembocara en una guerra europea. El peso de semejante decisión resultaba casi excesivo para el secretario general. Durante los meses de crisis, algunos lo vieron abatido, pálido y perdido, con las manos temblorosas. En un comentario privado harto revelador, llegó a reconocer: «Puede que parezca blando, pero no puedo dar un golpe tan duro que luego me sienta mal durante tres días». Según algunos informes, durante 1968 Brezhnev empezó a tomar tranquilizantes para aliviar la presión insoportable que sufría su mente. Hecho que daría lugar más tarde a un hábito funesto.[61]

El 26-27 de julio, el Politburó, presidido por Brezhnev, decidió poner una fecha provisional a la invasión de Checoslovaquia. No obstante, los soviéticos siguieron negociando con Dubcek y los dirigentes checos. Brezhnev, entre otros, intentó intimidar a «Sasha» Dubcek y convencerlo de que tomara medidas drásticas que supusieran la derogación de la liberalización y las reformas. Una vez fracasados todos estos intentos, los líderes del Kremlin tomaron finalmente la decisión el 21 de agosto y tropas de la URSS y de otros países del Pacto de Varsovia (excepto Rumanía) ocuparon Checoslovaquia.[62]



Hubo dos hombres que prestaron especial ayuda y apoyo a Brezhnev durante esta crisis. El ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromiko contribuyó a calmar los temores que inquietaban a Brezhnev de una posible confrontación con Occidente por Checoslovaquia. Dijo al Politburó que «las relaciones internacionales en estos momentos han llegado a un punto que unas medidas extremas [esto es, la invasión de Checoslovaquia] no producirían un agravamiento de la situación internacional. No habrá ninguna gran guerra… Si conservamos Checoslovaquia, nos haremos más fuertes».[63] Yuri Andropov, nombrado por Brezhnev director del KGB, utilizó los recursos de su departamento para reforzar la resolución tomada por el secretario general. En sus informes al Politburó, Andropov indicaba que no había alternativa a la invasión a gran escala. Siguiendo sus directrices, el KGB presentó falsamente los sucesos pacíficos de Checoslovaquia como preparativos de un levantamiento armado como el de Hungría en 1956. Como Andropov había sido embajador en Budapest durante la revolución húngara de 1956, sus recomendaciones tenían un peso especial.[64]

Esta crisis supuso para Brezhnev una especie de curso intensivo sobre cómo gestionar una crisis y las relaciones internacionales. Su ánimo subió en cuanto comprobó que la temida reacción de Estados Unidos y Alemania Occidental ante la invasión soviética no se materializaba. Las señales dadas por los líderes occidentales en el sentido de que las cosas seguirían como siempre tras la invasión de Checoslovaquia suponían una victoria moral de la Unión Soviética. Incrementaron la confianza del Kremlin, maltrecha hasta entonces por la erosión del bando socialista. En septiembre de 1968, Gromiko presentó el siguiente informe al Politburó: «La determinación mostrada por la Unión Soviética respecto a los sucesos de Checoslovaquia ha hecho que los dirigentes estadounidenses consideren con más serenidad su potencial en esa región y comprueben una vez más la determinación de los dirigentes de nuestro país a la hora de defender los intereses vitales de la URSS».[65] En sus discursos a los cuadros superiores de la diplomacia rusa, el ministro de Exteriores se expresó en un tono aún más optimista: «Mirad, camaradas, de qué forma tan radical ha cambiado en los últimos tiempos la correlación de fuerzas en el mundo. No hace mucho tiempo en el Politburó teníamos que pensarnos las cosas cuidadosamente una y otra vez antes de dar cualquier paso en materia de política exterior. ¿Qué habría hecho Estados Unidos? ¿Qué habría hecho Francia? Esa época ha terminado. Cuando ahora creemos que debe hacerse una cosa en interés de la Unión Soviética, la hacemos sin vacilar, y luego estudiamos la reacción de los demás. Por mucho ruido que hagan, la nueva correlación de fuerzas es tal que ya no se atreven a actuar contra nosotros».[66] Más o menos por esa misma época, Alexander Bovin, uno de los autores de los discursos de Brezhnev, encontraba al secretario general extraordinariamente relajado y seguro de sí mismo. «Del crisol de Checoslovaquia salió un Brezhnev distinto».[67]

Pero los costes a largo plazo del éxito de Brezhnev en 1968 fueron muy altos. Tras el susto inicial, los checos boicotearon los intentos soviéticos de reprimir las reformas liberales; enfriar a la sociedad checoslovaca requirió años de «normalización» forzosa. En las regiones occidentales no rusas de la Unión Soviética, la Primavera de Praga creó una serie de «derivaciones» generalizadas, según muchos más desestabilizadoras que las provocadas por las revoluciones de Polonia y Hungría de 1956.[68] La invasión acabó con todas las ilusiones socialistas que pudieran abrigar los elementos no estalinistas de las clases instruidas de Moscú, Leningrado y otros centros culturales de Rusia. Unos cuantos se atrevieron a protestar abiertamente, pero muchos sintieron una profunda angustia moral e intelectual. La falla abierta en 1956 entre los partidarios de la desestalinización y el sistema soviético se convirtió en un abismo insalvable. Fue «el mayor error político cometido en todo el período de posguerra», escribía Bovin en su diario. Los que habían trabajado en Praga para la revista comunista internacional *The Problems of World and*

Socialism llegaron a la conclusión de que la invasión había sido un verdadero crimen. Cherniaev intento dimitir del cargo que ocupaba en el Departamento Internacional del Comité Central. Sin embargo, siguió ocupándolo y desempeñó el papel de conformista. Muchos futuros reformistas, entre ellos Mijail Gorbachov y Alexander Yakovlev, hicieron lo mismo.[69]

A pesar de este efecto colateral, el secretario general pasó la prueba y demostró a sus colegas que podía proteger los intereses de seguridad de la URSS incluso bajo presión. Pese a su posterior buena disposición a entablar un diálogo pacífico con las potencias occidentales, a Brezhnev le habría costado mucho más trabajo adoptar esa postura si previamente no se hubiera hecho acreedor a sus credenciales de verdugo en Checoslovaquia. En 1972, dijo ante el pleno del partido: «Sin [la invasión de] Checoslovaquia, no habría habido un Brandt en Alemania, ni un Nixon en Moscú, ni distensión».[70]

El conflicto chino-soviético requirió la atención de Brezhnev varios meses después. Una nueva y peligrosa confrontación militar acechaba en el Extremo Oriente.[71] Entre los dirigentes políticos y militares, las esperanzas de reconciliación con China dieron paso rápidamente al temor a la agresividad irracional de China, en una nueva versión del viejo mito chovinista ruso del «peligro amarillo». Por Moscú circulaba el siguiente chiste: Un alto mando del ejército soviético destacado en Extremo Oriente llama por teléfono aterrorizado al Kremlin y pregunta: «¿Qué hago? ¡Cinco millones de chinos acaban de cruzar la frontera y se han rendido!». El chistecito no venía a elevar demasiado los ánimos de los responsables de la seguridad soviética en el Extremo Oriente. ¿Realmente habrían dado la orden de disparar contra la multitud de civiles chinos desarmados si hubieran empezado a cruzar en masa las fronteras de la URSS? Los mariscales y generales soviéticos, entrenados para llevar a cabo una guerra nuclear y ganarla, no tenían prevista semejante eventualidad.[72]

Al parecer, Brezhnev compartía ese temor de tintes racistas hacia China. No confiaba en los dirigentes maoístas ni deseaba negociar con ellos, dejando una tarea tan desagradable a Kosygin. Pero el poder nuclear de China lo inquietaba. Más tarde, en mayo de 1973, Brezhnev consideró la posibilidad, según cuenta Kissinger, de llevar a cabo un ataque preventivo contra China. Casi diez años antes, cuando John F. Kennedy sondeó a Jrushchov sobre la posibilidad de un ataque quirúrgico semejante contra el arsenal nuclear chino, los dirigentes soviéticos hicieron caso omiso a las señales que les lanzaron.[73] Los ecos de semejante propuesta probablemente llegaran a oídos de Brezhnev. Más tarde intentaría en varias ocasiones plantear a los dirigentes norteamericanos la idea de hacer un frente común ante los posibles violadores de la paz de Beijing.[74]

La idea encajaba con la filosofía del «Sermón de la Montaña» de Brezhnev. Su principal objetivo, sin embargo, era de orden práctico: disuadir a China de cualquier provocación futura en las fronteras de la URSS. Durante las conversaciones entre Kosygin y Zhou Enlai en un aeropuerto de Beijing en 1969, Zhou empezó hablando de «un rumor» acerca de un ataque nuclear preventivo de la URSS. Un diplomático soviético, presente en la entrevista, lo interpretó como un signo de que los dirigentes chinos estaban «muy asustados por semejante posibilidad». Zhou Enlai aludió claramente ante los soviéticos al hecho de que China no pretendía lanzar ninguna guerra contra la URSS ni estaba en condiciones de hacerlo. Al término de las conversaciones, Moscú organizó algunas medidas intimidatorias adicionales y las autoridades de Beijing propusieron a la Unión Soviética la firma de un pacto de no agresión secreto. Los especialistas rusos han llegado a la conclusión de que la táctica de Moscú destinada a disuadir a Beijing por medio de la intimidación nuclear resultó eficaz.[75] Al mismo tiempo, la intimidación soviética provocó el



clásico efecto del «dilema de la seguridad»: Mao empezó a buscar un acercamiento a Estados Unidos frente al enemigo del norte, dejando a un lado las barreras ideológicas.

Un tercer acontecimiento trascendental que abrió las puertas a la implicación de Brezhnev en la política de distensión fue el acercamiento a los nuevos dirigentes de la Alemania del Oeste. Algunos países de Europa Occidental, especialmente Francia, habían intentado mejorar las relaciones con Moscú desde la muerte de Stalin. Pero la llave de la distensión en Europa estaba en Alemania Occidental. Mientras Konrad Adenauer fue canciller, el gobierno de Bonn se negó a reconocer en modo alguno a la RDA. El Muro de Berlín elevó extraordinariamente el precio que el pueblo alemán habría de pagar por semejante política. Un destacado experto soviético recordaría más tarde que «buena parte de lo que sucedió en Europa —y los orígenes del proceso de Helsinki— tuvo sus raíces en la segunda división de las esferas de influencia de Europa que se produjo el 13 de agosto de 1961». La incapacidad de impedir la división de Berlín que demostraron las potencias occidentales tuvo un profundo impacto en el alcalde de Berlín, Willy Brandt, y su consejero, Egon Bahr. Brandt, que para entonces era ya el líder del Partido Socialdemócrata (SPD), fue nombrado vicecanciller en 1966 y más tarde fue elegido canciller en septiembre de 1969, basando su campaña en la plataforma de la *Ostpolitik*, una nueva política exterior que prometía la reapertura de las fronteras entre las dos Alemanias.[76]

Alexandrov-Agentov creía que Brezhnev tuvo la suerte de poder negociar con Brandt, «hombre de una integridad cristalina, sincero amante de la paz y poseedor de firmes convicciones antifascistas, que no sólo odiaba el nazismo, sino que había luchado contra él durante la guerra».[77] Para corresponder a la *Ostpolitik*, Brezhnev tuvo que superar muchas barreras: sus recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, la imagen propagandista de Alemania Occidental como un nido de neonazis y revanchistas, y la vieja enemistad ideológica entre comunistas y socialdemócratas.[78] Brezhnev aborrecía la idea de desestabilizar la RDA, país por el que, según su opinión, «se había pagado con el sacrificio del pueblo soviético y con la sangre de los soldados de la URSS». Tuvo además que bregar con las difíciles relaciones mantenidas con el dirigente de la RDA, Ulbricht, que miraba con profunda suspicacia cualquier contacto entre Moscú y Bonn y tenía medios suficientes para espiarlos y arruinarlos. En la memoria colectiva del Kremlin todavía estaba fresco el recuerdo del «episodio Adzhubei» de 1964, cuando el yerno de Jrushchov, supuestamente después de consumir abundante cantidad de alcohol, ofreció un acuerdo informal a los dirigentes germanooccidentales a expensas de Ulbricht. Conscientes de todo ello, Gromiko y el ministro de Asuntos Exteriores soviético actuaron deliberadamente con pies de plomo en lo tocante a la RDA y no hicieron promesa alguna de cambios en Bonn.[79]

El nuevo jefe del KGB, Yuri Andropov, ayudó a Brezhnev a iniciar el diálogo entre la URSS y la RFA. Al igual que Gromiko, Andropov consideraba la diplomacia de guerra de Stalin un ejemplo brillante de *Realpolitik*. La idea de distensión que tenía Andropov era la clásica de «paz por la fuerza». Se tiene constancia de que dijo: «Nadie quiere hablar con los débiles».[80] Al mismo tiempo, Andropov había decidido hacía mucho tiempo que la cooperación económica, tecnológica y cultural con Alemania Occidental y con los alemanes debía ser un bastión de la futura política exterior soviética, destinado a poner fin al predominio estadounidense en Europa Occidental. Se dice además que abrigaba la esperanza de que en un futuro la estrecha relación con Alemania Occidental y los préstamos tecnológicos procedentes de este país contribuyeran a la modernización de la Unión Soviética. A comienzos de 1968, Andropov, con la aprobación tácita de Brezhnev, envió al periodista Valen Lednev y al agente del KGB Viacheslav Kevorkov a entrevistarse con Egon Bahr con el cometido de entablar un diálogo por vías no oficiales. El carácter

secreto de esas vías contribuyó a derribar el muro de sospechas y disimulos mutuos. Permitió asimismo a Brezhnev entablar un diálogo pragmático con Bonn sin tener que estar pendiente de Ulbricht. Tras la crisis de Checoslovaquia, las vías no oficiales quedaron listas para su activación.[81]

Brezhnev esperó a que el bando contrario hiciera el primer movimiento. Seguían angustiándole las dudas ideológicas y políticas. Hasta octubre de 1969, cuando Brandt ganó las elecciones y llegó a canciller, Brezhnev no pidió a Andropov y Gromiko que intentaran llegar a un acuerdo con Alemania Occidental.[82] La dinámica indolente de las relaciones germano-soviéticas empezó a acelerarse cuando Egon Bahr comenzó a volar asiduamente de Bonn a Moscú. Pasó la mitad del año 1970 yendo y viniendo por los pasillos del poder soviético e incluso aprendió algunas normas importantes del «cabildeo» burocrático ruso. A Brezhnev llegó a caerle bien. El 12 de agosto de 1970, se concluyó en Moscú un pacto de no agresión entre Alemania Occidental y la Unión Soviética. En diciembre de ese mismo año se firmó otro tratado con Polonia, en el que se reconocía la realidad geopolítica existente desde 1945. En mayo de 1971, Walter Ulbricht, uno de los principales opositores al diálogo Moscú-Bonn y crítico personal de Brezhnev, dimitió debido a las presiones conjuntas del Kremlin y del grupo de jóvenes dirigentes de la RDA capitaneado por Erich Honecker. El hecho abrió el camino al reconocimiento de los dos países y a la conclusión de un tratado entre las dos Alemanias un año y medio más tarde.[83]

Otro obstáculo era el difícil problema que planteaba Berlín Occidental. Evidentemente este problema no podía resolverse de forma bilateral, pues afectaba a la RDA y a cuatro potencias de ocupación occidentales. Por fortuna, en 1971 el presidente norteamericano Richard Nixon, a través de su consejero de seguridad nacional, Henry Kissinger, mostró un fuerte interés por el acercamiento al Kremlin. Los norteamericanos estaban ansiosos por «incorporar» la *Ostpolitik* de Brandt en el marco de su propia estrategia respecto a la Unión Soviética. Como contrapartida a la ayuda prestada por la URSS a los norteamericanos en su retirada de Vietnam, Nixon y Kissinger prometieron al Politburó facilitar la conclusión de un acuerdo sobre Berlín Occidental. Formalmente, las conversaciones sobre este tema se desarrollaron en el marco de las cuatro potencias ocupantes a nivel de ministros de Asuntos Exteriores. En realidad, según la mejor tradición de la diplomacia secreta, surgió una red de canales oficiosos entre la Casa Blanca, el Kremlin y Willy Brandt. En septiembre de 1971, las potencias occidentales reconocieron formalmente que Berlín Occidental no formaba parte de la República Federal de Alemania.[84]

De ese modo, Brezhnev consiguió lo que diez años antes no había sabido conseguir Jrushchov, pese a las grandes presiones que llegó a ejercer. La dramática lucha en torno a Berlín y la RDA que había provocado en Europa las crisis internacionales más graves desde la Segunda Guerra Mundial pasó por fin a la historia. El 16-18 de septiembre de 1971, Brezhnev se entrevistó con Brandt cerca de Yalta, en la dacha que el estado poseía en Oreanda, donde el zar Nicolás I había poseído un palacio. Esta «segunda conferencia de Yalta», celebrada en la inmediata proximidad de Livadia, donde se habían reunido los «Tres Grandes» en 1945, constituyó un acontecimiento relajado que se adecuaba perfectamente con el estilo y el carácter de Brezhnev. El mandatario soviético apareció vestido de manera impecable, agasajó a Brandt con suntuosos banquetes, lo invitó a dar una vueltecita en aerodeslizador, estuvo nadando con él en su gigantesca Piscina, y mantuvo con él caóticas conversaciones al estilo ruso sobre la política y la vida en general. Con las maneras torpes y campechanas que lo caracterizaban, Brezhnev infringió por completo el programa de la conferencia que estaba previsto, en un primer momento para irritación de su huésped alemán. «En todo momento dominó un espíritu alegre y vivaz de afecto y confianza mutua», señalaría más tarde en tono poético Alexandrov-Agentov en



sus memorias. «Podía verse que a Brezhnev le gustaba mucho Brandt, y éste parecía también satisfecho con su anfitrión. Luego llegarían incluso a encontrar con bastante facilidad un lenguaje común incluso en otras materias harto complejas y delicadas». La reunión de Crimea supuso para Brezhnev un gran triunfo psicológico. Logró algo que a Jrushchov probablemente le habría encantado lograr, pero que no logró: el líder de un gran país capitalista, y en particular de Alemania, se hizo «amigo» de Brezhnev.[85]

La apertura a Alemania Occidental generó el dúo formado por Gromiko y Andropov. Estos dos personajes se convirtieron en los aliados políticos de más confianza de Brezhnev en materia de distensión. El carácter pragmático y oportunista del dúo era evidente: al final Gromiko y Andropov obtuvieron grandes beneficios de esta situación y acabaron sus respectivas carreras ocupando los puestos más encumbrados. Como era habitual, al igual que Brezhnev, uno y otro reafirmaron constantemente sus credenciales ideológicas de partidarios de la línea dura. Andropov siguió aplicando «las lecciones extraídas de lo de Hungría» a la política exterior soviética. Incluso en unos versitos jocosos que escribió para sus consejeros, insistía en que «los logros del socialismo» había que defenderlos «si es preciso, con el hacha». Y Gromiko, en un congreso de altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores, dijo que Alemania Occidental había hecho concesiones a la Unión Soviética prácticamente en todos los temas. «Nosotros, en cambio, no les hemos dado nada».[86]

Dejando a un lado los triunfalismos, los rudos comentarios de Gromiko reflejaban la presión ejercida por la política interior en los responsables de tomar las decisiones. Presentar el acercamiento a Alemania Occidental como un éxito de la política exterior significaba reforzar la autoridad política de los que la habían defendido y, sobre todo, la autoridad personal de Brezhnev. Y no era fácil, pues Brezhnev no era Stalin y la Unión Soviética ya no era un monolito totalitario. Molotov, desde su retiro, comentaba que «el acuerdo sobre las fronteras de las dos Alemanias ha sido una gran cosa», pero elogiaba a Brandt, no a Brezhnev, por haberlo alcanzado. Otros estalinistas, presentes en todos los rincones del aparato del partido, seguían creyendo que los acuerdos geopolíticos no debían alcanzarse a expensas de los objetivos ideológicos de la política exterior soviética. Había además una gran cantidad de personajes de la vida cultural e intelectual cada vez más influyentes a los que Walter Laqueur considera «fascistas rusos»: antioccidentales que propugnaban la transformación de la Unión Soviética en una Gran Rusia.[87] En 1976, mucho después de que la política de distensión fuera acogida como un gran éxito por los propagandistas del partido, Brezhnev comentaría: «Verdaderamente deseo la paz y no voy a dar marcha atrás nunca. A algunos, sin embargo, no les gusta esta política. Y no están [en la calle], sino dentro del Kremlin. No son meros propagandistas de los comités regionales. Son gentes como yo. ¡Sólo que piensan de manera diferente!».[88] Esta preocupación por la oposición que pudiera haber siguió dominando la política de distensión de Brezhnev a todos los niveles.

Al principio, «los que tenían ideas distintas» intentaron convencer a Brezhnev para que se pusiera de su parte. Al final, sin embargo, los estalinistas y los nacionalistas rusos perdieron la batalla que estaba librándose por el alma de Brezhnev. Este pasó a depender cada vez más del pequeño grupo de asistentes e individuos encargados de escribirle los discursos de política exterior, y estos personajes empezaron a influir «por medio de la palabra y de la pluma» en el contenido de las declaraciones públicas del secretario general relacionadas no sólo con la política internacional, sino también con cuestiones de orden interno. En contrapartida, Brezhnev fue distanciándose cada vez más de las tesis más extremistas de sus camaradas más ignorantes y burdamente antiamericanos, que no aprobaban la distensión por motivos ideológicos. De vez en cuando, Brezhnev mostraría a sus asistentes liberales algún ejemplo escrito de «críticas» anónimas de los partidarios de

la línea dura, como si quisiera decirles: «Son lobos dispuestos a devoraros, pero no pienso ceder ante ellos».[89]

Algunos de los que escribían los discursos de Brezhnev (Arbatov, Vharnyaev, Shajnazarov) apoyarían más tarde a Mijail Gorbachov y contribuirían al desarrollo de la *glasnost* y del «nuevo pensamiento», que transformarían la política exterior soviética y la propia URSS. Su influencia fue muy considerable: redactaron los discursos e informes de Brezhnev en un lenguaje mucho menos integrista e ideológico de lo que habrían esperado y preferido la mayoría de los miembros de la *nomenklatura* y muchos viejos amigos y camaradas de Brezhnev. No obstante, vistas las cosas retrospectivamente, su papel estuvo estrictamente limitado. Sus intentos de liberar la política de distensión de la URSS del peso muerto que suponía la ideología y su afán de abrir la mente de Brezhnev a las nuevas realidades internacionales dieron pocos frutos. El secretario general siguió siendo obstinadamente antirreformista en materia de política interior y continuó dependiendo de la ortodoxia ideológica. Los principales impulsos en pro de la distensión vinieron al principio de fuera y lograron imponerse en la medida en que se adecuaban a las convicciones y ambiciones profundamente arraigadas de Brezhnev.

El secretario general deseaba convertir el poderío militar cada vez mayor de la Unión Soviética en la piedra angular de la diplomacia y el prestigio internacional. Con la ayuda de Andropov, Gromiko y sus asistentes «ilustrados», encargados de escribir sus discursos, Brezhnev empezó a formular su grandiosa visión internacional, un programa de construcción de la paz en Europa y de apertura a Occidente. El elemento fundamental de ese programa era la idea de una conferencia paneuropea sobre seguridad y cooperación. El líder soviético la anunció en el siguiente congreso del partido, cuya celebración había sido prevista para la primavera de 1970, aunque no se celebró hasta marzo-abril de 1971. Un estudioso de la distensión llega a la conclusión de que en el congreso, «Leonid Brezhnev estableció firmemente su dominio sobre el Politburó en materia de asuntos exteriores». Además «se identificó abiertamente con la respuesta de la URSS a la *Ostpolitik* de Willy Brandt».[90] El respaldo unánime y la ovación de los delegados del congreso que recibió Brezhnev por su Programa de Paz y de apertura a Alemania Occidental no fueron sólo meros actos rituales, sino un acontecimiento político trascendental. En adelante, Brezhnev estaría en mejor posición para acallar las críticas lanzadas contra su política exterior. Para dejar perfectamente claro este punto en el congreso, Gromiko se manifestó en contra de los personajes anónimos que había dentro del partido y del país para quienes «cualquier acuerdo con los estados capitalistas es una especie de conspiracion».[91]

En octubre de 1971, Brezhnev dio toda una lección a los encargados de escribirle los discursos: «Hemos estado luchando constantemente a favor de la distensión y ya hemos logrado muchas cosas. Hoy, en nuestras conversaciones con los estados más grandes de Occidente lo que buscamos es el acuerdo, no la confrontación. Y haremos todo lo que haga falta para que la [Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa] haga una declaración sobre los principios de coexistencia pacífica en Europa. Así puede que la guerra se posponga veinticinco años, probablemente incluso un siglo. Concentraremos en ese fin todos nuestros pensamientos y las actuaciones de nuestro ministro de Asuntos Exteriores y de las organizaciones públicas de nuestro país, así como las de nuestros aliados».[92] Pero «la lucha a favor de la distensión» se complicaría todavía más. Y el motivo de ello no serían tanto las limitaciones internas, sino los acontecimientos del mundo exterior. La dirección de Brezhnev tendría que superar el obstáculo mayor de todos: la guerra de Vietnam y la persistencia de la confrontación soviético-norteamericana.



EL DOLOROSO PARTO DE LA DISTENSIÓN SOVIÉTICO-NORTEAMERICANA

Durante varios años, Brezhnev y los amigos con los que contaba en los altos mandos del ejército ruso y en el complejo de la industria militar habían visto en Estados Unidos su principal adversario. Las ideas de control de armamento y de solución de compromiso negociadas con Estados Unidos no encajaban demasiado bien con su mentalidad, empapada de antiamericanismo. Para empeorar las cosas estaba la doctrina militar de la era Jrushchov, cuya finalidad era *ganar* la guerra nuclear. El ministro de Defensa insistía en conseguir no sólo la paridad estratégica, sino también en lograr una especie de fuerza equivalente a los misiles nucleares de alcance corto y medio norteamericanos, británicos y franceses, desplegados en Europa Occidental y en los mares que rodeaban la Unión Soviética.[93] En último término, el alto mando del ejército soviético (más o menos lo mismo que sus homólogos norteamericanos) deseaba conservar la libertad total de proseguir con la carrera armamentística. Los militares rusos veían con recelo a varios diplomáticos que habían empezado a comprender que la victoria en una guerra nuclear era imposible, y que el objetivo que se debía perseguir era una paridad negociada basada en la confianza mutua. El ministro de Defensa Grechko afirmó en una sesión del Politburó que el jefe de la delegación enviado a negociar el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT), Vladimir Semenov, «estaba cediendo a las presiones de los americanos». Al principio, Brezhnev tampoco prestó demasiado apoyo a los diplomáticos. Cuando dio instrucciones a la delegación enviada a negociar el SALT, antes de que dieran comienzo las conversaciones de Helsinki de octubre de 1969, dijo firmemente que debían mantener la boca cerrada en lo concerniente a los secretos militares. Les advirtió que el KGB estaba a la vuelta de la esquina.[94]

El establecimiento de canales extraoficiales entre Washington y Moscú en febrero de 1969 tardó meses en producir resultados. Todos los mensajes soviéticos que llegaban a la Casa Blanca no pasaban ya por el engorroso trámite de la aprobación colectiva del Politburó. Las intenciones de Nixon eran objeto de conjeturas y de profundo recelo en Moscú. Durante años, los líderes soviéticos habían conocido al actual mandatario norteamericano como un anticomunista declarado y esperaban lo peor de su presidencia.[95] Las grandes diferencias existentes entre las prioridades de unos y otros tampoco contribuyeron a mejorar las relaciones soviético-norteamericanas. Nixon, sin embargo, estaba obsesionado con Vietnam y vinculaba todas las cuestiones relacionadas con el control de armamento a su exigencia de que el Kremlin presionara a Hanoi para que pusiera fin a la guerra.[96] En el Kremlin nadie estaba dispuesto a hacerlo. Cuando Nixon propuso una reunión en la cumbre, el ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko, dándose cuenta de cuáles eran los ánimos que predominaban entre los asistentes, se manifestó en la sesión del Politburó en contra de una reunión demasiado precipitada con el presidente norteamericano. Insistió en vincular dicha reunión con la firma de los acuerdos sobre Berlín Occidental. El Politburó dio su beneplácito, y la oferta Nixon quedó sin respuesta durante meses.[97]

Hasta 1971 Brezhnev no mostró un fuerte interés personal por las comunicaciones a través de los canales extraoficiales. En el verano de ese mismo año, sin embargo, se declaró dispuesto a entrevistarse con Nixon e incluso a visitar Estados Unidos. Fueron varios los factores que intervinieron para que se produjera este cambio. El primero fue la mayor seguridad en sí mismo que adquirió Brezhnev tras el congreso del partido de marzo-abril de 1971 y como consecuencia del éxito de las entrevistas con Egon Bahr y Willy Brandt. Otro factor fue el repentino anuncio del viaje de Nixon a China. Los choques fronterizos entre China y la URSS convencieron finalmente a los responsables de diseñar

la política de Washington de que el apoyo conjunto de los dos gigantes comunistas a Vietnam del Norte era una ficción. Nixon y su consejero de seguridad nacional, Henry Kissinger, lanzaron su «diplomacia triangular», basada en el acercamiento paralelo y coordinado a Beijing y Moscú. A partir de ese momento, las tácticas dilatorias de Gromiko dejaron de parecer prudentes.[98]

El impulso final no tardó en producirse, el 5 de agosto de 1971, cuando Brezhnev recibió su primera carta personal de Nixon. Hasta ese momento, el destinatario oficial de la correspondencia enviada a la URSS a través de los canales extraoficiales había sido Kosygin. El presidente apeló a Brezhnev para que éste se convirtiera en su socio a la hora de discutir «grandes temas». El secretario general respondió inmediatamente sugiriendo la celebración de una cumbre soviético-norteamericana en Moscú en mayo-junio de 1972. Dobrinin recibió instrucciones de Moscú advirtiéndole que en adelante Brezhnev supervisaría personalmente los preparativos de la cumbre.[99]

Como ocurriera con la *Ostpolitik*, el secretario general decidió invertir su capital político en las relaciones con Nixon cuando vio perspectivas razonables de éxito. No obstante, las últimas etapas del camino que habría de desembocar en la cumbre de Moscú estuvieron plagadas de obstáculos. La primera crisis estalló cuando Willy Brandt tuvo que enfrentarse a un voto de confianza en el Bundestag que amenazó con impedir la ratificación del Tratado Soviético-Germanooccidental. Habría supuesto un tremendo disgusto para la diplomacia soviética y para Brezhnev: los resultados del acercamiento germano-soviético habrían tenido que suspenderse o, lo que es peor, anularse. Brezhnev apeló a la Casa Blanca para que interviniera en la política germanooccidental en ayuda de Brandt. En un momento determinado, el KGB contempló incluso la posibilidad de sobornar a algunos diputados del Bundestag.[100] El 26 de abril de 1972, Brandt salió airoso del voto de confianza por un margen de sólo dos votos. El 17 de mayo, el Bundestag ratificó el Tratado de Moscú. Este acontecimiento dio pie política y psicológicamente a Brezhnev para entablar sus negociaciones con Nixon en Moscú.

A continuación se produjo en el sur de Asia otro acontecimiento que puso a prueba el inicio del diálogo al máximo nivel entre soviéticos y norteamericanos. En noviembre de 1971 estalló una guerra entre Pakistán y la India. Justo tres meses antes, la Unión Soviética había firmado un Tratado de Paz, Amistad y Cooperación con la India. Los dirigentes soviéticos se comprometieron a entregar un gran número de armamento a los indios. Más tarde, el ayudante de Brezhnev recordaría que había sido una jugada geopolítica destinada a neutralizar el acercamiento de Nixon a China. Pero lo que sucedió a continuación dejó boquiabiertos a los gobiernos de ambas superpotencias. Envalentonada por el tratado que acababa de firmar y el suministro de armas, la presidenta india Indira Gandhi autorizó a su ejército a efectuar incursiones en Bangladesh, por entonces llamado Pakistán Oriental, para ayudar a los separatistas bengalíes. Los pakistaníes atacaron entonces varios aeropuertos indios. Aunque el ejército pakistaní fue derrotado rápidamente en la zona oriental, los combates se propagaron a Cachemira, la principal región en disputa entre los dos estados.[101]

Nixon y Kissinger tuvieron una reacción casi histérica ante la guerra entre la India y Pakistán; la consideraron casi una conspiración de la URSS para socavar todo el edificio de la diplomacia triangular norteamericana, concretamente sus intentos de convertir a China (y su aliado Pakistán) en un contrapeso de la Unión Soviética. Exigieron a Brezhnev garantías de que la India no atacara a Pakistán Occidental. Nixon parecía dispuesto a vincular la inminente cumbre de Moscú con el comportamiento de los soviéticos en esta materia. Envió además a la flota norteamericana al Golfo de Bengala. Los soviéticos, empezando por Dobrinin, no podían entender por qué la Casa Blanca apoyaba a Pakistán, que, en su opinión, había empezado la guerra, y no a la India. Aunque al principio se sintió perplejo, Brezhnev se puso enseguida hecho una furia. En su círculo más íntimo llegó



incluso a sugerir la conveniencia de entregar a la India el secreto de la bomba atómica. Sus consejeros hicieron cuanto pudieron para disuadirle. Varios años más tarde, cuando Alexandrov-Agentov recordara a Brezhnev el episodio, el mandatario soviético reaccionaría de nuevo airadamente y hablaría con rencor de la conducta de los norteamericanos.[102]

Pero el mayor obstáculo para la cumbre seguía siendo la guerra de Vietnam. En la primavera de 1972 Hanoi lanzó una nueva ofensiva en Vietnam del Sur, sin tomarse ni siquiera la molestia de consultar a Moscú. En el mes de abril, la aviación norteamericana reanudó la campaña de bombardeos contra el norte y los ataques afectaron accidentalmente a varios buques mercantes soviéticos, causando la muerte a varios marineros. A primeros de mayo, Nixon ordenó efectuar unos bombardeos aún más brutales sobre Hanoi y el minado del puerto de Haiphong.[103] Kosygin, Podgorni, Shelest y otros miembros del Politburó creían que la reunión en la cumbre con Nixon debía ser cancelada debido a los bombardeos y a las muertes de los marineros soviéticos.[104] Brezhnev vaciló. Según recuerda uno de sus asistentes, «estaba asombrado y furioso por las acciones provocativas de Washington». El afán que pudiera tener Nixon de conservar su prestigio ante la opinión pública norteamericana importaba muy poco a Brezhnev. «Pensaba sólo que la reunión soviético-norteamericana, el asunto que tanta energía y tiempo le exigía, estaba en aquellos momentos en juego, y que [Nixon] intentaba arrinconarlo».[105]

Pero el interés personal de Brezhnev por la cumbre prevaleció sobre las emociones, y el mandatario soviético exigió moderación a sus colegas. Como era a todas luces imposible obligar a Hanoi a detener sus actividades militares en pleno desarrollo, Brezhnev y Gromiko intentaron mediar entre Kissinger y los representantes norvietnamitas. Acordaron además rápidamente que Kissinger visitara en secreto Moscú para mantener conversaciones que facilitaran la resolución de los problemas. El consejero de seguridad nacional de Nixon estuvo en Moscú los días 21 y 22 de abril. En vez de presionar al dirigente soviético en lo concerniente a Vietnam (como deseaba Nixon), Kissinger hizo cuanto pudo por establecer una relación cordial con Brezhnev. En las materias de más peso, Kissinger estaba dispuesto a llegar a una solución de compromiso: cedió ante Brezhnev y Gromiko en lo concerniente al texto de los «Principios básicos de las relaciones entre la URSS y Estados Unidos». Como resumiría el asistente de Brezhnev en materia de política exterior, «este documento era prácticamente un reconocimiento de los principios más importantes que había respaldado y por los que había luchado el bloque soviético durante muchos años». Para el secretario general lo más importante era el reconocimiento de la «igualdad» como base de la distensión soviético-norteamericana.[106]

Las conversaciones de Brezhnev con Kissinger, actualmente desclasificadas, muestran al secretario general en su mejor momento como negociador: un hombre seguro de sí mismo, enérgico y jovial, vestido con un elegante traje azul marino y un reloj de bolsillo con cadena de oro, que en materia de consistencia y de elegancia no quedaba ni un centímetro por detrás de su interlocutor, el antiguo profesor de Harvard. Por aquel entonces, Brezhnev se encontraba en buena forma física. Sabía utilizar su encanto, dominaba con maestría los tópicos de la conversación, no tenía que leerse el guión, y respondía con facilidad a los argumentos de Kissinger. El secretario general puso de manifiesto su mejor sentido del humor ante su invitado, y el diplomático norteamericano le pagó con la misma moneda.[107] Se preguntó además cuándo Estados Unidos iba a dejar Vietnam. «De Gaulle combatió siete años en Argelia», recordó a Kissinger. «Fue sólo una pérdida de tiempo y de energía. Se enfrentan ustedes a la misma perspectiva». Dijo también al escéptico consejero de Nixon: «Desde luego que apoyo la idea del presidente

Nixon de poner fin a la guerra. Ese es el objetivo final de todos nosotros. Por supuesto la Unión Soviética no tiene ningún interés comprometido en todo ello. No buscamos ningún tipo de ventaja para nosotros». Al mismo tiempo, Brezhnev deseaba a todas luces pasar de Vietnam a otros temas relacionados con la «distensión en general». Dijo a Kissinger que «las discusiones actuales representan el comienzo de un gran proceso venidero, el comienzo de la construcción de la confianza mutua». Debían producirse «otras medidas de buena voluntad que solidificaran las buenas relaciones entre la URSS y Estados Unidos», en el espíritu de «la noble misión que pesa sobre nuestros hombros».[108]

La diplomacia personal de Brezhnev dio comienzo bajo unas condiciones excepcionalmente favorables. Desde los tiempos de la Gran Alianza, ningún presidente norteamericano había intentado nunca con tanto ahínco ganarse la confianza de los soviéticos ni había permitido a los dirigentes del Kremlin un acceso tan directo a la Casa Blanca. Nixon y Kissinger, cada uno por distintos motivos, no hicieron partícipes de sus estrategias ni al Departamento de Estado, ni al resto de la administración ni de hecho a ningún peso pesado de la política estadounidense. Kissinger eligió a Dobrinin y luego a Brezhnev como confidente para quejarse de la «burocracia bizantina» de Washington y del «estilo idiosincrásico» de Nixon. En varias ocasiones Dobrinin fue huésped exclusivo de Kissinger en la secretísima «Sala de Situaciones» del Ala Oeste de la Casa Blanca. Como recuerda su asistente, a Brezhnev le «divertían muchísimo» las repetidas peticiones de Kissinger en el sentido de que considerara algunos aspectos de sus conversaciones un secreto personal. Al mismo tiempo, no podía dejar de sentirse halagado por mantener una relación tan exclusiva.[109]

Pero la misión de Kissinger, a pesar del éxito alcanzado, no logró disipar la tormenta que se abatió sobre Moscú a consecuencia de lo de Vietnam. El Politburó seguía dividido, y algunos de sus miembros insistían en cancelar la invitación cursada a Nixon para que fuera a Moscú y en reafirmar el prestigio de la Unión Soviética en el bando comunista actuando como aliada inquebrantable de Hanoi. El cabecilla de los escépticos era Nikolai Podgorni, presidente del Soviet Supremo y, por lo tanto, técnicamente «jefe del estado» de la URSS. Su historial y su nivel cultural eran muy similares a los de Brezhnev, pero le faltaba el encanto y la flexibilidad de su amigo. Podgorni había estado mirando con envidia el activismo de Brezhnev en materia de política exterior y a partir de 1971 había intentado meter la nariz en cuestiones diplomáticas. Gromiko, con el beneplácito de Brezhnev, había rechazado firmemente aquellas injerencias. Pero en abril y mayo de 1972, Podgorni vio que había llegado la ocasión de manifestarse en materia de política internacional. Su aliado potencial era el dirigente del partido en Ucrania, Petro Shelest, un firme partidario de la política exterior «con criterios de clase» y crítico en secreto de las cualidades de Brezhnev como dirigente. Shelest escribió en su diario: «Nuestros éxitos en política exterior dependen enteramente de nuestra fuerza interna, de la fe de nuestro pueblo en nosotros, de la realización de nuestros planes y compromisos». La distensión, a su juicio, era una pendiente resbaladiza. Pero lo peor de todo era que los aliados y amigos de Brezhnev empezaron a vacilar: el ministro de Defensa, Grechko, se manifestó en contra de la invitación a Moscú de Nixon, y Mijail Suslov, juez supremo de la pureza ideológica de la política estatal, guardaba un silencio sospechoso respecto a la inminente cumbre.[110] Alexandrov-Agentov recuerda que hubo «verdadero peligro» de que los argumentos emocionales relacionados con la solidaridad con Vietnam «tuvieran eco entre una parte considerable del Comité Central y entre la opinión pública».[111]

Fiel a su estilo de búsqueda de consenso, Brezhnev aguardó a que los demás miembros del Politburó defendieran la idea de la reunión en la cumbre. Para sorpresa de todos, Kosygin se pronunció a favor de ella. Gromiko y él afirmaron que una cancelación de la cumbre habría hecho fracasar la ratificación el Tratado de Moscú con Alemania Occidental, por entonces todavía pendiente de su aprobación en Bonn, y habría supuesto



una demora indefinida de los acuerdos alcanzados con Kissinger en lo concerniente al SALT y a los misiles antibalísticos, que habían creado el marco de la paridad estratégica entre Estados Unidos y la URSS. El argumento más convincente fue que no debía permitirse a los norvietnamitas ejercer un poder de veto sobre las relaciones de la URSS con los norteamericanos.[112] De momento, los intereses de estado prevalecieron sobre las pasiones ideológicas.

Por aquel entonces los soviéticos habían incrementado de forma notoria la adquisición de tecnología occidental e iniciaron varios proyectos cuya finalidad era la mejora de las industrias químicas y automovilísticas. Estaban construyendo dos gigantescas plantas de fabricación de vehículos, una de coches (Tolyaitti) y otra de camiones (la fábrica del río Kama).[113] El apoyo de Kosygin a la distensión reflejaba la esperanza generalizada entre los capitanes de las industrias soviéticas de que la distensión con Europa y la cumbre soviético-norteamericana supusieran la reapertura de los recursos económicos, financieros y tecnológicos occidentales. Las notas del diario de Cherniaev que reflejan la reunión del Politburó del día 6 de abril nos ilustran de forma muy viva acerca de todo esto. El lugarteniente de Kosygin y ministro del Petróleo durante largo tiempo, Nikolai Baibakov, y el ministro de Comercio Exterior, Nikolai Patolichev, presentaron un proyecto de acuerdo en materia económica y comercial con Estados Unidos. Podgorni puso graves objeciones a la cooperación con los norteamericanos en la construcción de gaseoductos y oleoductos desde Tiumen y Yakutia, dos regiones glaciales situadas más allá de los Urales. ¿Es que los soviéticos no iban a poder desarrollar Siberia sin capital o asistencia técnica del extranjero? Brezhnev invitó a Baibakov a tomar la palabra. El ministro «tomó tranquilamente el micrófono, sin ocultar apenas una expresión irónica en su rostro». Utilizando hechos y cifras incontrovertibles, puso de manifiesto la utilidad y los beneficios de los acuerdos. «Si rechazamos el acuerdo», siguió diciendo Baibakov, «no podremos acceder a las reservas de petróleo [de Yakutia] durante por lo menos otros treinta años. Técnicamente podemos fabricar un gaseoducto. Pero carecemos de metal para las tuberías, para la maquinaria y los equipos». Finalmente el Politburó votó a favor de los proyectos de acuerdos.[114]

Fue preciso recurrir a todo el poder y la influencia del secretario general para vencer la resistencia de los militares. A mediados de abril, la postura obstruccionista del ministro de Defensa obligó al principal negociador del Tratado SALT, Vladimir Semenov, a pedir ayuda a Brezhnev. En una reunión del Consejo de Defensa celebrada en mayo de 1972, Brezhnev abandonó su habitual prudencia y habló en voz bien alta. Según cierto testigo, preguntó a Grechko: «Si no hacemos ninguna concesión, la carrera armamentística nuclear seguirá adelante. Como general en jefe de las fuerzas armadas, ¿puede usted darme una garantía firme de que en semejante situación dispondremos de una superioridad sobre Estados Unidos y de que la correlación de fuerzas será ventajosa para nosotros?». Cuando Grechko empezó a balbucir una respuesta negativa, Brezhnev expresó la conclusión: «¿Entonces qué es lo que está mal? ¿Deberíamos seguir agotando nuestra economía y aumentando los gastos militares?». Aunque fuera a regañadientes, los militares retiraron sus objeciones a los acuerdos sobre limitación de armamento. Durante la cumbre de Moscú, el presidente de la Comisión de Industria Militar, Leonid Smirnov, desempeñó un papel muy constructivo en la búsqueda de una solución de compromiso para alcanzar un acuerdo con la delegación norteamericana. Grechko tuvo que aceptarlo, pero siguió ofreciendo resistencia a los compromisos negociados con los norteamericanos.[115]

Brezhnev decidió asimismo convocar una sesión plenaria secreta del Comité Central y solicitar el respaldo de sus miembros a su decisión de entrevistarse con Nixon. Los días inmediatamente anteriores al pleno y el desarrollo del mismo, menos de una semana antes de la llegada del presidente norteamericano, probablemente fueran para Brezhnev el

momento más enervante desde la crisis de Checoslovaquia. La inseguridad respecto a la ratificación del Tratado de Moscú en Bonn contribuyó a aumentar la tensión. Alexandrov-Agentov recuerda «el ambiente de ansiedad condensada» reinante en la dacha de Brezhnev, en la que trabajaban Gromiko, Ponomarev y un equipo de asistentes encargados de redactar sus discursos. «Durante aquellos días Leonid Ilyich estuvo hecho un manojo de nervios, entrando y saliendo sin parar de la habitación, y fumando un cigarrillo tras otro».[116] Resulta asombrosa la cantidad de emociones personales que puso Brezhnev en todo este asunto y no dejan de sorprender sus sentimientos de inseguridad y vulnerabilidad, a pesar del poder que le confería su cargo. Naturalmente ese era el Brezhnev de otros tiempos. Durante sus primeras conversaciones secretas con el secretario general, Kissinger observó «una mezcla tan incómoda como patética de actitudes defensivas y de vulnerabilidad, bastante poco acorde con el estilo impositivo que lo caracterizaba. En ese momento las personalidades de Nixon y de Brezhnev coincidirían una con otra».[117]

La fortuna sonrió una vez más a Brezhnev. En el pleno, Kosygin, Gromiko, Suslov y Andropov se manifestaron contundentemente a favor de la distensión con Estados Unidos. Este hecho supuso una gran victoria para Brezhnev.[118] Por fin podía asumir el manto de estadista sin temor a perder el respaldo en su propio país. Cuando Nixon llegó al Kremlin para iniciar las conversaciones el 22 de mayo, Brezhnev lo invitó de repente a pasar a su despacho (otrora uno de los aposentos de Stalin) para mantener una conversación en privado. Podgorni y Kosygin, además de Kissinger, tuvieron que quedarse fuera, hechos una furia. El intérprete soviético, Viktor Sujodrev, el único testigo de la entrevista que sigue vivo, cree que fue un momento trascendental para el compromiso personal de Brezhnev con la distensión soviético-norteamericana. Durante la conversación, Brezhnev planteó la cuestión de si Estados Unidos y la Unión Soviética podrían alcanzar un acuerdo acerca de la no utilización mutua de armas nucleares. En su opinión, el acuerdo antinuclear podía constituir una base sólida para el establecimiento de una paz duradera en el mundo. Esta visión ponía de manifiesto los límites de la visión estratégica y la sofisticación de Brezhnev. El primer secretario reducía la esencia de la Guerra Fría a un temor mutuo de la guerra nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Creía además que un acuerdo entre los líderes de uno y otro país podía disipar esos temores. Pero la propuesta de Brezhnev demostraba también la fuerza de su fe en la distensión. Como afirman los integrantes de su entorno, esta idea no procedía de las instrucciones de Gromiko, sino que había surgido del corazón mismo del secretario general.[119]

La parte esencial de la entrevista consistió en la sugerencia que hizo Brezhnev de establecer una relación personal con el presidente norteamericano y entablar una correspondencia personal especial entre los dos. Nixon reaccionó ansiosamente, recordando al mandatario soviético la relación especial que había unido a Roosevelt y a Stalin durante la guerra. Para Brezhnev, aquel era un paso que daba a espaldas del Politburó. Como suele ocurrir con todos los asuntos humanos, pero particularmente en el caso de Brezhnev, la percepción es siempre más importante que la sustancia. Dos años más tarde, Averell Harriman recordaría que el secretario general le dijo: «Quizá la mayoría de los americanos no se dé cuenta de la importancia de esos primeros minutos de conversación con el presidente Nixon en 1972, cuyo efecto fue trascendental. El presidente había dicho; "Sé que es usted leal a su sistema y nosotros lo somos al nuestro, de modo que dejemos a un lado esta cuestión y establezcamos una buena relación a pesar de la diferencia de nuestros sistemas". Brezhnev me contó que había dado la mano al presidente en señal de amistad y acordó que no habría interferencias en los asuntos internos de unos y otros y que ambos países se atendrían a la coexistencia pacífica. Sobre esa base se alcanzó toda una serie de acuerdos políticos y económicos».[120]



Según Sujodrev, Brezhnev hizo ese mismo comentario una y otra vez en su círculo de colaboradores más estrechos. Le impresionó mucho que el presidente norteamericano se mostrara dispuesto a dejar de lado todos los intereses y detalles estratégicos y a hablar sobre cómo mejorar las relaciones soviético-norteamericanas.[121] La percepción de la amistad que mantenía con el presidente de Estados Unidos elevó a Brezhnev, muy por encima de sus colegas y rivales, hasta el lugar histórico que sólo Stalin había llegado a ocupar anteriormente. La distensión se convirtió en un proyecto personal de Brezhnev y él tenía la intención de que siguiera adelante.

¿DISTENSIÓN SIN BREZHNEV?

Esta mirada atenta a los orígenes de la distensión demuestra que el rápido declive de las tensiones de la Guerra Fría durante el período comprendido entre 1970 y 1972 no fue algo inevitable ni previsible. A decir verdad, la sombra de la carrera armamentística y la rápida proliferación de misiles nucleares contribuyeron a generalizar la sensación de peligroso empate y a racionalizar la distensión en términos de intereses de estado, presentando el control de las armas como la mejor política para uno y otro bando. Esta racionalización ha sido santificada desde entonces en montañas y montañas de libros, particularmente en los escritos durante los años setenta y ochenta, pues seguía siendo incierto el resultado de la confrontación global bilateral. Pero suponer que los costes psicológicos y económicos de la carrera armamentística y el peligro de guerra nuclear bastaron para obligar a los políticos a buscar un acomodo a finales de los años sesenta y primeros setenta sería lo mismo que decir que la perspectiva de una muerte por accidente sería motivo suficiente para prohibir las carreras de Fórmula Uno o los ralbes automovilísticos. En otras palabras significaría atribuir excesiva racionalidad y cordura a las grandes potencias y a sus líderes.

Bien es verdad que los dirigentes políticos de la URSS recibieron enormes presiones para que revitalizaran la economía y produjeran no sólo cañones, sino también alimentos. La distensión habría supuesto una salida cómoda a este doble dilema. La necesidad de divisas fuertes y de tecnologías occidentales era urgentísima.[122] Sin embargo, si examinamos las cosas más de cerca, estas preocupaciones económicas, los cálculos estratégicos y la atención al equilibrio nuclear no pesaron tanto en los debates políticos del Kremlin y contribuyeron menos de lo que habría cabido esperar al cambio de mentalidad de los soviéticos a favor de la distensión. La mayoría de los miembros del Politburó, así como los secretarios del partido y los militares —hombres como Kosygin, Suslov, Podgorni, Shelest, Ustinov y Grechko—, tenía por motivos distintos serias reservas ante la perspectiva de bailar el «vals de la distensión» con los norteamericanos. Andropov desde el KGB y Gromiko desde el Ministerio de Asuntos Exteriores carecieron al principio de influencia y de voluntad política para ir demasiado lejos en aquella situación tan peliaguda poniéndose a favor de las negociaciones con Occidente. Serían la implicación personal y cada vez más emocional de Brezhnev en el asunto y su talento como hombre capaz de crear consensos en el interior los factores más importantes para imponer la política de distensión en el período comprendido entre 1968 y 1972.

Las opiniones ortodoxas y las experiencias colectivas de la mayoría de los miembros de las élites soviéticas y del Politburó les impedían ver las realidades del mundo y actuar al respecto del modo en que los estudiosos neorrealistas suponen que lo hicieron. Al mismo tiempo, a pesar de su celo ortodoxo, la mayoría del Politburó no se correspondía con lo que auguraban las oscuras expectativas y advertencias de los neoconservadores estadounidenses. Aunque algunos documentos elaborados por el Ministerio de Asuntos Exteriores y por el KGB presentan realmente la distensión como la mejor posibilidad que tendría la URSS de acumular poder y de propagar su influencia en el mundo, los debates en el seno del Politburó no produjeron nunca ningún perverso plan de agresión o dominación de la URSS, como temían los neoconservadores. Ese Politburó, a pesar de sus periódicos arrebatos de emoción ideológica y de patrioterismo, no estaba dispuesto a afrontar un conflicto global abierto con Estados Unidos. La mayoría de sus miembros carecía de visión global y de claridad de juicio sobre lo que la Unión Soviética debía hacer con su creciente poderío militar. Ni siquiera sabían cómo aprovecharse del hecho de que Estados Unidos se encontrara con el agua al cuello en el Sudeste Asiático. Después de China, los dirigentes soviéticos «perdieron» Indonesia y rápidamente empezaron a perder



influencia en Egipto y en Oriente Medio. No sacaron nada de la ayuda que prestaron a Vietnam del Norte. Entre 1964 y 1971, los dirigentes de la URSS sometieron los intereses de seguridad más elementales de su país, empezando por la negociación directa con Estados Unidos, a la idea vagamente elaborada de la «solidaridad proletaria» con el Vietnam comunista y al abastecimiento de los regímenes árabes radicales. Los dirigentes soviéticos cerraron los ojos al hecho de que las autoridades norvietnamitas y egipcias siguieron siendo inasequibles a la influencia política soviética y, de hecho, se enzarzaron en sus propias guerras sin tener en cuenta los intereses de la URSS.

El comportamiento de los soviéticos durante los años que condujeron a la distensión sólo puede explicarse si se tiene en cuenta la dinámica de la política postotalitaria de la URSS, en la que el consenso ocultaba «las luchas a cara de perro que se libraban entre bastidores» y en la que el líder tenía más de intermediario y de negociador que de dictador. Los nuevos testimonios disponibles revelan la existencia de un complejo e importantísimo juego «a dos niveles» entre la política exterior y la política interna de la URSS, y entre la estrategia global y los compromisos locales contraídos con diversos países satélites (por ejemplo, la RDA y Vietnam del Norte). Es evidente que este cambio requirió grandes dosis de persuasión, propaganda y coerción política; desde 1964 a 1972, el consenso en pro de la distensión entre los dirigentes políticos de la URSS fue sumamente frágil e incluso habría podido venirse abajo. La consolidación de ese consenso y la inversión de un enorme capital político en la distensión en determinados momentos trascendentales constituyeron la principal contribución de Leonid Brezhnev a la historia internacional.

En sus memorias Kissinger habla en tono despectivo de Brezhnev. «Intentaba ocultar su falta de seguridad con su actitud ruidosa, y su sentido latente de incapacidad con arranques ocasionales de chulería». En opinión de Kissinger, los orígenes étnicos de Brezhnev, es decir su condición de ruso, acentuaban esa inseguridad: «Representaba una nación que había sobrevivido no ya civilizando a sus conquistadores, sino sobreviviéndolos, un pueblo suspendido entre Europa y Asia, sin pertenecer enteramente ni a un sitio ni a otro, con una cultura que había destruido sus tradiciones sin sustituirlas plenamente por otras».[123]

Efectivamente, Brezhnev se sentía inseguro en la arena internacional. Pero, a diferencia del irascible Nikita Jrushchov, cuya falta de seguridad se traducía en estallidos de diplomacia revolucionaria y en la provocación de crisis internacionales, Brezhnev transformó su inseguridad en una búsqueda del reconocimiento internacional. Para Brezhnev la distensión se convirtió además en un sustitutivo importante de las reformas en el ámbito interno, un sustitutivo que oscurecería la deriva y la decadencia ya existentes en la economía, la tecnología y la ciencia, y sobre todo en la esfera ideológica. El secretario general fue víctima de las comparaciones con Stalin y con Lenin, e incluso con Jrushchov. Carecía de voluntad, de la visión y de la inteligencia necesarias para convertirse en un líder eficaz y carismático dentro del régimen comunista soviético. En 1972, Brezhnev llevaba ya ocho años en el cargo. La duración de su mandato se acercaba a la del de Jrushchov. Necesitaba un éxito claro y visible, dinámica que se hizo palpable durante la crisis previa a la reunión en la cumbre de abril y mayo de 1972.

El efecto inicial de la cumbre de Moscú sobre el pueblo y las élites de la URSS fue muy poderoso. En su búsqueda de la distensión con Alemania y Estados Unidos, Brezhnev encontró la fuente de legitimidad en el interior de la que había carecido hasta ese momento. Aunque por aquel entonces no existieran estudios acerca de la opinión Pública soviética, algunos testimonios fragmentarios, entre otros los diarios privados, indican que la popularidad de Brezhnev y el apoyo dado a sus iniciativas pacificadoras se incrementaron entre muchos millones de ciudadanos medios de la URSS, incluida la población menos cultivada, que aún conservaban recuerdos de la guerra y los que

abrigaban profundos sentimientos antiamericanos.[124] El pleno de abril de 1973, en el que Brezhnev recibió un apoyo abrumador a su política de acercamiento a Estados Unidos y a Alemania Occidental, supuso un hito en su carrera política. La propaganda antiamericana, que impregnaba por completo la prensa soviética, cesó de manera repentina. El goteo de publicaciones que hablaban positivamente de la vida y la cultura de Estados Unidos, otrora rarísimas fuera de unas cuantas revistas minoritarias, aumentó hasta convertirse en un torrente mediático que llegó hasta el público en general, por primera vez desde el asesinato de Kennedy. Cesó el bloqueo de la emisora La Voz de América por parte del estado, y la juventud soviética pudo así tener acceso a la cultura pop norteamericana y a las canciones de los Beatles en emisoras de onda corta. Cherniaev llega incluso a afirmar que la visita de Nixon fue un equivalente en política exterior al discreto secreto de Jrushchov de 1956. Dice: «Estos días del mes de mayo de 1972 serán considerados el comienzo de una era de convergencia [del capitalismo y el comunismo], en el sentido verdaderamente revolucionario de la palabra, la única capaz de salvar a la humanidad». [125]

Esta hiperbólica valoración no tardaría en tener que ser rebajada. La naturaleza del sistema político y económico de la URSS, de la política soviética, y el carácter de sus dirigentes, hicieron imposible que la distensión se convirtiera en la salida de la Guerra Fría. El consenso que Brezhnev había preconizado no era tan beligerante ni tan xenófobo como el que había existido con sus predecesores. No obstante, se basaba a todas luces en la fórmula «paz por medio de la fuerza» y dejaba intactos todos los bastiones de la ortodoxia ideológica soviética, de modo que la distensión resultara aceptable a los partidarios de la línea dura. Por último, Brezhnev presidió los programas armamentísticos más caros y de mayor alcance de la historia de la URSS. Con ello, logró seguir siendo visto con buenos ojos por sus amigos conservadores, Ustinov, Grechko y el resto de los figurones del ejército y del complejo de la industria militar.[126]

Brezhnev abrigaba sinceras esperanzas de que su amistad personal con Willy Brandt y con Nixon ayudara a reducir las tensiones de la Guerra Fría. Hombre de un realismo sin paliativos en materia de política, caería en el romanticismo en el terreno de las relaciones internacionales. El suyo no era un romanticismo revolucionario. Brezhnev no creía tanto en la promoción de las revoluciones y de los movimientos anticolonialistas del mundo como en promocionar los intereses de la URSS entablando amistades con otros estadistas. Creía erróneamente que esas amistades y que esa cooperación económica entre la Unión Soviética y otras grandes potencias permitiría superar las trascendentales diferencias políticas, económicas e ideológicas existentes entre el Este y el Oeste.

Sin Brezhnev y su «Sermón de la Montaña», la distensión del período 1970-1972 no se habría producido ni habría sido el acontecimiento que fue. El talante emocional y su experiencia de la Segunda Guerra Mundial agudizaron su sensibilidad ante los peligros de guerra entre la OTAN y los países del Pacto de Varsovia, y de crisis nuclear entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Sólo tiene uno que imaginarse al Kosygin en cuyo rostro no se dibujaba nunca una sonrisa, al lúgubre Gromiko, o al belicoso Shelepin ocupando el lugar de Brezhnev en las cumbres celebradas con los distintos líderes occidentales y la diferencia resulta evidente. La tendencia a agradar que tenía Brezhnev, su naturaleza vanidosa y campechana, su amor por los automóviles y demás oropeles extranjeros pueden considerarse debilidades de carácter, pero resultaron muy útiles para la distensión. En cierto sentido, fue el primer dirigente soviético que consciente y voluntariamente adoptó el manto de pacificador y de estadista con sentido común, no el de un revolucionario fanfarrón o el de un emperador todopoderoso. Fue también el primer mandatario del Kremlin que utilizó las imágenes televisadas en todo el mundo de su proximidad con los líderes del mundo capitalista como truco publicitario dentro de la propia Unión Soviética. Egon Bahr señala acertadamente en sus memorias que «Brezhnev fue necesario para la



transición a Gorbachov, lo que éste llevó a cabo, lo inició él. Fue un valor muy importante para la consecución de la paz mundial».[127]

8

Ocaso de la distensión y agotamiento de la URSS, 1973-1979

> ¿Qué debe temer la Unión Soviética? Sólo su propia impotencia, su relajamiento, su laxitud.
>
> MOLOTOV,
> mayo de 1972

La historia inició una nueva página la Nochebuena de 1979, cuando unas columnas motorizadas soviéticas cruzaron los puentes construidos deprisa y corriendo sobre el río Amu Daria, cerca de la ciudad de Termez, y empezaron a adentrarse en los oscuros desfiladeros abiertos entre los picos nevados de Afganistán. Los ciudadanos soviéticos se enteraron de la noticia por las emisoras occidentales de onda corta. Más o menos por esa misma época, los comandos de élite «Alfa» y «Berkut» asaltaban el palacio del secretario general del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán, Hafizullah Amin, matándolo junto a toda su familia y su guardia. El KGB estableció un gobierno títere encabezado por Babrak Karmal, un comunista afgano exiliado. Pocos días después, la agencia soviética de noticias TASS anunciaba que la invasión había sido causada por «unas condiciones extremadamente complicadas que ponían en peligro las conquistas de la revolución afgana y los intereses de seguridad de nuestro país». La noticia constituyó incluso una sorpresa para la mayoría de los miembros de la élite familiarizados con la política exterior. Los expertos en la región no fueron informados previamente de la invasión. Los especialistas destacados del Instituto de Estudios Orientales de la Academia Soviética de las Ciencias se dieron cuenta inmediatamente de que los viejos del Kremlin habían cometido un error político fatal. Afganistán era un territorio históricamente inconquistable, habitado por una población de montañeses musulmanes ferozmente xenófobos. No obstante, sólo un ciudadano particular, el académico disidente Andrei Sajarov, padre de la bomba nuclear soviética, expresó públicamente su protesta por la invasión. El Politburó lo desterró inmediatamente de Moscú y lo envió a Gorka, lejos del alcance de los corresponsales extranjeros.[1]

En el mundo el impacto de la repentina invasión soviética fue mucho mayor que la conmoción provocada por la invasión similar de Checoslovaquia en 1968. Esta no frenó el proceso de distensión en Europa y sólo supuso un breve revés para las conversaciones sobre armas estratégicas entre Estados Unidos y la URSS. No ocurrió lo mismo en 1979. La reacción de Europa Occidental ante los acontecimientos fue heterogénea, pero las represalias norteamericanas fueron inmediatas y duras. El presidente Jimmy Cárter y su consejero de seguridad nacional, Zbigniew Brzezinski, llegaron a la conclusión de que la invasión de Afganistán no podía ser más que el comienzo de una ofensiva estratégica contra el golfo Pérsico, el depósito de petróleo más grande del mundo. Ello suponía un peligro clarísimo e inminente para los intereses más vitales de Estados Unidos. En una serie de medidas punitivas, la Casa Blanca congeló y suspendió la mayoría de los acuerdos de la distensión, las conversaciones iniciadas, las actividades comerciales y las



relaciones culturales con los soviéticos. Cárter impuso incluso un embargo de las beneficiosas ventas de grano a la URSS e hizo un llamamiento al mundo entero para que se boicotearan los Juegos Olímpicos que debían celebrarse en Moscú el verano siguiente.

Quince años después, los nuevos testimonios de los archivos del Kremlin demostrarían que las autoridades soviéticas no tenían ningún plan agresivo cuya finalidad fuera llegar al golfo Pérsico. Los especialistas han llegado a la conclusión de que la iniciativa de los dirigentes soviéticos fue principalmente una reacción ante los acontecimientos que se habían desarrollado en Afganistán y en la zona circundante. Selig S. Harrison resumía los hechos en los siguientes términos: «Los acontecimientos políticos afganos impulsaron a Brezhnev y sus consejeros a acelerar su rumbo más de lo que habrían podido figurarse o incluso más de lo que habían programado, por medios que no fueron capaces de controlar y con unos resultados no deseados que no habían previsto».[2]

Vistas las cosas retrospectivamente, la invasión de Afganistán, a pesar del éxito militar que supuso en un primer momento, se presenta como uno de los primeros signos del modo en que la URSS llegó a forzar la máquina de su imperio. Como si pretendiera demostrar este punto, en el verano de 1980 estalló una revolución en Polonia. La ascensión del movimiento nacional anticomunista «Solidaridad» supuso una amenaza a las posiciones geopolíticas de la URSS en Europa Central mucho más grande que la Primavera de Praga. Sin embargo, los líderes del Kremlin decidieron no enviar tropas a Polonia, permitiendo que la revolución continuara hasta diciembre de 1981.[3] El temor a la reacción norteamericana tuvo sólo un papel marginal en esta decisión. Vojtech Mastny afirma: «La conducta de Moscú en la crisis polaca no estuvo influenciada de modo significativo por ninguna medida política concreta de Occidente».[4]

Si la invasión de Afganistán por los soviéticos fue un error de cálculo desastroso y un plan ofensivo, ¿debería invitarnos a hacer un replanteamiento de todo el período anterior? Como se encargan de informarnos muchos libros sobre la Guerra Fría de los años setenta, esta fue una época de rápida decadencia de la «gran» distensión entre la Unión Soviética y Occidente. A continuación se produjo una intensa carrera armamentística, tanto a nivel cualitativo como cuantitativo; entre las superpotencias se desencadenaron batallas por poderes en África, sobre todo en Angola (1975-1976) y Etiopía (1977-1978). Zbigniew Brzezinski pensaba que «la distensión ha sido enterrada en las arenas de Ogaden», debido a la intervención de la URSS en la guerra entre Etiopía y Somalia que asoló el Cuerno de África. La mayoría de los veteranos en materia de política exterior de la URSS insistían también en que la distensión era ya una fuerza gastada antes de finales de 1979. Sin embargo, culpan de esta situación a los malentendidos surgidos entre la administración Cárter y los gobernantes del Kremlin.[5]

Una mirada más atenta al panorama interno de Estados Unidos y de la Unión Soviética nos ayuda a explicar la decadencia de la distensión. En 1975 la distensión se había convertido en Estados Unidos en un término contaminado, blanco de las críticas de numerosos políticos de los dos grandes partidos. Menos comprendidas y estudiadas han sido las actitudes soviéticas ante el deterioro de las relaciones con Washington. El presente capítulo explora la capacidad cada vez menor de Brezhnev de orientar la política exterior soviética y de mantener el impulso positivo de las relaciones soviético-norteamericanas. A medida que se incrementaba el deterioro de su interés personal y de su salud, otros factores de naturaleza burocrática e ideológica condenaron la política exterior y la política de seguridad de la URSS a la deriva, al estancamiento y a un peligroso agotamiento.

DISTENSIÓN Y DERECHOS HUMANOS

Cuando el año 1972 estaba a punto de finalizar, las perspectivas de «asociación» entre Estados Unidos y la Unión Soviética parecían mejores que nunca desde 1945. El Senado norteamericano ratificó el tratado de misiles antibalísticos y aprobó un acuerdo provisional sobre el SALT. En el mes de octubre se firmó un paquete de acuerdos económicos y comerciales entre los norteamericanos y los rusos, allanando el paso para la concesión de un estatus comercial no discriminatorio a las exportaciones soviéticas a Estados Unidos y de un apoyo crediticio oficial a las exportaciones norteamericanas a la Unión Soviética. Nixon prometió públicamente suministrar a Moscú créditos a largo plazo. La actividad de los canales extraoficiales era incesante, debido a la exhaustiva información que los norteamericanos compartían con Moscú acerca de las fases finales de las conversaciones de París para la consecución de una paz en Vietnam.[6] En el mes de noviembre, los dos grandes socios de Brezhnev en Occidente, Nixon y Willy Brandt, fueron reelegidos, uno por los pelos, y el otro con un margen considerable.

El 20 de noviembre, Brezhnev apareció en la secretaría del partido tras un largo período de enfermedad. «Todo va bien», dijo ante la multitud de *apparatchiks* que lo ovacionaban. «Al final, las fuerzas victoriosas han resultado ser las fuerzas de la paz, no de la guerra». Brezhnev pensaba ya en la entrevista preliminar en Helsinki para discutir los preparativos de una conferencia sobre seguridad europea. Como consecuencia del acercamiento entre la URSS y Alemania Occidental, concluía Brezhnev, «inspiramos y organizamos los asuntos europeos. Deberíamos tenerlo bien presente y no permitir que se nos escape de las manos».[7] También en el mes de noviembre, por insistencia de la URSS, los delegados de Europa del Este y de Europa Occidental, junto con la Unión Soviética, Estados Unidos y Canadá, acordaron desarrollar la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa. Esta organización, a juicio de Brezhnev, debía convertirse en la estructura política definitiva del continente, sustituyendo a la OTAN y al Pacto de Varsovia.

Durante la primera mitad de 1973, el secretario general recogió los frutos de la diplomacia soviética. En mayo, fue el primer líder soviético que visitó Alemania Occidental, el país que la propaganda rusa había vilipendiado durante décadas tachándolo de nido de neonazis. Brezhnev estaba entusiasmado con todo lo que veía, empezando por su residencia, el palacio Giemnich, en las proximidades de Bonn, y su nuevo coche deportivo BMW, regalo de Willy Brandt. Las buenas relaciones personales existentes entre los dos líderes se tradujeron en fructíferas negociaciones entre políticos e industriales: la Unión Soviética incrementó los suministros de petróleo, gas y algodón a cambio de equipamientos, tecnología y los ansiados artículos de consumo alemanes.[8]

En junio de 1973, Brezhnev viajó a Estados Unidos y de nuevo allí fue incapaz de ocultar su entusiasmo y su placer. Visitó Washington y pasó unos días en Camp David y en la mansión de Nixon en San Clemente, California. Condujo también coches norteamericanos a una velocidad de vértigo con un Nixon aterrorizado a su lado, dio un abrazo a la estrella de Hollywood Chuck Connors, y se divirtió como un niño con un revólver de juguete y una pistolera de vaquero que le regaló el presidente. Pero en realidad los resultados de su visita fueron muy modestos. Todavía no se había producido ningún gran adelanto en materia de cooperación comercial y económica. No obstante, Brezhnev estaba radiante de satisfacción cuando el 22 de junio, aniversario de la invasión nazi de la Unión Soviética, Nixon y él firmaron un acuerdo bilateral sobre prevención de la guerra nuclear.[9]



Para el secretario general el acuerdo de promesa no nuclear era un paso importante hacia el cumplimiento del deseo de su padre. Nixon y Kissinger veían las cosas de forma distinta. Más tarde afirmarían que fue una medida destinada a dividir a Estados Unidos y a la OTAN. En sus memorias, Kissinger insiste en que él fue el primero en ver la propuesta de Brezhnev como «una maniobra peligrosa de los soviéticos cuya finalidad era inducirnos a renunciar al uso de las armas nucleares, de las que al fin y al cabo dependía la defensa del mundo libre». Kissinger escribe incluso que fue una jugada encubierta de los soviéticos para justificar un ataque preventivo contra China. En realidad, en el momento de su firma, Kissinger y Nixon consideraron el acuerdo un gesto puramente simbólico. El efecto «disgregador» que pudiera tener entre los aliados de la OTAN no les preocupó mucho, y ni siquiera consultaron a sus socios de Europa Occidental. En cuanto a la capacidad de los chinos de iniciar una guerra nuclear preocupaba por entonces a los norteamericanos tanto como la de los soviéticos.[10]

Este abismo entre las intenciones de Brezhnev y el modo en que sus socios norteamericanos las percibían (o al menos han querido presentarlas) es un indicio de cuáles eran los límites de la confianza entre Washington y Moscú. En efecto, ambos bandos veían la distensión como una competición amañada, como una continuación de la Guerra Fría por unos medios menos peligrosos. Raymond Garthoff, estudioso de la distensión y participante en ella, observaba que ambos bandos deseaban conseguir, en cuanto fuera posible, una ventaja unilateral sobre el otro. Mientras Brezhnev estaba encantado del fortalecimiento de la posición política de la URSS en Europa, Nixon viajaba activamente por la periferia del bloque soviético: a Irán, en un intento de convertir al *Sha* en procónsul norteamericano en el golfo Pérsico, y a Polonia, reavivando las esperanzas antisoviéticas en el corazón mismo del Pacto de Varsovia.[11]

No fue la estrategia, sino más bien la política nacional, la ideología y los intereses burocráticos lo que hizo que los políticos norteamericanos y los dirigentes soviéticos continuaran pisando el terreno perfectamente conocido de la «negociación desde la fuerza». Tras firmar el acuerdo SALT, Nixon solicitó el incremento de las armas estratégicas. Cuando fue a Alemania Occidental, Brezhnev se negó incluso a discutir el inminente despliegue de unos novísimos misiles soviéticos de alcance medio, los «Pioneer», llamados posteriormente en Occidente SS-20. El asistente de Brezhnev, Alexandrov-Agentov, cree que su jefe «seguía las indicaciones de nuestras autoridades militares, sobre todo de Ustinov, apoyado por Gromiko». Los militares estaban muy orgullosos de los nuevos misiles móviles de alta precisión, considerándolos la ansiada respuesta a las bases de la OTAN que rodeaban la URSS.[12]

En esta situación, la única esperanza para la distensión soviético-norteamericana era que Brezhnev y Nixon consideraran la distensión un proyecto conjunto digno de que invirtieran en él tiempo y capital político. A decir verdad, Nixon y Kissinger se jugaban mucho personalmente en la distensión y se esforzaron por quitar de en medio tanto en el gobierno como en el Congreso a cuantos pudieran ganar crédito con ella. No obstante, la distensión para ellos era uno más de los asuntos que se traían entre manos. Los enormes objetivos que tenía Nixon antes de noviembre de 1972 eran negociar el final de la guerra de Vietnam y obtener la reelección. Kissinger jugaba un juego todavía más complejo en el que se incluían China y Oriente Medio. Y desde el primer momento, el potencial de la reacción en contra de la distensión en Estados Unidos fue mucho mayor que en cualquier otro país de Occidente. Al principio, Nixon pudo controlar a la derecha conservadora, pero el escándalo Watergate no tardaría en erosionar ese control y permitiría que los numerosos enemigos liberales de Nixon atacaran la distensión junto con el resto de la actuación del presidente.[13]

El plan de Brezhnev era notablemente distinto. Anatoli Cherniaev, el *apparatchik* «ilustrado» del Departamento Internacional del Comité Central, señala en su diario que «el

principal proyecto vital de Brezhnev es la idea de paz. Con ella quiere permanecer en la memoria de la gente».[14] Siempre que pudo permitírselo, Brezhnev hizo algún esfuerzo extra para ayudar a sus nuevos «amigos», Brandt y Nixon, y para salvar la distensión de los ataques de la oposición en su país. El secretario general contempló incluso la posibilidad de instituir algún tipo de alianza entre los tres líderes. En septiembre de 1972, sugirió a Kissinger hacer algo para contribuir a la reelección de Brandt. «Usted y yo estamos interesados en verle ganar». Kissinger respondió de forma evasiva que si la coalición de la Unión Cristiano-demócrata y la Unión Socialcristiana (CDU-CSU) ganaba en Alemania Occidental, la administración Nixon «utilizaría nuestra influencia con ellos para que no cambiaran de política».[15]

La cuestión de la emigración judía puso a prueba la disposición de Brezhnev de ayudar a Nixon y a Kissinger en sus juegos de política interior. Desde 1971, la Unión Soviética, víctima de una presión cada vez mayor, había establecido unas cuotas muy modestas para los judíos que quisieran emigrar. Tras la cumbre de Moscú y las negociaciones a través de canales extraoficiales con Kissinger, las autoridades soviéticas acordaron elevar la cuota de los individuos que podían solicitar «residencia permanente en Israel». En el período comprendido entre 1945 y 1968, sólo se permitió abandonar la Unión Soviética a 8300 judíos. De 1969 a 1972, la emigración judía pasó de las 2673 personas al año a 29 821 y continuó creciendo de manera exponencial.[16] Brezhnev tuvo que invertir una cantidad considerable de capital político permitiendo esa emigración, pues, ideológicamente, la concesión de esas autorizaciones era tanto como traicionar a la «madre patria» soviética. Además, muchos *apparatchiks* compartían los prejuicios antisemitas y vieron mal que se permitiera emigrar a los judíos con tanta facilidad. En agosto de 1972, las autoridades soviéticas publicaron un decreto especial que exigía a los emigrantes judíos «compensar» al estado por los costes de su educación como requisito para obtener el permiso de salida. Este proyecto de «judíos por dinero» no tardaría en tener unas consecuencias políticas que resultaron desastrosas para los objetivos de la distensión soviética.

La comunidad judía norteamericana utilizó esta práctica como *casus belli* contra el antisemitismo soviético e indirectamente contra el antisemitismo norteamericano. Los medios de comunicación estadounidenses lanzaron una feroz campaña contra el «impuesto de salida» que debían pagar los judíos soviéticos, y en el Congreso surgió una poderosa oposición judeo-liberal-conservadora al paquete de acuerdos comerciales y financieros con la URSS. Henry M. Jackson, senador demócrata por el estado de Washington, político con ambiciones presidenciales, logró condicionar la ratificación de la ley de comercio soviético-estadounidense a la «libertad de los judíos soviéticos». Charles Vanik, de Ohio, secundó la enmienda en la Cámara de Representantes. La enmienda Jackson-Vanik significaba la introducción de un cambio radical en el Congreso de Estados Unidos y quitó de las manos a Nixon y Kissinger la «zanahoria» más apetitosa que podían ofrecer a Brezhnev: la concesión de un estatus no discriminatorio a las relaciones comerciales con la Unión Soviética y apoyo crediticio oficial a las exportaciones estadounidenses a la URSS.[17] La campaña puso de manifiesto cuán superficial y frágil era el apoyo que tenían en el interior los acuerdos que pudiera alcanzar el gobierno norteamericano con la Unión Soviética. Resulta asimismo curiosamente ilustrativa del poder de los grupos de interés y de los factores ideológicos en la política exterior norteamericana.[18]

Al principio, Brezhnev guardó las distancias respecto al incremento de los disturbios; no era antisemita, pero al mismo tiempo no tenía deseo alguno de quemarse por un asunto tan candente.[19] Las repetidas peticiones de la Casa Blanca instándole a hacer algo lo indujeron a cambiar de opinión. Tras obtener el apoyo del principal ideólogo del partido, Mijail Suslov, pidió en secreto al KGB y al Ministerio del Interior que eliminaran el impuesto



de salida a la mayoría de los emigrantes judíos, especialmente a los de mediana edad y a los ancianos. Sorprendentemente, las burocracias hicieron caso omiso a esta instrucción informal de Brezhnev y en la primavera de 1973 seguía exigiéndose a algunos emigrantes que pagaran el impuesto de salida. Durante los dos primeros meses tras la introducción de dicho impuesto, menos de cuatrocientos judíos pagaron 1,5 millones de rublos por obtener el derecho a salir de la Unión Soviética.[20]

No tardaron en llegar nuevas señales de Washington, y el 20 de marzo el secretario general planteó la cuestión ante el Politburó. Las actas de la sesión reflejan la cautela de Brezhnev. El secretario general debía contar con lo delicada que era la cuestión judía y su poder explosivo. Comunicó a sus colegas lo que pensaba sobre la posibilidad de levantar la prohibición de la vida cultural judía en la Unión Soviética que había impuesto Stalin. Sin embargo, añadió rápidamente que hablaba de ella sólo «como motivo de reflexión». Como consecuencia, el impuesto de salida fue derogado, pero «informalmente», para no dar a entender al *lobby* projudío norteamericano que se le hacía cualquier tipo de concesión. Brezhnev acordó además con Suslov, Andropov, Kosygin y Grechko que a los individuos con formación y cualquier tipo de cualificación, a los especialistas de los laboratorios militares secretos, o a los científicos y profesionales de alto nivel no se les concedería ningún visado de salida con destino a Israel, «pues no deseo enzarzarme en disputas con los árabes», reconocería. Todo el sistema de discriminación contra los judíos impuesto por el estado siguió intacto.[21]

Algunos años después, Anatoli Dobrinin escribiría que la postura de Brezhnev y de Gromiko ante la emigración judía era «irracional».[22] Esta opinión pasa por alto el dilema que la enmienda Jackson-Vanik puso ante los arquitectos soviéticos de la distensión. Los acuerdos comerciales y financieros con Estados Unidos tenían para ellos un alto valor simbólico y material. Al mismo tiempo, las nuevas condiciones planteadas por los norteamericanos eran de todo punto inaceptables, pues estaban en contradicción con el principio de paridad y de igualdad, el principal objetivo de la distensión para los soviéticos. Estos se peguntaban: ¿Por qué los Estados Unidos iba a dictar sus condiciones políticas a otra superpotencia respecto a unos acuerdos económicos que también le eran beneficiosos? ¿Qué iban a decir los aliados árabes de Oriente Medio a la emigración ilimitada de judíos soviéticos a Israel? Más hondo era el problema de la política interna y de la ideología: la autorización de una emigración masiva perjudicaría gravemente la propaganda del «paraíso socialista» soviético que nadie estaba dispuesto a dejar y el proceso de asimilación de los judíos en «la familia de pueblos soviéticos». ¿Por qué iba a permitirse sólo la emigración de los judíos? ¿Qué habrían dicho otros grupos étnicos de la Unión Soviética? El número cada vez mayor de nacionalistas rusos existente entre los miembros de las élites culturales y de la burocracia sospechaba que las autoridades soviéticas eran demasiado blandas con los judíos. Los nacionalistas hicieron blanco de sus críticas especialmente a Brezhnev, afirmando que su esposa era «judía» (Victoria Brezhnev procedía de una familia caraíta y los caraítas practicaban el judaísmo tradicional). El secretario general no podía ignorar estos rumores, que perjudicaban políticamente su autoridad.[23]

No obstante, Brezhnev estaba dispuesto a ayudar a Nixon a bregar con la oposición projudía y a obtener la ratificación de los acuerdos económicos y financieros en el Congreso. En marzo de 1973, el secretario general mantuvo una comunicación constante con Andropov, Gromiko, Grechko, con el ministro del Interior, Nikolai Shchelokov, y con otros altos cargos, intentando encontrar una solución a la emigración judía que satisficiera a los norteamericanos y pareciera una concesión a las presiones externas. En el Politburó, Brezhnev criticó vehementemente a los saboteadores anónimos de la distensión que pudiera haber en la burocracia soviética. Hizo el siguiente llamamiento a sus colegas: «O ganamos dinero con este negocio o seguiremos adelante con la política prevista respecto

a Estados Unidos. Jackson nos lo ha impedido. Si las cosas salen de ese modo, nuestro trabajo y nuestros esfuerzos no habrán valido para nada». El resultado de toda esta frenética actividad fue un sistema de cuotas a la emigración de profesionales y la autorización para informar a Nixon y a los senadores norteamericanos a través de los canales informales de que el impuesto de salida sería aplicado únicamente en circunstancias extraordinarias.[24]

Pero estas concesiones limitadas no aplacaron a Jackson ni a sus aliados. La oposición aumentó sus pretensiones y exigió la libertad de emigración en general. Los neoconservadores, los partidarios de la Guerra Fría que por aquel entonces rodeaban a Jackson y luego se pasarían al bando del Partido Republicano de Ronald Reagan, rechazaron cualquier tipo de componenda con el régimen soviético.[25] El fracaso de Nixon en sus tratos con la oposición judeo-liberal-conservadora supuso un duro golpe contra las relaciones soviético-norteamericanas. Truncó toda posibilidad, por remota que fuera, de expansión de las relaciones económicas y comerciales, que habrían incrementado el apoyo a la distensión entre la sociedad norteamericana. Y animó a cierta oposición a infligir más golpes a la distensión. Esa oposición era bastante amplia y en cierto modo similar al movimiento contrario al reconocimiento del régimen soviético que se dio antes de 1933. Las razones ideológicas que provocaron el rechazo del bolchevismo ateo en 1933, y la preponderancia otorgada en esos momentos a la cuestión de los derechos humanos fueron más fuertes que los intereses económicos y de seguridad.

Este acontecimiento marcó el fin de la *Realpolitik* de Nixon-Kissinger ante el régimen soviético y desencadenó una nueva alianza transnacional entre los intelectuales disidentes de la Unión Soviética y los medios de comunicación norteamericanos, los sionistas, y las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Los defensores frustrados de la desestalinización, los judíos, los nacionalistas antisoviéticos y los demócratas liberales de Moscú empezaron a apelar a los periodistas norteamericanos para que presionaran al gobierno de Brezhnev. Veían a los norteamericanos opuestos a la distensión, especialmente al senador Jackson, como sus aliados naturales. Alexander Solzhenitsin, lo mismo que los neoconservadores norteamericanos, creía que la distensión era una siniestra trama soviética y que no era posible llegar a ninguna componenda con el Kremlin.[26]

De repente, la distensión de Brezhnev se vio amenazada desde dentro. Los conservadores ideológicos existentes en el aparato de la URSS podían afirmar ahora que el acercamiento a Occidente era peligroso para el régimen, pues permitía a Estados Unidos introducir un caballo de Troya en la sociedad soviética. Las persecuciones y las detenciones a cargo del KGB, y los hospitales psiquiátricos, no resolvieron el problema de los disidentes, y lo único que consiguieron fue echar leña al fuego. Los activistas judíos empezaron a acosar y luego incluso a bombardear las delegaciones soviéticas en el extranjero. De vez en cuando, Brezhnev llamaba a Andropov y le decía que «tuviera más cuidado».[27] El jefe del KGB se mostró también sorprendentemente sensible a la opinión pública internacional. Temía que, como Beria y los jefes del KGB que lo habían precedido, no lograra tener nunca una carrera de hombre de estado. Como recuerda su confidente, «el deseo de Andropov de abandonar el cargo de jefe de la seguridad del estado con una reputación intachable era tan grande que pronto se convirtió en un complejo».[28]

La solución de Andropov fue muy ingeniosa: defendió la emigración de más judíos y se mostró a favor de obligar a los disidentes mas vocingleros a marchar también al extranjero. El KGB empezó a plantear a los disidentes, judíos y no judíos, una elección muy dura: o la cárcel durante largo tiempo o la emigración a través de un «canal judío». Durante los años setenta, muchas figuras relevantes del movimiento liberal-democrático de los sesenta, escritores, artistas e intelectuales, eligieron abandonar la URSS. Algunos, como Vladimir Bukovski y Alexander Ginzburg, fueron mandados al extranjero directamente desde sus



celdas. Al violonchelista Mstislav Rostropovich y a su esposa, la cantante de ópera Galina Vishnevskaya, les quitaron la ciudadanía cuando se hallaban realizando una gira en el extranjero. A pesar de todo su cinismo, esta solución fue incruenta y resultó del agrado de Brezhnev. Permitió al dirigente soviético mantener el equilibrio entre sus amigos de la línea dura dentro de la URSS y sus «amigos» de Occidente.

El icono de la desestalinización durante los años sesenta, Alexander Solzhenitsin, siguió siendo la espina más dolorosa para el régimen. El escritor desafió públicamente a las autoridades. En septiembre de 1968, justo un mes después de la invasión soviética de Checoslovaquia, la publicación de sus libros *Pabellón del cáncer* y *El primer circulo* en Europa y Norteamérica le dio fama mundial. En 1970, fue galardonado con el premio Nobel de Literatura. A diferencia de Boris Pasternak, que renunció al premio en medio de grandes presiones en 1958, a Solzhenitsin pareció encantarle la campaña organizada por el estado contra él.[29]

El Politburó discutió varias veces lo que había que hacer con Solzhenitsin; su caso se convirtió en un detonante de las actitudes enfrentadas existentes entre las autoridades respecto a la disidencia interna y la distensión con Occidente. Andropov recomendó al Politburó permitir a Solzhenitsin viajar a Estocolmo a recibir el premio y aprovechar luego la oportunidad para quitarle la ciudadanía. Pero el amigo de Brezhnev y rival de Andropov, el ministro del Interior Shchelokov, se opuso. Propuso «luchar por Solzhenitsin, no deshacernos de él». La víspera de la visita de Nixon a Moscú, el Politburó discutió de nuevo el caso Solzhenitsin. Andropov y Kosygin propusieron que se le expulsara pero, una vez más, no se hizo nada.[30] La procrastinación del Politburó ponía de manifiesto que la desestalinización y el deshielo cultural habían dejado una marca profunda incluso en los más conservadores desde el punto de vista ideológico. El clamor internacional que se levantó en torno al «caso Pasternak» en 1958 y el juicio y encarcelamiento de los escritores Andrei Siniavski y Yuli Daniel más recientemente, en 1965, hizo que el Politburó se mostrara sumamente reacio a convertir en mártir a ninguna figura de las élites culturales de la URSS.

En el verano de 1973, el caso de Solzhenitsin llegó una vez más al Politburó cuando el KGB confiscó el voluminoso manuscrito de la obra del escritor acerca del terror y los campos de concentración estalinistas, *El archipiélago Gulag*. Este descubrimiento dio lugar a un desenlace que acaso no esperaran ni el propio Solzhenitsin ni Brezhnev. En septiembre y octubre de 1973, el secretario general vetó la propuesta de Andropov de expulsar al escritor de la Unión Soviética. Temía que las repercusiones negativas del caso redundaran en perjuicio de Willy Brandt y de Nixon y se convirtiera en un factor que complicara sus viajes al extranjero. Pospuso el caso una vez más nombrando una comisión especial sobre Solzhenitsin. Pero el escritor, movido por un celo misionero y por el deseo de proteger su vida y la de su familia, lanzó una campaña preventiva de propaganda en Occidente. Publicó «Una carta a los dirigentes soviéticos», en la que les instaba a sustituir la ideología marxista-leninista por la religión ortodoxa rusa. El día 1 de enero de 1974, los medios de comunicación occidentales anunciaron la publicación de la versión rusa del *Archipiélago Gulag*.[31]

Siete días después, Brezhnev suscitaba el tema del caso Solzhenitsin tras discutir los esfuerzos diplomáticos soviéticos en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa de Helsinki. Andropov volvió sobre su vieja propuesta consistente en cortar el nudo gordiano expulsando de la URSS al escritor. Gromiko apoyó a Andropov, pero sugirió un nuevo retraso, hasta que concluyera la conferencia de Helsinki. En ese momento, Nikolai Podgorni exigió la inmediata detención del premio Nobel. «En China ejecutan a la gente en público; en Chile el régimen fascista fusila y tortura a la gente; los británicos en Irlanda infligen sanciones a los trabajadores, y nosotros estamos hablando de un enemigo declarado y preferimos simplemente marear la perdiz. Si expulsamos a Solzhenitsin lo

único que hacemos es demostrar nuestra debilidad». Kosygin secundó su propuesta y sugirió que el escritor debía ser sometido a un juicio público y luego enviado a las minas de Siberia Oriental. «Los corresponsales occidentales no irán hasta allá; hace demasiado frío». Los dos, en el fondo, culparon a Brezhnev de tanta blandura y dieron a entender que los viajes al extranjero del primer secretario y sus jueguecitos con la distensión empezaban a perjudicar otros intereses del estado. Incluso Andrei Kirilenko, el viejo partidario de Brezhnev, comentó sarcásticamente: «Cada vez que hablamos de Solzhenitsin como enemigo del régimen soviético, resulta que coincide con algún acontecimiento [internacional] importante y posponemos la decisión». Al final, Brezhnev, en una hábil jugada, accedió y dijo que Solzhenitsin debía ser juzgado finalmente, pero no tomó ninguna decisión sobre su detención.[32]

En ese momento, Andropov llegó a la conclusión de que el Politburó deseaba arruinar su carrera cargándole a él el caso Solzhenitsin.[33] Gracias al canal secreto que mantenía con Egon Bahr, el director del KGB concertó rápidamente un acuerdo con el gobierno de Alemania Occidental para conceder asilo al escritor disidente, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. En un memorándum personal dirigido a Brezhnev, Andropov le advertía que resultaba imposible «a pesar de nuestro deseo de no perjudicar nuestras relaciones internacionales, retrasar por más tiempo la solución al problema de Solzhenitsin, pues podría tener consecuencias sumamente desagradables para nosotros dentro del país». El director del KGB llegaba a la conclusión de que no actuar podía envalentonar a numerosos grupos de oposición antisoviética y, en caso de que las autoridades sometieran a juicio al escritor, se produciría incluso un «perjuicio mayor». Brezhnev tuvo que dar su consentimiento y Solzhenitsin se vio de pronto metido en un avión rumbo a Fráncfort.[34]

Por desgracia para Brezhnev y Andropov, la cuestión de los derechos humanos y de los disidentes ruidosos no desapareció con la marcha del célebre escritor. Si bien es cierto que muchos disidentes desaparecieron sin dejar rastro en Occidente o gastaron sus energías en discordias de facciones y luchas por la obtención de posición y concesiones, algunos se quedaron en el país. Nathan Shcharanski organizó el movimiento sionista dentro de la Unión Soviética y exigió derechos religiosos y culturales plenos para los judíos. Un grupo considerable de hebreos no pudo emigrar debido a sus certificados de seguridad y siguieron dando carnaza a las campañas antisoviéticas de los judíos norteamericanos. Andrei Sajarov y otros cuantos activistas en pro de los derechos humanos se negaron a emigrar y continuaron desarrollando sus actividades públicas.

La cuestión de los derechos humanos volvió a surgir en la discusión llevada a cabo por el Politburó del borrador del Acta Final de Helsinki, el documento que debía ser firmado poco después en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa en julio de 1975. El jefe de la delegación soviética, el viceministro de Asuntos Exteriores, Anatoli Kovalev, uno de los diplomáticos «ilustrados», persuadió a Gromiko de que debía hacer concesiones a los países de Europa Occidental, que deseaban incluir en el borrador del Acta Final lo que llamaban una tercera cesta: provisiones relativas a la libre circulación de las personas, a la reunificación y las visitas de las familias, y a la apertura informativa, cultural y educativa. A cambio, los países occidentales accedían a aceptar el *statu quo* territorial y político en Europa del Este, surgido al término de la Segunda Guerra Mundial. Cuando el borrador del Acta Final llegó al Politburó, los elementos más conservadores desde el punto de vista ideológico manifestaron su escándalo y su consternación. ¿Iba a abrirse la Unión Soviética a la subversión y a la interferencia del exterior? Kovalev estaba dispuesto a capear el temporal, pero para su sorpresa Gromiko recurrió a un argumento histórico. Comparó los acuerdos de Helsinki al Congreso de Viena de 1815 y a Brezhnev con el zar Alejandro. Gromiko citó su «pacto» con Kissinger en el sentido de que ni uno ni otro bando iba a interferir en los asuntos internos del otro, a pesar del Acta Final. Concluyó



diciendo que los soviéticos habían conseguido lo que querían y que, por lo que a los derechos humanos se refería, «seguimos siendo los dueños de nuestra casa».[35] Los conservadores retiraron sus objeciones: al fin y al cabo, también Stalin había firmado la Declaración de Yalta sobre la Europa liberada a cambio de otras concesiones de los occidentales.

El 1 de agosto de 1975, Brezhnev y el sucesor de Nixon, Gerald Ford, junto con los delegados de otros treinta y tres países europeos y Canadá pusieron su firma a la histórica Acta Final de Helsinki. A corto plazo, el documento no daría lugar a ningún tipo de liberalización dentro de la URSS. La propaganda soviética presentó el acontecimiento como la mayor victoria de Brezhnev, y el secretario general hizo lo propio ante el congreso del partido. Personalmente, lo consideraba la culminación de su carrera de estadista. A largo plazo, sin embargo, los compromisos con los derechos humanos incluidos en el acta acabaron resultando una bomba de relojería para el régimen soviético. Gromiko, que desdeñaba a los disidentes por considerar que tenían un poder sin importancia, tenía razón: nunca desempeñarían un papel significativo en el hundimiento del régimen. Pero su interpretación de las tendencias ideológicas y políticas globales era profundamente errónea. El triunfo de la diplomacia zarista en el Congreso de Viena fue efímero. Rusia se convertiría más tarde en el espantajo de la Europa liberal, circunstancia que contribuiría a su derrota en la guerra de Crimea de 1853-1855. En 1975, el Kremlin celebró una vez más una victoria geopolítica sin prever sus funestas consecuencias.

ASOCIACIÓN ATORMENTADA

La asociación Brezhnev-Nixon fue puesta en tela de juicio debido al repentino estallido de la guerra del Yom Kippur el 6 de octubre de 1973. El papel de la Unión Soviética en este conflicto ha sido objeto desde hace años de una gran controversia. Actualmente la historia puede ser analizada con mucha más claridad, gracias a los recuerdos de los veteranos exsoviéticos, sobre todo el diplomático Viktor Israelian. Un actor fundamental en todo este drama fue el presidente egipcio Anuar el-Sadat, que preparó el ataque sorpresa contra Israel en un intento de restaurar el orgullo árabe y recuperar los territorios perdidos. No informó en ningún momento de sus planes ni al Politburó ni a los representantes de la URSS en Egipto, aunque, naturalmente, el KGB y los militares debieron tener conocimiento de sus preparados. Como ocurriera anteriormente con los norvietnamitas, los dirigentes del Kremlin no fueron capaces de controlar ni de frenar a sus clientes extranjeros.[36]

Tras la visita de Nixon a Moscú, el líder egipcio, inquieto por la eventualidad de que el acercamiento soviético-norteamericano supusiera un apoyo conjunto al *statu quo* en Oriente Medio, empezó a contemplar la posibilidad de un doble juego. Anunció el desalojo de Egipto de diecisiete mil asesores militares y expertos soviéticos. Nixon envió inmediatamente un recado personal a Brezhnev a través del canal extraoficial comunicándole que no sabía nada acerca de la decisión de Sadat y que no tenía ningún contacto secreto con él. En realidad, los norteamericanos respondieron enseguida a las señales secretas que les mandó Sadat.[37]

Brezhnev estaba preocupado por los preparativos llevados a cabo por egipcios y sirios. Habría preferido trabajar en colaboración con Estados Unidos para evitar una nueva guerra en Oriente Medio. Durante su viaje a Washington en el verano de 1973, advirtió a Nixon que Moscú apenas podía controlar a sus amigos árabes. Ni Nixon ni Kissinger se tomaron en serio las advertencias de Brezhnev y no insistieron en el tema. El objetivo de Kissinger era socavar la influencia de Moscú en Oriente Medio y, por consiguiente, se negó a aceptar el papel de Moscú como arquitecto de la paz en la zona. Además, preocupados como estaban por su salida de Vietnam, los norteamericanos no supieron ver las nubes que empezaban a acumularse en esta otra región.[38] En vista de la renuencia de los norteamericanos a actuar en colaboración con ellos, las autoridades soviéticas no vieron razón alguna para alertar a Israel del inminente ataque de los árabes.[39]

Los líderes políticos y militares de la URSS querían ayudar a Sadat a derrotar a Israel y a recuperar los territorios perdidos. Al mismo tiempo, desde el comienzo de la guerra estaban seguros de que los árabes iban a perderla. Esta previsión fue acertada y actuaron para evitar un hundimiento total de sus aliados árabes. Durante la convulsión que supuso la guerra del Yom Kippur, Brezhnev tuvo que adoptar dos caretas: una la de líder del Politburó, y otra la de estadista de la distensión. Llevó a cabo la jugada con sorprendente destreza. Neutralizó hábilmente a los partidarios de la línea dura que deseaban ejecutar acciones drásticas. Por ejemplo, envió a Kosygin, que exigía actuar de inmediato, en misión secreta a El Cairo; una vez allí, el primer ministro soviético gastó su tiempo y su energía intentando hacer que Sadat siguiera los consejos de la URSS y quitar de en medio a Podgorni, cuya beligerancia era comparable sólo con su ignorancia.[40] El líder del Kremlin reafirmó en todo momento que su prioridad era trabajar en colaboración con la administración norteamericana en el espíritu de la distensión, los principios básicos, y el acuerdo alcanzado para evitar la guerra nuclear. Kissinger admitiría en el circulo íntimo de sus asesores que los soviéticos habían «intentado ser bastante razonables en todo



momento. Incluso en Oriente Medio, donde nuestra estrategia política los puso en un aprieto espantoso, realmente no han intentado jodernos».[41]

Una causa de este comportamiento fue el deseo de Brezhnev de continuar la relación especial que mantenía con Nixon. Durante la crisis, los dos mandatarios intercambiaron por primera vez notas amistosas manuscritas, y un Brezhnev exultante pudo jactarse ante el Politburó de que «Nixon siente un profundo respeto por todos los dirigentes soviéticos y por mí personalmente». Por entonces, sin embargo, Nixon se hallaba metido de lleno en el escándalo Watergate y Kissinger, confirmado ya como secretario de Estado, dirigía la política exterior norteamericana en su nombre. Kissinger y su estado mayor no desaprovecharon la oportunidad de explotar la derrota de Egipto para socavar la influencia soviética en este país. Durante la última fase de la guerra, Kissinger pasó por alto las ofertas de colaboración de los soviéticos para ganar tiempo y favorecer el victorioso avance de los israelíes en territorio egipcio.[42] Brezhnev y sus colegas empezaron a murmurar sobre «el papel cada vez más importante del sionismo en Estados Unidos». El 19 de octubre, Andropov advirtió a Brezhnev que «la amenaza de destitución de Nixon es ahora más real que hace unos meses. No puede excluirse la posibilidad de que en las condiciones actuales el *lobby* judío del Congreso ponga serias limitaciones a las actividades de Nixon y a su voluntad de poner en vigor los Cuerdos alcanzados durante tu visita a Estados Unidos».[43]

Los soviéticos tenían que hacer algo para salvar a Sadat y a Egipto de la derrota completa. Tras una larga y acalorada discusión, el Politburó elaboró un ambiguo mensaje para Nixon reciclando la famosa oferta de 1956 a Eisenhower en la que le proponían enviar una fuerza conjunta ruso-norteamericana a Oriente Medio con el fin de detener la guerra. Hasta el último minuto Brezhnev no accedió a enseñar un poco las «uñas» en el mensaje: si Estados Unidos no quería utilizar una fuerza conjunta para detener la guerra, la Unión Soviética «tendría que enfrentarse a la urgente necesidad de considerar la posibilidad de dar los pasos adecuados unilateralmente». Dos divisiones de paracaidistas del Cáucaso fueron puestas en estado de alerta y los buques de guerra soviéticos que había en el Mediterráneo recibieron la orden de dirigirse a Egipto en una demostración de fuerza. En el fondo, el gesto soviético era un pequeño farol, y fue cuidadosamente diseñado para no asustar a los norteamericanos.[44]

Kissinger, sin embargo, fue presa del pánico. Sin informar a los soviéticos a través del canal extraoficial, puso a las fuerzas estratégicas norteamericanas en DEFCON-3, el estado inmediatamente anterior al de alerta nuclear total. Cuando a la mañana siguiente fue convocado de nuevo del Politburó para discutir una posible reacción, muchos de sus miembros atribuyeron esta maniobra a las maquinaciones de Kissinger. Grechko, Andropov, Ustinov, Kirilenko y algunos otros propusieron la movilización de las fuerzas soviéticas.[45] Brezhnev, que recordaba la propensión de Jrushchov a llevar las cosas al extremo, aconsejó no hacer caso de la alerta. Tal vez, adujo, Nixon perdiera los estribos debido a la campaña en su contra a la que tenía que hacer frente en su país. «Dejémoslo que se tranquilice y explique primero la razón de la alerta nuclear». Tal vez aquel fuera uno de los mejores momentos de Brezhnev como estadista. En realidad, Nixon se hallaba sumido en el estupor de la ebriedad, y Kissinger manejó la crisis de Oriente Medio como si fuera un asunto exclusivamente suyo, sin hacer caso del presidente. Cuando Nixon se despertó el 25 de octubre, anuló la alerta y envió una respuesta personal conciliatoria a Brezhnev. Finalmente, la diplomacia conjunta soviético-estadounidense recibió el impulso necesario, las fuerzas armadas israelíes detuvieron su avance, y la crisis empezó a calmarse.[46]

El comportamiento unilateral de los norteamericanos en Oriente Medio no provocó el declive de la distensión soviético-estadounidense.[47] Por el contrario, la guerra del Yom Kippur dejó a Brezhnev incluso más convencido de que la paz entre Israel y los árabes

sólo podría construirse por medio de la acción conjunta de norteamericanos y soviéticos. En una carta a Nixon de 28 de octubre, Brezhnev hacía alusión a las maquinaciones de ciertas fuerzas que pretendían arruinar «la confianza personal mutua que existe entre usted y yo». Ya no ocultaba sus sospechas respecto a Kissinger.[48] Estaba tan irritado por el comportamiento manipulador de Sadat que empezó a pensar en establecer relaciones diplomáticas con Israel. Dijo a Gromiko que los árabes podían irse al infierno, si lo que pretendían era obligar al pueblo soviético a «luchar por ellos». Cherniaev, testigo de este estallido de cólera, escribe: «Eso es *Realpolitik*. Pero la sociedad no sabía nada de todo esto». La propaganda soviética hizo que los ciudadanos de la URSS creyeran que Israel había sido otra vez el agresor. Como en 1967, los periódicos azuzaron los sentimientos antisionistas, y las organizaciones del partido convocaron concentraciones de solidaridad con los regímenes árabes «progresistas».[49]

Los intentos de Brezhnev de actuar como un pragmático clandestino en Oriente Medio resultaron estériles. A partir de 1974, Estados Unidos tomaría la iniciativa de la reconciliación entre Israel y Egipto y durante los cuatro años siguientes se elaborarían los acuerdos de Camp David. Los rusos ya habían desembolsado miles y miles de millones de rublos en Egipto y lamentaban amargamente la traición de Sadat. La «pérdida de Egipto» tuvo un efecto psicológico duradero en el posterior proceso de toma de decisiones del Politburó con respecto a las crisis africanas. Y en 1979 esos recuerdos desempeñarían un papel trascendental en el desarrollo de los temores soviéticos de que Hafizullah Amin pudiera «convertírseles en un nuevo Sadat» en Afganistán.[50]

El Watergate y la dimisión de Nixon en agosto de 1974 causaron otro trauma duradero a Brezhnev. Durante los últimos meses de la presidencia de Nixon, su correspondencia con el líder soviético asumió un carácter cada vez más surrealista. El presidente, que se había quedado solo, empezó a ver su asociación con el secretario general como una isla de paz en medio del proceloso mar del escándalo Watergate. Nixon le hizo saber a través de canales oficiosos que los dos tenían enemigos comunes, entre otros las agrupaciones judías norteamericanas. Hablaba incluso, para consternación de su plana mayor, de una «doctrina Nixon-Brezhnev» como fundamento sólido de la paz mundial. Curiosamente, Brezhnev no intentó nunca aprovecharse del Watergate para sus propios fines políticos, como temían que hiciera algunos consejeros de Nixon. De hecho, fue el último líder extranjero que siguió prestando apoyo a Nixon sin reservas. Del mismo modo que Stalin y Molotov no pudieron comprender la derrota electoral de Churchill, tampoco Brezhnev y sus asesores pudieron entender cómo la colocación de micrófonos en una *suite* del edificio Watergate podía provocar la dimisión de un estadista tan formidable tras la victoria arrolladora que supuso su reelección. En su opinión, la única explicación plausible era que los enemigos de la distensión habían encontrado un buen pretexto para quitar de en medio a su principal arquitecto norteamericano.[51]

El golpe resultó tanto más doloroso precisamente porque apenas tres meses antes, en mayo, Brezhnev había perdido a otro socio de la distensión. El canciller germanooccidental Willy Brandt dimitió como consecuencia de un escándalo sexual y la revelación de que uno de sus asistentes de más confianza, Günter Guillaume, era un espía de la RDA. El líder germanooriental, Erich Honecker, y el jefe de la policía secreta (la Stasi), Erich Mielke, habían mantenido a Guillaume en el entorno de Brandt, a pesar de la desaprobación del Kremlin. Era evidente que los dirigentes de la Alemania democrática tenían un interés particular en espiar a Brandt y ponerlo en un compromiso. Detestaban la existencia de canales oficiosos entre los rusos y los alemanes occidentales y la amistad entre Willy Brandt y Brezhnev, que ponía en peligro el apoyo que tradicionalmente había encontrado la RDA en el Kremlin. Brezhnev se sintió decepcionado con su repentina dimisión. Estaba además irritadísimo con Honecker.[52]



De los primitivos arquitectos de la distensión, sólo el dirigente soviético seguía en el poder, aunque su salud fue deteriorándose con rapidez. Anteriormente, Brezhnev había sufrido dos ataques al corazón. Durante los años sesenta había conservado una buena forma tísica, pero a finales de esta década había desarrollado paulatinamente una arteriosclerosis cerebral que le provocaba períodos de astenias después de los momentos de tensión. A raíz de la crisis de Checoslovaquia, había adquirido el hábito de tomar una o dos pastillas de un opiáceo que tenía efectos sedativos. A veces tomaba una sobredosis y acababa en estado comatoso, seguido de un período de flojera general.[53]

Los colegas extranjeros de Brezhnev empezaron a notar desapariciones repentinas del mandatario soviético e irregularidades en la agenda. Durante el viaje de Kissinger a Moscú de abril de 1972, Brezhnev se llevó al aterrorizado político norteamericano a dar una alocada vuelta en coche con el fin de espabilarse un poco después de una sobredosis.[54] Durante la guerra del Yom Kippur, en la que Brezhnev se vio obligado a trabajar día y noche, los nervios empezaron otra vez a jugarle malas pasadas. Casi cada tarde, Sadat llamaba al embajador soviético en El Cairo para que contara a Brezhnev lo catastrófico de la situación, exigiendo el envío de ayuda inmediata. Brezhnev no tenía tiempo de descansar. Andropov, consciente de los problemas físicos del secretario general, demostró su preocupación de una manera harto curiosa. Presentó a Kissinger y a Sadat como si estuvieran conchabados e intentaran arruinar la salud de Brezhnev provocando «una tensión excesiva».[55] Sabía que el secretario general estaba volviéndose adicto a las drogas y ordenó a su guardia personal y a su enfermera que le suministraran sedantes en secreto. Al principio Andropov fingió interceder, pero acabó por hacer la vista gorda. Es posible incluso que empezara a ayudar a Brezhnev a obtener las pastillas.[56]

Por supuesto las pastillas no hicieron más que agravar la desazón del dirigente soviético. Su capacidad de concentración se redujo y su percepción de los detalles empezó a disminuir. Incluso su carácter cambió, se volvió más suspicaz y malhumorado y menos dispuesto a llegar a entendimientos y a soluciones de compromiso. El jefe del servicio médico del Kremlin, Evgeni Chazov, llegó a la conclusión de que la adicción de Brezhnev «contribuyó al colapso de la autoridad nacional». Desde el privilegiado puesto que ocupaba en el Departamento Internacional del partido, Cherniaev deploraba la transformaron del «gran país construido sobre los cimientos de la gran revolución» en un estado mediocre sin una dirección dinámica y sin una ideología que sirviera de inspiración, con una escasez crónica de bienes de consumo básico.[57]

Mientras tanto, la carrera armamentística y los desarrollos tecnológicos en el bando soviético y en el norteamericano seguían adelante y en varios aspectos empezaron a superar el ritmo cansino de las conversaciones sobre control de armas. El despliegue por parte de los norteamericanos de vehículos de reentrada múltiple e independiente (MIRV), es decir, múltiples cabezas nucleares guiadas independientemente unas de otras, pero instaladas en un solo misil, hizo que los arsenales nucleares estratégicos dieran un salto espectacular. Los norteamericanos desarrollaron también un misil de crucero de alta precisión. Mientras tanto, el complejo de industrias militares soviéticas se lanzó también a una febril carrera cualitativa y cuantitativa. Produjo sus propios MIRV, los cohetes «Pioneer» (SS-20), y un nuevo bombardero Tu-22M de tamaño medio (llamado «Backfire» por los norteamericanos). Los soviéticos desarrollaron nuevos submarinos nucleares de clase «Tifón» y construyeron una poderosa flota. Durante una década a partir de 1972, los rusos produjeron 4125 misiles balísticos intercontinentales con base en tierra y lanzamiento desde el mar, mientras que los norteamericanos produjeron 929. Lo que más preocupaba a los encargados de planificar la estrategia norteamericana era un nuevo misil balístico intercontinental de dimensiones enormes, capaz de transportar diez cabezas nucleares y susceptible de ser instalado en los silos ya existentes, sustituyendo así a los cohetes más viejos, menos potentes y menos fiables. Los norteamericanos lo llamaban

SS-18. Su verdadero nombre, «Satán», sugería que los diseñadores de los cohetes soviéticos, a pesar de su educación atea, se inspiraron en la imaginería infernal. Los soviéticos empezaron a desplegar estos misiles en 1975 y dejaron de hacerlo únicamente cuando el número de los almacenados en los silos llegó a los 308.[58]

¿Por qué los rusos construyeron esos misiles infernales y un número tan elevado de ellos? Según algunas fuentes autorizadas, los dirigentes del Kremlin seguían sufriendo el síndrome de los misiles cubanos, es decir, la ignominiosa retirada llevada a cabo tras la crisis de 1962.[59] Había además factores geográficos que, a juicio del estado mayor del ejército soviético, favorecían a Estados Unidos. Los militares rusos creían que se enfrentaban no sólo a las fuerzas norteamericanas destacadas en las bases de la OTAN próximas a las fronteras de la URSS, sino también a las fuerzas nucleares de Gran Bretaña y Francia. Tuvieron también que desplegar algunos misiles y tropas convencionales contra China. Por último, la élite del complejo de industria militar soviética seguía creyendo que su arsenal estratégico era inferior al norteamericano en términos *cualitativos*. Ello hizo que se mostraran más decididos aún a suplir la calidad con la *cantidad*. En 1994, Viktor Starodubov, antiguo asistente de Dmitri Ustinov, explicaba con una lógica aplastante que los soviéticos fabricaron tantos misiles «pesados» porque «eran una de las pocas cosas que podían fabricar bien».[60] Vistas las cosas retrospectivamente, el incremento de los años setenta no proporcionó al Kremlin una superioridad estratégica, como advertían los análisis neoconservadores. La Unión Soviética no tenía capacidad de lanzar un ataque sorpresa definitivo contra Estados Unidos; los norteamericanos siguieron yendo por delante de la URSS en muchos aspectos, aunque no tuvieran las enormes ventajas de las que Washington había gozado anteriormente.[61]

En las reuniones del Politburó, Brezhnev nunca se enfrentó a Ustinov, Grechko y el jefe de la Comisión de Industrias Militares, Leonid Smirnov, en lo tocante al tema de la proliferación de misiles. Él creía en las negociaciones desde la posición de fuerza y no veía la razón de que el rearme de la URSS durante los años setenta fuera considerado una amenaza para Washington y otras capitales occidentales. Vale la pena recordar que Brezhnev no pretendía negociar haciendo chantaje, como había hecho Jrushchov. Continuaba creyendo que los mecanismos de control armamentístico y los acuerdos, entre otros el SALT, podían convertirse en una base sólida para la cooperación duradera de la Unión Soviética y Estados Unidos. Su objetivo era convocar una conferencia sobre seguridad y cooperación en Europa cuando se celebrara el próximo congreso del partido comunista.[62] Ello le habría permitido revalidar el programa de paz que había proclamado en el anterior congreso del partido de 1971 y engrandecer su imagen de Pacificador entre los cuadros del partido y ante el pueblo soviético.

Brezhnev intentó atraer al sucesor de Nixon, Gerald Ford, para trabajar conjuntamente en la superación de los obstáculos que pudieran encontrar en el camino hacia la firma de un tratado general sobre armas estratégicas. Tras elaboradas consultas a través de los canales oficiosos, Ford y Brezhnev acordaron entrevistarse en Vladivostok, la avanzadilla soviética en Extremo Oriente, a finales de noviembre de 1974. El principio rector de los soviéticos en las conversaciones estratégicas era la consecución de niveles paritarios de seguridad respecto a la OTAN. Ello significaba, ante todo, hacer un cómputo de las fuerzas nucleares de la OTAN «avanzadas», esto es, los misiles, bombarderos y submarinos norteamericanos estacionados alrededor de la Unión Soviética, así como las fuerzas nucleares de Gran Bretaña y Francia. Estos países se negaron a incluir sus sistemas en la equiparación, pero Kosygin, Podgorni, varios otros miembros del Politburó adscritos a la línea dura y la cúpula militar en su totalidad insistieron en este principio. Aunque Brezhnev se exasperara ante la intransigencia de los occidentales, creía también que sus colegas no compartían plenamente su compromiso con los planes de negociación.[63]



En una conversación de tú a tú con Brezhnev celebrada en octubre de 1974, Kissinger sugirió la idea de alcanzar unos niveles globales y más o menos paritarios de fuerzas estratégicas para ambos bandos. El secretario de Estado, consciente del apoyo cada vez menor que tenía la distensión en su país, pidió a Brezhnev que mantuviera esta idea en secreto. De lo contrario, le advirtió, el senador Jackson «recibiría el chivatazo». El secretario general accedió inmediatamente a utilizar la idea como base para las negociaciones con Ford. La única condición que puso fue que cualquier ulterior enmienda por parte de los norteamericanos no tuviera «el carácter de una nueva propuesta fundamental ni de algo nuevo en principio».[64]

Cuando Brezhnev y Ford se entrevistaron en Vladivostok el 23 y 24 de noviembre de 1974, el secretario general se mostró inquieto e inseguro. En una repetición de su primera entrevista con Nixon en Moscú, el dirigente soviético invitó a Ford y a Kissinger al compartimento que ocupaba en un tren especial para instaurar una cálida relación humana. Para romper el hielo, les ofreció té con coñac. Recordó el pacto personal al que había llegado con Nixon «en una sola cosa: no inmiscuirse en los asuntos internos de cada uno». Cuando Ford preguntó cómo iban a continuar negociando, el secretario general le interpeló vivamente: «Eso depende de nosotros dos. Es evidente que el mundo está pendiente de nosotros y que la opinión pública mundial está interesadísima en conseguir que no haya ninguna guerra nuclear». Durante los minutos siguientes, Brezhnev expuso su propia visión de la carrera armamentística nuclear: «No hemos conseguido ninguna limitación real, y de hecho hemos estado acelerando más y más la carrera armamentística. Es un error. Mañana la ciencia puede presentarnos unos inventos que ni siquiera podemos llegar a imaginarnos hoy, y la verdad, no sé hasta dónde podemos llegar en el incremento de la llamada seguridad. Quién sabe, tal vez pasado mañana la carrera armamentística llegue incluso al espacio exterior. La gente no sabe todo esto, de lo contrario realmente nos habría mandado al infierno. Estamos gastando miles y miles de millones en todas estas cosas, miles de millones que estarían mucho mejor gastados en beneficio de la gente».[65]

En 1985 y 1986, este tipo de ideas pasaron a ser llamadas en Moscú «nuevo pensamiento». Dicho sea de paso, Georgi Kornienko y Sergei Ajromeyev, miembros del grupo de expertos en control de armamento que preparó las posturas negociadoras para la cumbre de Vladivostok, serían más tarde coautores de la primera propuesta global de Gorbachov sobre desarme nuclear. De momento, sin embargo, la respuesta de Ford fue evasiva y convencional, poniendo de manifiesto su falta de visión. Llegó a presidente sin pasar por unas elecciones nacionales, y el perdón que concedió a Nixon le creó más enemigos que amigos. Además, Kissinger le advirtió que la única idea que tenía en su cabeza Brezhnev era la de una acción conjunta soviético-estadounidense en caso de que China mostrara un comportamiento agresivo. Más tarde Kissinger lamentaría que ni Ford ni él «exploráramos» más a fondo lo que pensaba Brezhnev.[66]

Tras la primera conversación en el tren, Brezhnev sufrió un ataque y, aunque sus médicos lograron controlarlo, le recomendaron que retrasara las conversaciones. El secretario general se negó. Las conversaciones fueron duras y extremadamente tensas. La postura de los norteamericanos se endureció debido a la disminución del apoyo que recibía la distensión en su país y el escepticismo cada vez mayor en torno al SALT reinante en el Congreso, así como a la postura afín a la línea dura del secretario de Defensa James Schlesinger y de los jefes del estado mayor conjunto. Al final, la primitiva idea de Kissinger seguía siendo la opción de último recurso. Si los soviéticos accedían a excluir del acuerdo el sistema de bases avanzadas de la OTAN, los norteamericanos accederían a retirar las limitaciones sobre los misiles «Satán» y el número de sus cabezas nucleares. Por desgracia, la idea no formaba parte de la postura aprobada por el Politburó.[67]

Desde Vladivostok, Brezhnev llamó por teléfono a sus colegas de Moscú, que, al hallarse a ocho husos horarios de distancia, se encontraban todavía en la cama. Andropov, Ustinov y Kosygin se pusieron de parte del secretario general. Pero el ministro de Defensa, Grechko, respaldado por Podgorni, se negó a hacer ninguna concesión. Brezhnev gritó a Grechko, amigo suyo desde los tiempos de la guerra, tan fuerte que sus asistentes pudieron oír la conversación a través de las paredes del despacho. Cuando vio que los argumentos no servían de nada, dijo que tendría que interrumpir las conversaciones y regresar a Moscú para celebrar una sesión de emergencia del Politburó. Profundamente conmovido, Grechko cedió. El camino hacia los acuerdos del SALT parecía abierto después de dos años de permanecer en punto muerto. Para devolver el favor a Brezhnev, Ford suavizó la postura de los norteamericanos e indicó a los aliados europeos que debían eliminar las últimas objeciones a la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, el ansiado objetivo del secretario general soviético.[68]

Los dos líderes tuvieron que tomar decisiones muy duras, y dio la impresión de que estaba a punto de brotar una nueva afinidad. Pero cuando Ford y Kissinger regresaron a su país se encontraron con una ruidosa oposición ideológica a los acuerdos de Vladivostok. Los misiles «pesados» soviéticos permitieron a los norteamericanos que mantenían una postura crítica atacar la distensión sosteniendo que los dirigentes soviéticos estaban preparándose para la guerra nuclear, colocándose en posición de «golpear los primeros cuando pareciera conveniente».[69] La mayoría demócrata del Congreso elegida a raíz del escándalo Watergate quería reafirmar su supremacía sobre la Casa Blanca. Los senadores y representantes reprocharon a Ford y a Kissinger el mantenimiento de una diplomacia secreta y su indiferencia por los derechos humanos. La negativa de Ford a invitar a Solzhenitsin a la Casa Blanca provocó un verdadero clamor. En diciembre de 1974, el debate que se había prolongado durante dos años sobre la Ley de Comercio entre Estados Unidos y la URSS acabó con la victoria de Jackson y sus partidarios. Fue una auténtica bofetada para los rusos; las actividades mercantiles soviético-estadounidenses quedaban sometidas en la Ley de Comercio a unas condiciones peores aún que las existentes antes de su aprobación. Los rusos ya no podían obtener créditos norteamericanos para la construcción de oleoductos y gaseoductos y se veían obligados a recurrir a Europa Occidental. Moscú derogó los acuerdos comerciales firmados en 1972.[70] Aquel humillante revés arruinó las expectativas de distensión entre los capitanes y los directivos de la industria y la economía soviéticas.

Una vez concluidas las conversaciones de Vladivostok, Brezhnev sufrió un colapso en su compartimento del tren. Se recuperó al cabo de unas semanas, pero apenas podía leer con dificultad y sólo textos escritos en caracteres muy grandes con una máquina de escribir especial. Durante su viaje a Polonia a finales de año, cogió la batuta del director de orquesta durante la ceremonia de despedida y se puso a moverla al son de *La Internacional*. En la cumbre de Helsinki, Brezhnev se hallaba en estado semicomatoso y apenas pudo estampar su firma en el Acta Final. Pasó semanas, o incluso meses, sin aparecer por el Politburó.[71] En octubre de 1975, Cherniaev anotaba en su diario que «Brezhnev se provocó el agotamiento en la lucha por la paz».[72]

El secretario general no volvió a mostrar una pasión ni un interés personal por las conversaciones con los norteamericanos como los que mostró en Vladivostok. Sin embargo, el fracaso de la distensión no debe relacionarse sólo con su falta de energía y su pérdida de iniciativa. De 1972 a 1975, la salud cada vez más deteriorada de Brezhnev no le impidió actuar como negociador enérgico y vigoroso. Quizá su condición de estadista activo fuera el último obstáculo que se interpusiera entre el secretario general y su adicción. En diciembre de 1975, en el círculo más íntimo de sus consejeros y de



redactores de sus discursos que preparaban el inminente congreso del partido, Brezhnev se lamentó: «Incluso después de Helsinki, Ford, Kissinger y senadores de todo tipo exigen que América debe armarse todavía más. Quieren hacer de ella la potencia más fuerte. Yo estoy en contra de la carrera armamentística, pero cuando los americanos declaran que van a reforzarse, el ministro de Defensa me comunica que en ese caso no pueden garantizar la seguridad. Y, como presidente del Consejo de Defensa, ¿qué puedo hacer? ¿Debo darles ciento cuarenta mil o ciento cincuenta y seis mil millones? Y les doy dinero una y otra vez. Dinero que desaparece por la chimenea».[73]

Brezhnev no quería entrevistarse con Ford sin una garantía de que iban a firmar el Tratado SALT. Alexandrov-Agentov recordaba que el principio rector del secretario general era invertir su capital político sólo cuando viera «una promesa de éxito». Y el embajador Dobrinin y los análisis del KGB decían desde Washington que el Kremlin debería aguardar hasta que el próximo presidente electo continuara las negociaciones.[74] No fue sólo Brezhnev el que no se dio cuenta de que la política norteamericana había entrado en una nueva fase después del Watergate; les pasó lo mismo a Andropov, Gromiko y todos sus demás consejeros. Los dirigentes del Kremlin veían a Nixon «como una especie de secretario general a la americana». No podían entender por qué Ford no podía reafirmar su poder sobre el Congreso y por qué se plegaba ante los diversos *lobbies* y grupos de presión. Es más, los dirigentes soviéticos no entendían que la singular combinación de factores políticos y personales que había hecho llegar la distensión hasta 1974 hubiera desaparecido.

El éxito de la distensión de 1969 a 1973 reflejaba las tendencias a largo plazo que caracterizaron la política de Occidente durante los años sesenta, empezando por los grandes alborotos sociales y culturales y el aumento del aislacionismo norteamericano y del antimilitarismo europeo. La fragmentación del frente interno y del impacto en la esfera doméstica de la construcción del Muro de Berlín y de la guerra de Vietnam hizo que una nueva generación de políticos de Alemania Occidental y de Estados Unidos se mostrara dispuesta a negociar con los soviéticos desde una posición de igualdad. En cambio, los dirigentes del Kremlin se imaginaban la distensión de una manera completamente distinta. Creían que era el premio a años y años del costoso reforzamiento militar-estratégico que había cambiado la correlación de fuerzas mundiales a favor de la Unión Soviética. Este error de concepto, aunque comprensible, fue una equivocación fatal. No tardaría en verse ampliamente demostrada una vez más en el terreno de las batallas por poderes que libraron las superpotencias en África.

LA LUCHA POR ÁFRICA

A pesar de sus fatídicas consecuencias, la escalada de la intervención soviética en África fue una curiosa actividad secundaria en el programa de actuaciones del Kremlin. África siguió estando básicamente en la periferia de la política exterior soviética. Más tarde, los expertos de la URSS afirmarían que los dirigentes soviéticos no tuvieron una doctrina específica ni unos planes a largo plazo sobre África.[75] Yuri Andropov confesó en una ocasión que los soviéticos «se vieron arrastrados a África» en contra de sus máximos intereses.[76] ¿Cómo pudo ser?

El Politburó «descubrió» África al mismo tiempo que inició su apoyo a los nacionalistas árabes radicales. Desde el comienzo, los soviéticos actuaron partiendo de la premisa de que la descolonización del continente supondría un golpe trascendental contra el capitalismo mundial y una gran victoria del comunismo. Ivan Maiski decía en una carta a Jrushchov y Bulganin en diciembre de 1955 que «el próximo acto de la lucha por el dominio global del socialismo se desarrollará a través de la liberación de la explotación imperialista que sufren los pueblos coloniales y semicoloniales». Y añadía: «Al mismo tiempo la pérdida de las colonias y de las semicolonias por las potencias imperialistas debe acelerar la victoria del socialismo en Europa y eventualmente en Estados Unidos».[77]

El propio Jrushchov soñaba convertir a determinados países africanos en «escaparates del socialismo» y baluartes del mundo socialista en expansión. Verdaderamente trascendental para él y para otros auténticos creyentes en el partido era que hubiera mucha gente en África que mirara con esperanza e incluso con entusiasmo al modelo soviético de industrialización y modernización social. Los líderes anticoloniales africanos de finales de los años cincuenta no veían la Unión Soviética como un estado totalitario, sino como un faro de progreso, una alternativa a las odiadas potencias coloniales y su sistema capitalista.[78]

Este impulso ideológico se vería reforzado por la aversión de Moscú hacia la tendencia de Occidente a considerar a África una esfera de influencia exclusivamente suya. Los soviéticos no habían olvidado el hecho de que Stalin no lograra establecer bases navales en Libia. Un veterano diplomático ruso tenía la sensación de que Estados Unidos se comportaban «como si hubiera una extensión de la Doctrina Monroe de América a África».[79] La extrema volatilidad política del África poscolonial tras la descolonización creó la posibilidad permanente de crear y recrear esferas de influencia entre los dos bloques enfrentados en la Guerra Fría. En términos generales, se trató de un reciclaje del mismo tipo de situación que había lanzado a las potencias europeas a perfilar la totalidad de África durante la segunda mitad del siglo XIX. Karen Brutents, la experta en África del Departamento Internacional del Comité Central, y Leonid Shebarshin, oficial de alto nivel del servicio de inteligencia, comparaban a la Unión Soviética y Estados Unidos con dos boxeadores para quienes el intercambio de golpes se hubiera convertido en el principal objetivo y la principal motivación. La crisis del Congo, en la que se vieron envueltos Eisenhower y Jrushchov, así como el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjold, y el líder congoleño, Patrice Lumumba, se convirtió en protagonista de las noticias locales e internacionales de la URSS durante varios meses.[80]

Los resultados de esta primera ofensiva soviética fueron embarazosos. Tras las importantes inversiones hechas en el Congo, los soviéticos perdieron la batalla por este país y fueron expulsados de Ghana y de Guinea. El desenlace del experimento por el cual se pretendía convertir Guinea en un «escaparate del socialismo» resultó especialmente doloroso y congeló durante toda una década la fe de los soviéticos en la posibilidad de



transformar África.[81] El informe Polianski de 1964 criticaba el proyecto de Jrushchov consistente en apoyar a los «regímenes progresistas» de África, y concluía: «A menudo nos falta por completo el conocimiento práctico de estos países, pero les proporcionamos sin reservas ayuda financiera, técnico-económica y militar y de otro tipo». En muchos casos la generosidad soviética en África «daba lugar a resultados deplorables: los dirigentes de esos países devoran lo que les damos, y luego nos dan la espalda. Los capitalistas se ríen de nosotros y tienen buenos motivos para hacerlo». Al mismo tiempo, los dirigentes del Kremlin nunca repudiaron la justificación ideológica de la intervención soviética en África. Creyeron simplemente que Jrushchov se había extralimitado y había olvidado ser selectivo «desde el punto de vista de los criterios de clase».[82]

Durante los años setenta volvieron a olvidarse las lecciones recibidas. Cabe sospechar que la rivalidad entre Moscú y Beijing por la hegemonía sobre las «fuerzas progresistas» y los movimientos de liberación nacional en todo el mundo facilitó la vuelta de la URSS al africanismo. Pero en 1970, el KGB y el Departamento Internacional del Comité Central presentaron un informe al Politburó en el que comunicaban con absoluto aplomo que la «ofensiva» china en África había sido derrotada. Brezhnev dijo a Kissinger en abril de 1972 que un diplomático soviético destinado en Argelia había descubierto en cierta ocasión un restaurante chino en pleno desierto. «Todo el que entraba en el restaurante a comer, salía con un fajo de propaganda china gratuita. Era la época en la que tratábamos de dividir el movimiento comunista mundial. Pues bien, cuando salieron perdiendo en su afán de alcanzar la hegemonía sobre dicho movimiento y no pudieron seguir sosteniéndose, cerraron el restaurante que habían montado en Argelia».[83] Pero sería en el otoño de 1970, una vez acabada la lucha de Moscú contra la «diplomacia de rollitos primavera» de China, cuando el KGB de Andropov propusiera al Politburó una política más activa en África obteniendo autorización para llevarla a cabo.[84]

Los factores que llevaron a los soviéticos a volver a África fueron el paradigma imperial-revolucionario que seguía dominando el pensamiento del Kremlin, el vacío político e ideológico existente en el continente negro, y las insistentes solicitudes de intervención por parte de los propios dirigentes africanos. Como decía el informe del KGB, tras años y años de intentar obtener la ayuda de Estados Unidos y de las potencias de Europa Occidental, los nacionalistas africanos llegaron a la conclusión de que «la Unión Soviética era la única gran potencia que podía ayudarles a alcanzar sus objetivos políticos y sociales».[85] Los dirigentes del Kremlin no podían perder otra «oportunidad histórica» de influir en los procesos de descolonización y modernización del continente africano.

En esta ocasión, sin embargo, la intervención soviética en África no fue sólo una cruzada emprendida por motivos ideológicos. El África subsahariana y el Cuerno de África se convirtieron en el escenario en el que los militares soviéticos harían la demostración de su nueva capacidad de proyección como potencia. La lucha por África en la que se enzarzaron la Unión Soviética y Estados Unidos se convirtió de hecho en la manifestación de uno de los principales motivos de la conducta de la URSS durante los años setenta, esto es, actuar como potencia global igual que las demás.[86] Desde 1964, la Unión Soviética había empezado a construir una marina estratégica y una flota bastante numerosa de aviones de transporte. Durante la guerra del Yom Kippur todo este potencial llamó la atención del mundo. El alto mando de la marina soviética, especialmente el almirante Sergei Gorshkov, estaba ansioso por competir con la marina norteamericana y exigió disponer de bases en África. En 1974, la URSS consiguió una en Somalia.[87] Como el tiempo se encargaría de demostrar muy pronto, aquella adquisición no valía el esfuerzo que había costado.

La imagen de la expansión soviética en África no estaría completa sin los nuevos factores socioeconómicos. Cuando el precio del petróleo se cuadruplicó a raíz de la guerra del Yom Kippur, la Unión Soviética se convirtió en la principal beneficiaría de las ventajas

imprevistas que produjo este acontecimiento. La producción soviética de crudo aumentó de los ocho millones de barriles al día de 1974 a los once millones de 1980, convirtiendo a la URSS en el líder del mercado mundial del petróleo. Durante los años setenta la renta anual de divisas fuertes procedentes de la venta de petróleo y gas natural que obtenía la URSS aumentó un 2250 por 100, y ascendía a los veinte mil millones de dólares. El rápido crecimiento de este excedente financiero permitió al Kremlin sufragar los gastos de la expansión imperial en África.[88]

Parafraseando el «Big Deal» de Roosevelt en la Norteamérica de los años treinta, la década de los setenta marcó en la URSS el desarrollo del «pequeño convenio» de Brezhnev, un pacto social no escrito entre el régimen, las élites del país, y el pueblo. Se trataba de un elaborado sistema de prebendas, privilegios, una «economía en la sombra», y diversas formas especiales de ganar el dinero suficiente para poder llevar una vida cómoda, incluso acomodada. En la sociedad soviética aparecieron de pronto numerosos signos de prosperidad. La expansión de la URSS en África ofreció numerosas nuevas oportunidades al «pequeño convenio», aunque no se le dieran mucho pábulo. Creó decenas de millares de puestos muy bien remunerados para los militares y numerosos miembros de la *nomenklatura* soviética. Las embajadas en los países africanos se convirtieron en destino favorito de semidestierro para los miembros de las élites del partido que habían perdido el favor de Brezhnev. El sociólogo Georgi Derluguian, que trabajó como intérprete en la embajada de la URSS en Moputu, Mozambique, a comienzos de los años ochenta, cobraba un sueldo especial en «cheques en moneda extranjera»; el valor adquisitivo de dicho sueldo era quince o veinte veces superior que el del salario medio en la URSS por esa misma época. Al cabo de unos años de «prestar un servicio internacionalista» en África, los ciudadanos soviéticos podían comprarse pisos en Moscú, coches, casas de campo (dachas), y bienes de consumo fabricados en Occidente en la cadena de tiendas especiales del estado, las *Beryozka*, en las que sólo se aceptaban divisas extranjeras, no rublos. En consecuencia, concluye Derluguian, estas motivaciones hicieron de los distintos ministerios y agencias de la URSS focos de presión a favor de la «ayuda internacional» a los diversos regímenes africanos con supuesta «orientación socialista». «Como en muchos otros imperios, tras la expansión de las esferas de influencia se ocultaban intrigas burocráticas elementales y el deseo de crear nuevos puestos lucrativos».[89]

Las peleas de mentirijillas entre las superpotencias en África contribuyeron a camuflar esta ansiosa búsqueda de beneficios. La pelea por África en la que se enzarzaron Estados Unidos y la Unión Soviética empezó a intensificarse al tiempo que la distensión llegaba a su punto culminante. Los servicios de inteligencia de uno y otro país se vigilaban mutuamente en los rincones más apartados del continente africano. Un destacado diplomático norteamericano realizó en 1974 un viaje por África en misión de inspección y descubrió que «Estados Unidos deseaba tener una presencia plena en todas partes, como correspondía al país líder del mundo occidental, y además pretendía particularmente vigilar a los representantes de la URSS. En su afán de prestigio y de penetración, la Unión Soviética tenía también entonces embajadas residentes en casi todos los países de África».[90] El orgullo y la lógica de la rivalidad bilateral, no los intereses estratégicos o económicos, lanzaron a ambas potencias rumbo a la colisión.

Hubo dos acontecimientos que aceleraron ese rumbo: la «Revolución de los Claveles» en Portugal en abril de 1974 y la caída de Vietnam del Sur en abril de 1975. Cherniaev, desde el Departamento Internacional, comparaba lleno de entusiasmo el golpe de estado de Portugal con la caída de la dinastía Romanov en Rusia. «Un acontecimiento enorme», decía en su diario. Otro funcionario del mismo departamento sugería que la intervención soviética en Angola y en el Cuerno de África y posteriormente la invasión de Afganistán fueron fruto de «una conclusión equivocada de la derrota de los norteamericanos en



Vietnam».[91] Ford y Kissinger, acribillados por las críticas a la distensión en su país, se convencieron también de que tras el fracaso de Vietnam podría producirse un efecto dominó. A Kissinger en particular le preocupaba el papel de los comunistas en Portugal y creía que Estados Unidos debía impedir que los rusos llenaran el vacío que se había producido en Angola, excolonia portuguesa. Poco antes de la Conferencia de Helsinki, Ford firmó una orden secreta para que la CIA emprendiera la realización de operaciones encubiertas en Angola, «para restablecer el equilibrio» en este país a favor de los norteamericanos.[92]

La intervención soviética en Angola en 1975, como la anterior ofensiva a gran escala de la URSS en África, se caracterizó por la falta de un plan u objetivo estratégico claro. Esta vez, sin embargo, adoleció además de una peligrosa falta de rumbo en el proceso de toma de decisiones. Brezhnev tenía muy poco interés en los acontecimientos de África y delegó las cuestiones cotidianas relativas a este gran continente en el aparato del partido en general y en nadie en particular. A falta de un líder dinámico, la política exterior y de seguridad quedó en manos de la troika formada por el ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko, el director del KGB, Andropov, y el ministro de Defensa, Grechko (a su muerte en abril de 1976, el puesto fue a parar a Ustinov). Pero esta troika no actuó como un equipo cohesionado, sino más bien como una alianza incómoda de funcionarios viejos, dedicados a intercambiarse favores y decidido cada uno a deteriorar la posición de los otros a sus espaldas. Todos ellos debían la posición que ocupaban a Brezhnev, al mismo tiempo (como había demostrado la caída de Jrushchov), los tres juntos representaban una amenaza política para el secretario general. El más mínimo indicio de una asociación entre ellos más allá de los límites oficiales podía hacerlos sospechosos a ojos de Brezhnev y significar el fin de sus carreras. Por este motivo, los miembros de la troika tuvieron buen cuidado de verse solamente en las reuniones oficiales, esto es, en las sesiones del Politburó. Se mostraron además extremadamente reacios a inmiscuirse cada uno en el terreno burocrático de los otros. En consecuencia, Gromiko era el que tenía la primera palabra en las cuestiones diplomáticas. Grechko y Ustinov ostentaban prácticamente el monopolio en los asuntos militares. Y Andropov era experto en ambas materias, debido a la información que le proporcionaban los servicios de inteligencia. Sin embargo, se sentía enormemente inseguro y prefería adaptarse a los otros dos en las áreas de su competencia.[93] Todos los integrantes de la troika estaban interesados en perpetuar el *statu quo*, esto es, el liderazgo cada vez más ficticio de Leonid Brezhnev. El secretario general, incluso en el débil estado en que se hallaba, seguía siendo la única autoridad que refrendaba el dominio de la troika sobre los demás miembros del Politburó, que en cualquier momento podían intentar adueñarse del proceso de elaboración de la política del país.

Por estas razones funcionales y personales, los dirigentes soviéticos fueron incapaces de llevar a cabo proyectos e iniciativas audaces. Tocó a otros personajes dinámicos y motivados desde el punto de vista ideológico arrastrar a los líderes soviéticos al terreno de juego africano, entre ellos el angoleño Agostino Neto, el etíope Mengistu Haile Mariam, pero especialmente Fidel Castro y sus colegas revolucionarios de Cuba.[94] Contrariamente a lo que creían los norteamericanos, los líderes cubanos no eran meras marionetas u hombres de paja de Moscú. Desde los años sesenta, Fidel y Raúl Castro, Che Guevara (hasta su muerte en 1967) y otros revolucionarios cubanos habían apoyado las actividades guerrilleras en Argelia, Zaire, Congo (Brazzaville) y Guinea-Bissau. La marcha de los estadounidenses de Vietnam en 1975 fue, a juicio de los cubanos, una oportunidad de iniciar una nueva ronda de luchas antiimperialistas en el África subsahariana.[95]

Hasta comienzos de los años setenta, las relaciones cubano-soviéticas siguieron siendo muy tensas, pues la sombra de la «traición» soviética de 1962 pendía aún sobre La

Habana.[96] El KGB y el Departamento Internacional del Comité Central intentaron restablecer los estrechos lazos que los unían con los cubanos: Andropov y Boris Ponomarev, que encabezaban respectivamente estas organizaciones, eran los herederos de las tradiciones revolucionarias internacionalistas de la Komintern. En 1965, Andropov dijo a uno de sus asesores que la futura competición con Estados Unidos iba a tener lugar no ya en Europa, sino en África y América Latina. Cuando la Unión Soviética lograra hacerse con bases en estos continentes, podría gozar de un estatus de igualdad con los norteamericanos.[97] Grechko y los militares apoyaban tenazmente esta lógica. Angola resultaba un objetivo muy atractivo. A partir de 1970, el KGB defendió la ayuda y el entrenamiento del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), cuyo líder, Agostino Neto, era un viejo amigo de los hermanos Castro. Desde finales de 1974, Angola se convirtió en escenario de la rápida expansión de la cooperación soviético-cubana.[98]

La historia completa de la escalada de la presencia soviética en Angola sigue enterrada en los archivos. Según cierta versión, Gromiko, Grechko y Andropov recomendaron al Politburó enviar una ayuda no militar modesta al MPLA, pero le advirtieron que se abstuviera de intervenir directamente en la guerra civil de Angola. Pocos días después, sin embargo, el Departamento Internacional transmitió al Politburó la petición de armas de los angoleños. Tras unos breves momentos de vacilación, la misma troika modificó su postura y respaldó dicha petición. A comienzos de diciembre de 1974, inmediatamente después de la cumbre de Vladivostok, se abrió la espita de la asistencia militar soviética.[99] Este cambio de actitud tal vez fuera fruto de las presiones ejercidas por los amigos soviéticos y cubanos de Agostino Neto, pero también del sistema de favores burocráticos mutuos imperante a falta de la intervención directa de Brezhnev. El mismo esquema de cambio de decisiones se repetiría a mayor escala en 1979 a propósito de Afganistán.

La decisión americana de apoyar a los enemigos del MPLA vino a limitar las opciones del Kremlin. El primer lugarteniente de Gromiko, Georgi Kornienko, pensaba que la escalada de la intervención soviética en Angola se debió únicamente a la política de subversión de los norteamericanos. En otoño de 1975, la troika, respaldada por Suslov, sostuvo que su «deber moral internacionalista» era ayudar a Angola. En un momento dado, hallándose Brezhnev trabajando con sus colaboradores encargados de escribirle los discursos en su dacha, Georgi Arbatov, uno de sus asesores «ilustrados», le advirtió que la intervención en Angola podría afectar gravemente a la distensión. Alexandrov-Agentov se manifestó airadamente en contra. Recordó la ayuda soviética a los republicanos durante la guerra civil española en 1935. Recordó asimismo a Brezhnev con cuánta beligerancia habían actuado los norteamericanos cuando su país cliente, Pakistán, se había sentido amenazado en 1971. El secretario general, cuya energía y cuyo interés por la distensión habían empezado a disminuir en aquella época, evitó tomar postura en el debate. Más tarde, sin embargo, se acomodaría a la actitud intervencionista predominante. En octubre de 1975, Dobrinin informó a Brezhnev acerca de las repercusiones cada vez más negativas de los asuntos de Angola en Estados Unidos, pero la noticia no hizo más que irritar al secretario general. Estaba convencido de que los norteamericanos no sabían reconocer las «intenciones honestas» de la URSS. La Unión Soviética, dijo, no pretendía establecer bases militares de ningún tipo en Angola, sino simplemente ayudar a los internacionalistas del país.[100]

Esta situación reforzó aún más la posición de los cubanos. Dos semanas después de la firma del Acta Final de Helsinki, Castro envió a Brezhnev un plan para el transporte de varias unidades regulares del ejército cubano a Angola. En ese momento, Brezhnev se negó rotundamente a incrementar la ayuda militar soviética a Angola y a transportar a los cubanos hasta allí. Sin embargo, no se sabe cómo, en el mes de noviembre las primeras unidades de combate cubanas estaban luchando ya al lado del MPLA. Kornienko aseguraría más tarde que los cubanos engañaron a la representación militar de la URSS



en Cuba haciéndole creer que contaban con autorización del Kremlin para que los trasladaran al otro lado del Atlántico. Gromiko, Grechko y Andropov estaban asombrados; reconocieron que la intervención de los cubanos podía provocar una fuerte reacción de Estados Unidos, crear complicaciones a la distensión e incrementar incluso las tensiones en torno a la propia Cuba. Mientras tanto, los castristas ya habían iniciado la «operación Carlota», destinada a salvar al MPLA. Lo que hace que la historia resulte todavía más intrigante es la total ausencia de pruebas procedentes de los archivos cubanos de La Habana.[101]

Dos años antes, Brezhnev no había hecho nada para ayudar al régimen socialista de Salvador Allende en Chile, cuando estaba a punto de venirse abajo, y había rechazado sus peticiones de préstamos. Ese mismo año, los soviéticos empezaron a perder su influencia en Egipto. En agosto de 1975, las grandes esperanzas de una victoria comunista en Portugal se habían esfumado.[102] Mientras preparaba el informe que iba a presentar al congreso del partido, Brezhnev se enfrentaba a tres fracasos evidentes en el plano internacional. Añadir Angola a la lista habría resultado excesivo. Los señores del Kremlin se sintieron obligados a «salvar a Angola» y a apoyar a los cubanos, pues estaba en juego el prestigio de la URSS. Kornienko recuerda que «el reflejo del deber internacionalista tuvo mucho que ver, sobre todo porque este episodio tuvo lugar después de que se produjera la intervención armada en Angola por parte de la República Sudafricana. Dicha intervención contó *de facto* con el apoyo de los estadounidenses, si es que no fue organizada por ellos». Además, abandonar a las tropas cubanas que estaban combatiendo en Angola contra tropas enemigas pagadas con dinero norteamericano e integradas en parte por mercenarios extranjeros habría supuesto sacrificar por segunda vez al pequeño aliado del Caribe (la primera habría sido la retirada de los soviéticos durante la crisis de los misiles cubanos).[103]

A comienzos de 1976, Gerald Ford retiró la palabra «distensión» de su vocabulario. Kissinger, profundamente preocupado por el empleo de tropas cubanas vicarias por parte de los rusos, declaro que la asociación soviético-estadounidense no podría «sobrevivir a más Angolas». Mientras tanto, gracias a la ayuda militar masiva de la URSS, las tropas cubanas despejaron casi toda Angola de mercenarios sudafricanos y de combatientes del Frente Nacional para la Liberación de Angola, apoyado por la CLA. Los estados africanos empezaron a reconocer al régimen angoleño dirigido por el MPLA. No hay nada mejor que el éxito. Los asesores soviéticos y cubanos empezaron a entrenar a la población negra de Sudáfrica, concretamente a los militantes del Congreso Nacional Africano. La influencia soviética aumentó en Zimbabue y Mozambique. La victoria cubana permitió a los rusos superar las tensiones a las que se hallaban sometidas las relaciones entre Cuba y la URSS.[104] Y semejante victoria fue un maravilloso regalo para Brezhnev y el congreso del partido. Y permitió a los dirigentes soviéticos obtener apoyos en el movimiento de los no alineados y entre los grupos de todo el mundo que apoyaban los movimientos anticolonialistas y contrarios al *apartheid*.[105]

DISGUSTOS CON CARTER

A pesar del revuelto que se desató por lo de Angola, Brezhnev y otros miembros del Politburó esperaban que Ford ganara las elecciones y reanudara la asociación en aras de la distensión. Una vez más, la volatilidad de la política norteamericana hizo que se esfumaran las esperanzas del Kremlin. En noviembre de 1976, el exgobernador de Georgia, Jimmy Cárter, un hombre poco conocido que se dedicaba al cultivo de cacahuetes, derrotó a Ford. Cárter se caracterizaba por una curiosa mezcla de buenas intenciones, ideas vigorosas, vaguedad en sus prioridades, y un estilo de gestión minucioso y entrometido. Tenía afán de ir más allá de la «vieja agenda» de la Guerra Fría y estaba seriamente comprometido con la idea del desarme nuclear. El nuevo presidente había prometido una «nueva política exterior» que fuera menos opaca y estuviera menos envuelta en el secretismo y tuviera más en cuenta los derechos humanos.

Cárter declaró públicamente que ya era hora de superar el «temor desordenado al comunismo». En privado, sin embargo, una de las grandes inquietudes de la Casa Blanca era si la Unión Soviética intentaría poner al presidente a prueba a la manera en que Jrushchov había puesto a prueba a Kennedy en 1961. Brezhnev aseguró inmediatamente a Cárter que en esta ocasión no habría ningún intento de ponerlo a prueba.[106] El Kremlin tenía sus propios temores respecto a Cárter. Algunos expertos soviéticos creían que, debido a su inexperiencia, el nuevo presidente sería prisionero de las fuerzas contrarias a la distensión. El secretario de Estado de Cárter, Cyrus Vanee, era conocido como hombre mesurado partidario de la distensión. En cambio, el nuevo consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, suscitó preocupación de inmediato. Hijo de un diplomático polaco y destacado especialista en el totalitarismo soviético, había alcanzado bastante notoriedad en Moscú como arquitecto de las estrategias elaboradas para delimitar la influencia soviética en Europa Central y como el cerebro que se ocultaba tras la Comisión Trilateral que intentaba hallar una armonía entre los tres centros del capitalismo, Estados Unidos, Europa Occidental y Japón.[107]

La campaña de Cárter en pro de los derechos humanos deterioró enseguida sus relaciones con el Kremlin. Los Grupos de Observación de Helsinki, formados por activistas de los movimientos democráticos nacionalistas a partir de agosto de 1974, operaban en Moscú, pero también en Ucrania, Lituania, Georgia y Armenia; vigilaban las violaciones del Acta Final perpetradas por la URSS y las ponían en conocimiento de los medios de comunicación extranjeros. Un veterano del grupo de Moscú recuerda que «nuestras predicciones más optimistas daba ahora la sensación de que estaban al alcance: parecía probable que la nueva política exterior estadounidense insistiera en que los soviéticos actuaran en consonancia con las promesas que habían hecho en Helsinki. Estaba empezando a salir a la superficie la alianza de políticos occidentales y disidentes soviéticos». Como represalia, en enero y febrero de 1977, el KGB arremetió contra los Grupos de Observación de Helsinki y detuvo a sus activistas, entre otros a Yuri Orlov, Alexander Ginzburg y Anatoli Scharanski. El 18 de febrero, Dobrinin recibió la orden de comunicar a Vanee que la nueva política norteamericana violaba fundamentalmente los principios básicos sobre los que Brezhnev y Nixon se habían puesto de acuerdo en 1972. Diez días después, Cárter invitaba a la Casa Blanca al disidente Vladimir Bukovski.[108]

Para Brezhnev, la continuación de aquella asociación y el progreso del control de armamento eran más importantes que las disputas por los derechos humanos. Poco antes de la toma de posesión de Cárter, el dirigente soviético intentó mandarle una señal de signo positivo. En un discurso pronunciado en Tula el 18 de enero de 1977, el secretario general presentó por primera vez la doctrina soviética de la seguridad en términos



defensivos claros. La Unión Soviética, dijo, no buscaba una superioridad que le permitiera asestar el primer golpe, y el objetivo de su política militar era construir un potencial defensivo capaz de disuadir a cualquier posible agresor. Brezhnev esperaba que su discurso neutralizara cualquier campaña sobre la «amenaza militar soviética» que pudieran lanzar los medios de comunicación norteamericanos y ayudara a Cárter. Uno de los autores de sus discursos, sin embargo, se dio cuenta de que aquel gesto no bastaba. «El escándalo armado en torno a la amenaza soviética se basa en hechos», decía Cherniaev en su diario. «Las afirmaciones periódicas en el sentido de que no somos una amenaza para nadie no servirán de nada. Si no introducimos un cambio real en nuestra política militar, la carrera armamentística destinada a agotarnos económicamente seguirá adelante».[109]

Los soviéticos echaban de menos la continuidad política y las relaciones confidenciales con la Casa Blanca, a las que se habían acostumbrado durante la época de Nixon y Kissinger. Cárter, en cambio, les hizo ver que los términos de la asociación habían cambiado. Dobrinin intentó en vano reactivar los canales extraoficiales con Cárter a través de Brzezinski. El nuevo presidente estaba decidido a tratar con los soviéticos sin diplomacia secreta. Deseaba manejar la política exterior a través de Vanee y del Departamento de Estado. Además, adoptó la propuesta sobre control de armamento desarrollada por los analistas neoconservadores del senador Jackson, entre los cuales destacaban Richard Perle y Paul Nitze. Dicha propuesta planteaba «recortes en profundidad» en algunos sistemas estratégicos y, sobre todo, la eliminación de la mitad de los cohetes Satán.[110] Ello significa, naturalmente, que el denostado marco de Vladivostok en el que se inscribía el Tratado SALT debía ser desechado. Significaba también que el bando soviético debía perder la mitad de los misiles mejores y de mayor tamaño que tenían almacenados en sus silos, mientras que los norteamericanos sólo tenían que hacer la promesa de no desplegar ningún sistema comparable en el futuro. Aplazaba además la cuestión de la limitación de los misiles de crucero norteamericanos y de los Backfires soviéticos, asunto que los rusos consideraban que estaba casi zanjado.[111]

Brezhnev estaba hecho una furia. Pensaba que había pagado con su propia salud el pacto de Vladivostok. Una nueva propuesta habría significado otra ronda de tira y afloja en el plano interno y en el internacional, algo que el caduco secretario general no podía permitirse. Ordenó a Gromiko, Ustinov y Andropov que redactaran una «carta dura» para Cárter instándole a alcanzar un acuerdo rápido basado en los pactos a los que había llegado con Ford en Vladivostok. En dicha carta, Brezhnev subrayaba que se habría abierto así el camino para una entrevista personal de ambos mandatarios, cuestión de grandísima importancia para el dirigente soviético. Aunque sorprendido por el tono firme del mensaje del secretario general, Cárter se mantuvo en sus trece. Anunció que Vanee se trasladaría a la Unión Soviética con una gran delegación y nuevas propuestas, una de «recortes en profundidad y otra basada en el marco de Vladivostok, pero sin límites en lo referente a los misiles de crucero y los bombarderos Backfire soviéticos». Los militares rusos encontraron inaceptables ambas propuestas. Antes de que Vanee llegara a Moscú, el secretario general se entrevistó con la troika en su dacha; es muy probable que todos los presentes en la reunión decidieran que había llegado el momento de «dar una lección a los americanos».[112]

El rechazo de las propuestas norteamericanas por parte de los soviéticos era inevitable, pero la dureza de sus términos resultó una desagradable sorpresa. En la primera reunión, celebrada el 28 de marzo de 1977, Brezhnev se mostró displicente e irritado. Ni Gromiko ni él disimularon su desprecio por la política de Cárter y algunos de sus comentarios fueron ofensivos para la propia persona del presidente. Interrumpieron a Vanee y ni siquiera le permitieron leer la propuesta que traía de reserva y que habría abierto el camino a una solución de compromiso. La delegación norteamericana volvió a

casa con las manos vacías. Para atizar más el fuego, Gromiko denunció las propuestas de los norteamericanos en una conferencia de prensa convocada especialmente a tal efecto. Como luego diría Vanee, «nos dieron un buen chasco y nos dijeron que nos fuéramos por donde habíamos venido».[113]

La salud de Brezhnev fue definitivamente un factor determinante del fracaso de Moscú, pero el nuevo abismo que se había abierto entre las prioridades políticas de uno y otro bando era mucho más importante. Particularmente trascendental fue el hecho de que los soviéticos quisieran alcanzar una paridad numérica, cosa que resultaba intolerable para los norteamericanos, que hasta entonces habían trozado de una clara superioridad. Incluso diez años después, cuando Ronald Reagan y Mijail Gorbachov firmaron un tratado sobre la eliminación de misiles de alcance medio, no lograron ponerse de acuerdo respecto a la consecución de un marco global para el resto del armamento estratégico.[114]

El choque en lo referente a los derechos humanos fue también otro síntoma del abismo cada vez mayor que separaba al Kremlin de la Casa Blanca. Después de varios años tratando con un hombre pragmático como Kissinger, los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que Cárter sólo pretendía meter ruido y hacer propaganda a sus expensas. Sencillamente, los dirigentes del Kremlin, producto de la cultura política estalinista, no podían concebir por qué el presidente prestaba tanta atención al destino de unos cuantos disidentes. Gromiko prohibió incluso a sus secretarios poner sobre su mesa información sobre este asunto. En una conversación con Vanee, llegó a preguntarse: ¿Por qué la Casa Blanca no subrayaba los aspectos constructivos de la política exterior soviética como lo hacía Moscú?[115] Andropov llevaba insistiendo largo tiempo en que las campañas sobre derechos humanos no eran más que «intentos por parte del adversario de activar a los elementos hostiles de la URSS proporcionándoles ayuda material, financiera o de cualquier otro tipo».[116] Nadie se dio cuenta en aquellos momentos de que el fracaso de las conversaciones de Moscú suponía el fin de la asociación soviético-norteamericana al máximo nivel, importantísimo mecanismo de la distensión. En febrero de 1977, Brezhnev, por consejo de Gromiko, escribió una carta a Cárter diciéndole que se reuniría con él sólo cuando el Tratado SALT estuviera listo para la firma. En consecuencia, la próxima cumbre soviético-norteamericana no se produciría hasta junio de 1979, en Viena, cuando Brezhnev estaba ya al borde de la desintegración física y mental.[117]

Ahora resulta fácil considerar el período inmediatamente posterior al año 1977 la época del inexorable empeoramiento de las relaciones soviético-norteamericanas. Los especialistas han analizado las áreas y los acontecimientos más importantes que, en su opinión, contribuyeron a producir este resultado: la continuación del intervencionismo soviético en África; el lento y en último término inútil proceso de control de armamento; y el clima cada vez más antisoviético reinante en la política interior de Estados Unidos. Pero todos esos problemas y todas esas dificultades ya habían existido antes, y pese a todo había florecido la distensión. Y ni siquiera otros obstáculos mayores impedirían que Reagan y Gorbachov se convirtieran en socios en las negociaciones que entablarían más tarde, en los años ochenta. Llega uno a la conclusión de que la distensión habría podido continuar, a pesar de todos estos problemas, si Brezhnev hubiera seguido dispuesto a hacer un determinado esfuerzo por mantener una asociación política con los dirigentes norteamericanos. Esta conclusión no implica menospreciar la complejidad de las relaciones internacionales y de los procesos de toma de decisión propios del régimen soviético y de la democracia estadounidense. Subraya, en cambio, el papel trascendental de las personalidades de más relieve y su voluntad política en una coyuntura crítica de la historia internacional, en la que empezaron a surgir nuevas oportunidades y nuevos peligros.

La falta de ideas claras sobre la Unión Soviética que caracterizaba a Cárter tuvo en la anulación de la distensión un papel tan importante como el que tuvieron las creencias de



Brezhnev en su concepción. Debido a la influencia de Brezhnev y de los críticos neoconservadores de su propio país, el presidente norteamericano empezó a sospechar que la Unión Soviética era una potencia temeraria e imprevisible, confundiendo al anciano dirigente del Kremlin, siempre sensible a cualquier estímulo, con el liderazgo pendenciero y militante de Nikita Jrushchov. En mayo de 1978, Cárter escribió a Brezhnev diciéndole que «la combinación que suponían el incremento del poder militar soviético y la miopía política alimentada por las ambiciones de gran potencia podía llevar a la URSS a intentar explotar los disturbios locales, especialmente en el Tercer Mundo, e intimidar a nuestros amigos, con el fin de obtener ventajas políticas y finalmente incluso la hegemonía política. Por eso me tomo muy en serio las actividades soviéticas en África y por eso me preocupa el refuerzo militar de la URSS en Europa. Veo además que algunos planes soviéticos apuntan hacia el océano Indico a través de Asia Meridional, y quizá al envolvimiento de China». Con el fin de contener a los soviéticos en África, Brzezinski y el secretario de Defensa, Harold Brown, efectuaron una jugada de *Realpolitik*, un acercamiento a Beijing destinado a utilizar la «carta china» contra los soviéticos. Vanee se opuso a dicha política calificándola de peligrosa para las relaciones soviético-estadounidenses, pero Cárter se puso de parte de Brzezinski y Brown. Envió al primero de ellos a Beijing con amplios poderes para normalizar las relaciones con la China comunista. Esta decisión, observa Raymond Garthoff, desencadenó una serie de acontecimientos que tendrían unas consecuencias mucho más amplias y profundas que lo que permitía el comportamiento de la URSS en aquellos momentos. Más o menos por esa misma época, Dobrinin dijo a Averell Harriman, que intentaba defender la política de la administración norteamericana, que nada impediría ya «cambiar el clima emocional reinante actualmente en Moscú».[118] El ciclo acción-reacción, tan pronunciado en las relaciones soviético-norteamericanas antes del viaje de Nixon a Moscú en mayo de 1972, volvía a estar en vigor.

El Politburó, por su parte, no fue en absoluto capaz de entender la profundidad de las motivaciones de Cárter para desarrollar el control de armamento y reducir las tensiones. Por el contrario, Brezhnev y sus socios pensaron que el presidente era un peón en manos de sus consejeros. Gromiko comentó en privado a Vanee que «Brzezinski ya se ha superado» haciendo afirmaciones cuya «finalidad es situarnos de nuevo casi en el período de la Guerra Fría». En junio de 1978, Brezhnev se quejó en el Politburó de que Cárter «no sólo está cayendo bajo la influencia habitual de los tipos más descaradamente antisoviéticos y de los líderes del complejo de industria militar de Estados Unidos. Pretende luchar por la reelección como presidente escudándose en la bandera de la política antisoviética y de la vuelta a la Guerra Fría». Dos meses después, llegó a Moscú otra evaluación poco halagüeña a través de la «carta política» trimestral enviada por la embajada soviética en Washington. El comunicado llegaba a la conclusión de que Cárter estaba reevaluando las relaciones entre su país y la URSS. «La iniciativa de esta situación ha salido de Brzezinski y varios consejeros presidenciales de asuntos internos; han convencido a Cárter de que lograría detener el proceso de deterioro de su posición dentro del país emprendiendo claramente una marcha más hostil hacia la Unión Soviética». El informe citaba al líder del partido comunista de Estados Unidos, Gus Hall, que se refería a Brzezinski como el «Rasputín del régimen de Cárter».[119]

La cumbre de Viena de junio de 1979 demostró que en unas circunstancias distintas Brezhnev y Cárter habrían podido ser buenos socios. El presidente se mostró considerado y paciente: intentó a todas luces encontrar algún tipo de vínculo emocional con el líder soviético. Tras la firma de los acuerdos SALT, el presidente se volvió de repente hacia Brezhnev y lo abrazó. Entregó discretamente al secretario general el borrador de propuesta para la siguiente ronda de conversaciones sobre control de armamento, en el que se abordaba la reducción de los sistemas estratégicos. Se abstuvo incluso de hacer la habitual alusión a la cuestión de los derechos humanos. A pesar de su debilidad, Brezhnev

se sintió conmovido y más tarde comentaría a sus colegas que Cárter era «al fin y al cabo, bastante buen chico». En el curso de la despedida, el presidente norteamericano se volvió hacia el intérprete ruso, Viktor Sujodrev, y le dijo con su famosa sonrisa: «Vuelva a Estados Unidos y traiga a su presidente con usted».[120] Seis meses después, los soviéticos invadían Afganistán.



¡BIENVENIDOS A AFGANISTÁN!

Los miembros del Politburó, especialmente la troika formada por Gromiko, Andropov y Ustinov, siguieron sin entender la distensión y considerándola primordial y casi exclusivamente consecuencia de la «nueva correlación de fuerzas» y del poderío militar soviético. Durante algún tiempo, dio la sensación de que esos errores de percepción no iban a ser fatales. Pero Afganistán lo cambió todo. El golpe de estado dado por los militares en la remota Kabul en abril de 1978 llevó a un grupo de izquierdistas sectarios al poder. Inmediatamente proclamaron la «Revolución de Abril» y apelaron a la Unión Soviética en busca de ayuda. Los soviéticos no tenían nada que ver con aquel asunto y no estaban precisamente muy preparados para hacerle frente. Según los testimonios más recientes, incluso el KGB se enteró del golpe de estado izquierdista *postfacto*. Como señala Raymond Garthoff, Richard Nixon y su aliado en la región, el *Sha* de Irán, probablemente movieran la primera piedrecita que dio lugar a la avalancha de acontecimientos que afectaron a Afganistán. En 1976 y 1977, el *Sha* convenció al presidente afgano, Mohammed Daoud, de que abandonara su alineación al lado de la Unión Soviética y arremetiera contra los izquierdistas de su país.[121] Irónicamente, el régimen del *Sha* cayó poco después de que la situación en Afganistán empezara a aclararse. El equilibrio de la región quedó destruido, con unas consecuencias desastrosas para la posteridad.

Desde el punto de vista del Kremlin, la proximidad de Afganistán a la frontera soviética y a Asia Central hacía que la «revolución» en este país fuera distinta de otros casos de África, por lo demás similares. La creciente inestabilidad de las fronteras del sur no hizo sino intensificar la tentación de convertir a Afganistán en un satélite estable, sometido firmemente a la tutela de la URSS. En el KGB se impuso la sombría mentalidad propia de la Guerra Fría. Como recuerda un antiguo alto funcionario del KGB, Afganistán pertenecía, a su juicio, a la esfera de intereses soviética y, por lo tanto, la URSS «debía hacer todo lo posible para evitar que los americanos y la CIA instalaran allí un régimen antisoviético». Tras el golpe de 1978, los contactos afgano-soviéticos proliferaron rápidamente a través de los canales establecidos por el Ministerio de Defensa, el KGB, el Ministerio de Asuntos Exteriores, y una legión de organismos y ministerios relacionados, entre otros asuntos, con la economía, el comercio, la construcción y la educación. Sobre Kabul cayeron innumerables delegaciones del partido y consejeros de Moscú y de las repúblicas soviéticas de Asia Central. Es indudable que los motivos que impulsaban a los dirigentes políticos y burócratas rusos eran los mismos que los habían movido durante la lucha por África. Dicho sea de paso, los representantes y asesores soviéticos desplazados a Afganistán gozaban de los mismos elevados sueldos en divisas extranjeras que sus colegas habían recibido en Angola, Etiopía, Mozambique, Yemen del Sur y otros países del Tercer Mundo, en los que llevaban a cabo el «deber internacionalista» de «ayudar a los regímenes de orientación socialista».[122]

Rápidamente, los asesores y visitantes soviéticos cayeron en la trampa de la desabrida política revolucionaria. Los líderes de la facción Khalq, el primer ministro Nur Mohammad Taraki y su emprendedor lugarteniente, Hafizullah Amin, empezaron a purgar al grupo rival Parcham. Los dirigentes afganos creían en el terror revolucionario y se inspiraron en las purgas estalinistas. En septiembre de 1978, Boris Ponomarev, del Comité Internacional, se trasladó en misión secreta a Afganistán para advertir a Taraki de que la Unión Soviética lo abandonaría si continuaba destruyendo a los demás revolucionarios. Estas advertencias, así como las llamadas a la unidad efectuadas por los soviéticos, cayeron en saco roto. Los revolucionarios afganos creían —y no se equivocaban— que la Unión Soviética

sencillamente no podía permitirse el lujo de abandonarlos a su suerte. Poco antes de que Ponomarev llevara a cabo su misión, el titular de la Dirección General de Inteligencia del KGB, Vladimir Kriuchkov, visitó Kabul y firmó un acuerdo sobre colaboración de los respectivos servicios secretos y cooperación. El objetivo principal del acuerdo era «luchar contra la presencia cada vez mayor de la CIA en Kabul y en todo Afganistán».[123] El 5 de diciembre de 1978, Brezhnev y Taraki se entrevistaron en Moscú y firmaron el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación. Taraki regresó a Kabul convencido de que Brezhnev lo apoyaba personalmente. En efecto, el secretario general encontró de su agrado al líder afgano, engañosamente caballeroso.[124]

En marzo de 1979, Moscú se despertó con una terrible noticia. La ciudad y la comarca de Herat se habían sublevado contra el régimen del Khalq y una chusma de insurgentes había matado brutalmente a los funcionarios de Kabul, a sus asesores soviéticos y a sus familias. Taraki y Amin hicieron desesperados llamamientos a Moscú solicitando la intervención militar soviética «para salvar la revolución». Fue la primera señal importante de que había entrado en escena otra fuerza, el nacionalismo militante afgano y el fundamentalismo islámico. Una vez más el Politburó había sido cogido por sorpresa y no estaba preparado para analizar debidamente este nuevo acontecimiento. Las discusiones que tuvieron lugar en el Kremlin revelan con pasmosa claridad los peligros del liderazgo ficticio de Brezhnev en una situación de crisis. Al principio de la discusión, la troika encargada de la política exterior defendió la intervención militar para salvar al régimen de Kabul. Acordaron que «perder Afganistán» como parte integrante de la esfera de influencia soviética habría sido inaceptable, desde el punto de vista geopolítico e ideológico. Brezhnev se hallaba ausente, descansando en su dacha. La tendencia intervencionista ganó fuerza rápidamente.[125]

Al día siguiente, todo había cambiado: todo el apoyo a la intervención se había evaporado literalmente de la noche a la mañana. Ustinov fue el primero en airear la verdad: el régimen de Kabul pretendía que las tropas soviéticas lucharan contra el fundamentalismo islámico, peligro que habían creado los propios dirigentes afganos con sus reformas radicales. Andropov arguyó que «no podemos sostener la revolución en Afganistán sólo con la ayuda de las bayonetas, y además es algo que no nos podemos permitir en absoluto». Gromiko salió con otro argumento: «Todo lo que hemos hecho en los últimos años con tanto esfuerzo en términos de distensión de las relaciones internacionales, de reducción de armamento, y muchas más cosas, todo ello se vendría abajo. Naturalmente China se encontraría con un magnífico regalo. Todos los países no alineados se pondrán en nuestra contra». El ministro de Asuntos Exteriores recordó también al Politburó que la intervención militar habría provocado la cancelación de la cumbre con Cárter en Viena y también la de la visita del presidente francés, Giscard d'Estaing, prevista para finales de marzo.[126]

¿A qué se debió este cambio? Las nuevas informaciones, especialmente una conversación telefónica entre Kosygin y Taraki, clarificaron la realidad existente en Afganistán. Un factor aún más decisivo, sin embargo, debió de ser la intervención personal de Brezhnev y la Posición de su asistente en materia de política exterior, Alexandrov-Agentov.[127] Como dijo Gromiko, Brezhnev mantenía su apuesta por la distensión. Su interés en firmar el acuerdo SALT con Estados Unidos y en evitar cualquier cosa que pudiera complicar sus entrevistas con otros dirigentes occidentales acabó teniendo un peso decisivo. Además, por naturaleza consideraba cualquier intervención militar un arma que debía emplearse sólo como último recurso. Brezhnev se presentó personalmente en el Politburó, que se hallaba en sesión permanente desde hacía tres días, para oponerse a la intervención. Cuando Taraki llegó a Moscú trasladado en un avión militar soviético, se le comunicó que los rusos no desplegarían fuerzas en Afganistán. Los soviéticos prometieron nuevas ayudas al ejército afgano y presionaron a Irán y Pakistán para que limitaran la



penetración de fuerzas radicales islámicas en territorio afgano. Tras escuchar la breve respuesta de Taraki, Brezhnev se levantó y salió de la habitación, como dando a entender que el asunto había concluido.[128]

La decisión de no intervenir, sin embargo, no parece que fuera definitiva. La inicial postura intervencionista de la troika auguraba problemas en el futuro. No se renunció al ilusorio proyecto de conducir a Afganistán «por la senda de la reforma socialista». De hecho, Gromiko, Andropov, Ustinov y Ponomarev lo reafirmaron en el memorándum que presentaron al Politburó poco después de que Taraki abandonara Moscú. En consecuencia, las inversiones materiales soviéticas en el régimen de Kabul aumentaron y el número de asesores soviéticos, sobre todo militares y del KGB, ascendía, según ciertos cálculos, a cuatro mil.[129]

Todo ello se reveló fatal cuando se produjo la siguiente lucha por el poder en Afganistán entre Taraki y Amin. La verdad es que el resultado habría sido previsible. Hafizullah Amin era un líder mucho más astuto y eficaz, con unos atributos personales y un estilo que recordaban mucho a los del dirigente iraquí Saddam Hussein. El modelo del papel de Amin era Iosif Stalin; se apoyó en la fuerza bruta para construir el régimen y estaba dispuesto a asumir grandes riesgos con tal de alcanzar sus ambiciosos objetivos. La energía demostrada a la hora de construir el ejército afgano y de sofocar la revuelta en Herat le ganó las simpatías de los asesores militares soviéticos. Brezhnev, sin embargo, estaba de parte de Taraki. A primeros de septiembre de 1979, el primer ministro afgano hizo una parada en Moscú cuando regresaba a su país después de una reunión de los países no alineados en La Habana. Brezhnev y Andropov le dijeron que Amin planeaba dar un golpe de estado contra él y que acababa de retirar a sus hombres de los puestos clave en los servicios de seguridad. Hay buenas razones para creer que tras esta conversación, el KGB, junto con la embajada soviética en Kabul, intentaron quitar de en medio a Amin, pero que la conjura fracasó. Al margen de lo que pudiera ocurrir, Amin detuvo a Taraki y el 9 de octubre ordenó que lo estrangularan en su celda. A continuación, Amin expulsó al embajador soviético.[130] De repente, el asesinato del favorito de Brezhnev implicó personal y emocionalmente al secretario general en los asuntos de la revolución afgana. Parece que Brezhnev dijo a Ustinov y a Andropov: «¿Qué clase de chusma es ese Amin? ¡Ahorcar al hombre con el que participó en la revolución! ¿Quién lleva ahora el timón de la revolución afgana? ¿Qué dirá la gente de los demás países? ¿Puede alguien confiar en las palabras de Brezhnev?». A partir de ese momento los ánimos empezaron a decantarse a favor de la intervención militar y de la eliminación de Amin. Se cuenta que Alexandrov-Agentov dijo a un funcionario del Departamento Internacional que era necesario enviar tropas a Afganistán.[131]

La rápida escalada de la revolución en Irán a partir de enero de 1979, la proclamación de la República Islámica de Irán el 31 de marzo de ese mismo año, y el rápido crecimiento del apoyo iraní a los fundamentalistas rebeldes del sudoeste de Afganistán probablemente contribuyeron a la revisión de la decisión de no intervenir. Los dirigentes del Kremlin no podían saber que la revolución iraní iba a inaugurar una nueva era de radicalización del islam que sobreviviría a la Guerra Fría y a la Unión Soviética. Sospecharon y al principio exageraron burdamente la implicación de los norteamericanos en el desarrollo del movimiento fundamentalista en Afganistán. Ustinov, Andropov y Alexandrov-Agentov en particular empezaron a pensar en Afganistán exclusivamente a la luz de la rivalidad de suma cero entre soviéticos y norteamericanos.[132] La entrada de fuerzas estadounidenses en el golfo Pérsico tras la captura de la embajada norteamericana por los radicales islámicos el 4 de noviembre de 1979, alarmó al estado mayor del ejército. El general Valentín Varennikov recordaría más tarde que en aquellos momentos «nos preocupaba que si Estados Unidos se veían obligados a salir de Irán, trasladaran sus bases a Pakistán y se apoderaran de Afganistán». El ministro de defensa, Ustinov, planteó supuestamente

la siguiente pregunta: si los norteamericanos hacen todos estos preparativos ante nuestras propias narices, ¿por qué íbamos nosotros a tener que agachar la cabeza, actuar con cautela y perder Afganistán?[133] En estas circunstancias, los informes del KGB desde Kabul diciendo que Amin estaba haciendo un doble juego y que se entrevistaba en secreto con los norteamericanos resultaron especialmente inquietantes. La traición de Sadat unos cuantos años antes había preparado el terreno para que proliferaran las sospechas.

La decisión soviética de eliminar a Amin y «salvar» Afganistán constituye un caso notable de «pensamiento de grupo» al nivel más alto de la dirección de la URSS, y sobre todo entre los miembros de la troika encargada de elaborar la política del país. En un determinado momento, entre los meses de octubre y noviembre, Andropov respaldó la postura de Ustinov y los dos empezaron a tramar la invasión. Luego Gromiko y Alexandrov-Agentov dieron su consentimiento. Los protagonistas mantuvieron los preparativos en el más absoluto secreto y a espaldas del resto del Politburó y de los analistas de su propia plana mayor. Desde el punto de vista de la troika, la tarea más importante era conseguir que Brezhnev se sumara a la trama. A comienzos de diciembre de 1979, Andropov le presentó una serie de argumentos a favor de la invasión. Según le decía en una carta: «Ahora no existe la menor garantía de que Amin no se pase a Occidente para asegurarse su poder personal». La carta proponía llevar a cabo un golpe de estado contra Amin y llevar al poder en Kabul a la facción de revolucionarios afganos en el exilio.[134]

Recientes investigaciones han demostrado que los argumentos fundamentales de Andropov acerca de la inminente traición de Amin se basaban en unas pruebas sorprendentemente inconsistentes. Parece que el director del KGB desempeñó el mismo papel que desempeñara en 1968 durante la crisis de Checoslovaquia: utilizó la información y la desinformación para inducir a Brezhnev a decidirse por la intervención. El 8 de diciembre, Andropov y Ustinov hablaron al secretario general de la posibilidad del despliegue en Afganistán de misiles de corto alcance norteamericanos cuyo objetivo habrían sido las instalaciones militares de la URSS en Kazajstán y Siberia. Ustinov propuso aprovechar las reiteradas peticiones de tropas soviéticas que había hecho Amin y enviar varias divisiones a Afganistán para asegurar su relevo con tranquilidad. La intención original era retirar esas tropas inmediatamente después de que se estableciera un nuevo régimen.[135]

Incluso en aquellos momentos la preocupación por las graves consecuencias de todo aquello para la distensión habría podido una vez más vencer los argumentos a favor de la intervención. Pero en esta ocasión ni Brezhnev ni Gromiko pusieron objeciones. En el otoño de 1979, la distensión parecía estar cayendo en picado y a punto de precipitarse al abismo. La pequeña dosis de buena voluntad generada por la cumbre Brezhnev-Carter se había evaporado. Debido a la insistencia de varios senadores demócratas, la Casa Blanca provocó una falsa alarma en torno a la presencia de una brigada soviética en Cuba, acusación que había sido completamente inventada. Este hecho contribuyó a intensificar en Moscú la sospecha de que en Washington alguien había decidido desafiar a la Unión Soviética en toda regla.[136]

La «gota que colmó el vaso» y que hizo que la balanza se decantara a favor de la intervención fue la decisión de la OTAN de desplegar una nueva generación de armas estratégicas nucleares —misiles Pershing y misiles de crucero— en Europa Occidental. Esta decisión, tomada oficialmente en una reunión especial de los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa de los países de la OTAN en Bruselas el 12 de diciembre, había sido pronosticada por los analistas soviéticos unos días antes. Dio validez a los argumentos de Ustinov y Andropov quienes, en su reunión con Brezhnev, el 8 de diciembre, subrayaron que el problema de Afganistán se había convertido en un elemento



más de una situación de empeoramiento estratégico y que los misiles de corto alcance norteamericanos podían ser desplegados también en ese país.[137]

La cúpula del ejército soviético fue el último grupo que intentó expresar sus objeciones a la intervención prevista. El jefe del alto estado mayor, el mariscal Nikolai Ogarkov, expresó sus reservas y las de sus colegas ante Brezhnev y la troika en una conversación informal antes de la sesión del Politburó acerca de Afganistán celebrada el 10 de diciembre. Citó los peligros que habría supuesto para las tropas soviéticas verse atascadas en unas condiciones arduas y con las que no estaban familiarizadas, y recordó a los dirigentes políticos que los temores de las actividades hostiles de los norteamericanos en la región eran imaginarios. En vez de discutir las preocupaciones de Ogarkov, Ustinov, cuyas relaciones con el mariscal eran tensas, le dijo que se callara y que obedeciera a sus superiores. Unos minutos después, en la sesión del Politburó, Ogarkov intentó de nuevo advertir a los presentes de las serias consecuencias que podía tener la invasión. «Alinearíamos a todo el mundo islámico de Oriente contra nosotros y sufriríamos un deterioro político en todo el mundo». Andropov lo cortó: «¡Céntrese en los asuntos militares! ¡Déjenos a nosotros la elaboración de la política, al partido y a Leonid Ilich!». Ese día, el Politburó no tomó ninguna decisión. Dos días después, el 12 de diciembre, Andropov, Ustinov y Gromiko se enteraron de que la OTAN había decidido desplegar misiles Pershing y misiles de crucero en Europa. Esta vez el Politburó aprobó el plan de Ustinov-Andropov de «salvar» Afganistán mediante la combinación de un golpe de estado y la intervención militar. Brezhnev, muy débil, pero visiblemente emocionado, estampó su firma en la decisión que daba vía libre a la intervención.[138]

La burda incompetencia con la que los soviéticos llevaron a cabo la invasión hizo que resultara inútil el pretexto oficial presentado por Moscú en el sentido de que el propio gobierno de Kabul había pedido a la Unión Soviética que lo defendiera. La torpeza del KGB agravó además el problema. Al principio, unos agentes soviéticos intentaron envenenar a Amin, pero como el veneno no surtió efecto, unos comandos asaltaron su palacio, provocando un verdadero baño de sangre. La airada reacción de Estados Unidos y de la comunidad internacional ante aquel sangriento golpe hizo que se viniera abajo todo el edificio de la distensión de las superpotencias. Existen pruebas de que Brezhnev tomó como algo personal el desmantelamiento de la distensión por Washington y que apenas supo entender que la intervención en Afganistán había sido un gran error. Su consejero de política exterior recordaría más tarde que el secretario general se lamentó en una ocasión ante Andropov y Ustinov: «¡Vosotros me habéis metido en este lío!».[139]

La carrera de Brezhnev como estadista había llegado a su fin; a un final muy triste. Cherniaev anotó en su diario: «No creo que nunca en la historia de Rusia, ni siquiera con Stalin, haya habido un período en el que se emprendieran unas acciones tan importantes sin el menor rastro de discusión, asesoramiento o deliberación. Entramos en un período peligrosísimo en el que el círculo de los gobernantes no puede apreciar plenamente qué es lo que está haciendo y por qué».[140] Cherniaev y otros funcionarios «ilustrados» esperaban que se produjera un milagro que ayudara a la Unión Soviética a superar aquella peligrosa situación.

9

La salida de la vieja guardia, 1980-1987

> El cupo de intervenciones en el extranjero se ha agotado.
>
> ANDROPOV,
> otoño de 1980

A comienzos de los años ochenta la historia de la confrontación entre las superpotencias parecía repetirse. La vertiginosa carrera armamentística, las batallas encubiertas entre los servicios secretos por todo el mundo y la feroz guerra psicológica hacían que la situación se pareciera a la vivida durante los últimos años de gobierno de Stalin. La administración Reagan pretendía que el imperio soviético se replegara, lo mismo que habían buscado los gobiernos de Truman y Eisenhower a comienzos de los años cincuenta. En Occidente algunos presagiaban que se entraba en un decenio peligroso y que «la Unión Soviética se atrevería a empezar una guerra nuclear si sus líderes consideran que la integridad del imperio está en peligro».[1]

El presente capítulo se centra principalmente en el comportamiento del Kremlin ante la perspectiva de un aumento de las confrontaciones. Los últimos años de gobierno de Brezhnev y los dos siguientes de interregno bajo la autoridad de Yuri Andropov y Konstantin Chernenko constituyeron un período de deterioro de los cimientos Políticos y financieros del poder soviético. Los analistas occidentales, incluidos los de la CIA, sospechaban que la economía soviética atravesaba dificultades y que la influencia soviética en Europa Central se debilitaba. Pero no imaginaban hasta qué punto eso era así. El movimiento Solidaridad surgido en Polonia en 1980 y 1981 y la creciente dependencia que tenían otros países del Pacto de Varsovia del poder económico y financiero de los estados capitalistas occidentales socavaban el imperio erigido por Stalin. Los líderes del Kremlin carecían de la voluntad política y la iniciativa necesarias para detener la erosión del poder soviético. Entre 1981 y 1985 las autoridades de Moscú no contemplaron en ningún momento algo que se pareciera a unos preparativos para enfrentarse definitivamente con Occidente.[2]



POLONIA: LA QUIEBRA DE UNA PIEDRA ANGULAR

En agosto de 1980 las huelgas laborales en Gdansk dieron lugar a una crisis del régimen comunista polaco. El vertiginoso éxito de Solidaridad, en especial la impresionante coordinación y eficiencia de ese movimiento democrático aparentemente caótico, llevó a los dirigentes del Kremlin y a algunos asesores a sospechar de la existencia de una «mano oculta», tal vez una «clandestinidad» perfectamente entrenada que recibiera subvenciones desde el extranjero y estuviera dirigiendo la revolución. Y lo peor desde la perspectiva soviética era las numerosísimas muestras internacionales de apoyo que recibían esas «fuerzas antisocialistas». Los informes del KGB hablaban de los lazos existentes entre Solidaridad, la Iglesia católica de Polonia, el Vaticano y las organizaciones de emigrados polacos que había en Estados Unidos. Zbigniew Brzezinski y el papa Juan Pablo II aparecían citados como los instigadores más peligrosos de los acontecimientos de Polonia.[3]

La revolución polaca se desbordó, tanto desde el punto de vista político como psicológico, hasta llegar a las tierras fronterizas de la propia Unión Soviética. En 1981 el KGB informaba sobre huelgas masivas en ciertas plantas industriales y fábricas en las repúblicas bálticas, especialmente en Letonia, que estaban influenciadas por el movimiento de los trabajadores polacos.[4] En la primavera de 1981 Yuri Andropov, del KGB, comunicaba al Politburó que «los acontecimientos de Polonia están influyendo en la situación actual de las provincias occidentales de nuestro país, sobre todo en Bielorrusia». Las autoridades soviéticas decidieron dejar caer un nuevo telón de acero en sus fronteras con Polonia, cerrando cualquier forma de turismo, los programas estudiantiles y los intercambios culturales con ese país «hermano». Se suspendieron las suscripciones a los periódicos y revistas de Polonia y se cortaron las emisiones de las radios polacas.[5]

Muchos ciudadanos soviéticos y de todo el mundo aguardaban llenos de tensión la siguiente respuesta del Kremlin al movimiento Solidaridad. Diversos expertos en política exterior del Comité Central en Moscú y varios miembros del Consejo Nacional de Seguridad en Washington temían que se desencadenara una reacción que les era familiar: una invasión soviética, como la de Checoslovaquia en 1968. Leonid Brezhnev, sin embargo, no estaba preparado para dar un paso semejante. Incluso en su senilidad, el secretario general, cada vez más distanciado e irritado, no quería dar su consentimiento a una nueva operación militar, y menos aún si iba dirigida contra los polacos.[6]

La determinación de Brezhnev de no intervenir en Polonia sólo la conocían los miembros de un círculo muy reducido. Por aquel entonces, el secretario general estaba prácticamente desaparecido del Kremlin y se había convertido en una especie de recluso en su dacha oficial. En su ausencia, la troika formada por Andropov, Ustinov y Gromiko monopolizaba todas las cuestiones relativas a la seguridad del estado. Mijail Suslov también desempeñaría un papel importante y notorio: fue nombrado presidente de la comisión especial para la crisis de Polonia creada por el Politburó. De todos ellos, el ministro de Defensa, Dmitri Ustinov, era el que más razones tenía para insistir en una intervención militar: era necesario asegurar Polonia porque constituía un nexo crucial entre el Grupo de Fuerzas Soviéticas presente en Alemania y la URSS. El Pacto de Varsovia no tenía sentido sin Polonia; de hecho, su cuartel general se encontraba cerca de la ciudad polaca de Legnice. Hubo varias ocasiones en las que los subordinados de Ustinov, principalmente el mariscal Viktor Kulikov, comandante en jefe de las fuerzas conjuntas del Pacto de Varsovia, exigieron que «se salvara» Polonia a cualquier precio.[7]

El presidente del KGB, Yuri Andropov, era una figura importantísima en el círculo de toma de decisiones del Politburó. Había defendido con vehemencia que la Unión Soviética

invadiera Hungría, Checoslovaquia y Afganistán. Sin embargo, en el otoño de 1980 realizaría el siguiente comentario a uno de sus subordinados de confianza: «El cupo de intervenciones en el extranjero se ha agotado».[8] Andropov ya había empezado a posicionarse como probable sucesor de Brezhnev y se daba cuenta de que otra intervención militar podría resultar desastrosa para su carrera. La invasión de Polonia habría acabado con cualquier posibilidad de distensión en Europa, que ya estaba pendiente de un hilo a raíz de la intervención en Afganistán. Incluso habría podido significar el colapso de todo el proceso de Helsinki, el mayor logro del estado soviético en la década de los setenta.

Hasta Suslov llegaría a la conclusión de que era preferible aceptar a unos cuantos socialdemócratas en el gobierno comunista polaco que recurrir a una intervención militar.[9] Sin embargo, esto no significaba que el Kremlin renunciara a Polonia. El Politburó empezó a decantarse por «el escenario Pilsudski», esto es, por una dictadura nacionalista-militarista similar al régimen establecido por Josef Pilsudski en los años veinte. Entre los candidatos a convertirse en un «Pilsudski del comunismo» figuraban el primer secretario polaco, Stanislaw Kania, y el jefe de las fuerzas armadas de Polonia, el general Wojciech Jaruzelski. En diciembre de 1980 Brezhnev diría a Kania las siguientes palabras de un guión ya preparado: «Si vemos que van a derrocarte, entonces entraremos». Toda la reunión que mantuvieron tenía por objetivo intimidar a Kania con la perspectiva de una invasión soviética, para obligarlo a tomar medidas drásticas contra el movimiento Solidaridad.[10] Pero el líder del partido polaco carecía de la determinación y el temperamento necesarios para llevar a cabo el golpe de estado que le proponían. Leonid Zamiatin, alto funcionario de la propaganda soviética, regresó de Varsovia con la impresión de que el líder del partido polaco sufría un agotamiento nervioso que lo había llevado a buscar refugio en la bebida.[11] Así pues, la manera de obligar a las autoridades polacas a entrar en acción consistía en hacer creer a Kania y a todo su séquito que la invasión soviética era inminente. Para que el plan surtiera efecto, se organizó —coincidiendo con la reunión— un ejercicio militar a gran escala de los ejércitos del Pacto de Varsovia en suelo polaco y junto a las fronteras del país. Fue una copia exacta de las acciones llevadas a cabo por los soviéticos en Checoslovaquia antes de que el Kremlin ordenara su invasión.[12]

Doce años antes el objeto de las presiones había sido Alexander Dubcek. Ahora era el turno de Kania. En marzo de 1981 Kania y Jaruzelski volvieron a visitar Moscú, y Ustinov puso como un trapo al líder del partido polaco, al que trató como si fuera un crío. «Camarada Kania», dijo levantando la voz, «¡se nos ha agotado la paciencia! Hay gente en Polonia en la que podemos confiar. ¡Os damos dos semanas de plazo para que restauréis el orden en vuestro país!»[13] Poco después de que la delegación de Polonia abandonara Moscú, las fuerzas del Pacto de Varsovia y el KGB empezaron una campaña a gran escala para intimidar a los polacos en la que no faltaron diversos ejercicios militares que se prolongaron durante tres semanas. La amenaza de Ustinov, sin embargo, fue en vano: los líderes del Kremlin no planeaban ninguna invasión.[14]

Durante el verano de 1981 los soviéticos hicieron todo lo posible por encontrar y organizar unas «fuerzas saludables» dentro del Partido Comunista de Polonia que pudieran ejercer todavía más presión sobre Kania y Jaruzelski. Lo que hallaron los descorazonó: los comunistas partidarios de una línea dura eran una raza en extinción en Polonia, y habían sido reemplazados por individuos cultos de mentalidad reformista, como, por ejemplo, el periodista Mieczyslaw Rakowski, al que muchos en el Kremlin consideraban un peligroso «revisionista de derechas». Los líderes comunistas de la RDA, Hungría y Checoslovaquia, y especialmente el líder rumano, Nicolae Ceaucescu, estaban todavía más preocupados por el desarrollo de los acontecimientos. Durante su encuentro con Brezhnev en la residencia estival del líder soviético en Crimea, todos ellos empezaron



a exigir una intervención militar en Polonia. Sin embargo, Brezhnev fue inflexible en su negativa.[15]

Brezhnev seguía creyendo que podría resucitar el proceso de distensión en Europa y detestaba la idea de una invasión de Polonia. Además, la dimensión económica que podía adquirir la crisis polaca era un verdadero freno tanto para él como para los demás líderes soviéticos. Luchar contra los polacos sería desastroso, pero los costes económicos de una invasión y una ocupación serían igualmente funestos. En agosto de 1981 Cherniaev escribiría en su diario la siguiente reflexión: «La postura de Brezhnev es la más sensata e inteligente. Es bien simple: no podemos permitirnos que Polonia siga dependiendo económicamente de nosotros».[16] En efecto, el Kremlin no disponía de un exceso de recursos que le permitieran sufragar un número cada vez mayor de compromisos. En los años ochenta la Unión Soviética ayudaba o mantenía a sesenta y nueve países satélites y clientes en el mundo. A partir de mediados de los sesenta, más de una cuarta parte del PIB de la URSS sería utilizada todos los años para financiar el desarrollo militar. De manera rutinaria, el régimen tapaba los agujeros de los presupuestos tomando prestados los ahorros de los ciudadanos y con la venta de vodka, amasando en secreto un déficit presupuestario. Otra fuente principal de ingresos la ofrecían las exportaciones de petróleo y gas: entre 1971 y 1980 la Unión Soviética aumentó su producción de petróleo y de gas multiplicándola siete y ocho veces respectivamente, una proporción igualada por el número cada vez mayor de envíos de petróleo y gas subvencionados a los países del Pacto de Varsovia.[17] A partir de 1974, cuando el precio del petróleo se cuadruplicó, Moscú se vio obligada a doblar el precio del petróleo soviético que suministraba a sus aliados del Pacto de Varsovia, compensando a esos países con préstamos a diez años a bajo interés. Para el bien de la economía soviética era necesario reducir esas ayudas tan generosas a los regímenes de Europa Central, pero para el bien del «imperio socialista» y el compromiso del bloque era imprescindible, en cambio, que esas ayudas no sólo continuaran, sino que aumentaran.[18]

Las sanciones económicas impuestas a la URSS por el presidente norteamericano Jimmy Cárter a raíz de la invasión de Afganistán exacerbaron las tensiones económicas que se vivían en el bloque soviético. Las autoridades soviéticas ya no podían obligar a sus regímenes clientes centroeuropeos a compartir las cargas económicas de la nueva Guerra Fría. En una reunión celebrada en Moscú en febrero de 1980, los secretarios del partido de esos países comunicaron a sus camaradas del Kremlin que no podían hacer frente a una reducción de las relaciones económicas y comerciales con Occidente. La dependencia económica de los estados miembros del Pacto de Varsovia respecto de los integrados en la OTAN, problema que hasta entonces sólo había tenido la RDA, afectaba ahora también a Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria.[19] En esencia, los aliados comunistas dijeron a Moscú que tendría que ser tarea exclusiva de la URSS tapar los agujeros de la «comunidad socialista».

La crisis de Polonia puso tristemente de manifiesto la precaria posición de la Unión Soviética como única fuente económica y financiera al servicio del bloque oriental. A partir de agosto de 1980, y durante todo un año, los soviéticos inyectaron cuatro mil millones de dólares a Polonia, sin conseguir resultados visibles. La economía del país siguió decayendo, y el sentimiento antisoviético de su población siguió creciendo. Mientras tanto, continuaba la escasez de alimentos en la URSS, e incluso empeoraba. La agricultura soviética, pese a las colosales inversiones del estado, atravesaba momentos difíciles, y el sistema centralizado de distribución de alimentos se había convertido en un cuello de botella. Productos que eran objeto de importantes subvenciones, como el pan, la mantequilla, el aceite y la carne, comenzaron a desaparecer de las tiendas para ir a parar a los florecientes «mercados negros» donde eran vendidos a precios hinchados. Las colas para comprar comida eran cada vez más largas, incluso en la privilegiada capital soviética.

Ante semejante situación, el Kremlin al final tuvo que pasar la vergüenza de permitir la entrada de ayudas a gran escala procedentes de Occidente para que los polacos no murieran de hambre. En noviembre de 1980 Brezhnev informaba a los líderes de la RDA, Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria que la URSS iba a tener que cortar los suministros de petróleo a esos países, «con el fin de proceder a su venta en el mercado capitalista y utilizar las divisas fuertes obtenidas con las transacciones» para ayudar al régimen polaco.[20] Resultaba evidente que en el caso de que las fuerzas del Pacto de Varsovia invadieran Polonia, la URSS habría tenido que correr con los gastos de la ocupación. Y nadie podía predecir cuáles serían las consecuencias de las sanciones económicas que Occidente habría impuesto a los miembros del COMECON.

El 18 de octubre el primer ministro polaco, el general Wojciech Jaruzelski, sustituyó a Kania como líder del partido. Jaruzelski encarnaba la última esperanza de Moscú. Al contrario de la imagen hostil que se daba de él en Occidente y en la propia Polonia, Jaruzelski no era un robot obediente en manos de los soviéticos. Tras ser deportado a Siberia por el NKVD después de la partición de Polonia en 1939, se convirtió en oficial del ejército polaco financiado por los soviéticos e intervino en la Segunda Guerra Mundial. Hablaba ruso con fluidez, y durante toda su vida había creído que la seguridad desempeñaba un papel fundamental en el futuro de Polonia. También estaba convencido de que sólo la Unión Soviética podía garantizar la integridad territorial de su país. Durante meses, Jaruzelski se negó a imponer la ley marcial, resistiendo a las presiones soviéticas. En noviembre de 1981, sin embargo, tuvo que ceder: Polonia estaba tambaleándose al borde de una grave crisis económica, con la perspectiva de un durísimo invierno sin suficientes alimentos ni combustible. Al mismo tiempo, los líderes moderados de Solidaridad empezaban a perder terreno ante otros grupos más radicales e impacientes que exigían el fin del régimen del Partido Comunista en Polonia. Jaruzelski comenzó a preparar en secreto un golpe de estado. No obstante, tenía al Kremlin en suspenso. Tras una reunión de última hora con el líder polaco, Nikolai Baibakov comunicaría al Politburó que el general se había transformado en un individuo neurótico, «inseguro de su capacidad de reacción». Jaruzelski advirtió repetidas veces a Moscú de que la Iglesia católica de Polonia y Solidaridad podría unir sus fuerzas y «declarar una guerra santa contra las autoridades polacas». El general acabó pidiendo una ayuda económica urgente y poder disponer de soldados soviéticos como refuerzo de la policía y el ejército polacos.[21] Intentaba devolver la pelota a sus extorsionistas del Kremlin.

En una reunión de emergencia del Politburó, Andropov tomó la palabra. El jefe del KGB advirtió de que Jaruzelski quería «echar la culpa de todo» a la Unión Soviética. Dijo con firmeza que la URSS no podía permitirse llevar a cabo una intervención militar bajo ninguna circunstancia, ni siquiera si el movimiento Solidaridad se hacia con el poder. «Debemos preocuparnos ante todo de nuestro propio país y de reforzar la Unión Soviética», concluyó el orador. «Ese es nuestro principio supremo». Andropov sabía que sobre Moscú y Leningrado también se cernía la amenaza de escasez de alimentos, y estaba sumamente preocupado por la estabilidad nacional. La revuelta de los trabajadores polacos hacía que se preguntara si los trabajadores rusos iban a seguir teniendo siempre paciencia.[22]

El jefe del KGB estuvo a punto no sólo de rechazar la llamada «doctrina de Brezhnev», sino también de revisar la versión expansiva del paradigma revolucionario-imperial en la que el Kremlin se había inspirado. Matthew Ouimet llegó acertadamente a la conclusión de que la crisis del movimiento polaco Solidaridad «dejó la doctrina de Brezhnev de soberanía limitada» tan tocada como el hombre que le había dado su nombre. Uno y otra se habían convertido en maniquíes de cartón apuntalados por un poder imperial que se desvanecía; un poder desesperado por preservar su papel en los asuntos internacionales… Aunque



todavía ignoraba el alcance de su gesta, «el pueblo polaco había obligado al coloso soviético a emprender una retirada imperial de la que nunca iba a reponerse».[23]

La imposición de la ley marcial el 13 de diciembre de 1981 por parte de Jaruzelski acabó con el desafío inminente al Pacto de Varsovia. Pero la crisis de Polonia no había acabado; era sintomática de la creciente crisis estructural que sufría todo el bloque. El precio que iba a pagarse por tener a Polonia bajo control seguiría siendo muy alto. Pese a las reticencias de los soviéticos, Jaruzelski recibió en 1981 ayudas económicas por valor de mil quinientos millones de dólares. Grandes cantidades de trigo, mantequilla y carne fueron a parar a Polonia, donde rápidamente se agotaron, como un goteo constante en un pozo sin fondo. Las industrias polacas también recibieron las materias primas que tanto necesitaban, como, por ejemplo, hierro, metales no ferrosos, neumáticos y, lo más importante, petróleo soviético.[24]

La crisis de Polonia fue la más severa de una serie de gravísimas crisis a las que tuvo que hacer frente el Kremlin a comienzos de los ochenta. Por primera vez desde el inicio de la política de distensión y la invasión soviética de Checoslovaquia, los líderes rusos se dieron cuenta claramente de los límites del poder soviético, incluso en las zonas adyacentes a las fronteras de la URSS. Pese a su senilidad, la vieja guardia del Kremlin pareció decantarse por llevar a cabo una reconsideración fundamental de los intereses de la seguridad soviética y la política exterior. Sin embargo, esos hombres no darían un paso definitivo en esa dirección. Miraban hacia atrás, no hacia delante, en busca de soluciones.

EL POLITBURÓ Y REAGAN

Los debates secretos sobre Polonia que se desarrollaban en el Kremlin coincidieron con otra dolorosa cuestión: cómo afrontar la actitud provocadora y beligerante que mostraba la administración Reagan con la Unión Soviética. Reagan estaba perfectamente al corriente a través del coronel Ryszard Kuklinski, un espía estadounidense infiltrado en el alto mando militar del Pacto de Varsovia, de las presiones que ejercía la Unión Soviética en Polonia. Tomaba la imposición de la ley marcial como un insulto a su persona.[25] Estaba firmemente determinado a castigar a la URSS todo lo que pudiera y a maximizar los problemas económicos de los rusos. A partir de diciembre de 1981 instó a los países de Europa Occidental a imponer un embargo a la construcción del oleoducto transcontinental, el «Urengoi-Europa Occidental», proyecto de gran importancia para aumentar en el futuro los ingresos obtenidos por la URSS con la exportación de petróleo. Al final, ni Francia ni Alemania Occidental apoyaron las sanciones de Estados Unidos y, como comentaría un especialista ruso, «Reagan perdió el primer asalto en su combate contra la URSS». La construcción del oleoducto, sin embargo, se vio retrasada durante unos cuantos años debido a una serie de dificultades. Simultáneamente, el director de la CIA, William Casey, y el secretario de Defensa, Caspar Weinberger, aprobaron la puesta en marcha de unas operaciones secretas sumamente provocadoras, como, por ejemplo, ejercicios militares cerca de las fronteras de la URSS y las bases navales soviéticas con la finalidad de ejercer mayor presión sobre el Kremlin. La administración Reagan presionó también a Arabia Saudí y los países de la OPEP para que bajaran drásticamente el precio del petróleo en el mundo. Todas estas revelaciones de los partidarios de la línea dura del gobierno estadounidense, a pesar de su tendencia a la exageración, ponen de manifiesto que la presión de los norteamericanos sobre los soviéticos por aquel entonces se situaba a los mismos niveles que la ejercida en la década de los cincuenta.[26]

Para Andropov. Las acciones de la administración Reagan empezaban a constituir un modelo execrable. En lo que podemos considerar un reflejo de los temores de los norteamericanos por aquel entonces, el jefe del KGB empezó a advertir de que «el gobierno de Washington está intentando llevar todo el proceso de relaciones internacionales por un camino sumamente peligroso que intensifica el peligro de una guerra».[27] En mayo de 1981, Andropov invitó a Brezhnev a una sesión cerrada de funcionarios y oficiales del KGB y, en su presencia, comunicó a la sorprendida audiencia que Estados Unidos se estaba preparando para un ataque nuclear por sorpresa contra la URSS. Dijo que a partir de ese momento debía crearse un nuevo sistema estratégico de alarma, basado en la cooperación del KGB y el GRU (los servicios de inteligencia militar soviéticos). La nueva operación de inteligencia fue bautizada con el nombre de RYAN (siglas de *raketno-yademoye napadeniie*, esto es, «ataque de misiles nucleares» en ruso). Los escépticos profesionales de los servicios de inteligencia pensaron equivocadamente que esa idea absurda venía de Ustinov y el ejército. Desde los años setenta los militares ya no barajaban la posibilidad de que se produjera un ataque eventual por sorpresa de los norteamericanos contra la URSS. El mariscal Sergei Ajromeyev recordaría más tarde que consideró que la situación era «difícil, pero no crítica». De hecho, la operación RYAN fue idea de Andropov exclusivamente. Receloso hasta el punto de resultar algo neurótico, el jefe del KGB tenía viejas visiones de «Barbarroja» y el regreso a los primeros años de la Guerra Fría.[28]

Andropov esperaba poder estimular a la burocracia y la sociedad soviéticas, que estaban anquilosadas. Brezhnev, sin embargo, era contrario a medidas radicales. El secretario general seguía recitando el mantra de la distensión con la esperanza de que



tarde o temprano los norteamericanos decidieran corresponder del mismo modo. Muchos miembros del Politburó confiaban en que Reagan regresara al terreno «realista» de la cooperación con la Unión Soviética. Con la esperanza de cambiar la opinión pública de Occidente mediante gestos simbólicos, Brezhnev pronunció un discurso en junio de 1982, renunciando a ser el primero en utilizar armas nucleares. Poco después, Ustinov declararía públicamente que la Unión Soviética «no cuenta con alcanzar la victoria en una guerra nuclear».[29] Esto significaba un alejamiento *de facto* de la doctrina de ofensiva militar de los años sesenta.

El 10 de noviembre de 1982 Leonid Brezhnev falleció mientras dormía. Prácticamente de inmediato, el Politburó anunció que Yuri Andropov, de 68 años, era el nuevo líder soviético. Por primera vez las autoridades del Kremlin consiguieron evitar las intrigas y las luchas de poder características de las anteriores sucesiones. La tensión de la Guerra Fría seguramente influyera en ello, aunque también estaba el hecho de que el jefe del KGB contaba con todo el apoyo de Ustinov y Gromiko. Trágicamente para Andropov, por aquel entonces ya se hallaba en la fase terminal de una enfermedad renal irreversible.

Andropov recelaba constantemente de Reagan. Cuando el presidente norteamericano envió una carta escrita de su puño y letra a Brezhnev en la que proponía entablar conversaciones sobre el desarme nuclear, Andropov y otros miembros de la troika dirigente del Kremlin calificaron ese gesto de farsa. Mientras tanto las relaciones entre los dos países volvían a caer a su punto más bajo. El 8 de marzo de 1983 el presidente estadounidense habló de la Unión Soviética calificándola de «imperio del mal», rompiendo así con el discurso de las anteriores administraciones que, al menos públicamente, habían evitado poner en tela de juicio la legitimidad del régimen soviético. El 23 de marzo Reagan dejó caer otro bombazo, anunciando la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI en inglés), con el objetivo de hacer que todas las armas nucleares fueran «inefectivas y obsoletas». En opinión del ejército soviético y los líderes del Kremlin, era una amenaza neutralizar todos los misiles balísticos de la URSS, haciendo que la Unión Soviética fuera vulnerable a un primer ataque de los norteamericanos. Además del discurso de Reagan sobre «el imperio del mal» y de la Iniciativa de Defensa Estratégica, las actividades militares y de espionaje de Estados Unidos en todo el mundo aumentaban también la sensación de inseguridad que tenía Andropov. Durante los meses de abril y mayo de 1983 la flota del Pacífico de Estados Unidos sondeó en el curso de unos ejercicios a gran escala las posibles lagunas existentes en la vigilancia oceánica y los sistemas de alarma de la URSS. Los norteamericanos también realizaron simulaciones de asalto a submarinos estratégicos soviéticos con misiles nucleares a bordo. El Kremlin respondió con una intensa serie de ejercicios militares globales, incluyendo, por primera vez, un ensayo general de movilización e interacción con fuerzas nucleares estratégicas. Con ese telón de fondo, la operación RYAN siguió adelante a lo largo de todo el año de 1983; a los agentes del KGB en el extranjero les fue encomendada «la misión permanente de descubrir cualquier preparativo de la OTAN destinado a lanzar un ataque contra la URSS con misiles nucleares».[30]

Con la perspectiva del tiempo transcurrido, algunos veteranos de la administración Reagan considerarían que esa situación fue el origen de los cambios que experimentó posteriormente la postura de los soviéticos. Robert Gates, de la CLA, cree que «la Iniciativa de Defensa Estratégica tuvo un impacto significativo en los líderes políticos y militares soviéticos» al ser presentada bajo la perspectiva de «una nueva carrera armamentística increíblemente costosa en un terreno en el que la URSS difícilmente podía esperar competir con eficacia». Gates es de la opinión de que «la idea de la SDI» convenció «incluso a algunos de los miembros conservadores del gobierno soviético de que era necesario llevar a cabo cambios internos importantes en la URSS».[31] En

realidad, la respuesta soviética fue mucho más ambigua. No había la sensación de catástrofe inminente en los círculos políticos y militares. Un panel de científicos y expertos en negociaciones para el control de armas, encabezado por el físico Evgeni Velijov, llegó a la conclusión de que la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan probablemente no requiriera tomar contramedidas inmediatas. Pero dicha conclusión no pondría punto final al debate. El ejército soviético se dio cuenta de que, a la larga, la SDI podría fomentar el desarrollo de nuevas tecnologías militares. Ustinov puso muchísimo interés en el problema de la SDI. Junto con el presidente de la Academia de las Ciencias, Anatoli Alexandrov, comenzó a planificar una operación a largo plazo que diera respuesta a la iniciativa de Reagan. Diversas personalidades del complejo industrial militar ruso, entre ellas el académico Gersh Budkery el ingeniero de misiles Vladimir Chelomei, presentaron propuestas de una versión soviética de la SDI.[32]

La administración Reagan vendió la SDI al Congreso aduciendo que en un par de años la iniciativa obligaría a los soviéticos a entablar conversaciones sobre desarme nuclear supeditadas a las condiciones impuestas por los norteamericanos. Al principio, sin embargo, sucedería todo lo contrario. Andropov, que apenas llevaba unos días en el cargo, emprendió una campaña contra la corrupción, en pro de la restauración de la disciplina y la vigilancia patriótica.[33] Además, de manera ominosa, lanzó «una última advertencia» a los que desde la Unión Soviética «hacían consciente o inconscientemente de portavoz de los intereses extranjeros, difundiendo todo tipo de habladurías y rumores». Como había sido habitual en el pasado, la política de mano dura y vigilancia suscitó entre las élites y la opinión pública un aplauso general. Mijail Gorbachov, que más tarde expresaría su desacuerdo con la línea dura de Andropov, la apoyó apasionadamente en 1983. Los militares, los oficiales del KGB y buena parte del cuerpo diplomático soviético elogiaron la campaña de Andropov. Años después, un sector considerable de la población rusa, tal vez incluso una mayoría, seguiría recordando a Andropov con respeto y nostalgia.[34]

La gran desconfianza que sentía Andropov hacia la persona de Reagan fue haciéndose cada día más fuerte, reforzada por un mar de sentimientos (desprecio, animosidad y un cierto temor). Anatoli Drobrinin oyó al líder soviético decir lo siguiente: «Reagan es impredecible. Cabe esperar cualquier cosa de él». El 11 de julio de 1983 el presidente norteamericano envió un mensaje personal escrito de su puño y letra a Andropov. Le aseguraba que el gobierno y el pueblo de Estados Unidos estaban dedicados al «desarrollo de la paz» y «la eliminación de la amenaza nuclear». Reagan acababa diciendo que «históricamente nuestros predecesores han hecho grandes progresos cuando las comunicaciones han sido privadas y francas. Si usted desea que nos comuniquemos así, por mi parte estoy plenamente dispuesto». En su círculo más íntimo, el secretario general de la URSS interpretaría esa oferta como «un engaño y un deseo de desorientar al gobierno soviético». Andropov respondió con una carta formal y educada en la que se hacía caso omiso de la proposición de Reagan.[35]

Cuanta más presión ejercía Washington, más firmemente unido se mantenía el Politburó. La guerra psicológica llegó a su momento culminante en septiembre de 1983 con el caso del vuelo KAL-007. Cuando el 1 de ese mes un Boeing-747 de las líneas aéreas coreanas se desvió de su rumbo y sobrevoló las islas Kuriles, parte importantísima del perímetro de defensa soviético, el alto mando de la defensa aérea de la URSS fue presa de los nervios y lo confundió con un avión espía norteamericano, ordenando a los cazas soviéticos su destrucción. Mal aconsejado por Ustinov y el ejército, que le prometieron que los «americanos no se enterarían nunca de lo ocurrido», Andropov, que ya estaba hospitalizado debido a sus fallos renales, decidió negar públicamente el trágico suceso. Reagan y su secretario de Estado, George Shultz, sintieron verdadera consternación por el número de víctimas y las mentiras del Kremlin. Pero en la CIA, el



Pentágono y los medios de comunicación, muchos estaban firmemente determinados a apuntarse una victoria propagandística sobre el «imperio del mal». La reiterada negación de la verdad les brindaba una oportunidad única de desenmascarar a los soviéticos y presentarlos como asesinos insensibles de civiles inocentes ante todo el mundo.[36]

La campaña de odio contra la Unión Soviética orquestada por la administración Reagan supuso la gota que colmaba el vaso para Andropov, entonces ya moribundo y amargado. El 29 de septiembre *Pravda* publicaba su «mensaje de despedida» a las relaciones soviético-norteamericanas. Andropov comunicaba al pueblo ruso que la administración Reagan había tomado un camino peligroso «para garantizar a Estados Unidos de América una posición hegemónica en el mundo». Calificaba el incidente con el vuelo coreano de «sofisticada provocación orquestada por los servicios especiales de Estados Unidos», y responsabilizaba personalmente a Reagan de la utilización de unos métodos propagandísticos «inadmisibles en las relaciones entre distintos estados». A continuación venía el broche final: «Si alguien ha soñado alguna vez con la posibilidad de una evolución a mejor de la política de la actual administración americana, ahora deberá dejar de soñar».[37]

Los últimos meses de 1983 parecieron corroborar los lúgubres auspicios de Andropov. A finales de septiembre los sistemas de vigilancia por satélite soviéticos comenzaron a informar repetidamente que se había producido un lanzamiento masivo de misiles balísticos intercontinentales (ICBM) estadounidenses. Al final, se trató de una falsa alarma, pero aumentaron las tensiones.[38] A finales de octubre los marines norteamericanos invadieron la isla caribeña de Granada y depusieron el gobierno marxista de Maurice Bishop. En noviembre las fuerzas de la OTAN llevaron a cabo los ejercicios Able Archer; según las fuentes de los servicios de inteligencia soviéticos, tenían toda la apariencia de unos preparativos para un ataque inminente. Además, pese a todas las manifestaciones contra la guerra y la profunda división que se había abierto en la opinión pública de Occidente, los primeros misiles Pershing empezaron a llegar a las bases norteamericanas de Alemania Occidental. El 1 de diciembre el Kremlin envío repetidos avisos de alerta a los gobiernos aliados de la Organización del Pacto de Varsovia. Las autoridades soviéticas les informaban de la decisión de desplegar varios submarinos atómicos cargados con misiles nucleares a lo largo de las costas estadounidenses en respuesta a «la creciente amenaza nuclear dirigida a la Unión Soviética». Sin semejantes medidas, decía el comunicado, «los aventureros de Washington podrían caer fácilmente en la tentación de emprender un primer ataque nuclear con el objetivo de prevalecer en una guerra limitada de esas características. La fractura del equilibrio militar a su favor podría llevar a los círculos dirigentes de Estados Unidos a llevar a cabo un ataque por sorpresa contra los países socialistas». La invasión de Granada por parte de la administración Reagan fue citada como prueba de que «el imperialismo americano es capaz de arriesgarse a desencadenar una guerra a gran escala para salvaguardar sus venales intereses».[39]

Parecía que en lo concerniente a las relaciones internacionales el Kremlin había decidido retomar aquella retórica de los años sesenta. El enfado y la frustración de Andropov, así como su enfermedad terminal, daban más color a ese nuevo discurso alarmista. En otro mensaje de la URSS a los líderes del Pacto de Varsovia se afirmaba que Washington «ha emprendido una "cruzada" contra el socialismo como sistema social. Los que han ordenado ahora el despliegue de armas nucleares en los umbrales de nuestra patria vinculan su política práctica con esa temeraria iniciativa».[40] En un reflejo del rumbo que tomaba la nueva política exterior, el 23 de noviembre de 1983 los negociadores soviéticos abandonaron en Ginebra la mesa de negociaciones para el control armamentístico. Sólo en el último momento los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores y los expertos del estado mayor consiguieron convencer al Politburó de que dejara una puerta abierta para el regreso de la URSS a esa mesa de negociaciones.[41] El

16 de diciembre Andropov comentaría a uno de los negociadores soviéticos para el control armamentístico que había venido a visitarlo en el hospital que, por primera vez desde la crisis de los misiles de Cuba, la Unión Soviética y Estados Unidos parecían abocados a un claro enfrentamiento. Se lamentó de que la administración Reagan hacía todo lo posible por aprovecharse de la presencia soviética en Afganistán y no tenía el más mínimo interés en que los rusos se retiraran de la zona. «Si empezamos a hacer concesiones», murmuró el líder moribundo con un tono sombrío, «la derrota será inevitable».[42]

Mientras tanto, alertado de la tensión que él mismo había provocado por los informes de inteligencia y el movimiento pacifista de Occidente, Reagan decidió que había llegado el momento de hablar con los soviéticos. Convencido de que el Kremlin compartía su interés en evitar un conflicto nuclear, en enero de 1984 pronunció un discurso conciliador que pretendía ser «una iniciativa para poner fin a la Guerra Fría». El secretario de Estado George Shultz, Robert McFarlane, Jack Matlock y otros asesores de Reagan tenían opiniones distintas de las de Casey, de la CIA, y de las de Weinberger, del Pentágono, que querían utilizar la guerra en Afganistán para socavar el sistema soviético. El grupo de asesores de Reagan consideraba que la política norteamericana no debía desafiar la legitimidad del sistema soviético, ni buscar una superioridad militar para acelerar su hundimiento. Ideó un marco con cuatro puntos para futuras conversaciones, que incluía la renuncia al uso de la fuerza en las disputas internacionales, el respeto de los derechos humanos, el intercambio sincero de información y proyectos y la reducción de las armas.[43] El exacerbado gobierno de Moscú, sin embargo, seguía pensando que la administración norteamericana era rehén de las «sanguijuelas» que querían derribar a la Unión Soviética. Se cerró en banda y no quiso percibir el cambio de actitud de la Casa Blanca. En septiembre de 1984, el mismo mes que accedió a reunirse con Reagan por primera vez tras el incidente del avión coreano, Gromiko dijo a sus colaboradores: «Reagan y su equipo han hecho suyo el objetivo de destruir el bloque socialista. El fascismo está avanzando en América».[44]

Al parecer, el ministro de Asuntos Exteriores soviético era de la opinión que el nivel de las relaciones entre su país y Estados Unidos había bajado hasta alcanzar el mismo que habían tenido durante los primeros años de la década de los cincuenta. No obstante, estaba firmemente convencido de que por el bien del estado era necesario dialogar con el líder norteamericano. Dobrinin llegaría a la conclusión de que «el impacto de la política de línea dura de Reagan en los debates internos del Kremlin y en la evolución del gobierno soviético fue exactamente el opuesto del que pretendía Washington. Reforzó la postura de los miembros del Politburó, el Comité Central y el aparato de seguridad que habían estado presionando para desarrollar una política a imagen y semejanza de la del propio Reagan».[45] Este autor, por entonces un joven investigador del Instituto de Estudios Norteamericano y Canadiense de Moscú, pudo observar que la seca respuesta que Andropov dio a Reagan produjo una gran consternación entre los expertos. Al mismo tiempo, la retórica norteamericana en la cruzada antisoviética irritaba y enfurecía incluso a aquellos que normalmente abogaban por mejorar las relaciones de la URSS y Estados Unidos. Entre la opinión pública cada vez eran más los que se formulaban las siguientes preguntas: «¿Habrá una guerra? ¿Cuándo estallará?».[46]

Andropov influyó en la postura internacional soviética con una curiosa mezcla de lúgubre realismo y mentalidad fatalista, agravada por su larga pertenencia al KGB. Hasta que su salud se hundió, tuvo la suficiente fuerza de voluntad y perspectiva para distinguirse en el campo de la política exterior. Su muerte el 9 de febrero de 1984, sin embargo, supuso un brusco final para sus iniciativas. Su sucesor, otro septuagenario, Konstantin Chernenko, era una momia andante que padecía una grave afección asmática y vivía a base de tranquilizantes. Durante el breve gobierno de Chernenko, Ustinov y Gromiko tuvieron prácticamente el monopolio de las cuestiones militares e internacionales.



La nostalgia por los tiempos de Stalin empezó a aflorar en las deliberaciones del Kremlin. El Politburó encontró tiempo incluso para readmitir a Viacheslav Molotov en el Partido Comunista. Ustinov criticó vivamente la política de desestalinización de Jrushchov, a la que culpó de los problemas internacionales que tenía la URSS, y propuso cambiar de nuevo el nombre de Volvogrado por el de Stalingrado. Algunos de los miembros más ancianos del gobierno recordaban con nostalgia los años cuarenta, cuando la Unión Soviética era todavía una verdadera fortaleza, y su pueblo sabía lo que era soportar un sinfín de sacrificios y privaciones.[47]

El estado mayor de la URSS no tenía una opinión unánime acerca de la respuesta que Reagan merecía recibir. Unos consideraban que para dar dicha respuesta era necesario un aumento del 14 por 100 del presupuesto militar. Los gastos militares directos, esto es, lo que costaban las fuerzas armadas y el armamento, ya ascendían a sesenta y un mil millones de rublos, cifra que suponía el 8 por 100 del PIB y el 16,5 por 100 de los presupuestos del estado. Los gastos totales en materia de defensa, incluidos los indirectos, como reconocería el propio Brezhnev en 1976, eran dos veces y media mayores, es decir, alrededor del 40 por 100 de los presupuestos. Esta cifra era superior a la de 1940, cuando la Unión Soviética se preparaba para la Segunda Guerra Mundial. Un simple cálculo pone de manifiesto que, en una época en la que el PIB había quedado estancado, cualquier incremento drástico de los gastos en materia de defensa habría exigido drásticos recortes en el nivel de vida de la población y el fin de la política de «vive y deja vivir» practicada por Brezhnev con el pueblo soviético.[48]

Los testimonios soviéticos no revelan que en el Politburó se entablaran debates sobre la conveniencia de aumentar los gastos militares. El jefe del estado mayor de la URSS, el mariscal Nikolai Ogarkov, intentó abrir un debate en la reunión del Consejo de Defensa. Criticó el estancamiento de la industria militar, controlada por Ustinov. En su opinión, había demasiada falta de eficiencia, demasiados proyectos colosales sumamente costosos e inclinaciones suicidas para dar caza a Estados Unidos en la carrera armamentística. En vez de entrar en el debate, Ustinov destituyó a Ogarkov, sacándose así una espina que había tenido clavada durante largo tiempo. Los líderes del Kremlin también ignoraron las propuestas inspiradas en la política de los años cuarenta, incluidas la de pasar a una jornada laboral de seis días y la de la creación de unos «fondos de defensa» especiales con el fin de reunir el dinero necesario para financiar programas de rearme.[49] Las nuevas realidades los disuadían de recurrir a los viejos métodos de movilización. La sociedad había cambiado claramente desde los años cuarenta. Los cuantiosos recursos humanos que Stalin había movilizado y dilapidado, aquellos millones de campesinos colectivizados, de jóvenes trabajadores y de cuadros del partido rebosantes de entusiasmo ya no estaban disponibles. Había muy poco idealismo entre la juventud culta de la élite; el consumismo frustrado, el cinismo y la búsqueda de los placeres de la vida reinaban ahora. Las medidas políticas de Andropov para reimplantar la disciplina y la ética en el trabajo tanto entre los obreros como entre los profesionales degenerarían rápidamente en una verdadera farsa. Ni siquiera los líderes del Politburó se parecían a los de cuarenta años antes: la mayoría de ellos, debido a la avanzada edad, pensaba más en su salud, en reducir su cuota de trabajo y en las prebendas de la jubilación que en preservar el poder soviético. Konstantin Chernenko, Vladimir Scherbitski, Dinmuhammad Kunaev, Nikolai Tijonov y otros «venerables ancianos» tolerarían en silencio a los jóvenes cuadros que Andropov iba introduciendo en el Politburó y la Secretaría de Estado, entre ellos Mijail Gorbachov, Yegor Ligachov y Nikolai Rizjov.[50]

Los ancianos del Politburó pretendían seguir adelante esquivando sus obligaciones, pero la Parca no quiso esperar. Ustinov moriría el 20 de diciembre de 1984, y el 10 de marzo del año siguiente sería el turno de Chernenko. Mientras se ultimaban los preparativos para

el funeral de este último, se acordaron un sinfín de pactos entre bastidores. En consecuencia, el último superviviente de la troika dirigente, Andrei Gromiko, dio su voto decisivo a Mijail Gorbachov, el miembro más joven del Politburó. A cambio de este apoyo, Gromiko no tardaría en convertirse en el presidente del Soviet Supremo de la Unión Soviética, un alto cargo cuya naturaleza era en gran medida de tipo ceremonial.[51] Por fin caería un poder enorme al que hasta entonces se había aferrado un grupo elegido de estalinistas en manos de un nuevo líder relativamente falto de experiencia. Por desgracia para Gorbachov, el peso de los gravísimos problemas y complejas responsabilidades que se le vinieron encima sería mayor que el de los activos heredados.



UN NUEVO ROSTRO EN EL KREMLIN

Desde 1985 muchos observadores occidentales, y sus más estrechos colaboradores, han coincidido en comparar a Gorbachov con Nikita Jrushchov. En efecto, pese a sus grandes diferencias generacionales, culturales y personales, los dos tenían muchas cosas en común: unos orígenes rurales; una voluntad reformista sincera, incluso apasionada; un incesante optimismo y una gran confianza en ellos mismos; un sentimiento moral de desprecio por el pasado de la URSS; y su confianza en el sentido común del pueblo soviético. Los dos reformadores creían en el sistema comunista y en los principios fundamentales del marxismo-leninismo. También tenían un gran potencial psicológico de innovación y ansiaban asumir la responsabilidad de lanzarse a lo desconocido.[52] William Taubman, autor de una célebre biografía de Nikita Jrushchov, indica que Gorbachov consideraba el legado nacional de Brezhnev una reacción conservadora contra el proceso de desestalinización emprendido por Jrushchov. Gorbachov decidió asumir la misión de triunfar allí donde Jrushchov había fracasado.[53]

Sin embargo, la personalidad de Gorbachov era diametralmente opuesta a la del ardiente Nikita. Gorbachov era un constructor del consenso, no un guerrero. Jrushchov era impaciente; se enfrentaba a los problemas como un tanque cuando ataca las defensas enemigas. En cambio, Gorbachov prefería dilatarse en el tiempo y tejer redes políticas desde los despachos (véase el capítulo 10). Jrushchov puso en repetidas ocasiones su vida y su carrera en peligro durante las purgas de Stalin, durante la guerra y durante la conspiración contra Beria. Gorbachov nunca sintió cerca la muerte y recibió el poder supremo prácticamente en bandeja de plata. Tras él había un «equipo joven» de candidatos miembros del Politburó que habían sido reclutados por Andropov, entre ellos Ligachov, Rizhkov y Viktor Chebrikov, del KGB. Los militares también vieron con buenos ojos su candidatura. Los rivales en potencia de Gorbachov, el presidente del Consejo de Ministros, Nikolai Tijonov, el secretario del partido de Leningrado, Gregori Romanov, y el secretario del partido de Moscú, Viktor Grishin, enseguida se retiraron sin rechistar. No hubo intento alguno de crear una dirección colegiada provisional que supervisara al joven e inexperto secretario general.[54]

Esa victoria increíblemente fácil demostraba la fuerza de la red tejida por Andropov. Las élites periféricas y de rango inferior del partido, por no hablar de la opinión pública, aplaudieron el nombramiento de Gorbachov con verdadero entusiasmo. Tras años de administración senil, veían con buenos ojos la llegada de un líder joven y enérgico. Pero a pesar de un apoyo tan generalizado, Gorbachov seguiría siendo perspicaz y cauto. En su discurso de aceptación ante el Politburó declararía que «no hay necesidad alguna de cambiar nuestra política». El rumbo que se había tomado era «verdadera, correcta y genuinamente leninista». Sería un poco más tarde, en el curso del pleno del partido de abril y durante un viaje televisado a Leningrado en el mes de mayo de 1985, cuando diría lo que muchos ansiaban oír. La Unión Soviética necesitaba una *perestroika.*[55] Sinónimo de un término tabú, «reforma», la palabra *perestroika* (reestructuración) sólo significó, al principio, cambios en la gestión económica. Más tarde se convertiría en la palabra clave del gobierno de Gorbachov, aunque su significado eludiera la definición y sistematización. La cautela de Gorbachov en el ámbito nacional ponía de relieve una falta de curas específicas para sanear la maltrecha economía soviética y su enfermiza sociedad. Como hiciera Franklin Delano Roosevelt con su New Deal, Gorbachov quería mejorar el sistema existente; pero no tenía ni idea de cómo lograrlo. Sabía, sin embargo, que el objetivo consistía en salvar el socialismo de una situación de estancamiento y de crisis inminente. En sus memorias, Gorbachov habla de sus primeros pasos en un tono casi apologético:

«Uno no podía, por supuesto, liberar de golpe su propia conciencia de viejas cadenas y anteojeras». Necesitaría dos años para «liberar su mente» y prepararse para emprender las reformas radicales necesarias.

La política nacional de Gorbachov durante sus dos primeros años en el poder apenas se apartó de las directrices concebidas en el breve reinado de Andropov. El flamante secretario general creía que bastaba eliminar a los camaradas corruptos de Brezhnev y a los burócratas ineficaces para la buena marcha del sistema soviético. Los investigadores especiales del Kremlin y el KGB arremetieron contra las poderosas redes corruptas que se extendían en las burocracias centrales soviéticas, así como en las *nomenklaturas* regionales de Ucrania Oriental, Rusia Meridional, Kazajstán y Asia Central. Ligachov, con autorización de Gorbachov, destituyó y recolocó a centenares de secretarios regionales del partido. Gorbachov tampoco deseaba partir de una economía planificada centralizada. Años después explicaría que al principio quiso utilizar el estado y los mecanismos del partido existentes para emprender la modernización industrial, y que sólo cuando logró ese objetivo, a comienzos de los noventa, «preparé las condiciones necesarias para llevar a cabo una reforma económica radical». El programa de la modernización conservadora constaba de dos partes. En primer lugar, estipulaba duplicar prácticamente las inversiones en la industria pesada, en gran medida a través de la financiación del déficit. Bajo la ambiciosa consigna de «aceleración», el Politburó planeaba un aumento de más del 20 por 100 de la producción industrial en un plazo de quince años. En lo que pareció una grotesca recaída en los «atolondrados proyectos» de Jrushchov de finales de los cincuenta, los líderes del Kremlin se pusieron a debatir incluso sobre cómo alcanzar la misma producción industrial de Estados Unidos.[56] En segundo lugar, contemplaba una serie de medidas destinadas a combatir la corrupción y la negligencia y a mejorar la disciplina en el trabajo. El sello distintivo de ese proceso sería una campaña de ámbito nacional contra el alcoholismo. Gorbachov, junto con otros hombres reclutados por Andropov, creía equivocadamente que una reducción drástica de la venta de alcohol en las tiendas salvaría a los rusos de su afición compulsiva a la bebida, la peor plaga social del país. En realidad todas esas iniciativas no alcanzaron los objetivos deseados y produjeron un gigantesco agujero negro económico que mortificaría a la Unión Soviética y a Gorbachov durante los dos o tres años siguientes.[57]

A diferencia de su política nacional, la política exterior de Gorbachov se convirtió en el escenario de sus primeras innovaciones. Pese a las tensiones internacionales del período comprendido entre los años 1981 y 1983, el Politburó y la mayoría de los burócratas soviéticos no querían vivir otra confrontación descontrolada con Occidente. Esperaban que fuera posible retomar el camino de la distensión. También empezó a ser evidente para algunos oficiales y expertos del estado mayor, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el KGB y la Comisión de Industria Militar que la actitud de los soviéticos había contribuido a acabar con la distensión. Las decisiones de desplegar misiles SS-20 de medio alcance en Europa Central y de invadir Afganistán fueron sometidas a un minucioso análisis. La burocracia se puso manos a la obra para reanudar las conversaciones con Estados Unidos y la OTAN que habían sido abrogadas. Antes del fallecimiento de Chernenko en enero de 1985, Andrei Gromiko ya se había reunido con el secretario de Estado norteamericano, George Shultz, y había acordado con éste el marco de las conversaciones sobre armamento entre los dos países. En abril de 1985 el Politburó detuvo el despliegue de los misiles SS-20.[58]

Por motivos personales y políticos, Gorbachov deseaba obtener una victoria importante en el ámbito internacional lo antes posible. En sus memorias recuerda que hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de «la necesidad de introducir cambios significativos en la política exterior». Y nos cuenta la razón principal: «Reformar la vida económica y el sistema político» era una misión imposible si no se disponía de un «entorno internacional ventajoso».[59] El secretario general delegó los temas de política nacional en Yegor



Ligachov y Nikolai Rizhkov, y enseguida se puso a trabajar para imponer su supremacía en los asuntos exteriores. Su primer paso fue minimizar el papel de Gromiko en este campo. En lugar de recurrir a los ayudantes de Gromiko, Kornienko y Dobrinin, Gorbachov pidió al secretario del partido en Georgia, Eduard Shevardnadze, que asumiera la cartera de Exteriores. Shevardnadze no tenía conocimientos de política exterior, pero había disfrutado de la confianza de Gorbachov desde los años setenta. En 1987 Gorbachov y Shevardnadze, ayudados por un grupo de leales colaboradores, monopolizaban todo lo relacionado con la política internacional de la URSS.[60]

Fue en los debates de política exterior cuando Gorbachov habló por primera vez de la necesidad de un *novoe myshlenie*, esto es, un «nuevo pensamiento». Al igual que el término *perestroika*, se trataba de un eufemismo que podía interpretarse de muchas, y muy distintas, maneras. La mayoría de los colegas de Gorbachov y las élites del partido, que habían desarrollado una actitud cínica tras décadas de campañas ideológicas absurdas, pensaron que se trataba de pura retórica, en el mejor de los casos de un atractivo eslogan propagandístico.[61] Pero se equivocaban. El secretario general consideraba la política internacional no sólo un instrumento para abrir un hueco desde el que poder introducir reformas de ámbito nacional, sino también un vehículo perfecto para el cambio. Quería abrir la Unión Soviética al mundo exterior para dejar atrás el legado estalinista de xenofobia y aislamiento. Los viejos dogmas ideológicos debían ser cuestionados, y si era necesario, había que desarmarlos. En poco tiempo el «nuevo pensamiento» se convertiría en sinónimo de una nueva valoración de los fundamentos ideológicos.

En un principio, el «nuevo pensamiento» de Gorbachov había sido fruto de una voraz lectura que incluía libros de políticos y pensadores socialistas de Occidente, traducidos y publicados en ediciones limitadas para las autoridades del partido. Gorbachov también había podido conversar sin tapujos con subordinados de confianza en reuniones privadas. El círculo más íntimo en el que se desarrollaban esos debates incluía a su esposa, Raisa, a Alexander Yakovlev, a Valeri Boldin, a Yevgeni Primakov y a Eduard Shevardnadze. Raisa era el personaje principal. A diferencia de las esposas de otros miembros del Politburó, que aceptaban su papel de ama de casa y carecían de ambiciones, Raisa era una supuesta «mujer de los sesenta». Licenciada por la Universidad Estatal de Moscú en 1955, el mismo año que Gorbachov, había estudiado sociología, tenía la pasión por los detalles y la sistematización propia de un perfeccionista y había participado activamente en acontecimientos culturales e intelectuales. Cuando Gorbachov entró en la secretaría del partido en 1978, y la pareja se trasladó de Stavropol a Moscú, Raisa «se introdujo rápidamente en el mundo de las discusiones académicas, los simposios y las conferencias». También se introdujo en el círculo de licenciados de la Universidad Estatal de Moscú y del Instituto de Filosofía con los que se había relacionado durante sus años de carrera (1950-1955). Todas las noches, normalmente tras las sesiones del Politburó y otras reuniones importantes, Gorbachov salía a dar un paseo con su esposa, durante el cual hablaban de los acontecimientos del día y a menudo se les ocurrían nuevas ideas. «Era incapaz de tomar decisiones sin el consejo de su esposa», comentaría más tarde un alto funcionario soviético a Jack Matlock.[62]

Yakovlev era otro de los personajes más importantes del círculo íntimo de Gorbachov, y el miembro más ambicioso desde el punto de vista intelectual. Había empezado su carrera a edad muy temprana como ideólogo del partido, había estudiado en la Universidad de Columbia en 1958 gracias a uno de los programas de intercambio y más tarde se había convertido en jefe en funciones del Departamento de Ideología y Propaganda del Comité Central. Había sido el encargado de organizar, entre otras cosas, diversas campañas antiamericanas de gran virulencia en los medios de comunicación. Al mismo tiempo, se había opuesto a la corriente neoestalinista y nacionalista conservadora que en su

momento empezó a arraigar entre los *apparatchiks*. A raíz de una intriga burocrática en 1971, Yakovlev había caído en desgracia y había sido enviado a Canadá en calidad de embajador. En el país americano, en su «exilio» en el exterior, su mentalidad fue transformándose en secreto, convirtiéndolo en un socialdemócrata reformista. A finales de 1985 Yakovlev propuso a Gorbachov una serie de reformas políticas muy ambiciosas, destinadas a abolir el sistema monopartidista. Al final, como recordaría él mismo, las discusiones giraron en torno a la necesidad de rechazar el precepto leninista-estalinista de un mundo dividido en clases, para comprender «el hecho de que vivimos en un mundo interdependiente, contradictorio, pero en último término integral». Gorbachov todavía no estaba preparado para tomar medidas radicales, pero escuchó atentamente todo lo que dijo Yakovlev.[63]

El secretario general de la URSS se ganó inmediatamente las simpatías del reducido grupo de *apparatchiks* «ilustrados» que habían empezado su carrera en los años cincuenta y primeros sesenta y que se llamaban a sí mismos «los hijos del XX Congreso del Partido». En ese vibrante grupo había individuos que habían trabajado en el círculo más íntimo de Andropov y Brezhnev como redactores de discursos, directores de gabinetes de estrategia académicos y expertos en relaciones internacionales del Departamento Internacional del Comité Central.[64] Algunos de ellos habían sido los encargados de redactar los discursos para Brezhnev y de ayudar al mandatario soviético en calidad de asesores «ilustrados». Pero todos esos individuos con grandes conocimientos habían perdido la ilusión y se habían vuelto algo cínicos durante los últimos años de gobierno de Brezhnev. Estaban hartos del estancamiento del país y de la corrupción y todavía tenían esperanzas de que se volviera a la política de desestalinización y al deshielo cultural que habían sido abrogados a finales de los sesenta. También habían estado entre los primeros en apoyar de manera consistente la vía de la distensión con Occidente. El director del Instituto de Estudios de Estados Unidos y Canadá, Georgi Arbatov, hizo llegar rápidamente a Gorbachov una lista con propuestas innovadoras destinadas a poner fin al estado de aislamiento internacional de la URSS: la retirada inmediata de Afganistán, la reducción unilateral de fuerzas soviéticas en Europa y en la frontera con China e incluso la devolución a Japón de las islas Kuriles, anexionadas en 1945.[65]

Gorbachov, que veía con escepticismo las sugerencias del académico, mandó archivar los informes. Al mismo tiempo, en enero de 1986, invitó a otro *apparatchik* «ilustrado» y experto redactor de discursos, Anatoli Cherniaev, a unirse a su equipo en calidad de ayudante personal en materia de política exterior. Cherniaev compartía todas las ideas de Arbatov y también estaba a favor de la libertad de migración y la liberación de los prisioneros políticos. En octubre de 1985 el secretario general concedió a las élites culturales un privilegio que habían perdido en tiempos inmemoriales: la posibilidad de reunirse con extranjeros sin necesidad de solicitar una autorización especial. Aquella decisión suponía una verdadera ruptura con el régimen xenófobo que había regido el destino de la URSS desde que Stalin lo implantara en los años treinta.[66] Gorbachov ya empezaba a posicionarse como un líder «ilustrado» rodeado de intelectuales y librepensadores.

El rechazo a la visión del mundo bipolar estalinista se convirtió en la esencia del «nuevo pensamiento» del secretario general. La conclusión lógica de este hecho sería la renuncia a los juegos de poder globales y el reconocimiento de que la seguridad de la Unión Soviética era inseparable de los intereses de la seguridad de otros países, incluido Estados Unidos, con los que, además, era en parte compatible. Gorbachov sabía que era especialmente urgente poner freno a la carrera armamentística nuclear. El poder militar no era lo suyo, y mucho menos las armas nucleares. Las raíces de esta actitud hay que buscarlas en su experiencia formativa. La tierra que lo vio nacer, el país de los cosacos de



Kubán, había sufrido terriblemente la violencia revolucionaria, la guerra civil fratricida y la colectivización de Stalin. Luego llegó la invasión de los nazis. Gorbachov pertenecía, en sus propias palabras, a la generación de los niños de la guerra. «La guerra nos quemó con sus llamas y dejó sus huellas en nuestros caracteres y en nuestra visión del mundo y de las cosas».[67] Como licenciado de la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de Moscú, estuvo exento del servicio militar y conoció opiniones que chocaban con la propaganda militarista oficial.

A diferencia de Stalin, de Jrushchov y de Brezhnev, que supervisaron el complejo de la industria militar y comprendieron los aspectos prácticos del poder militar soviético, Gorbachov entró en contacto con las cuestiones nucleares tras su nombramiento como secretario general del PCUS.[68] De acuerdo con la tradición establecida por Stalin y Jrushchov, el líder del partido era también jefe del Consejo de Defensa. Oleg Baklanov, que estaba al frente de los complejos atómicos y misilísticos soviéticos, recordaría más tarde que incluso en 1987 Gorbachov apenas tenía conocimientos de tecnología misilística, por la que, además, mostraba poquísimo interés.[69] En el curso de una entrevista con un físico nuclear ruso, el secretario general reconocería que sintió una especie de revulsión moral cuando se dio cuenta de su responsabilidad personal por la acumulación y posible utilización de armas nucleares. También reconocería que estaba familiarizado con el informe sobre el «invierno nuclear», que predecía que la lluvia radiactiva producida por un uso masivo de armas nucleares destruiría la vida en el planeta. Cuando Gorbachov participó en un juego estratégico secreto en el que se simulaba la respuesta soviética a un ataque nuclear, le pidieron que diera la orden para contestar a la agresión. Según se cuenta, se negó a pulsar el botón nuclear, «incluso para un simple ensayo».[70]

Gorbachov y los partidarios del «nuevo pensamiento» tenían que hacer frente a la cruda realidad de la confrontación soviético-norte-americana, tanto en el seno del aparato soviético, como al otro lado del océano. El secretario de Defensa estadounidense, Caspar Weinberger, el director de la CIA, William Casey, y el equipo de la Casa Blanca estaban firmemente determinados a alzarse con la victoria en una cruzada contra el comunismo soviético.[71] Reagan estaba impaciente por reunirse con el nuevo líder soviético y, con la ayuda de Shultz y el equipo del Consejo de Seguridad Nacional de McFarlane, se preparó para las negociaciones. Por desgracia, ni Gorbachov ni su equipo más cercano tenían conocimiento de las buenas intenciones de Reagan.[72]

La retórica empleada por Reagan para hablar del Tercer Mundo irritaba a los seguidores del «nuevo pensamiento». Washington insistía en la retirada unilateral de los soviéticos de Afganistán, Angola, Etiopía y otras regiones problemáticas, pero bloqueaba cualquier discusión acerca de la injerencia norteamericana en Centroamérica. Los soviéticos también pensaban, con bastante acierto, que varios altos dirigentes de la administración Reagan preferían «sangrar» a los soldados rusos que había en Afganistán en vez de facilitar su retirada. Así pues, Gorbachov tomó la determinación de evitar todo tipo de acciones internacionales que pudieran ser interpretadas como una retirada o una concesión por parte de la URSS. Pese al gran número de cartas de madres de soldados y a los ruegos de sus asesores intelectuales, el líder soviético optó por no retirar inmediatamente las tropas rusas de suelo afgano. En su cuaderno de trabajo escribiría la siguiente nota en la primavera de 1985: «El conflicto debe resolverse por estadios». También apuntaría este comentario: «Una cosa es crucial: la total rendición de posiciones es inaceptable». En 1985 y 1986 las fuerzas armadas de la URSS intensificaron muchísimo las operaciones militares contra los fundamentalistas islámicos; Karmal, que había demostrado su ineptitud, fue sustituido por una figura más fuerte, el jefe de los servicios de seguridad afganos, Muhammad Najibullah. El retraso de la retirada soviética de Afganistán, junto con la equivocada campaña contra el alcohol y la ausencia de

reformas económicas, serían más tarde la causa de numerosos problemas para el gobierno de Gorbachov.[73]

El escenario en el que Gorbachov se movía con mayor celeridad era el del control armamentístico. En verano de 1985 mantuvo correspondencia con Ronald Reagan para encontrar la mejor manera de reducir la amenaza de una guerra nuclear y poner freno a la carrera armamentística. Gorbachov anuló la condición, impuesta en 1977, de que cualquier encuentro entre los líderes de las superpotencias tenía que estar vinculado a la firma de acuerdos importantes. La mayoría de los asesores de Reagan se oponía a la idea de celebrar una cumbre con el joven y enérgico líder soviético, pero el presidente norteamericano llevaba esperando desde 1983 para poder tener un intercambio personal y sincero de opiniones, y accedió a reunirse con Gorbachov en Ginebra en noviembre de 1985. Como medida preparatoria para la cumbre, los dos líderes restablecieron un canal diplomático extraoficial entre Washington y Moscú a través del cual mantuvieron una correspondencia franca y significativa. Tras rechazar un marco general propuesto por Reagan para entablar conversaciones sobre Afganistán y los derechos humanos, Gorbachov sugirió centrarse en la reducción de armas nucleares. Advirtió al presidente norteamericano que la URSS no estaba dispuesta a tolerar el programa de la SDI. Aunque la SDI no suponía un peligro inmediato para los intereses de la seguridad soviética, al final habría dado lugar a una nueva, peligrosa y costosa etapa de la carrera armamentística entre la URSS y Estados Unidos. En opinión de Gorbachov, «en la actualidad, el programa de la "guerra estelar" [SDI] ya mina gravemente la estabilidad. Os aconsejamos encarecidamente que reduzcáis de manera progresiva este programa tan desestabilizador y peligroso hasta anularlo por completo». Poco antes de iniciarse la cumbre de Ginebra, Gorbachov escribió a Reagan, diciéndole que «la aversión a una guerra nuclear y poner fin a la amenaza militar son los objetivos que ambos compartimos y más nos interesan». Convenció al presidente norteamericano de que accediera a «no militarizar el espacio». Para apoyar la retórica de su líder, en agosto de 1985 la Unión Soviética anunció unilateralmente una moratoria de las pruebas nucleares.[74]

La agenda de trabajo de Gorbachov en materia de política exterior seguía siendo sorprendentemente muy parecida a la de Brezhnev de comienzos de los setenta. Las instrucciones previas a la cumbre aprobadas por el Politburó también reflejaban este hecho; eran como una reiteración de los tópicos de la distensión, aunque no se olvidaban de reafirmar las ambiciones geopolíticas de los soviéticos en el Tercer Mundo. Los expertos que las redactaron para el Politburó predijeron correctamente que no iba a llegarse a acuerdo alguno en lo concerniente a los conflictos del Tercer Mundo. Y también advirtieron de que «sin duda Reagan no iba a estar dispuesto a anular la SDI».[75]

Los diplomáticos y los militares soviéticos observaron con lupa la actuación de Gorbachov durante la cumbre, y se sintieron satisfechos. El líder ruso hizo alarde de su carisma, pero se reveló un negociador inflexible. Como se esperaba, los dos mandatarios sólo se mostraron de acuerdo en una cosa: «la guerra nuclear no podía ganarla nadie, y no había que recurrir nunca a ella». En Moscú todos pensaron que difícilmente podía conseguirse más con la actual administración norteamericana. Ante el Politburó y las élites del partido, Gorbachov criticó «el tosco primitivismo, las opiniones de cavernícola y la impotencia intelectual» de Reagan. Seguía pensando que el presidente norteamericano era rehén de la industria militar y que por eso prometía reforzar las defensas soviéticas. En privado, sin embargo, el secretario general quedó sorprendido cuando supo que Reagan creía verdaderamente en lo que decía. Y se sintió «bastante avergonzado» por no haber conseguido convencerlo de que abandonara el plan de la SDI. El líder soviético intentó comprender las razones de Reagan, pero no pudo. Recuerda que después de la cumbre murmuró: ¿Es ese programa militar una fantasía, una forma de presionar a la URSS para que haga concesiones diplomáticas? ¿O se trata de un «torpe intento para que nos



durmamos en la complacencia», mientras ellos se preparan para asestar el primer golpe?[76]

Tras la cumbre de Ginebra, el líder soviético se dedicó febrilmente a la búsqueda de nuevas ideas y enfoques que pudieran ayudarla a romper el círculo vicioso de la rivalidad existente entre Estados Unidos y la URSS. A diferencia de Brezhnev, que bajo circunstancias similares prefirió aguardar a que los norteamericanos tomaran la iniciativa, Gorbachov decidió emprender una «ofensiva de paz» y comprometer al presidente norteamericano en la cuestión del desarme nuclear. El 31 de diciembre de 1985 se reunió con un grupo de negociadores armamentísticos soviéticos y les pidió que aportaran nuevas ideas y enfoques. Basándose en las ideas y propuestas de esos colaboradores, Gorbachov anunció un plan general de total desarme nuclear para el año 2000. Rechazado por la administración Reagan, que lo consideró una maniobra propagandística, dicho plan reflejaba la absoluta fidelidad de Gorbachov a la idea del desarme nuclear. La envergadura y la naturaleza casi utópica de la iniciativa ponían de manifiesto una vez más el carácter optimista de Gorbachov y su fe en las grandes ideas. Anatoli Cherniaev recordaría que el secretario general y su círculo llegarían a creer que «puede eliminarse la amenaza de una guerra centrándose exclusivamente en la cuestión del desarme».[77]

Gorbachov utilizó esas conversaciones para prepararse para el congreso del partido que iba a celebrarse en febrero y marzo de 1986, un momento ceremonial, pero también vital, de la política nacional. Se retiró a una villa en el mar Negro en compañía de Yakovlev y de Boldin, estudió las propuestas del grupo académico de expertos y discutió el borrador del informe político que iba a presentar en el Congreso del Partido. Sus predecesores nunca lograron dar una respuesta satisfactoria al problema irresoluble que planteaban su deseo de distensión y su visión ideológica bipolar del mundo. Gorbachov sustituyó la fórmula de los «dos bandos», el socialista y el imperialista, por la idea de la integridad y la interdependencia del mundo. Esta innovación teórica, recordaría más tarde, «tuvo un impacto enorme en nuestra propia política y en la política del resto del mundo». En su borrador decía que «la política de confrontación militar total no tiene futuro alguno», que la «carrera armamentística, al igual que una guerra nuclear, no la puede ganar nadie», y que «la tarea de construir la seguridad es una misión política, y sólo puede resolverse por medios políticos».[78] Este episodio revela la acusada inclinación de Gorbachov hacia conceptos generales nuevos y teóricos, en lugar de los aspectos prácticos de la política exterior.

Cuando el secretario general presentó el borrador para que sus colegas lo comentaran, muchos de ellos insistieron en que añadiera los viejos postulados ideológicos. Un viejo jefe del Departamento Internacional del Comité Central, Boris Ponomarev, refunfuñó en privado: «¿De qué va ese “nuevo pensamiento”? ¡Que sean los americanos los que cambien de forma de pensar! ¿Qué pretendes hacer con nuestra política exterior? ¿Acaso estás en contra de la fuerza, que es el único lenguaje que entiende el imperialismo?».[79] La versión final del informe de Gorbachov fue un compromiso entre nuevas ideas y el viejo lenguaje del «internacionalismo proletario». No obstante, como indica Robert English, el informe omitía el principio ideológico de que la coexistencia pacífica es otra forma de lucha de clases, y que la guerra nuclear, de estallar, conduciría al triunfo del socialismo. La doctrina de Stalin de los «dos bandos», parte integral del paradigma revolucionario-imperial soviético desde 1947, había desaparecido.[80]

El componente intelectual de la élite encargada de la seguridad nacional de la URSS, en particular los asesores y los líderes de los gabinetes de estrategia, consideraba que la iniciativa del desarme y el informe de Gorbachov ante el congreso constituían un verdadero punto de inflexión. Raymond Garthoff, durante largo tiempo observador de los soviéticos, se encontraba por casualidad en Moscú por aquel entonces, y quedó muy sorprendido cuando sus antiguos contactos reconocieron que los intereses de la seguridad

de Estados Unidos eran legítimos y podían conciliarse, en principio, con los de la Unión Soviética.[81] Inmediatamente después del congreso del partido, el secretario general advirtió a su círculo más estrecho de colaboradores que no debían considerar las iniciativas soviéticas simplemente como un medio para anotarse puntos propagandísticos. «Pretendemos llegar realmente a la distensión y al desarme. Hoy día ya no pueden hacerse trampas en el juego. Es absolutamente imposible engañar a alguien». En la misma conversación, Gorbachov subrayó que el «nuevo pensamiento» hacía que fuera imperativo para la Unión Soviética reconocer los intereses nacionales de Estados Unidos y buscar una solución de compromiso con la otra superpotencia y sus aliados.[82]

Washington, sin embargo, no creía en las palabras soviéticas. La administración Reagan quería ver señales claras de un verdadero cambio en la actitud de los soviéticos en Afganistán y en lo referente a los derechos humanos, las dos cuestiones más importantes para que el presidente de Estados Unidos contribuyera a las intenciones soviéticas. Los norteamericanos ignoraron la moratoria nuclear de los rusos y anunciaron que iban a realizar un gran número de pruebas nucleares. La CIA siguió intensificando la guerra contra la URSS en Afganistán, y continuó su guerra de espionaje contra el KGB. En marzo de 1986 dos buques de guerra norteamericanos realizaron una maniobra sumamente provocadora en aguas soviéticas, a apenas diez kilómetros de distancia de la costa de Crimea, donde Gorbachov estaba pasando las vacaciones. Otras operaciones similares fueron llevadas a cabo frente a la costa de Libia, aliada de la URSS, provocando una confrontación con ataques aéreos de los norteamericanos en ese país.[83] Ante todo, muchos de los que formaban el entorno de Reagan veían en la SDI una especie de piedra que podía matar a tres pájaros o más de un solo tiro: podía ofrecer una base moral para el costoso desarrollo militar, levantar la economía nacional y asustar a los soviéticos obligándolos a retirarse de todos los frentes.[84]

Gorbachov reaccionó con gran dureza. Ordenó a los que redactaban sus discursos que «dieran a Estados Unidos una buena patada donde más dolía». Ante el Politburó se expresó con rudeza: «No podemos compartir mesa con esa pandilla de bandidos». En cierto momento llegó incluso a hablar de nuevo de congelar los contactos de alto nivel con la administración norteamericana.[85] Sin embargo, un análisis más detallado de los debates internos soviéticos revela que la dura retórica empleada por Gorbachov no era más que eso: retórica. Rechazó la postura del «donde las dan las toman» y siguió insistiendo en la necesidad de un acercamiento a Estados Unidos y el resto del mundo. «Nos encontramos en una ofensiva diplomática, porque hemos propuesto enfoques realistas del mundo, y reconocido los intereses de Estados Unidos, pero no sus exigencias hegemónicas». Un mes antes había dicho a sus asesores que, aunque los norteamericanos y los europeos de Occidente siguieran bailando alrededor de la cuestión del desarme, la Unión Soviética debía seguir adelante y continuar con «el proceso de Ginebra» por su propio bien.[86] Así pues, los conceptos del «nuevo pensamiento» impulsaron a Gorbachov a construir la distensión, con independencia del lado norteamericano, e incluso *contra* su voluntad. Cabe destacar también que Gorbachov consideraba «realista» su nueva visión multilateral del mundo.

El líder soviético, sin embargo, no podía sacarse la SDI de la cabeza.[87] Pasaba mucho tiempo inspeccionando los laboratorios de investigación y desarrollo y discutiendo sobre posibles «contramedidas» a la SDI con los mejores científicos. Por petición suya, el nuevo jefe del Consejo de Ministros, Nikolai Ryzhkov, revisó las conclusiones a las que había llegado tres años antes la comisión de expertos presidida por Evgeni Velikhov con el fin de encontrar una «respuesta asimétrica» a la SDI. Los expertos soviéticos llegaban a la conclusión de que una respuesta semejante costaría diez veces menos que un programa de gran envergadura.[88] ¿Supo el secretario general darse cuenta de las contradicciones existentes entre su nueva visión de la seguridad y su obsesión por la «guerra estelar» de



Reagan? Algunas veces sí. A finales de marzo de 1986, Gorbachov empezó a pensar en voz alta en su círculo más íntimo de colaboradores sobre «el peligroso programa» de la SDI: «¡Tal vez debamos simplemente dejar de temer la SDI! [La administración Reagan] espera de hecho que la URSS se amedrente ante el sentido moral, económico, político y militar de la SDI. Por esa razón nos presionan: para agotarnos. Pero para nosotros no se trata de un problema de miedo, sino de responsabilidad, porque las consecuencias serían impredecibles».[89]

Gorbachov necesitaba más ayuda para superar sus suposiciones contradictorias más profundas. Dos acontecimientos dramáticos se encargarían de brindarle esa ayuda.

CHERNOBIL Y REIKIAVIK

El 26 de abril de 1986, a la una y media de la madrugada, una gran explosión destruyó el cuarto bloque del reactor nuclear de Chernobil. El estallido supuso la segunda mayor catástrofe nuclear artificial de la historia, después del bombardeo de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Este desastre repentino en Ucrania hizo que Gorbachov y todas las autoridades soviéticas adquirieran una perspectiva radicalmente nueva de las cuestiones relacionadas con la seguridad. En un primer momento, la mayoría de los miembros del gobierno y de los dirigentes del complejo industrial militar abogaron instintivamente por quitar importancia al incidente y encubrir el escándalo, en esencia por mentir descaradamente al mundo, como habían hecho a raíz de la tragedia del vuelo KAL-007. Al igual que entonces, se descubrió el engaño, y el clamor internacional por las consecuencias de la lluvia radiactiva producida por el incidente llegó a oídos de la sociedad soviética a través de las emisoras radiofónicas. Cundió el pánico en Ucrania, desde donde no tardaría en llegar a Moscú. Con varios días de retraso, las autoridades soviéticas evacuaron por fin a cien mil personas de la zona irradiada. Diez años más tarde se supo que la radiación emitida a raíz del accidente de Chernobil acabó con la vida de ocho mil hombres y mujeres. Afectó la salud de cuatrocientas treinta y cinco mil personas, en una lista que todavía no ha quedado cerrada.[90]

La catástrofe de Chernobil consumió todas las energías del Politburó durante tres meses. Hizo añicos las anquilosadas estructuras burocráticas y la vieja mentalidad militar.[91] Gorbachov vivió una gran humillación a raíz del escándalo internacional y se sintió indignado por la rigidez de las estructuras burocráticas, y eligió el complejo industrial militar como chivo expiatorio de la desgracia. El sector más secreto y hermético del sistema soviético, su programa nuclear, se convirtió en el blanco de durísimas críticas, y su imagen heroica y romántica quedó manchada irremediablemente. Los científicos y el alto mando del ejército también sufrieron una auténtica conmoción. Era la primera vez que las fuerzas armadas soviéticas participaban en una operación de salvamento y de descontaminación de esa magnitud. En opinión del jefe del alto estado mayor, el mariscal Sergei Ajromeyev, Chernobil recordaba la Gran Guerra Patriótica. Pero en vez de dar una lección sobre vigilancia y fortalecimiento militar, la catástrofe ponía de manifiesto que la doctrina militar de «la victoria» en una guerra nuclear era un cascarón vacío. Y el alto mando militar empezó a comprender lo catastrófica que podría llegar a ser incluso una breve guerra nuclear en una Europa salpicada de reactores atómicos. Ajromeyev recordaría que, después de lo de Chernobil, «el peligro nuclear dejó de ser una idea abstracta para nuestro pueblo. Se había convertido en una realidad palpable».[92]

Las repercusiones que tuvo el accidente de Chernobil para las autoridades políticas soviéticas fueron mayores que las de cualquier otro acontecimiento desde la crisis de los misiles de Cuba. «Hemos aprendido qué puede significar una guerra nuclear», diría Gorbachov ante el Politburó. Ni que decir tiene que la catástrofe sería mucho más responsable de los cambios drásticos que se producirían en la mentalidad oficial soviética que los años previos de presión de los norteamericanos y el fortalecimiento militar. La tragedia exigía que se pusiera fin a la xenofobia y al secretismo obsesivo, y que se llevara a cabo una nueva evaluación de las políticas de seguridad de la era nuclear. Antes de que transcurriera un año del incidente, la política exterior, la postura en lo relacionado con el control de armas nucleares, la manera de enfocar las negociaciones con Estados Unidos y la doctrina militar de la URSS experimentarían unos cambios sumamente drásticos. Chernobil también obligaría al Politburó a introducir la *glasnost*, esto es, la práctica de debatir en público cuestiones espinosas, que el país había perdido en los años veinte.



Varias semanas después del desastre, Gorbachov diría a sus colegas: «Ahora nuestro trabajo es transparente para todo el pueblo, para todo el mundo. *No hay interés alguno* que pueda obligarnos a ocultar la verdad».[93]

Gorbachov sugirió a sus colegas del Politburó que la Unión Soviética presentara iniciativas más audaces para detener la carrera armamentística. A finales de mayo de 1986 el secretario general hizo lo nunca visto presentándose en el Ministerio de Asuntos Exteriores para dirigirse a un nutrido grupo de diplomáticos. La administración Reagan, dijo, trataba de encajonar a la Unión Soviética en una agotadora carrera armamentística. «La política exterior soviética», concluyó, «debe aliviar la carga» que suponen los gastos militares, debe «hacer todo lo posible por aflojar el tornillo de los gastos de defensa». Se dijo a los diplomáticos que se deshicieran de la mentalidad de burócratas sin voz ni iniciativa, la mentalidad que había prevalecido durante los años de gestión de Molotov y Gromiko en ese ministerio. Gorbachov criticó la vieja diplomacia soviética por su «absurda obstinación». En vez de cavar trincheras para la Guerra Fría y aguardar a que las autoridades de Washington asumieran un tono más conciliador, la diplomacia soviética debía conquistar a la administración Reagan, envolverla con iniciativas de paz e influir en ella a través de sus propios aliados de Europa Occidental.[94]

El primer resultado tangible de la política exterior que se puso en práctica después de lo de Chernobil fue el paso adelante dado en Estocolmo en el control y verificación de armamento convencional. Esas conversaciones se habían prolongado durante años, pues el bando soviético se negaba a aceptar las inspecciones sobre el terreno propuestas por los norteamericanos. El alto estado mayor se sintió horrorizado ante la perspectiva de una inspección de la OTAN, que habría podido descubrir las numerosas aldeas Potemkin que tenían las fuerzas armadas. En el Politburó, Ajromeyev desafió al máximo negociador soviético en Estocolmo, cuyo «patriotismo soviético» puso en duda. Después de lo de Chernobil, sin embargo, el secretismo ya no lograría imponerse. Bien al contrario: por orden del Politburó el propio Ajromeyev tuvo que desplazarse hasta Estocolmo para anunciar que la URSS aceptaba una inspección sobre el terreno. El mariscal, profundamente consternado por lo de Chernobil, acató las instrucciones recibidas, y al cabo de unas semanas se firmó el tratado.[95]

Por aquel entonces el secretario general se hallaba inmerso en un estudio de las relaciones internacionales que incluía los trabajos de la Comisión Palme y varios socialdemócratas occidentales sobre desarme y «seguridad conjunta». También leía el Manifiesto de Russell-Einstein de 1955 y las obras del Movimiento Pugwash de científicos contra la guerra nuclear.[96] Armado de nuevas ideas, Gorbachov hizo a continuación un llamamiento a los aliados socialistas de Estados Unidos en defensa de una nueva filosofía de seguridad. El presidente francés, François Mitterrand, el presidente del gobierno español, Felipe González, y el primer ministro canadiense, Pierre Elliot Trudeau, expresaron su agrado por el «nuevo pensamiento» y se mostraron sumamente críticos con la postura de las autoridades norteamericanas. En el curso de una entrevista con el presidente francés en julio de 1986, el líder soviético arremetió contra Reagan y «las fuerzas y grupos que lo colocaron en el poder» por promover la SDI y no haber sabido comprender las nuevas necesidades de la humanidad en materia de seguridad. Mitterrand reconoció que «probablemente el complejo industrial militar estuviera ejerciendo fuertes presiones sobre la administración norteamericana». Y añadió al mismo tiempo que «no debemos olvidar que Reagan, pese a todas las influencias que recibe de su entorno, tiene sentido común e intuición». Pidió a Gorbachov que no contemplara la situación política de Estados Unidos como algo inamovible: «La situación puede cambiar». También se mostró complaciente con la preocupación que sentía verdaderamente Gorbachov por la cuestión de la seguridad, y se avino a hacer de intermediario entre la Unión Soviética y Estados Unidos.[97]

Margaret Thatcher, la primera ministra conservadora de Gran Bretaña, desempeñó el papel de embajador informal entre Gorbachov y Reagan. Había una gran afinidad personal entre la Dama de Hierro y el líder soviético, pese al abismo ideológico que los separaba. Desde un principio, Thatcher comprendió perfectamente la idea de reforma y desarme a dos bandas impulsada por Gorbachov, pero rechazó categóricamente la de un mundo libre de energía nuclear por considerarla una peligrosa utopía romántica. Visto retrospectivamente, Thatcher no iba equivocada, pues el proceso de desarme se ajustó mucho a sus previsiones. Pero, como comentaría Cherniaev, «si Gorbachov no hubiera insistido tanto, y no se hubiera mostrado tan implacable en su deseo de demostrar a todos que las armas nucleares son un verdadero mal y que nadie puede construir una política mundial basándose en ellas, el proceso [de distensión] no habría comenzado nunca».[98]

Otro intermediario informal entre el Kremlin y la Casa Blanca fue el expresidente Richard Nixon. Nixon seguía disfrutando del respeto de los líderes soviéticos, que lo consideraban el arquitecto de la distensión durante los años setenta. En julio de 1986 dijo a Gorbachov: «Tiene razón: hay individuos en la administración [Reagan] que no quieren acuerdos con la Unión Soviética. A su juicio, si logran aislar a la URSS diplomáticamente, ejercer más presión económica sobre ella y alcanzar una superioridad militar, el orden soviético se derrumbará. Por supuesto, eso no ocurrirá nunca. Como bien sabe, durante muchos años se consideró que Reagan formaba parte del grupo que tenía esa visión. Sin embargo, en la actualidad no es uno de ellos. Supe a través de unas conversaciones que mantuve con él que la entrevista con usted tuvo unos efectos lentos, pero innegables, en la evolución de sus opiniones».[99]

Todas esas conversaciones aumentaron la impaciencia de Gorbachov por poner en marcha su «nuevo pensamiento». Otro de los factores que lo movieron fueron las malas noticias económicas y financieras. La perestroika no funcionaba bien; las consignas de las reformas nacionales contrastaban claramente con la inactividad económica y el invariable estancamiento social. Un mes después de la tragedia, el accidente de Chernobil ya había costado tres mil millones de rublos al estado. Este gasto imprevisto afectó las discusiones que mantenía el Politburó sobre la carga financiera que iba a suponer la continuación de la carrera armamentística estratégica con Occidente. Quizá por primera vez desde los debates durante la crisis de Polonia, todos pudieron ver con claridad que la economía de la Unión Soviética atravesaba una situación sumamente comprometida. En julio de 1986 Gorbachov reconocía que los presupuestos soviéticos habían perdido nueve mil millones de rublos, debido a la rápida caída del precio del petróleo. Los soviéticos se esperaban también un déficit comercial. Y la campaña contra el alcohol había supuesto una merma de quince mil millones de rublos para las arcas del estado.[100] En el orden interno, el secretario general, con la ayuda de Ligachev desde la secretaría del partido, renovó radicalmente los cuadros de la burocracia y el partido, con la esperanza de rejuvenecer el sistema soviético administrativo.[101] Pero Gorbachov todavía no estaba preparado para implantar medidas drásticas, como fijar precios y combatir una inflación oculta. Y no sabía cómo transformar la economía socialista. Esperaba poder aliviar la situación económica reduciendo las tensiones internacionales para obtener los «dividendos de la paz», esto es, una reducción del gasto militar y créditos occidentales.

Las relaciones entre la URSS y Estados Unidos atravesaban un momento de exacerbación debido a lo que cabría calificar de verdadera guerra de los servicios de espionaje, una guerra que causaba víctimas reales. En Moscú el KGB obtenía a través de un agente de la CIA, Aldrich Ames, información exhaustiva sobre los espías norteamericanos en misión en la Unión Soviética. En 1986, con el consentimiento de Gorbachov, todos ellos fueron detenidos; algunos fueron juzgados y condenados a muerte. Al mismo tiempo fueron descubiertos y detenidos en Estados Unidos varios agentes soviéticos que llevaban mucho tiempo infiltrados en el FBI y la Agencia de Seguridad



Nacional. Esa repugnante guerra se intensificó aún más a finales de agosto, cuando el FBI detuvo a Gennadi Zajarov, agente del KGB que encubría sus actividades trabajando en la Secretaría de las Naciones Unidas. Como represalia, el KGB acusó en falso y detuvo al corresponsal de *U. S. News and World Report*, Nicholas Daniloff.[102] Una nueva oleada de sentimientos antisoviéticos en los medios de comunicación norteamericanos, vigorosamente promovida por la administración Reagan, pareció devolver las relaciones entre los dos países a su punto más bajo de 1983.

Gorbachov esperaba con impaciencia que se produjera un avance evidente. A comienzos de septiembre, en medio de la controversia Zajarov-Daniloff, escribió una carta a Reagan proponiéndole que, en vez de esperar a la siguiente cumbre que debía celebrarse en Washington, tuvieran inmediatamente un breve encuentro en el que poder hablar los dos solos, «digamos, por ejemplo, en Islandia o en Londres». En un intento por separar a Reagan de su equipo más conservador, Gorbachov sugirió que la entrevista fuera «una conversación estrictamente confidencial, privada y sincera (tal vez acompañados únicamente de nuestros ministros de Exteriores)». El objetivo de la reunión iba a ser «esbozar una serie de acuerdos sobre dos o tres cuestiones muy específicas», para asegurarse de que estarían preparados para su firma en la próxima cumbre.[103]

Más tarde, Margaret Thatcher y los asesores de Reagan afirmarían que Gorbachov había hecho caer al presidente norteamericano en una trampa. En efecto, el secretario general no sólo se había preparado para discutir sobre «dos o tres cuestiones muy específicas», sino también para presentar un acuerdo revolucionario destinado a reducir el armamento nuclear. Pero el líder soviético no pretendía tender una emboscada a Reagan. Como parte de los preparativos para la cumbre, ordenó al alto estado mayor que abandonara la estrategia ofensiva de alcanzar el canal de la Mancha en pocos días y que elaborara una nueva doctrina militar basada en una «suficiencia estratégica» y en una postura defensiva.[104] También comunicó a los militares su deseo de aceptar la propuesta de Reagan de eliminar todos los misiles de medio alcance soviéticos y norteamericanos de suelo europeo («la opción cero»). Por último, sugirió que en el paquete de negociaciones soviético se incluyera la aceptación de un recorte del 50 por 100 de los ICBM «pesados», pilar del arsenal estratégico soviético.[105] En consecuencia, la reunión de Reikiavik, la capital de Islandia, se convirtió en el acontecimiento diplomático más llamativo de los últimos años de la Guerra Fría.

Las propuestas soviéticas se basaban en los principios de la «suficiencia estratégica», que durante largo tiempo habían circulado en los institutos académicos moscovitas y entre los negociadores para el control armamentístico. Dichos principios sostenían que no era esencial mantener una paridad numérica en los armamentos estratégicos. Por supuesto, nadie excepto Gorbachov se atrevía a proponer abiertamente la adopción de esos principios, pues cualquiera habría temido verse acusado de traidor desde el Ministerio de Defensa y el alto estado mayor. Hasta Gorbachov tuvo que explicar su «nuevo pensamiento» como una necesidad pragmática. A comienzos de octubre de 1986 expuso claramente ante el Politburó que la URSS no podía permitirse responder al desafío de Reagan con el tradicional «donde las dan las toman»: «Nos veremos arrastrados a una carrera armamentística que va más allá de nuestras posibilidades, y la perderemos, porque hemos llegado al límite de nuestras posibilidades. Además, cabe esperar que Japón y la RFA puedan en breve sumar su potencial económico al americano. Si empieza otra carrera, la presión a la que se verá sometida nuestra economía será extraordinaria».[106]

Una vez más queda demostrado que la SDI era como un bloque tambaleante para el «nuevo pensamiento» de Gorbachov. El británico Archie Brown, especialista en ciencias políticas, cree que para Gorbachov en aquellos momentos la SDI no representaba tanto una preocupación por la seguridad, sino más bien un pretexto para defender «el tipo de

innovación política que rompiera el empate de la carrera armamentística y pusiera fin al círculo vicioso que ésta suponía».[107] Las pruebas indican lo contrario: el programa de Reagan constituía una verdadera preocupación para el líder soviético. Gorbachov seguía sin comprender si las intenciones de Reagan eran agresivas o no. Al igual que con la cumbre de Ginebra, las instrucciones del Politburó para la entrevista de Reikiavik fueron fruto de una componenda entre los nuevos enfoques ideológicos de Gorbachov y sus temores tradicionales en materia de seguridad. Aunque los militares habrían hecho lo mismo, fue Gorbachov quien vinculó con firmeza cualquier acuerdo de reducción de armamento estratégico a una sola condición: Reagan debía enterrar la idea de la SDI y confirmar la adhesión norteamericana al tratado ABM de 1972. Mientras se dirigía a un reducido grupo de partidarios del «nuevo pensamiento» durante los preparativos para la entrevista de Reikiavik, Gorbachov dijo que era necesario conseguir que Reagan se apartara de su postura en lo referente a la SDI. «Si se fracasa, entonces podremos decir: ¡Ya nos lo esperábamos!»[108]

La cumbre de Reikiavik empezó con una amigable conversación privada entre los dos líderes.[109] Reagan comenzó por exponer los cuatro puntos de la agenda norteamericana y vinculó cualquier posible progreso en materia de desarme a ciertos cambios de postura de los soviéticos en temas del Tercer Mundo y a su respeto por los derechos humanos en su propio país. Gorbachov garantizó al presidente estadounidense su apoyo a una «eliminación definitiva de armas nucleares» basada en los principios de «igual seguridad» para ambas partes. Dijo también que estaba dispuesto a llegar «hasta donde fuera necesario en la cuestión de las verificaciones» para eliminar cualquier duda por parte de Estados Unidos. Al mismo tiempo, el líder soviético vinculó claramente una fecha para la celebración de la cumbre de Washington con alcanzar un acuerdo en materia de reducción de armamento (exigencia muy similar a la expuesta por los soviéticos en tiempos de la administración Cárter).[110]

Lo que sucedió después entre los dos líderes pareció casi surrealista a los demás participantes de la reunión, veteranos de las décadas de absoluto distanciamiento. Por lo visto, Reagan y Gorbachov resolvieron más cuestiones relacionadas con el desarme que todos sus predecesores juntos. En opinión de los expertos norteamericanos, Gorbachov hizo más concesiones que las que había hecho la Unión Soviética durante los últimos veinticinco años. El secretario de Estado, George Shultz, reaccionó ante este acontecimiento con frialdad: «Bien, que vaya haciéndolas. Al fin y al cabo, sus propuestas son fruto de cinco años de presión que hemos ejercido».[111] Otros miembros de la administración con una mentalidad más ideológica se inquietaron. Reagan vio una oportunidad para ver cumplida la que consideraba que era su misión: impedir el apocalipsis nuclear. Sin molestarse en consultar al Pentágono o a los aliados de Estados Unidos, puso sobre la mesa, en primer lugar, la idea de la eliminación total de los misiles balísticos nucleares para 1996, y después, la de *todas* las armas nucleares. Gorbachov accedió, pero insistió en la necesidad de excluir cualquier plan destinado a probar componentes misilísticos de defensa en el espacio. A Reagan, sin embargo, su amigo Caspar Weinberger lo había convencido de que el Congreso «condenaría a muerte» la SDI si ésta quedaba limitada a los laboratorios. El presidente norteamericano pidió a Gorbachov que permitiera las pruebas en el espacio como «favor personal». Y añadió que una concesión en lo concerniente a la SDI tendría una «gran influencia en nuestras futuras relaciones». Gorbachov, no obstante, se mantuvo en sus trece: renuncia total a la SDI, incluido el período intermedio de pruebas de laboratorio, o nada.[112] La cumbre fracasó, y el secretario general, visiblemente consternado, y el presidente norteamericano tuvieron que afrontar las consecuencias del fiasco en sus respectivos países. Como se sabe perfectamente hoy día, diez años o más de pruebas de laboratorio no habrían «condenado a muerte» ni «creado» el escudo antimisiles, como temían Reagan y Gorbachov. El líder



soviético no estaba preparado para eliminar todas las armas nucleares de la URSS, por no hablar de sus misiles balísticos.[113]

Gorbachov regresó a Moscú quejándose de que los norteamericanos «no abandonaban la búsqueda de una superioridad» y que simplemente habían venido a Reikiavik a embolsarse sus concesiones, lo que era en esencia cierto por lo que respecta a la mayoría de la delegación estadounidense. Ante el Politburó, Gorbachov dijo que Reagan «es incapaz de controlar a su pandilla» y «parece un verdadero embustero».[114] Apenas unos años más tarde, sin embargo, el líder soviético calificaría el efecto Reikiavik de epifanía, similar a la conmoción que supuso Chernobil. Tal vez fuera que, una vez más, los temores tradicionales del secretario general libraban en su alma una batalla contra conceptos del «nuevo pensamiento». En el fondo, quedó sorprendido al descubrir que la fe de Reagan en el desarme nuclear parecía verdadera. Otros participantes soviéticos en la cumbre tuvieron la misma impresión. Anatoli Dobrinin recordaría más tarde que «la visión de Reagan de un apocalipsis nuclear y su convicción, tan arraigada como oculta, de que al final las armas nucleares debían ser eliminadas, resultarían más poderosas que su visceral anticomunismo».[115] La imagen de Reagan como enemigo entre los altos dirigentes de la política exterior soviética, modelada por la confrontación anterior, empezaría a cambiar, pero este fenómeno se iría produciendo lentamente, a empujones.

EL «NUEVO PENSAMIENTO» Y LA CRISIS EN CIERNES

El fracaso de la cumbre de Reikiavik no mermó el interés de Gorbachov por desarrollar el «nuevo pensamiento» en los asuntos globales. Al contrario, no tardó en trasladarse a Kirguistán, a un hermoso lago situado en las montañas, para hablar con la élite intelectual del mundo —escritores, sociólogos, economistas, ecólogos y futurólogos— sobre la amenaza nuclear y las posibles respuestas políticas que podían dársele. Entusiasmado ante una audiencia de tanta calidad, Gorbachov habló públicamente por primera vez de la prioridad de «los intereses de la humanidad sobre los intereses de clase». Sus innovaciones teóricas recordaban las perplejidades de Ligachev y los propagandistas del partido. «¡Estalló una bomba en el bando de los pensadores ortodoxos!», contaría con regocijo en sus memorias. En la primavera de 1987 su transformación ideológica comenzaba a alejarlo de sus seguidores más leales y eficaces, Ligachev y Rizhkov. Los dos colaboradores ya no podían identificarse ideológicamente con él.[116] Los meses siguientes a la cumbre de Reikiavik fueron testigos de la primera etapa de desacuerdo entre Gorbachov y sus colegas del Politburó, que habían contemplado su «nuevo pensamiento» como una simple retórica para encubrir una política pragmática de retirada y atrincheramiento temporales del poder soviético. De cambiar en los mandos a los titulares de cargos clave con el fin de conseguir una «aceleración» económica, Gorbachov pasaría a dar los pasos necesarios para transformar la ideología directriz de la Unión Soviética.

Los «cruzados» antisoviéticos de la administración Reagan seguían complicando mientras tanto los planes reformistas de Gorbachov. El 1 de diciembre, la administración anunció que Estados Unidos no iba a respetar las limitaciones impuestas por SALT-2 a sus fuerzas estratégicas. El comportamiento provocador de las autoridades norteamericanas, por segunda vez tras la segunda cumbre, obligó al Politburó a tomar una decisión: olvidarse de Reagan y esperar a que el futuro brindara otras oportunidades o seguir con la ofensiva de paz con mayor vigor y energía. En el Politburó, Gromiko no pudo dejar de hacer ciertos comentarios escépticos sobre la fijación de Gorbachov por el tema del desarme: «Si destruimos las armas nucleares que hemos estado construyendo durante los últimos veinticinco años, ¿qué pasará luego? ¿Tendremos que depender de la buena voluntad de los americanos? ¿Dónde está la garantía de que no nos adelantarán en la carrera espacial? No, más concesiones no nos reportarán un acuerdo con los americanos. Estados Unidos no va a aceptar un acuerdo paritario».[117]

Además de Gromiko, Ligachev y el jefe del KGB, Viktor Chebrikov, también manifestaron su preocupación por la «cruzada» de la administración Reagan contra la Unión Soviética. Gorbachov, sin embargo, ya había tomado la determinación de seguir con sus nuevas políticas fuera como fuere. Dijo que jugar al «donde las dan las toman» con la administración Reagan supondría «el regalo perfecto para esos tipos que se dedican a incumplir tratados y a escupir en la opinión pública. Dirían: ese es el momento que esperaban los soviéticos». El Politburó optó por presionar a la administración Reagan a través de miembros moderados del Congreso norteamericano, de los países aliados de Estados Unidos y de la opinión pública norteamericana.[118]

Más o menos durante esas mismas semanas, los altos jefes del ejército recibieron instrucciones en el sentido de que abandonaran el viejo objetivo de alcanzar una mayor superioridad sobre el enemigo y se avinieran a llevar a cabo reducciones unilaterales de mayor envergadura en las reservas estratégicas de la URSS. Poco después de la cumbre de Reikiavik, Sergei Ajromeyev presentó el borrador de la nueva doctrina militar en la Academia del Alto Estado Mayor, la escuela militar de la élite del ejército. El documento exponía la imposibilidad de obtener la victoria en una guerra futura (pues sería nuclear) y



proponía que el ejército soviético dejara de intentar equipararse con el norteamericano. Conmocionados, los militares no podían dar crédito a sus oídos. Pudieron escucharse gritos sordos de traición.[119] Esos gritos llegaron a oídos de Gorbachov, y en una reunión celebrada el 1 de diciembre hubo un duro intercambio de palabras entre el líder soviético y el mariscal Ajromeyev, que hacía poco había renunciado a su cargo en el alto estado mayor para ser nombrado simplemente ayudante militar del secretario general.

GORBACHOV: No hemos hecho verdaderas concesiones. Sin embargo, nuestros generales intentan meternos miedo, temen quedarse sin nada que hacer. Sé que murmuran mucho, y que se preguntan: ¿Qué clase de gobierno es éste, que está desarmando al país?

VITALI VOROTNIKOV (MIEMBRO DEL POLITBURÓ): ¡Hay gente que piensa lo mismo!

GORBACHOV: Ogarkov está muy molesto. Exige más y más. En un momento en el que veinticinco millones de personas viven en nuestro país por debajo de los mínimos oficiales del nivel de vida.

AJROMEYEV: Los generales son buena gente. Sí, son buenos miembros del partido. Sin embargo, si un general está convencido de que se preocupa más él por el país que el Politburó, deberíamos resolver este problema directamente con él.

GORBACHOV: Si fracasamos en nuestra lucha por la paz, el pueblo no nos brindará su apoyo. Y si reducimos nuestras defensas, tampoco nos apoyará. Hay mucho chovinismo.[120]

Gorbachov utilizó sus dotes retóricas para derribar la oposición de los militares, y obtuvo lo que quería. El 31 de diciembre, en su calidad de comandante en jefe y presidente del Consejo de Defensa, aprobó la nueva doctrina militar. Ese día se produjo un cambio trascendental, aunque también marcaría el fin del entusiasmo inicial que habían sentido los militares por Gorbachov y su camino reformista.

El «nuevo pensamiento» de Gorbachov siguió evolucionando, incluso con la ausencia de indicios de distensión con Estados Unidos, en claro contraste con la política de distensión seguida por Brezhnev. Pero un sorprendente consenso, al menos en apariencia, prevalecía en el Politburó. Ni ningún conservador ni ningún militar deseaba desafiar al secretario general. Ni el alto estado mayor, pese a su gran consternación por las nuevas propuestas de desarme y la nueva doctrina militar, se atrevió nunca a oponerse a la política seguida por Gorbachov en el Politburó. Además, al contrario de lo que tal vez pueda desprenderse de la lectura de las memorias de Gorbachov, los conservadores partidarios de la modernización y los seguidores del «nuevo pensamiento» existentes en el partido y las élites estatales seguían sin tener demasiado claro el rumbo que seguiría la evolución del líder soviético. El secretario general era desconcertantemente incoherente en su retórica y, en particular, en sus acciones. Parecía triunfar en la ambigüedad y le gustaba el papel de moderador, escuchando con la misma atención a las opiniones opuestas, mediando en los debates, disimulando las discrepancias y cortando de raíz las confrontaciones. El feudo conservador por antonomasia, el KGB, seguía pensando a comienzos de 1987 que Gorbachov estaba desarrollando el programa de modernización controlada y conservadora y de atrincheramiento imperial puesto en marcha por Andropov. A la dirección del KGB no se le ocurrió que Gorbachov fuera a desmantelar todo el régimen de política represiva que había sobrevivido a la desestalinización y había quedado atrincherado durante los años de gobierno de Brezhnev y Andropov. Vladimir Kriuchkov, jefe del departamento de espionaje extranjero del KGB, recordaría que no había dudado de la devoción de Gorbachov por el sistema soviético y el «socialismo», y que más tarde se sintió horrorizado por el alcance de su «traición».[121]

Gorbachov tuvo la prudencia necesaria para no desafiar abiertamente los principios básicos de la ideología oficial. Al contrario, su vigor ideológico y sus frecuentes compromisos públicos «de mantenerse fiel al potencial del socialismo» confundieron a las sofisticadas élites moscovitas que desde hacía tiempo consideraban que la ideología comunista era ya un cadáver. Sus equivocadas estrategias económicas y la campaña contra el alcohol dieron la impresión a muchos, tanto dentro como fuera de la URSS, de que simplemente quería insuflar nuevo vigor al viejo sistema. Yakovlev se quejaba en privado de que el líder soviético seguía siendo cautivo de una mitología ideológica basada en las clases. «Durante los tres primeros años de *perestroika*», reconoce Cherniaev, Gorbachov «pensaba en una mejora de la sociedad en categorías marxistas-leninistas. Estaba convencido de que si Lenin hubiera vivido diez años más, habría habido un buen socialismo en la URSS». El secretario general veneraba al fundador del bolchevismo; tenía las obras de Lenin sobre la mesa de su despacho, y de vez en cuando las releía en busca de soluciones e inspiración.[122]

Así pues, en el camino que había emprendido Gorbachov todavía faltaba mucho para llegar al momento de apertura ideológica y líneas divisorias políticas. En algunas cuestiones de política exterior, la línea divisoria no la marcarían tanto los principios ideológicos, sino las estrategias del atrincheramiento soviético. Curiosamente, esta circunstancia se pondría de manifiesto con mayor claridad en las discusiones del Politburó sobre la situación desesperada que se vivía en Afganistán. Con ayuda de fondos de la CIA, el régimen pakistaní del general Ziaul Haq armaba y adiestraba a fundamentalistas islámicos que libraban constantes batallas contra las tropas soviéticas y el gobierno prosoviético afgano. Los rusos no podían derrotar a un ejército tan poco convencional como eran las formaciones de fundamentalistas que operaban desde territorio pakistaní.[123] Gorbachov, junto con los demás miembros del Politburó, seguía siendo contrario a una retirada inmediata de las tropas. Sostenía que los soviéticos debían establecer en Afganistán un régimen islámico moderado amigo de la URSS para evitar una situación en la que Estados Unidos o las fuerzas fundamentalistas se harían con el control de la zona. En 1987 se hizo evidente que aquella idea era una verdadera quimera, sobre todo debido a la alianza existente entre Estados Unidos, Pakistán y las fuerzas musulmanas fundamentalistas. El ministro de Defensa, Sergei Sokolov, el mariscal Ajromeyev y el comandante en jefe del ejército de la URSS en Afganistán, el general Valentín Varennikov, abogaron por una retirada inmediata de los soldados soviéticos. El viceministro de Exteriores, Georgi Kornienko, los apoyó. Ironías de la vida, hasta el propio Gromiko, último superviviente del grupo que propuso la invasión de Afganistán, se manifestó a favor de la retirada inmediata.[124]

Sin embargo, los dos máximos responsables de la comisión del Politburó para la cuestión afgana, Shevardnadze y Kriuchkov, miembro del KGB, insistieron en continuar con la misión de «salvar» Afganistán, pues temían que se produjera un baño de sangre en Kabul y que los intereses de la seguridad soviética se vieran perjudicados en caso de una victoria de los fundamentalistas. En 1986 el KGB había apoyado a Najibullah por considerarlo una alternativa mejor a Babrak Karmal, y ahora tenían que seguir ayudando a su candidato. Por aquel entonces, el principal defensor del «nuevo pensamiento», Yakovlev, también se había mostrado favorable a la afganización de la guerra. Gorbachov, como revelan los informes y diversas memorias, sustentó esas posturas e hizo caso omiso de las advertencias de Ajromeyev y Kornienko. Posteriormente, Gorbachov y Yakovlev afirmarían que había sido la implacable política de Estados Unidos la culpable de que se prolongara la guerra en Afganistán.[125]

La postura de Gorbachov respecto a la cuestión afgana no fue un episodio aislado. En general, seguiría apoyando y conservando a todos los clientes y amigos tradicionales de la URSS en el Tercer Mundo, incluidos los regímenes nacionalistas árabes antiisraelíes,



Vietnam, el régimen de Mengistu Haile Mariam de Etiopía, la Cuba de Castro y los sandinistas de Nicaragua.[126] Las dinámicas y las motivaciones que se ocultaban detrás de esa onerosa política exigen una explicación. ¿Quería Gorbachov reformar la Unión Soviética conservando su papel de gran potencia y sus alianzas en el mundo? ¿Seguía, como Shevardnadze, adherido, por culpa de la inercia, al legado del paradigma revolucionario-imperial en el Tercer Mundo?

Los miembros conservadores del Politburó partidarios de una modernización, al igual que los seguidores de una línea dura de la administración Reagan, creían que era así. Pero el secretario general más bien procuraba ganar tiempo, pues tal vez no se sintiera aún suficientemente preparado para comenzar un desmantelamiento unilateral del imperio soviético. También parece que las cuestiones del Tercer Mundo nunca llegaron a interesar verdaderamente a Gorbachov, cuya ideología del «nuevo pensamiento» hacía que se centrara en la integración de la URSS en el «primer mundo» (en la cooperación con las potencias capitalistas más avanzadas). En 1987 Gorbachov ya empezó a expresar su confianza en la interdependencia global entre el socialismo soviético y el capitalismo democrático. Como hiciera Jrushchov en 1955-1957, el líder soviético comenzó a combinar ofensivas de paz y desestalinización, negociaciones con Occidente y liberalización en el interior del país. Pero Jrushchov había vuelto a una política de represión dentro de la URSS a raíz de las sublevaciones de Hungría y Polonia. Gorbachov quería ir más lejos que su reformista predecesor y no dar nunca marcha atrás. Utilizó los preparativos de Reikiavik para exigir la reconsideración de la política soviética en lo concerniente a derechos humanos, inmigración y persecución de disidentes políticos y religiosos en el ámbito nacional. Tras el fracaso de la cumbre de Reikiavik, defendió la necesidad vital de la URSS de volver a ganarse las simpatías de los líderes de Europa Occidental, las élites cultas y la opinión pública. Sin la presión de Europa Occidental, iba a ser imposible conseguir que la administración Reagan adoptara una postura más conciliatoria. En concreto, Gorbachov indicó al Politburó que había que permitir que Andrei Sajarov, el disidente más famoso de la URSS, pudiera regresar a Moscú de su destierro en Nizhni Novgorod. En enero de 1987 los soviéticos dejaron de interferir las emisiones radiofónicas de la BBC, la Voz de América y la Deutsche Welle de Alemania Occidental.[127]

Por aquel entonces la mayoría de los burócratas y oficiales soviéticos, incluso los del KGB, reconocían a regañadientes que la persecución de disidentes y grupos religiosos suponía un obstáculo importantísimo para sentarse a negociar con Estados Unidos. Todavía recordaban el enfado de Reagan en 1983, cuando los soviéticos se opusieron a que un grupo de cristianos pentecostales emigrara a Estados Unidos. En los debates del Politburó el jefe del KGB, Chebrikov, propuso liberar a un tercio de los prisioneros políticos, y más tarde reducir el número existente en aquellos momentos a la mitad. Esta propuesta era de la misma naturaleza que el plan de Andropov de utilizar judíos y disidentes a modo de moneda de cambio en las negociaciones de los años setenta para la distensión. A partir de 1986, el KGB comenzó a reducir el número de detenciones por «crímenes políticos», pero intensificó lo que denominaba medidas profilácticas, esto es, la intimidación y la extorsión de ciudadanos soviéticos que levantaban sospechas.[128]

El declive económico continuado y la amenaza del déficit fueron dos de los factores que más influyeron en Gorbachov y el Politburó por aquel entonces. Los programas iniciales para la *perestroika* y el mejoramiento de la economía soviética se habían revelado inútiles. A comienzos de 1985 la URSS se había visto obligada a gastar más divisas fuertes de las que había podido ganar; esta circunstancia provocó una doble carga: por un lado el déficit comercial consiguiente, y por otro una importante deuda exterior[129] (una situación sumamente peligrosa que afectaba las economías de los países de Europa Oriental desde los años setenta). Además, durante los dos primeros meses de 1987 la

producción industrial, que atravesaba momentos caóticos debido a su descentralización parcial y a otros experimentos desacertados, cayó un 6 por 100, siendo la industria pesada y la de consumo las más afectadas. Había un desfase de ochenta mil millones de rublos entre los ingresos y los gastos del estado. Gorbachov no explica en sus memorias por qué la situación económica y financiera había llegado a ese grado de deterioro desde su ascensión al poder.[130]

Hasta el otoño de 1986 los miembros de base del Politburó nunca habían recibido la verdadera información relativa a los gastos militares, los gastos de ayuda al exterior y otros desembolsos presupuestarios secretos. Los importes habrían dejado boquiabierto a cualquiera. Además de los gastos de defensa, que se comían el 40 por 100 de los presupuestos soviéticos, la URSS ayudaba financieramente a sus aliados centroeuropeos y a numerosos países clientes del resto del mundo. Los miembros del Politburó pudieron enterarse para su sorpresa que el «coste» anual de Vietnam ascendía a cuarenta mil millones de rublos. Otros estados clientes sólo resultaban algo más económicos: Cuba costaba veinticinco mil millones de rublos, Siria costaba seis mil millones de rublos… y la lista continuaba. Desde los años cincuenta los soviéticos habían estado enviando a Irak, Libia y Siria grandes cantidades de equipamiento militar, como, por ejemplo, tanques de primera línea, aparatos aéreos y misiles, pero nunca habían recibido el dinero que costaba ese material.[131]

Los presupuestos soviéticos se resentían de la carga que suponían los sesenta y siete mil setecientos millones de rublos asignados a la defensa (el 16,4 por 100 de los presupuestos). Pero deberían hacer frente a pérdidas aún más cuantiosas debido a la decisión tomada en 1985 de invertir otros doscientos mil millones de rublos y divisas fuertes en la modernización de la industria de la maquinaria (una inversión necesaria, pero cuya rentabilidad, lamentablemente, nunca es inmediata). Por otro lado, cayeron los ingresos por la venta de bebidas alcohólicas, y la última gran fuente de ingresos, la exportación de petróleo, seguía reportando poco, pues el precio del crudo se había precipitado desde los altos niveles de antaño hasta cotizar en abril de 1986 a doce dólares el barril, y la tendencia seguía siendo a la baja. En 1987 el estado soviético no tenía más medios para aumentar sus ingresos que los impuestos y la revisión al alza de los precios. El 30 de octubre de 1986 Gorbachov dijo que la crisis financiera «nos tiene cogidos por el cuello». No obstante, se negó a equilibrar los presupuestos a costa de una subida de los precios al consumidor y de la reducción de los subsidios estatales a los productos alimenticios. Al cabo de seis meses el Politburó se dio cuenta de que, sin una revisión de los precios, sólo esos subsidios ascenderían a cien mil millones de rublos en 1990. Sin embargo, pese a los numerosos debates, a los preparativos y a los borradores que se realizaron, nunca entró en vigor una reforma de precios. Se tomaron medidas aisladas y puntuales, pero sólo sirvieron para agravar el malestar económico. Las razones de que Gorbachov decidiera contemporizar no están muy claras. Es evidente que tanto él como el resto del Politburó carecían incluso de los conocimientos más básicos de macroeconomía. También es posible que Gorbachov se diera cuenta de que una subida drástica de los precios habría creado disturbios sociales y socavado su posición como líder del país.[132]

La sombría situación económica y financiera hizo que la distensión y el atrincheramiento soviéticos parecieran un objetivo urgente incluso a ojos de los miembros conservadores del Politburó. La Unión Soviética simplemente no podía permitirse que su diplomacia siguiera jugando a ser el maestro de la prestidigitación. Gromiko era uno de los que abogaban por mejorar cuanto antes las relaciones de la URSS con los países occidentales. En febrero de 1987 Gromiko y Ligachev manifestaron claramente su apoyo a un acuerdo de «opción cero» con Estados Unidos para eliminar todos los misiles de alcance intermedio.[133]



En febrero de 1987 Gorbachov estaba a punto de comenzar la tercera ronda de su ofensiva de paz contra Ronald Reagan. Antes de que se celebrara la siguiente cumbre en Washington, emprendió más recortes asimétricos del arsenal militar soviético. En el curso de una entrevista con Gorbachov a finales de ese mismo mes, el primer ministro italiano, Giulio Andreotti, colmó de elogios al líder soviético por haber acordado «valientemente» el desmantelamiento de los misiles de alcance intermedio dirigidos contra Europa. A continuación lo animó «a dar un pequeño paso más» y proceder de manera unilateral a la eliminación de los de corto alcance. En opinión del italiano, ese «intrépido paso» socavaría los planes de los norteamericanos de desplegar misiles de corto alcance en Europa Occidental.[134] En la entrevista celebrada en abril con George Shultz, Gorbachov y Shevardnadze aceptaron la «opción cero» de Reagan para misiles balísticos de alcance intermedio, como había decidido el Politburó. Para sorpresa de todo el mundo, comunicaron a Shultz que la Unión Soviética también estaría dispuesta a reducir sus nuevos misiles de corto alcance, los SS-23 («Oka»). Esta propuesta significaba que la URSS iba a desmantelar muchos de los misiles que apuntaban directamente a los territorios de Europa Occidental. Suponía un paso menor, pero muy significativo, más allá de los límites del consenso en pro de la distensión alcanzado fuera del Politburó.[135] Los militares quedaron espantados. Empezaron a quejarse del precipitado despilfarro de los activos estratégicos soviéticos. Como si les diera la razón, Shultz guardó las concesiones de los soviéticos y regresó a Estados Unidos sin dar nada a cambio. Ajromeyev, sin embargo, tenía las manos atadas por su lealtad personal a Gorbachov. Junto con el resto de los militares, prefirió culpar a Shevardnadze de haberse vendido a los norteamericanos.[136]

Gorbachov no tardaría en tener la oportunidad de reducir una potencial oposición militar a sus políticas. En mayo de 1987 Matthias Rust, joven piloto alemán, entró en territorio soviético volando desde Finlandia con una avioneta de recreo y aterrizó en la Plaza Roja. El insólito «caso Rust» permitió a Gorbachov destituir a la mayoría de los jefazos del ejército, empezando por el ministro de Defensa, el mariscal Sergei Sokolov. A Rust, que pasó varios meses detenido en la Lubianka, la cárcel del KGB, se le concedió una amnistía sin levantar demasiado revuelo. El líder soviético eligió a dedo al nuevo ministro de Defensa, Dmitri Yazov, veterano de la Segunda Guerra Mundial y antiguo jefe del distrito militar de Extremo Oriente, que no tenía carisma y carecía de autoridad entre los altos cargos militares. Gorbachov empezó a abogar por «la transparencia y el candor» en lo tocante a las armas convencionales en Europa, reconociendo la gran superioridad de la URSS, que contaba con veintisiete mil tanques y casi tres millones y medio de soldados. Al mismo tiempo, el ejército soviético comenzó la puesta en práctica de la nueva doctrina militar. La nueva doctrina del Pacto de Varsovia, copia literal de la soviética, fue adoptada por los países miembros en julio de 1987. William Odom considera que la nueva política sustituyó el viejo concepto de guerra en Europa.[137] En consecuencia, también sacudió los cimientos ideológicos y psicológicos de la presencia militar soviética en Europa Central.

Mientras tanto, con la aprobación tácita de Alexander Yakovlev (que estaba al frente de los medios de comunicación), y también con la de Mijail y Raisa Gorbachov, una red informal de «hombres y mujeres de los sesenta», intelectuales y *apparatchiks* «ilustrados», e individuos que veinte años antes se habían entregado en cuerpo y alma a la desestalinización y a la transformación democrática, empezó a extenderse y a influir en la vida civil. Desde 1986 esas personas habían comenzado a ocupar rápidamente puestos estratégicos en los medios de comunicación controlados por el estado. Los protegidos de Yakovlev se convertirían en los editores de algunos de los periódicos más importantes, como, por ejemplo, Sergei Zaligin en *Novi Mir*, Vitali Korotich en *Ogonek* y Yegor Yakovlev en *Moscow News*. Esos seguidores del «nuevo pensamiento» emprendieron la publicación

de manuscritos prohibidos, y se dedicaban a promocionar películas y novelas antiestalinistas y a denunciar el anquilosamiento en el que había caído el país durante los años de gobierno de Brezhnev.

En verano de 1987 Gorbachov reveló sus intenciones a su círculo más íntimo, en el que figuraba Yakovlev y Cherniaev: quería revisar «todo el sistema, empezando por su economía y acabando por su mentalidad». Pletórico de entusiasmo, Cherniaev decidió grabar las Palabras del líder: «Iría lejos, muy lejos».[138] En aquellos momentos Gorbachov ya no tenía nada que temer del sector conservador, incluidos el Politburó y la *nomenklatura* del partido. Al contrario, entre la nueva legión de funcionarios del partido, había individuos, como, por ejemplo, Boris Yeltsin, jefe de la organización del partido de Moscú, que empezaban a quejarse por la lentitud de Gorbachov en llevar a cabo reformas en el país. En noviembre de 1987, en su discurso conmemorativo del LXX Aniversario de la Revolución Bolchevique, Gorbachov recogió por primera vez las críticas de Jrushchov contra Stalin, afirmando que en la historia soviética seguía habiendo «páginas en blanco».[139] Aquello supuso un punto de inflexión en la interacción existente entre las innovaciones en materia de política exterior y los avances en el interior del país. De una primera fase, caracterizada por el énfasis en el control de armamento y la distensión, Gorbachov pasó a una siguiente fase, en la que combinaba su ofensiva de paz con la misión inacabada de desestalinización iniciada por Jrushchov. Cherniaev cuenta lo siguiente: «Para triunfar en política exterior, teníamos que deponer los mitos y dogmas de la confrontación ideológica, y eso tuvo un impacto —a través de la mentalidad del secretario general y de los medios de comunicación reformistas— en todo el entorno cultural de la sociedad».[140]

El rápido predominio de ese «nuevo pensamiento» sumamente idealista e inclinado a la reforma no acabó con las desconcertantes incoherencias que a veces tenía Gorbachov. El 27 de junio de 1987, en el curso de una conversación con Robert Mugabe, primer ministro de Zimbabue, Gorbachov describió la filosofía de la política exterior soviética en los mismos términos que hubiera utilizado Jrushchov treinta años antes. Dijo que «debe ejercerse más presión para relacionarse con [los países occidentales]». El 23 de octubre de 1987 comunicó a Shultz que no estaba dispuesto a ir a una cumbre en Washington hasta que Reagan renunciara a seguir adelante con el programa de la SDI. La simple firma de un tratado para la reducción de fuerzas nucleares de alcance intermedio (el Tratado INF) no bastaba para justificar la cumbre. El líder soviético pidió consejo a su grupo de asesores más íntimo, incluidos Shevardnadze, Yakovlev, Ajromeyev, Cherniaev y el viceministro de Exteriores, Alexander Bessmertnij. Algunos le dijeron que esperara a que hubiera una nueva administración en Washington dispuesta a abordar la cuestión de la SDI. Cherniaev, sin embargo, instó al líder soviético a seguir adelante con la cumbre.[141]

Las vacilaciones de Gorbachov y su obsesión por la SDI no hacían más que añadir grandes dosis de escepticismo respecto a las intenciones de los soviéticos entre los miembros de la administración Reagan y los neoconservadores de Washington. Pero el fenómeno del «nuevo pensamiento» no era el truco de un profesional de las relaciones públicas. Gorbachov adoptó ideas de transformación radical de la ideología soviética y del sistema político y económico, ideas que realmente defendían la apertura de la Unión Soviética al mundo exterior. Siendo realistas, dichas ideas exigían precaución, prudencia y una estrategia perfectamente calculada, pero Gorbachov estaba impaciente. Su reformismo radical venía motivado por el deterioro de la economía soviética y una galopante crisis financiera. Pero todavía estaría más motivado por conceptos románticos relacionados con los asuntos internacionales y por su capacidad como reformador. Sólo unos pocos miembros del gobierno y de la clase política de la URSS siguieron a Gorbachov con entusiasmo y celo reformista. Los demás se limitaban a observar dando tácitamente su aprobación, mientras la nueva política exterior de Gorbachov elevaba el



estatus internacional de la Unión Soviética a unos niveles sin precedentes y conseguía importantes resultados en la reducción de las tensiones que habían acompañado a la Guerra Fría.

Sin embargo, esa aprobación no tardaría en verse sustituida por la preocupación y la consternación. Los conservadores, los modernizadores y los militares se dieron cuenta de que la URSS difícilmente podría cumplir con los compromisos contraídos en Europa Central, Afganistán y el resto del mundo.[142] Y abogaron por un cauto atrincheramiento con el fin de posponer el derrumbamiento de la esfera de influencia soviética. En cambio, Gorbachov y los seguidores de su «nuevo pensamiento» empezaron a proclamar una política de no injerencia en Europa Central. No tardarían en dejar a los aliados de la URSS abandonados a sus propios recursos. Sin embargo, la mayoría del Politburó, el KGB y los militares no podían imaginarse que Gorbachov estaría dispuesto a poner fin a la Guerra Fría a costa de la destrucción del imperio exterior soviético en Europa Central y de una funesta inestabilidad en la propia Unión Soviética.

10

Gorbachov y el fin del poder soviético, 1988-1991

> En una palabra, ha venido produciéndose el desmantelamiento del socialismo como fenómeno mundial. Es una reunificación de la humanidad sobre la base del sentido común. Y el que ha puesto en movimiento todo ese proceso ha sido un tipo corriente de Stavropol [Gorbachov].
>
> Cherniaev, en su diario,
> 5 de octubre de 1989

Costó tres décadas convertir la Unión Soviética en una superpotencia, el principal país que desafió la supremacía de Estados Unidos en el mundo. Pero sólo hicieron falta tres años para que se desintegrara el gigante comunista. Para las personas que llegaron a la mayoría de edad durante la Guerra Fría, fue un acontecimiento repentino y asombroso. Los que tendían a ver la Guerra Fría en términos apocalípticos como la lucha entre el bien y el mal llegaron a la conclusión de que fue Ronald Reagan y su administración los que derrocaron al gran Satán del comunismo. Pero la mayor parte de los estudiosos y analistas llegan a la conclusión de que la superpotencia soviética llegó a su fin por obra de sus propios dirigentes, por influencia de nuevas ideas, nuevas políticas y nuevas circunstancias.[1] Jacques Lévesque, especialista en ciencias políticas canadiense, autor del libro *The Enigma of 1989*, llega a la siguiente conclusión: «Rara vez en la historia hemos sido testigos de que la política de una gran potencia haya sido guiada durante tanto tiempo, a través de tantas dificultades y reveses, por una visión del mundo tan idealista, basada en la reconciliación universal, y en la que la imagen del enemigo ha sido siempre difusa, hasta el punto de hacerla prácticamente desaparecer».[2]

Constituye una ilusión humana eterna atribuir los grandes acontecimientos a grandes causas. Durante el siglo pasado, los estudiosos solían atribuir a grandes fuerzas impersonales las transiciones de un período histórico a otro: a los cambios en el equilibrio de poder, a las contradicciones entre los estados, a las revoluciones, a la aparición de nuevas ideologías y movimientos sociales, etc. Por otra parte, entre los especialistas, se ha puesto también de moda subrayar los microniveles de la historia: el papel y las creencias de la «gente corriente», los cambios incrementales experimentados por la vida social, y el poder como fenómeno de la vida cotidiana. Entre estas dos tendencias, la tesis de que la historia viene determinada por «grandes hombres» parece claramente desacreditada. Actualmente muchos historiadores son reacios a admitir que el carácter de un individuo que ocupa un puesto de poder en una coyuntura crítica puede tener una importancia decisiva en el curso de la historia.

Sin embargo, la figura de Mijail Sergeievich Gorbachov demuestra que así es. Este hombre enérgico y apuesto, de ojos brillantes y sonrisa encantadora, «hizo más que nadie para poner fin a la Guerra Fría entre el Este y el Oeste», afirma el especialista en ciencias políticas británico Archie Brown en su estudio pionero *The Gorbachev Factor*.[3] Vale la pena citar a Anatoli Cherniaev, el más leal de los ayudantes de Gorbachov, y el que más lo apoyó, cuando dice: «no era "un gran hombre" por lo que se refiere al conjunto de



cualidades personales». Sin embargo, «llevó a cabo una gran misión», y eso es «más importante para la historia».[4] Dmitri Volkogonov adopta una actitud más crítica y ofrece una valoración distinta, pero también curiosa: Gorbachov es «un hombre de una gran inteligencia, pero de carácter débil. Sin esta paradoja de su personalidad resulta difícil comprender su figura como actor de la historia». Volkogonov reconoce que «el intelecto, los sentimientos y la voluntad de Gorbachov» dejaron una singularísima impronta en el hundimiento de la Unión Soviética.[5]

Las fuentes que ayudan a escribir una obra acerca de Gorbachov son casi todas problemáticas. Las mismas reservas valen para las observaciones retrospectivas de muchos de sus críticos. Algunas parecen llenas de veneno y virulencia, por ejemplo los libros de Valeri Boldin (la persona más próxima a Raisa Gorbachov) y del ex primer ministro Nikolai Rizhkov. No obstante, estos libros —así como los escritos y las entrevistas, de tono más comedido, del director del KGB Vladimir Kriuchkov, del secretario general adjunto Yegor Ligachev, del vicepresidente Gennadi Yanaev, del viceministro de Asuntos Exteriores Georgi Kornienko, del guardaespaldas personal de Gorbachov Vladimir Medvedev, y de otros muchos— merecen una atenta lectura.[6]

Las observaciones de los amigos de Gorbachov presentan otro tipo de tendenciosidad. Anatoli Cherniaev, Georgi Shajnazarov, Vadim Medvedev, Andrei Grachev, y otros ayudantes y colegas suyos, reconocen que su exjefe cometió muchos errores y tenía numerosos puntos débiles, pero siguen admirando al hombre y las ideas que se ocultan detrás de su política.[7] La única excepción es Karen Brutents, que en sus memorias extremadamente críticas llega a la conclusión de que «Gorbachov hizo posible el fin de la Guerra Fría», pero también «se convirtió en el individuo que involuntaria e inconscientemente liquidó la Unión Soviética».[8]

Una fuente más reveladora de la personalidad de Gorbachov nos la proporcionan las notas tomadas por sus asistentes en las sesiones del Politburó y las actas de sus conversaciones con líderes extranjeros y personajes públicos, en parte publicadas y en parte accesibles en el Archivo de la Fundación Gorbachov de Moscú. Por último, quizá la fuente más complicada para conocer la personalidad de Gorbachov sea el propio Gorbachov. No resulta fácil reunir pruebas a partir de sus memorias; son tan artificiosamente opacas y han sido tan cuidadosamente montadas que sólo el lector más avezado puede entresacar algún dato de ellas. No obstante, sus memorias y otros recuerdos de los años que estuvo en el poder contienen una poderosa impronta de su personalidad. Desde que dejó el cargo de secretario general del PCUS y la presidencia de la URSS, ha seguido siendo el mismo, con una singularísima conducta y un discurso tal que incluso hoy día lo sitúa al margen de los demás políticos rusos.[9]

Tanto los críticos como los admiradores de Gorbachov llegan irremediablemente a un punto en el que no tienen más remedio que rascarse la cabeza al empezar a hablar de su «enigma» personal. Dmitri Furman, perspicaz analista ruso y admirador de Gorbachov, llega a la conclusión de que «aquellos seis años de desmantelamiento sistemático» de la Guerra Fría y del comunismo «no fueron un desarrollo orgánico de la URSS y de Rusia. Más bien se trató de una aportación a la historia vinculada a la individualidad de Gorbachov».[10] Yegor Ligachev dice que la política «no puede explicar los zigzags del rumbo político asociados tan íntimamente al nombre de Gorbachov. Había toda una red de causas relacionadas entre sí, entre ellas las cualidades personales de Gorbachov».[11]

Sostener que Gorbachov no fue un gran estadista no supone denigrarlo ni negar la contribución histórica que hizo al proceso del final pacífico de la confrontación global bipolar. A decir verdad, durante los años noventa, Gorbachov se hizo tan impopular entre sus compatriotas que un estudio serio y sin adornos de su personalidad y de sus dotes de estadista no puede sino contribuir a disipar la nube de rumores exagerados y de acusaciones míticas que han oscurecido su reputación en Rusia.

¿PODRÍA ESTAR YO AQUÍ SIN GORBACHOV?

Conviene, y además es necesario, describir las explicaciones al uso que se dan sobre el fin de la Guerra Fría, pues centran nuestra atención en los distintos marcos —material, político e intelectual—, a cual más decisivo, en los que la singular personalidad y el peculiar estilo de liderazgo de Gorbachov provocaron su poderoso efecto. Según la primera explicación al uso, ofrecida por especialistas en relaciones internacionales, a mediados de los años ochenta el equilibrio de poder se había decantado claramente a favor de Estados Unidos y Occidente. Su decadencia relativa no ofrecía a los soviéticos alternativa alguna a la política de retraimiento imperial y de compromiso con el poderoso Occidente. En cuanto los dirigentes del Kremlin percibieron este giro en el equilibrio de fuerzas, adaptaron su conducta a la realidad.[12]

Es evidente, sin embargo, que esa realidad, por muy penosa que resultara para el Kremlin, no dictó automáticamente un solo conjunto de percepciones (o «relatos» como dirían hoy los teóricos modernos). En el Kremlin, como en cualquier otro lugar, la distancia entre la realidad y sus percepciones era muy grande. Y, lo que es más importante, los hombres del Kremlin percibieron a mediados de los ochenta más de una opción.

La opción más peligrosa para el mundo y para la propia Unión Soviética fue discutida por los ancianos dirigentes rusos entre 1981 y 1984 en respuesta a la sensación de amenaza que tenían como consecuencia del fortalecimiento militar y el comportamiento «agresivo» de la administración Reagan. Yuri Andropov y el mariscal Dmitri Ustinov contemplaron la posibilidad de tomar medidas de emergencia para movilizar a la sociedad y al estado soviético para la tarea de preservación de la «paridad estratégica» con Estados Unidos en la carrera armamentística en todas sus variantes. Aunque no está claro hasta qué punto estaba dispuesto el Kremlin a ir en esta dirección,[13] su reacción se basaba en el recelo, el miedo, y la confianza en la disuasión por medio de la fuerza. Incluso Gorbachov, cuando llegó al poder, se hallaba bajo la influencia de Andropov y su opinión de que no podía llegarse a ningún compromiso mientras Reagan continuara en la Casa Blanca.[14]

Otra opción era la reducción unilateral y calibrada de las fuerzas armadas soviéticas, similar a la que el Kremlin llevó a cabo durante los primeros años que siguieron a la muerte de Stalin. Ello no significaba el abandono de la carrera armamentística con Estados Unidos, sino más bien darse un «respiro» para aliviar la carga de los gastos en el complejo de industria militar que pesaba sobre la economía soviética. Esta opción, a diferencia de la primera, respondía al deseo de reforma gradual del sistema centralizado de la URSS, pero implicaba gradualismo y el mantenimiento de un control firme de la sociedad y de la vida económica. Hasta 1989, la mayoría de los analistas de Washington sospechaban y temían que fuera eso precisamente lo que pretendía hacer Gorbachov.[15] De hecho, algunos elementos de esta opción se hallaban presentes en los argumentos expuestos por Gorbachov ante el Politburó entre 1986 y 1987 y se hicieron públicos a partir de 1988 en la doctrina de la «suficiencia estratégica».

Una tercera opción era llegar a un «acuerdo amistoso» con Occidente sobre la base de la reducción de armamento por ambas partes. Esta opción había sido planteada ya al término de la Segunda Guerra Mundial, entre otros, por Maxim Litvinov y tuvo bastante preponderancia a la muerte de Stalin. Nikita Jrushchov y Leonid Brezhnev la llamaron «coexistencia pacífica» y se adhirieron a ella a pesar de los fracasos y frustraciones de las relaciones soviético-norteamericanas. En el fondo de esta opción se escondía una *Realpolitik* no muy distinta de la estrategia Nixon-Kissinger de los primeros años setenta. Su finalidad era preservar los elementos esenciales de la influencia imperial de la URSS



en el mundo, empezando por la «paridad» estratégica con Estados Unidos, la conservación de los aliados de la URSS en el extranjero, y el apoyo ideológico a los movimientos comunistas y «progresistas» internacionales. Según Cherniaev, Gorbachov, durante sus primeros años en el cargo, creyó que la coexistencia pacífica era la opción del «sentido común» y que socialismo y capitalismo «podían coexistir sin interferir uno en otro».[16]

El punto clave de todo esto, aunque a menudo no se haya reconocido, es que *Gorbachov nunca persiguió sistemáticamente ninguna de estas opciones*. Aunque algunos críticos dentro de la URSS y algunos responsables de la elaboración de la política de Occidente hayan *pensado* que seguía las estrategias de la «coexistencia pacífica» o del «momento de respiro», en realidad, como demostraré más adelante, hizo algo completamente distinto y cabe afirmar que menos coherente y calculado. Así lo han reconocido, *a posteriori*, los leales a Gorbachov y en particular sus críticos, que incluso hoy siguen hablando de una «oportunidad perdida» de adoptar una «vía china».[17]

El declive estructural y la crisis de la URSS en el ámbito interno constituyen una segunda explicación habitual del final de la Guerra Fría. El deterioro de la economía, la ecología y la calidad de vida de la URSS —llamado estancamiento en tiempos de Brezhnev—, así como los profundos problemas, cada vez más graves, de un estado plurinacional, contrastaba de forma espectacular con el tremendo auge experimentado por Estados Unidos y Europa Occidental durante los años ochenta. En 1985, la Unión Soviética era una superpotencia sólo en el sentido militar. Bajo el liderazgo de Gorbachov, el sistema económico y financiero de la URSS se deterioró aún más y de forma más acelerada. En el bando de los estadounidenses, entre otros el secretario de Estado George Shultz y el destacado observador de la CIA Robert Gates, se dieron cuenta de que para los intereses de Estados Unidos resultaba muy ventajoso que la agudización de la crisis obligara a los dirigentes soviéticos a dar pasos de manera unilateral con el fin de satisfacer las exigencias y condiciones puestas por los norteamericanos para llegar al fin de la confrontación.[18]

Antes incluso de Gorbachov, en tiempos de Andropov y Chernenko, los viejos dirigentes de la URSS reconocieron que para la economía del país era imprescindible llevar a cabo una política de distensión y frenar la carrera armamentística. Parece que Gorbachov estaba de acuerdo con esta postura. Se tiene constancia de que dijo al Politburó que esa carrera estaría «por encima de nuestras capacidades, y la perderemos porque estamos al límite de nuestras capacidades. Es más, cabe esperar que Japón y la RFA alcancen muy pronto el potencial de los americanos… Si comienza la nueva ronda, la presión sobre nuestra economía será increíble».[19]

La explicación «estructural interna» resulta persuasiva, pero un examen más atento revela que también es incompleta. La cuestión más importante es que la grave crisis económica, financiera y política empezó entre 1986 y 1988 y siguió empeorando debido a las decisiones y las políticas adoptadas por Gorbachov. Dos de ellas tuvieron las consecuencias más nefastas. En primer lugar, en vez de apoyarse en los elementos más pragmáticos del partido y de la burocracia del estado para reestructurar el país, Gorbachov intentó crear nuevas fuerzas y movimientos políticos al tiempo que reducía gradualmente el poder del partido y de las estructuras estatales centralizadas. En segundo lugar, en vez de adoptar medidas económicas impopulares, como la reforma de los precios y la reducción de los subsidios del estado en el marco del sistema político vigente, fomentó un desmantelamiento muy rápido de dicho sistema. Estas decisiones dieron lugar al caos político y a la catástrofe económica a partir de 1988. Los «remedios» de Gorbachov acabaron matando al enfermo.[20]

Incluso con la economía y las finanzas en rápida decadencia, la Unión Soviética habría podido disimular su debilidad tras una respetable fachada a lo Potemkin y negociar con

Estados Unidos desde una posición de paridad relativa. A partir de 1988, esta situación cambió de manera espectacular. La decisión de Gorbachov de lanzar una reforma radical de la política y del estado, junto con la separación del aparato del partido de la vida económica, provocó una crisis severísima del estado y creó dentro de la sociedad soviética unas fuerzas políticas centrífugas que enseguida quedaron fuera de control. Aquello, que supuso toda una revolución, quedó patente ante el mundo entero, y arrastró consigo a los dirigentes soviéticos. Estas decisiones políticas destruyeron esencialmente la capacidad de la URSS de actuar como una superpotencia en la arena internacional. La Unión Soviética se vio sumida en una situación que no le permitía ayudar a sus aliados ni presentarse a sí misma como un socio paritario en las negociaciones con Estados Unidos.

Hay otros aspectos que también contradicen la idea de que la crisis estructural interna fue un factor determinante primordial de la decisión de Gorbachov de poner fin a la Guerra Fría con rapidez y en las mejores condiciones posibles. En primer lugar, la actitud negociadora de la URSS empezó a cambiar de manera espectacular desde comienzos de 1987, antes de que la crisis se agudizara y se hiciera visible. En segundo lugar, la Unión Soviética siguió vertiendo, con la aprobación de Gorbachov y Shevardnadze, miles de millones de dólares en suministrar equipos militares a Cuba, Siria, Etiopía, Vietnam y otros países clientes durante 1989,1990, e incluso parte de 1991, cuando las arcas soviéticas empezaban a estar ya casi vacías.[21] Los norteamericanos intentaron convencer a Gorbachov de que cortara el suministro a Castro y los reformistas radicales soviéticos propusieron incluso entablar una alianza con los emigrados anticastristas de Miami. Pero Gorbachov nunca dio estos pasos, que le habrían proporcionado la aprobación de muchos miembros del *establishment* político norteamericano.

Muchos especialistas y políticos sostienen de manera convincente que no había forma de reformar la URSS sin desmantelar el viejo sistema soviético. No obstante, cabe imaginar una transformación gradual del modelo comunista posestalinista en un modelo autoritario poscomunista (como el que se ha producido en China). Un líder respaldado por los elementos más pragmáticos de las altas esferas del partido habría podido privatizar gradualmente la propiedad estatal. La curiosa transformación de los secretarios del partido y de los ministros comunistas en banqueros y acaudalados oligarcas en tiempos de Yeltsin permitió a un observador sugerir que, incluso con Gorbachov, «los niveles más altos del partido» habrían estado dispuestos a «mandar al diablo en cualquier momento el edificio entero del marxismo-leninismo, si ello les hubiera ayudado a conservar su posición jerárquica y a seguir adelante con su carrera».[22] En vez de optar por la cooptación de la vieja élite burocrática, Gorbachov adoptó la política de conducir a la sociedad soviética a la «democracia» pasando por encima de las cabezas de la *nomenklatura*. Este «populismo» no tardó en hacer salir a la palestra a algunos elementos de la *intelligentsia* liberal y nacionalista; sin embargo, casi de inmediato, dichos elementos se volvieron vehementemente contra el líder soviético y empezaron a apoyar el separatismo político y a suscitar la conflictividad social. Este hecho y el sabotaje de la *nomenklatura* del partido y de la administración, con la que se había malquistado, dejaron a Gorbachov en el aire, sin un verdadero respaldo político. En vista de que le negaban el reconocimiento político y el apoyo en su país, lo buscó cada vez más en el extranjero, entre los líderes occidentales.

Una tercera explicación al uso del fin de la Guerra Fría es el cambio de ideas que se produjo entre los dirigentes soviéticos, como consecuencia de la erosión a largo plazo de la ideología comunista y como efecto secundario a corto plazo de la *glasnost* de 1987-1989. Algunos especialistas centran su atención en el «nuevo pensamiento» de Gorbachov diciendo que se trataba de un conjunto de ideas que vinieron a sustituir la vieja mentalidad soviética, en particular la tesis ideológica central de la lucha de clases y del carácter inevitable de la división del mundo en dos bandos. Como demuestra en su libro Robert English, los orígenes de las nuevas ideas sobre el mundo entre la minoría dirigente



soviética pueden remontarse hasta los años cuarenta y cincuenta. Algunos estudiosos indican que Gorbachov absorbió el «nuevo pensamiento» de varias fuentes internacionales y de sus consejeros de mentalidad liberal.[23]

En realidad, el papel de las ideas en el cambio del comportamiento internacional de la URSS fue muy grande. Pero incluso entonces, dicho papel tuvo algo extraño. Por decirlo con sencillez, Gorbachov se tomó las ideas demasiado en serio. Tuvieron un papel excesivo en su comportamiento. Fueron por delante no sólo de las exigencias inmediatas del proceso negociador, sino también de la salvaguardia de los intereses del estado. La verdadera importancia no radicaba en las ideas propiamente dichas, sino en la personalidad histórica que las asumió y las hizo suyas.

Una vez más, la prueba clave en contra de la explicación ideológica es que había otros escenarios en los que el rechazo de la ideología comunista habría podido producirse de manera diferente. En primer lugar, la revisión ideológica habría podido llevarse a cabo más despacio, y con más control desde arriba. Gorbachov y sus asistentes permitieron que el proceso de la *glasnost* siguiera adelante hasta que se convirtió en un torbellino de revelaciones que desacreditaron todos los fundamentos de la política exterior soviética y del propio régimen. La actitud que empezó a surgir entre la *intelligentsia* (compartida más tarde por el propio Gorbachov) fue la del revisionismo ideológico radical. Algunos revisionistas residentes en Moscú empezaron a considerar a la Unión Soviética única y exclusivamente responsable de la Guerra Fría. Empezaron a pensar que la política de Occidente había respondido puramente a una reacción, dictada por la necesidad de combatir la agresividad comunista de Stalin y la amenaza totalitaria. Un enfoque más conservador (como, por ejemplo, el practicado actualmente en China) habría mantenido a raya el revisionismo histórico y habría disminuido su presión sobre la política exterior, causante de su radicalización.

El rechazo de la vieja ideología habría podido dar lugar a una actitud pragmática y flexible, a una modalidad de *Realpolitik* basada menos en principios e ideas sublimes y más en una formulación modesta y clara de los intereses del estado. Cuando Margaret Thatcher dijo en 1984 que se podía tratar con Gorbachov, quedó particularmente impresionada por la cita que el dirigente soviético hizo de lord Palmerston, partidario de basar la política exterior en «intereses permanentes».[24] Pero la base de la política exterior soviética en 1989-1991 estuvo muy lejos de la máxima de lord Palmerston. Era sumamente idealista y estaba imbuida de un espíritu mesiánico. A mediados de 1987, Gorbachov escribió un libro titulado *Perestroika: nuevo pensamiento para nuestro país y el mundo*. Contenía una imagen de las relaciones internacionales basada en un orden mundial justo y democrático, en el que la URSS debía desempeñar un papel clave y las Naciones Unidas ostentarían el poder supremo. Gorbachov sustituía la idea imperial-revolucionaria mesiánica que había guiado la política exterior soviética por otra idea igualmente mesiánica, la de que «la *perestroika* de la URSS no era sino parte de una especie de *perestroika* global, el nacimiento de un nuevo orden mundial».[25]

Las nuevas motivaciones ideológicas no tienen por qué haber provocado el rechazo total del empleo de la fuerza y la proyección del poder. Para los predecesores de Gorbachov y para la mayoría de sus colegas del Politburó entre 1985 y 1988, la acumulación de fuerza, la coerción y el equilibrio de poder eran incluso más importantes que la ideología comunista. El poder y el imperio les preocupaban tanto… como les preocupaban la perspectiva socialista y el internacionalismo proletario. En su cambio de paradigma, Gorbachov no sólo rechazaba las máximas comunistas de la lucha de clases, sino también toda la lógica posestalinista de los intereses geopolíticos soviéticos, empezando por la Europa Central y del Este.

No hay nada intrínseco en las ideas del «nuevo pensamiento» que hiciera necesarias las decisiones tomadas por Gorbachov en materia de política exterior e interior. Cualquiera

podría suscribir todo el paquete de ideas y discrepar de Gorbachov sobre si debían emprenderse o no unas reformas políticas que irremediablemente habían de conducir a la decadencia y la desintegración de la URSS, y sobre cuándo debía hacerse. Para la mayoría de los políticos la ideas son instrumentos y para comprender sus repercusiones en la historia hay que examinar cómo son amoldadas y manipuladas por los agentes humanos que las adoptan. En el caso de Gorbachov, es evidente que fue demasiado lejos cuando intentó amoldar la realidad soviética e internacional a las ideas de su «nuevo pensamiento».

No hay en la historia muchos otros ejemplos de un líder al frente de un estado enorme y achacoso que haya puesto voluntariamente en Peligro la posición geopolítica de una gran potencia y los propios cimientos de su poder político en aras de un proyecto moral global. Incluso Lenin, el héroe de Gorbachov, transigió en 1918 en lo tocante a la «revolución mundial» con tal de seguir en el poder. Gorbachov, en cambio, hizo exactamente lo contrario. Expuso claramente sus prioridades ante sus colegas del Politburó durante el debate de marzo de 1988 que se produjo a raíz de la llamada carta de Nina Andreieva.[26] Abandonó el rumbo de modernización conservadora de Andropov y se embarcó en una serie de experimentos radicales más arriesgados en materia de ideología y de política. Esta decisión dio lugar a la polarización cada vez mayor de su entorno. La mayoría del Politburó, el Comité Central y el aparato del estado temía perder el control de la sociedad y de la vida política. Recordaban la lección de la desestalinización emprendida por Jrushchov en 1956. Algunos empezaron a murmurar que Gorbachov pretendía destruir y tirar por la borda todo lo que Stalin había construido. El director del KGB, Viktor Chebrikov, advirtió a Gorbachov de la desintegración potencialmente desastrosa de la mentalidad soviética como consecuencia de la avalancha de revelaciones sobre el pasado. El portavoz de los conservadores en el plano ideológico, Yegor Ligachev, suscitó por primera vez el espectro de la disolución del bloque comunista: «Es de suponer que nosotros saldremos adelante, pero están los países socialistas, el movimiento comunista. ¿Qué vamos a hacer con ellos? La historia se ha convertido en política y cuando de eso se trata debemos pensar no sólo en el pasado, sino también en el futuro».[27]

Gorbachov ridiculizó a sus colegas escépticos acusándolos de sembrar el pánico. Y Shevardnadze declaró que «el primitivismo y la estrechez de miras intelectual impidieron a Jrushchov llevar a cabo hasta el final la línea del XX Congreso del Partido». El llamado movimiento comunista y obrero era en gran medida una ficción, de modo que no había mucho que perder. En cuanto al bloque socialista, añadió, «pongamos por ejemplo a Bulgaria, a los antiguos dirigentes de Polonia, o la situación actual de la República Democrática Alemana, de Rumanía. ¿Es eso socialismo?».[28]

En la primavera de 1989, era evidente incluso para los asistentes más próximos a Gorbachov que la revisión radical de la ideología y la historia de la Unión Soviética iniciada desde arriba, había desencadenado una avalancha política desde la base. Gorbachov estaba perdiendo irremisiblemente el control de los acontecimientos en el exterior y en el interior. En mayo de 1989, Anatoli Cherniaev escribió en su diario privado el siguiente comentario angustioso: «Dentro de mí crecen la depresión y la alarma, la sensación de crisis de la idea de Gorbachov. Está dispuesto a ir lejos. Pero eso ¿qué significa? Su expresión preferida es “imprevisibilidad” Pero lo más probable es que desemboquemos en la ruina del estado y una especie de caos».[29]



PERSONALIDAD FATÍDICA

En el capítulo anterior se comparaba a Gorbachov con Nikita Jrushchov. Pero dicha comparación podría ir más allá. La profesora rusa Natalia Kozlova ha estudiado la mentalidad de los campesinos rusos de la URSS. Ha descubierto que el rápido y violento abandono de la «civilización campesina» dio lugar a una asombrosa movilidad social y física cuando los campesinos jóvenes emigraron a las grandes ciudades y empezaron a hacer carrera. Los nuevos reclutas de la civilización urbana ardían en deseos de saltar de la «estulticia de la vida de aldea» al estatus social más alto que pudieran alcanzar. La primera oleada de gente de este estilo se formó en los años treinta y durante la Segunda Guerra Mundial. Tenía una vitalidad enorme, era despiadada y pragmática, y creía en los beneficios materiales tangibles. La segunda oleada se produjo en los años cincuenta, en tiempos de paz, durante las últimas fases de la urbanización de la URSS y de la educación masiva de sus ciudadanos. Esta segunda oleada tenía una visión optimista del mundo, pero también una fe ingenua en las «ideas» del discurso cultivado y de la ideología, a diferencia de los habitantes de las ciudades, más sofisticados, cínicos e hipócritas.[30] Aquí deberíamos buscar las raíces comunes y las diferencias existentes entre Jrushchov y Gorbachov.

Cabe afirmar que el rasgo principal más determinante de la personalidad de Gorbachov era su curioso *optimismo y seguridad en sí mismo*. Su capacidad de recuperación era extraordinaria. Como individuo, Gorbachov poseía un ego muy saludable y unos valores sólidos. Los ambientes políticos y sociales en los que vivió (la región de cosacos de Kubán, al sur de Rusa, la Universidad Estatal de Moscú, y el propio Politburó, donde era con diferencia el miembro más joven) fomentaron su saludable autoestima. En cualquier caso, tenía una fe inquebrantable en sus propias capacidades de éxito.

De esa fuente de optimismo esencial, afirman sus admiradores, emanaban el liberalismo natural y los instintos democráticos de Gorbachov. A juicio de Chemiaev, «el natural instinto democrático [de Gorbachov] no se había echado a perder del todo como consecuencia de su larga carrera en el aparato del partido, aunque le hubieran quedado algunas “marcas de viruela”». Se dice que cuando se trasladó a Moscú e ingresó en el Politburó, sufrió una auténtica conmoción al observar las normas y costumbres de la alta jerarquía política del país. Sus impulsos democráticos, concluye Cherniaev, siguieron siendo decisivos para todas sus actuaciones, a pesar de las muchas transgresiones y sucias componendas en las que se había visto envuelto.[31]

Una segunda actitud clave, en opinión de los partidarios de Gorbachov, era su ingenuidad. Uno de sus asistentes, Georgi Shjnazarov, recuerda la «ingenua fe [del secretario general] en el sentido común de sus colegas». A juicio de Dmitri Furman, Gorbachov creía que la verdad que él había descubierto era «evidente y que la gente no tendría más remedio que captarla. Del mismo modo, es probable que Lutero pensara que sus verdades eran tan obvias que habría podido convencer fácilmente al Papa con ellas». La *perestroika* de Gorbachov era una «reforma» y necesitaba las dotes de un predicador para intentar convertir a los paganos del comunismo a un nuevo credo más justo y mejor, para ayudarles a salir del cautiverio de los regímenes autoritarios, el militarismo y el pauperismo.[32]

La trayectoria vital de Gorbachov (y de su esposa, Raisa) contribuyó a generar su firme creencia en la «reforma» del comunismo. Se licenció en la Universidad Estatal de Moscú y marchó a una ciudad de provincias, Stavropol, en una época de crisis para el credo estalinista y para el desarrollo de esperanzas románticas en un «comunismo con rostro humano». Regresó de provincias a Moscú a finales de los setenta, cuando esas

esperanzas románticas habían desaparecido ya entre los miembros de las élites cultas y los *apparatchiks* del partido, cada vez más cínicos. Lenin siguió siendo el modelo de Gorbachov durante sus primeros años en el poder. En la personalidad de Lenin (mejor dicho, en su imagen idealizada y censurada), Gorbachov veía el reflejo de sus propios rasgos personales, en particular su creencia febril en el poder de las ideas revolucionarias, su optimismo «histórico» y su inquebrantable determinación de salir adelante en medio del caos social y político. Todavía a comienzos de 1989, Gorbachov confesó a Cherniaev que mentalmente «pedía consejo a Lenin».[33]

Sus críticos ven la confianza en sí mismo y los instintos democráticos del líder soviético desde una perspectiva totalmente distinta. Ligachev afirma que «en su carácter no había espacio para que pudiera entender» lo difíciles que iban a ser las reformas.[34] El jefe de la cancillería de Gorbachov, Valeri Boldin, observa la existencia de un profundo abismo psicológico entre el secretario general y la inmensa mayoría del pueblo soviético. Su jefe de seguridad, Vladimir Medvedev, dice que el «intelectual» Gorbachov, a diferencia del «patriarcal» Brezhnev, se sentía incómodo entre las masas del pueblo soviético y que prefería más bien hablar con los occidentales.[35]

Los amigos de Gorbachov reconocen cuántos elementos de su personalidad estaban en contradicción con la tendencia general de la mentalidad rusa y soviética. Pero se ponen de su parte, no del lado de la gente. Cherniaev, por ejemplo, define la sociedad soviética como «una población degradada con una psicología acostumbrada a que se lo den todo hecho». En opinión de sus amigos, Gorbachov realizó la tarea hercúlea de despertar a la sociedad del tremendo estupor y la esclavitud del totalitarismo soviético. El resto, sostiene Cherniaev, era inevitable. Resultó que la sociedad no era digna de su líder; el «nuevo pensamiento» se adelantó a su tiempo. Teniendo en cuenta todo esto, Gorbachov no pudo realmente poner el freno cuando la sociedad soviética se desbocó, arrollándolo todo a su paso.[36]

Tanto amigos como enemigos ponen de relieve una consecuencia clave del optimismo esencial y de la ingenuidad de Gorbachov: su tendencia a improvisar «sobre la marcha», su falta congénita de un plan estratégico a largo plazo, y su aversión a los detalles prácticos del gobierno. Todos reconocen que la *perestroika* carecía de plan y que el «nuevo pensamiento» era demasiado vago y no podía constituir una guía práctica de las reformas. Las expresiones favoritas de Gorbachov, aparte de «imprevisibilidad», eran: «Dejemos que el proceso se desarrolle» y «el proceso de acontecimientos está en marcha» (*protsessi poshli*). A juicio de Dmitri Furman, era una derivación de su visión excesivamente positiva de la gente, y en especial del pueblo soviético. «Siempre le parecía que lo único que podía hacer la gente era estar encantada de organizar su vida por su cuenta».[37] No le cabía duda de que lo mejor debía ser desencadenar los cambios sociales y esperar a que los «procesos» siguieran su curso y trajeran consigo el mejor resultado posible.

Incluso sus admiradores reconocen que este rasgo de su psicología contribuyó a su incapacidad crónica de trazar un rumbo práctico para el aparato del estado, de llevar a cabo un programa de acción sostenido y bien meditado, y de evitar el caos psicológico y el colapso ideológico de la sociedad. Las memorias políticas de Cherniaev revelan su frustración y sus constantes dudas al respecto. Gorbachov, dice, no supo empezar unas reformas económicas significativas cuando todavía tenía ocasión de hacerlo. Retrasó indefinidamente las reformas de los precios, dejando que la crisis financiera aumentara y adquiriera unas proporciones monstruosas. Dejó que la guerra de Brezhnev-Andropov-Gromiko en Afganistán se convirtiera en la «guerra de Gorbachov». Y dejó que en 1990 y 1991 Boris Yeltsin tomara la iniciativa política rompiendo con el viejo orden político desacreditado.[38] No obstante, sus admiradores subrayan que todo esto no supuso un error trascendental. Sostienen que como nadie sabía cómo transformar un país totalitario,



la operación sólo podía llevarse a cabo mediante el sistema de tanteo, probando y equivocándose. Además, arguyen, si Gorbachov hubiera previsto con exactitud su tarea en toda su complejidad y con todos los peligros que acarreaba, simplemente no habría podido emprenderla nunca.[39] Esta valoración de las capacidades de Gorbachov se basa en la idea de que nadie habría podido reformar el sistema soviético y el imperio de la URSS. Lo único que cabía era destruirlos por completo.

Diez años después de que perdiera el poder, el propio Gorbachov, en una cándida discusión, reconoció que hubo «muchísima ingenuidad y utopía» en sus acciones. Pero dijo que corrió deliberadamente el riesgo de la desestabilización política a partir de 1988 porque quería «despertar» al pueblo soviético. De lo contrario, señaló, «habríamos corrido la misma suerte de Jrushchov», es decir, la *nomenklatura* del partido habría apartado del poder a Gorbachov.[40]

Los críticos aseguran que en ningún momento se produjo un desafío serio a la autoridad de Gorbachov por parte de los funcionarios del partido en 1988.[41] William Odom llega a la conclusión de que el líder soviético era un «intrigante inveterado, un embaucador locuaz, incapaz de prever las probables consecuencias de su política». Ligachev dice que «llegar tarde, reaccionar con demasiada lentitud ante los acontecimientos, fue uno de los rasgos más característicos de la política de Gorbachov»[42] Y en una entrevista, añadió: «Cuando se producían algunos sucesos controvertidos, Gorbachov a menudo reaccionaba con retraso. Mi explicación es que pretendía que otros analizaran las cosas que afectaban a la sociedad, lo que pudiera resultarle doloroso a la sociedad. Quería que la fruta le cayera del árbol en las manos cuando estuviera madura, lo primero que fuera. Pero a menudo era preciso remar contracorriente. Ha habido muchos casos en la historia en los que un líder ha estado en minoría, y luego ha resultado que tenía razón. Por desgracia, a Gorbachov le faltó esta cualidad».[43] Kriuchkov habla y escribe acerca de la «impulsividad [de Gorbachov], vinculada a su personalidad, a los rasgos constitutivos de su carácter anormal».[44]

Los críticos están convencidos de que un líder de otro tipo, con una mano más dura y más firme, habría sido muy diferente. Ese hipotético «otro» líder habría llevado a cabo la distensión con Occidente y habría transformado gradualmente el partido comunista y la Unión Soviética. Y además, arguyen, todo eso podría haberse hecho sin destruir los cimientos del poder del estado y sin crear un caos político y social generalizado.

La imagen de sí mismo como líder que tenía Gorbachov es importantísima para entender el final de la Guerra Fría. Tiene que ver con sus objetivos e ideales, pero al mismo tiempo refleja su «fondo» psicológico, personal, más íntimo, lo que le permitió persistir en esos ideales y objetivos. A finales de octubre de 1988, Gorbachov se dispuso a proclamar sus nuevas creencias ante el mundo en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Dijo a su grupo de expertos, del que formaban parte Shevardnadze, Yakovlev, Dobrinin, el nuevo jefe del Departamento Internacional, Valentín Falin, y Cherniaev, que le prepararan una intervención que respondiera al famoso discurso de Churchill en Fulton, Missouri, de marzo de 1946. «Debería ser un anti-Fulton, un Fulton al revés», dijo. «Deberíamos presentar nuestra visión del mundo y nuestra filosofía basada en los resultados de los últimos tres años. Deberíamos poner de relieve la desmilitarización y la humanización de nuestro pensamiento».[45]

Gorbachov se forjó a sí mismo según el modelo de un Lenin idealizado, en contraposición a Stalin, tanto en la orientación que dio a la Unión Soviética como en el ámbito internacional. Como creador del estado y el imperio soviético, Stalin apenas diferenciaba su personalidad de su creación. Se tomaba el más mínimo desafío que pudiera hacerse a cualquiera de los dos como un ataque personal, y, viceversa, consideraba cualquier ofensa a su prestigio y a su autoridad (especialmente por parte de los extranjeros) como un insulto intolerable al prestigio de la URSS como gran potencia.

Gorbachov no se sentía asociado personalmente al estado ni al imperio soviético en la forma en que los había heredado de sus predecesores. Más tarde afirmaría que hizo todo lo posible «para preservar la Unión». Pero en realidad intentó desencadenar una revolución acorde con las ideas que adoptó y desarrolló.

Gorbachov heredó de Stalin y de los sucesores de Stalin el cargo de secretario general. Pero aparte del poder, el prestigio, la estabilidad y otros intereses, tenía otras prioridades. La primera de ellas, como ya hemos dicho, era la construcción de un orden mundial global basado en la cooperación y la no violencia. Esto sitúa a Gorbachov, al menos en la imagen que tenía de sí mismo, entre personalidades del siglo XX como Woodrow Wilson, Mahatma Gandhi, y otros profetas de los principios universales. Es evidente que estos personajes no destacaron precisamente como creadores de estados ni como gobernantes.

Pero Stalin y Gorbachov tuvieron un influjo enorme sobre el destino de la Unión Soviética, aunque, por supuesto, el contraste entre las capacidades de uno y otro como políticos no puede ser mayor. A su manera cruel y sanguinaria, Stalin fue un verdadero arquitecto de la Unión Soviética y de su imperio en el extranjero; su política convirtió al país en una superpotencia. Su *modus operandi* favorito fue crear esferas de influencia, haciendo que dichas esferas resultaran totalmente inaccesibles a la influencia y a la penetración de otras grandes potencias e imponiendo un control absoluto sobre ellas por medio de una combinación de amenazas de fuerza y de manipulación tendenciosa de la política, tanto dentro de la URSS como en los países sometidos a la dominación soviética. En cuanto a Gorbachov, se negó resueltamente a tratar incluso a los países en los que había tropas soviéticas estacionadas como esferas de influencia de la URSS. En realidad, observó meticulosamente una actitud de no intervención ante los asuntos internos de los países de Europa Central. Cuando Henry Kissinger realizó una visita a Moscú en enero de 1989 y le planteó cautelosamente la idea de una gestión conjunta de la transformación de Europa Central por parte de Estados Unidos y de la URSS, Gorbachov, en su calidad de predicador del «nuevo pensamiento», se mostró desinteresado e incluso despectivo.[46]



EL OCCIDENTALISMO DE GORBACHOV

Stalin imbuyó una xenofobia extrema en todo el estado y la sociedad de la URSS; consideraba las influencias culturales de Occidente una amenaza mortal para su régimen. Stalin no toleraba la diferencia de opiniones, una vez que se formaba un criterio sobre una determinada cuestión. Veía que la menor desviación de su «línea» suponía una muestra intolerable de disidencia, o que planteaba un peligro de caos, o que constituía un síntoma de pérdida de control. Mostró una fortísima propensión a ponerse siempre «en lo peor» y sospechaba que todos los gobernantes y políticos occidentales, incluso aquellos que intentaban contemporizar con la URSS, abrigaban las peores intenciones antisoviéticas. Gorbachov, en cambio, no tenía ni rastro de xenofobia ni de hostilidad cultural hacia Occidente. Le gustaban los occidentales, respetaba a los políticos occidentales de todas las tendencias, y llegó a considerar a algunos de ellos amigos personales. Tenía una sorprendente capacidad de pensar siempre de manera positiva y empezó a trabajar partiendo siempre de la buena fe, la honestidad, la integridad y la fidelidad a los acuerdos en materia internacional.

En opinión de sus admiradores extranjeros, Gorbachov fue el primer gobernante soviético que actuó casi como un político occidental, fenómeno que, teniendo en cuenta sus antecedentes, no supieron comprender en ese momento. A decir verdad, durante sus primeros años en el poder, conservó respecto a los países occidentales, y particularmente frente a Estados Unidos, numerosos estereotipos políticos e ideológicos habituales entre los soviéticos. Pero incluso cuando trataba a Reagan y Kohl y sus colegas como adversarios, había empezado ya a desmantelar el telón de acero, primero permitiendo el contacto libre con los extranjeros a un selecto grupo de intelectuales y funcionarios de la minoría dirigente, y luego abriendo el mundo exterior al resto de la sociedad.

Un ejemplo típico es la transformación de la idea de la «casa común europea». Esta idea, utilizada por primera vez en 1985 y 1986 como instrumento diplomático para entorpecer las relaciones entre Estados Unidos y los demás países de la OTAN, en 1989 provocaba ya debates públicos y estaba convirtiéndose en sinónimo de una «vuelta a Europa» y de rechazo de la sociedad cerrada estalinista. Gorbachov hizo de esta idea una piedra angular de sus creencias.[47] Sergei Tarasenko, un asistente muy cercano del ministro de Asuntos Exteriores, Shevardnadze, afirma que desde mediados de 1988, «cuando nos encontramos con dificultades en el interior, empezamos a darnos cuenta de que lograríamos mantenernos a flote durante algún tiempo y de que podríamos incluso conservar el estatus de gran potencia sólo si nos apoyábamos en Estados Unidos. Tuvimos la sensación de que si nos hubiéramos apartado de los norteamericanos, habríamos quedado arrinconados. Teníamos que estar lo más cerca posible de Estados Unidos».[48]

Como sostienen los admiradores de Gorbachov, aquello no fue sólo una política calculada. Dmitri Furman señala que el occidentalismo de Gorbachov era un complejo de dependencia que compartían otros rusos cultivados. «Para todos los soviéticos, incluidos los niveles más altos del partido», dice, «Occidente ha sido siempre objeto de deseo. Los viajes a Occidente eran el símbolo más importante de estatus. Es algo que no se puede evitar; se lleva “en la sangre”, está en nuestra cultura». Además, a Gorbachov le encantaba su enorme éxito personal en Occidente, empezando por Estados Unidos. La «Gorbimanía» en este país fue fruto de una afinidad natural mutua entre Gorbachov y la opinión pública occidental.[49]

Cherniaev admira la capacidad de Gorbachov de ponerse en la misma longitud de onda que los dirigentes y los pueblos de Occidente. Habla en su diario del logro que

supuso para Gorbachov entablar una relación amistosa con el canciller germanooccidental Helmut Kohl. Al fin y al cabo, observa, el «nuevo pensamiento» en materia de política exterior no era original ni terriblemente nuevo. Lo que tenía de nuevo era que el líder del sistema soviético, condicionado a su vez por la sociedad de su país, lograra salir tan deprisa de la mentalidad soviética. Cuando Cherniaev vio a Gorbachov y a Kohl conversando amigablemente, «tuve la sensación física de que estábamos entrando en un nuevo mundo en el que la lucha de clases, la ideología, la polaridad y la enemistad ya no son determinantes».[50]

Los críticos de Gorbachov dicen que su sorprendente éxito personal entre el público de Europa Occidental se le subió a la cabeza. Empezó a poner sus relaciones amistosas con los líderes extranjeros por delante de los intereses del estado. Psicológicamente, afirman, Gorbachov recurrió a Occidente en busca de reconocimiento porque su popularidad en su propio país había empezado a caer en picado como consecuencia de la agudización del caos social y político. Según Valeri Boldin, «la democratización empezó, pero de repente dio un giro equivocado y su líder no sería Gorbachov, sino su archienemigo Yeltsin. Entonces Gorbachov depositó todas sus esperanzas en Occidente».[51] Además, los críticos señalan que los consejos de los occidentales desempeñaron un papel cada vez más importante y siniestro en el desvío de Gorbachov del rumbo adoptado en 1985-1987 en materia de política exterior e interior y en la adopción de un nuevo rumbo de reformas políticas radicales.[52]

Los diplomáticos soviéticos Anatoli Dobrinin y Georgi Kornienko adoptan una postura particularmente franca cuando afirman que Gorbachov «desperdició el potencial negociador del estado soviético» a cambio de una popularidad efímera y de las buenas relaciones con los políticos occidentales. A juicio de Dobrinin, los gobernantes occidentales se aprovecharon de la debilidad de Gorbachov. A partir de 1988, el mandatario soviético se apresuró a poner fin a la Guerra Fría porque tenía una necesidad personal de compensar sus perspectivas de fracaso en su propio país con éxitos en materia de política exterior. En consecuencia, «la diplomacia de Gorbachov a menudo no fue capaz de sacar tajada de Estados Unidos y sus aliados».[53] Kornienko cree que la excesiva sensibilidad de Gorbachov hacia la opinión y los consejos de Occidente explican su precipitación a la hora de instaurar un nuevo sistema político. Gorbachov el estadista estaba ansioso por sustituir su título de «presidente del partido comunista» por el calificativo reconocido internacionalmente de «presidente de la Unión Soviética».[54]

Las transcripciones de las conversaciones de Gorbachov con los dirigentes extranjeros ponen de manifiesto fuera de toda duda que a partir de 1988, si no antes, los occidentales, desde los socialdemócratas hasta los conservadores anticomunistas, se convirtieron quizá en la fuente más importante de apoyo para Gorbachov. En ellos encontró comprensión y predisposición a escucharle y, lo que es más importante, aprecio por la gigantesca envergadura de la *perestroika*: justamente todo lo que no encontraba en sus colegas del Politburó e incluso entre sus consejeros intelectuales.

Esta dependencia psicológica de Occidente la reconocen los propios admiradores del líder soviético. Furman admite que «la atención de Gorbachov se desvió en grado sumo hacia Occidente. Era evidente que durante sus frecuentes viajes se relajaba, mientras que en el país aumentaban la oposición y el caos». Este mismo autor rechaza la idea de que Occidente se aprovechó de Gorbachov y precipitó el hundimiento de la URSS. Pero deplora el hecho de que aceptara de forma acrítica tantos consejos de Occidente. En su opinión, habría sido mejor para el país y para los intereses «entendidos como es debido» de Occidente, «que Gorbachov hubiera mostrado mayor indiferencia» hacia las recomendaciones de los políticos norteamericanos, alemanes y de otros países europeos.[55]



George Bush, el secretario de Estado James Baker, y el embajador en Moscú, Jack Matlock, reconocen que ejercieron un influjo notable sobre Gorbachov, pero han negado que tuvieran nada que ver con el giro radical que dio y el subsiguiente hundimiento de la URSS. En su necrológica de la Unión Soviética, Matlock dice: «Si Estados Unidos y Europa Occidental hubieran tenido en sus manos la facultad de crear una unión democrática de repúblicas soviéticas, habrían estado encantados de hacerlo».[56] Es evidente, sin embargo, que el apasionado prooccidentalismo de Gorbachov contrastaba con el pragmatismo reservado de muchos de sus interlocutores. Las políticas de Estados Unidos y de los países occidentales para con la Unión Soviética no se basaban en ideas, proyectos mesiánicos ni afinidades personales, sino en intereses geopolíticos, económicos y militares.

AVERSIÓN POR EL USO DE LA FUERZA

Un rasgo adicional de la personalidad de Gorbachov que dejó perplejos a sus contemporáneos y a los testigos de los hechos es su profunda aversión por el uso de la fuerza. A decir verdad, el escepticismo hacia la fuerza militar era compartido por muchos partidarios del «nuevo pensamiento».[57] Podría considerarse incluso un fenómeno generacional, originado por el impacto de la Segunda Guerra Mundial y reforzado por las tendencias pacifistas desarrolladas a lo largo de los años sesenta. El exministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromiko, por ejemplo, llamaba en privado a Gorbachov y sus consejeros «los marcianos», debido a su ignorancia de las leyes de la política del poder. «Me imagino lo perplejos que deben estar en Estados Unidos y en otros países de la OTAN», confesó a su hijo. «Para ellos es un todo misterio por qué Gorbachov y sus amigos del Politburó no son capaces de entender cómo deben utilizar la fuerza y la presión para defender los intereses del estado».[58]

Gorbachov personificaba la reluctancia al uso de la fuerza. De hecho, para él semejante actitud era menos una enseñanza de la experiencia que un elemento fundamental de su carácter. El principio de no violencia era una creencia sincera para Gorbachov, no sólo el fundamento de su política exterior e interior, sino uno de sus códigos personales. Sus colegas y sus asistentes confirman que «la evitación del derramamiento de sangre fue una preocupación constante de Gorbachov», y que «para Gorbachov la repugnancia por el derramamiento de sangre no sólo era un criterio, sino la condición de su intervención en la política». Gorbachov, observan, «por su carácter era un hombre incapaz no sólo de utilizar medidas dictatoriales, sino incluso de recurrir a medios administrativos propios de la línea dura». Sus críticos aseguran que «no tenía agallas para la sangre», incluso cuando así lo exigían los intereses del estado.[59]

La renuncia de Gorbachov a la fuerza no fue una consecuencia inevitable del «nuevo pensamiento» ni de los valores liberales. Los liberales utilizan la fuerza con fines liberales, y un número importante de liberales y de antiguos disidentes opinaría después que el rechazo absoluto de Gorbachov a la fuerza durante el período comprendido entre 1988 y 1991 fue un error y quizá incluso inmoral. El filósofo liberal Grigori Pomerants elogia su decisión de dejar a Europa Central a su aire. Pero al mismo tiempo, dice, Gorbachov «dejó a las fuerzas de destrucción a su aire» —las fuerzas de la barbarie, del genocidio étnico y del caos— en el sur del Cáucaso, en Asia Central y en otras regiones de la Unión Soviética. «El primer deber del estado era contener el caos», advierte Pomerants. Otro crítico, el político nacionalista liberal Vladimir Lukin, señala: «La firmeza era necesaria en un país como Rusia, por no hablar de la Unión Soviética».[60]

Mientras la Guerra Fría llegaba a su fin en Europa, aparecían las primeras fisuras en la Unión Soviética; no fue una mera coincidencia. En ambos casos, las preferencias y la personalidad de Gorbachov desempeñaron un papel principal y necesario. En el plano ideológico, el dirigente soviético nunca separó los dos objetivos, esto es, el de poner fin a la Guerra Fría y el de llevar a cabo con éxito la transformación de la URSS. Uno de los elementos esenciales de este desarrollo era la idea de la no violencia, fruto de la aversión personal de Gorbachov por el uso de la fuerza. Tras la tragedia de Tbilisi de abril de 1989 (las tropas rusas, a petición de los dirigentes comunistas de Georgia, utilizaron porras y gases lacrimógenos contra una concentración de nacionalistas y mataron a veintiún civiles georgianos), Gorbachov decretó la prohibición del uso de la fuerza, aunque las fuerzas nacionalistas empezaron desmembrar el país. Dijo al Politburó lo siguiente: «Hemos aceptado que incluso en política exterior la fuerza no sirve de nada. Por lo tanto, especialmente a nivel interno: no podemos recurrir ni recurriremos a la fuerza».[61]



Curiosamente, Gorbachov renunció de ese modo a la autoridad para mantener el orden, piedra angular de la soberanía estatal y obligación del líder de cualquier estado. Salvo raras excepciones, Gorbachov se atuvo tenazmente a este singular principio hasta el último día de su permanencia en el poder.

Los políticos occidentales, especialmente Bush y Baker, comprendieron este rasgo del gobierno de Gorbachov y supieron aprovecharlo. En Malta, por ejemplo, Bush propuso al mandatario soviético un acuerdo de caballeros sobre las repúblicas bálticas, donde los movimientos de base empezaban a exigir la independencia completa de la URSS. Se trataba de una violación de un tabú establecido hacía mucho tiempo en las relaciones soviético-norteamericanas, a saber, la interferencia en los asuntos internos de otra superpotencia. Bush, sin embargo, encontró la manera adecuada de abordar la cuestión. «Me gustaría entender del todo vuestro planteamiento del problema del Báltico», dijo. «No debería haber contratiempos en esto. Quizá convendría más bien discutir el asunto de modo confidencial, pues me gustaría conocer a fondo lo que piensa sobre este asunto tan complicado». Como la cuestión de las repúblicas bálticas se presentó en el contexto del interés por el «nuevo pensamiento» de Gorbachov, para que no hubiera contratiempos en la asociación entre Estados Unidos y la URSS en aras de un nuevo orden global, Gorbachov accedió enseguida. En consecuencia, se llegó al acuerdo de que los norteamericanos se abstendrían de intentar ayudar a los movimientos independentistas de las repúblicas bálticas, y a cambio Gorbachov se abstendría de utilizar la fuerza al tratar los problemas de esta región.[62]

El propio Gorbachov, varios años después de que perdiera el poder, sigue teniendo una fe inquebrantable en la no utilización de la fuerza. Lamenta los casos en los que ésta se utilizó contra los nacionalistas dentro de la URSS. Refiriéndose a esa y a otras situaciones de crisis (los pogromos armenios perpetrados por una multitud de azeríes en una ciudad industrial de Azerbaiyán, Sumgait, en febrero de 1988, los enfrentamientos interétnicos en Nagorni Karabaj, los derramamientos de sangre en Tbilisi en abril de 1989, nuevos derramamientos de sangre en Bakú en enero de 1990, las cargas policiales en Vilnius y Riga en enero de 1991), dijo: «Hubo muchos intentos de bautizarme con sangre. Pero fracasaron».[63] Esencialmente, Gorbachov está de acuerdo con lo que Ligachev dijo de él: «Por lo que se refiere a la necesidad del uso de la violencia para salvar al pueblo, Gorbachov recurrió a ella sólo cuando el último ciudadano del país estuvo convencido de que no había otra elección. Era un rasgo de su carácter».[64] Siempre que se hizo un uso moderado de las fuerzas militares contra las multitudes nacionalistas, siguiendo órdenes ambiguas y probablemente orales de Moscú, Gorbachov se quitó inmediatamente de en medio y dejó a los militares en la estacada, expuestos a la furia de los medios de comunicación nacionalistas y liberales. Este esquema tuvo un doble efecto: por un lado paralizó al ejército soviético y por otro fortaleció las energías de los que deseaban acabar con la Unión Soviética.[65]

La decisión de Gorbachov de renunciar al uso de la fuerza en materia de política exterior e interior como cuestión de principios fue un caso curioso y único en la historia universal. El especialista canadiense Jacques Lévesque dice que «la forma en que la URSS se desgajó de su imperio y su propio final pacífico» están íntimamente relacionados y «aparentemente quizá fueran su aportación más beneficiosa a la historia».[66] Pero es de suponer que la no violencia por principio de Gorbachov, tan apreciada en Occidente, no suscitara tanta admiración dentro de Rusia. Al margen de todos los demás papeles que pudiera desempeñar, para sus compatriotas Gorbachov era, ante todo y sobre todo, el zar, el garante de su estabilidad y de sus medios de vida. Y de la propia existencia del estado. La evidente incapacidad de Gorbachov para desempeñar ese papel e incluso su negativa a hacerlo contribuyó al repentino hundimiento de la Unión Soviética y a la dislocación y la miseria de decenas de millones de rusos y no rusos.

GORBACHOV, LAS REVOLUCIONES PACÍFICAS DE 1989 Y LA REUNIFICACIÓN DE ALEMANIA

El efecto de esta compleja mezcla de rasgos en su carácter —optimismo, ingenuidad, tendencia a actuar sobre la marcha, occidentalismo, y aversión a la fuerza— puede apreciarse en el desarrollo de la política soviética respecto a Europa Central y del Este durante la caída de los regímenes comunistas y en la diplomacia de Gorbachov que condujo a la reunificación de Alemania. Tanto sus críticos como sus partidarios señalan que la política exterior de Gorbachov a partir de 1987 pocas veces fue discutida formalmente en el Politburó, sino, por el contrario, sólo en un estrecho círculo de consejeros. Para llevar a cabo las negociaciones se apoyó en su ministro de Exteriores, Eduard Shevardnadze y también cada vez más a menudo discutió los asuntos «cara a cara», esto es, directamente con los líderes extranjeros. Las estructuras de toma de decisiones multiinstitucionales (el Consejo de Defensa, la comisión de los «Cinco Grandes» que elaboró las propuestas sobre las reducciones de armamento, la «alianza» informal del KGB, y el Ministerio de Defensa) a menudo quedaron al margen. Por lo que respecta a Alemania, un participante confirma que Gorbachov manejó «todas las negociaciones prácticamente por su cuenta o en tándem con Shevardnadze, apartando a los diplomáticos profesionales e informando raramente al Politburó».[67] En una palabra, pese a rechazar el legado de Stalin, Gorbachov utilizó el poder de éste para monopolizar determinadas decisiones políticas de vital importancia. De ese modo, los rasgos personales de Gorbachov y sus peculiaridades como gobernante afectaron a la política soviética con poquísimas restricciones.

En particular, la personalidad «anti-Stalin» de Gorbachov tuvo mucho que ver con la muerte pacífica (con la excepción de Rumanía y Yugoslavia) del comunismo en Europa Central y del Este. La desestabilización de los regímenes comunistas en estos países a comienzos de 1989, como demuestran las numerosas investigaciones de Mark Kramer, fue una consecuencia directa del efecto «inducido» de la *glasnost* y de las reformas introducidas en la Unión Soviética. Cuando empezaron a caer los regímenes de Polonia, Hungría, y luego de la RDA, Bulgaria y Rumanía, el impacto de los acontecimientos empezó a infiltrarse en la Unión Soviética, socavando la autoridad de Gorbachov y debilitando el control ejercido por el estado y el partido.[68]

¿Por qué Gorbachov y sus asesores (pero no todos los miembros del Politburó y del ejército) decidieron abandonar a los aliados comunistas de la URSS a su suerte, dejando que los acontecimientos siguieran adelante en Europa Central y del Este sin ser controlados por Moscú? El factor ideológico del «nuevo pensamiento» y el objetivo mesiánico que tenía Gorbachov de unir a Norteamérica, Europa y la URSS fueron fundamentales. A finales de enero de 1989, Gorbachov asignó a una comisión de política exterior presidida por Alexander Yakovlev la tarea de colaborar con varios organismos y gabinetes de expertos en las contingencias relativas a los desarrollos futuros en Europa Central y del Este. Yakovlev pidió una serie de documentos y análisis de ciertas instituciones académicas y estatales. Casi todos ellos predecían que iba a producirse una crisis generalizada de la alianza. Era evidente la conclusión de que los aliados de la URSS rechazaban ya el socialismo y se hallaban «en el poderoso campo magnético de Occidente». Un informe escrito por Oleg Bogomolov y otros expertos del Instituto de Economía del Sistema Socialista Mundial, llegaba a la conclusión de que si los partidos gobernantes no hacían concesiones a las fuerzas de oposición, se enfrentaban a un «estallido político». Otros analistas predecían «un agudísimo conflicto socio-político con unas consecuencias insondables». Todos los documentos se oponían a cualquier forma de



intervención soviética en la región. La conclusión habitual en todos ellos era que la intervención político-militar no garantizaba el éxito, sino que podía más bien provocar una reacción en cadena de violencia y la implosión del bloque soviético. La comisión, sin embargo, no solicitó la opinión del alto estado mayor de las fuerzas armadas. Estos informes venían a confirmar lo que ya se sabía. Gorbachov y los seguidores de su «nuevo pensamiento» (Yakovlev, Shevardnadze, Cherniaev, Shajnazarov) creían que la invasión de Checoslovaquia por los soviéticos en 1968 había sido un tremendo error y no contemplaban bajo ninguna circunstancia el empleo de tropas soviéticas.[69]

Pero todo esto no explica en su totalidad la falta de intervención *activa* por parte de la URSS, es decir, que no se hicieran intentos más enérgicos de llevar a cabo acciones coordinadas con las fuerzas reformistas de la RDA, Polonia y Checoslovaquia, para proporcionarles ayuda material e impedir medidas unilaterales que pudieran acelerar la desestabilización del Pacto de Varsovia. Dos hechos internos de la propia Unión Soviética permiten explicar esa pasividad. El primero era la preocupación de Gorbachov y su entorno por las reformas radicales de la política y del estado emprendidas a finales de 1988. Después de que se llevaran a cabo, la avalancha de acontecimientos internos empezó a hacer que se tambaleara el liderazgo de Gorbachov. El secretario general y sus consejeros, empezando por los «cuidadores» y «observadores» de la situación reinante dentro del Pacto de Varsovia, empezaron a dedicar la mayor parte de su tiempo a escribir informes y memorándums sobre los preparativos de unas elecciones parlamentarias semilibres en marzo de 1989, sobre la redacción de una nueva legislación, y luego elaborando los discursos y las intervenciones de Gorbachov en el Congreso de los Diputados del Pueblo que se inauguró en Moscú el 25 de mayo. El segundo hecho al que nos referíamos fue la grave crisis financiera. En enero de 1989, Gorbachov anunció la reducción de las fuerzas armadas soviéticas destacadas en Europa Central y del Este en un 14 por 100 y recortes de un 19 por 100 en la producción de armamento. Estas medidas venían a reforzar su «discurso anti-Fulton» ante las Naciones Unidas de 7 de diciembre de 1988. Al mismo tiempo, eran consecuencia de los desesperados intentos de la presidencia de reducir los gastos del estado. Los dirigentes soviéticos no tenían el dinero necesario para influir en los acontecimientos de Europa Central y del Este, y tuvieron que contemplar impasibles cómo los gobiernos de estos países recurrían a Occidente en busca de créditos y otras formas de apoyo.[70]

No obstante, vistas las cosas retrospectivamente, resulta sorprendente comprobar con qué tranquilidad permitió Gorbachov la disolución del imperio exterior soviético en Europa Central. El 3 de marzo de 1989, el presidente del Consejo de Ministros de Hungría, Miklos Nemeth, informó a Gorbachov de la decisión de «eliminar por completo la protección electrónica y tecnológica de las fronteras occidentales y meridionales de Hungría. Ya no la necesitamos y ahora sólo sirve para atrapar a ciudadanos de Rumanía y de la RDA que intentan fugarse ilegalmente a Occidente a través de Hungría». Y añadió con cautela: «Naturalmente tendremos que hablar con los camaradas de la RDA». Las únicas palabras de Gorbachov que han quedado registradas son las siguientes: «Nosotros tenemos un régimen estricto de fronteras, pero también nosotros estamos volviéndonos más abiertos».[71]

Esta doctrina de la no intervención y la falta de una estrategia viable marcaron la diplomacia soviética durante los meses críticos del verano y el otoño de 1989, cuando los acontecimientos en Europa Central y del Este dieron un giro revolucionario. Los continuos telegramas y demás comunicaciones entre Moscú y Varsovia en un momento crítico, cuando los polacos votaron a favor de Solidaridad para el gobierno en las elecciones del 4 de junio de 1989, y especialmente durante los dos meses siguientes, cuando se puso en juego la cuestión de la presidencia de Wojciech Jaruzelski, todavía no son accesibles. Myaczyslaw Rakowski, destacado reformista del partido comunista polaco, recuerda que

Gorbachov sólo le llamó por teléfono para preguntar «qué estaba pasando». Pero se abstuvo cuidadosamente de dar ningún consejo concreto, de no decir nada que pudiera ser interpretado como una injerencia en los asuntos de Polonia.[72] El 11 de septiembre, cuando el gobierno reformista de Hungría abrió las fronteras a los alemanes del Este que querían huir a la RFA, Moscú guardó un silencio significativo. La consiguiente crisis de los refugiados, cuando decenas de miles de alemanes del Este se precipitaron en masa a Checoslovaquia y Hungría, supuso la desestabilización de los regímenes de ambos países. El 27-28 de septiembre, Shevardnadze, siguiendo presumiblemente órdenes de Gorbachov, se reunió en Nueva York con sus homólogos James Baker y Hans-Dietrich Genscher en la Asamblea General de la ONU para discutir la crisis cada vez más grave de los refugiados de Alemania del Este en Praga y Budapest. El resultado de ese encuentro fue que los refugiados germanoorientales obtuvieron permiso para permanecer temporalmente en los terrenos de las embajadas de la República Federal de Alemania en ambos países.[73]

Gorbachov afirmaría después que en 1989 estaba dispuesto a retirar de Europa Central todas las fuerzas armadas soviéticas, pero que quiso hacerlo de forma gradual, en buena parte debido a las limitaciones internas, no a las realidades geopolíticas. Según la confirmación de esta tesis que ofrece Cherniaev, había el temor de que «una vez que empecemos a retirar nuestras tropas, empiece el griterío: “¿Para que luchamos? ¿Para qué murieron millones de soldados nuestros en la Segunda Guerra Mundial? ¿Estamos renunciando a todo eso?” En aquellos momentos para Gorbachov aquellos temas eran muy delicados».[74]

A él le preocupaba especialmente la posición de la administración Bush y del gobierno germanooccidental. En Washington no existía un consenso en torno al «romance» de Reagan con Gorbachov. Robert Gates, Richard Cheney y Brent Scowcroft repudiaron el «nuevo pensamiento» calificándolo de pura comedia en el mejor de los casos o de burdo engaño en el peor. Incluso la retirada soviética de Afganistán, concluida en febrero de 1989, no los convenció. El pragmático y «realista» Scowcroft lo interpretaba como un «intento de recortar pérdidas», y llegaba a la siguiente conclusión: «En vez de cambiar, parece que las prioridades de la URSS sólo se reducen».[75]

Sin embargo, en el verano de 1989, Bush y el secretario de Estado James Baker llegaron a la conclusión de que no tenían más remedio que hacer tratos con Gorbachov. Se dieron cuenta además de que la personalidad de aquel hombre era fundamental. «Mirad, este tío es la *perestroika*», dijo Bush a los expertos, que seguían siendo escépticos. Desdeñó los análisis del departamento soviético de la CIA que indicaban que Gorbachov estaba perdiendo el control de los acontecimientos y no iba a ser un socio estable a largo plazo. En el mes de julio, Bush viajó a Polonia y Hungría, donde respaldó a los comunistas partidarios de la reforma y cortó las alas a los nacionalistas anticomunistas no fueran a echar a pique el barco. Este viaje y la comunicación personal entre Bush y Gorbachov aliviaron los temores del líder soviético.[76] En septiembre de 1989, Shevardnadze trabó una extraordinaria amistad con el secretario de Estado James Baker y compartió francamente con él los problemas internos a los que se enfrentaba el gobierno de la URSS.[77]

La postura de Alemania Occidental y sus planes respecto a la RDA preocupaban también a Gorbachov. Excepto un puñado de partidarios del «nuevo pensamiento», los encargados de la política exterior soviética y la minoría dirigente del ejército seguían mirando a la República Federal Alemana con recelo. Sin embargo, a finales de 1988, Gorbachov había establecido unas excelentes relaciones personales con el canciller Helmut Kohl, otrora crítico durísimo del líder soviético. Esta circunstancia provocó un rápido giro de la política exterior de la URSS respecto a la cuestión alemana: cierto estudioso de un país occidental lo califica ni más ni menos que de «inversión de alianzas».



Al mismo tiempo que se destensaban los lazos mantenidos con la RFA, las relaciones soviéticas con los alemanes del Este entraban en una fase de «paz fría». Gorbachov y Shevardnadze negaron a los líderes germanoorientales la influencia sobre la política exterior soviética que habían tenido en tantas ocasiones en el pasado.[78]

Cuando Gorbachov llegó de visita a Alemania Occidental el 11-15 de junio de 1989, pudo comprobar cómo una multitud entusiasmada lo vitoreaba por las calles. La Gorbimanía de los alemanes de Alemania Federal contrastaba con la actitud cada vez más reticente de los ciudadanos soviéticos hacia su líder. Por otra parte el occidentalismo de Gorbachov se reforzó durante sus conversaciones con Kohl. El dirigente soviético creía que había alcanzado su objetivo: conseguir que el canciller se convirtiera en partidario de su *perestroika* y de su idea de llevar a la Unión Soviética a una «casa común europea». En contrapartida, adoptó una actitud muy tolerante cuando Kohl habló de una intervención conjunta en los asuntos de la RDA con el fin de quitar de en medio a Honecker y alentar los cambios. Cherniaev afirma que esa declaración conjunta germano-soviética destacaba deliberadamente, entre todos los principios y normas de derecho internacional que debían ser observados, el «respeto por el derecho a la autodeterminación nacional». Era un indicio de que la Unión Soviética no iba a oponerse por la fuerza a los cambios en Alemania del Este. Al mismo tiempo, Kohl aseguró a Gorbachov que ni él ni su gobierno deseaban la desestabilización de la RDA.[79] Esta entente informal fue decisiva para la ulterior reunificación pacífica de Alemania.

Pero es muy probable que Kohl no pudiera ser neutral ante las oportunidades que ofrecían a la política germanooccidental los cambios ocurridos en Europa Central y del Este. El 25 de agosto de 1989, Kohl alcanzó un acuerdo con los dirigentes reformistas de Hungría para que las fronteras entre este país y Austria quedaran abiertas a los fugitivos de la RDA. A cambio, Hungría recibió mil millones de marcos con los que cubrir su déficit presupuestario. Los detalles de este acuerdo, funesto para la RDA, no se han conocido hasta hace poco.[80] Todavía no se sabe de qué llegó a enterarse Moscú sobre este asunto. Cuando los dirigentes húngaros enviaron una nota a Shevardnadze acerca de este pacto con la RFA (en ella no se mencionaba en absoluto el lado monetario del acuerdo), el ministro soviético se limitó a responder: «Es un asunto que interesa sólo a Hungría, la RDA y la RFA».[81] En el mes de octubre Honecker dijo a Gorbachov que Nemeth había recibido del SPD un préstamo por valor de 550 millones de marcos con la condición de que «los húngaros abrieran un puesto fronterizo con Austria».[82]

La reacción de Gorbachov sigue ignorándose. Tanto él como otros seguidores del «nuevo pensamiento» llevaban considerando a Erich Honecker una reliquia reaccionaria desde comienzos de 1987, cuando empezó a hacer pública su oposición a la política del mandatario soviético.[83] El secretario del Comité Central, Vadim Medvedev, responsable de las relaciones con los países socialistas y de la ideología, se hallaba en la RDA en septiembre de 1989 y regresó cargado de «pensamientos negros». Su conclusión era que «lo primero que habría que haber hecho era tomar una decisión sobre el cambio de dirigentes [en alusión a Honecker]».[84] Al mismo tiempo, el KGB informó a Moscú desde Berlín del personal que formaba la dirección del partido de la RDA e indicó (sin hacer ninguna recomendación política explícita) que la situación exigía urgentemente la eliminación de Honecker.[85]

El 5 de octubre de 1989, Cherniaev escribía en su diario: «Gorbachov ha volado a la RDA para celebrar el cuadragésimo aniversario [del establecimiento de este país]. Era muy reacio a desplazarse hasta allí. Hoy ha llamado por teléfono y ha comentado: No diré ni una palabra en apoyo de Honecker. Pero apoyaré a la república y la revolución».[86] En efecto, el líder soviético no adoptó una postura clara durante su estancia en la RDA. Por el contrario, como puso de manifiesto su comportamiento, se atuvo a su política de no injerencia. Cuando se reunió con los dirigentes germanoorientales, utilizó un lenguaje

críptico, comentando que la historia castigaba a los que retrasaban los cambios. Además, en una entrevista pública en Berlín citó al diplomático y poeta ruso Hedor Tiutchev diciendo que el «amor» llega a unir con más fuerza que «el hierro y la sangre». ¿Iba dirigida la cita a los líderes de Alemania Occidental, como si quisiera advertirles que no hicieran proyectos de una anexión forzosa de la RDA? Philip Zelikov y Condoleezza Rice la interpretan de esa forma. Era «una extraña manera que tuvo el líder de la Unión Soviética de advertir a la RFA que respetara las "realidades de posguerra"».[87]

Vitali Vorotnikov recuerda las primeras impresiones de esta visita que Gorbachov compartió con el Politburó. El secretario general dijo a sus colegas que Honecker no estaba en contacto con la realidad y que estaba formándose una tormenta en la RDA. Al mismo tiempo, no propuso ninguna medida concreta ni discutió ninguna posible repercusión de todo aquello para la URSS.[88] El 16 de octubre, los dirigentes germanoorientales Willi Stoph, Egon Krenz y Erich Mielke enviaron un mensajero a Moscú para pedir el apoyo de Gorbachov a la destitución de Honecker. El director de la Stasi, Mielke, creía que era ya demasiado tarde para llevar a cabo una transición controlada del poder. En vez de dirigirse al Politburó en pleno, Gorbachov convocó una conferencia en su despacho, en la que participaron Yakovlev, Medvedev, Kriuchkov, Rizhkov, Shevardnadze y Vorotnikov. El secretario general propuso contactar con Kohl y Bush. Aconsejó asimismo que las tropas soviéticas acantonadas en la RDA «se comportaran con serenidad, sin hacer en ningún momento ninguna demostración de fuerza». El 1 de noviembre, una vez que Honecker fue finalmente quitado de en medio, el nuevo líder de la RDA, Egon Krenz, se reunió con Gorbachov para discutir el futuro de la RDA. El mandatario soviético se quedó sorprendido al enterarse de que la RDA debía a Occidente veintiséis mil quinientos millones de dólares y que para 1989 tenía un déficit de otros doce mil doscientos millones. Reconoció ante Krenz y luego ante sus colegas del Politburó que sin la ayuda de la República Federal de Alemania los soviéticos no podrían «salvar» a la RDA. Gorbachov aprobó la propuesta de Krenz de reducir las tensiones sociales en la Alemania democrática concediendo algunos permisos para viajar a Occidente. Gorbachov y Krenz no discutieron en detalle los planes de la gradual eliminación del Muro de Berlín.[89]

En Moscú, la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 cogió a todo el mundo por sorpresa. Los líderes germanoorientales, actuando bajo una presión popular cada vez más intensa y sin pedir consejo a Moscú, decidieron permitir el movimiento controlado de la población entre Berlín Este y Berlín Oeste. Pero este torpe intento de abrir las válvulas de seguridad precipitó la desintegración política de la RDA. Los sucesos de Berlín cogieron a Gorbachov, Shevardnadze y otros líderes del Kremlin por sorpresa. El embajador soviético en la RDA, Viacheslav Kochemasov, intentó en vano contactar con Gorbachov y Shevardnadze a través de un teléfono seguro. Como recordaría más tarde un alto funcionario de la embajada, «todos los responsables estaban muy ocupados y nadie podía dedicar tiempo a la RDA».[90] Gorbachov no nombró ningún gabinete de crisis para que se ocupara de la cuestión alemana. No se produjeron discusiones importantes sobre el problema alemán. Los representantes de las fuerzas armadas, así como los expertos en Alemania, quedaron excluidos del proceso de toma de decisiones. Mientras tanto, como señala acertadamente Lévesque, la caída del Muro de Berlín supuso la condena de los grandes proyectos que había hecho Gorbachov de una reconciliación gradual de Europa. En vez de aguardar a que la Unión Soviética y Occidente construyeran «la casa común europea», la RDA, junto con todos los países de Europa Central, «saltó por encima del Muro» y se pasó a Occidente.[91]

¿En qué estaban pensando los dirigentes soviéticos durante aquellos días fatídicos? La documentación fragmentaria de la que disponemos y los recuerdos de algunos demuestran que durante una sesión informativa con una selección de colegas en la Sala Marrón, antes de la sesión del Politburó del 9 de noviembre, Gorbachov comunicó a los



presentes su preocupación por la situación política existente en Bulgaria y por las tendencias separatistas de Lituania. El orden del día del Politburó incluía la discusión de la convocatoria y el orden del día del Segundo Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS y los posibles cambios que debían introducirse en la Constitución. Otra cuestión importante era la situación de Bielorrusia, Letonia, Lituania y Estonia. Todo ello formaba parte de la frenética búsqueda de paliativos a la deriva de las repúblicas bálticas hacia la independencia política. Gorbachov seguía mostrándose optimista, a pesar de todos los indicios: «La experiencia demuestra que incluso los nacionalistas declarados no irán demasiado lejos». En su opinión, los satélites del Báltico podrían ser mantenidos dentro de la esfera soviética por medio de incentivos económicos. Vorotnikov objetó: «Si todo lo que les decimos a los bálticos se hiciera público ahora, se produciría una explosión en Rusia». [92]

Estos episodios ponen de manifiesto el carácter *ad hoc* de la forma de tomar decisiones de Gorbachov y las consecuencias de su personalidad optimista y al mismo tiempo contemporizadora sobre la política soviética. Incluso un admirador suyo, Georgi Shajnazarov, lo llamaría más tarde el moderno Fabio Máximo Cunctator, en alusión al antiguo político romano famoso por su tendencia a la procrastinación.[93] Operaban también en este caso en Gorbachov dos impulsos contradictorios. Por un lado, no podía reconocer que su visión de la reforma del comunismo estaba condenada al fracaso en Europa Central y en Alemania del Este. Seguía creyendo que «la base socialista se mantendría», y esa ilusión lo llevó a no hacer caso de la disolución de los regímenes comunistas, primero en Polonia y Hungría, y luego en la RDA y en el resto de Europa Central.[94]

Por otro lado, Gorbachov no consiguió, ni siquiera intentó conseguir, ningún acuerdo por escrito con Occidente de que se iban a salvaguardar los «intereses» soviéticos en la región, como, por ejemplo, la no expansión de la OTAN en el Este. Dobrinin diría luego indignado: «Capaces pero inexpertos, impacientes por llegar a un acuerdo, pero excesivamente seguros de sí mismos y adulados por los medio de comunicación internacionales, Gorbachov y Shevardnadze a menudo fueron engañados y embaucados por sus interlocutores occidentales». Gorbachov en particular no supo exponer con rotundidad y desde el primer momento las condiciones de la Unión Soviética a la reunificación (neutralidad de Alemania, desmilitarización y compensación por la retirada de las tropas soviéticas). Por el contrario, contemporizó, se dejó guiar por el instinto, y cedió una posición tras otra. Dobrinin insiste en que ciertos rasgos de Gorbachov, como por ejemplo el optimismo, la confianza en sí mismo, y su creencia ilimitada en las «fuerzas de la historia» eran esencialmente buenos y razonables. Todo ello, afirma, le sirvió de poco en los asuntos internacionales, cuando, hallándose en una situación cada vez más desesperada, se aferró a la esperanza injustificada de que, contra todos los pronósticos, lograría convencer a sus interlocutores occidentales de lo acertado de sus iniciativas. Este «carácter emocional como jugador», señala Dobrinin, se puso de manifiesto ya incluso en 1986 durante la cumbre de Reikiavik.[95]

La clave está en la interacción que se estableció entre la personalidad de Gorbachov y sus interlocutores occidentales. Tras la caída del Muro de Berlín, la administración Bush tomó rápidamente la iniciativa de las manos cada vez más débiles de Gorbachov y desempeñó un papel activo y estabilizador en la conclusión de la Guerra Fría en Europa. Para Gorbachov, fue un acontecimiento muy importante. Bush actuó por fin como le había prometido que iba a hacer cuando era vicepresidente, es decir, como un socio comprensivo y tranquilizador, según el modelo de las relaciones mantenidas por Reagan con Gorbachov. El 2 y 3 de diciembre de 1989, en la cumbre de Malta, Bush y Gorbachov lograron lo que habían querido alcanzar durante meses, una relación personal de confianza y respeto mutuo.[96]

Vistas las cosas retrospectivamente, resulta curioso comprobar hasta qué punto Bush, como anteriormente Reagan, llegaron a creer en Gorbachov como persona de sentido común dispuesta a admitir que Occidente había ganado la Guerra Fría. Durante los preparativos para la cumbre, el 11 de octubre Bush dijo al secretario general de la OTAN, Manfred Wörner, que lo principal era convencer a los soviéticos de que siguieran permitiendo los cambios en Europa Central y en la RDA. Cuando Wörner le advirtió que Gorbachov no permitiría que la RDA abandonara el Pacto de Varsovia, Bush preguntó si lograría convencerle de que soltara de una vez el Pacto de Varsovia, esto es, que decidiera que su valor militar ya no era esencial. «Puede parecer ingenuo», dijo Bush, «¿pero quién habría previsto los cambios que estamos viendo hoy día?».[97] Cuesta trabajo imaginar a cualquier dirigente norteamericano intentado convencer a Stalin, Jrushchov, Brezhnev o Andropov de que «soltaran» la esfera de influencia soviética en Europa.

Otros miembros del equipo de Bush seguían mostrándose muy recelosos respecto a las intenciones de Gorbachov. Les parecía tan revolucionario e improbable que los dirigentes soviéticos renunciaran a sus ambiciones geopolíticas, que incluso un año después de la cumbre de Malta seguían abrigando dudas e intentando contagiárselas al presidente. Cuando Gorbachov se unió a Estados Unidos en una coalición contra su viejo aliado, Saddam Hussein, Bush, hablando con sus asesores, prometió no «pasar por alto el deseo de los soviéticos de acceder a puertos de aguas templadas».[98]

Pero entre Bush y Gorbachov se dio una curiosa armonía cuando conversaron cara a cara en Malta en diciembre de 1989 y se pusieron de acuerdo casi sin ningún esfuerzo sobre los principales asuntos en su primera cumbre oficial. Bush hizo que Gorbachov se sobresaltara al empezar las discusiones con el tema de la «exportación de la revolución» y de la presencia soviética en América Central, y no en Europa. Los norteamericanos dieron un suspiro de alivio cuando Gorbachov les aseguró que la Unión Soviética «no tenía ningún plan respecto a sus esferas de influencia en América Latina».[99] Cuando los dos líderes empezaron a discutir la cuestión alemana, Gorbachov tuvo una ocasión magnífica de poner las condiciones a la reunificación de Alemania y exigir a Bush, a cambio de su apoyo a la reunificación, un compromiso firme con la construcción de «la casa común europea» en concomitancia con la disolución simultánea de los dos bloques político-militares, como parte de una nueva estructura de seguridad. Sin embargo, sólo se mostró intransigente con el plan de «diez puntos» de Kohl, viendo en él una maniobra del canciller germanooccidental para devorar a la RDA. En palabras de Gorbachov, aquella maniobra «ponía en duda que pudiera confiarse en el gobierno de la RFA. ¿Qué pasaría entonces? ¿Sería la Alemania unificada neutral, no pertenecería a ninguna alianza político-militar, o sería miembro de la OTAN? Creo que debemos dejar que todo el mundo entienda que sería prematuro discutir ahora cualquiera de las dos posibilidades». Y continuó diciendo: «Hay dos estados alemanes, así lo ha querido la historia. Y que la historia decida ahora cómo debe evolucionar el proceso y hasta dónde debe llegar en el contexto de una nueva Europa y del nuevo mundo».[100]

Aquel era el Gorbachov de otros tiempos, el que prefería hablar de principios en los que debía basarse el nuevo orden global y «la casa común europea», y no discutir sobre la viabilidad de un acuerdo alemán; de nuevo una enorme diferencia como gobernante con Stalin si se comparan las actas de la cumbre de Malta con las de las negociaciones de Stalin desde 1939 a 1945. El dictador soviético era un sabueso obstinado y un zorro astuto a la vez, que peleaba por cada palmo de terreno cuando estaban en juego lo que eran (a su juicio) los intereses de la URSS, y que hacía «generosas» concesiones sólo cuando convenía al plan general de sus negociaciones. La política exterior de Stalin era imperialista y resultó muy costosa a su país, pero sus técnicas de negociación suscitaron, aunque fuera a regañadientes, admiración en otros maestros del imperialismo, como, por



ejemplo, Winston Churchill y Anthony Eden. Gorbachov, en cambio, ni siquiera intentó sacar de Bush ningún acuerdo concreto ni ninguna solución de compromiso. En aquellos momentos es evidente que consideraba prioritaria su «relación especial» con Bush. Se conformó con las seguridades que éste le dio de que «no bailaría en el Muro de Berlín» ni «daría alas» al proceso de reunificación de Alemania.

Varios funcionarios de Moscú —entre ellos el embajador soviético en la RFA, Yuli Kvitsinski y Eduard Shevardnadze— habían venido avisando desde noviembre de 1989 de que la RDA estaba a punto de desaparecer y sugirieron una estrategia preventiva: presionar a Kohl a favor de la idea de una confederación de dos estados. Por otro lado, Anatoli Cherniaev proponía trabajar hacia «un nuevo Rapallo», esto es, alcanzar pronto un acuerdo con Kohl acerca de la reunificación de Alemania subordinado al compromiso de este último país con una nueva estructura de seguridad paneuropea.[101]

Pero Gorbachov no mostró inclinación alguna por las acciones preventivas ni los acuerdos de *Realpolitik*, independientemente de cuáles fueran sus posibilidades de éxito. Durante dos meses que fueron cruciales, la política exterior soviética respecto a la reunificación de Alemania fue a la deriva. Hasta finales de enero de 1990, en el curso de los preparativos de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro grandes potencias y los estados alemanes en Canadá, Gorbachov no convocó a sus consejeros más próximos para formar un equipo encargado de elaborar una política. Aceptaron una fórmula «cuatro más dos» para la negociación de la reunificación de Alemania. Gorbachov admitió por fin que el proceso iba a desembocar en la reunificación, pero, contra todo pronóstico, seguía esperando que la RDA lograra sobrevivir gracias su *perestroika*. Según se dice, llegó a esta conclusión debido a los falsos consejos de algunos consejeros alemanes que reflejaban las opiniones contrarias a la reunificación de los socialdemócratas alemanes. Aunque en honor a la verdad hay que decir que otros expertos le avisaron muy pronto de que la RDA no lograría sostenerse sola durante mucho tiempo. Además el líder soviético prefirió dejar que «los dos estados alemanes» tomaran la iniciativa en las conversaciones y luego aceptó tranquilamente la sustitución de la fórmula «cuatro más dos» por la fórmula «dos más cuatro».[102] Hasta el mes de julio de 1990 no siguió el consejo de Cherniaev y llegó a una solución unilateral de la cuestión alemana acordada con Kohl en Arjiz, centro turístico situado en el norte del Cáucaso. En esos momentos, la capacidad de negociación de Gorbachov era poquísima; pero a pesar de todo, nunca intentó jugar su última carta, es decir, aprovechar la presencia de tropas soviéticas en suelo alemán. No se produjo ningún «nuevo Rapallo» ni Gorbachov lo intentó en ningún momento, para alivio de Estados Unidos y de otros países occidentales.

En cambio, Kohl llevó a cabo resueltamente una política, respaldada por la administración Bush, consistente en obligar a la historia a seguir la dirección correcta hacia una paz rápida, pero coordinada. Esta política coordinada, llamada por dos jóvenes miembros de la administración Bush[103] «un estudio de ciencia política», contribuyó a producir el resultado deseado: Alemania pasó a formar parte de la OTAN, pero la URSS no consiguió ningún compromiso firme respecto a la futura estructura de la seguridad europea y del papel de Moscú en ella.

ENTERRADOR DEL PODER DE LA URSS

En su determinación de poner fin a la Guerra Fría, Gorbachov tuvo que llevar a cabo dos campañas distintas: una dirigida a Occidente y otra dirigida a su propio pueblo. Las principales características de su personalidad —tolerancia de las opiniones de los otros, idealismo, optimismo moralista, indecisión y procrastinación, y una profunda fe en el sentido común y en la interpretación universalista de «todos los valores humanos»— lo convirtieron en el niño bonito de Occidente, pero casi provocaron su ostracismo en su propio país. Por este motivo, la relación entre sus prioridades en el exterior y en el interior poco a poco se invirtió. Al principio, la política exterior pretendía superar el aislamiento internacional de la URSS, mejorar las relaciones económicas y comerciales con Occidente, y acabar con la carrera armamentística. Pero en 1987 y 1988, cada vez más enemistado con la *nomenklatura* del partido y carente de verdaderos apoyos en la sociedad soviética, dio prioridad a la integración de la URSS en la comunidad internacional. En consecuencia, la política exterior pasó a ser un factor determinante de la política interna. Su «nuevo pensamiento» se convirtió en un objetivo en sí mismo, un sustitutivo de una estrategia de gobierno «normal». Gorbachov creía que sus románticos proyectos de intereses comunes, no utilización de la fuerza, y de «la casa común europea», significaban para él y para la URSS una entrada que les permitía unirse a la comunidad de «naciones civilizadas».

El afán idealista que tenía Gorbachov de meter a la Unión Soviética en la «casa común europea» lo convirtió en el enterrador del poderío soviético. Tras la caída del «imperio» soviético en Europa Central, la propia Unión Soviética, «imperio de acción afirmativa» de muchas nacionalidades viejas y nuevas, se volvió vulnerable.[104] La creciente anarquía en el interior, la agudización de la crisis económica, la ascensión del separatismo nacionalista y la inminente erosión de las estructuras estatales existentes exigían algún tipo de acción. Pero, como sucediera anteriormente, Gorbachov siguió apoyándose en los «procesos» de base y creyendo que podría forjar una nueva Unión Soviética democrática. El exceso de confianza en sí mismo le talló, pero esta vez lo que estaba en juego no era el poder de la URSS en el exterior y su influencia en Europa Central, sino el destino de la propia Unión Soviética. En 1987 y 1988, se negó firmemente a deshacerse del recalcitrante Boris Yeltsin, que había hecho ya su aparición como destacado elemento perturbador y demagogo populista, enviándolo como embajador a algún pequeño país lejano. «¿Me tomáis por Brezhnev?», replicó indignado cuando algunos exponentes del «nuevo pensamiento» le avisaron de que Yeltsin era un personaje intrigante y peligroso.[105] En 1991, Yeltsin se había convertido en el primer presidente de la Federación Rusa elegido democráticamente y pretendía que su república dejara de ser una entidad nominal y se transformara en una base real desde la que desafiar el poder de Gorbachov. Además, inexplicablemente para los seguidores del «nuevo pensamiento», Gorbachov se negó a presentarse a las elecciones populares a presidente de la Unión Soviética, error político de magnitud fatal. Mantuvo además a tres partidarios de la línea dura y contrarios a la reforma, Dmitri Yazov, Vladimir Kriuchkov y Oleg Baklanov, al frente del ejército, el KGB y el complejo de la industria militar.

El 18 de agosto de 1991, Gorbachov, su esposa, Raisa, y su asesor de política exterior, Anatoli Cherniaev, se encontraban de vacaciones en Crimea cuando la mayoría de sus ministros tomaron el poder en sus manos. Su principal objetivo era evitar la firma de un «tratado de la Unión» entre Gorbachov y los líderes de las quince repúblicas soviéticas, documento que habría convertido la Unión Soviética en una confederación. Lo que sucedió a continuación fue una parodia del golpe de estado que desalojó del poder a Nikita



Jrushchov en 1964. Tanques y soldados inundaron Moscú; los ciudadanos soviéticos no residentes en la capital ni en las grandes ciudades permanecieron agazapados, esperando a ver qué sucedía. Pero la junta golpista, cuyos miembros pertenecían en su totalidad al gobierno de Gorbachov, carecía aparentemente de voluntad de hacer uso de la violencia y de provocar un baño de sangre. Ni siquiera arrestaron a Boris Yeltsin, recién elegido presidente de la Federación Rusa. Los cabecillas del golpe, capitaneados por el director del KGB, Vladimir Kriuchkov (nominalmente al mando del vicepresidente, Gennadi Yanaev), afirmarían después que intentaron convencer a Gorbachov de que se pusiera de su parte. Este, según su propia versión, se negó airadamente y los llamó «criminales». Durante tres días, el líder de una superpotencia permaneció prisionero del KGB en su residencia de Crimea (los promotores del golpe afirmarían que estaba «enfermo»). Gorbachov y su esposa tuvieron que basarse en las noticias que recibían a través de una radio de onda corta proporcionada por los guardaespaldas que seguían siendo leales. Raisa Gorbachov estaba al borde de un ataque de nervios, al creer que podrían asesinar a su marido y a ella en cualquier momento. Insistió en grabar una cinta (como prueba de que seguían vivos), y una de las doncellas se las arregló para sacarla del palacio de Crimea, fuertemente vigilado por el KGB, oculta en su ropa interior.[106]

En agosto de 1991, Gorbachov había dilapidado la mayor parte del poderío global de la URSS y su propia autoridad política. Su incapacidad crónica de escoger una vía coherente de reforma económica y financiera destruyó las finanzas de la Unión Soviética, contrajo deudas en el extranjero, y situó a un país enorme, dueño de colosales recursos, al borde de la bancarrota. Los dividendos de paz producidos por el desarme y por el fin de la Guerra Fría, no se materializaron. El comercio interior y el sistema de distribución dejaron de funcionar. La Unión Soviética no había vivido nunca una situación semejante, ni siquiera durante la Segunda Guerra Mundial. Fue esta crisis tan grave la que hizo que los movimientos nacionalistas tuvieran tantísimos seguidores, sobre todo en la Federación Rusa. Boris Yeltsin sacó un provecho enorme de ello.[107] Gorbachov era considerado un personaje patético que dejaba siempre las cosas para más tarde, odiado y despreciado por muchos compatriotas y por los antiguos aliados de la URSS en todo el mundo. Las élites de intelectuales y artistas lo abandonaron (aunque su esposa y él habían cultivado mucho su amistad y los habían ayudado enormemente) y apoyaron con entusiasmo la actitud anticomunista y la retórica de Boris Yeltsin. Incluso sus socios, los gobernantes occidentales que se habían beneficiado del rumbo seguido por su política, no le ofrecieron ayuda, negándole los grandes subsidios que les había pedido para salvar los presupuestos soviéticos ya en bancarrota. En julio de 1991, Gorbachov, al borde del colapso financiero y político, pidió a su amigo George H. W. Bush que organizara alguna especie de Plan Marshall que ayudara a convertir la economía soviética en una economía de mercado. Ello habría significado una promesa de decenas, quizá centenares de miles de millones de dólares. Sin embargo, el presidente norteamericano, tremendamente conservador en el ámbito fiscal, reaccionó con frialdad ante las frenéticas solicitudes de Gorbachov. La economía norteamericana estaba en recesión, y el presupuesto de Estados Unidos no tenía dinero para la URSS. Matlock concluye que Bush, a pesar de la simpatía que sentía por Gorbachov como político, «parece que buscó razones para no ayudar a la Unión Soviética en vez de formas de hacerlo». El hecho de que sus amigos occidentales abandonaron al líder soviético probablemente animara a los partidarios de la línea dura de su entorno a seguir adelante con sus planes de golpe de estado.[108]

La desintegración del poder personal de Gorbachov fue en concomitancia con la desintegración de la autoridad del estado y la desorganización del ejército y de las burocracias, y también del hundimiento de la moral soviética, de la que habían avisado los conservadores más adustos. Los movimientos nacionalistas democráticos de las repúblicas bálticas, así como Georgia, Azerbaiyán, y Armenia, socavaron el control de la

URSS en estos territorios. Y por primera vez desde 1956, un movimiento político de base se adueñó de la capital y de otras grandes ciudades de Rusia. Una minoría considerable del pueblo ruso, quizá más del 15 por 100 en toda la Unión Soviética, con un porcentaje mayor incluso de las poblaciones de Moscú y Leningrado, apoyaba la democratización. No obstante, el movimiento democrático seguía siendo minoritario en Rusia, y Yeltsin, a pesar de su popularidad entre los rusos, tenía pocos apoyos en el poder. Fue un golpe de estado ridículamente torpe el que puso todo el poder de la Federación Rusa en manos de Yeltsin y la minoría de «demócratas».

La resistencia al golpe de estado fue el minuto de oro de «los hombres y mujeres de los sesenta». Junto con jóvenes, estudiantes, hombres de negocios e intelectuales, se precipitaron a defender el parlamento ruso, donde Yeltsin se levantó desafiando a los partidarios de la línea dura del Kremlin. Los días del enfrentamiento de agosto, rematados por la vigilancia puesta día y noche en torno al parlamento y los funerales de tres jóvenes que fallecieron arrollados accidentalmente por los tanques que salieron a las calles de Moscú, produjeron la «segunda revolución rusa» e introdujeron la identidad nacional rusa como nuevo fenómeno político. Los medios de comunicación internacionales, empezando por la CNN, retransmitieron por todo el mundo la imagen de un desafiante Boris Yeltsin en lo alto de un camión acorazado delante del parlamento ruso amenazado. Al mismo tiempo, los militares soviéticos, dispersos y desmoralizados por la precipitada retirada de Europa Central y por el chaparrón de venenosas críticas vertidas por los medios de comunicación liberales, se sentían sumamente reacios a emplear la fuerza y a derramar la sangre de sus compatriotas.[109] Cuando los líderes empezaron a vacilar, el golpe perdió ímpetu y cayó como un castillo de naipes. De manera vergonzante, Kriuchkov, Yanaev y otros conspiradores huyeron a Crimea, donde suplicaron a Gorbachov que los perdonara y accedieron a ser arrestados de inmediato.

El hecho de que el número de los participantes activos en esta «revolución» no superara nunca los cincuenta o sesenta mil manifestantes no disminuye su importancia. La mayoría de los personajes conocidos de las élites culturales e intelectuales de Moscú se opuso al golpe y apoyó la «revolución». Los burócratas soviéticos y los militares abandonaron a Gorbachov y a cientos se pasaron al bando de Yeltsin. Cuando la «nueva Rusia», encabezada por su impetuoso presidente, declaró fuera de la ley al partido comunista y se separó de la Unión Soviética, otras repúblicas no rusas se precipitaron también hacia la independencia. El 8 de diciembre, en un pabellón de caza estatal lejos de Moscú, Yeltsin y los líderes comunistas de Ucrania y Bielorrusia decidieron abandonar la Unión Soviética.[110] Por última vez, Gorbachov se negó a utilizar la fuerza para permanecer en el poder, pero en esta ocasión probablemente fuera ya demasiado tarde. El 25 de diciembre de 1991, un Yeltsin triunfante y sus partidarios lo obligaron a abandonar su despacho del Kremlin. Poco después, la bandera soviética era arriada por última vez del mástil del Kremlin.

Es indudable que los debates en torno a la personalidad de Gorbachov y sus decisiones continuarán mientras Rusia siga debatiéndose entre su necesidad de un estado fuerte, de estabilidad social y de una economía próspera, por un lado, y la necesidad de desarrollar una sociedad civil dinámica y segura de sí misma por otro. Quizá sea imposible llegar a un consenso sobre esta cuestión; en el pasado, en similares circunstancias, la tesis de los internacionalistas liberales de Rusia se había diferenciado claramente de los intereses de los conservadores, incluso los más «ilustrados», que defendían un estado fuerte. Por ejemplo, he aquí la opinión de un conservador «ilustrado», el conde ruso Sergei Trubetskoi, acerca de Georgi Lvov, el primer presidente del gobierno provisional instaurado tras la abdicación del zar Nicolás II en febrero de 1917. De modo muy curioso, refleja las críticas modernas hechas a Gorbachov. Trubetskoi escribía desde su exilio de París en 1940:



> El populismo [*narodnichestvo*] de Lvov era de un carácter bastante fatalista. Intento encontrar las palabras apropiadas para calificar su fe en el pueblo ruso en general, y en el pueblo llano en particular. Lo imaginaba en tonos falsos, como si lo viera a través de un cristal de color de rosa. «No se preocupe», me dijo Lvov antes del primer asalto de los bolcheviques contra Petersburgo en el verano de 1917, «no necesitamos emplear la fuerza. Al pueblo ruso no le gusta la violencia… Todo se arreglará *solo*. Todo saldrá bien… El pueblo creará a partir de sus sabios instintos unas formas de vida justas y fáciles». Me sorprendieron esas palabras dichas por el presidente del gobierno en aquellos minutos tan difíciles, cuando habría debido adoptar medidas enérgicas. Verdadero luchador en materia de economía, en los asuntos de estado era una especie de devoto de la no violencia en cualquier circunstancia.**[111]**

Otro emigrante ruso, Mijail Geller, hace una valoración parecida de Gorbachov en un libro sobre la historia de la sociedad soviética (editado por un ex «demócrata» radical, Yuri Afanasiev): «Gorbachov siguió viviendo en un mundo de ilusiones. Se contentó con proyectos quiméricos, en la creencia de que los regates políticos le permitirían mantener el poder, e incluso de hecho aumentarlo». En cuanto a la decisión de acceder a la reunificación de Alemania en las condiciones impuestas por Occidente, dice: «La decisión de Gorbachov no fue el acto de [un] gobernante que meditara a fondo las consecuencias del paso que iba a dar. Más bien fue el acto de un jugador que creía que, sacrificando la RDA, obtendría a cambio unos cuantos ases que podría utilizar en su propio país. Da la sensación de que Gorbachov se comportó como el tripulante de un globo que, al descubrir que su aparato se precipita al vacío, tira por la borda todo lo que encuentra en la cesta». **[112]**

Sin Gorbachov (y sin Reagan ni Bush como socios), el fin de la Guerra Fría no habría sido tan rápido. Igualmente sin él, la rápida desintegración de la propia Unión Soviética no se habría producido. En todas las fases del juego definitivo de la URSS, Gorbachov tomó decisiones que desestabilizaron su país y minaron su fuerza y su capacidad de actuar de forma coherente como superpotencia. Y como el presente capítulo ha demostrado, esas decisiones no pueden explicarse haciendo referencia únicamente a las particulares preferencias y a los rasgos personales de Gorbachov. Una persona distinta habría seguido un rumbo totalmente distinto en sus acciones y quizá, como consecuencia, la Unión Soviética no habría caído de una forma tan desastrosa como cayó, creando tantos problemas para el futuro. El final rápido y pacífico de la Guerra Fría aseguró a Gorbachov un lugar en la historia internacional. La destrucción inconsciente de la Unión Soviética hizo de él una de las figuras más controvertidas de la historia de Rusia.

Epílogo

Durante los cuarenta años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, las élites y los líderes soviéticos se esforzaron denodadamente por conservar y expandir el gran imperio socialista que nació de todas aquellas ordalías. Tras la histórica victoria sobre la Alemania nazi, la mayoría de los líderes del Kremlin, de las élites del partido, de los militares, de los agentes de la policía de seguridad y de los integrantes del complejo de la industria militar llegarían a identificarse con la idea de la gran potencia con un papel trascendental en el mundo. Las ideas rusocéntricas entre los rusos de las élites comunistas y los sentimientos nacionales de los no rusos (por ejemplo, en Georgia, Armenia y Azerbaiyán) se integraron en esa nueva identidad colectiva. Aunque las terribles pérdidas y la destrucción material sufridas durante la guerra dejaron exhausta a la sociedad soviética y generaron un fuerte anhelo de paz duradera y de una vida futura mejor, esos mismos factores reforzaron entre las élites soviéticas la idea —cada vez más arraigada— de que la URSS *debía* y *podía* convertirse en un imperio global.

Los testimonios documentales relacionados con las actividades del Politburó, del cuerpo diplomático y de los servicios de inteligencia ponen de manifiesto que el Kremlin entendía perfectamente las realidades globales del poder e intentaba, ante todo, construir una fuerza soviética. Al mismo tiempo, se erigía y se defendía el imperio socialista soviético en nombre de la ideología revolucionaria y antiimperialista. Las promesas de la ideología leninista —la lucha global contra la desigualdad, la explotación y la opresión; la solidaridad internacional con las víctimas del racismo y el colonialismo; el mejoramiento radical de la vida de las masas trabajadoras— seguían apareciendo escritas en las enseñas soviéticas y en las plataformas del partido. La unión de las ambiciones geopolíticas y las promesas ideológicas del comunismo —el paradigma revolucionario-imperial— guiarían la postura soviética en el mundo durante toda la Guerra Fría. Los líderes de la URSS, desde Stalin hasta Andropov, así como la mayoría de las élites del partido, de los oficiales de política exterior y de los agentes de la policía de seguridad —incluso los más pragmáticos y cínicos— se vieron obligados siempre a justificar sus acciones mediante la utilización de fórmulas generales ideológicas, adaptándolas al lenguaje marxista-leninista.

Iosif Stalin fue el más sanguinario, aunque probablemente también el más cínico y pragmático, de los líderes soviéticos. Tenía la firme determinación de consolidar las conquistas territoriales y políticas soviéticas, obtenidas durante la Segunda Guerra Mundial, para construir un exclusivo colchón de seguridad alrededor de la URSS. Hasta el otoño de 1945 alcanzó sus objetivos de manera espectacular: entre sus triunfos estaban el poder logrado por el ejército soviético, la asociación con Estados Unidos y Gran Bretaña, la devastación y la fragilidad de los países de Europa Central, la guerra civil en China y el gran prestigio de la URSS como primera fuerza en la derrota del nazismo. Confiaba en ver cumplidos sus objetivos expansionistas sin entrar en conflicto con Estados Unidos. Pero los norteamericanos no tardarían en proclamarse los garantes de un mundo libre frente a la expansión soviética. Así pues, la confrontación soviético-norteamericana fue, desde un principio, geopolítica e ideológica, un choque entre dos formas de modernidad, dos sistemas de vida y dos imperios potencialmente globales.[1]



La Guerra Fría supuso para el paradigma revolucionario-imperial soviético una poderosa validación y justificación. Debido a la política norteamericana de contener el comunismo y obligarlo a replegarse, poco a poco fue haciéndose evidente que los soviéticos sólo tenían dos alternativas: desmantelar su imperio o luchar por él con todos los medios que tuvieran a su disposición. Stalin fue rápido en verlas venir: incluso antes de que empezara la Guerra Fría, intentó recuperar el control absoluto de la sociedad y las élites soviéticas y hacerlo extensivo a los países de Europa Oriental. Una masiva propaganda estatal, que capitalizaba el sentimiento popular, sirvió para crear un frente nacional propio de los tiempos de guerra. La mayoría de los miembros de las élites coincidían con Stalin en su idea de que Estados Unidos estaba preparándose para otra guerra. Como hiciera antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, Stalin trató de consolidar la sociedad y las élites soviéticas con una serie de purgas cada vez más sangrientas. El militarismo, el chovinismo de gran potencia y la xenofobia de la sociedad de la URSS llegarían a sus más altas cotas en marzo de 1953, cuando el *vozhd* del Kremlin falleció repentinamente.

Los sucesores de Stalin llegarían rápidamente a la conclusión de que la guerra contra Estados Unidos no era un hecho inevitable. De manera colegiada, concibieron una «nueva política exterior» con el objetivo de reducir tensiones y garantizar una «coexistencia pacífica» duradera entre la Unión Soviética y los países occidentales. Sin embargo, los testimonios más recientes no corroboran la vieja opinión de que el papel de la ideología comenzó un progresivo declive tras la muerte de Stalin en beneficio de los intereses más pragmáticos del estado. De hecho, los nuevos dirigentes del Kremlin y las élites soviéticas siguieron suscribiendo el paradigma revolucionario-imperial, que no dejaría de ser la esencia de su identidad colectiva.

Diversos factores vinieron a reforzar el poder de esa identidad. En primer lugar, la dirección colegiada heredó de Stalin un gran imperio, y no estaba dispuesta a perderlo. Además de las memorias que hablan de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, varias consideraciones ideológicas relacionadas con la seguridad deslegitimaron todo intento de abogar por la retirada soviética de Europa Central. Por ejemplo, en 1953 Alemania Oriental se convirtió, a ojos de las élites y los líderes soviéticos, en la joya y en un eje de su imperio en Europa Central, un valioso activo geopolítico e ideológico que la URSS debía conservar a cualquier precio. El Kremlin también quiso preservar su alianza con China con una generosa ayuda y con el apoyo a las iniciativas chinas en materia de política exterior. El factor germanooriental obligaría a la Unión Soviética a mantener una impresionante presencia militar en Europa Central en todo momento, y el factor chino forzaría al Kremlin a demostrar sus credenciales revolucionarias y su lealtad a los principios ideológicos que ambos países compartían. Incluso después de que los líderes chinos desafiaran la supremacía del Kremlin en el bloque comunista, los dirigentes soviéticos dudaron entre mejorar las relaciones con Estados Unidos o restaurar la alianza ideológica chino-soviética. Al final se decantaron por una distensión entre el este y el oeste, aunque, al mismo tiempo, se pusieran del lado de los comunistas de China y Vietnam en la guerra de este país del Sudeste Asiático.

En segundo lugar, la política del Kremlin favorecía un liderazgo que combinaba flexibilidad con dureza, y pragmatismo con rectitud ideológica. Jrushchov logró imponerse a Beria y Malenkov, afirmando que estos dos estaban dispuestos a ceder Alemania Oriental a Occidente. Y prevaleció por encima de Molotov, sosteniendo ante el partido y las élites estatales que la rígida diplomacia del ministro de Exteriores contribuía a unir a los enemigos de la URSS, en lugar de dividirlos. Aunque denunciara públicamente a Stalin, Jrushchov sintió la necesidad de que debía demostrar que era capaz de lavar los pecados estalinistas que manchaban al comunismo soviético mientras vendía este último al mundo como una alternativa efectiva al capitalismo norteamericano.

En tercer lugar, el poder económico y militar de la URSS creció rápidamente a la muerte de Stalin. Durante los años cincuenta, la Unión Soviética se convirtió en la segunda superpotencia termonuclear del planeta después de Estados Unidos. Con ese aumento de poder llegó la tentación de abrirse camino a través de las barreras de contención erigidas por los norteamericanos alrededor del imperio soviético y de obligar a Estados Unidos y otros países occidentales a aceptar un compromiso más favorable a los intereses del estado soviético. Simultáneamente, la tendencia alcista del potencial soviético, evidenciada por el lanzamiento del Sputnik en 1957 y por el del primer hombre al espacio, Yuri Gagarin, en 1961, reforzó el atractivo del modelo soviético de modernización entre los países subdesarrollados de todo el mundo.

Las ambiciones y el dinamismo personal de Jrushchov, así como sus intentos periódicos —aunque poco coherentes— de desestalinizar la sociedad y el sistema soviético, se convirtieron en un importante motor de cambios en todos los ámbitos de la vida de la URSS y su política, incluida la exterior. En un primer momento, la energía de Jrushchov y la «nueva política exterior» permitieron que los soviéticos realizaran notables avances en la escena internacional. Pero la apasionada fe de Jrushchov en el paradigma revolucionario-imperial, así como la lógica de la confrontación de la Guerra Fría, empujaron al líder soviético a poner a prueba constantemente la voluntad de Estados Unidos y otras potencias capitalistas de Occidente. Estaba convencido de que el nuevo equilibrio militar entre los bloques soviético y occidental obligaría a las potencias de este último a emprender una retirada global. Al mismo tiempo, creía firmemente que el comunismo soviético era el futuro. Su obsesión por tensar las situaciones al máximo en materia de armamento nuclear y su mesianismo ideológico explican por qué la «nueva política exterior» cambió rápidamente el énfasis que hacía en reducir tensiones y en tomar medidas pragmáticas defensivas en Europa por arriesgar en Berlín y por exportar el modelo económico y político soviético al Tercer Mundo. En 1955 y 1956 Jrushchov y la dirección colegiada consiguieron destruir los planes de los norteamericanos de mantener rodeada la Unión Soviética. Entre 1958 y 1962 Jrushchov apoyaría los llamados movimientos de liberación nacional y los regímenes comunistas de todo el Tercer Mundo, desde el África subsahariana hasta América Latina. Esa postura culminó en la extraordinaria y arriesgada decisión del líder soviético de proteger Cuba con un despliegue de misiles en la isla caribeña en 1962. Sólo cuando se vio ante la perspectiva de una inminente guerra nuclear, decidió, sensatamente, emprender la retirada.

La crisis de los misiles de Cuba puso en entredicho la práctica del extremismo en materia nuclear y del mesianismo ideológico sin freno. La nueva dirección colegiada que destituyó a Jrushchov en octubre de 1964 descubriría una manera más segura de promover los intereses soviéticos: entablar negociaciones con las potencias occidentales y tomar la vía de la distensión desde una posición de fuerza. En opinión de Leonid Brezhnev, y de sus lugartenientes Gromiko y Andropov, la distensión con Alemania Occidental y los acuerdos con Estados Unidos eran dos medidas que iban a beneficiar más a los intereses de la URSS y a su imperio socialista que cualquier ejercicio de presión sobre Berlín Oeste y la continuación de una carrera armamentística con los norteamericanos. Brezhnev desempeñó un papel crucial en la decisión del Kremlin de seguir el camino de la distensión. Fue el primer dirigente soviético que construyó su legitimidad ante las élites y el pueblo soviético no sólo como defensor de acumular el mayor número posible de fuerzas y mantener una rigidez ideológica, sino también como pacificador. Y, a diferencia de Jrushchov, fue un negociador eficaz y paciente. Sin él, probablemente nunca se habría llegado al «elevado grado de distensión» entre Estados Unidos y la Unión Soviética de los años 1972-1974.

Sin embargo, pese a su enorme poder, Brezhnev fue un líder que prefirió llegar a un consenso antes que tomar decisiones. Y, al igual que sus colegas del Politburó y la



mayoría de los hombres de su generación política, siguió siendo prisionero del paradigma revolucionario-imperial. Aunque no quisieran utilizarlo de una forma extorsionista, Brezhnev y el Politburó nunca llegaron a creer que ya disponían de suficiente poder militar. En el momento cumbre de su capacidad nuclear, los dirigentes y los militares de la URSS siguieron creyendo que los norteamericanos continuaban superándolos y que con su política pretendían «extorsionarlos o derrotar a la Unión Soviética en una guerra nuclear: un reflejo de cómo los conservadores de Estados Unidos solían contemplar las intenciones de los soviéticos».[2]

Durante la segunda mitad de la década de los setenta, la política de los soviéticos en materia de seguridad y de asuntos exteriores no se guió tanto por una estrategia coherente, sino más bien por una inercia ideológica y burocrática y por diversos intereses partidistas y políticos. Pese a las negociaciones entabladas con Estados Unidos para el control de armamento, el increíble fortalecimiento militar estratégico de la URSS siguió adelante sin interrupciones. Y en el Tercer Mundo, sobre todo en África, los soviéticos se encontraron una vez mas, como en tiempos de Jrushchov, un terreno resbaladizo de expansionismo ideológico-geopolítico, en un juego de suma cero contra Estados Unidos.

Los neoconservadores norteamericanos afirmaban que la distensión era sólo una tapadera para el avance del Kremlin hacia la superioridad militar y la victoria en la Guerra Fría. Se equivocaban. Desde la muerte de Stalin, la sociedad soviética había entrado en un período de transformación; durante los años sesenta y setenta, la desestalinización emprendida por Jrushchov y luego la etapa de distensión alentada por Brezhnev produjeron las primeras fisuras significativas en el frente nacional soviético. Las élites de la URSS, empezando por la *intelligentsia* artística y científica, y acabando por algunos *apparatchiks* «ilustrados», empezaron a superar el legado de violencia brutal y de inseguridad paranoica. La apertura parcial del telón de acero y el número mayor de oportunidades de viajar al exterior y de intercambios con el extranjero darían lugar lentamente a una disminución de la xenofobia, el militarismo y el colectivismo ideológico soviéticos. Aunque los militares, el KGB y el complejo de la industria militar de la URSS siguieron en la línea dura, otras burocracias comenzaron a perder su corte estalinista. Entre los dirigentes de las industrias y los gestores económicos siempre había habido una fuerte tendencia a expandir el comercio y a ampliar los lazos económicos con los países occidentales. Entre las élites cultas empezó a desarrollarse el librepensamiento y la capacidad para establecer comparaciones. Un estudio reciente del panorama ideológico soviético a mediados de los sesenta detectaba «un pronunciado declive del poder de movilización de la ideología marxista-leninista y la consecuente erosión de los fundamentos ideológicos sobre los que se apoyaba la legitimidad del régimen». En otro estudio, un distinguido especialista ruso llegaba a la conclusión de que a comienzos de los setenta «el sueño nacional de que la idea comunista podía ser una realidad» estaba hecho añicos. En vez del «sólido consenso» de comienzos de los sesenta, apenas una década después había en el país «escisiones totales» y «verdaderos conflictos» que «amenazaban la mismísima existencia de la sociedad soviética».[3] Esa tendencia continuaría verificándose durante la distensión de los años setenta, e incluso a principios de los ochenta, y prepararía el escenario para las reformas de Mijail Gorbachov.

La ideología soviética siguió formando parte, de una manera harto grotesca, del estilo de vida de la URSS, pero en vez de movilizar, creaba hipocresía, cinismo y dudas. Tras la brutal represión de la Primavera de Praga en 1968, hasta los intelectuales más idealistas soviéticos perdieron interés por el mensaje ideológico del comunismo. Las autoridades políticas, las burocracias y las élites profesionales empezaron a considerar la ideología oficial un ritual externo a su verdadero sentir. El dogma ideológico seguía siendo un instrumento para regular el discurso político nacional y perfilar la política interior. También seguía siendo parte esencial de la identidad colectiva oficial, que giraba alrededor del

sentimiento de chovinismo de gran potencia, mientras el movimiento comunista internacional, cada vez más vacío de contenido, continuaba corroborando el lugar que ocupaba Moscú en el centro del mundo.

El presente libro confirma la gran importancia que adquieren los distintos líderes soviéticos cuando quiere darse una explicación a las posturas de la URSS en el ámbito internacional. Stalin, en particular, controló los aspectos más cruciales en el trazado de las políticas, especialmente las relacionadas con la seguridad del estado, la ideología, los asuntos militares y los temas internacionales. La envergadura de su monopolización de las decisiones importantes fue sorprendente, aunque al final ese monopolio magnificara las consecuencias de sus equivocaciones y errores de cálculo, y contribuyera al comienzo de la Guerra Fría. Los sucesores de Stalin no fueron tan líderes ni mucho menos. Pero el papel que desempeñaron también tuvo una importancia fundamental, como demuestran el extremismo de Jrushchov en materia nuclear y la contribución de Brezhnev a la distensión. La desintegración de la personalidad de Brezhnev, consecuencia de su enfermedad, contribuyó al rápido declive de la distensión soviético-norteamericana, al impulso que cobró la carrera armamentística en Europa y, al final, a la intervención soviética en Afganistán en diciembre de 1979. Esa desastrosa invasión fue la última gran demostración de la poderosa inercia del paradigma revolucionario-imperial. Los líderes soviéticos, alarmados por la posibilidad de perder Afganistán en beneficio de Estados Unidos (subestimaban el potencial del fundamentalismo islámico), recurrieron al uso del ejército soviético para producir un cambio en la dirección del país. Esperaban retirar a sus tropas al cabo de unas pocas semanas o tal vez meses. En cambio, quedaron atascados en el lodo durante casi una década, sin poder salir de allí. La invasión de Afganistán supondría una nueva ronda de la confrontación existente entre soviéticos y norteamericanos. También marcaría una línea divisoria en la historia del imperio soviético. La guerra interminable contra las guerrillas islámicas comenzaría a socavar el apoyo de la nación al expansionismo soviético.

En Washington la administración Reagan esperaba poder utilizar el predicamento soviético en Afganistán para obligar a la Unión Soviética a retirarse del Tercer Mundo. También ejerció numerosas presiones en Moscú para disuadir a los soviéticos de invadir Polonia en 1980-1981, cuando el movimiento Solidaridad desafió al régimen comunista de ese país. Pero las presiones económicas, políticas y militares de Occidente sólo sirvieron para que el Kremlin se convirtiera en una fortaleza sitiada y perseverara en su empeño. Aunque los líderes soviéticos renunciaran en secreto al uso de la fuerza militar en Polonia, su decisión tuvo muy poco que ver con la política seguida por Estados Unidos. También prefirieron correr el riesgo de sufrir más pérdidas en Afganistán que vivir la humillación de una retirada incondicional. Al final, la segunda ronda de la Guerra Fría sólo serviría para perpetuar la postura soviética de confrontación y el componente antiamericano de la identidad colectiva de las élites de la URSS y los seniles dirigentes del Politburó.

Fue una suerte para Ronald Reagan que su presidencia coincidiera con un cambio generacional en el Kremlin, y la consiguiente salida de la vieja guardia. Mijail Gorbachov fue el primer líder soviético después de Stalin que decidió llevar a cabo una reconsideración drástica de la relación existente entre la ideología y los intereses de la seguridad soviética. Desde su posición de *apparatchik* soviético, Gorbachov fue evolucionando hasta convertirse en el estadista ideológico por excelencia, pero, en vez de adoptar el paradigma revolucionario-imperial, se presentó ante el país con su propio «nuevo pensamiento»: una fórmula vaga y mesiánica para la integración del mundo, una ideología basada en los ideales del comunismo democratizado, elogiado dos décadas antes por numerosos intelectuales de la generación de Gorbachov. El secretario general acabaría en sustancia estando más próximo a la socialdemocracia occidental que al marxismo-leninismo. Gorbachov quiso reformar el Partido Comunista, quiso transformar la



sociedad soviética y quiso integrar a la URSS en «la casa comunitaria europea». Abrigaba, sin embargo, demasiadas ilusiones. Una era que la Unión Soviética se hiciera más fuerte después de liberarse del legado estalinista y los grilletes del paradigma revolucionario-imperial. Otra, que los países capitalistas de Occidente colaboraran a culminar con éxito el grandioso proyecto de fusionar el comunismo reformista soviético con el socialismo democrático europeo.

Como ocurriera con anteriores dirigentes soviéticos, el liderazgo de Gorbachov desempeñó un papel trascendental en los cambios de postura de la URSS en el ámbito internacional. A finales de 1988 Gorbachov rechazó públicamente las principales motivaciones ideológicas que se escondían detrás de los objetivos de la política exterior estalinista, y renunció al uso de la fuerza, al silencio sobre los crímenes cometidos en el pasado y a los muros de aislamiento sobre los que se afianzaba el imperio socialista. Al cabo de un año, ese imperio se derrumbaría en Europa Central y Oriental. Al cabo de dos, la propia Unión Soviética sufriría un proceso interno que la haría explosionar y desintegrarse en quince estados independientes.

El largo camino que separaba a Stalin de Gorbachov había preparado esa sorprendente transformación. Ante todo, hubo cada vez menos voluntad por parte de las élites políticas e intelectuales soviéticas de arriesgarse a una guerra. Los sucesores de Stalin comenzaron a cambiar confrontación por distensión en 1953. La presión ejercida por Jrushchov en Occidente entre 1958 y 1962, pese a todas sus consecuencias tan negativas, no estuvo motivada por una finalidad puramente agresiva; a su torpe manera, el líder soviético quería convencer a las potencias occidentales de poner fin a la Guerra Fría en unos términos aceptables para la Unión Soviética. Brezhnev, que había vivido la Segunda Guerra Mundial, estaba convencido de que el pueblo soviético merecía una paz duradera. De hecho, la puesta en práctica de la política de distensión exigía del liderazgo de Brezhnev una retirada subrepticia de la ideología de la lucha de clases para dar entrada a nuevas ideas de asociación y cooperación con potencias occidentales, pese a su naturaleza capitalista. La distensión impulsada por Brezhnev supuso un puente indispensable para pasar de las silenciosas incitaciones a la guerra de Stalin y las bravatas de Jrushchov a la finalización de la Guerra Fría conseguida por Gorbachov.

Una vez más, nos vemos en la obligación de subrayar que la ideología cobra muchísima importancia en la historia de la Guerra Fría en general y en la de la aparición y caída del imperio soviético en particular.[4] Diversos factores ideológicos contribuyeron a la determinación soviética de enfrentarse a Estados Unidos y de expandir el imperio socialista de Moscú, hasta que éste fue verdaderamente global en la década de los setenta. Pese a la decadencia de su sistema de creencias y pese a su creciente cinismo, las autoridades y las élites del Kremlin siguieron expresando su postura internacional y sus intereses en materia de seguridad con un lenguaje realista e ideológico. Pero esos mismos factores ideológicos hicieron que la Unión Soviética actuara de una manera peculiar, e incluso grotesca, en la escena internacional. En concreto, una serie de suposiciones ideológicas desfasadas o erróneas hicieron que Stalin desencadenara negligentemente la confrontación con Estados Unidos y que luego fuera adelante con la guerra de Corea. Otras suposiciones distintas, pero igualmente equivocadas, llevaron a Jrushchov, a Brezhnev y a otros líderes del Kremlin a pensar que sería posible negociar una coexistencia pacífica con Estados Unidos desde una posición de fuerza. En último lugar, pero no por ello menos importante, está el hecho de que esos factores ideológicos contribuyeron sustancialmente al desmoronamiento soviético, cuando Gorbachov, en su fervor mesiánico, promovió el «nuevo pensamiento» y rechazó el uso de la fuerza como instrumento primordial de la política de poder, incluso para preservar el orden del estado. Y como ironía final de la historia, el imperio socialista soviético, cuyos cimientos eran la

ideología de la violencia revolucionaria, perecería a manos de la ideología de la no violencia.

Este libro sobre la actitud internacional de la URSS saca a relucir el extraordinario papel y la naturaleza de la actitud de Estados Unidos en la Guerra Fría. Estados Unidos nunca aceptó la existencia de un imperio socialista en Europa Central y luchó contra todos los movimientos revolucionarios de Asia, África y Centroamérica que recibían el apoyo de los soviéticos. A diferencia de los europeos occidentales, los norteamericanos apenas cedieron espacio para el compromiso y la negociación a la URSS. Con la excepción de los años sesenta y la época de distensión de Nixon-Kissinger, las administraciones estadounidenses insistieron en que los soviéticos debían cambiar de actitud e incluso de régimen antes de poder llegar a cualquier solución de compromiso duradero con ellos. La ideología norteamericana de la libertad política y el capitalismo de mercado era igual de global y mesiánica que la ideología comunista soviética. En este sentido, la Guerra Fría comportó un enfrentamiento de suma cero entre los dos centros mesiánicos e impuso al mundo una lógica de confrontación bipolar, marginando a otros países, movimientos e ideologías.[5]

Estados Unidos salió de esa confrontación épica como la única superpotencia que quedaba en el mundo. Pero el presente libro debería servir de advertencia a los norteamericanos, que parecen extraer de esa victoria una serie de lecciones triunfalistas que luego aplican a su política exterior en otras regiones del mundo. Algunos políticos y eruditos estadounidenses enseguida afirman que la política de contención desarrollada frente al empuje soviético funcionó a las mil maravillas. Los que lo hacen normalmente sólo poseen, incluso en la actualidad, una idea muy vaga del país que fue el objetivo de dicha contención. Los admiradores acérrimos de Reagan siguen sosteniendo que la cruzada anticomunista de este presidente y su SDI ganaron la guerra. Vistas las cosas retrospectivamente, resulta difícil considerar la SDI algo más que un simple partiquino, cuya aparición en escena se produjo en el último acto de la confrontación. Al mismo tiempo, Reagan desempeñó un papel fundamental en los últimos estadios de la confrontación entre las dos superpotencias. Percibió que sus relaciones con Gorbachov encerraban una oportunidad histórica, y al final no dudó en atraparla. Fue el Reagan pacificador, negociador y partidario del desarme nuclear, no el guerrero frío, el que hizo la grandiosa aportación a la historia universal.[6]

Estados Unidos también tuvo la suerte de tener un enemigo que representaba el reflejo ideológico, económico y político del capitalismo occidental. Ese enemigo era el resultado de la búsqueda de la modernidad por parte de los europeos. En otras palabras, la Guerra fría fue una competición entre dos primos muy lejanos, que luchaban para decidir la mejor manera de modernizar y globalizar el mundo, no entre amigos y enemigos de la modernización y la globalización. Algunos especialistas occidentales y muchos rusos creen hoy que Rusia cometió la gran equivocación de convertirse en campo de pruebas de un medio de modernización especialmente perverso y violento que prometía tomar un atajo para pasar del retraso económico y social a la modernidad y la asimilación cultural, la planificación racional y la justicia social.[7] Al principio, la versión soviética de modernización acelerada supuso para la URSS una victoria en la Segunda Guerra Mundial, la llevó a alcanzar su condición de superpotencia e hizo que ganara millones de partidarios en los países subdesarrollados del Tercer Mundo. Más tarde, sin embargo, sobre todo durante los años setenta, se hizo evidente que el modelo norteamericano de modernización, con sus libertades políticas, sus iniciativas privadas y sus tentaciones consumistas era mucho más innovador e ingenioso. Con la ayuda del modelo norteamericano, Europa Occidental, Japón y otros aliados de Estados Unidos (aunque no todos) se convirtieron en sociedades emergentes, más prósperas y con mejor calidad de vida que cualquiera de las del bloque socialista. Esas sociedades de Europa Occidental



supieron combinar los beneficios de la economía de mercado con programas sociales. Los países capitalistas desarrollados también tuvieron mucho más éxito en la integración económica, y en último término política, que los del bloque soviético.

Lo que al final importaría sería el declive de la ideología comunista dentro del imperio soviético y entre las élites, así como el atractivo cada vez mayor que suscitarían los modelos occidentales de democracia y modernización. Contra todas las expectativas de León Trotski en 1926, y pese a las fanfarronadas de Jrushchov en 1961, el tren capitalista mundial corría a velocidades cada vez mayores. Poco a poco fue haciéndose evidente para los líderes, las élites y los ciudadanos en general de la URSS que el tren del socialismo soviético nunca lo alcanzaría; al contrario, irremediablemente su tren cada vez estaba quedando más y más atrasado. Esta circunstancia, a su vez, socavó la validez de la ideología soviética y la identidad imperial de los sectores más «ilustrados» de las élites de la URSS. Si al final resultaba que la vía soviética hacia la modernización no era un atajo, sino un callejón sin salida, ¿por qué no tomar otro camino? Si el imperio socialista era cada vez más gravoso y generaba «Afganistanes» y regímenes en bancarrota en el centro y el este de Europa que necesitaban subvenciones de la Unión Soviética para poder seguir adelante, ¿por qué no abandonar ese imperio? Gorbachov, con su falso «nuevo pensamiento», supuso una forma vana, aunque comprensible desde el punto de vista histórico, de cerrar el círculo: deseaba que el experimento anticapitalista soviético se integrara en la democracia occidental. El primo rebelde llamaba a la puerta de un primo lejano, pidiendo reconciliarse.

Por equivocado que estuviera, el «nuevo pensamiento» de Gorbachov garantizó un final pacífico a una de las rivalidades más peligrosas y prolongadas de la historia contemporánea. El colosal poder militar de la Unión Soviética, amasado a lo largo de décadas y décadas, no supo y no pudo compensar sus graves defectos, la erosión de la fe ideológica y la voluntad política del Kremlin y de sectores influyentes de las élites soviéticas. Gorbachov y los que lo apoyaron no estaban dispuestos a derramar sangre por una causa en la que no creían y por un imperio del que no sacaban provecho alguno. En lugar de responder combatiendo, el imperio socialista de la URSS, tal vez el más curioso y singular de la historia moderna, prefirió suicidarse.

Viñeta de 1949 sobre la Guerra Fría. Lo que parece ser Harry Truman y Winston Churchill en un acto de promoción de la OTAN es en realidad la imagen de dos belicistas macabros del Pentágono disfrazados. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)





Iosif Stalin y su futuro apóstata Nikita Jrushchov en el mausoleo de Lenin, 1949-1950. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)



Jrushchov dirigiéndose a su despacho del Kremlin, flanqueado por Georgi Malenkov y Anastas Mikoyan, 1954. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)



Armado y peligroso, a Jrushchov le gustaba practicar el extremismo nuclear, pero también se divertía cazando patos. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)



Héroes de una superpotencia. El primer cosmonauta, Yuri Gagarin, a la izquierda de la imagen, durante una recepción en abril de 1961 con el comandante en jefe Jrushchov. De izquierda a derecha, Yuri Gagarin; el ministro de Defensa, mariscal Rodion Malinovski (parcialmente oculto detrás del cosmonauta), el mariscal Andrei Grechko; Jrushchov; el jefe del alto estado mayor, mariscal Matvei Zajarov; el comandante de las fuerzas de cohetes estratégicos, Kirill Moskalenko; el mariscal Vasili Sokolovski y el comandante de las defensas antiaéreas de Moscú, Pavel Batitski. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)





¿Un viaje de paz? Jrushchov se autoproclamó «luchador por la paz», pero en cambio se ganó la fama de poner en marcha torpes estrategias de extremismos. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)



Leonid Brezhnev participa en el Desfile de la Victoria en la Plaza Roja el 24 de junio de 1945. Más tarde asistiría al banquete presidido por Stalin. Veinte años después, en calidad de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, seguiría admirando al señor de la guerra, Iosif Stalin. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)

En cierta ocasión Brezhnev comentó que «el carisma puede hacer que llegues muy lejos en política». Y él supo utilizarlo mientras su salud se lo permitió. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)





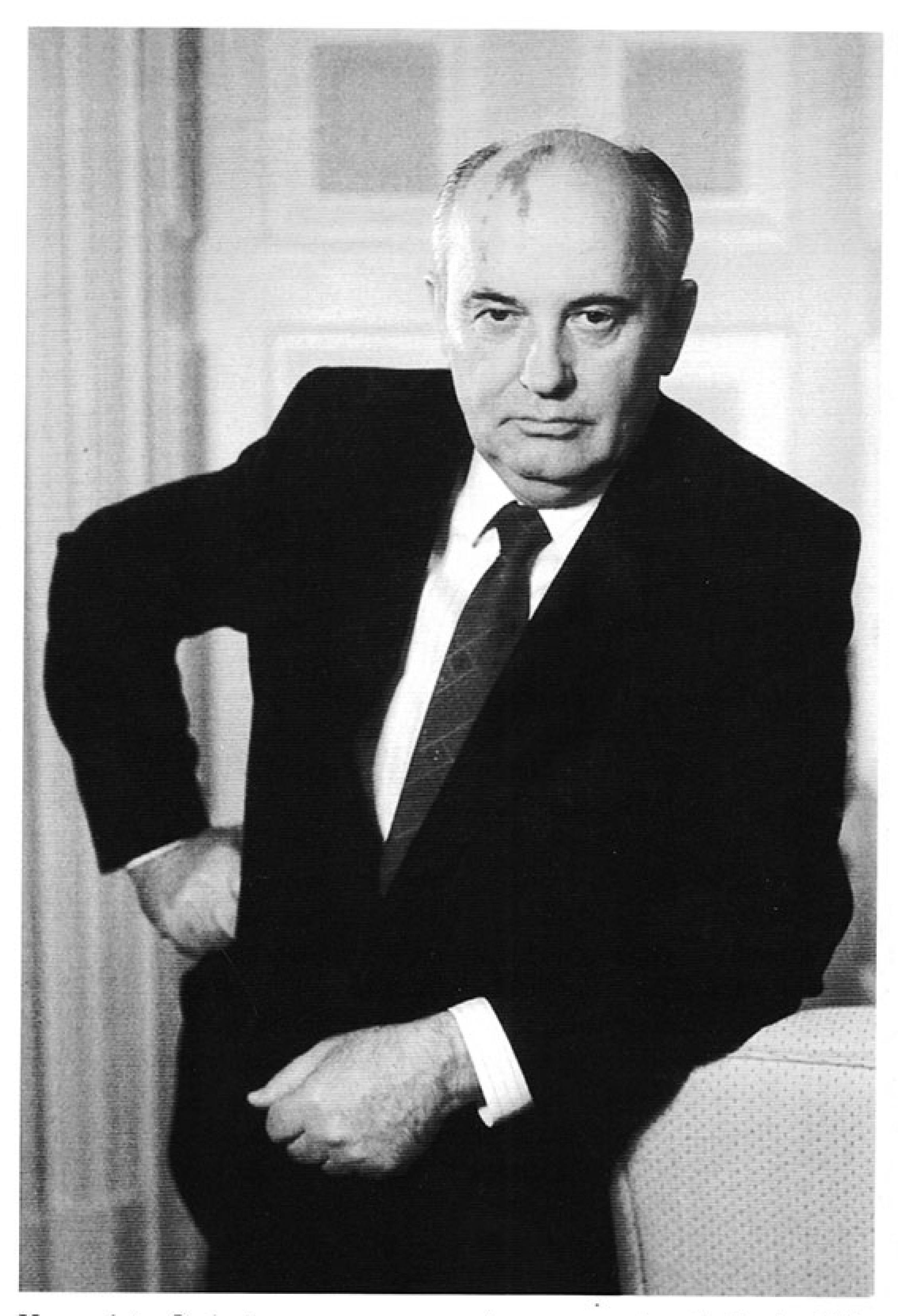


Manifestantes denunciando a los «agresores chinos», otrora «amigos para siempre» de los soviéticos, 1969. Esa generación de soviéticos primero aclamó con entusiasmo a Stalin y a Jrushchov y luego los denunció. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)

«Distensión» significa «relajación». Brezhnev y el secretario de Estado alemán, Egon Bahr, tras una relajante batida de caza en Zavidovo, Rusia, 1971. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)



La salida de la vieja guardia. Mijail Gorbachov y los «ancianos» del Politburó en la estación de ferrocarril de Moscú en 1981 aproximadamente. En primera fila, de izquierda a derecha, aparecen Gorbachov, Andrei Gromiko, Nikolai Tijonov, Leonid Brezhnev, Mijail Suslov, Konstantin Chernenko, Yuri Andropov, Boris Ponomarev y el yerno de Brezhnev, Yuri Churbanov. Detrás de Brezhnev asoman las cabezas de Dmitri Ustinov y Viktor Grishin. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)



Un sombrío Gorbachov aparece en esta imagen tomada a finales de 1991. Después de seis años de grandes promesas de reforma, presidió la disolución del «imperio» soviético. (Cortesía del Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú.)

Bibliografía



FUENTES DE ARCHIVOS

Archivo de la Asociación para la Memoria Histórica, Moscú y San Petersburgo
Archivo Central de Colecciones Política Documentales de Moscú
Archivo Central de Movimientos Públicos de Moscú
Archivo Central del Partido de Armenia, Erevan
Archivo Estatal Central de Historia Contemporánea, Tbilisi, Georgia
Archivo Estatal de la Federación Rusa, Moscú
Archivo Estatal de Partidos, Organizaciones Políticas, y Movimientos de Azerbaiyán, Bakú, Azerbaiyán
Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea, Moscú
Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política, Moscú
Archivo Estatal Ruso de Literatura y Artes, Moscú
Archivo de la Fundación Gorbachov, Moscú
Archivo del Partido Comunista Italiano, Fondazione Gramsci, Roma
Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa, Moscú
Archivo del Presidente de la Federación Rusa, Moscú
Archivo del Presidente de Georgia, Tbilisi, Georgia
Archivos Estatales de Armenia, Erevan, Armenia
Biblioteca del Congreso, Sección de Manuscritos, Washington, D.C.
— Averell W. Harriman Collection
— Dmitri Volkogonov Collection
Centro para la Conservación de Documentos de las Organizaciones Juveniles (Archivos de la Komsomol), Moscú
Cold War International History Project, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C.
Hoover Institute for War, Revolution, and Peace, Stanford, California
National Archives, College Park, Maryland
National Security Archive, George Washington University, Washington, D.C.
Public Records Office, Londres
Registro de los Archivos Estatales Alemanes de Alemania Oriental, Berlin
Ronald Reagan Presidential Library, Simi Valley, California

DOCUMENTOS PUBLICADOS

Adibekov, Grant M., *et al.,* eds., *Soveschaniia Kominforma, 1947, 1948, 1949. Dokumenti i materiali,* ROSSPEN, Moscú, 1998.

Afanasiev, E. S., V. Yu. Afiani, L. A. Velichanskaia, Z. K. Vodopianova, *et al.,* eds., *Ideologicheskiie komiissi TsKh KPSS, 1958-1964: Dokumenti.* Introducción de Karl Eimermacher, ROSSPEN, Moscú, 1998.

Bekes, Csaba, Malcolm Byrne y Janos Rainer, eds., *The 1956 Hungarian Revolution: A History in Documents*, Central European University Press, Budapest, 2003.

Blanton, Thomas, Peter Kornbluh, Svetlana Savranskaya y Malcolm Byrne, eds., *Primary Source Documents for an International Conference, «The Cuban Missile Crisis: A Political Perspective after 40 Years», Palacio de Convenciones, La Habana, Cuba, October 11-13, 2002.* Sin publicar.

Bordiugov, Gennady, L. Kosheleva y L. Rogovaia, eds., SVAG. *Upravleniie propagandy i S.I. Tyulpanov. 1945-1949 godi.* Rossiia molodaia, Moscú, 1994.

Bordyugov, Gennady, Gennady Matveev, Adam Kosetski y Andjei Packowski, eds., *SSSR-Polsha. Mekhanizmi podavleniia, 1944-1949,* AIRO XX, Moscú, 1995.

Damie, V., *et al., Komintern protiv faschizma. Dokumenti,* Nauka, Moscú, 1999.

Davidson, Apollon, Sergei Mazov y Georgy Tsypkin. *SSSR i Afrika. 1918-1960: Dokumentirovannaia istoriia vzaimootnoshenii,* Institute of General History, Moscú, 2002.

Eimermacher, Karl, Vitali Afiani, M. Yu. Prozumenschikov, *et al.,* eds., *Doklad N. S. Khrushcheva o kulte lichnosti Stalina na XX s'ezde KPSS. Dokumenti.* ROSSPEN, Moscú, 2002.

Fursenko, A. A., ed., *Prezidium TsK KPSS 1954-1964 Chernoviie protokolnie zapisi zasedanii. Stenogrammi. Postanovlenia,* vol. I, ROSSPEN, Moscú, 2003.

Jievniuk, Oleg, *et al.,* eds., *Politburo TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR 1945-1953,* ROSSPEN, Moscú, 2002.

Kolokolov, B. L., E. Bentsur, *et al.,* eds., *Sovetsko-Izrailskie otnosheniia. Sbornik dokumentov, vol. I, 1941-1953,* Mezhdunarodnie otnoshenia, Moscú, 2000.

Kovaleva, N., A. Korotkov, S. Melchin, *et al., eds., Molotov, Malenkov, Kaganovich, 1951: Stenographic Report of the June Plenum of the CC CPSU and Other Documents,* Mezhdunarodnii Fond «Demokratiia», Moscú, 1998.

Kremlevsky samosud. Sekretniie dokumenti Politburo o pisatele A. Solzhenitsyne, Rodina, Moscú, 1994.

Küsters, Hans Jürgen y Daniel Hoffmann, eds., *Dokumente zur Deutschlandpolitik: Deutsche Einheit: Sonderedition aus den Akten des Bundeskanzleramtes 1989/90,* R. Oldenbourg Verlag, Munich, 1998.

Naumkin, V. V., ed., *Blizhnevostochnii Konflikt 1947-1956. Iz dokumentov arkhiva vneshneipolitiki Rossiiskoi Federatsii,* vols. 1-2, Mezhdunarodnii Fond «Demokratiia», Moscú, 2003.

Naumov, Vladimir, Mijail Prozumenschikov, *et al.,* eds., *Georgii Zhukov. Stenogramma oktiabr'skogo (1957) plenuma TsK KPSS i drugiie dokumenti,* Mezhdunarodnii Fond «Demokratiia», Moscú, 2001.

Naumov, Vladimir y Yuri Sigachev, eds., *Laurentii Beria. 1953: Stenogramma iulskogo plenuma TsK KPSS i drugiie dokumenti,* Mezhdunarodnii Fond «Demokratiia», Moscú, 1999.

Navratil, Jaromir, Malcolm Byrne, Peter Kornbluh, *et al.,* eds., *The Prague Spring, 1968: A National Security Archive Documents Reader,* CEU Press, Budapest, 1998.



Relich, Simon y Gennadi Kostirchenko, eds., *Evreiskii Antifashistskii Komitet v SSSR 1941-1948: Dokumental'naia istoriia,* Mezhdunarodnie otnoshenniia, Moscú, 1996.

Riabev, L. D., ed., *Atomnii Projekt SSSR: Dokumenti i Materiali,* vol. 2. Atomnaia bomba 1945-1954. Kniga I. Coordinado por G. A. Goncharov, RFNC-VNIIEF, Sarov, 1999.

Veber, Alexander B., ed., *Soiuz mozhno bylo sokhranit. Belaia kniga. Dokumenti i fakti 0 politike M. S. Gorbacheva po reformirovaniiu i sokhraneniiu mnogonatsionalnogo gosudarstva,* Gorbachev-Fond/Aprel-85, Moscú, 1995.

Volokitina, T. V., D. A. Yermakova, G. P. Murashko, *et al.,* eds., *Tri vizita A. Y. Vyshinskogo v Bukharest (1944-1946). Dokumenti rossiiskikh arkhivov,* ROSSPEN, Moscú, 1998.

FUENTES SECUNDARIAS

Abernethy, David B., *The Dynamics of Global Dominance: European Ouerseas Empires, 1415-1980,* Yale University Press, New Haven, Conn., 2001.

Abrahamian, Evrand, *Iran between the Two Revolutions,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1982.

Adamski, Viktor B., y Yuri N. Smirnov, «Moralnaia otvetstvennost uchenikh i politicheskikh liderov v iadernuiu epokhu», en *Science and Society: History of the Soviet Atomic Projert (40's-50's): Proceedings of the International Symposium at Dubna, May 14-18,1996,* Izdat, Moscú, 1997.

—, «Soviet 50-Megaton Test in 1961», *CWIHP Bulletin,* n.º 4 (otoño de 1994).

Adomeit, Hannes, *Soviet Risk-Taking and Crisis Behavior: A Theoretical and Empirical Analysis.* George Alien and Unwin, Boston, 1982.

Adzhubei, Alexei, *Krusheniie Illuzii: Premia v sobitiiakh i litsakh,* Interbuk, Moscú, 1991.

Afanasyev, S., V. Yu. Afiani, L. Velichanstaka, Z. Vodopianova y E. Kochubei, eds., *Ideologicheskie komissii TsK KPSS 1958-1964: Dokumenti,* ROSSPEN, Moscú, 1998.

Afanasyev, Yuri, ed., *Sovetskoie obschestvo: vozniknoveniie, razvitie, istoricheskii final,* vol. 2, Rossiiskii gosudarstvennii gumanitarnii universitet, Moscú, 1997.

Aga-Rossi, Elena y Victor Zaslavsky, *Togliatti e Stalin. Il PCI e la politica estera staliniana negli archivi di Mosca.* Il Mulino, Roma, 1997.

Agurski, Mijail, *Popel Klaasa. Razryv.* URA, Jerusalén, 1996.

—, *The Third Rome: National Bolshevism in the USSR.* Westview, Boulder, Colo., 1987.

Ajromeyev, Sergei R. y Georgi M. Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata. Kriticheskii Vzgliad na Vneshniuu Politiku SSSR do i posle 1985 goda,* Mezhdunarodniie Otnosheniia, Moscú, 1992.

Akinsha, Konstantin, y Grigorii Kozlov, *Beautiful Loot: The Soviet Plunder of Europe's Art Treasures.* With Sylvia Hochfield, Random House, Nueva York, 1995.

Aksenov, Vassili, *In Search of Melancholy Baby,* Random House, Nueva York, 1987.

Aksiutin, Yuri, *Khrushchevskaia «ottepel» i obschestvenniie nastroeniia v SSSR v 1953-1964 gg,* ROSSPEN, Moscú, 2004.

—, «Why Stalin Chose Confrontation Rather Than Cooperation with the Wartime Allies after the Victory? Some Socio-Psychological Aspects of the Cold War Origins». Comunicación presentada en la conferencia «The New Evidence on the Cold War», Moscú, 12-15 de enero de 1993.

Aksiutin, Yuri, y Alexandr Pizhikov. «O podgotovke zakrytogo doklada N. S. Khrushcheva XX s'ezdu KPSS v svete novikh dokumentov», *Novaia i noveishaia istoriia 2* (2002).

Alexandrov-Agentov, Alexander M., *Ot Kollontai do Gorbacheva. Vospominamia*, Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 1994.

Alexeyeva, Ludmilla, y Paul Goldberg, *The Thaw Generation: Coming of Age in the Post-Stalin Era.* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1990.

Alperovitz, Gar, *Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam - The Use of the Atomic Bomb and the American Confrontation with Soviet Power,* Pluto Press, Boulder, Colo., 1994.

Anderson, Richard D., Jr., *Public Politics in an Authoritarian State: Making foreign Policy during the Brezhnev Years,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1993.

Andrew, Christopher y Oleg Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions: Top Secret Files on KGB Foreign Operations, 1975-1985,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1994.

Andrew, Christopher, y Vasili Mitrojin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB,* Basic Books, Nueva York, 1999.



Arbatov, Georgi, *The System: An Insider's Life in Soviet Politics*, Times Books, Nueva York, 1992.
—, *Zatianuvsheiesia vizdorovleniie (1953-1985). Svidetelstvo sovremennika,* Mezhdunarodnie otnosheniia, Moscú, 1991.
Badstübner, Rolf, y Wilfried Loth, eds., *Wilhelm Pieck: Aufzeichnungen zur Deutschlandpolitik, 1945-1953,* Akademie-Verlag, Berlin, 1994.
Baev, Jordan, «Bulgaria and the Political Crises in Czechoslovakia (1968) and Poland (1980/81)», *CWIHP Bulletin,* n.º II (invierno 1998).
Bahr, Egon, *Zu meiner Zeit,* Carl Blessing Verlag, Munich, 1996.
Baibakov, Nikolai K., *Ot Stalina do Eltsina,* GazOil Press, Moscú, 1998.
Bajanov, Evgeni, «Assessing Politics of the Korean War, 1949-1951», *CWIHP Bulletin,* n.os 6-7 (invierno 1995/96).
Baker, James A., III, *The Politics of Diplomacy: Revolution, War y Peace, 1989-1992.* Con Thomas M. DeFrank, G. P. Putnam's, Nueva York, 1995.
Barber, John, y Mark Harrison, *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II,* Longman, Londres, 1991.
Baring, Arnulf, *Machtwechsel: Die Ära Brandt-Scheel,* Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1982.
Barsukov, Nikolai, «The Rise to Power», en *Nikita Khrushchev: Fresh Perspectives on the Last Communist,* editado por William Taubman, Sergei Jrushchov y Abbott Gleason, Yale University Press, New Haven, Conn. 2000.
Batigin, G. S., y C. F. Yarmoliuk, *Rossiiskaia Sotsiologiia Shestidesiatikh Godov v Vospominaniiakh i Dokumentakh,* Russian Christian Humanitarian Institute, San Petersburgo, 1999.
Bearden, Milton, y James Risen, *The Main Enemy: The CIA's Final Showdown with the KGB,* Random House, Nueva York 2003.
Beevor, Antony, *The Fall of Berlin 1945,* Viking, Nueva York, 2002 (hay trad. cast.: *Berlín: la caída, 1945,* Crítica, Barcelona, 2003).
Bennett, Andrew, *Condemned to Repetition? The Rise, Fall* y *the Reprise of Soviet Russian Military interventionism, 1973-1996,* Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge, Mass., 1999.
Beria, Sergo, *Beria, My Father: inside Stalin's Kremlin,* editado por Françoise Thom, Duckworth, Londres, 2001.
Beschloss, Michael, *The Crisis Years: Kennedy and Khrushchev,* 1960-1903, Edward Burlinghame Books, Nueva York, 1991.
Bezimenski, Lev, «Kto i kak gotovil v Germanii den' Iks», *Novoe Vremya,* 27 (julio de 1953).
Bischof, Günter*, Austria in the First Cold War, 1945-55.* St. Martin's, Nueva York, 1999.
Bischof, Günter, y Saki Dockrill, eds., *Cold War Respite: The Geneva Summit of 1955,* Louisiand State University, Baton Rouge, 2000.
Blight, James G., Bruce J. Allyn y David A. Welch, *Cuba on the Brink: Castro, the Missile Crisis* y *the Soviet Collapse.* Pantheon Books, Nueva York, l993.
—, «Kramer vs. Kramer», *Bulletin,* n.º 3 (otoño 1993).
Blight, James G. y Philip Brenner, *Sad and Luminous Days: Cuba's Strugle with the Superpowers after the Missile Crisis,* Rowman and Littlefield, Nueva York, 2002.
Bobkov, Philip, *KGB i Vlast,* Veteran MP, Moscú, 1995.
Bokov, Fedor, *Vesna Pobedy,* Mysl, Moscú, 1985.
Boldin, Valeri, *Krusheniie pedestala: Shtrikhi k portretu M. S. Gorbacheva,* Respublika, Moscú, 1995.
Bonwetsch, Bernd, y Gennadij Bordjugov, «Stalin und die SBZ: Ein Besuch der SED Führung in Moskau vom 30. Januar-7. Februar 1947», *Viertelsjahrshefte für Zeitgeschichte,* 42, n.º 2 (1994), pp. 279-303.

Bordiugov, Gennady, *Chrezvychainii vek Rossiiskoi istorii: chetyre fragmenta,* Dmitri Bulanin, San Petersburg, 2004.
Boterbloem, Kees, *The Life and Times of Andrei Zhdanov,* 1895-1948, McGill-Queen's University Press, Montreal, 2004.
Bovin, Alexander, *XX vek kak zhizn. Vospominaniia,* Zajarov, Moscú, 2003.
Brandenberger, David, *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity,* 1931-1956, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2002.
Brandenberger, D. L., y A. M. Dubrovski, «"The People Need a Tsar": The Emergence of National Bolshevism as Stalinist Ideology, 1931-1941», *Europe-Asia Studies,* 50 (1998).
Brandt, Willy, *Erinnerungen,* Siedler Verlag, Berlin, 1989.
Brenner, Philip, y James G. Blight, «Cuba, 1962: The Crisis in Cuban-Soviet Relations: Fidel Castro's Secret 1968 Speech», *CWIHP Bulletin,* n.º 5 (primavera de 1995).
Brent, Jonathan, y Vladimir P. Naumov, *Stalins Last Crime: The Plot against the Jewish Doctors, 1948-1953,* HarperCollins, Nueva York, 2003.
Brezhneva, Luba, *The World I Left Behind: Pieces of the Past,* Random House, Nueva York, 1995.
Brodsky, Joseph, *On Grief and Reason: Essays,* Farrar, Straus, Giroux, Nueva York, 1995 (hay trad. cast.: *Del dolor y la razón,* Destino, Barcelona, 2000).
Brooks, Jeffrey, «Stalin's Ghost: Cold War Culture and the U.S.-Soviet Relations», en *After Stalins Death: The Cold War as International History,* editado por Klaus Larres y Kenneth Osgood, Rowman and Littlefield, Nueva York, 2003.
—, *Thank You, Comrade Stalin! Soviet Public Culture from Revolution to Cold War,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 2000.
Brooks, Stephen G., y William C. Wohlforth, «Economic Constraints and the End of the Cold War», en *Cold War Endgame: Oral History, Analysis, Debates,* editado por William C. Wohlforth, Pennsylvania State University Press, University Park, 2003.
Brown, Archie, *The Gorbachev Factor,* Oxford University Press, Oxford, 1996.
Brudny, Itzhak, *Reinventing Russia: Russian Nationalism and the Soviet State, 1953-1991,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1998.
Brumberg, Abraham, ed., *Russia under Khrushchev: An Anthology from Problems of Communism*, Praeger, Nueva York 1962.
Brutents, Karen, *Nesbyvsheesia. Neravnodushnie zametki 0 perestroika,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 2005.
—, *Triatsat let na staroi ploschadi,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 1998.
Bryld, Mette, y Erik Kulavig, eds., *Soviet Civilization between Past and Present,* Odense University Press, Viborg, Dinmarca, 1998.
Brzezinski, Zbigniew, *The Grand Failure: The Birth and Death of Communism in the Twentieth Century,* Macdonald Books, Londres, 1989 (hay trad. cast.: *Gran fracaso: nacimiento y muerte del comunismo en el s. XIX,* Ediciones Maeva, Madrid, 1989).
—, *Power and Principle: Memoirs of the National Security Advisor, 1977-1981,* Farrar, Straus, Giroux, Nueva York, 1983.
Bukovski, Vladimir, *To Build a Castle: My Life as a Dissenter,* Viking Press, Nueva York, 1977.
Bundy, McGeorge, *Danger and Survival,* Random House, Nueva York, 1988.
Bunn, George, *Arms Control by Committee: Managing Negotiations with the Russians,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1992.
Burlatski, Fedor, *Khrushchev and the First Russian Spring: The Era of Khrushchev through the Eyes of His Advisor,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1991.
—, *Vozhdi i sovetniki. O Khruschehve, Andropove i ne tolko 0 nikh,* Politizdat, Moscú, 1990.



Burr, William, «Eisenhower's Search for Flexibility: Strategy and Diplomacy during the Berlin Crisis, 1958-1960», comunicación presentada en la conferencia «The Second Berlin Crisis», Woodrow Wilson Center for Internacional Scholars, Washington, D.C., Mayo de 1993.

—, ed., *The Kissinger Transcripts: The Top Secret Talks with Beijing and Moscow,* New Press, Nueva York, 1998.

Burr, William, y Jeffrey T. Richelson, «A Chinese Puzzle», *Bulletin of Atomic Scientists* 53, n.º 4 (julio-agosto de 1997).

—, «Whether to "Strangle the Baby in the Cradle": The United States and the Chinese Nuclear Program, 1960-1964», *International Security,* 3 (invierno de 2000-2001).

Bush, George, y Brent Scowcroft, *A World Transformed,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1998.

Bushnell, John, «The "New Soviet Man" Turns Pessimist», en *The Soviet Union since Stalin,* editado por Stephen F. Cohen, Alexander Rabinowitch y Robert Sharlet, Indiand University Press, Bloomington, 1980.

Buwalda, Petrus, *They Did Not Dwell Alone: Jewish immigration from the Soviet Union, 1967-1990,* Woodrow Wilson Center Press, Washington, D.C., 1997.

Bystrova, I. V., «Sovetskii voennii potentsial perioda «kholodnoi voini» v amerikanskikh otsenkakh», *Otechestvennaia istoriia,* 2 (2004).

—, «Voienno-promishlennii kompleks SSSR v 1920-e-1980-egg.: ekonomicheskie aspekti razvitia», en *Ekonomicheskaia istoriia Ezhegodnik,* editado por L. I. Borodkin y Yu. A. Petrov, ROSSPEN, Moscú, 2003.

Cahn, Anne, *Killing Detente: The Right Attacks the CIA,* Pennsylvania State University Press, University Park, 1998.

Carlisle, Olga Andreyev, «Solzhenitsyn and the Secret Circle», en *Under the New Sky: A Reunion with Russia,* de Olga Andreyev Carlisle, Ticknor and Fields, Nueva York, 1993.

Catudal, Honore, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis: A Case Study of the U.S. Decision-Making,* Berlin-Verlag, Berlin, 1980.

Caute, David, *The Dancer Defects: The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War,* Oxford University Press, Nueva York, 2003.

Chang, Gordon H., *Friends and Enemies: The United States, China* y *the Soviet Union, 1948-1972,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1990.

Chaqueri, Cosroe, *The Soviet Socialist Republic of Iran, 1920-1921: Birth of the Trauma,* University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1995.

Chazov, Evgeni. *Zdorovie i Vlast: Vospominaniia 'kremlyovskogo vracha,* Novosti, Moscú, 1992.

Chen Jian. «*Beijing and the Hungarian Crisis of 1956»,* comunicación presentada en la conferencia «La Unión Soviética, Alemania, y la Guerra Fría: Nuevos Testimonios procedentes de los Archivos del Este», Essen, Alemania, 28-30 de junio de 1994.

—, *China's Road to the Korean War: The Making of the Sino-American Confrontation,* Columbia University Press, Nueva York, 1994.

—, *Mao's China and the Cold War,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001.

Chen Jian, y David L. Wilson, «All Under the Heaven Is Great Chaos: Beijing, the Sino-Soviet Border Clashes y the Turn toward Sino-American Rapprochement, 1968-1969», *CWIHP Bulletin,* n.º II (invierno de 1998).

Cherkashin, Nikolai, *Povsednevnaia zhizn rossiiskikh podvodnikov,* Molodaia Gvardiia, Moscú, 2000.

Cherniaev, Anatoli S., «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva», *Mezhdunarodnaia zhizn* 7 (1993).

—, *Moia zhizn i moie vremia,* Moscú: Mezhdunarodniie otnosheniia, 1995.

—, *My Six Years with Gorbachev,* traducido [al inglés] y editado por Robert D. English y Elizabeth Tucker, Pennsylvania State University Press, University Park, 2000.

—, *1991 god: Dnevnik pomoshnika prezidenta SSSR,* Terra-Respublika, Moscú, 1997.

—, *Shest Lets Gorbachevim. Po dnevnikovim Zapisiam,* Progress-Kultura, Moscú, 1993.

Cherniaev, A., en colaboración con V. Medvedev, A. Veber, eds., *V Politbiuro TsK KPSS… Po zapisiam, Anatolia Chemyaeva, Vadima Medvedeva, Georgia Shahknazarova (1985-1991),* Fund. Gorbachev Alpina Business Books, Moscú, 2006.

Chipman, Donald, «Admiral Gorshkov and the Soviet Navy», http://www.airpower.maxwell.af.mil/airchronicles/aureview/1982/jul-aug/chipman.html

Chuev, Felix, *Kaganovich, Shepilov,* Olma Press, Moscú, 2001.

—, *Molotov Remembers. Iz dnevnika F. Chueva,* Terra, Moscú, 1991.

—, *Sto sorok besed s Molotovim,* Moskovskii rabochii, Moscú, 1990.

Chukovskaia, Lidia, *Zapiski ob Anne Akhmatovoi,* vol. 2, Soglasiie, Moscú, 1997.

Cohen, Stephen F., *Rethinking the Soviet Experience: Politics and History since 1917*, Oxford University Press, Nueva York, 1985.

Connor, Walter D., «Soviet Society, Public Attitudes y the Perils of Gorbachev's Reforms», *Journal of Cold War Studies,* 5, n.º 5 (2003).

Conze, Eckart, «No Way Back to Potsdam: The Adenauer Government and the Geneva Summit», en *Cold War Respite: The Geneva Summit of 1955,* editado por Günter Bischof y Saki Dockrill, Louisiana State University, Baton Rouge, 2000.

Cordovez, Diego, y Selig S. Harrison, *Out of Afghanistan: The Inside Story of the Soviet Withdrawal,* Oxford University Press, Nueva York, 1995.

Costigliola, Frank, «"I Had Come as a Friend": Emotion, Culture y Ambiguity in the Formation of the Cold War», *Cold War History* (agosto de 2000).

—, «"Like Animals or Worse": Narratives of Culture and Emotion by U.S. and British POWs and Airmen behind Soviet Lines, 1944-1945», *Diplomatic History,* 28 (noviembre de 2004).

Creuzberger, Stefan, *Die sowjetische Besatzungsmacht und das politische System der SBZ,* Böhlau, Colonia-Weimar, 1996.

Crile, George, *Charlie Wilson's War: The Extraordinary Story of the Largest Covert Operation in History,* Atlantic Monthly, Nueva York, 2003 (hay trad. cast.: *La guerra de Charlie Wilson,* Editorial Almuzara, Córdoba, 2008).

Cristescu, C., «Ianuarie 1951: Stalin decide inarmarea Romanei», *Magazin Istoric,* 10, Bucarest, (1995).

Dedkov, Igor, «"Kak trudno daiutsia iniie dni": Iz dnevnikovikh zapisei 1953-1974», *Novi Mir,* 4 (1996).

Derluguian, Georgy, «A Tale of Two Cities», *New Left Review,* 3 (mayo/junio de 2000).

Detinov, Nikolai, y Alexander Saveliev, *The Big Five: Arms Control Decision-Making in the Soviet Union,* Praeger, Westport, Conn., 1995.

Dijk, Ruud van, «The Bankruptcy of Stalin's German Policy, 1949-1953», comunicación presentada en la conferencia «Stalin and the Cold War», New Haven, Conn., Yale University, 24-25 de septiembre de 1999.

Dimitrov, Georgi, *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949.* Introducción y edición de Ivo Banac, Yale University Press, New Haven, Conn., 2003.

Djilas, Milovan, *Conversations with Stalin.* Traducción [al inglés] de Michael B. Petrovich, Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1962.

Dobrenko, Evgeni, *The Making of the State Writer: Social and Aesthetic Origins of Soviet Literary Culture,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 2001.

Dobrinin, Anatoli, en *Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents (1962-1980),* Random House, Nueva York, 1995.

—, *Sugubo doveritelno. Posol v Vashingtone pri shesti prezidentakh SShA* (1962-1986 gg.), Avtor, Moscú, 1997.
Dockrill, Saki, «The Eden Plan and European Security», en *Cold War Respite: The Geneva Summit of 1955,* edición de Günter Bischof y Saki Dockrill, Louisiana State University, Baton Rouge, 2000.
Dudziak, Mary, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 2000.
Duiker, William J., *Ho Chi Minh,* Hyperion, Nueva York, 2000.
Dunlop, John B., *New Russian Revolutionaries,* Nordland, Belmont, Mass., 1976.
—, *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1995.
Duverger, Maurice, ed., *Le Concept d'Empire,* Presses Universitaires de France, Paris, 1980.
Ehrenburg, Ilia, *Liudi, godi, zhizn,* vol. 7, en *Sobraniie sochinenii v vosmi tomakh,* Khudozhestvennaia literatura, Moscú, 2000.
Eimontova, R. G., «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva», *Otechestvennaia istoriia,* 3-6 (1999), 1-6 (2000).
Eisenberg, Carolyn, *Drawing the Line: The American Decision to Divide Germany, 1944-1949,* Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
—, «The Old Cold War», Reseña de *No Exit: America and the German Problem, 1943-1954,* de James McAllister, *Diplomatic History,* 28, n.º 5 (noviembre de 2004).
Elizavetin, A., «Peregovori Kosygina i Chou Enlaia v Pekinskom Aeroportu», *Problemi Dalnego Vostoka,* I (1993).
Ellman, Michael, y Vladimir Kantorovich, «The Collapse of the Soviet System and the Memoir Literature», *Europe-Asia Studies,* 49 (marzo de 1997).
—, *The Destruction of the Soviet Economic System: An Insider's History,* M. E. Sharpe, Nueva York, 1998.
«The End of the Cold War in Europe, 1989: "New Thinking" and New Evidence». Transcripción de las Actas de la Musgrove Conference on the Openness in Russia and Eastern Europe Project, Musgrove Plantation, St. Simon's Island, Ga., 1-3 de mayo de 1998, preparada por Svetlana Savranskaya bajo los auspicios del National Security Archive, George Washington University.
Engerman, David C., «The Romance of Economic Development and New Histories of the Cold War», *Diplomatic History,* 28, n.º I (enero de 2004).
English, Robert D., «The Road(s) Not Taken: Causality and Contingency in Analysis of the Cold War's End», en *Cold War Endgame: Oral History, Analysis, Debates,* editado por William C. Wohlforth, Pennsylvania State University Press, University Park, 2003.
—, *Russia and the Idea of the West: Gorbachev, Intellectuals* y *the End of the Cold War,* Columbia University Press, Nueva York, 2000.
—, «The Sociology of New Thinking: Elites, Identity Change y the End of the Cold War», *Journal of Cold War Studies* 7, n.º 2 (primavera de 2005).
—, «Sources, Methods y Competing Perspectives on the End of the Cold War», *Diplomatic History* 23, n.º 2 (primavera de 1997).
Erdmann, Andrew P. N., «"War No Longer Has Any Logic Whatever": Dwight D. Elsenhower and the Thermonuclear Revolution», en *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* editado por John Lewis Gaddis *et al.,* Oxford University Press, Nueva York, 1999.
Erickson, John, «Soviet War Losses: Calculations and Controversies», en *Barbarossa: The Axis and the Allies,* editado por J. Erickson y D. Dilks, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1994.

Evangelista, Matthew, «Soviet Scientists and Nuclear Testing, 1954-1963», comunicación presentada en la conferencia «The New Evidence on the Cold War», Moscú, 12-15 de enero de 1993.

—, *Unarmed Forces: The Transnational Movement to End the Cold War,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1999.

Falin, Valentin, *Bez Skidok no obstoiatelstva. Politicheskiie vospominania,* Respublika-Sovremennik, Moscú, 1999.

—, *Politische Erinnerungen,* Traducido del ruso al alemán por Heddy Pross-Weerth. Drömer Knaur, Múnich, 1993.

Faraday, George, *Revolt of the Filmmakers: The Struggle for Artistic Autonomy and the Fall of the Soviet Film Industry,* Pennsylvania State University Press, University Park, 2000.

Farber, David, *The Age of Great Dreams: America in the 1960s,* Hill and Wang, Nueva York, 1994.

—, *Taken Hostage: The Iran Hostage Crisis and America's First Encounter with Radical Islam,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 2004.

Fatemi, Faramarz S., *The USSR in Iran,* A. S. Barnes, Cranbury, N.J., 1980.

Ferguson, Niall, *Empire: The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power,* Basic Books, Nueva York, 2003 (hay trad, cast.: *El imperio británico: cómo Gran Bretaña forzó el orden mundial,* Debate, Barcelona, 2005).

Filitov, Alexei M., «SSSR i Germanskii vopros: povorotniie punkti (1941-1961)», en *Kholodnaia voina 1945-1963: Istorichestkaia retrospective,* editado por Natalia Yegorova y Alexandr Chubarian, Olma Press, Moscú, 2003.

Fischer, Ben B., *A Cold War Conundrum: The 1983 Soviet War Scare.* Monografía de los Servicios de Inteligencia,: Center for the Study of Intelligence, Langley, Va., Septiembre de 1997.

Fomin, V. I., ed., *Kinematograf ottepeli. Dokumenti i svidetelstva,* Materik-Alfa, Moscú, 1998.

FitzGerald, Frances. *Way Out There in the Blue: Reagan, Star Wars* y *the End of the Cold War,* Simon and Schuster, Nueva York, 2000.

Fitzpatrick, Sheila, Alexander Rabinowitch y Richard Stites, eds., *Russia in the Era of Nep: Explorations in Soviet Society and Culture,* Indiana University Press, Bloomington, 1991.

Frankel, Edith Rogovin, *«Novy Mir»: A Case Study in the Politics of Literature, 1952-1958,* Cambridge University Press, Nueva York, 1981.

Friedberg, Maurice, *A Decade of Euphoria: Western Literature in Post-Stalin Russia. 1954-1964,* Indiand University Press, Bloomington, 1977.

Fromkin, David, *A Peace to End All Peace: The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East,* Owl Books, Nueva York, 2001.

Fülop-Miller, Réné, *The Mind and Face of Bolshevism: An Examination of Cultural Life in the Soviet Union,* traducción [al inglés] de F. S. Flint y D. F. Tait. Harper and Row, Nueva York, 1965.

Furman, Dmitry, «Fenomen Gorbacheva», *Svobodnaia Misl II* (Moscú) (1995).

Fursenko, A. A., «Neobychnaia sudba razvedchika G. N. Bolshakova», *Novaia i noveishaia istoriia* 4 (2005).

—, *Rossiia i mezhdunarodniie krizisi. Seredina xx veka,* Nauka, Moscú, 2006.

Fursenko, A. A., *et al.,* eds., *Prezidium TsK KPSS 1954-1964 Chemoviie protokolnie zapisi zasedanii. Stenogrammi. Postanovlenia,* vol. I, ROSS-PEN, Moscú, 2003.

Fursenko, Alexander, y Timothy Naftali, *Khrushchev's Cold War: The Inside Story of an American Adversary,* W. W. Norton, Nueva York, 2006.

—, «*One Hell of a Gamble»: Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964,* W. W. Norton, Nueva York, 1997.



Gaddis, John Lewis, «International Relations Theory and the End of the Cold War», *International Security,* 17 (invierno de 1992/1993).

—, «The Long Peace: Elements of Stability in the Postwar International System», *International Security,* 10, n.º 4 (primavera de 1986).

—, *We Now Know: Rethinking Cold War History,* Oxford University Press, Nueva York 1996.

Gaddis, John Lewis, Philip H. Gordon, Ernest R. May, y Jonathan Rosenberg, eds., *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* Oxford University Press, Nueva York, 1999.

Gai, David, y Vladimir Snegirev, «Vtorzheniie», *Znamia,* 3-4 (Moscú) (marzo-abril de 1991).

Gaidar, Yegor, *Gibel imperii. Uroki dlia sovremennoi Rossii,* ROSSPEN, Moscú, 2006.

Gaiduk, Ilia V., *Confronting Vietnam: Soviet Policy toward the Indochina Conflict, 1954-1963,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 2003.

—, *The Soviet Union and the Vietnam War,* Ivan R. Dee, Chicago, 1996.

Gaiduk, Ilia, Natalia Yegorova y Alexander Chubarian, eds., *Stalin i kholodnaia voina,* Institute of General History, Moscú, 1998.

Galay, Nikolai, «Soviet Youth and the Army», *Bulletin of the Institute for the Study of the USSR* (Múnich) (febrero de 1963).

Gankovski, Yuri, «Kto, gde, kogda prinial resheniie o wode sovetskikh voisk v Afghanistan?», *Azia i Afrika segodnia,* 5 (1994).

Gardner, Lloyd C., *Spheres of Influence: The Great Powers Partition Europe, from Munich to Yalta,* Ivan R. Dee, Chicago, 1993.

Gareiev, Majmut, «Pochemu i kak mi voshli v Afghanistan», *Orientir,* 6 (Moscú) (1994).

Garthoff, Raymond, «Berlin 1961: The Record Corrected», *Foreign Policy,* 84 (otoño del 1991).

—, *Détente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan,* ed. rev., Brookings Institution Press, Washington, D.C., 1994.

—, *The Great Transition: American-Soviet Relations and the End of the Cold War,* Brookings Institution Press, Washington, D.C., 1994.

—, *A Journey through the Cold War: A Memoir of Containment and Coexistence,* Brookings Institution Press, Washington, D.C., 2001.

—, «The KGB Reports to Gorbachev», *Intelligence and National Security,* II, n.º 2 (abril de 1996).

—, *Reflections on the Cuban Missile Crisis,* Brookings Institution, Washington, D.C., 1987.

Gates, Robert M., *From the Shadows: The Ultimate Insiders Story of Five Presidents and How They Won the Cold War,* Simon and Schuster, Nueva York, 1996.

Gelman, Harry, *The Brezhnev Politburo and the Decline of Détente,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1984.

Gerovitch, Slava, *From Newspeak to Cyberspeak: A History of Soviet Cybernetics,* Massachusetts Institute of Technology Press, Boston, 2002.

Gibianski, Leonid, «Ideia balkanskogo ob'edineniia i plani eie osuschestvleniia v 40-t godi XX veka», *Voprosi istorii,* 11-12 (2001).

—, «Sovetskiie tseli v Vostochnoi Evrope v kontse vtoroi mirovoi voiny i v perviie poslevoennie gody: spori v istoriografii i problemy izucheniia istochnikov», *Russian History-Histoire Russe, 29,* n.os 2-4 (2002), pp 197-215.

—, «The Soviet Bloc and the Initial Stage of the Cold War: Archival Documents on Stalin's Meetings with Communist Leaders of Yugoslavia and Bulgaria, 1946-1948», *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998).

—, «Sowjetisierung Osteuropas - Character und Typologie», en *Sowjetisierung und Eigenständigkeit in der SBZ/DDR (1945-1953),* editado por Michael Lemke, Böhlau, Colonia 1999.

—, «Stalin and Triest Confrontation of 1945: Behind the Scene of the First Cold War International Crisis», en *Stalin i kholodnaia voina,* editado por Ilia Gaiduk, Natalia Yegorova y Alexander Chubarian, Institut vseobshchei istorii, Moscu, 1998.

Ginor, Isabella, «"Under the Yellow Arab Helmet Gleamed Blue Russian Eyes": Operation Kavkaz and the War of Attrition», *Cold War History,* I (octubre de 2002).

Glad, Betty, y Eric Shiraev, eds., *The Russian Transformation: Political, Sociological, and Psychological Aspects,* St. Martin's Press, Nueva York 1999.

Gleijeses, Piero, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002.

—, «Havana's Policy in Africa, 1959-1976: New Evidence from Cuban Archives», *CWIHP Bulletin,* n.ºs. 8-9 (invierno de 1996/1997).

Gluchowski, L. W., «Khrushchev, Gomulka y the "Polish October"», *CWIHP Bulletin,* n.º 5 (primavera 1995).

—, *The Soviet-Polish Confrontation of October, 1956: The Situation in the Polish Internal Security Corps,* en colaboración con Edward Nalepa, documento de trabajo del CWIHP n.º 17 (1997).

Goedde, Petra, *GIs and Germans: Culture, Gender, and Foreign Relations. 1945-1949,* Yale University Press, New Haven, Conn., 2003.

Goldberg, J. J., *Jewish Power: Inside the American Jewish Establishment*, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1996.

Goldgeier, James M., *Leadership Style and Soviet Foreign Policy,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

Golovanov, Yaroslav, «Beseda na Dache», *Komsomolskaya Pravda*, 30 de septiembre de 1989.

Goncharov, German A., «Khronologiia osnovnikh sobitii istorii sozdaniia vodorodnoi bombi v SSSR i SShA», en *Science and Society: History of the Soviet Atomic Project (40's-50's): Proceedings of the International Symposium at Dubna, May 14-18,1996,* Izdat, Moscú, 1997.

Goncharov, Sergei N., John W. Lewis, y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao, and the Korean War,* Stanford University Press, Stanford, Calif 1993.

Goncharov, Sergei N., y Victor Usov, eds., «Peregovori A. N. Kosygina i Chou Enlaia v Pekinskom Aeroportu», *Problemi Dalnego Vostoka,* 5 (Moscú) (1992).

Gorbachov, Mijail, «Andropov: Novii generalnii sekretar deistvuiet», *Svobodnaia Mysl,* II (1995).

—, *Avgustovskii putch: Prichiny i Sledstviya,* Novosti, Moscú, 1991.

—, *Dekabr-91: Moya pozitsiia,* Novosti, Moscú, 1992.

—, *Godi Trudnikh Reshenii,* Alfa-Print, Moscú, 1993.

—, *On My Country and the World,* Columbia University Press, Nueva York, 2000.

—, *Perestroika i novoie myshlenie dlia nashei strani i dlia vsego mira,* Politizdat, Moscú, 1987.

—, *Political Report of the CPSU Central Committee to the 27th Party Congress,* Novosti, Moscú, 1986.

—, *Zhizn i reformi,* 2 vols., Novosti, Moscú, 1995.

Gorbachov, Mijail, y Zdenek Mlynar, *Conversations with Gorbachev,* introducción de Archie Brown, Columbia University Press, Nueva York, 2001.

—, «Dialog o perestroike, "Prazhskoi vesne" i o sotsializme», manuscrito inédito, 1994. Cortesía de Robert D. English.

Gorlizki, Yoram, y Oleg Khievniuk, *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953,* Oxford University Press, Nueva York, 2004.

Gorodnitski, Alexandr, «Vos'memsia za mki, druzia», *Dossier of the Literary Gazette: Bards,* n.º II (1992).



Gould-Davies, Nigel, «Rethinking the Role of Ideology in International Politics during the Cold War», *Journal of Cold War Studies,* I (invierno de 1999).
Grachev, Andrei, *Dalshe bez menya. Ukhod Prezidenta,* Progress: Kultura, Moscú, 1994.
—, *Gorbachev,* Vagrius, Moscú, 2001.
—, *Kremleuskaia khronika,* EKSMO, Moscú, 1994.
Granville, Johanna, *The First Domino: International Decision Making during the Hungarian Crisis of 1956,* Texas A&M University Press, College Station, 2004.
—, «Tito and the "Nagy Affair"», *East European Quarterly,* 32, n.º I (1998).
Gray, Colyn S., «The Most Dangerous Decade: Historic Mission, Legitimacy, and Dynamics of the Soviet Empire in the 1980s», *Orbis,* 25, n.º I (primavera de 1981).
Greenstein, Fred I., «Reagan and Gorbachev: What Difference Did They Make?», en *Retrospective on the End of the Cold War,* editado por William Wohlforth, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.
Gribkov, Anatoly I., «Doktrina Brezhneva i pol'skii krizis nachala 80-kh godov», *Voenno-istoricheskii zhurnal,* 9 (1992).
Gribkov, A., y W Smith, *Operation Anadyr: U.S. and Soviet Generals Recount the Cuban Missile Crisis,* Edition q, Chicago, 1994.
Grigorenko, Petr, *V podpolie mozhno vstrerit tolko kris,* Moscú: Zvenia, 1997.
Grinevski, Oleg, *Tysiacha iodin den Nikity Sergeevicha,* Vagrius, Moscú, 1998.
—, «Understanding the End of the Cold War, 1980-1987». Provisional transcript of Oral History Conference, Brown University, 7-10 de mayo de 1998. Traducción al inglés y transcripción de Jeffrey W. Dillon. Editado por Nina Tannenwald.
Griscom, Robert, «Report on Soviet Youth», *Ladies Home Journal,* febrero de 1957.
Gromiko, Anatoly, *Andrei Gromyko v labirintakh Kremlia: Vospominaniia i razmyshleniia syna,* IPO Avtor, Moscú, 1997.
—, *Pamyatnoie.* 2 vols., Gospolitizdat, Moscú, 1988.
Gromov, Evgenii, *Stalin: Vlast i Iskusstvo,* Moscú: Respublika, 1998.
Grushin, Boris, *Chetyre zhizni Rossii v zerkale oprosov obshchestvennogo mneniia. Zhizn 2-ia. Epokha Brezhneva (Chast 2),* Progress-Traditsiia, Moscú, 2006.
Gudkov, Lev, *Negativnaia identichnost. Ocherki, 1997-2002,* Novoie literaturnoie obozreniie —VTSIOM-A, Moscú, 2004.
—, «Otnosheniie k SShA v Rossii i problema antiamerikanizma», *Russian Public Opinion Monitor,* 58, n.º 2 (2002).
Guerra, Adriano, *Urss. Perché è crollata. Analisi sulla fine di un impero,* Editori Riuniti, Roma, 2001.
Haftendorn, Helga, *Security and Détente: Conflicting Priorities in German Foreign Policy,* Praeger, Nueva York, 1985.
Hanhimäki, Jussi, *The Flawed Architect: Henry Kissinger and American Foreign Policy,* Oxford University Press, Nueva York, 2004.
Hansen, James, *Correlation of Forces: Four Decades of Soviet Military Development,* Praeger, Nueva York, 1987.
—, «Soviet Deception in the Cuban Missile Crisis», *Studies of Intelligence,* 46, n.º I (2002).
Hanson, Philip, *The Rise and Fall of the Soviet Economy,* Pearson Education, Londres, 2003.
Harriman, Averell, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-46,* Random House, Nueva York, 1975.
Harrison, Hope, *Driving the Soviets Up the Wall: Soviet-East German Relations, 1953-1961,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 2003.
Hasanli, Jamil P., *The Place Where the Cold War Began: Southern Azerbaijan, 1945-1946,* Muterjim, Bakú, 1999.

—, «Soviet Policy in the Iranian Azerbaijan, 1945-1946: The First Crisis of the Cold War». Comunicación presentada en la conferencia internacional «Georgia, Armenia, and Azerbaijan in the Cold War: New Archival Evidence», Tsinandali, Georgia, 8-9 de julio de 2002.
—, *SSSR-Turtsiia: Polyon kholodnoi voiny,* Adilogli, Bakú, 2005.
—, *Yuzhnii Azerbaijan. Nachalo kholodnoi voini,* Adilogli, Bakú, 2003.
Hasegawa, Tsuyoshi, *The Northern Territories Dispute and Russo-Japanese Relations,* vol. I de *Between War and Peace, 1697-1985,* Research Series n.º 97, University of California, Berkeley, 1998.
—, *Racing the Enemy: Stalin, Truman, and the Surrender of Japan.* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2005.
Haslam, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-39,* Macmillan, Londres, 1984.
Haynes, John Earl y Harvey Klehr, *Venona: Decoding Soviet Espionage in America,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1999.
Hazard, Elizabeth W., *Cold War Crucible: United States Foreign Policy and the Conflict in Romania, 1943-1953,* Columbia University Press, Nueva York, 1996.
Heikal, Mohamed, *Sphinx and Commissar: The Rise and Fall of Soviet Influence in the Arab World,* Collins, Londres 1978.
Herrnstadt, Rudolf, *Das Hermstadt-Dokument: Das Politbüro der SED und die Geschichte des 17. Juni 1953,* editado por Nadja Stulz-Herrnstadt, Rowohlt, Hamburgo, 1990.
Hersh, Seymour, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House,* Summit Books, Nueva York, 1983.
Hershberg, James G., «Anatomy of a Controversy: Anatoly F. Dobrynin's Meeting with Robert F. Kennedy, Saturday, 27 October 1962», *CWIHP Bulletin,* n.º 5 (primavera de 1995).
—, «Before The Missiles of October": Did Kennedy Plan a Military Strike against Cuba?», en *The Cuban Missile Crisis Revisited,* editado por James A. Nathan, St. Martin's, Nueva York, 1992.
Hertle, Hans-Hermann, *Chronik des Mauerfalls. Die dramatischen Ereignisse um den 9. November 1989,* Ch. Links Verlag, Berlin, 1996.
Hewett, E. A., *Open for Business: Russia's Return to the Global Economy,* en colaboración con Clifford G. Gaddy, Brookings Institution, Washington, D.C., 1992.
Hewlett, Richard G., y Jack M. Holl, *Atoms for Peace and War, 1953-1961: Eisenhower and the Atomic Energy Commission,* University of California Press, Berkeley, 1989.
Hirshson, Stanley P., *General Patton: A Soldier's Life,* HarperCollins, Nueva York, 2002.
Hitchcock, William I., *France Restored: Cold War Diplomacy and the Quest for Leadership in Europe, 1944-1954,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1998.
Hixson, Walter L., *Parting the Curtain: Propaganda, Culture, and the Cold War, 1945-1961,* St. Martin's, Nueva York, 1997.
Holloway, David, *Stalin and the Bomb: The Soviet Union and Atomic Energy, 1939-1956,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1994.
Hopf, Ted, «Getting the End of the Cold War Wrong», *International Security,* 18 (otoño de 1993).
Hoskings, Geoffrey, *Russia: People and Empire,* Harvard University Press, Cambridge, Mass, 1997.
Hunt, Michael H., *Ideology and U.S. Foreign Policy,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1987.
Iatrides, John O., «Revolution or Self-Defense? Communist Goals, Strategy, and Tactics in the Greek Civil War», *Journal of Cold War Studies,* 7, n.º 3 (verano de 2005).



Ilizarov, Boris, «Stalin. Shtrikhi k portretu na fone ego biblioteki i arkhiva», *Novaia i noveishaia istoriia*, 3-4 (2000).
Immerman, Richard, «“Trust in the Lord but Keep Your Powder Dry”: American Policy Aims at Geneva», en *Cold War Respite: The Geneva Summit of 1955,* editado por Günter Bischof y Saki Dockrill, Louisiana State University, Baton Rouge, 2000.
—, ed *.,John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War: A Reappraisal,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1989.
Inozemtsev, Nikolai, *Frontovoi Dnevnik,* Nauka, Moscú, 2005.
Iofe, Veniamin. «Politicheskaia oppozitsia v Leningrade, 1950-1960-kh», *Zvezda* 7 (julio de 1997).
Isaacson, Walter, *Kissinger: A Biography,* Simon and Schuster, Nueva York, 1992.
Ismailov, Eldar, *Vlast i Narod, 1945-1953,* Adilogli, Baku, 2003.
Israelian, Viktor, *Inside the Kremlin during the Yom Kippur War,* Pennsylvania State University Press, University Park, 1996.
—, *Na frontakh kholodnoi voini. Zapiski sovetskogoposla,* Mir, Moscú, 2003.
Ivnitski, N. A., ed., *Sud’bi Rossiiskogo Krest’anstva,* RGGU, Moscú, 1996.
Jacobson, Jon. *When the Soviet Union Entered World Politics,* University of California Press, Berkeley, 1994.
Jariton, Yuli, y Yuri Smirnov, *Myths and Reality of the Soviet Atomic Project,* Arzamas-16, Centro Nuclear de la Federación Rusa, 1994.
Jaruzelski, Wojciech, *Les chaines et le refuge: Memoires,* Jean-Claude Lattes, Paris, 1992.
Jensen, Kenneth M., ed., *Origins of the Cold War,* ed. rev., U.S. Institute of Peace Press, Washington, D.C., 1994.
Jervis, Robert, «Stalin, an Incompetent Realist», *National Interest* (invierno de 1997/1998).
Jievniuk, O. V., R. U. Davis, L. P. Kosheleva, E. A. Ris y L. A. Rogovaia, *Stalin i Kaganovich. Perepiska. 1931-1936,* ROSSPEN, Moscú, 2001.
Jrushchov, Nikita, *Khrushchev Remembers: The Last Testament,* traducido [al inglés] y editado por Strobe Talbott, Little, Brown, Boston, 1971.
—, «Memuari Nikiti Sergeevicha Khrushcheva», *Voprosi istorii* (1990-1995).
Jrushchov, Sergei, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower,* Pennsylvania State University Press, University Park, 2000.
—, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi, 2* vols., Novosti, Moscú, 1994.
Kalugin, Oleg, y Fen Montaigne, *The First Directorate,* St. Martin’s, Nueva York, 1994.
Kamanin, N. P., *Skrytii kosmos,* vol. I, Infortekst-IF, Moscú, 1997.
Kania, Stanislaw, *Zatrzymac konfrontacje,* BGW, Varsovia, 1991.
Karner, Stefan, Peter Ruggenthaler y Barbara Stelzl-Marx, eds., *Die Rote Armee in Österreich. Sowjetische Besatzung, 1945-1955. Beiträge,* Oldenbourg Verlag, Viena, 2005.
Karnow, Stanley, *Vietnam: A History,* Penguin, Nueva York, 1997.
Kelleher, Catherine, *Germany and the Politics of Nuclear Weapons,* Columbia University Press, Nueva York, 1975.
Kenez, Peter, *Cinema and Soviet Society from the Revolution to the Death of Stalin,* I. B. Tauris, Nueva York, 2001.
—, *A History of the Soviet Union from the Beginning to the End,* Cambridge University Press, Cambridge, 1999.
Kersten, Krystyna, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948,* traducido [al inglés] por John MacGiel y Michael H. Bernhard, University of California Press, Berkeley, 1991.
Kevorkov, Viacheslav, Tainii Kanal, Gea, Moscú, 1997.
Kinin, Georgi, «The Anti-Hitler Coalition and the Post-War Settlement in Germany», *Mezhdunarodnaia zhizn,* 8 (1995).

Kinin, G., yj. Laufer, eds., *SSSR i Germanskii vopros 1941-1949,* vols. 1-2, Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 2000.

—, *The USSR and the German Question, 1941-1945,* vols. 1-2, Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 1996.

Kirpichenko, Vadim A., *Iz arkhiva razvedchika,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú 1993.

Kissinger, Henry, *Diplomacy,* Simon and Schuster, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *Diplomacia,* Ediciones B, Barcelona, 1998).

—, *Ending the Vietnam War: A Personal History of Americas Involvement in and Extrication from the Vietnam War,* Touchstone, Nueva York, 2002.

—, *White House Years,* Little, Brown, Boston, 1982.

—, *The Years of Renewal,* Simon and Schuster, Nueva York, 1999.

—, *The Years of Upheaval,* Little, Brown, Boston, 1982.

Klehr, Harvey, y John Earl Haynes, *Venona: Decoding Soviet Espionage in America,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1999.

Knishevski, P. N., *Dobycha. Taint germanskikh reparatsii,* Soratnik, Moscú, 1994.

Kochariants, S. G., y N. N. Gorin, *Stranitsi istorii iadernogo tsentra «Arza-mas-16»,* VNIIEF, Arzamas-16,1993.

Kochemasov, Vyacheslav, *Meine letzte Mission,* Dietz, Berlín, 1994.

Kochkin, N. V., «SSSR, Angliia, SShA i Turetskii krizis' 1945-1947 gg.», *Novaia i noveishaia istoriia,* 3 (mayo-junio de 2002).

Kokoshin, Andrei A., *Soviet Strategic Thought, 1917-91,* Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge, Mass., 1998.

Konchalovski, Andrei, *Nizkie istini,* Sovershenno Sekretno, Moscú, 1998.

Korchilov, Igor, *Translating History,* Scribner's, Nueva York, 1997.

Kornienko, Georgi M., *Kholodnaia voina: Svidedelstvo eie uchastnika,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 1994.

Korni Travi: Sbornik Statei Molodikh Istorikov, Zvenia, Moscú, 1996.

Korol, V. E., «The Price of Victory: Myths and Realities», *Journal of Slavic Military Studies,* 9 (1996).

—, «Upushchennaiia vozmozhnost. Vstrecha Khrushcheva i Kennedy v Vene v 1961 g.», *Novaiia i noveishaia istoriia,* 2 (1992).

Kosenko, I. N., «Enigma of "Aircraft Affair"», *Voenno-istoricheskii zhurnal,* 6 (1994).

Kosthorst, Daniel, *Brentano und die deutsche Einheit: die Deutschland und Ostpolitik des Aussenministers im Kabinett Adenauer,* 1955-1961, Dros-te, Dusseldorf, 1993.

Kostirchenko, Gennadi V., *Out of the Red Shadow: Anti-Semitism in Stalin's Russia,* Prometheus Books, Nueva York, 1995.

—, *Tainaiapolitika Stalina. Vlast i anti-Semitism,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 2001.

Kotkin, Stephen, *The Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization,* University of California Press, Berkeley, 1995.

Kotz, David, y Fred Weir, *Revolution from Above: The Demise of the Soviet System,* Routledge, Londres, 1997.

Koval, Konstantin I., «Na postu zamestitelia Glavnonacha'stvuiushchevo SVAG, 1945-1949 gg.», *Novaia i noveishaia istoriia,* 3 (1987).

—, *Poslednii Svidetel. «Germanskaia Karta» v Kholodnoi Voine,* ROSSPEN, Moscú, 1997.

—, «Zapiski upolnomochennogo GKO na territorii Germanii», *Novaia i noveishaia istoriia,* 3 (1994).

Kozakov, Mijail*, Avtorskaia kniga,* Vagrius, Moscú, 1997.

Kozlov, Alexei, *Kozel na Sakse,* Vagrius, Moscú, 1998.

Kozlova, N. N., *Gorizonti povsednevnosti Sovetskoi epokhi. Golosa iz khora,* Institute of Philosophy, Moscu, 1996.

—, «Krestianskii syn: Opyt issledovaniia biografii», *Socis,* 6 (1994).



Kozol, V. E., «The Price of Victory: Myths and Realities», *Journal of Slavic Military Studies*, 9 (marzo de 1996).
Kramer, Mark, «The Collapse of East European Communism and the Repercussions within the Soviet Union», parte 1 y 2, *Journal of Cold War Studies,* 5, n.º 4 (2003); 6, n.º 4 (2004).
—, «Colonel Kuklinski and the Polish Crisis, 1980-1981», *CWIHP Bulletin,* n.º II (invierno de 1998).
—, «The Early Post-Stalin Succession Struggle and Upheavals in East-Central Europe: Internal-External Linkages in Soviet Policy Making (Part I)», *Journal of Cold War Studies I,* n.º 1 (invierno de 1999).
—, «Jaruzelski, the Soviet Union, and the Imposition of Martial Law in Poland: New Light on the Mystery of December 1981», *CWIHP Bulletin,* n.º II (invierno de 1998).
—, «New Evidence on Soviet Decision-Making and the 1956 Polish and Hungarian Crises», *CWIHP Bulletin,* n.os 8-9 (invierno de 1996/ 1997).
—, «Soviet Deliberations during the Polish Crisis, 1980-1981», CWIHP working paper n.º I, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., abril de 1999.
—, «The Soviet Union and the Founding of the German Democratic Republic: 50 Years Later-A Review Article», *Europe-Asia Studies,* 51, n.º 6 (1999).
—, «Tactical Nuclear Weapons, Soviet Command Authority, and the Cuban Missile Crisis», *CWIHP Bulletin,* n.º 3 (otoño de 1993).
—, «Ukraine and the Soviet-Czechoslovak Crisis of 1968 (Part I): New Evidence from the Diary of Petro Shelest», *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998).
Krementsov, Nikolai, *Stalinist Science,* Princeton University Press, Princeton, NJ., 1997.
Krivosheiev, G. F., ed., *Rossiia i SSSR v voinakh XX veka. Poteri vooruzhennikh sil. Statisticheskoie issledovaniie,* Olma-Press, Moscu, 2001.
Krylova, Anna, «"Healers of Wounded Souls": The Crisis of Private Life in Soviet Literature and Society, 1944-46», *Journal of Modern History,* 73 (junio de 2001), pp. 307-31.
Kriuchkov, Vladimir, *Lichnoie Delo, 2* vols., Olimp, Moscu, 1996.
Kubina, Michael, y Manfred Wilke, eds., «*Hart und kompromisslos durch greifen»: The SED contra Polen*, *1980/81: Geheimakten der SED-Fürung über die Unterdrückung der polnischen Demokratiebewegung*, Akademie Varlag, Berlin, 1995.
Kuhns, Woodrow J., ed., *Assessing the Soviet Threat: The Early Cold War Years,* Center for the Study of Intelligence, Langley, Va., 1997.
Kuisong, Yang, «The Sino-Soviet Border Clash of 1969: From Zhenbao Island to Sino-American Rapprochement», *Cold War History,* I (2000).
—, «The Soviet Factor and the CCP's Policy towards the United States», *Chinese Historians,* 5, n.º 1 (primavera de 1992).
Kuniholm, Bruce, *The Origins of the Cold War in the Near East,* Princeton University Press, Princeton, NJ., 1980.
Kuzmin, Ivan N., *Khrushcnie GDR: Istoria. Posledstviia,* Nauchnaia kniga, Moscú, 1996.
Kvitsinsky, Yuli, *Vremia i sluchai: zametkiprofessional,* Olma-Press, Moscú, 1999.
—, *Vor dem Sturm: Errinerungen eines Diplomaten,* traducido [al inglés] por Hilde y Helmut Ettinger, Siedler, Berlín, 1993.
Ladyzhenskii, Jakov, «Krasnoiarsk-26», *Druzhba Narodov,* 6 (1996).
Laqueur, Walter, *The Black Hundred: The Rise of the Extreme Right in Russia,* HarperCollins, Nueva York, 1993.
Laufer, Jochen, «Stalin and German Reparations, 1941-1953», ponencia presentada en la conferencia «Stalin and the Cold War», Yale University, New Haven, Conn., 24-25 de septiembre de 1999.
—, «Die UdSSR und die deutsche Währungsfrage, 1944-1948», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 3 (julio de 1998).

Lavrova, Tatiana V., *Chemomorskiie prolivi (Istoricheskii ocherk).* Rostov-on-Don, 1997.
Lebedev, P. N., ed., *Andrei Sakharov: Facets of a Life,* Edition Frontières, Hong Kong, 1991.
Lebedeva, N. S., N. A. Petrosova, *et al*., *Katyn. Plenniki neobiavlennoi voini. Dokumenti i materiali,* Mezhdunarodnii fond «Demokratiia, Moscú, 1999.
Lebow, Richard Ned, «The Long Peace, the End of the Cold War, and the Failure of Realism», *International Organization,* 48 (primavera de 1994).
Lebow, Richard Ned, y Janice Gross Stein, *We All Lost the Cold War,* Princeton University Press, Princeton, NJ., 1994.
Ledovski, A. V., «Stalin i Chan Kai Shi. Tainaia poezdka syna Chand v Moskvu v dekabre 1945-janvare 1946», *Novaia i noveishaia istoriia,* 4 (julio-agosto de 1996).
—, «Stalin, Mao Tsedun i koreiskaia voina 1950-1953 godov», *Novaia i noveishaia istoriia,* 5 (septiembre-octubre de 2005).
Leffler, Melvyn P., *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War,* Stanford University Press, Stanford, Calif 1992.
Leonov, Nikolai S., *Likholetie,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 1995.
L'Estrange Fawcett, Louise, *Iran and the Cold War: The Azerbaijan Crisis of 1946,* Cambridge University Press, Cambridge, 1992.
Levering, Ralph B., Vladimir O. Pechatnov, Verena Botzenhart-Viehe y C. Earl Edmondson, *Debating the Origins of the Cold War: American and Russian Perspectives,* Rowman and Littlefield, Nueva York, 2002.
Lévesque, Jacques, *The Enigma of 1989: The USSR and the Liberation of Eastern Europe,* University of California Press, Berkeley, 1997.
Lewis, John, y Xue Litai, *China Builds a Bomb,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1988.
Liang Chin-tung, «The Sino-Soviet Treaty of Friendship and Alliance of 1945: The Inside Story», en *Nationalist China during the Sino-Japanese War, 1937-1945,* editado por Paul K. T. Sih, Exposition Press, Hicksville, N.Y., 1977.
Lieven, Dominic, *Empire: The Russian Empire and Its Rivals,* Yale University Press, New Haven, Conn., 2001.
Ligachev, Yegor, *Inside Gorbachev's Kremlin,* Westview Press, Boulder, Colo., 1992.
—, *Zagadka Gorbacheva,* Interbuk, Novosibirsk, 1992.
Linz, S. J., ed., *The Impact of World War II on the Soviet Union,* Rowman and Allanheld, Totowa, NJ., 1985.
Lipkin, Semyon, *Zhizn i sudba Vasiliia Grossmand. Proschaniie,* por Anna Berzer, Kniga, Moscú, 1990.
Li Zhisui, *The Private Life of Chairman Mao: The Memoirs of Mao's Personal Physician,* Random House, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *La vida privada del presidente Mao,* Planeta, Barcelona, 1995).
Logevall, Frederik, «Bernath Lecture: A Critique of Containment», *Diplomatic History,* 28 (septiembre de 2004).
—, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of War in Vietnam,* University of California Press, Berkeley, 1999.
Loth, Wilfried, «The Origins of Stalin's Note of 10 March 1952», *Cold War History,* 2 (enero de 2004).
—, *Stalin's Unwanted Child: The Soviet Union, the German Question, and the Founding of the GDR,* traducido [al inglés] por Robert F. Hogg, Macmillan, Londres, 1998.
Lukes, Igor, *Czechoslovakia between Hitler and Stalin: The Diplomacy of Eduard Benes in the 1930s,* Oxford University Press, Nueva York, 1996.
Lundestad, Geir, y Odd Arne Westad, eds., *Beyond the Cold War: New Dimensions in International Relations,* W. W. Norton, Nueva York, 1982.
Liajovski, Alexander, *Plamia Afghana,* Vagrius, Moscú, 1999.



—, *Tragediia i doblest Afghana,* GPI Iskona, Moscú, 1995.
Lytle, Mark Hamilton, *The Origins of the Iranian-American Alliance, 1941-1953,* Holmes and Meier, Nueva York, 1987.
Macdonald, Douglas J., «Formal Ideologies in the Cold War: Toward a Framework for Empirical Analysis», en *Reviewing the Cold War: Approaches, Interpretations,* Theory, editado por Odd Arne Westad. Frank Cass, Londres, 2000.
Maier, Charles S., *Dissolution: The Crisis of Communism and the End of East Germany,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1997.
Major, Patrick, y Rand Mitter, «East Is East and West Is West? Towards a Comparative Socio-Cultural History of the Cold War», *Cold War History,* I (octubre de 2003).
Maksimova, Ella, «Podslushali i rasstreliali», *Izvestia,* 16 de julio de 1992.
Malashenko, Yevgeni, «Operatsiia Vikhr», *Voenno-istoricheskii zhumal II* (1993).
Malenkov, G., O *moyem otse Georgii Malenkove,* Tekhnoekos, Moscú, 1992.
Malia, Martin, *The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917-1991,* Free Press, Nueva York, 1994.
Mark, Eduard, «American Policy toward Eastern Europe and the Origins of the Cold War, 1941-1946: An Alternative Interpretation», *Journal of American History,* 68 (septiembre de 1981).
—, «Charles E., Bohlen and the Acceptable Limits of Soviet Hegemony in Eastern Europe: A Memorandum of 18 October 1945», *Diplomatic History,* 3 (primavera de 1979).
—, «Revolution by Degrees: Stalin's National-Front Strategy for Europe, 1941-47», documento de trabajo del CWIHP n.º 31. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., 2000.
—, «The Turkish War Scare of 1946», en *Origins of the Cold War: An International History,* editado por Melvyn Leffler y David Painter, Routledge, Nueva York, 2005.
—, «Venona's Source 19 and the Trident' Conference of May 1943: Diplomacy or Espionage?» *Intelligence and National Security,* 13, n.º 2 (verano de 1998).
—, «The War Scare of 1946 and Its Consequences», *Diplomatic History,* 21, n.º 3 (verano de 1997).
Martin, Terry D., *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 2001.
Mastny, Vojtech, «The Cassandra in the Foreign Office», *Foreign Affairs,* 54 (enero de 1976).
—, *Cold War and Soviet Insecurity: Stalin Years,* Oxford University Press, Nueva York, 1996.
—, *Documentation on the PPC of Warsaw Treaty Organization in Moscow,* 26 de julio de 1963.
http://www.isn.ethz.ch/php/documents/collection_3/PCC._texts/ed_note_63.htm.
—, «NATO in the Beholder's Eye: Soviet Perceptions and Policies, 1949-1956», documento de trabajo del CWIHP n.º 35, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., marzo de 2001.
—, *Russia's Road to the Cold War: Diplomacy, Warfare, and the Politics of Communism, 1941-1945,* Columbia University Press, Nueva York, 1973.
—, «The Soviet Non-Invasion of Poland, 1981», documento de trabajo del CWIHP n.º 233. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C.
—, «'We Are in a Bind": Polish and Czechoslovak Attempts at Reforming the Warsaw Pact, 1956-1969», *CWIHP Bulletin,* n.º II (invierno de 1998).
Matlock, Jack F., Jr., *Autopsy on an Empire: The American Ambassador's Account of the Collapse of the Soviet Union,* Random House, Nueva York, 1995.
—, *Reagan and Gorbachev: How the Cold War Ended,* Random House, Nueva York, 2004.
May, Elaine Tyler, *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era,* Basic Books, Nueva York, 1988.

McGiffert Ekedahl, Carolyn, y Melvin A. Goodman, *The Wars of Eduard Shevardnadze,* Pennsylvania State University Press, University Park, 1997.
Mead, Walter Russell, *Special Providence: A History of U.S. foreign Policy,* Century Foundation, Nueva York, 2001.
Mearsheimer, John J., «Nuclear Weapons and Deterrence in Europe», *International Security*, 9, n.º 3 (invierno de 1984/1985).
Medvedev, Roy A., *Lichnost i epokha: politicheskii portret L. I. Brezhneva,* vols. 1-2, Novosti, Moscú, 1991.
—, *Neizvestni Andropov: Politicheskaia biografía Yuriia Andropova,* Prava Cheloveka, Moscú, 1999.
Medvedev, Roy A., y Dmitri Ermakov, «"Seryi kardinal": M. A. Suslov, politicheskii portret», Izdvo Respublika, Moscú, 1992.
Medvedev, Vadim, *Raspad: kak on nazreval v mirovoi sisteme sotsializma,* Mezhdunarodniie otnosheniia, Moscú, 1994.
—, *V komande Gdrbacheva: Vzgliad iznutri,* Bylina, Moscú, 1994.
Medvedev, Vladimir, *Chelovek za spinoi,* Russlit, Moscú, 1994.
Melkonian, Eduard, «Puti politicheskoi adaptatsii armianskoi diaspori», Presentación de la conferencia internacional «Georgia, Armenia, and Azerbaijan in the Cold War: New Archival Evidence», Tsinandali, Georgia, 8-9 de julio de 2002.
Mgeladze, Akaky,. *Stalin, kakim ia ego znal: stranitsi nedavnegoproshlogo,* s. e., Tbilisi, 2001.
Mijailov, V., y A. Petrosiants, eds., *The Creation of the First Soviet Nuclear Bomb*, Energoatomizdat, Moscú, 1995.
Mikoyan, Anastas, *Tak bylo. Razmyshleniia o minuvshem*, Vagrius, Moscú, 1999.
Miles, G., «Roman and Modern Imperialism», *Comparative Studies in Society and History,* 32 (1990).
Millar, James R., «The Little Deal: Brezhnev's Contribution to Acquisitive Socialism», *Slavic Review,* 4 (invierno de 1985).
Milstein, Mijail, *Skvozgodi voin i nischeti. Vospominania voiennogo razved-chika,* ITAR-TASS, Moscú, 2000.
Minaiev, A. V. ed., *Sovetskaia voiennaia moshch ot Stalina do Gorbacheva,* Voiennii parad, Moscú, 1999.
Miner, Steven Merritt, *Between Churchill and Stalin: The Soviet Union, Great Britain, and the Origins of the Grand Alliance,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1988.
—, *Holy War: Religion, Nationalism, and Alliance Politics, 1941-1945,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2003.
Mirsky, G. I., «Polveka v mire vostokovedenia», *Vostok,* 6 (1996).
Mitrojin, Nikolai, *Russkaia Partiia. Dvizheniie russkikh natsionalistov v SSSR. 1953-1985 godi,* Novoie literaturnoie obozrenie, Moscú, 2003.
Mitrojin, Vastly, «KGB in Afghanistan», documento de trabajo del CWIHP n.º 40. Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., 2002.
Mitrovich, Gregory, *Undermining the Kremlin: America's Strategy to Subvert the Soviet Bloc, 1947-1956,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 2000.
Mlechin, Leonid, *MID. Ministri inostrannikh del. Romantiki i tsiniki,* Tsentrpoligraf, Moscú, 2001.
—, *Predsedateli KGB: Rassekrechenniie sudbi*, Tsentrpoligraf, Moscú, 1999.
Montefiore, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2004 (hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004).
Morozov, Boris, *Eureiskaia Emigratsiia v svete novikh dokumentov*, Ivrus, Tel Aviv, 1998.
Mozvogoi, Alexander, *The Cuban Samba of the Quartet of Foxtrots: Soviet Submarines in the Caribbean Crisis of 1962*, Military Parade, Moscú, 2002.



Murashko, Galina P., y Albina F. Noskova, «Stalin and the National-Territorial Controversies in Eastern Europe, 1945-1947», *Cold War History,* I, n.º 3 (abril de 2001).
Murphy, David E., Sergei A. Kondrashev, y George Baily, *Battleground Berlin: CIA vs. KGB in the Cold War,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1997.
Musatov, Valerii L., *Predvestniki buri: Politichestkiie krizisy v Vostochnoi Evrope,* Nauchnaia kniga, Moscú, 1996.
Naftali, Timothy, «NATO, the Warsaw Pact, and the Rise of Détente, 1965-1972», Talk at international conference «NATO, the Warsaw Pact, and Détente, 1965-73», Dobbiaco, Italia, 26-28 de septiembre de 2002.
Nagibin, Yuri, *Dnevnik,* Knizhnii Sad, Moscú, 1996.
Naimark, Norman, «Cold War Studies and New Archival Materials on Stalin», *Russian Review,* 61 (enero de 2002), pp. 1-15.
—, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2001.
—, *Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1995.
Naimark, Norman, y Leonid Gibiansky, eds., *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949,* Westview, Moulder, Colo., 1997.
Narinski, Mijail, «Sovetskii Soiuz i Suetskii krizis 1956 goda. Novye Dan nie», *Novaia i noveishaia istoria,* 2 (marzo-abril de 2004).
—, «Soviet Policy and the Berlin Blockade, 1948», escrito presentado en la conferencia «The Soviet Union, Germany, and the Cold War, 1949-1952: New Evidence from Eastern Archives», Essen, Alemania, 28-29 de junio de 1994.
—, «Stalin and the SED Leadership, 7 April 1952: "You Must Organize Your Own State"», *CWIHP Bulletin,* n.NATO, the Warsaw Pact, and the Rise of Détente 4 (otoño de 1994).
—, «The USSR and the Berlin Crisis, 1948-1949», escrito presentado en la conferencia «The Soviet Union and Europe in the Cold War, 1943-1953», Cortona, Italia, 23-24 de septiembre de 1994.
Naumkin, V. V., ed., *Blizhnevostochnii Konflikt 1947-1956. Iz dokumentov arkhiva vneshnei politiki Rossiiskoi Federatsii*, Mezhdunarodnii Fond «Demokratiia», Moscú, 2003.
Naumov, Vladimir P., «The Cold War: On the Brink of Nuclear Catastrophe», escrito presentado en la conferencia «Stalin and the Cold War», Yale University, New Haven, Conn., 24-25 de septiembre de 1999.
Naumov, Vladimir P., *et al.*, eds., *Georgy Zhukov. Stenogramma oktiabr'skogo (1957) plenuma TsK KPSS i drugiie dokumenti,* Mezhdunarodnii fond «Demokratiia», Moscú 2001.
Negin, E. A.,y L. Goleusova, eds., *The Soviet Atomic Project: The End of the Atomic Monopoly-How It Happened,* Arzamas-16, Nizhni Novgorod, 1995.
Negin, E. A., y Yu. N. Smirnov, «Did the USSR Share Its Atomic Secrets with China?», en *Science and Society: History of the Soviet Atomic Project (40's-50's): Proceedings of the International Symposium at Dubna, May 14-18,*1996, Izdat, Moscú, 1997.
Nekrasov, Viktor, «Tragediia moiego pokoleniia», *Literaturnaia gazeta,* 25 de abril de 1990.
Nelson, Keith L., *The Making of Détente: Soviet-American Relations in the Shadow of Vietnam,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1995.
Neumann, Iver B., *Russia and the Idea of Europe: A Study of Identity and International Relations,* Routledge, Londres, 1996.
Newhouse, John, *Cold Dawn: The Story of SALT,* Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1973.
Nichols, Thomas M., *The Sacred Cause: Civil-Military Conflict over Soviet National Security, 1917-1992,* Cornell University Press, Ithaca, 1993.

Ninkovich, Frank, *The Wilsonian Century: U.S. Foreign Policy since 1900,* Chicago University Press, Chicago, 1999.

Niu Jun, «The Origins of the Sino-Soviet Alliance», en *Brothers in Arms: The Rise and Fall of the Sino-Soviet Alliance, 1945-1963,* editado por Odd Arne Westad. Woodrow Wilson Center Press, Washington, D.C.; Stanford University Press, Stanford, Calif., 1998.

Nixon, Richard, *RN: The Memoirs of Richard Nixon,* Grosset and Dunlap, Nueva York, 1978.

Njolstad, Olav, «Keys of Keys? SALT II and the Breakdown of Détente», en *The Fall of Détente: Soviet-American Relations during the Carter Years,* editado por Odd Arne Westad, Scandinavian University Press, Oslo, 1997.

—, *Peacekeeper and Troublemaker: The Containment Policy of Jimmy Carter,* 1977-1978, Norwegian Institute for Defence Studies, Oslo, 1995.

Noskova, A. F., ed., *NKVD i polskoie podpolye, 1944-1945 (Po «Osobym Papkam» I. V Stalina),* Institut slavianovedeniia i balkanistiki RAN, Moscú, 1994.

Novikov, N. V., *Vospominaniia diplomata,* 1938-1947, Polidzdat, Moscú, 1989.

Nuti, Leopoldo, y Vladislav Zubok, «Ideology», en *Cold War History,* editado por Saki R. Dockrill y Geraint Hughes, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2006.

Odom, William E., *The Collapse of the Soviet Military,* Yale University Press, New Haven, Conn., 1998.

—, «The Sources of "New Thinking" in Soviet Politics», en *The Last Decade of the Cold War: From Conflict Escalation to Conflict Transformation,* editado por Olav Njolstad. Frank Cass, Nueva York, 2004.

Ognetov, Igor, «Tonkinskii intsident i Sovetskaia pomosch Vietnamu», *Mezhdunarodnaia zhizn,* 5 (1999).

Olsen, Mari, «Changing Alliances: Moscow's Relations with Hanoi and the Role of China, 1949-1964», tesis doctoral, Universidad de Oslo, 2004.

Olshanskaia, E. M., «Kiseleva, Kishmareva, Tyuricheva» (Diario de Kiseleva), *Novi Mir* (febrero de 1991).

«On the Eve», *International Affairs,* 7 (julio de 1991).

Origins of the Cold War: The Novikov, Kennan, and Roberts «Long Telegrams» of 1946, United States Institute of Peace, Washington, D.C., 1991.

Orlova, Raisa, *Vospominaniia o neproshedshem vremeni,* Ardis, Ann Arbor, Mich., 1983.

Ostermann, Christian, «New Documents on the East German Uprising of 1953», *CWIHP Bulletin,* n.º 5 (primavera de 1995).

—, «"This Is Not a Politburo, But a Madhouse": The Post-Stalin Succession Struggle, Soviet Deutschlandpolitik, and the SED», *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998).

—, ed., *Uprising in East Germany, 1953: The Cold War, the Germany Question, and the First Major Upheaval behind the Iron Curtain,* Central European University Press, Budapest, 2001.

Ouimet, Matthew J., *The Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine in Soviet foreign Policy,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2003.

Overy, Richard, *Russia's War: A History of the Soviet War Effort, 1941-1945,* Penguin, Nueva York, 1997.

Palazhchenko, Pavel, *My Years with Gorbachev and Shevardnadze: The Memoir of a Soviet Interpreter,* Pennsylvania State University Press, University Park, 1997.

Pantsov, Alexei V., *Tainaia istoriia Sovetsko-kitaiskikh otnoshenii. Bolsheviki i kitaiskaia revolutsiia (1919-1927),* Muravei-Gaid, Moscú, 2001.

Paperni, Vladimir, *Kultura Dva,* Novoie literaturnoie obozreniie, Moscú, 1996.

Parallel History Project of NATO and the Warsaw Pact: Annual Report, 2003.

Parks, J. D., *Culture, Conflict, and Coexistence: America-Soviet Cultural Relations, 1917-1958,* McFarland, Jefferson, N.C., 1983.



Pavlov, Vitali, *Bylem rezydentem KGB w Polsce,* BGW, Varsovia, 1994.
Pavlova, T. A., ed., *Dolgiiput rossiiskogopatsifizma. Idealmezhdunarodnogo i vnutrennego mira v religiozno-filosofskoi i obshchestvennoi mysli Rossii,* Institut vseobshchei istorii, Moscú, 1997.
Pearson, David E., *KAL 007: The Cover-up,* Summit Books, Nueva York, 1987.
Pearson, Joseph, *Solzhenitsyn: A Soul in Exile,* Baker Book House, Grand Rapids, Midi., 2001.
Pechatnov, Vladimir, «"The Allies Are Pressing on You to Break Your Will": Foreign Policy Correspondence between Stalin and Molotov and Other Members of the Politburo, September 1945-December 1946», documento de trabajo del CWIHP n.º 26, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., septiembre de 1999.
—, «Averell Harriman's Mission to Moscow», *Harriman Review,* 14 (julio de 2003).
—, «The Big Three after World War II: New Documents on Soviet Thinking about Postwar Relations with the United States and Great Britain», documento de trabajo del CWIHP n.º 13, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., julio de 1995.
—, «Exercise in Frustration: Soviet Foreign Propaganda in the Early Cold War, 1945-47», *Cold War History,* I (enero de 2001).
—, «Fultonskaia rech Cherchillia», *Istochnik,* I (1998).
—, *Stalin, Ruzvelt, Trumen: SSSR i SShA v 1940kh gg. Dokumentalnie ocherki,* Terra, Moscú, 2006.
Pechatnov, Vladimir, y Alexander Chubarian, «Molotov "the Liberal": Stalin's 1945 Criticism of His Deputy», *Cold War History,* I (agosto de 2000).
Pechenev, Vadim, *Gorbachev: K vershinam vlasti: Iz teoretiko-memuarnykh razmyshlenii,* Gospodin narod, Moscú, 1991.
—, *Vzlet i padeniie Gorbacheva; Glazami ochevidtsa,* Respublika, Moscú, 1996.
Perestroika desiat let spustia (aprel 1985-aprel 1995), April-85 Publishing House, Moscú, 1995.
Perlmutter, Amos, *FDR and Stalin: A Not So Great,* University of Missouri Press, Columbia, 1993.
Perry, John Curtis y Constantine Pleshakov, *The flight of the Romanovs: A Family Saga,* Basic Books, Nueva York, 1999.
Petrov, Nikita, y Arseny Roginsky, «The "Polish Operation" of the NKVD, 1937-9», en *Stalin's Terror: High Politics and Mass Repression in the Soviet Union,* editado por Barry McLaughlin y Kevin McDermott. Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.
Phillips, Hugh D., *Between the Revolution and the West: A Political Biography of Maxim M. Litvinov,* Westview, Boulder, Colo., 1992.
Pijoia, Rudolf G., «Pochemu raspalsia SSSR?», en *Konets kholodnoi voini: noviie fakti i aspekti,* editado por V. M. Zubok, S. Y. Shenin y A. A. Shubin, Nauchnaia kniga, Saratov, 2004.
—, *Sovetskii Soiuz: Istoriia vlasti, 1945-1991,* 2.ª ed., aumentada. Sibirskii khronograf, Novosibirsk, 2000.
Pipes, Richard, *Vixi: Memoirs of a Non-Belonger,* Yale University Press, New Haven, Conn., 2003.
Podvig, P. L., ed., *Strategicheskoie iadernoie vooruzheniie Rossii,* Izdat, Moscú, 1998.
Polikovskaia, Liudmila, *Mi predchuvstvie… predtecha… Ploschad Maiakovskogo 1958-1965,* Zvenia, Moscú, 1997.
«Political Problems in Bulgaria and Romania Following Moscow Conference Decisions, Sofia-Moscow, January 8,1946», Venona Historical Monograph n.º 5, National Security Agency, Fort Mead, Md., octubre de 1996.

Pollock, Ethan, «Conversations with Stalin on Questions of Political Economy», documento de trabajo del CWIHP n.º 33, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., 2001.
—, *Stalin and the Soviet Science Wars*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 2006.
Pomerants, Grigori, *Zapiski gadkogo utenka,* Moskovski rabochii, Moscú, 1998.
Pontuso, James F., *Solzhenitsyn s Political Thought*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1990.
Powers, Richard Gid, *Not without Honor: The History of American Anticommunism,* Free Press, Nueva York, 1995.
Prados. John, «Open Skies and Closed Minds: American Disarmament Policy at the Geneva Summit», en *Cold War Respite: The Geneva Summit of 1955,* editado por Günter Bischof y Said Dockrill. Louisiana State University, Baton Rouge, 2000.
Premier izvestnii i neizuestnii: Vospominaniia 0 A. N. Kosygine, Respublika, Moscú, 1997.
Pribitkov, Viktor, *Apparat. 390 dnei i usia zhizn Genseka Chernenko,* Molodaia Gvardia, Moscú, 2002.
Prizel, Ilya, *National Identity and Foreign Policy: Nationalism and Leadership in Poland, Russia, and Ukraine,* Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
Prozumenscikov, Michail, «Nach Stalins Tod», en *Die Rote Armee in Österreich. Sowjetische Besatzung, 1945-1955. Beiträge,* editado por Stefan Karner, Peter Ruggenthaler y Barbara Stelzl-Marx. Oldenbourg Verlag, Viena, 2005.
Putch. Khronika treuozhnikh dnei, Progress, Moscú, 1991.
Qiang Zhai, *The Dragon, the Lion, and the Eagle: Chinese-British-American Relations, 1949-1958,* Kent State University Press, Kent, Ohio, 1994.
Rainer, M. Janos, *Nagy Imre, 1953-1958.* 2 vols., 1956-os Intezet, Budapest, 1999.
Reddaway, Peter, «Khrushchev and Gorbachev: An American View», en *Nikita Khrushchev*, editado por William Taubman, Sergei Jrushchov, y Abbott Gleason, Yale University Press, New Haven, Conn., 2000.
Reshetnikov, Vastli, «Drama marshala Novikova», *Krasnaia zvezda, 5* de junio de 1993.
Resis, Albert, *Stalin, the Politburo, and the Onset of the Cold War, 1945-1946,* Carl Beck Papers in Russian and East European Studies n.º 701, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, Penn., 1988.
—, ed., *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics: Conversation with Felix Chuev*, Ivan Dee, Chicago, 1993.
Rey, Marie-Pierre, «“Europe Is Our Common Home”: A Study of Gorbachev’s Diplomatic Concept», *Cold War History,* 2 (enero de 2004).
Rhodes, Richard, *Dark Sun: The Making of the Hydrogen Bomb,* Simon and Schuster, Nueva York, 1995.
Richter, J ames, *Khrushchev's Double Bind: International Pressures and Domestic Coalition Politics,* Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.
—, «Reexamining Soviet Policy towards Germany in 1953», *Europe-Asia Studies* 45, n.º 4 (1993).
Rieber, Alfred, «Stalin: Man of the Borderlands», *American Historical Review,* 106 (diciembre de 2001).
Risse-Kappen, Thomas, «Did “Peace through Strength” End the Cold War? Lessons from INF», *International Security,* 16 (verano de 1991).
Roberts, Geoffrey, «Sexing up the Cold War: New Evidence on the Molotov-Truman Talks of April 1945», *Cold War History,* 3 (abril de 2004).
Rosendorf, Neal, «John Foster Dulles’ Nuclear Schizophrenia», en *Cold War Statesmen Confront the Bomb: Nuclear Diplomacy since 1945,* editado por John Lewis Gaddis *et al.,* Oxford University Press, Nueva York, 1999.



Ross, Robert R., *Negotiating Cooperation: The United States and China, 1969-1989,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1995.
Rostow, Walt W, *Open Skies: Eisenhower's Proposal of July 21, 1955,* University of Texas Press, Austin, 1982.
Rucker, Laurent, «Moscow’s Surprise: The Soviet-Israeli Alliance of 1947-1949», documento de trabajo n.º 46 del CWIHP,: Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., 2005.
Ruggenthaler, Peter, «Novyie sovetskie dokumenti k note Stalina ot 10 marta i k avstriiskomu “kratkomu dogovoru” ot 13 marta 1952g.», artículo inédito.
—, *Stalins grosser Bluff: Die Geschichte der Stalin-Note in Dokumenten der sowjetischen Führung,* Schriftenreihe der Vierteljahreshefte fur Zeitgeschichte, vol. 95, Múnich, 2007.
Rizhkov, Nikolai I., *Desiat Let Velikikh Potriasenii,* Kniga, Prosvescheniie, Miloserdie, Moscú, 1996.
—, *Perestroika: Istoriya predatelstv,* Novosti, Moscú, 1992.
Rzheshevski, Oleg, *Stalin i Cherchill. Vstrechi. Besedi, diskussii. Dokumenti, kommentarii 1941-1945,* Nauka, Moscú, 2004.
—, ed., *War and Diplomacy: The Making of the Grand Alliance: Documents from Stalins Archives,* Harwood Academic, Amsterdam, 1996.
Sagan, Scott, *The Limits of Safety: Organizations, Accidents, and Nuclear Weapons,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1993.
Sagdeev, Roald, *The Making of a Soviet Scientist: My Adventures in Nuclear Fusion and Space from Stalin to Star Wars,* John Wiley, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *Aventuras y desventuras de un científico soviético: desde Stalin a la guerra de las galaxias,* Alianza Editorial, Madrid, 1996).
Sajarov, Andrei, *Memoirs,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1990.
—, *Sakharov Speaks,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1974.
—, *Vospominaniia,* Chekhov Press, Nueva York, 1990.
Samoilov, David, *Podennie zapisi,* vols. 1-2, Vremia, Moscú, 2002.
Sarotte, M. E., *Dealing with the Devil: East Germany, Detente, and Ostpolitik, 1969-1973,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2001.
Saveliev, Alexander G., y Nikolai N. Detinov, *The Big Five: Arms Control Decision-Making in the Soviet Union,* traducido [al inglés] por Dmitri Trenin, editado por Gregory Varhall, Praeger, Westport, Conn., 1995.
Scammell, Michael, *Solzhenitsyn: A Biography,* W. W. Norton, Nueva York, 1984.
—, ed., *The Solzhenitsyn Files: Secret Soviet Documents Reveal One Man’s Fight against the Monolith,* Edition q, Chicago, 1995.
Schecter. Jerrold L., y Peter S., Deriabin. *The Spy Who Saved the World: How a Soviet Colonel Changed the Course of the Cold War,* Scribner’s, NuevaYork, 1992.
Schecter, Jerrold L., y Viacheslav V. Luchkov, eds., *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes,* Little, Brown, Boston, 1990.
Scheid, Fernande, «Stalin and the Creation of the Azerbaijan Democratic Party in Iran, 1945», *Cold War History,* I (octubre de 2001).
Scherstjanoi, Elke, «Germaniia i nemtsi v pismakh krasnoarmeitsev vesnoi 1945 g.», *Novaia i noveishaia istoriia,* 2 (2002).
—, «In 14 Tagen werden Sie vielleicht schon keinen Staat mehr haben», *Deutschlandarchiv,* 31 (1998).
—, «Political Calculation and the Interpretation of Western Positions as a Topic: Research into Stalin’s Policy toward Germany», ponencia presentada en la conferencia «Stalin and the Cold War», traducida [al ingles] por CWIHP, Yale University, New Haven, Conn., 24-25 de septiembre de 1999.

—, «Die Sowjetische Deutschlandpolitik nach Stalins Tod 1953: Neue Dokumente aus dem Archiv des Moskauer Aussenministeriums», *Vieiteljahrshefte fur Zeitgeschichte,* 3 (julio de 1998).

Schick, Jack, *The Berlin Crisis, 1958-1962,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1971.

Schulzinger, Robert D., *Henry Kissinger: Doctor of Diplomacy,* Columbia University Press, NuevaYork, 1989.

Schwarz, Hans-Peter, *Die Ära Adenauer, 1949-1957: Gründerjahre der Republik 1919-1957,* vol. 2 de *Geschichte der Bundesrepublik,* DVA/Brockhaus, Stuttgart, 1981.

—, ed., *Entspannung und Wiedervereimgung: Deutschlandpolitische Vorstellungen Konrad Adenauers 1955-1958,* vol. 2 de *Rhöndorfer Gespräche,* Belser, Stuttgart, 1979.

Schweizer, Peter, *Reagans War: The Epic Story of His Forty Year Struggle and Final Triumph over Communism,* Doubleday, NuevaYork, 2002.

—, *Victory: The Reagan Administration's Secret Strategy That Hastened the Collapse of the Soviet Union,* Atlantic Monthly, Boston, 1996.

Science and Society: History of the Soviet Atomic Project (40's-50's). Proceedings of the International Symposium at Dubna, May 14-18, 1996, Izdat, Moscú, 1997.

Seaborg, Glenn T., y Benjamin S. Loeb, *Kennedy, Khrushchev, and the Test Ban,* University of California Press, Berkeley, 1981.

Selvage, Douglas, «The Warsaw Pact and Nuclear Nonproliferadon, 1963-1965», documento de trabajo del CWIHP n.º 33, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., abril de 2001.

Semanov, Sergei, *Brezhnev: Pravitel «Zolotogo Veka»,* Veche, Moscú, 2002.

Semenov, V. S., «Ot Khrushcheva do Gorbacheva. Iz dnevnika V. S. Semenova», *Novaia i noveishaia istoriia,* 3, 4 (2004).

Semichastni, Vladimir, *Bespokoinoie serdtse,* Vagrius, Moscú, 2002.

Semjonow, Wladimir S., *Von Stalin bis Gorbatschow: Ein halbes Jahrhundert in diplomatischer Mission, 1939-1991,* Nicolai, Berlin, 1995.

Seniavskaya, Yelena S., *Psykhologiia voini v XX veke. Istoricheskii opit Rossii,* ROSSPEN, Moscú, 1999.

Shajnazarov, Georgii, *Tsena Svobody: Reformatsiia Gorbachev glazami ego pomoshchnika,* Rossika Zevs, Moscú, 1993.

Shelest, Petr E., *Da ne sudimi budete. Dnevnikoviie zapisi, vospominaniia chlena Politburo TsK KPSS,* Edition q, Moscú, 1995.

Sheludko, V., ed., *Leonid Brezhnev v vospominaniiakh, razmishleniiakh, suzhdeniiakh*, Pheonix, Rostov, 1998.

Shenin, Oleg, *Rodinu neprodaval,* Paleyia, Moscú, 1994.

Shen Zhihua, «Stolknoveniie i uregulirovanie interesov v protsesse peregovorov o kitaisko-sovetskom Dogovore 1950 goda», *Problemi Dalnego Vostoka,* 4 (2002).

Shevardnadze, Eduard, *Moi vybor v zaschitu demokratii i svobody,* Tnovosti, Moscú, 1991.

Shiraev, Eric, y Vladislav Zubok, *Anti-Americanism in Russia: From Stalin to Putin,* Palgrave, Nueva York, 2000.

Shiapentoj, Vladimir, *Soviet Intellectuals and Political Power: The Post-Stalin Era,* I. B.Tauris, Londres, 1990.

Shubin, Alexandr, *Istoki Perestroiki, 1978-1984,* vol. I, Academia de las Ciencias, Moscú, 1997.

Shultz, George P., *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State,* Scribner's, Nueva York, 1993.

Sidorova, L. A., *Ottepel v Istoricheskoi Nauke: Sovetskaia istoriografiia pervogo poslestalinskogo desiatiletiia,* Pamiatniki istoricheskoi misli, Moscú, 1997.



Simonov, Konstantin, «Glazami cheloveka moego pokoleniia. Razmishleniia o I. V. Staline», *Znamia, 4* (1988), pp. 96-99.

—, *Razniie dni voini. Dnevnik pisatelia, 1942-1945,* Izvestia, Moscú, 1981.

Simonov, Nikolai. *Voienno-promishlennii kompleks SSSR v 1930-1950 godi,* ROSSPEN, Moscú, 1996.

Skrine, C., *World War in Iran,* Constable, Londres, 1962.

Slavinski, Boris, «Soviet Occupation of the Kurile Islands and the Plans of Conquest of Northern Part of Hokkaido», *Znakomtes-Yaponiia,* I (1993).

—, *Yaltinskaia konferentsia i problema «sevemikh territorii»: sovremennoie dokumentalnoie pereosmisleniie,* TOO Novina, Moscú, 1996.

Slavkin, Viktor I., *Pamyatnik neizvestnomy stilyage,* Artist-Rezhisser-Teatr, Moscú, 1996.

Slezkine, Yuri, *The Jewish Century*, Princeton University Press, Princeton, N.J. 2004.

—, «The USSR as a Communal Apartment, or How a Socialist State Promoted Ethnic Particularism», *Slavic Review,* 53, n.º 2 (1994), pp. 414-452.

Slusser, Robert M., *The Berlin Crisis of 1961: Soviet-American Relations and the Struggle for Power in the Kremlin, June-November 1961,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1973.

Slutski, Boris, «Iz “zapisok o voine”», *Ogonyok,* 17 (abril de 1995).

Smirnov, Yuri, «This Man Has Done More Than All of Us», en *Andrei Sakharov: Facets of a Life,* editado por P. N. Lebedev, Edition Frontières, Hong Kong, 1991.

—, «Stalin and the Atomic Bomb», *Voprosi istohii estestuoznaniia i tekhniki,* 2 (1994).

Smirnov, Yuri, y Vladislav Zubok, «Nuclear Weapons after Stalin’s Death: Moscow Enters the H-Bomb Age», *CWIHP Bulletin,* n.º 4 (otoño de 1994).

Smith, Bradley F., y Elena Agarossi, *Operation Sunrise: The Secret Surrender,* Basic Books, Nueva York, 1979.

Smith, Tony, *America's Mission: The United States and the Worldwide Struck for Democracy in the Twentieth Century,* Princeton University Press, Princeton, NJ., 1994.

Smyser, W. R., *From Yalta to Berlin: The Cold War Strugle over Germany,* St. Martin’s, Nueva York, 1999.

Snegirev, Gai I., «Vtorzheniie», *Znamia,* 3 (1989).

Sokolov, B. V., «The Cost of War: Human Losses for the USSR and Germany, 1939-1945», *Journal of Slavic Military Studies,* 9, n.º I (marzo de 1996).

Sokolovskii, V. D., ed., *Military Strategy,* traducido [al inglés] por Herbert S. Dinerstein, Leon Goure, y Thomas W. Wolfe, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, NJ., 1963 (hay trad. cast.: *Estrategia militar soviética,* Ejército de Tierra Estado Mayor Servicio de Publicaciones, Madrid, 1981).

Soldatenkov, Petr, *Vladimir Visotsky,* Olimp, Moscú, 1999.

Solzhenitsin, A. I., *Dvesti let vmeste*, segunda parte, Russkii put, Moscú, 2002.

—, *The Oak and the Calf: Sketches of Liter ary Life in the Soviet Union,* traducido [al inglés] por Harry Willetts. Harper and Row, Nueva York, 1980.

Soutou, Georges-Henri, «La France et les notes sovietiques de 1952 sur l’Allemagne», *Revue de L'Allemagne,* 20, n.º 3 (julio-septiembre de 1988).

Spechler, Dina R., *Permitted Dissent in the USSR; «Novy Mir» and the Soviet Regime,* Praeger, Nueva York, 1982.

Stalin, Josif, *Works,* editado por Robert H. McNeal, 15 vols., Stanford University Press, Stanford, Calif., 1967 (hay trad. cast.: *Obra de J. Stalin,* Ediciones Vosa, Madrid, 1984).

Starr, S. Frederick, *Red and Hot: The Fate of Jazz in the USSR, 1917-1980,* Oxford University Press, Oxford, 1983.

Steininger, Rolf, *Eine vertane Chance: Die Stalin-Note vom 10. März 1952 und die Wiedervereinigung Deutschlands,* Dietz, Berlín, 1985.

Stent, Angela E., *Russia and Germany Reborn,* Princeton University Press, Princeton, NJ., 1999.

Stephansson, Anders, «The Cold War Considered as a U.S. Project», en *Reinterpreting the End of the Cold War: Issues, Interpretations, Periodizations,* editado por Federico Romero y Silvio Pons. Frank Cass, Londres, 2005.

Stickle, D. M., ed., *The Beria Affair,* Nova Science, Nueva York, 1992.

Stites, Richard, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution,* Oxford University Press, Nueva York, 1989.

Stourzh, Gerald, *Um Einheit und Freiheit: Staatsvertrag, Neutralität und das Ende der Ost-West-Besetzung Österreichs 1945-1955,* 4.ª ed., Böhlau, Viena, 1998.

Strober, Deborah Hart, y Gerald S., Strober. *Reagan: The Man and His Presidency,* Houghton Mifflin, Boston, 1998.

—, *The Reagan Presidency: An Oral History of the Era,* Brasseys, Washington D.C., 2003.

Stykalin, Alexander, *Prervannaia revoliutsia: Vengerskii krizis 1956 goda i politika Moskvy,* Novii khronoraf, Moscú, 2003.

Sudoplatov, Andrei, *Tainaia zhizn generala Sudoplatova: Pravda i vimisli o moem otse,* vol. 2, Sovremennik-Olma Press, Moscú, 1998.

Sudoplatov, Pavel, *Razvedka i Kreml. Zapiski nezhelatelnogo svidetelia,* Geia, Moscú, 1996.

Sudoplatov, Pavel, Anatoli Sudoplatov, Jerrold L. Schecter y Leona P. Schecter, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster,* Little, Brown, Boston, 1995.

Sujodrev, Viktor, *Iazik moi - drug moi: Ot Khrushcheva do Gorbacheva,* Olimp-AST, Moscú, 1999.

Suri, Jeremi, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2003.

Talbott, Strobe, y Michael Beschloss, *At the Highest Levels: The Inside Story of the End of the Cold War,* Little, Brown, Boston, 1993.

Tannenwald, Nina, ed., *Understanding the End of the Cold War, 1980-87: An Oral History Conference, Brown University, May 7-10, 1998,* traducción y transcripción de Jeffrey W. Dillon, Watson Institute, Brown University, Providence, R.I., mayo de 1999.

Tannenwald, Nina, y William C. Wohlforth, «The Role of Ideas and the End of the Cold War», *Journal of Cold War Studies,* 7, n.º 2 (primavera de 2005).

Taranov, Evgeni, «"Raskachaem Leninskiie Gori!": Iz istorii "volnodumstva" v Moskovskom Universitete (1955-1956)», *Svobodnaia Mysl,* 10 (1993).

Tarle, Evgeni, *Politika: Istoriia territorialnykh Zakhvatov. 15th-20th century,* Eksmo-Press, Moscú, 2001.

Taubkin, David, y Fedor Liass, «O statie Kostyrchenko», *Zametki o Evreiskoi Istorii,* 22 (2003), http:// www.berkovich-zametki.com.

Taubman, William, *Khrushchev: The Man and His Era,* W. W. Norton, Nueva York, 2003 (hay trad. cast.: *Kruschev: el hombre y su época,* La esfera de los libros, Madrid, 2006).

—, *Stalins American Policy: From Entente to Détente to Cold War,* W. W. Norton, Nueva York, 1982.

Taubman, William, Sergei Jrushchov, y Abbott Gleason, eds., *Nikita Khrushchev,* Yale University Press, New Haven, Conn., 2000.

Taylor, Brian D., «The Soviet Military and the Disintegration of the USSR», *Journal of Cold War History,* 5, n.º I (invierno de 2003), pp. 17-66.

Thatcher, Margaret, *The Downing Street Years,* Harper Collins, Nueva York, 1993 (hay trad. cast.: *Los años de Downing Street,* Aguilar, Madrid, 1994).

Thome, Francoise, «Stalin, Beria, and Mingrelian Affair», ponencia presentada en la conferencia internacional «Georgia, Armenia, and Azerbaijan in the Cold War: New Archival Evidence», Tsinandali, Georgia, 8-9 de julio de 2002.



Thornton, Richard C., *The Nixon-Kissinger Years: Reshaping America's foreign Policy,* 2.ª ed. revisada, Paragon House, St. Paul, Minn., 2001.

Thoss, Bruno, ed., *Volksarmee schajfen-ohne Geschrei! Studien zu den Anfängen einer verdeckten Aufrüstung in der SBZ/DDR, 1947-1952,* R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1995.

Thurston, Robert W, y Bernd Bonwetsch, *The People's War: Responses to World War II in the Soviet Union,* University of Illinois Press, Urbana, 2000.

Timasheff, Nicholas, *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia,* E. P. Dutton, Nueva York, 1946.

Tischler, Janos, «The Hungarian Party Leadership and the Polish Crisis of 1980-1981», *CWIHP Bulletin,* n.º II (invierno de 1998).

—, «Poland's October and the 1956 Hungarian Revolution: Gomulka's Intercession with Khrushchev on Behalf of Imre Nagy: Excerpt from the Records of the Discussions Conducted between the Party and Government Delegation of the Polish People's Republic and the Party and Government Delegation of the Soviet Union, May 24-25, 1957», http://www.rev.hu/html/en/studies/1956/interconn.htm.

Tismaneanu, Vladimir, *Stalinism for All Seasons: A Political History of Romanian Communism,* University of California Press, Berkeley, 2003.

Trachtenberg, Marc, *A Constructed Peace: The Making of the European Settlement, 1945-1963,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1999.

—, *History and Strategy,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 1991.

Troyanovski, Oleg A. ,«The Caribbean Crisis: A View from the Kremlin», *International Affairs,* 4-5 (Moscú) (1992).

—, *Cherez godi i rasstoiania. Istoriia odnoi semyi,* Vagrius, Moscú, 1997.

—, «The Making of Soviet Foreign Policy», en *Nikita Khrushchev: Fresh Perspectives on the Last Communist*, editado por William Taubman, Sergei Jrushchov, y Abbott Gleason, Yale University Press, New Haven, Conn., 2000.

—, «Nikita Khrushchev and the Making of Soviet Foreign Policy», ponencia presentada en la Conferencia del Centenario de Jrushchov, Brown University, 1-3 de diciembre de 1994.

Trubetskoi, Sergei E., *Minuvshee,* DEM, Moscú, 1991.

Tucker, Robert C. *The Soviet Political Mind: Stalinism and Post-Stalin Change,* edición revisada, W. W. Norton, Nueva York, 1971.

—, *Stalin as Revolutionary, 1879-1929: A Study in History and Personality,* W. W. Norton, Nueva York, 1973.

—, *Stalin in Power: The Revolution from Above,* W. W. Norton, Nueva York, 1990.

Tuma, Oldrich, «The Czechoslovak Communist Regime and the Polish Crisis, 1980-1981», *CWIHP Bulletin,* número II (invierno de 1998).

Tumarkin, Nina, *The Living and the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia,* Basic Books, Nueva York, 1995.

Tuminez, Astrid S., «Nationalism, Ethnic Pressures, and the Breakup of the Soviet Union», *Journal of Cold War Studies* 5, n.º 4 (2003).

Tvardovski, Alexander, «Iz rabochikh tetradei (1953-1960)», *Znamia,* 8 (julio de 1989).

—, «Rabochie tetradi 60-kh godov», *Znamia,* 4 (abril de 2002).

Uhl, Matthias, y Vladimir I. Ivkin, «"Operation Atom": The Soviet Union's Stationing of Nuclear Missiles in the German Democratic Republic», *CWIHP Bulletin,* n.os 12-13 (otoño-invierno de 2001).

Ulam, Adam, *Expansion and Coexistence: Soviet Foreign Policy, 1917-1973,* 2.ª ed., Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1974.

Ustinov, D. F., *Otvesri ugrozu iademoi voini,* Politizdat, Moscú, 1982.

Vaksberg, Arkady, *Stalin's Prosecutor: The Life of Andrei Vyshinsky,* Grove Press, Nueva York 1991.
Varsori, Antonio, «Le gouvernement Eden et l'Union Sovietique, 1955-1956: de l'éspoir à la desillusion», *Relations Internationales,* 71 (otoño de 1992).
Velijov, Evgeni P., «Nauka rabotaet na bezyadrnii mir», *Mezhdunarodnaia zhizn,* 10 (1988).
Venona Historical Monograph n.º 3, National Security Agency, Fort Mead, Md., marzo de 1996.
Vinogradov, V. M., *Diplomatiia: Liudi i Sobitiia. Iz zapisok posla,* ROSSPEN, Moscú, 1998.
Vladimirov, Leonid, *Rossiia bezprikras i umolchanii,* Possev-Verlag, Fráncfort, 1969.
Vlasov, N. A., «Desiat' let riadom s Kurchatovym», en *Vospominaniia ob akademike I. V. Kurchatove,* editado por M. K. Romanovski, Nauka, Moscú, 1983.
Voinovich, Vladimir, *The Life and Extraordinary Adventures of Private Ivan Chonkin,* traducido [al inglés] por Richard Lourie, Northwestern University Press, Chicago, 1995 (hay trad. cast.: *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin,* Libros del Asteroide, Barcelona, 2006).
Volkogonov, Dmitri, *Sem Vozhdei: Galereia liderov SSSR,* vol. 2, Novosti, Moscú, 1995.
—, *Stalin: Triumph and Tragedy,* Prima Lifestyles, Nueva York, 1996.
Volkov, Alexander, y Marina Kolesova, «Soviet Reaction to U.S. Nuclear Policy (1953-1962)», trabajo presentado en la conferencia «The New Evidence on the Cold War», Moscú, 12-15 de enero, 1993.
Volkov, S. V., *Intellektualnyi sloi v sovetskom obschestve,* Fond Razvitie, Moscú, 1999.
Volkov, Vladimir, «German Question as Stalin Saw It, 1947-1952», ponencia presentada en la conferencia «Stalin and the Cold War», Yale University, New Haven, Conn., 24-25 de septiembre de 1999.
—, *Uzloviie problemi noveishei istorii stran Tsentralnoi i Yugo-Vostochnoi Europi,* Indrik, Moscú, 2000.
—, «Za sovetami v Kreml. Zapis besedy I. V. Stalna s rukovoditeliami SEPG. Mart 1946», *Istoricheskii arkhiv* 2 (2002).
Volokitina, T. V., T. Islamov, G. Murashko, A. Noskova, *et al*., eds., *Vostochnaia Evropa v dokumentakh rossiiskikh arkhivov,* vol. I, 1944-1948 (Moscú-Novosibirsk: Sibirsky khronograf, 1997), vol. 2, 1949-1953 (Moscú-Novosibirsk: Sibirsky khronograf, 1998).
Volokitina, Tatiana, Galina Murashko, Albina Noskova y Tatiana Pokivailova, *Moskva i Vostochnaia Evropa. Stanovleniiepoliticheskikh rezhimov sovetskogo tipa, 1949-1953, Ocherki istorii,* ROSSPEN, Moscú, 2002.
Voronkov, Vladimir I., «Sobitiia 1980-1981 v Polshe. Vzgliad so Staroi ploschiadi», *Voprosi istorii* 10 (1995).
Vorotnikov, Vitalii, *A bylo eto take: Iz dnevnika chlena Politbyuro TsK KPSS,* Sovet veteranov knigoizdaniya SI-MAR, Moscú, 1995.
Wail, Peter, Alexander Ghenis, *1960-e: Mir Sovetskogo Cheloveka,* 2.ª ed., Novoie Kulturnoie Obozreniie, Moscú, 1998.
Weart, Spencer R., *Nuclear Fear: A History of Images,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1988.
Weathersby, Kathryn, «Should We Fear This? Stalin and the Danger of War with America», documento de trabajo n.º 39 del CWIHP, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., julio de 2002.
—, «Soviet Aims in Korea and the Origins of the Korean War, 1945-1950: New Evidence from Russian Archives», documento de trabajo n.º 8 del CWIHP, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., noviembre de 1993.
—, «To Attack or Not to Attack: Stalin, Kim Il Sung, and the Prelude to War», *CWIHP Bulletin,* n.º 5 (1995).



Weinberger, Caspar, *In the Arena: A Memoir of the 20th Century*, Regnery, Washington, D.C., 2001.
Weiner, Amir, *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 2001.
Weinstein, Allen, y Alexander Vassiliev, *The Haunted Wood: Soviet Espionage in America-The Stalin Era,* Random House, Nueva York, 1999.
Weisgall, Jonathan M., *Operation Crossroads: The Atomic Tests at Bikini Atoll,* Naval Institute Press, Annapolis, Md., 1994.
Werblan, Andrzej, «The Conversation between Wladyslaw Gomulka and Josef Stalin», *CWIHP Bulletin,* n.º II (1998).
Werth, Alexander, *Russia at War, 1941-1945,* Pan Books, Londres, 1964.
Westad, Odd Arne, *Brothers in Arms: The Rise and Fall of the Sino-Soviet Alliance, 1945-1963,* Woodrow Wilson Center Press; Stanford, Calif.: Stanford University Press, Washington, D.C., 1998.
—, *Cold War and Revolution: Soviet-American Rivalry and the Origins of the Chinese Civil War, 1944-1946,* Columbia University Press, Nueva York, 1993.
—, *Decisive Encounters: The Chinese Civil War, 1946-1950,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 2003.
—, «The Fall of Détente and the Turning Tides of History», en *The Fall of Détente: Soviet-American Relations during the Carter Years,* editado por Odd Arne Westad, Scandinavian University Press, Oslo, 1997.
—, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times,* Cambridge University Press, Nueva York, 2005.
—, «Moscow and the Angolan Crisis, 1974-1976: A New Pattern of Intervention», *CWIHP Bulletin,* n.os 8-9 (invierno de 1996/1997).
—, «Prelude to Invasion: The Soviet Union and the Afghan Communists, 1978-1979», *International History Review,* 16, n.º I (Canada) (febrero de 1994).
—, «The Road to Kabul: Soviet Policy on Afghanistan, 1978-1979», en *The Fall of Détente: Soviet-American Relations during the Carter Years,* editado por Odd Arne Westad, Scandinavian University Press, Oslo, 1997.
—, «Secrets of the Second World: The Russian Archives and the Reinterpretation of the Cold War History», *Diplomatic History,* 21 (primavera 1997).
—, ed., *The Fall of Détente: Soviet-American Relations during the Carter Years,* Scandinavian University Press, Oslo, 1997.
Wettig, Gerhard, «Die befinnende Umorientierung der sowjetischen Deutschland-Politik im Frühjahr und Sommer 1953», *Deutschland Archiv*, 28, n.º 5 (mayo 1995).
—, *Bereitschaft zu Einheit in Freiheit? Die Sowjetische Deutschland- Politik, 1945-1955,* Olzog, Múnich, 1999.
—, «Die Stalin-Note vom 10 Marz 1952: Antwort auf Elke Scherstjanoi», *Deutschland Archiv,* 25 (agosto de 1992).
—, «Zum Stand der Forschung über Berijas Deutschland-Politik», *Deutschland Archiv,* 26 (1993).
Whitfield, Stephen J., *The Culture of the Cold War,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1991.
Wingrove, Paul, «Mao's Conversations with the Soviet Ambassador, 1953-1956», documento de trabajo n.º 36 del CWIHP (abril de 2002).
Wittner, Lawrence S., *Resisting the Bomb: A History of the World Nuclear Disarmament Movement, 1954-1970,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1997.
—, *Toward Nuclear Abolition: A History of the World Nuclear Disarmament Movement, 1971 to the Present,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 2003.

Wohlforth, William C., *The Elusive Balance: Power and Perceptions during the Cold War,* Cornell University Press, Ithaca, N.Y., 1993.
—, «Realism and the End of the Cold War», *International Security,* 19 (invierno 1994/1995).
—, ed., *Cold War Endgame: Oral History, Analysis, Debates,* Pennsylvania State University Press, University Park, 2003.
—, ed., *Retrospective on the End of the Cold War,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.
Wolff, David, *To the Harbin Station: The Liberal Alternative in Russian Manchuria, 1898-1914,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1999.
Woll, Josephine, *Real Images: Soviet Cinema and the Thaw,* I. B. Tauris, Nueva York, 2000.
Yakovlev, Alexander, *Muki prochteniia bytiia. Perestroyka: nadezhdy i realnosti,* Novosti, Moscú, 1991.
—, *Omut pamiati,* Vagrius, Moscú, 2000.
—, *Predisloviie, obval, posleslovie,* Novosti, Moscú, 1992.
Yanov, Alexander, *The Russian New Right,* University of California Press, Berkeley, 1978.
Yaroshinska, Alla, *Chernobyl: The Forbidden Truth,* University of Nebraska Press, Lincoln, 1995.
Yegorov, Vladimir, *Out of a Dead End into the Unknown: Notes on Gorbachev's Perestroika*, 9.ª edición, Chicago, 1993.
Yegorova, Natalia, «'Iranskii krizis,' 1945-1946 gg.», *Novaia i noveishaiia istoriia,* 3 (mayo-junio de 1994).
Yegorova, Natalia, y Alexandr Chubarian, eds., *Kholodnaia voina 1945-1963: Istorichestkaia retrospective*, Olma Press, Moscú, 2003.
Yeltsin, Boris, *Ispoved no zadannuiu temu*, PIK, Moscú, 1990.
Yevtushenko, Yevgeni, *Volchii passport*, Vagrius, Moscú, 1998.
York, Herbert F., *The Advisors: Oppenheimer, Teller*, *and the Superbomb,* Stanford University Press, Stanford, Calif., 1989.
Yurchak, Alexei, *Everything Was Forever, Until It Was No More: The Last Soviet Generation,* Princeton University Press, Princeton, N.J., 2006.
Zalesski, K. A., *Imperia Stalina: Biograficheskii entsiklopedicheskii slovar,* Veche, Moscú, 2000.
Zaloga, Steven, *The Kremlin's Nuclear Sword: The Rise and Fall of Russia's Strategic Nuclear Forces, 1945-2000,* Smithsonian Institution Press, Washington, D.C., 2002.
Zaslavski, Victor, «Collapse of Empires: The Soviet Union», en *After Empire,* editado por Karen Barkley y Mark von Hagen, Westview, Boulder, Colo., 1997.
—, «Nationalism and Democratic Transition in Postcommunist Societies», *Daedalus* (primavera de 1992).
—, *The Neo-Stalinist State: Class, Ethnicity, and Consensus in Soviet Society,* M. E. Sharpe, Armonk, N.Y., 1982.
—, *Lo Stalinismo e la Sinistra Italiana. Dal mito dell'Urss alla fine del communismo 1945-1991,* Mondadori, Roma, 2004.
Zelenov, M. V., «Joseph Stalin's 'On Engels's article «The Foreign Policy of Tsarist Russia'» and Ideological Preparation for the World War», *Voprosi istorii,* 7 (julio de 2002), pp. 3-40.
—, «Kak Stalin kritikoval i redaktiroval konspekti shkolnikh uchebnikov po istorii (1934-1936 godi)», *Voprosi istorii, 6* (2004).
Zelikow, Philip, y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed: A Study in Statecraft,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1995.
Zezina, Marina R., «Shokovaia terapia; ot 1953-go k 1956 godu», *Otechestvennaia istoriia,* 3 (1995).



—, *Sovetskaia khudozhestvennaia intelligentsiia i vlast v 1950-e-1960-e godi,* Dialog-MGU, Moscú, 1999.
Zhang Shuguangy Chen Jian, «The Emerging Disputes between Beijing and Moscow: Ten Newly Available Chinese Documents, 1956-58», *CWIHP Bulletin,* n.ºs 6-7 (invierno de 1995).
—, eds., *Chinese Communist Foreign Policy and the Cold War in Asia: Documentary Evidence,* Imprint Publications, Chicago, 1996.
Zhukov, Georgi, *Vospominania i razmyshleniia,* 2 vols., Olma Press, Moscú, 2002.
Zinoviev, Alexander, *Russkaia sudba: ispoved otschepentsa,* ZAO Tsentrpoligraf, Moscú, 1999.
Zubkova, Elena, «Mir mnenii sovetskogo cheloveka», *Otechesvennaia istoriia,* 4 (1998).
—, *Obshchestvo i reformi 1945-1965,* Rossiia molodaia, Moscú, 1993.
—, «The Rivalry with Malenkov», en *Nikita Khrushchev: Fresh Perspectives on the Last Communist,* editado por William Taubman, Sergei Jrushchov, y Abbott Gleason, Yale University Press, New Haven, Conn., 2000.
—, *Russia after the War: Hopes, Illusions, and Disappointments, 1945-1957,* traducido [al inglés] por Hugh Ragsdale, M. E. Sharpe, Armonk, N.Y., 1998.
—, «Stalin and Public Opinion in the USSR», en *Stalin i kholodnaia voina,* editado por Ilia Gaiduk, Natalia Yegorova y Alexander Chubarian, IVI RAN, Moscú, 1997.
Zubkova, Elena, *et al.,* eds., *Sovetskaia zhizn 1945-1953,* ROSSPEN, Moscú, 2003.
Zubok, Vladislav M., «CPSU Plenums, Leadership Struggles, and Soviet Cold War Politics», *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998).
—, «Inside the Covert Cold War: The KGB vs. the CIA, 1960-1962», *CWIHP Bulletin,* n.º 4 (otoño de 1994).
—, «The Khrushchev-Mao Conversations, 31 July-3 August 1958 and 2 October 1959», *CWIHP Bulletin,* n.ºs 12-13 (otoño/invierno de 2001).
—, «Khrushchev's 1960 Troop Cut: New Russian Evidence», *CWIHP Bulletin,* n.ºs 8-9 (invierno de 1996/1997).
—, «“Look What Chaos in the Beautiful Socialist Camp!” Den Xiaoping and the Sino-Soviet Split, 1956-1963», *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998).
—, «The Multi-Level Dynamics of Moscow's German Policy from 1953 to 1964», en *Re-Viewing the Cold War: Domestic Factors and Foreign Policy in the East-West Confrontation,* editado por Patrick M. Morgan y Keith L. Nelson, Praeger, Westport, Conn., 2000.
—, «Nebo nad sverkhderzhavami», *SShA: ekonomika, politika, ideologiya, 7* (julio de 1990).
—, «Soviet Foreign Policy in Germany and Austria and the Post-Stalin Succession Struggle, 1953-1955», ponencia preparada durante la conferencia «The Soviet Union, Germany, and the Cold War, 1945-1962: New Evidence from Eastern Archives», Essen, Alemania, 28-30 de julio de 1994.
—, «Soviet Intelligence and the Cold War: The “Small” Committee of Information, 1952-1953», *Diplomatic History* 19, n.º 3 (verano de 1995).
—, «‘To Hell with Yalta!”: Stalin Opts for a New Status Quo», *CWIHP Bulletin*, n.ºs 6-7 (invierno de 1995/1996).
—, «‘Unverfroren und grob in der Deutschlandfrage”: Berija, der Nachfolgestreit nach Stalins Tod und die Moskauer DDR-Debatte im April-Mai 1953», en *1953 - Krisenjahr des Kalten Krieges in Europa,* editado por Christoph Klessmann y Bernd Stover. Bohlau, Colonia, 1999.
—, «“What Chaos in the Beautiful Socialist Camp!”: Deng Xiaoping and Sino-Soviet Relations, 1956-1963», *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998).
Zubok, Vladislav M. y Hope Harrison, «The Nuclear Education of Nikita Khrushchev», en *Cold War Statesmen Confront the Bomb,* editado por John Lewis Gaddis, Philip H.

Gordon, Ernest R. May, y Jonathan Rosenberg, Oxford University Press, Londres, 1999.
Zubok, Vladislav M., y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlins Cold War: From Stalin to Khrushchev,* Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1996.
—, «The Soviet Union», en *The Origins of the Cold War in Europe,* editado por David Raynolds, 53-76, Yale University Press, New Haven, 1994.
Zubok, Vladislav M., S. Y. Shenin y A. A. Shubin, eds., *Konets kholodnoi voini: noviiefakti i aspekti,* Nauchnaia kniga, Saratov, 2004.
Zubok, Vladislav M., y Yuri Smirnov, «Moscow and Nuclear Weapons after Stalin's Death», *CWIHP Bulletin,* n.º 4 (1994).



Las siguientes abreviaciones se utilizan en las notas.

AGF	Archivo de la Fundación Gorbachov, Moscú.
AMS	Archivo de la Asociación para la Memoria Histórica, Moscú y San Petersburgo.
APRF	Arkhiv Prezidenta Rossiyskoi Federatsii (Archivo del Presidente de la Federación Rusa), Moscú.
AVPRF	Arkhiv vneshnei politiki Rossiyskoi Federatsii (Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa), Moscú.
Brown…	«Understanding the End of the Cold War, 1980-1987», conferencia de historia oral, Watson Institute, Brown University, Providence, R. I., 7-10 de mayo de 1998.
CC	Comité Central.
CSA	Archivos Estatales Centrales, Sofía, Bulgaria.
CSACH	Archivos Estatales Centrales de Historia Contemporánea, Tbilisi, Georgia.
CW1HP	Proyecto de Historia Internacional sobre la Guerra Fría, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D. C.
d.	delo (expediente).
dok.	dokument (documento).
f.	fond (colección).
FBIS-USR	Servicios de Información de Emisiones Radiofónicas Extranjeras, informes sobre la URSS.
Fort Lauderdale…	«Global Competition and the Deterioration of U. S.-Soviet Relations, 1977-1980», Harbor Beach Resort, Fort Lauderdale, Fla., 23-26 de marzo de 1995.
FRUS	Foreign Relations of the United States.
GAPPOD	AzR Archivo Estatal de Partidos, Organizaciones Políticas y Movimientos de Azerbayán, Bakú, Azerbayán.
GARF	Gosudartsvenny Arkhiv Rossiyskoi Federatsii (Archivo Estatal de la Federación Rusa), Moscú.
inv.	inventario.
Jachranka	«Poland, 1980-1982: Internal Crisis, International Dimensions», conferencia organizada por el NSARch, el CWIHP y el Instituto de Estudios Políticos de la Academia de las Ciencias de Polonia, Jachranka, Polonia, 8-10 de noviembre de 1997.
KDB	Colección de documentos soviéticos y norteamericanos relacionados con el canal extraoficial de Kissinger-Dobrinin, que han sido desclasificados por el Departamento de Estado norteamericano y el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación Rusa (próxima aparición).
l.	list (página).
LC	Biblioteca del Congreso, Departamento de Manuscritos, Washington, D. C.
Lysebu I	«U. S.-Soviet Relations and Soviet Foreign Policy towards the Middle East and Africa in 1970s», transcripción de un taller de trabajo celebrado en Lysebu, Noruega, 1-3 de octubre de 1994, editada por Odd Ame Westad (Norwegian Nobel Institute, Oslo, 1995).
Lysebu II	«The Intervention in Afghanistan and the Fall of the Détente», transcripción de un taller de trabajo celebrado en Lysebu, Noruega, 1720 de septiembre de 1995, editada por David Welch, Svetlana Savranskaya y Odd Ame Westad (Norwegian Nobel Institute, Oslo, 1996).
Musgrove I	«Salt II and the Growth of Mistrust», conferencia organizada por el Cárter-Brezhnev

	Project, con la subvención del Center for Foreign Policy Development of the Thomas J. Watson Jr. Institute for International Studies de la Brown University y el NSArch, Musgrove Plantation, St. Simons Island, Georgia, 6-9 de mayo de 1944, editado por David Welch con la colaboración de Svetlana Savranskaya (Center for Foreign Policy Development, Providence, Brown University, 1994).
NARA	Archivos Nacionales, College Park, Md.
NSArch	Archivos de Seguridad Nacionales, George Washington University, Washington, D. C.
OHPECW	Proyecto de Historia Oral sobre el fin de la Guerra Fría, bajo la dirección del Dr. Oleg Skvortsov, transcripciones en el Instituto de Historia General, Academia de las Ciencias, Moscú, y NSArch.
op.	opis (inventario).
pap.	papka (carpeta).
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética.
per.	perechen (listado).
por.	portsia (parte).
PRO	Public Records Office, Londres.
PUWP	Partido Unificado de Trabajadores de Polonia (Partido Comunista de Polonia).
RGALI	Rossiyski Gosudartsvenny Arkhiv Literatury i Iskusstva (Archivo Estatal Ruso de Literatura y Artes), Moscú.
RGANI	Rossiisky Gosudartsvenny Arkhiv Noveishei Istorii (Archivo Estatal Ruso de Historia Contemporánea), Moscú.
RGASPI	Rossiisky Gosudartsvenny Arkhiv Sotsialnoi i Politicheskoi Istorii (Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política), Moscú.
RRPL	Ronald Reagan Presidential Library, Simi Valley, Calif.
SAPMO-Barch	Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganisationen der DDR im Bundesarchiv (Informes de Alemania Oriental en los Archivos Estatales de Alemania), Berlín.
tetr.	tetrad (cuaderno).
TsADKM	Tsentralny Arkhiv Dokumentalnikh Kollektsii Moskvy (Archivo Central de Colecciones Documentales de Moscú).
TsAODM	Tsentralny Arkhiv Obschestvennikh Dvizhenii Moskvy (Archivo Central de Movimientos Civiles de Moscú).
TsKhDMO	Tsents Khranenia Dokumentov Molodezhnykh Organizatsii (Centro para la Conservación de Documentos de Organizaciones Juveniles), Archivos del Komsomol, Moscú.
VKP(b)	Partido Comunista Sindicalista (bolcheviques).





VLADISLAV M. ZUBOK. Moscú, 16 de abril de 1958. Es profesor de historia internacional en la London School of Economics y jefe del Programa de Asuntos Internacionales de Rusia en LSE IDEAS. Zubok es especialista en la historia de la Guerra Fría y del siglo XX en Rusia.

Ha escrito, entre otros libros, *A Failed Empire: the Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev* (2007) [ed. española: *Un imperio fallido*] y *Zhivago's Children: the Last Russian Intelligentsia* (2009).

Notas

[1] Para saber más sobre las diversas perspectivas, véanse Taubman, *Khrushchev*, Suri, *Power and Protest*, y Wittner, *Resisting the Bomb* y *Toward Nuclear Abolition*. **<<**

[2] El CWIHP (director, Christian F. Ostermann) y el NSArch (director, Thomas Blanton; director de investigaciones, Malcolm Byrne) han coordinado este tipo de proyectos internacionales durante la pasada década. Para **<<**



[3] Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War.* **<<**

[1] Overy, *Russia's War,* p. 287. Véase también Beevor, *Fall of Berlin.* **<<**



[2] La población de la URSS en 1941 era de 196,7 millones de habitantes; cinco años después el censo puso de manifiesto que 37,2 millones de personas habían desaparecido, muerto o abandonado el país. Las prácticas genocidas nazis son las responsables de la mayor parte de bajas civiles: 7,4 millones de individuos fueron asesinados deliberadamente por los alemanes en los territorios soviéticos ocupados, y 2,1 millones murieron realizando trabajos forzados en Alemania o como prisioneros en los campos de concentración de los nazis. Krivosheev, *Rossiia i SSSR v voinakh XX veka;* Sokolov, «Cost of War», p. 172. Véase también Erickson, «Soviet War Losses», pp. 256-258, 262-266, y Kozol, «Price of Victory», pp. 417-424. **<<**

[3] La consistente opinión que mantenía la CIA durante los años de posguerra en el sentido de que «el estado de la economía soviética actúa en estos momentos como un freno para la ejecución de los planes de agresión de la URSS». Kuhns, *Assessing the Soviet Threat*, pp. 82, 264. **<<**



[4] I. Maiski y G. Arkadiev, «Guidelines to the Reparations Program of the USSR», AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 18, d. 183, 1. 9-10; N. Voznesenski a Stahn y Molotov, AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 18, d. 181, 1.51; Zubkova, *Obshchestvo i reformi* y una versión revisada trad, al ing. en Ragsdale, *Russia after the War,* p. 20; Simonov, *Voienno-promishlennii kompleks,* p. 192. **<<**

[5] Victor Kondratiev, «Paradoks frontovoi nostal’gii», *Literaturnaia gazeta,* 9 de mayo de 1990, citado en Seniavskaia, *Psykhologüa voini v XX veke,* p. 188. **<<**

[6] Véanse Linz, *Impact of World War* 27; Barber y Harrison, *Soviet Home Front,* Zubkova, *Russia after the War,* pp. 14-19; y Thurston a Bonwetsch, *People’s War,* pp. 137-184. **<<**

[7] English, *Russia and the Idea of the West,* p. 44. **<<**



[8] Ehrenburg, *Liudi, godi, zhizn,* 7, p. 711; 8, pp. 23; Mikoyan, *Tak bylo,* p. 513. **<<**

[9] Beevor, *Fall of Berlin,* pp. 421-423; Pomerants, *Zapiski gadkogo utenka,* pp. 96-97; Barbery Harrison, *Soviet Home Front,* p. 209; English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 44-46. **<<**

[10] Martin, *Affirmative Action Empire.* **<<**

[11] Brandenberger, *National Bolshevism,* p. 55. Véase también Agursky, *Third Rome.* **<<**



[12] Inozemtsev, *Frontovoi Dnevnik,* pp. 181, 227. **<<**

[13] John L. Gaddis hace la siguiente perspicaz observación: «A Stalin y a Hitler se debe que surgiera [un pueblo soviético] de una cultura de brutalidad prácticamente sin parangón en la historia moderna. Como habían sido víctimas de la brutalidad, fueron pocos los que consideraban que había algo de malo en actuar con brutalidad con los demás». *We Now Know,* p. 287. **<<**



[14] Hasta los años noventa, este tema fue prácticamente un tabú en los estudios históricos; véanse Naimark, *Russians in Germany,* Beevor, *Fall of Berlin,* pp. 28-31, 108-110; Anatoli S. Cherniaev, *Moia zhizn i moie vremia,* pp. 132-133, 191-192; Slutsky, «Iz "zapisok o voine"»; correspondencia de guerra de Viktor Olenev, publicada en *Zavtra,* p. 19 (1997); *Moskva Voennaia 1941-1945. Memuari i arkhivniie dokumenti* (Mosgorarkhiv, Moscú, 1995), p. 707. **<<**

[15] Pomerants, *Zapiski gadkogo utenka,* pp. 95, 202, 212. **<<**



[16] Tumarkin, *Living and the Dead,* pp. 88-89; observaciones personales del autor durante su visita al Museo y Parque de la Victoria de Moscú, julio de 2004. **<<**

[17] Nekrasov, «Tragediia moiego pokoleniia», p. 8. Para este asunto, véanse también Grigorenko, *V podpolie mozhno vestretit tolko kris,* p. 288; Pomerants, *Zapiski gadkogo utenka,* p. 150; Aksyutin, «Why Stalin Chose Confrontation», p. 4; Zubkova, *Russia alter the War,* p. 34. **<<**



[18] Brodski, *On Grief and Reason,* pp. 3-21; Scherstjanoi, «Germaniia i nemtsi v pismakh krasnoarmeitsev vesnoi 1945 g.», pp. 137-151; Slutski, «Iz "zapisok o voine"», pp. 48-51. **<<**

[19] El número de soldados del ejército soviético cayó en septiembre de 1946 de los 12,5 a los 4,5 millones. «Weekly Summary Excerpt, September 20, 1946, Effect of Demobilization on Soviet Military Potential», en Kuhns, *Assessing the Soviet Treta,* p. 83; memorándum del secretario del Komsomol del CC, N. M. Mijailov, para A. A. Kuznetsov, 19 de septiembre de 1946, «O nekotorikh nedostatkakh politico-vospitatelnoi rabote v voiskakh, nakhodiaschikhsia za rubezhom SSSR», en Zubkova *et al., Sovetskaia zhizn,* pp. 356-360; «Svergnut vlast nespravedlivosti», *Neizvestnaia Rossiia: XX vek* (Mosgorarkhiv, Moscú, 1993), 4, pp. 468-475; Pomerants, *Zapiski gadkogo utenka,* p. 210; Zinoviev, *Russkaia sudba,* p. 241. **<<**



[20] Véanse Cherniaev, *Moia zizhn,* pp. 195, 208-210; Pomerants, *Zapiski gadkogo utenka*, pp. 91, 154; Zubkova, *Obhchestvo i reformi,* p. 73. **<<**

[21] Yakovlev, *Omut pamiati,* p. 50. **<<**



[22] Zinoviev, *Russkaia sudba*, p. 245. **<<**

[23] Ivnitski, *Sud’bi Rossiiskogo Krest’anstva,* p. 420. Zubkhova dice que la proporción de hombres y mujeres en las granjas colectivas en 1945 era de 2,7:1. *Russia alter the War*, p. 21. **<<**



[24] Gudkov, «Otnosheniie k SShA v Roíz i problema antiamerikanizma», p. 42; Krilova, «“Healers of Wounded Souls”». **<<**

[25] Para la cuestión del patriotismo y el militarismo de preguerra en la sociedad soviética, véase Brandenberger, *National Bolshevism*, pp. 95-112; para la actitud y el estado de ánimo del ejército durante la posguerra, véase Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 195. **<<**



[26] Zubkova, *Obshchestvo i reformi,* pp. 77-83. **<<**

[27] Gudkov, *Negativnaia identichnost*, pp. 34-37; Tumarkin, *Living and the Dead.* **<<**



[28] P. Sudoplatov, A. Sudoplatov, J. Schecter y L. Schecter, *Special Tasks,* p. 171; véase también una versión rusa más extendida en Sudoplatov, *Razvedka i Kreml,* p. 206. **<<**

[29] Mikoyan, *Tak bylo,* pp. 513, 514; Grigorenko, *V podpolie,* p. 288. **<<**



[30] Stalin, *Works, 2,* p. 203. **<<**

[31] Brooks, *Thank You, Comrade Stalin,* pp. 188-191; Weiner, *Making Sense of War,* Meiner, *Holy War.* **<<**



[32] Slezkine, *Jewish Century,* p. 297. Para los orígenes de la campaña antisemita, véase Kostirchenko, *Out of the Red Shadow* (publicado originalmente en Rusia en 1994). **<<**

[33] Véase este punto en Grigorenko, *V podpolie mozhno vstretit tolko kris,* pp. 288-289; y en Miner, *Holy War,* p. 321. **<<**



[34] Maiski a Molotov, 11 de enero de 1944, AVPRF, f. 06, op. 6, pap. 14, d. 147, 1. 3-40; *Istochnik,* 4 (1995), pp. 124-144. **<<**

[35] Litvinov, «Sobre la perspectiva y la posible fundación de una cooperación soviético-británica», AVPRF, f. 06, op. 6, pap. 14, d. 143, 1. 53; memorándums de Litvinov de 1945, AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 17, d. 175, 1. 26-44, 52-65, 109-146, 161-164; Pechatnov, *Stalin, Ruzvelt, Trumen,* pp. 239-257, 339. **<<**



[36] RGASPI, f. 17, op. 128, d. 717, 1. 90-97. **<<**

[37] Por ejemplo, véase la discusión en la Sociedad para los Lazos Culturales de la Unión Soviética en el Extranjero (VOKS) de un viaje de un grupo de mandatarios soviéticos a Checoslovaquia, 29 de junio de 1945, RGASPI, f. 17, op. 128, d. 748, 1. 110-140; Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 30-32; diario de Malishev, 28 de marzo de 1945, *Istochnik,* 5 (1997), p. 128; Chuev, *Sto sorok besed s Molotovim,* p. 90. **<<**



[38] Montefiore, *Stalin,* pp. 548-552. **<<**

[39] P. N. Knishevski, *Dobycha. Tainigermanskikh reparatsii* (Soratnik, Moscú, 1994), p. 20. **<<**



[40] Rzheshevski, *Stalin i Cherchill,* pp. 494, 498-499; Maiski a Molotov *et al.,* 18 de junio de 1945, AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 18, d. 182, 1. 32-35. **<<**

[41] Brandenberger, *National Bolshevism,* p. 229. **<<**



[42] Slezkine, «USSR as a Communal Apartment», pp. 414-452. **<<**

[43] Mgeladze, *Stalin,* pp. 78-80. **<<**

[44] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 103-104. **<<**

[45] Informe de Molotov sobre la conversación con Roosevelt, 29 de mayo, Stalin a Molotov, telegrama de 1 de junio de 1942, Stalin a Molotov, 4 de junio de 1942, en Rzheshevski, *Stalin i Cherchill,* pp. 211-212, 244, 258-259; Rzheshevski, *War and Diplomacy,* pp. 94, 219. **<<**



[46] La bibliografía sobre este tema es cada vez más abundante. Véanse Haynes y Klehr, *Venona;* Weinstein y Vassiliev, *Haunted Wood,* y Eduard Mark, «Venona's Source», pp. 10-31, esp. p. 14. **<<**

[47] Suites, *Revolutionary Dreams,* pp. 156-170; Fülop-Miller, *Mind and Face of Bolshevism,* p. 49; Parks, *Cultura, Conflict, and Coexistence,* pp. 21-46. **<<**



[48] Mikoyan, *Tak bylo,* pp. 300-315. **<<**

[49] En 1944, según las estadísticas oficiales de la Unión Soviética, los préstamos de ayuda a Estados Unidos equivalían al 10 por 100 del PIB de la URSS, o lo que es lo mismo, a 45 600 millones de rublos. La verdadera contribución de la ayuda norteamericana fue mucho mayor en determinados sectores vitales. Por ejemplo, sirvió para suministrar a la URSS el 55 por 100 de sus camiones y automóviles, el 20,6 por 100 de sus tractores, el 23 por 100 de sus aparatos mecánicos y el 42 por 100 de sus motores; también supuso el 41 por 100 de su aluminio, el 19 por 100 de su zinc, el 25 por 100 de su níquel, el 37 por 100 de su mercurio, el 99 por 100 de su latón, el 57 por 100 de su cobalto, el 68 por 100 de su molibdeno, el 24.3 por 100 de su acero inoxidable, el 18 por 100 de su combustible para aparatos aéreos, el 100 por 100 de su caucho natural, el 23.3 por 100 de su etileno y el 38 por 100 de su glicerina. Además, los suministros de alimentos, calzado y vehículos de tracción norteamericanos ayudaron al ejército soviético a avanzar desde Stalingrado hasta Berlín. Simonov, *Voienno-promishlennii kompleks,* p. 194. **<<**



[50] Jrushchov, «Memuari Nikiti Sergeevicha Khrushcheva», p. 81; Schecter y Luchkov, *Khrushchev Remembres*, p. 85. **<<**

[51] Parks, *Cultura, Conflict, and Coexistence,* pp. 86-87, 92, 95-96. **<<**



[52] «Zapisnaia knizhka Marshala F. I. Golikova: Sovetskaia voennaia missia v Anglii i SSha v 1941 godu», *Novaia i noveishaia istoriia, 2* (2004), pp. 82-118; conversación del autor con el científico ruso Igor S. Alexandrov, Nueva York, 30 de marzo de 2002. Los padres de Alexandrov viajaron a Estados Unidos en los años cuarenta. **<<**

[53] Troyanovski, *Cherez godi i rasstoiania,* pp. 56, 76. **<<**



[54] Pechatnov, «Exercise in Frustration», pp. 1-27. **<<**

[55] Para la cuestión de los aires de superioridad, véanse Costigliola, «“Like Animáis or Worse”», pp. 752-753; Costigliola, «I Had Come as a Friend», pp. 103-128; y «Zapisnaia knizhka Marshala F. I. Golikova», p. 100. **<<**



[56] Para ver la expresión de esa mentalidad, véase Ehrenburg, *Liudi, godi, zhizn,* 7, p. 714. **<<**

[57] Costigliola, «I Had Come as a Friend». Para el espionaje soviético de los conocimientos y los secretos tecnológicos norteamericanos, véase Rhodes, *Dark Sun,* pp. 94-102. **<<**



[58] *FRUS,* 1945, 8, pp. 896-897. **<<**

[59] Cuando en julio de 1945 el ministro chino de Exteriores, el Dr. Soong, pidió a Harriman que especificara el significado de ciertas concesiones norteamericanas a Stalin, Harriman tuvo que reconocer que «no se había discutido cómo debían interpretarse. Las palabras se tomaron como estaban escritas». Telegrama naval, 3 de julio de 1945, Harriman Collection, Special Files, caja 180, LC; Gromiko, *Pamyatnoie,* 1, pp. 188-190. **<<**



[60] Sudoplatov, *Razvedka i Kreml*, p. 265. A diferencia de la edición norteamericana de Jerrold Schecter y Leona Schecter, esta versión rusa contiene información adicional acerca de los preparativos soviéticos para la Conferencia de Yalta. **<<**

[61] Pechatnov, «Big Three alter World War II», Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* p. 38. **<<**



[62] Diario de Maiski, AVPRF, Lichnii fond Maiskogo, op. 1, pap. 2, d. 9, 1. 69, citado en Kynin y Laufer, *USSR and the German Question,* 1, p. 701; Protocolo n.º 6 de la Comisión Litvinov, AVPRF, f. 06, op. 6, pap. 14, d. 141,1. 23-24. **<<**

[63] Aksyutin, «Why Stalin Chose Confrontation», p. 17. **<<**



[64] Maiski a Molotov, borrador de un telegrama informal a los embajadores y emisarios de la URSS, 15 de febrero de 1945, AVPRF, f. 017, op. 3, pap. 2, d. 1, 1. 52-56, citado en Kynin y Laufer, *USSR and the German Question*, 1, p. 608. **<<**

[65] Stalin atribuyó la rendición de las fuerzas alemanas en Italia a unas negociaciones secretas entre alemanes y norteamericanos llevadas a cabo a sus espaldas y, más concretamente, a las actividades de Allen Dulles, jefe de la OSS en Berna, Suiza. Para más detalles al respecto, véase Smith y Agarossi, *Operation Sunrise.* **<<**



[66] Montefiore, *Stalin,* p. 486. **<<**

[67] Gromiko no recoge en sus memorias este episodio, pero habló de él con sus subordinados. Véanse Troyanovski, *Cherez godi i rasstoiania,* pp. 129-130; y Semenov, «Ot Khushcheva do Gorbacheva», p. 127. Este autor advirtió grandes diferencias cuando leyó el memorándum de esa conversación en los expedientes de Molotov del Archivo de Política Exterior Soviética en 1988. Para una interpretación que hace caso omiso de los testimonios que aparecen en las memorias soviéticas, véase Roberts, «Sexing up the Cold War», pp. 105-126. **<<**



[68] Powers, *Not without Honor,* pp. 155-189; Hirshson, *General Patton.* **<<**

[69] Mikoyan a Molotov, borrador de la decisión del GKO, 24 de junio de 1945, AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 45, d. 702. El borrador de Mikoyan también llegó a Beria, Malenkov, Voznesenski y Bulganin. Para el déficit, el coste de la guerra y el presupuesto soviético, véase Simonov, *Voiennopromishlennii kompleks,* p. 187. **<<**



[70] Ordenes de Molotov citadas en Pechatnov, «Averell Harriman’s Mission to Moscow», p. 30. **<<**

[71] El texto de este telegrama fue interceptado y posteriormente descifrado por el proyecto «Venona» norteamericano; véase «The 1944-1945 New York and Washington-Moscow KGB Messages», Venona Historical Monograph, n.º 3 (National Security Agency, Fort Meadle, MD, marzo de 1996), pp. 69-70. El telegrama contenía nombres de otros «reaccionarios»: Joseph C. Grew del Departamento de Estado, los senadores Arthur Vandenberg y Tom Connally, los congresistas (¿Charles?) Eaton y (¿Sol?) Bloom, los almirantes Ernest J. King y William D. Leahy, los generales (¿Brehon?) Somerwell y George Marshall. También calificaba a Averell Harriman de «uno de los propagandistas antisoviéticos más acérrimos». Una fuente del MGB oyó a Harriman decir a un grupo de periodistas que «la URSS desea dominar el mundo y quiere conseguir una posición hegemónica en la conferencia [de Berlín]». **<<**



[72] Gusev a Molotov desde Londres, 18 de mayo de 1945, citado en Rzheshevski, *Stalin i Cherchill,* p. 524; el plan británico de guerra con la URSS, de fecha 22 de mayo de 1945, fue descubierto en los expedientes personales de Churchill, PRO, CAB 120/161/55911, 1-29; la información relativa a la reacción del GRU procede de la entrevista que mantuvo este autor con Mijail A. Milstein, 14 de enero de 1990, Moscú. **<<**

[73] Dobrinin a Kissinger, en el memorándum de sus conversaciones, 20 de julio de 1970, SCF, 486, PTF, D/K 1970, 1, NARA. **<<**



[74] Rieber, «Stalin», pp. 1683-1690. **<<**

[75] Harriman, *Special Envoy to Churchill and Stalin,* p. 46; Kissinger, *Diplomacy,* p. 398. David Holloway afirma que «la política que seguía Stalin era de *Realpolitik». Stalin and the Bomb,* p. 168. **<<**



[76] Para el papel desempeñado por Litvinov y la política exterior soviética en los años treinta, véanse Haslam, *Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe*; y Phillips, *Between the Revolution and the West.* **<<**

[77] Véase Mastny, «Cassandra in the Foreign Office»; Tucker, *Stalin in Power.* **<<**



[78] Stalin a Kaganovich y Molotov, 2 de septiembre de 1935, en Jlevniuk *et al., Stalin i Kaganovich,* p. 545. **<<**

[79] Para la política de Stalin durante el Tratado de Munich, véase Lukes, *Czechoslovakia between Hitler and Stalin.* Lukes se centra en el aspecto agresivo y manipulador de la política exterior soviética. **<<**



[80] Wohlforth, *Elusive Balance,* p. 33. **<<**

[81] Chicherin a Lenin, 18 de agosto de 1921, en *Istochnik,* 3 (1996), pp. 55-56. **<<**



[82] Pantsov, *Tainaia istoriia Sovetsko-kitaiskikh otnoshenii,* capítulos 6, 9 y 10; Damie *et al., Komintern protiv faschizma,* pp. 21-30. **<<**

[83] Goldgeier, *Leadership Style and Soviet Foreign Policy,* pp. 18-21; Tucker, *Stalin as Revolutionary.* **<<**



[84] Véanse más detalles en Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 19-25; véanse asimismo mis observaciones en Montefiore, *Stalin.* **<<**

[85] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 78, 82. **<<**



[86] «Zapis besedi tov. Stalina s gruppoi angliiskikh leiboristov-deputatov parlamenta», 14 de octubre de 1947, CSACH, f. 1206, op. 2, d. 326d, 1. 16. **<<**

[87] Más detalles al respecto en Zuboky Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 16-17; Brandenberger y Dubrovski, «“People Need a Tsar”», pp. 879, 883-884. **<<**



[88] Ilizarov, «Stalin»; Tarle, *Politika,* 7; Zelenov, «**I**. V. Stalin», pp. 3-40. **<<**

[89] Brandenberger y Dubrovski, «“People Need a Tsar”», p. 880; Zelenov, «Kak Stalin kritikoval i redaktiroval konspekti shkolnikh uchebnikov po istorii», pp. 3-30; Schecter y Luchkov, *Khrushchev Remembres,* p. 144. **<<**



[90] Zuboky Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 13-15. Podemos encontrar más detalles acerca de la combinación de prioridades ideológicas y geopolíticas en la política exterior soviética en Gould-Davies, «Rethinking the Role of Ideology», p. 92; y en Macdonald, «Formal Ideologies in the Cold War». **<<**

[91] Para las conversaciones de Stalin y Churchill en 1944, véase el informe sobre las conversaciones de Stalin y Churchill, 14 de octubre de 1944, en *Istochnik,* 4 (1995), p. 147; véanse asimismo «Records of the Meetings at the Kremlin, Moscow, October 9-October 17, 1944», Churchill Papers, 3/434/2, PRO; Gardner, *Spheres of Influence,* p. 208; y Rzheshevski, *Stalin i Cherchill,* pp. 418-474, 499-506, 507. **<<**



[92] Volokitina *et al, Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 132-133. **<<**

[93] Dimitrov, *Diary,* pp. 357-358. **<<**

[94] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 92-93. **<<**

[95] Stalin a los yugoslavos, 9 de enero de 1945, en Dimitrov, *Diary,* pp. 352-353; «Notes of V. Kolarov from a Meeting with J. Stalin», CSA, f. 147 B, op. 2, d. 1025, 1.1-6, proporcionado por Jordan Baev a la Stalin Collection, CWIHP; véanse asimismo otras declaraciones de Stalin más suaves, pero parecidas, en Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 130. Para el escenario en el que se desarrollaron los acontecimientos en Grecia, véase Iatrides, «Revolution or Self-Defense?», pp. 3-17. **<<**



[96] Chuev, *Sto sorok besed,* p. 67. **<<**

[97] Entre el creciente número de obras historiográficas acerca de las intenciones y el comportamiento de la URSS en Europa Oriental figuran Naimark y Gibianski, *Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe*; Mastny, *Cold War and Soviet Insecurity,* Mark, «Revolution by Negrees», Volokitina *et al*., *Vostochmaia Evropar,* Gibianski, «Sowjetisierung Osteuropas»; Karner y Stelzl-Marx, *Rote Armee in Österreich.* **<<**



[98] Volokitina *et al., Vostochmaia Evropa,* 1, pp. 28-29. **<<**

[99] Schecter y Luchkov, *Khrushchev Remembres,* p. 100. **<<**

[100] Las interpretaciones de las iniciativas e intenciones de Roosevelt en este caso siguen difiriendo unas de otras. Véanse Gardner, *Spheres of Influence,* y Perlmutter, *FDR and Stalin.* **<<**

[101] Chuev, *Sto sorok besed,* p. 76. **<<**



[102] Naimark, *Russians in Germany*, pp. 385-390. **<<**

[103] Entrevista del autor a Boris Ponomarev, antiguo jefe del Departamento Internacional del Comité Central, Moscú, 15 de julio de 1991. **<<**



[104] Kersten, *Establishment of Communist Rule in Poland.* **<<**

[105] Para la expulsión de alemanes de Polonia y Checoslovaquia y el papel desempeñado por Stalin en el asunto, véase Naimark, *Pires of Hatred,* 108-138. Para las divisiones que se produjeron en la sociedad húngara, véase Krisztian Ungvary, *The Siege of Budapest: One Hundred Days in World War II* (Yale University Press, New Haven, Conn, 2005). **<<**



[106] Para los planes de grandes confederaciones, véase Naimark y Gibiansky, *Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe.*; Gibiansky, «Ideia balkanskogo ob'edineniia i plani eie osuschestvleniia v 40-t godi XX veka»; Murashko y Noskova, «Stalin and the National-Territorial Controversias in Eastern Europe», pp. 161-173. **<<**

[107] Los polacos tenían muchos motivos para temerse lo peor. En 1937-1938, cien mil individuos de etnia polaca, entre ellos comunistas, expatriados y ciudadanos soviéticos de origen polaco, desaparecieron en la carnicería del Gran Terror. En 1939-1940, casi un millón y cuarto de antiguos ciudadanos de Polonia, entre ellos polacos, judíos, ucranianos y bielorrusos, fueron deportados al gulag y al interior de la URSS. Miles y miles de ellos perdieron la vida. Por orden de Stalin, los escuadrones del NKVD ejecutaron a más de quince mil prisioneros de guerra polacos, en su mayoría oficiales que se rindieron al ejército soviético. Véanse Petrov y Roginsky, «“Polish Operation” of the NKVD», 12, 170-173; Lebedeva *et al*., *Katyn;* Chuev, *Sto sorok besed,* p. 78. **<<**



[108] El 17 de octubre de 1944, último día de las conversaciones Stalin-Churchill en torno al futuro de Polonia, Beria comunicó a Stalin que el jefe del SMERSH, Viktor Abakumov, iba a enviar a «cien oficiales del SMERSH para que reforzaran los servicios de contrainteligencia del ejército polaco [prosoviético]». El propio Beria envió a «quince camaradas a través de los canales del NKVD-NKGB para que ayudaran a la seguridad del estado polaco». Además, fueron enviados a Polonia cuatro mil quinientos agentes del NKVD. Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 83-84; *NKVD i polskoie podpolye,* pp. 41-42; Bordyugo *et al., SSSR-Polsha;* Serov a Beria, 21 de marzo de 1945, GARF, f. 9401, op. 2, d. 94, 1122-126; Volokitina *et al*., *Vostochnaia Evropa,* 1, p. 72. **<<**

[109] Hazard, *Cold War Crucible,* pp. 29, 69, 74; Schuyler a Susaikov, 6 de marzo de 1945, AVPRF, f. 07, op. 10, pap. 24, d. 335, 1. 32-33, en T. V. Volokitina *et al*., *Tri vizita Vishinskogo v Bukharest,* pp. 86-92, 94-96, 98-100, 112-113, 107, 123. **<<**



[110] Dimitrov, *Diary,* pp. 352-353; «Notas de V. Kolarov tomadas en una entrevista con I. Stalin», CSA, f. 147 B, op. 2. d. 1025, 1.1-6, colección de CWIHP; Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1: Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1: Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 128-129. **<<**

[111] Gibianski, «Stalin and Triest Confrontation of 1945», pp. 49-57. **<<**



[112] Pechatnov, «Allies Are Pressing on You». **<<**

[113] Véase Hasegawa, *Northern Territories Dispute and Russo-Japanese Relations,* 1, pp. 59-73, especialmente 69 y 71; Slavinski, *Yaltinskaia konferentsia i problema «severnikh territorii»,* p. 88; Leffler, *Preponderance of Power,* pp. 87-88; Niu Jun, «Origins of the Sino-Soviet Alliance», p. 57. **<<**



[114] Westad, *Cold War and Revolution,* pp. 54-55. **<<**

[115] Reuniones de 30 de junio, 2 de julio y 7 de julio de 1945, Victor Hoo Papers, caja 2, file «Sino-Soviet Relations, 1945-1946», Hoover Institute for War, Revolution, and Peace, Stanford, Calif, (dato aportado por David Wolf en la conferencia CWIHP sobre Stalin, septiembre de 1999); Goncharov, Lewis y Litai, *Uncertain Partners,* p. 3. **<<**



[116] Reunión Stalin-Soong, 9 de julio de 1945, 18, Victor Hoo Papers, caja 2, Hoover Institute for War, Revolution, and Peace, Stanford, Calif. **<<**

[117] Zhang Shuguang y Chen Jian, *Chinese Communist Foreign Policy,* pp. 29-32; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 27-28. **<<**



[118] El 18 de julio Harriman anotaba en su resumen de las conversaciones chino-soviéticas que la cuestión de la independencia de la República Popular de Mongolia respecto a China «va más allá de una interpretación estricta de los acuerdos de Yalta». Sin embargo, añadía, «no se considera que los intereses de Estados Unidos se vean afectados negativamente por esta concesión a las exigencias del gobierno soviético». «Acuerdos de Yalta Agreement en lo que respecta a China», 18 de julio de 1945, y también el telegrama de Harriman al secretario de Estado de 7 de julio de 1945, caja 180, Harriman Collection, LC; Liang Chin-tung, «Sino-Soviet Treaty of Friendship and Alliance 1945», pp. 382-390; Goncharov, Lewis y Litai, *Uncertain Partners,* p. 5; Pechatnov, «Averell Harriman's Mission in Moscow», p. 34. **<<**

[119] El estudio más detallado de esta operación fallida se encuentra en Slavinsky, «Soviet Occupation of the Kurile Islands», pp. 62-64. El artículo se basa en documentos todavía clasificados que Slavinsky logró ver en la sede moscovita del Archivo Naval Central. **<<**

[120] Eisenberg, *Drawing the Line,* pp. 195-107, 110-111, 182-183; Molotov a Dimitrov, 6 de agosto de 1945, en Dimitrov, *Diary,* p. 492; Hazard, *Cold War Crucible,* pp. 114-115; Chuev, *Sto sorok besed,* p. 79. **<<**

[121] Jariton y Smirnov, *Myths and Reality of the Soviet Atomic Project,* p. 64; entrevista del autor a Igor Golovin, 30 de enero de 1993, Moscú. Golovin me dijo que pocos días después de lo de Hiroshima, los físicos soviéticos del laboratorio de Kurchatov recibieron llamadas telefónicas diarias para que informaran a las autoridades sobre la naturaleza de aquella nueva arma. **<<**



[122] Perth, *Russia at War,* p. 925; Holloway, *Stalin and the Bomb,* p. 127. El hijo de Gromiko, Anatoli, cuenta que su padre recordaba que Hiroshima «hizo que a los militares soviéticos les diera vueltas la cabeza. Los ánimos en el Kremlin y el alto estado mayor estaban crispadísimos, y la desconfianza que despertaban los Aliados era cada vez mayor. Se oían opiniones en el sentido de que debía conservarse un gran ejército de tierra, que había que poner controles en grandes territorios para reducir las pérdidas provocadas por los bombardeos atómicos aéreos. En otras palabras, el bombardeo atómico de Japón nos indujo a valorar una vez más el significado que tenía para la URSS toda la cabeza de playa obtenida en Europa del Este». Gromiko, *Andrei Gromyko v labirintakh Kremlia,* p. 65. **<<**

[123] El proyecto fue administrado por un grupo de hombres formidables: Beria (como presidente); el jefe de la secretaría del partido, Georgy M. Malenkov; el director de la Comisión de Planes Estatales (Gosplan), Nikolai A. Voznesenski; el ministro de Armamento, Boris L. Vannikov; dos viceministros del NKVD, Avraami P. Zaveniagin y Viktor A. Makhnev, así como los físicos nucleares Igor V. Kurchatov y Petr L. Kapitsa. Entre las nuevas estructuras estaban el Comité Científico Técnico de energía atómica y la Primera Dirección General (PGU) del Consejo de Ministros. Kochariants y Gorin, *Stranitsi istorii iadernogo tsentra «Arzamas-16»*, pp. 13-14. **<<**



[124] Véase Alperovitz, *Atomic Diplomacy.* **<<**

[125] Entre los dirigentes y los burócratas de la URSS hubo una conspiración de silencio alrededor de la bomba. En diciembre de 1945, Litvinov escribía a Molotov en los siguientes términos: «Siempre he creído y sigo creyendo que, como ningún tipo de conversaciones acerca de la Bomba Atómica puede producir resultados positivos para nosotros, la posición más beneficiosa para nosotros es mostrar una indiferencia absoluta ante el tema, no hablar ni escribir sobre él hasta que nos pregunten». Litvinov a Molotov, 8 de diciembre de 1945, AVPRF, f. 06, op. 8, pap. 125, d. 91, 1. 4. **<<**



[1] Véase la publicación de Hottelet sobre esta conversación en el *Washington Post*, 21-25 de enero de 1952; Mastny, «Cassandra in the Foreign Office». Para los desacuerdos y las coincidencias entre Stalin y Litvinov, véase Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 38-39. **<<**

[2] Goncharov, Lewis y Litai, *Uncertain Partners,* pp. 4-5. Estas esperanzas resultan bastante evidentes en el memorándum de Solomon Lozovski a Stalin de 15 de enero de 1945, en Slavinski, *Yaltinskaia konferetsia i problema «severnikh territorii»,* p. 86. **<<**



[3] Stalin a Harriman, 19 de agosto de 1945, Special Files, caja 182, Harriman Collection, LC; Slavinski, «Soviet Occupation of the Kurile Islands», pp. 62-64; Hasegawa, *Northern Territories Dispute and Russo-Japanese Relations,* 1, pp. 63-64. Para una exposición más detallada del trasfondo de todo esto, véase Hasegawa, *Racing the Enemy.* **<<**

[4] Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 247-251; apuntes del 22 y 24 de agosto de 1945, Dimitrov, *Diary,* p. 380. Para la reacción de los británicos, véase Hazard, *Cold War Crucible,* pp. 117, 123. **<<**



[5] Apuntes del 30 de agosto de 1945, Dimitrov, *Diary,* p. 381. **<<**

[6] Para los detalles, véase Alperovitz, *Atomic Diplomacy.* **<<**



[7] Telegrama de 13 de septiembre de APRF, citado en Pechatnov, «Allies Are Pressing on You», p. 4. **<<**

[8] Telegrama de 21 de septiembre de APRF, citado en Pechatnov, «Allies Are Pressing on You», p. 4; y también Pechatnov, «Averell Harriman», p. 37. **<<**



[9] Pechatnov, «Allies Are Pressing on You», p. 5. **<<**

[10] Telegrama de 22 de septiembre de APRF; ibidem, p. 5. **<<**



[11] Telegrama de 26 de septiembre de APRF; ibidem, p. 6. Más detalles sobre la lucha de Stalin por el control de Japón en Pechatnov, «Averell Harriman», pp. 35-42. **<<**

[12] Notas sobre la declaración de Stalin durante su entrevista con una delegación búlgara en Moscú el 30 de agosto de 1945, CSA, f. 146B, op. 4, ae. 639, 1. 20-28, proporcionadas por Jordan Baev a Stalin Collection, CWIHP. **<<**

[13] Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* p. 97. **<<**

[14] Pechatnov, «Allies Are Pressing on You», p. 6. **<<**



[15] Véase Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 248-251, 280-287, 294-295; entrevista Harriman-Stalin, 25 de octubre de 1945, Harriman Collection, Special Files, caja 183, LC. **<<**

[16] Leffler, *Preponderance of Power,* p. 47; para el concepto norteamericano de esfera de influencia abierta véase Mark, «American Policy toward Eastern Europe». **<<**



[17] Werblan, «Conversation between Wladyslaw Gomulka and Josef Stalin», p. 136. **<<**

[18] Stalin a V. M. Molotov, G. M. Malenkov, L. P. Beria y A. I. Mikoyan, 9 de diciembre de 1945, RGASPI, f. 558, op. 11, d. 99, 1. 127; Khlevniuk *et al., Politburo TsKVKP(b) i Sovet Ministrov SSSR,* pp. 201-202. **<<**



[19] *FRUS,* 1945, 8, pp. 491-519; Taubman, *Stalin’s American Policy.* **<<**

[20] Diario de Schuyler citado en Hazard, *Cold War Crucible,* p. 152; apuntes del 23 de diciembre de 1945, Dimitrov, *Diary,* p. 518. **<<**



[21] Conversación de Stalin con el presidente del Consejo de Ministros de Bulgaria K. Georgiev, los ministros P. Stainovy A. Yugov, y el emisario D. Mijalchev, 7 de enero de 1946, APRF, f. 45, op. 1, d. 252, 1. 28-39, publicada en Volokitina *et al*., *Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 357, 359, 360, 361. Por aquel entonces los servicios de inteligencia soviéticos informaban acerca de los intentos cada vez más frecuentes de los angloamericanos de fomentar la resistencia de la oposición búlgara. Véase «Political Problems in Bulgaria and Romania Following Moscow Conference Decisions». **<<**

[22] Dimitrov, *Diary,* pp. 520, 521, 522-523. **<<**



[23] Pechatnov vio las actas de esa entrevista en los archivos rusos; véase Levering, Pechatnov, Botzenthart-Viehe y Edmondson, *Debating the Origins of the Cold War,* p. 121; Boterbloem, *Life and Times of Andrei Zhdanov,* pp. 249-251. **<<**

[24] Conversaciones de Stalin con B. Bierut y E. Osubka-Morawski, 24 de mayo de 1946, en Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 458-459, 461, 462-463. **<<**



[25] Niu Jun, «Origins of the Sino-Soviet Alliance», pp. 55-56. **<<**

[26] Chen Jian, *Mao’s China and the Cold War,* pp. 31-32. **<<**



[27] Ledovski, «Stalin i Chan Kai Shi». **<<**

[28] «Para la visita de Jiang Jingguo», Solomon Lozovski a Stalin y Molotov, 29 de diciembre de 1945, documento del APRF publicado en Ledovski, «Stalin i Chan Kai Shi», p. 108. **<<**



[29] Acta de la conversación de Stalin con Jian Jingguo, representante personal de Jiang Jieshi, 30 de diciembre de 1945, documento del APRF publicado en Ledovski, «Stalin i Chan Kai Shi», pp. 106, 108, 109-119; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* p. 33. **<<**

[30] Mao mantuvo informado al Kremlin de sus intenciones de conservar algunas fuerzas armadas para una futura confrontación con el gobierno del Guomindang; véase Ledovski, «Stalin i Chan Kai Shi», p. 110; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* p. 32. **<<**



[31] Kuisong, «Soviet Factor and the CCP's Policy towards the United States», p. 26; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* p. 34. **<<**

[32] Westad, *Decisive Encounters,* p. 35. **<<**



[33] La convención permitía que la flota de la URSS cruzara los estrechos en tiempos de paz, pero Turquía podía cerrarlos en tiempos de guerra o si se sentía «amenazada de agresión». Gran Bretaña, Francia, Yugoslavia, Grecia y Bulgaria, además de Alemania y Japón, estaban entre los signatarios de la convención. **<<**

[34] Véase «Beseda tov. Stalina i Molotova s ministrom inostrannikh del Turtsii Sarajoglu», Moscú, 1 de octubre de 1939, RGASPI, f. 558, op. 11, d. 388, 1. 14-32; notas de Molotov con las instrucciones de Stalin para las conversaciones de Berlín de noviembre de 1940, Volkogonov Collection, LC; «On the Eve»; «Zapis besedi tov. I. V. Stalina s Cherchillem», 9 de octubre de 1944, publicado en *Istochnik,* 2 (2003), pp. 50-51. Entre las mejores obras acerca de las relaciones turco-soviéticas, cuyos autores han podido consultar los archivos de la URSS, véanse Hasanli, *SSSR-Turtsiia;* Lavrova, *Chemomorskiie prolivi,* pp. 42-77; y Kochkin, «SSSR, Angliia, SShA i "Turetskii krizis"», pp. 58-77. **<<**



[35] Maxim Litvinov, «K voprosu o prolivakh», 15 de noviembre de 1944, AVPRF, f. 06, op. 6, pap. 14, d. 143, 1. 52; Miller a Dekanozov, 15 de enero de 1945, AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 57, d. 946, 1. 6. **<<**

[36] «K voprosu ob istorii sovetsko-turetskikh otnoshenii v 1944-1948 godakh», análisis preparado por I. N. Zemskov para el Departamento de Historia Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, RGANI, f. KPK, «Delo Molotova», 13/76, 8, p. 13. La mejor información previa desde la perspectiva occidental puede encontrarse en Kuniholm, *Origins of the Cold War in the Near East,* pp. 257-264. Véase asimismo *FRUS,* 1945, 1, pp. 1017-1018. **<<**



[37] En conversación con Akaki Mgeladze, alto cargo del partido en Georgia, el mariscal Fedor Tolbujin, general en jefe de las tropas soviéticas en Bulgaria en 1944, dijo que llamó en dos ocasiones a Stalin para convencerle de que atacara Turquía. Mgeladze, *Stalin,* pp. 61-62. **<<**

[38] AVPRF, f. 129, op. 29, pap. 168, d. 22, 1. 15-16, f. 06, op. 7, pap. 47, d. 758, 1. 6-14, citado en Lavrova, *Chemomorskiie prolivi,* pp. 77-78, y en Kochkin, «SSSR, Angliia, SShA i “Turetskii krizis”», p. 60. **<<**



[39] Fromkin, *Peace to End All Peace;* Hasanli, *SSSR-Turtsiia,* pp. 154-156; Melkonian, «Puti politicheskoi adaptatsii armianskoi diaspori»; S. Karapetian, ministro de Asuntos Exteriores de la RSS de Armenia, a G. A. Arutyunov, secretario del NKK(b) de Armenia, 29 de mayo de 1946, memorándums sobre la Cuestión Armenia, Archivo Central del Partido de Armenia, «Expedientes Especiales», 1946. **<<**

[40] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 102-103; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 92-93; Lavrova, *Chemomorskiie prolivi,* p. 78. **<<**



[41] Notas de V. Kolarov tras su entrevista con Stalin, 28 de enero de 1945. Opiniones de Stalin sobre ciertas cuestiones, *CSA,* f. 147 B, op. 2, d. 1025, 1.12, suministradas por Jordan Baev a Stalin Collection, CWIHP. **<<**

[42] Kuniholm, *Origins of the Cold War in the Near East,* pp. 262-265; Lavrova, *Chemomorskiie prolivi,* 84-85, 86; AVPRF, f. 017, op. 3, pap. 2, d. 2, 1. 56, publicado en Kynin, *SSSR i Germanskii Vopros,* 1, p. 608. **<<**



[43] Taubman, *Stalins American Policy,* pp. 116-118; Chuev, *Sto sorok besed,* 103; Pechatnov, «Allies Are Pressing on You», pp. 7-8. **<<**

[44] Vladimirov a Dimitrov el 27 de diciembre de 1944, en Dimitrov, *Diary,* p. 456; «K voprosu ob istorii sovetsko-turetskikh otnoshenii v 1944-1948 godakh», informe preparado por I. N. Zemskov para la Dirección Histórico-Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, RGANI, f. KPK, «Delo Molotova» 13/76, 8, p. 13. **<<**



[45] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 102-103; transcripciones del pleno, 11 de julio de 1955, RGANI, f. 2, op. 1, d. 161, 1. 224. **<<**

[46] Hasanli, *SSSR-Turtsiia,* pp. 212-213, 296. **<<**

[47] Había además dos destacados georgianos en la Comisaría de Asuntos Exteriores: Sergei Kavtaradze y Vladimir Dekanozov. N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers,* pp. 295-296; Beria, *Beria, My Father,* pp. 200-201. **<<**

[48] Archivo del presidente de Georgia, Tbilisi, Georgia, f. 14, op. 19, 1. 209, 1. 27-29, 51-57; Hasanli, *SSSR-Turtsiia,* pp. 216-221; entrevista del autor con Davy Sturua, Tbilisi, 20 de agosto de 1999, en posesión del autor. **<<**



[49] Hasanli, *SSSR-Turtsiia,* pp. 250-251, 259-261, 271; *Izvestia,* 16 de diciembre de 1945. **<<**

[50] Stalin a Vinogradov, telegrama recibido en Ankara el 7 de diciembre de 1945, RGASPI, f. 558, op. 11, d. 99, 1117-118. **<<**



[51] Hasanli, *Yuzhnii Azerbaijan,* pp. 74, 421-422; para una versión en inglés, véase *At the Dawn of the Cold War: The Soviet-American Crisis over Iranian Azerbaijan, 1941-1946* (Rowan and Littlefield, Nueva York, 2006). Para Bagirov, véase Ismailov, *Vlast i Narod*; Scheid, «Stalin and the Creation of the Azerbaijan Democratic Party», p. 3. **<<**

[52] Baibakov, *Ot Stalina do Eltsina,* pp. 81, 83. **<<**



[53] L. Beria a Stalin, «O mirovoi dobiche i zapasakh nefti», GARF, f. 9401 («Expediente especial de Stalin»), op. 2, d. 66, 1151-158. **<<**

[54] Hasanli, *Yuzhnii Azerbaijan,* pp. 35-71; informe de M. J. Bagirov a Stalin, 6 de septiembre de 1945, GAPPOD AzR, copia proporcionada por Jamil Hasanli del NSArch. **<<**



[55] Kennan al Departamento de Estado, 7 de noviembre de 1944, *FRUS,* 1944, 5, p. 470; Skrine, *World War in Iran,* p. 227; Abrahamian, *Iran between the Two Revolutions,* p. 210. **<<**

[56] RGASPI, f. 17, op. 128, d. 176, 1. 54-106, 121-166 y d. 819, 1. 31-85, 155-229. **<<**



[57] Politburo a Bagirov, 6 de julio de 1945, GAPPOD AzR, f. 1, op. 89, d. 90, 1. 4-5, copia proporcionada por Jamil Hasanli, del NSArch; véase asimismo Hasanli, *Yuzhni Azerbaijan,* pp. 74-78. **<<**

[58] Información suministrada por el profesor Eldar Ismayilov en la conferencia internacional «Armenia, Azerbaijan, Georgia in the Cold War», Tsinandali, Georgia, 8-9 de julio de 2002. **<<**



[59] En 1920-1921 el Ejército Rojo ayudó a los elementos separatistas del norte de Irán a crear la «República Soviética de Guilán», que proclamó su autonomía de Teherán. El Kremlin sacrificó a los separatistas en aras del acuerdo con el gobierno del shah Reza en Teherán. El motivo que se escondía tras la actitud de las autoridades soviéticas era el deseo de eliminar la influencia británica en Irán. Jacobson, *When the Soviet Union Entered World Politics,* pp. 63-67; Chaqueri, *Soviet Socialist Republic of Iran,* pp. 426-429,442-447; Abrahamian, *Iran between Two Revolutions,* pp. 210, 218, 236-237. Para la participación de Stalin, véase JakovDrabkin *et al.,* eds., *Komintern i ideia mirovoi revoliutsii. Dokumenti* (Nauka, Moscú, 1998), pp. 215-216. **<<**

[60] L'Estrange Fawcett, *Iran and the Cold War,* p. 46; véase asimismo este planteamiento en Hasanli, *Yuzhnii Azerbaijan,* pp. 86-87. **<<**



[61] «La situación política en Irán y las medidas para desarrollar un movimiento democrático», informe de Ashurov a Fitin y Yemelyanov, 30 de diciembre de 1945, con comentarios de Yemelyanov de 19 de enero de 1946, y de Bagirov de 23 de enero de 1946, GAPPOD AzR, f. 1, op. 89, d. 113, 1. 17-33, documento suministrado por Jamil Hasanli del NSArch; informes de Artashes (Ovanesian), espía del Kremlin en el Tudeh, al CCVKP(b), de 21, 22 y 24 de septiembre, y de 5 de octubre de 1945, RGAS-PI, f. 17, op. 128, 1. 31-85. Para más detalles, véase Hasanli, *Yuzhnii Azerbaijan,* pp. 85-86, 88-135. **<<**

[62] Dichas esperanzas no eran totalmente infundadas; había indicios de que Gran Bretaña quizá se decidiera por esta opción. Abrahamian, *Iran between Two Revolutions,* p. 222. **<<**



[63] El embajador inglés en Teherán, *sir* Reader Bullard, dijo al jefe del estado mayor iraní: «No vamos a declarara la guerra a Rusia por eso». Kuniholm, *Origins of the Cold War in the Near East,* p. 279; Ulam, *Expansion and Coexistence,* p. 426; Lytle, *Origins of the Iranian-American Alliance,* pp. 149-151. **<<**

[64] Las transcripciones de las conversaciones Molotov-Qavam se encuentran en AVPRF, f. 06, op. 6, pap. 35, d. 547, 1. 3-20, y d. 552, 1. 14-32; las actas de las conversaciones de Stalin con Qavam siguen siendo inaccesibles, pero su contenido puede reconstruirse a partir de otros testimonios; véase Fatemi, *USSR in Iran,* pp. 102-104; Hasanli, *Yuzhnii Azerbaijan,* pp. 220-311. **<<**



[65] Hasanli, *Yuzhnii Azerbaijan,* p. 423. **<<**

[66] Kuniholm, *Origins of the Cold War in the Near East,* pp. 310-311, 314; Lytle, *Origins of the Iranian-American Alliance,* pp. 161-163. **<<**



[67] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 103-104. **<<**

[68] Citado en Yegorova, «“Iranskii krizis”», p. 41. **<<**



[69] Pechatnov, «Allies Are Pressing on You». **<<**

[70] Ismailov, *Vlast i narod,* p. 276. **<<**



[71] Mark, «War Scare of 1946», pp. 400-406; véase asimismo su artículo «Turkish War Scare of 1946», pp. 112-126. **<<**

[72] Mgeladze, *Stalin,* p. 61-62. **<<**



[73] El 13 de febrero de 1947, la Sociedad Estatal de Lazos Culturales con el Extranjero (VOKS), «organización pública» financiada por el estado que había creado el Kremlin para cultivar las amistades y extender la influencia soviética en el extranjero, informaba a Molotov, Vyshinski, y G. Alexandrov que el VOKS disponía en 1946 de sucursales en cincuenta y cuatro países, frente a las seis que tenía en 1940. El número de sucursales de la organización en el extranjero había pasado de 24 a 4306, y sus socios habían aumentado de ochocientos a tres millones. RGASPI, f. 82, op. 2, d. 1013, 1. 8. También en Italia y Francia los partidos comunistas locales contaban en 1946 con millones de afiliados. **<<**

[74] Informe del NKGB a Vladimir Merkulov redactado por Anatoli Gorski, citado en Weinstein y Vassiliev, *Haunted Wood,* pp. 283-285. **<<**

[75] Weinstein y Vassibev, *Haunted Wood,* pp. 104-107; también el GRU debió de «congelar» a su red de agentes, por temor a que quedara al descubierto, pues muchos agentes del GRU se pasaron a las redes del NKGB tras las purgas de 1938. Desde finales de 1945, tanto el GRU como el NKGB fueron sometidos a una rigurosa investigación por una comisión especial del Politburó (formada por Malenkov y Beria), encargada de poner en claro los casos de Gouzenko y Bentley. Entrevista del autor con el antiguo funcionario del GRU Mijail A. Milstein, Moscú, 20 de enero de 1990; Milstein, *Skvoz godi voin i nidcheti: Vospominania voiennogo razvedchika*, pp. 78-99. **<<**

[76] Levering *et al., Debating the Origins of the Cold War,* pp. 114-119. **<<**



[77] Werblan, «Conversation between Wladyslaw Gomulka and Josef Stalin», p. 136. **<<**

[78] Gaddis, *We Now Know,* pp. 196, 197, 292, 294. **<<**

[79] Smyser, *From Yalta to Berlin,* pp. 62-63; para los fundamentos racionales de la política exterior estadounidense, véase Leffler, *Preponderance of Power.* **<<**

[80] Chuev, *Sto sorok besed,* p. 86. **<<**



[81] Stalin decía en su telegrama de 19 de septiembre de 1945: «Ha llegado ya el momento de preparar algunas decisiones que con toda probabilidad habrá que tomar… sobre la iniciativa de los americanos. Habrá duras negociaciones e intentos de llegar a alguna componenda». Citado en Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* p. 97. **<<**

[82] Dimitrov, *Diary,* 8 de octubre de 1945, p. 506; Lundestad y Westad, *Beyond the Cold War,* pp. 30-31. **<<**



[83] Para la documentación de este episodio, véase Khlevniuk *et al., Politburo TsKVKP(b) i Sovet Ministrov SSSR,* pp. 195-202; Pechatnov y Chubarian, «Molotov “the Liberal”», pp. 129-140; Naimark, «Cold War Studies», pp. 1-15. Para un análisis detallado de esta cuestión desde la perspectiva de la política interior, véase Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace,* pp. 21-23. **<<**

[84] Pechatnov, «Allies Are Pressing on You», p. 11. **<<**



[85] Ivan Maiski a V. M. Molotov, «Ob ekonomicheskoi politike SShA posle voini», 14 de noviembre de 1945, AVPRF, f. 06, op. 7, pap. 18, d. 184, 1. 38-75. Maiski dirigía los memorándums exclusivamente a Molotov, pero le enviaba cinco copias de cada documento. Presumiblemente, Molotov las repartía entre los «cuatro» miembros principales del Politburo. A. Arutiunian a V. M. Molotov, «Sobre el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (spravka)», 2 de marzo de 1946, memorándum sin firma dirigido a V. Dekanozov, 9 de marzo de 1946, AVPRF, f. 06. op. 9, pap. 19, d. 225, 1. 3-4, 16-17; para la posición de Voznesenski, véase Mikoyan, *Tak bylo,* pp.493-494. **<<**

[86] Levering *et al., Debating the Origins of the Cold War,* p. 115; Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 88-89. **<<**



[87] Stalin, *Works,* 15, pp. 2-3, 5-6, 15-16, 19-20. La revisión que el propio Stalin hizo del discurso se encuentra en los Papeles de Stalin, RGASPI, f. 558, op. 11, d. 1127. Para el discurso véase Resis, *Stalin, the Politburo, and the Onset of the Cold War.* **<<**

[88] Véase esta tesis en Tucker, *Soviet Political Mind,* p. 91; y Wohlforth, *Elusive Balance,* p. 63. **<<**



[89] Zverev a Stalin, 8 de octubre de 1946, APRF, f. 3, op. 39, d. 18, 1. 55, 56, publicado en *Istochnik,* 5 (2001), pp. 21-47; Bistrova, «Voiennopromishlennii kompleks SSSR», p. 242. **<<**

[90] APRF, f. 3. op. 39, d. 18, 1. 59, 60, 66, tal como fue publicado en *Istochnik,* 5 (2001). **<<**



[91] El borrador del artículo de Stalin se encuentra en RGASPI, f. 558, op. 11, d. 1127; Stalin, entrevista en *Pravda,* 14 de marzo de 1946, reproducida en *Works,* 15, pp. 36-37; Pechatnov, «Fultonskaia rech Cherchillia», pp. 91-92; Zubkova, «Mir mnenii sovetskogo cheloveka», pp. 104-105; véase asimismo su artículo «Stalin i obschestvennoie mneniie v SSSR, 1945-1953», en *Stalin i kholodnaia voina* (Moscú, 1998), p. 282. **<<**

[92] Boterbloem, *Life and Times of Andrei Zhdanov,* Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 112-119, 124. **<<**



[93] Extracto del Resumen Semanal, 20 de septiembre de 1946, Efectos de la Desmovilización sobre el Potencial Militar Soviético, en Kuhns, *Assessing the Soviet Threat,* p. 83. **<<**

[94] Jlevniuk, *Politburo TsK VKP(b) i Sovet Ministrov SSSR 1945-1953,* pp. 204-206. Reshetnikov, «Drama marshala Novikova», p. 3; I. N. Kosenko, «Zagadka “aviatsionnogo dela”», *Voenno istoricheskii zhumal*, 6 (1994), pp. 57-62, y 8 (1994), pp. 54-66; Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* pp. 45-47. **<<**



[95] Naumov *et al*., *Georgii Zhukov,* pp. 15-23; Pijoia, *Sovetskii Soiuz.* **<<**

[96] Maksimova, «Podslushali i rasstreliali», de la conversación grabada en cinta magnetofónica entre V. Gordov y su jefe de estado mayor, F. Rybalchenko, el 28 de diciembre de 1946, y entre Gordov y su esposa, Tatyana, el 31 de diciembre de 1946; Zubkova, *Obchestvo i reformi,* pp. 52-53. **<<**



[97] Maksimova, «Podslushali i rasstreliali», p. 5. **<<**

[98] Chernyaev, *Moia zhizn,* p. 198; Jrushchov también criticó la «arrogancia altiva» de Stalin por aquel entonces, aunque debemos desechar el dato por tratarse de una reflexión post facto. Véase Jrushchov, «Memuari Nikiti Sergeevicha Khrushcheva», p. 80. **<<**



[99] La magnitud de esta sequía fue similar a la que sufrió la Rusia soviética en 1921-1922, que causó también la muerte de millones de personas víctimas de la hambruna. N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers,* p. 229. Véase asimismo el informe oficial del Gosplan soviético, citado en Pikhoia, *Sovetskii Soiuz,* p. 18; Taubman, *Khrushchev,* pp. 199-201. **<<**

[100] En 1948, las reservas de grano que poseía el estado ascendían a 10,5 millones de toneladas; en 1952 habían aumentado a 17,3 millones, la mitad del escaso consumo de alimentos de la URSS. Si no hubiera contado con la importación de productos agrícolas o la distribución de alimentos de las reservas del estado, la Unión Soviética se habría enfrentado a una catástrofe inmediata. G. S. Zolutujin a L. I. Brezhnev, «Spravka o zagotovkakh i raskhode zerna gosresursov v 1940-1977 selkokhoziaistvennikh godakh», Volkogonov Collection, bobina 18, caja 28, LC; Mikoyan, *Tak bylo,* p. 526. **<<**



[101] Levering *et al., Debating the Origins of the Cold War,* p. 115; Zubkova, *Sovetskaia zhizn,* pp. 110-116, 497-503. **<<**

[102] Mikoyan, *Tak Bylo,* pp. 517-519, 526. **<<**



[103] De Sergei Kruglov y Roman Rudenko a Jrushchov, diciembre de 1953, Volkogonov Collection, caja 28, LC. **<<**

[104] *Izvestia,* 16 de julio de 1992; Mikoyan, *Tak bylo,* pp. 556-557. Mikoyan creía que Stalin habría podido «deshacerse también de Zhukov», pero que la reputación de éste a escala nacional lo frenó. **<<**

[105] Naimark, *Fires of Hatred,* p. 187. Para la renovación de las elites soviéticas y de la sociedad de posguerra según criterios étnicos, véase Weiner, *Making Sense of War.* **<<**

[106] Chuev, *Sto sorok besed,* p. 272; para los matrimonios mixtos entre judíos y rusos durante los años veinte, véase Slezkine, *Jewish Century,* pp. 179-180. **<<**



[107] RGASPI, f. 17, op. 125, d. 377, 1. 1, 35, 36, y d. 378, 1. 1-2, 76-85; para el ataque contra el Sovinformburó, véase RGASPI, f. 17, op. 128, d. 870. 1. 118-134. Para la actitud de Zhdanov hacia el predominio de los judíos en las instituciones culturales y propagandísticas de la URSS, véase Kostirchenko, *Tainaia politika,* pp. 282, 290-291, 361-365; Slezkine, *Jewish Century*, pp. 275, 301-305. **<<**

[108] S. A. Vinogradov y B. E. Shtein a A. Y. Vishinski, 15 de marzo de 1948, y B. E. Shtein a A. Y. Vishinski, 22 de abril de 1948, en Naumkin, *Blizhnevostochnii konflikt*, 1, pp. 29-30, 36-37; y también Kolokolov *et al., Sovetsko-Izrailskie otnosheniia,* 1, pp. 276-286; Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 93-94. **<<**



[109] Kolokolov *et al., Sovetsko-Izrailskie otnosheniia,* 1, pp. 276-286; Rucker, «Moscow's Surprise», especialmente pp. 20-23, 24-25. **<<**

[110] Kostirchenko, *Tainaia politika,* pp. 388-391, 401-407, 422-448; Chuev, *Sto sorok besed,* p. 473. **<<**



[111] Kostirchenko, *Tainaia politika,* pp. 401-407; Brent y Naumov, *Stalin's Last Crime.* **<<**

[112] Hasanli, *SSSR-Turtsiia,* pp. 387-403. **<<**



[113] RGASPI, f. 17, op. 12, d. 83, 1. 1-2, 87-89. Deseo expresar mi agradecimiento al académico Grant Avetissian, director del Instituto de Historia General, Erevan, Armenia, por llamar mi atención sobre estos documentos. **<<**

[114] Victor Berdinskij, *Spetsposelentsy* (Novoie literaturnoie obozvenie, Moscú, 2005), pp. 25-26. **<<**



[115] Montefiore, *Stalin,* pp. 597-598; Spravka ob osuzhdennikh po «leningradskomu delu», 10 de diciembre de 1953, en *Politburo TsK VKP(b) i Sovet Ministrov,* p. 306. **<<**

[116] Brandenberger, *National Bolshevism,* p. 224. **<<**



[117] Gudkov, *Negativnaia identichnost,* pp. 20-58; Shiraev y Zubok, *Antiamericanism in Russia.* **<<**

[118] Cherniaev, *Moia zhizn,* pp. 203-206, 208. **<<**



[119] Alexeyeva y Goldberg, *Thaw Generation,* pp. 30-31. **<<**

[120] Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva», p. 147. **<<**



[121] Holloway, *Stalin and the Bomb,* p. 163; entrevista del autor con el hijo de Alexandrov, Igor, Nueva York, 2 de noviembre de 2004. **<<**

[122] RGANI, f. 5, op. 39, d. 12, 1. 23, 28, 61-66, 67. **<<**



[123] Para los imperios, véanse Duverger, *Concept d'empire,* Miles, «Roman and Modern Imperialism»; Abernethy, *Dynamics of Global Dominance;,* Lieven, *Empire,* y Ferguson, *Empire.* **<<**

[1] Eisenberg, *Drawing the Line.* **<<**



[2] Chuev, *Sto sorok besed,* p. 95; Israelyan, *Na frontakh kholodnoi voini,* p. 61. **<<**

[3] Loth, *Stalin's Unwanted Chile,* pp. 7-12, 10-174; Kramer, «Soviet Union and the Founding of the German Democratic Republic», p. 1132; Smyser, *From Yalta to Berlin,* p. 32; Creuzberger, *Die sowietische Besatzungsmacht und das politische System des SBZ*; Wettig, *Bereitschaft zu Einheit in Freiheit?;* Filitov, «SSSR i Germanskii vopros», pp. 223-256. **<<**



[4] Naimark, *Russians in Germany.* **<<**

[5] Diario de Maiski, 5 de enero de 1943, AVPRF, publicado en Kynin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros, 2,* p. 701. **<<**



[6] Semenov, «Ot Khrushcheva do Gorbacheva», p. 110. **<<**

[7] Sobre las teorías de la primacía de los intereses económicos en 1945, véase Eisenberg, «In Cold War», pp. 802-803; Laufer, «Stalin and German Reparations», p. 23. **<<**



[8] Diario de Maiski, 6 de febrero de 1945, citado en Rzheshevski, *Stalin i Churchill,* p. 499; Koval, «Na postu zamestitelia Glavnonachal'stvuiuhchevo SVAG». **<<**

[9] Koval, *Poslednii Svidetel,* p. 63; véase asimismo su artículo «Zapiski», pp. 126, 142-143, 144-145; Laufer, «Stalin and German Reparations», pp.11-12. **<<**



[10] Véase el impresionante volumen de la documentación relativa a los planes sobre Alemania desarrollados por las comisiones especiales sobre los tratados de paz (Comisión Voroshilov), sobre las indemnizaciones (Comisión Maiski), y sobre la planificación del mundo de posguerra (Comisión Litvinov), en Kinin y Läufer, *SSSR y Germanskii vopros,* vol. I. **<<**

[11] Naimark, *Fires of Hatred,* pp. 108-138; Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros, 2,* pp. 66-67. **<<**



[12] «Proidet desiatok let i eti vstrechi ne vosstanovish uzhe v pamiati» (Diario de Viacheslav Malishev), anotaciones de 28 de marzo de 1945, *Istochnik,* 5 (1997); telegrama de Molotov al embajador soviético en Londres, Fedor Gusev, 24 de marzo de 1945, publicado en Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros*, 1, p. 626; «Kynin, «Anti-Hitler Coalition and the Post-War Settlement in Germany», p. 100. **<<**

[13] Koval, «Zapiski», p. 143. **<<**

[14] Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* p. 48; Gaddis, *We Now Know,* p. 116. Una fuente sería Djilas, *Conversations with Stalin,* pp. 153-154, acerca de las entrevistas de los comunistas soviéticos con Stalin de 26-27 de mayo de 1946. Stalin supuestamente dijo: «Toda Alemania debe ser nuestra, es decir, soviética, comunista». Sin embargo, las notas de las entrevistas procedentes de los archivos yugoslavos no hacen alusión alguna a semejante afirmación; véase Archiv Josipa Broza Tita, Fond Kabinet Marsala Jugoslavije, I-1/7, 1. 6-11, manuscrito original, traducido al ruso por L. Gibianski, CWIHP. Para la entrevista de 4 de junio de 1945, véase Badstübner y Loth, *Wilhelm Pieck,* pp. 50-52; SAPMO-BArch, NL 36/629, 62-66. **<<**

[15] Semenov recuerda algunas intrigas episódicas contra su persona por parte de los agentes de la policía secreta Abakumov, Serov y Kruglov, su posición de emisario de Stalin y de «ojos y oídos» de Molotov en Alemania, provocaba la envidia y la hostilidad de aquellos individuos. Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* pp. 279-281. **<<**



[16] Aparte de su experiencia administrativa y de coordinación en el estado mayor del ejército durante la Segunda Guerra Mundial, Sokolovski era un hombre culto. Podía citar de memoria fragmentos de la Biblia y recitar el «Erlkönig» de Goethe. Véase Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* p. 216. **<<**

[17] Kinin y Läufer, *SSSR i Germanskii vopros,* 2, pp. 19-22; Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* pp. 207, 218. Las memorias de Semenov pasan por alto este problema y exageran burdamente su autoridad y la facilidad de su contacto con Stalin. **<<**



[18] Registro de la conversación de Stalin con Churchill, 9 de octubre de 1944, a las diez de la noche (transcripción de V. Pavlov), *Istochnik,* 2 (2003), p. 52. **<<**

[19] «Discussion in the USSR of American Proposal to Conclude a Treaty of Disarmament and Demilitarization of Germany (1945-1947)», *Mezhdunarodnaia zhizn,* 8 (1996), pp. 70-71. **<<**



[20] Zhukov a CC VKP(b), 24 de mayo de 1946, en «Discussions in the USSR», p. 73. **<<**

[21] Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros,* 2, pp. 517-524, 543-551, 574-582. El resumen mencionaba las opiniones de los miembros del Politburó A. A. Andreiev, K. E. Voroshilov, M. I. Kalinin, L. M. Kaganovich, N. M. Shvernik, A. J. Vishinski, V. G. Dekanozov, K. V. Novikov, L. A. Govorov, y N. N. Voronov. El mismo resumen volvía a aparecer en el famoso «Telegrama Novikov» de la embajada soviética en Estados Unidos a Moscú de septiembre de 1946; véase Jensen, *Origins of the Cold War,* pp. 3-67. **<<**



[22] Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros*, 2, p. 477. **<<**

[23] Ibídem, 2, pp. 452-453, 473-475; Zhukov, Sokolovski y Semenov a V. M. Molotov (sin fecha), en «Discusión in the URSS», p. 76. El memorándum probablemente fuera escrito después de febrero, pero antes de mayo de 1946. **<<**



[24] *Department of State Bulletin*, 15 (15 de septiembre de 1946), p. 496; Leffler, *Preponderance of Power,* pp. 119-120. **<<**

[25] Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros, 2,* pp. 693-703. **<<**



[26] Badstübner y Loth, *Wilhelm Pieck,* p. 68. **<<**

[27] Semenov, «Ot Khrushcheva do Gorbacheva», pp. 85, 117. **<<**



[28] Entre los funcionarios más influyentes de la AMSA estaban el coronel Sergei Tiulpanov, al frente de la división de información política y propaganda; Alexander Kotikov, el jefe de las fuerzas armadas de Berlín; D. Dubrovski, P. Kolesnichenko y V. Sharov, como procuradores de los distintos *Länder* de la Alemania Oriental; y Pavel Maletin y Konstantin Kowal, al frente de las finanzas y los asuntos económicos, entre otros los relacionados con el desmantelamiento de la industria y las indemnizaciones. Bokov, *Vesna Pobedy,* pp. 391-394. **<<**

[29] Al principio, la autoridad de los asesores políticos y su influencia sobre la elaboración de la política soviética en Alemania fueron muy limitadas. Semenov estaba al frente de un equipo muy modesto, a diferencia del enorme aparato del que disponía la AMSA. Stalin no se reunió ni una sola vez con él en 1946, mientras que las autoridades de la AMSA tenían vías de comunicación directa con los máximos dirigentes del partido y los diversos departamentos del CC. Aun siendo un civil, Semenov tenía que vérselas con toda una legión de mariscales, generales y coroneles cargados de condecoraciones, veteranos de las grandes batallas libradas recientemente; un desafío realmente apabullante. **<<**



[30] Para el «enigma» de la influencia de Tiulpanovy su decadencia, véase Naimark, *Russians in Germany,* pp. 327-352; Bordiugov, *Chrezvychainii vek Rossiiskoi istorii,* pp. 236-246. Para más detalles sobre la influencia de los «zhdanovistas» y su caída, véase Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace,* y Boterbloem, *Life and Times of Andrei Zhdanov,* especialmente pp. 269, 273, 286-288. **<<**

[31] Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros,* 2, p. 24; Koval, *Poslednii svidetel,* pp. 59, 278. **<<**



[32] Serov a Beria, comunicado por Beria al secretario de Stalin, A. N. Proskrebishev, el 20 de octubre de 1946, RGASPI, f. 558, op. 11, d. 732, 1. 50-51. **<<**

[33] Kinin y Laufer, *SSSR i Germanskii vopros*, 2, pp. 34-35; Werblan, «Conversation between Wladyslaw Gomulka and Josef Stalin», p. 137; Koval, *Poslednii svidetel,* p. 333; Naimark, *Russians in Germany*, pp. 48-49, 189-190; información de S. Agamirov, veterano del proyecto Wismut, Voronezh, 1 de julio de 2002. **<<**



[34] Citado en Eisenberg, *Drawing the Line,* p. 182. **<<**

[35] Naimark, *Russians in Germany,* p. 150-151; Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* pp. 237-239. **<<**



[36] Badstübner y Loth, *Wilhelm Pieck,* p. 33; Bokov, *Vesna Pobedy*, pp. 403-404. **<<**

[37] Naimark, *Russians in Germany,* pp. 327-329; Kramer, «Soviet Union and the Founding of the German Democratic republic», p. 1100; RGASPI, f. 17, op. 128, d. 1091, 1. 43-54; véase asimismo Bonwetsch y Bordjugov, «Stalin und die SBZ», pp. 279-303. **<<**



[38] Chuev, *Sto sorok besed,* pp. 45-46. **<<**

[39] Acta de la conversación de Stalin con W. Pieck, O. Grotewohl, W. Ulbricht, M. Frechner y F. Oelssner (a la reunión asistieron también Molotov, Suslov y Semenov), 31 de enero de 1947, APRF, f. 45, inv. I, d. 303, 1. 7, 1. 8-11, citada en Volkov, «German Question as Stalin Saw It», pp. 7-8; véase asimismo Volkov, *Uzloviie problemi noveishei istorii stran Tsentralnoi i Yugo-Vostochnoi Evropi.* **<<**



[40] Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* pp. 253-254. **<<**

[41] Naimark, *Russians in Germany,* p. 394; Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* pp. 254-257. **<<**



[42] RGASPI, f. 17, op. 128, d. 1091, 1. 43-54, publicado en Bonwetsch y Bordjugov, «Stalin und die SBZ», pp. 294-301; Volkov, «German Question as Stalin Saw It», p. 8. **<<**

[43] Naimark, *Russians in Germany,* p. 467; véase asimismo Scherstjanoi, «Political Calculation and the Interpretation of Western Positions», p. 5; Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* pp. 262-263. **<<**



[44] Véanse también los telegramas del AVPRF publicados en *Novaia i noveishaia istoria,* 2 (marzo-abril de 1993), pp. 14-15. **<<**

[45] El telegrama de Molotov es citado en Vladimir O. Pechatnov, «The Soviet Union and the Outside World, 1944-1953», en *The Cambridge History of the Cold War*, ed. Melvin P. Leffler y Odd Arne Wested (Nueva York: Cambridge University Press, en prensa); Telegrama del CC VKP(b) a Georgy Dimitrov y a la dirección de los comunistas de Bulgaria, 8 de julio de 1947, CSA, f. 146, op. 4, d. 639, NSArch. **<<**



[46] «Stalin, Czechoslovakia, and the Marshall Plan: New Documentation from Czechoslovak Archives», *Bohemia: Zeitschrift für Geschichte und Kultur der böhmischen Länder*, 32, n.º 1 (1991), pp. 133-134; acta de la conversación de Stalin con la delegación del gobierno checoslovaco sobre el tema de su posición respecto al Plan Marshall y las perspectivas de cooperación económica con la URSS, 9 de julio de 1947, en Volokitina *et al., Vostochnaia Evropa,* 1, pp. 672-675. **<<**

[47] Informe de N. V. Novikov, citado en su libro *Vospominaniia diplomata,* p. 394. **<<**



[48] Para más detalles, véase Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 114, 125-133. **<<**

[49] Boterbloem, *Life and Times of Andrei Zhdanov,* pp. 321-322. **<<**



[50] Más detalles en Adibekov *et al., Soveschaniia Kominforma,* especialmente xiv-xxi, pp. 3-20; Gibiansky, «Sovetskiie tseli v Vostochnoi Evrope v kontse vtoroi mirovoi voiny i v perviie poslevoennie gody», pp. 197-215. **<<**

[51] Kramer, «Soviet Union and the Founding of the German Democratic Republic», pp. 1101-1102; Thoss, *Volksarmee schaffen ohne Geschrei.* **<<**



[52] Maier, *Dissolution;* Bordiugov, Kosheleva y Rogovaia, *SVAG,* pp. 115-116; Bordiugov, *Chrezvychainii vek Rossiiskoi istorii,* pp. 204-207. **<<**

[53] Smyser, *From Yalta to Berlin,* pp. 75-76; Narinsky, «Soviet Policy and the Berlin Blockade», pp. 5-8; Volkov, «German Question as Stalin Saw It», p. 10. **<<**



[54] Este análisis se basa en Laufer, «UdSSR und die deutsche Währungsfrage», pp. 460-471. **<<**

[55] Ibídem, p. 483. **<<**



[56] Gibianski, «Soviet Bloc and the Initial Stage of the Cold War», pp. 112-134. **<<**

[57] M. Kostilev a Moscú, 24 de marzo de 1948, APRF, f. 3, op. 3, d. 198, 1. 55-58; V. Molotov a M. Kostilev, 26 de marzo de 1948, APRF, f. 3, op. 3, d. 198, 1. 59, citado y analizado en Zaslavsky, *Lo stalinismo e la sinistra italiana,* especialmente pp. 84-85; véase asimismo Aga-Rossi y Zaslavsky, *Togliatti e Stalin.* **<<**



[58] Pechatnov, *Stalin, Ruzvelt, Truman,* pp. 527-550. **<<**

[59] Smyser, *From Yalta to Potsdam,* p. 87; Laufer, «UdSSR und die Währungsfrage», pp. 474-485. **<<**



[60] Deseo dar las gracias a Michael Thumann (*Die Zeit),* al Dr. Michael Lemke (Zentrum für Zeitgeschichte, Potsdam), y al Dr. Hans Seit (Ost-Europa Institut, Berlín) por las estimulantes conversaciones que mantuvieron conmigo y que determinaron en gran medida estas conclusiones. **<<**

[61] Naimark, *Russians in Germany,* pp. 129-140; Goedde, *GIs and Germans,* especialmente pp. 85-86, 203-210. **<<**



[62] Actas de la conversación de Stalin con un grupo de laboristas ingleses, miembros del parlamento, de 14 de octubre de 1947, CSACH, f. 1206, op. 2, d. 326, 1. 14, 15, 16. **<<**

[63] Volkov, «Za sovetami v Kreml», pp. 9-25; Volkov, «German Question as Stalin Saw It», p. 11. **<<**



[64] Actas de la conversación entre Stalin y W. Pieck, O. Grotewohl, W. Ulbricht, F. Oelssner, de 18 de diciembre de 1948, AVRP, f. 45, inv. 1, d. 303, 1. 57-58, publicadas por A. D. Chernev, *Istoricheskii arkhiv,* 5 (2002), pp. 5-23. **<<**

[65] Pechatnov, «The Soviet Union and the Outside World»; Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* p. 18. **<<**



[66] Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace,* pp. 75, 76-78. El sucesor de Molotov fue Andrei Vishinski, el traicionero secuaz de Stalin, que había actuado como fiscal durante los Grandes Juicios de 1936-1938. Vaksberg, *Stalin Prosecutor,* Westad, *Global Cold War,* p. 66; notas de la conversación de Stalin con Kim Il Sung en Moscú de abril de 1950, citadas en *DPKK Report* (Moscú), 23 (marzo-abril de 2000). **<<**

[67] Chuev, *Sto sorok besed,* p. 104. **<<**



[68] Sobre el trato insignificante y la poca ayuda que se prestó a los comunistas vietnamitas hasta 1949, véase Duiker, *Ho Chi Minh,* pp. 420-422; Olsen, «Changing Alliances», pp. 26-28, 37-39. **<<**

[69] Zubok, «“To Hell with Yalta!”»; Westad, *Brothers in Arms.* **<<**



[70] Para diversas interpretaciones de las conversaciones chino-soviéticas, véase Shen Zhihua, «Stolknoveniie i uregulirovanie interesov v protsesse peregovorov o kitaisko-sovetskom Dogovore 1950 goda», pp. 126-129; Ledovski, «Stalin, Mao Tsedun i koresikaia voina 1950-1953 godov», pp. 81-86; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 58-62; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 52-53. **<<**

[71] Para el camino que condujo a la guerra de Corea, véase Weathersby, «To Attack or Not to Attack», y otro artículo suyo, «Should We Fear This?», p. 15; Bejanov, «Assessing Politics of the Korean War», pp. 40-42; Ledovski, «Stalin, Mao Tsedun I koreiskaia voina 1950-1953 godov», pp. 93-85. **<<**



[72] Leffler, *Preponderance of Power*, pp. 361-390; Hitchcock, *France Restored,* pp. 134-147. **<<**

[73] Algunos documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS (de la secretaría del ministro y del 3.er Departamento Europeo [Alemania]) indican con toda claridad que los dirigentes y los diplomáticos soviéticos conocían con bastante antelación el contenido de esos acuerdos a través de los servicios de inteligencia (aunque algunos, como Andrei Gromiko, temieran que se tratara de un caso de desinformación) y discutieron, a través de la correspondencia interna, la existencia de «cláusulas militares secretas» en los tratados de Bonn. Memorándum de Gromiko a Stalin, 21 de enero de 1952, en AVPRF, f. 07, op. 25, pap. 13, d. 144, 1. 27; memorándum del 3.er Departamento a Stalin, 26 de febrero de 1953, sobre la posición del gobierno soviético respecto a la «Comunidad Europea del Carbón y del Acero», en AVPRF, f. 084, op. 11, pap. 275, d. 51, 1. 3. Véase asimismo Ruggenthaler, «Novyie svetskie dokumenti»; Ruggenthaler, *Stalins grosser Bluff.* **<<**



[74] RGASPI, f. 558, op. 11, d. 62, 1. 71-72. Este telegrama fue localizado y publicado por Ledovski, «Stalin, Mao Tsedun i koreiskaia voina 1950-1953 godov», pp. 96-97. **<<**

[75] Telegrama de Stalin a Kim Il Sung (a través de Shtikov), 8 [7?] de octubre de 1950, en APRF, f. 45, op. 1, d. 347, 1. 65-67, localizado y traducido por Alexander Mansourov; actas de la conversación entre Stalin y Zhou Enlai, 20 de agosto de 1952; ambos documentos han sido publicados en CWIHP Bulletin, n.º 6-7 (invierno 1995/1996), pp. 13, 116. **<<**



[76] Steven Zaloga dice que en 1953 sólo se habían fabricado 847 bombarderos Tu-4 de largo alcance. Eran mucho menos numerosos que los B-29 norteamericanos, de los cuales eran una mera copia. La fuerza aérea soviética, concluye Zaloga, «era capaz de poco más que de llevar a cabo ataques de acoso contra Estados Unidos». Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword*, p. 15. **<<**

[77] Dobrinin, *In Confidence,* p. 525; Cristescu, «Ianuarie 1951», pp. 15-23. **<<**



[78] No he podido tener acceso al texto de esta decisión, pero era citado en un memorándum del Ministerio de Asuntos Exteriores (firmado por A. A. Gromiko) a Molotov de 21 de enero de 1952, AVPRF, f. 07, op. 25, pap. 13, d. 144, 1. 28. Ruggenthaler, «Novye sovetskie dokumenti», p. 20. **<<**

[79] Naimark, *Russians in Germany,* p. 470; Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* p. 4. **<<**



[80] AVPRF, f. 07, op. 25, pap. 13, d. 144, 1. 27-29. Más datos sobre el trato dado por los soviéticos a la RDA como instrumento político pueden verse en Loth, «Origins of Stalin's Note», pp. 66-89. **<<**

[81] Hitchcock, *France Restored,* p. 167; Soutou, «France et les notes sovietiques», pp. 261-273; Wettig, «Stalin-Note vom 10. März 1952: Antwort auf Elke Scherstjanoi», pp. 862-865; véase asimismo su libro *Bereitschaft zu Einheit in Freiheit.* Mi teoría sobre la política de Stalin en Austria se basa en la investigación perfectamente documentada que han publicado Karner, Ruggenthaler y Stelzl-Marx en *Die Rote Armee in Österreich,* véanse también Karner y Ruggenthaler, «Stalin und Österreich: Sowjetische Österreich-politik 1938 bis 1953» (comunicado de investigación, p. 206), y los comentarios expresados en las discusiones mantenidas en el taller «Begann der Kalte Krieg in Österreich?», organizado por el Ludwig Boltzmann Institut en Graz, Austria, 20 de mayo de 2006. **<<**



[82] Copia de documento del APRF, f. 45, inv. 1, d. 303, 1. 168-169, Volkogonov Collection, LC; y también las notas de Pieck sobre el debate final de 7 de abril de 1952, en Badstübner y Loth, *Wilhelm Pieck,* p. 396. **<<**

[83] Volkov, «German Question as Stalin Saw It»; un extracto ha sido publicado también en Narinski, «Stalin and the SED leadership», pp. 34-35, 48. **<<**



[84] Copia de documento del APRF, f. 45, pap. 1, d. 303, 1. 187, Volkogonov Collection, LC.
<<

[85] Dijk, «Bankruptcy of Stalin's German Policy», p. 19. **<<**



[86] Las cifras oficiales soviéticas proceden del memorándum de Vladimir Semenov a Molotov, «Spravka po germanskomu voprosu», 5 de mayo de 1953, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 19, 1. 37-38. **<<**

[87] El discurso de Jrushchov ante el pleno de julio de 1953 revela que los dirigentes del Kremlin eran plenamente conscientes de lo catastrófico de la situación. Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* pp. 93-94. **<<**



[88] Los mejores cálculos soviéticos a este respecto se encuentran en un memorándum del general Fadeikin, preparado a petición de Lavrenti Beria para el Presidium del CC de 18 de mayo de 1953, publicado en *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), pp. 74-78; véase asimismo «Sobre las medidas para mejorar la situación política en la RDA», anexo a la decisión del consejo de ministros de 2 de junio de 1953, n.º 7576-rs, publicado en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria.* **<<**

[89] Naumov, «Cold War», pp. 3-5. Las autoridades occidentales nunca se enteraron de estos planes. Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* pp. 12-21. **<<**



[90] Para estos «casos», véase Jlevniuk, *Politburo TsK VKP(b),* pp. 342, 397; Thome, «Stalin, Beria, and Mingrelian Affair». Para la curiosa obsesión de Stalin por las discusiones lingüísticas y otros temas científicos, véase Pollock, *Stalin and the Soviet Science Wars.* **<<**

[91] Véanse Richter, «Reexamining Soviet Policy», pp. 671-691; Wettig, «Befinnende Umorientierung der sowjetischen Deutschland-politik im Frühjahr und Sommer 1953», pp. 495-507; Ostermann, «“This is not a Politburo, but a madhouse”», pp. 61-110; Ostermann, *Uprising in East Germany.*; Scherstjanoi, «Sowjetische Deutschlandpolitik nach Stalins Tod 1953», pp. 497-549: Scherstjanoi, «In 14 Tagen werden Sie vielleciht schon keinen Staat mehr haben», pp. 907-937; Kramer, «Early Post-Stalin Succession Struggle and Upheavals in East-Central Europe», pp. 3-55; y Harrison, *«Driving the Soviets Up the Wall*, capítulo 1. **<<**



[92] Es conveniente recordar en este sentido que el 26 de abril de 1953, Molotov envió «un paquete» de tres documentos a los miembros del Colegio del Ministerio de Asuntos Exteriores y a Semenov. El primero era el memorándum de Jakov Malik y Grigori Pushkin, «Propuestas sobre la cuestión alemana»; el segundo, el memorándum de Malik, «Propuestas sobre la cuestión austriaca»; y el tercero el memorial de Pushkin, «Propuestas sobre la cuestión iraní». AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 19, 1. 1. **<<**

[93] Schecter y Luchkov, *Khrushchev Remembers*, pp. 100-101. **<<**



[94] Richter, «Reexamining Soviet Policy», p. 676. **<<**

[95] Discurso de Molotov de 2 de julio de 1953 en el pleno del CC del PCUS, en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria*, p. 101. **<<**



[96] «Zapiska po germanskomu voprosu», 18 de abril de 1953, de Pushkin y Gribanov a Molotov, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 18, 1. 15. **<<**

[97] Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria*, pp. 219, 220. **<<**



[98] Ibídem, p. 243. Véase el volumen y la intensidad de las deliberaciones en torno a la cuestión alemana en el memorándum del Comité de Información (KI), «Sobre la política de las potencias occidentales respecto a la Cuestión Alemana», 18 de abril de 1953, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 18, 1. 13-29; Pushkin y Gribanov a Molotov, 21 de abril de 1953, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 18, 1. 30-43; «Predlozheniia po germanskomu voprosu», 24 de abril de 1953, de Malik y Pushkin a Molotov, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 19,1. 20-30; «O nashikh dalneiskhikh meroprikatikhakh po germanskomu voprosu», 28 de abril de 1953, Semenov, Pushkin y Gribanov a Molotov, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 18, 1. 44-47; «Spravka po germanskomu voprosu», de [nombre indescifrable] a Semenov, 5 de mayo de 1953, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 19, 1. 31-38. **<<**

[99] Los expertos proponían también invitar a los dirigentes de la RDA a Moscú para que realizaran su primera visita oficial. En el terreno económico, el memorándum recomendaba «poner bajo la custodia de la RDA las fábricas alemanas que funcionaban como sociedades anónimas bajo la supervisión del GUSIMZ» (Dirección General de Propiedades Soviéticas en el Extranjero»), «Zapiska po germanskomu voprosu», 18 de abril de 1953, de Pushkin y Gribanov a Molotov, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 18, 1. 15. **<<**

[100] Vladimir Semenov se convirtió en el titular de la tercera Dirección Europea del Ministerio de Asuntos Exteriores (dedicada a Alemania). En sus memorias recordaba que escribió sus propuestas juntamente con su colega de la AMSA, el mariscal Vasili Sokolovski, que por entonces era jefe del alto estado mayor. Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* p. 290; «Zapiska po germanskomu voprosu», 2 de mayo de 1953, de Semenov a Molotov, AVPRF, f. 082, op. 41, pap. 271, d. 18, 1. 54-55, 58. **<<**

[101] «O dalneiskhikh meropriitiiakh Sovetskogo pravitelstva po germanskomu voprosu» (escrito antes del 4 de mayo de 1953), AVPRF, f. 06, op. 12, pap. 16, d. 259,1. 45-46; para el «intercambio de opiniones que tuvo lugar» en el Presidium, véase el memorándum de Molotov a Malenkov, Beria, Jrushchov y Mikoyan, 8 de mayo de 1953, AVPRF, f. 06, op. 12, pap. 16, d. 259, 1. 48, 49-55; «Proekt ukazanii tt. Chuikovu i Semonovu», 18 de marzo de 1953, con nota en la portada de Molotov al Presidium del PCUS, AVPRF, f. 06, op. 12, pap. 18, d. 283 (localizado y traducido por Hope Harrison). **<<**



[102] Beria, *Beria, My Father,* p. 262; Mikoyan, *Tak bylo*, pp. 581-584; Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria*, pp. 17-66. La primera versión de mi interpretación aparece en Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 156-157; Zubok, «"Unverfroren und grob in der Deutschlandfrage"», pp. 32-34. Para una interpretación distinta de los papeles de Beria y Malenkov, véase Kramer, «Early Post-Stalin Sucesión Struggle». **<<**

[103] Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* p. 290; diario de Semenov, 31 de mayo de 1964, en *Novaia i noveishaia istoriia,* 3 (2004), p. 112. **<<**



[104] Sudoplatov *et al., Special Tasks,* pp. 363-365; versión rusa ampliada en Sudoplatov, *Tainaia zhizn generala Sudoplatova,* 2, pp. 369-370. Algunas acciones de Beria resultan difíciles de explicar. Por ejemplo, hizo volver a Moscú a los máximos representantes de los servicios secretos soviéticos en la RDA y propuso hacer volver a la mayor parte de los asesores de la policía secreta asignados a las estructuras del estado germanooriental, excepto a los asesores destinados al MfS (Ministerio de Seguridad) de la RDA. Según un lugarteniente de Beria, los representantes del MVD en la RDA estuvieron en Moscú «tres meses», esto es, desde abril, esperando a que se produjera la reorganización de su aparato. Véase el discurso de Sergei Kruglov tras la detención de Beria en el pleno de julio de 1953, en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* p. 155. **<<**

[105] Informe n.º 44/B, Beria al Presidium del CC del PCUS, 6 de mayo de 1953, Archiv Sluzhbi vneshnei razvedki (SVRA), pap. 2589, vol. 7, d. 3581, citado en Murphy, Kondrashevy Bailey, *Battleground,* pp. 156-158. **<<**



[106] Véase *Neues Deutschland,* 7 de mayo de 1953; Sudoplatov, *Tainaia zhizn generala Sudoplatova*, p. 370. **<<**

[107] «Protokol N.º 8, zasedaniya Prezidiuma TsK KPSS ot 14 maya 1953 goda», RGANI, f. 3, op. 10, d. 23, 1. 41, citado en Kramer, «Early Post-Stalin Sucesión Struggle», pp. 24-25. **<<**



[108] Anteproyecto sin firma del Ministerio de Asuntos Exteriores, «O dalneishih merakh sovetskogo pravitelstva po germanskomu voprosu», 8 de mayo de 1953, AVPRF, f. 06, op. 12, pap. 16, d. 259, 1. 39-46. **<<**

[109] Semenov, «Po voprosu o predotvrascheniia ukhoda naseleniia iz GDR v Zapadniiu Germaniu», 15 de mayo de 1953, AVPRF, f. 0742, op. 41, pap. 271, d. 92, 1. 99-102. **<<**



[110] Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* p. 98. **<<**

[111] La primera reconstrucción de este episodio puede encontrarse en Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 160-161; discurso de Molotov de 2 de julio de 1953, en el pleno del CC del PCUS en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* pp. 102, 103. **<<**



[112] Mikoyan, *Tak bylo,* p. 584; carta de Beria a Malenkov desde la cárcel, 1 de julio de 1953, APRF, f. 3, op. 24, d. 463, 1. 165, publicada en *Istochnik,* 4 (1994), p. 5, y en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* p. 73; véase asimismo mi traducción al inglés en *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), p. 99. **<<**

[113] Wettig, *Bereitschaft zu Einheit in Freheit,* comentarios e intercambio de ideas de Alexei Filitov, Gerhard Wettig y Elke Scherstjanoi en la conferencia «The Crisis Year 1953 and the Cold War in Europe», Potsdam, noviembre de 1996; Kramer, «Early Post-Stalin Sucesión Struggle», p. 28. **<<**



[114] Según recordaba Semenov, Beria «leyó su anteproyecto sobre política alemana, que era fundamentalmente distinto del que tenía yo en el bolsillo. Para engañar a Beria, Jrushchov propuso aceptar su borrador. Molotov me hizo una seña para que guardara silencio. "De acuerdo, de acuerdo", gritó el público presente en la sala. Regresé cabizbajo al Ministerio de Asuntos Exteriores». Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* p. 291. **<<**

[115] «O merakh po ozdorovleniiu pohticheskoi obstanovki v GDR», Prilozheniie k rasporiazheniiu Soveta Ministrov SSSR ot 2 iiunia 1953 f. N.º 7578-pc., APRF, f. 3, op. 64, d. 802, 1. 153-156, en Naumov y Sigachev, *Lavrentü Beria,* pp. 55-59. **<<**



[116] «O merakh», en Naumov y Sigachev, *Lavrentü Beria,* pp. 58, 59. **<<**

[117] El 3 de mayo hubo manifestaciones y huelgas en Plovdiv y Khaskovo, Bulgaria, y el 1-2 de junio en Plzen, Checoslovaquia, que suscitaron seria preocupación en Moscú. Kramer, «Early Post-Stalin Sucesión Struggle», pp. 15-22; Ostermann, *Uprising in East Germany.* **<<**



[118] «Lavrenti Beria: “Tcherez 2-3 goda ia krepko ispravlius” (Pisma L. P. Berii iz tiuremnogo bunkera, 1953)», *Istochnik, 4* (1994), p. 5; compárese con *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), p. 99; véase asimismo Herrnstadt, *Das Herrnstadt-Dokument,* p. 59. **<<**

[119] «Zapiska ministra vnutrennikh del SSSR S. Kruglova v TsK KPSS G. Malenkovo s. preprovozhdeniiem soobscheniia otvetstvennikh rabotnikov MVD SSSR Fedotova i Fadeikina», 9 de julio de 1953, APRF, f. 3, op. 64, d. 925, 1. 156-165, copia proporcionada a CWIHP por Leonid Reshin, del NSArch. **<<**



[120] Naumov y Sigachev, *Lavrentü Beria,* pp. 97, 102-103; «Stenograficheskii otchet o Plenume Ts KPSS», 31 de enero de 1955, RGANI, f. 2, op. 1, d. 127, 1. 65-66. **<<**

[121] «Iz dnevnika Yakova Malika 30 iiunia 1953, Zapis Besedi s Premier-Ministrom Velikobritanii Cherchillem», 3 de junio de 1953, publicado en *Istochnik, 2* (2003). (Nótese que el acta de la conversación con Churchill encontrada en los archivos del Politburó, lleva fecha de 30 de junio, es decir, posterior a la detención de Beria.) Para la despedida de Churchill en Washington, véase Immerman, «"Trust in the Lord but Keep Your Powder Dry"», pp. 36-41. **<<**



[122] La carta, de fecha 1 de julio, fue encontrada en APRF, f. 3, op. 24, d. 463, 1. 170-1700b, publicada en Naumov y Sigachev, *Lavrentü Beria,* p. 407; Sudoplatov, *Tainaia zhizn generala Sudoplatova,* 2, pp. 372-374. Para Pierre Cot, véase Andrew y Mitrokhin, *Sword and the Shield,* pp. 108-109; Smyser, *Front Yalta to Berlin,* p. 128. **<<**

[123] Para una documentación exhaustiva de este episodio, véase Ostermann, *Uprising in East Germany, 1953.* **<<**



[124] Sudoplatov, *Tainaia zhizn generala Sudoplatova,* 2, pp. 372-374. **<<**

[125] Sokolovski, V. Semenov y P. Yudin, «O sbitiiakh 17-19 iiunia 1953 v Berlina i v GDR i nekoorie vivodi iz etikh sobitii», 24 de junio de 1953, AVPRF, f. 06, op. 121, pap. 5, d. 301, 1. 1-51, publicado en extractos en Christian Ostermann, «New Documents on the East-German Uprising of 1953», *CWIHPBulletin,* n.º 5 (primavera de 1995), pp. 10-21. **<<**



[126] Anotaciones de Malenkov en el Presidium del CC en el que fue detenido Beria, «K resheniiu voprosa o Beria», protocolo n.º 10 de 26 de junio de 1953, en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* pp. 69-70; Mikoyan, *Tak bylo,* pp. 565-566; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 140-155. **<<**

[127] Véase la transcripción del pleno, publicada en Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* pp. 93-94, 207, 353. **<<**

[128] «Zapiska ministra vnutrennikh del SSSR S. Kruglova», 9 de julio de 1953, APRF, f. 3, op. 64, d. 965, 1. 156-165. **<<**

[129] Naumov y Sigachev, *Lavrentii Beria,* pp. 97, 189-190; véase asimismo Stickle, *Beria Affair,* pp. 22-23, 134-135. **<<**



[130] En Austria, por ejemplo, el 9 de junio de 1953, las autoridades soviéticas dejaron de registrar a las personas y los productos que cruzaban la línea de demarcación entre la zona rusa y la occidental. Además, pusieron fin a la censura de los medios de comunicación en la zona soviética y devolvieron las emisoras de radio al estado austriaco. Se tomó asimismo la decisión de que a partir de agosto de 1953 Austria dejara de pagar los costes de las tropas soviéticas estacionadas en su territorio. El último grupo de prisioneros de guerra austriacos regresó a su país. Tras la detención de Beria, siguieron llevándose a cabo gestos de «buena voluntad» como esos, aunque sólo a regañadientes. Michael Prozumenscikov, «Nach Stalins Tod. Sowjetische Österreich-Politik 1953-1955», en Kramer *et al., Die Rote Armee in Österreich,* pp. 733-734. **<<**

[131] Semjonow, *Von Stalin bis Gorbatschow,* p. 297; memorándum de Pushkin a Vishinski de 9 de julio de 1953, AVPRF, f. 82, op. 41, pap. 280, d. 93, 1. 63-68, publicado en *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), p. 105. Para más información sobre la «facción» Herrnstadt-Zeissner y los pasos dados por Ulbricht, véase Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* pp.42-43. **<<**



[132] Para el Día X en la RDA, véase Bezymensky, «Kto i kak gotovil v Germanii den' Iks», pp. 22-26; Zubok, «Soviet Intelligence and the Cold War», p. 465. **<<**

[1] Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», pp. 213-214. **<<**



[2] Immerman, «“Trust in the Lord but Keep Your Powder Drt”»; Trachtenberg, *Constructed Peace,* pp. 132-145; Mitrovich, *Undermining the Kremlin;* Brooks, «Stalin’s Ghost». **<<**

[3] Véanse Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS; y* Bekes, Byrne y Rainer, *1956 Hungarian Revolution.* Para el nexo nacional-internacional, véanse Richter, *Khrushchev's Double Bind,* Brooks, «Stalin's Ghost»; y Taubman, *Khrushchev,* capítulos 10-14. **<<**



[4] El círculo de oligarcas incluía a los miembros del Presidium de Stalin con anterioridad a 1952; Klement Voroshilov, Nikolai Bulganin, Lavrenti Beria, Lazar Kaganovich, Nikita Jrushchov, Georgi Malenkov, Anastas Mikoyan y Viacheslav Molotov. Matvei Saburov y Mijail Pervujin eran los dos miembros más noveles del grupo. **<<**

[5] Véanse Mikoyan, *Tak Bylo,* pp. 555-558, 572-574; y Jlevniuk *et al., Prezidium TsK VKP(b) i Soviet Ministrov SSSR.* Los documentos relativos al pleno de octubre de 1952 se hallan en RGANI, f. 2, op. 1, d. 21-22. En Simonov, «Glazani cheloveka moego pokoleniia», pp. 96-99, encontramos abundante información sobre el discurso de Stalin de octubre de 1952. **<<**



[6] Gorlizki y Jlevniuk, *Cold Peace,* p. 6; Chuev, *Sto sorok besed,* p. 471; Mikoyan, *Tak Bylo,* p. 584. **<<**

[7] Véase el Protocolo n.º 105, sesión del Presidium de 31 de enero de 1955, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 37. **<<**



[8] Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva», p. 160. **<<**

[9] Zubok, «CPSU Plenums, Leadership Struggles, and Soviet Cold War Politics», pp. 28-33; notas de V. A. Kochetov, editor jefe de *Literaturnaia gazeta,* en 1955 aproximadamente, RGALI, f. 634, op. 4, d. 1516, 1. 13. **<<**



[10] *Izvestia,* 9 de agosto de 1953; los ingresos de los campesinos pasaron de los trece mil millones de rublos en 1953 a los veinticinco mil millones en 1954. Informe taquigrafiado de la asamblea de miembros del partido del Soviet Supremo de la URSS, 8 de febrero de 1955, APRF, f. 52, op. 1, d. 285, 1. 1-34, publicado en *Istochnik*, 6 (2003); Mikoyan, *Tak Bylo,* p. 518; Aksyutin, *Khushchevskaia* «*ottepel*» *i obschestvenniie nastroeniia v SSSR v 1953-1964 gg,* pp. 53-57. **<<**

[11] Sajarov, *Vospominaniia,* p. 230; Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 337. **<<**



[12] Para la rivalidad existente entre Malenkov y Jrushchov en este campo, véanse Elena Zubkova, «Rivalry with Malenkov», pp. 78-81; Mikoyan, *Tak Bylo,* pp. 599-600; yTaubman, *Khrushchev*, pp. 262-263. **<<**

[13] Barsukov, «Rise to Power», p. 52; Taubman, *Khrushchev,* pp. 258-264. **<<**



[14] Véanse las sesiones del Presidium de 22 y 31 de enero de 1955 en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 35-38. **<<**

[15] Pleno de 25-31 de enero de 1955, Protocolo n.º 7, RGANI, f. 2, op. 1, d. 127, 1. 45; *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), pp. 34-35; Jrushchov, «Memuari Nikiti Sergeevicha Khrushcheva», p. 70. **<<**



[16] Véanse comentarios de Bulganin, Pervujin y Voroshilov en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 37, 887; véase asimismo el informe taquigrafiado de la asamblea de miembros del partido del Soviet Supremo de la URSS, 8 de febrero de 1955, APRF, f. 52, op. 1, d. 285, 1. 1-34, publicado en *Istochnik,* 6 (2003). **<<**

[17] Presidium del Comité Central, Protocolos n.º 66, 20 de diciembre de 1954, y n.º 106, 7 de febrero de 1955, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 29-31, 40. **<<**



[18] Zubkova, «Rivalry with Malenkov», p. 76; Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 36-72. **<<**

[19] Fursenko *et al.*, *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 29-31. **<<**



[20] Para el ambiente que rodeó las conversaciones soviético-austriacas, véase Stourzh, *Um Einheit und Freiheit*; véase también Bischof, *Austria in the First Cold War,* pp. 130-149. **<<**

[21] Zubok, «Soviet Foreign Policy in Germany and Austria», pp. 21-24. También Mastny, «NATO in the Beholder's Eye», pp. 61-62. **<<**



[22] Véanse los comentarios a la sesión del Presidium de 19 de mayo de 1955 en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 41, 888-890. **<<**

[23] *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), p. 43. **<<**



[24] Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», p. 214; discurso de Molotov ante el CC en el pleno del PCUS, 9 de julio de 1955, RGANI, f. 2, op. 1, d. 173, 1. 3; Molotov hace referencia aquí a un hecho ocurrido en 1948, cuando Gomulka fue expulsado de su cargo de secretario general del PCOP y posteriormente detenido por «desviacionismo nacionalista». Para los detalles y la documentación relativa a este episodio, véase Volokitina *et al., Vostochnaia Europa,* 1, pp. 505-511. **<<**

[25] Pleno del CC del PCUS, 9 de julio de 1955, RGANI, f. 2, op. 1, d. 172, 1. 76, 87; *CWIHP Bulletin,* n.º 10 (marzo de 1998), pp. 29, 38. **<<**



[26] Durante la sesión del Presidium celebrada el 25 de mayo, Voroshilov y Molotov manifestaron su desaprobación por el uso de ese subterfugio. Bulganin dijo: «Luego criticarán a Stalin». Véanse los comentarios de Bulganin y Mikoyan, sesiones del Presidium, 19 y 23 de mayo de 1955, en Fursenko *et al., Presidium TsK KPSS,* 1, pp. 43, 45, 46. **<<**

[27] RGANI, f. 2, op. 1, d. 173, 1. 4. **<<**



[28] Jrushchov, «Memuari Nikiti Sergeevicha Khrushcheva», pp. 82, 84, 85; RGANI, f. 2, op. 1, d. 173, 1. 40; *Istoricheskii arkhiv*4 (1993), pp. 77. **<<**

[29] Citas de Immerman, «“Trsut in the Lord but Keep Your Powder Dry”», pp. 48-49. **<<**

[30] Troyanovski, «Nikita Khrushchev and the Making of Soviet Foreign Policy», p. 38. **<<**

[31] Prozumenscikov, «Nach Stalins Tod», p. 750. **<<**



[32] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 93; véase asimismo Troyanovski, «Nikita Khrushchev and the Making of Soviet Foreign Policy», p. 7. **<<**

[33] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 93, 94. **<<**

[34] Stenograficheskaia zapis zasedania Prezidiuma TsK KPSS po voprosu «O direcktivakh sovetskoi delegatsii v Komitete desiati po razoruzheniiu», 1 de febrero de 1960, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 424. **<<**

[35] Vojtech Mastny es de la opinión de que las autoridades del Kremlin tenían objetivos incluso de mayor envergadura: «renunciar» al Pacto de Varsovia a cambio de la OTAN en las futuras conversaciones sobre la seguridad general de Europa. «El sistema resultante de la disolución de una alianza fantasma, como la de los países del Este, y una alianza real, como la de Occidente, dejando intacta la red de Moscú de tratados militares bilaterales con sus correspondientes dependencias, habría permitido a la Unión Soviética, por ser su miembro más fuerte, convertirse en el árbitro de la seguridad europea.» Mastny, «NATO in the Beholder's Eye», p. 66. En mi opinión, en cambio, los objetivos soviéticos no eran tan rebuscados. **<<**



[36] Zubok, «Soviet Foreign Policy in Germany and Austria»; Prozumenscikov, «Nach Stalins Tod», pp. 747-751. **<<**

[37] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 93, 94. **<<**

[38] Jlevniuk *et al., Stalin i Kaganovich,* pp. 159-163; Zubok y Pechatnov, «Stalin and the Wall Street» (manuscrito inédito). **<<**

[39] Entrevistas a Oleg Troyanovski, Moscú, 6 de mayo de 1994; conversación del autor con Rostilav Sergéiev, Moscú, 14 de mayo de 1994. **<<**



[40] Caute, *Dancer Defects,* p. 411; Adzhubei, *Khrushenie illuzii. Vremia v sobitiakh i litsakh,* pp. 128-135. **<<**

[41] Zubok, «Nebo nad sverkhderzhavami», pp. 47-55. **<<**



[42] Un examen más detallado de la política del Kremlin nos permite observar que en 1955 Molotov se encontró prácticamente solo (aunque Kaganovich y Voroshilov estuvieron de su parte en algunas cuestiones) y distanciado de los demás oligarcas del régimen en sus dudas acerca de la «nueva política exterior», y en su postura de oposición a ella Véase Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 35-158. **<<**

[43] Protocolo n.º 184. Zasedaniie 30 janvaria 1956. En Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 90, 92 encontramos un intercambio de opiniones acerca del borrador del informe del CC del PCUS al XX Congreso del Partido. **<<**



[44] Taubman, *Khrushchev,* pp. xvii-xx. **<<**

[45] Ibídem, p. 330. Discurso de Jrushchov en la conferencia de la ciudad de Leningrado y su aparato regional, 8 de mayo de 1954, APRF, f. 52, op. 1, d. 398, 1. 222-238; el informe taquigrafiado correspondiente a la reunión del Presidium de 1 de julio de 1959 aparece en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 256-287. **<<**



[46] Troyanovski, «Nikita Khrushchev and the Making of Soviet Foreign Policy», p. 5. **<<**

[47] El primer ministro británico, Anthony Eden, presentó su plan en la Conferencia de Berlín de ministros de Asuntos Exteriores celebrada en enero-febrero de 1954. En esencia, el Plan Eden consistía en convocar elecciones libres en toda Alemania y crear un gobierno para las dos Alemanias que se encargara de negociar un tratado de paz con las cuatro potencias de la ocupación. La Alemania unida sería libre de elegir o rechazar su alineación con el bloque de países del Este o con el de Occidente. Véase Dockrill, «Eden Plan and European Security», pp. 162-189; véase asimismo Varsori, «Gouvernement Eden et l'Union Sovietique». **<<**



[48] «Sobre las posturas de los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia en la cuestión alemana ante la próxima conferencia de los líderes de los gobiernos de las cuatro potencias», Comité de Información (KI), memorándum, junio de 1955, APRF, f. 595, op. 6, por. 51, d. 769, d. 51, 1. 29-47; «La postura de las potencias europeas en relación con el establecimiento de un sistema de seguridad colectiva en Europa ante la próxima conferencia de los líderes de los gobiernos de las cuatro potencias», APRF, f. 898, op. 6, d. 769, 1. 48-63; RGANI, f. 89, per. 70, dokument 7, 1. 6. **<<**

[49] RGANI, f. 89, per. 70, dokument 7, 1. 6. Los cálculos soviéticos no andaban errados; véase Antonio Varsori a propósito de los objetivos británicos en la Conferencia de Ginebra, y Collette Barbier a propósito de los franceses, en Bischof y Dockrill, *Cold War Respite,* pp. 75-116. **<<**



[50] Jrushchov, «Memuari Nikiti Sergeevicha Khrushcheva», p. 69; *FRUS,* 1955-1957, 5, pp. 259, 417-418; Richter, *Khrushchev's Double Bind,* p. 71; Taubman, *Khrusbchev*, pp. 349-353. **<<**

[51] Immerman, «“Trust in the Lord but Keep Your Powder Dry”», p. 49. **<<**



[52] Memorándum de los debates de la CCLVI Asamblea del Consejo Nacional de Seguridad, Washington, 28 de julio de 1955, en *FRUS,* 1955-1957, 5, p. 534. **<<**

[53] Georgi Kornienko, por aquel entonces uno de los principales analistas del comité, estuvo en Ginebra como miembro de ese grupo de inteligencia sobre el terreno. Entrevista del autor, 16 de abril de 1990, Moscú. **<<**



[54] Prados, «Open Skies and Closed Minds», pp. 224-225, 232-233; véase asimismo Rostov, *Open Skies.* **<<**

[55] *FRUS,* 1955-1957, 5, p. 534. **<<**



[56] Dobrinin, *In Confidence,* p. 38. **<<**

[57] Más detalles en Smirnov y Zubok, «Nuclear Weapons after Stalin’s Death», p. 16; véase asimismo *FRUS,* 1955-1957, 5, p. 413. **<<**



[58] «Zapis besedi N. A. Bulganina s Poslom KNR v SSR Liu Qiao», 19 de marzo de 1955, RGANI, f. 5, op. 30, d. 116, 1.19; Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva», *Otechesvennaia historia* 1 (2000), p. 161. **<<**

[59] Adenauer pensaba que en la cumbre de las grandes potencias no se conseguiría alcanzar un acuerdo sobre la unidad de Alemania. Su viaje a la Unión Soviética no fue más que un movimiento táctico para impedir la aparición de sentimientos de neutralidad en Alemania Occidental. Véase Schwarz, *Die Ära Adenauer,* y, de este mismo autor, *Entspannung und Wiedervereinigung,* Conze, «No Way Back to Potsdam», pp. 209-210. Los soviéticos estaban perfectamente informados de las razones que movían a Adenauer. Véase, por ejemplo, un memorándum de Pavel Naumov, corresponsal de *Pravda* en Alemania Occidental, de fecha 3 de julio de 1955, que tanto Jrushchov como Bulganin pudieron leer el 20 de julio, cuando dio inicio la cumbre de Ginebra, en RGANI, f. 5, op. 30, d. 114, 1. 176-177. **<<**



[60] Encontramos argumentos similares en Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall*, pp. 47-48, 53-57. **<<**

[61] Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 900; para más detalles, véase Zubok, «Multi-Level Dynamics of Moscow's German Policy». **<<**



[62] Protocolo n.º 168 de la sesión del Presidium, 6 de noviembre de 1957 y 7 de noviembre de 1958, Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 58-60, 900. **<<**

[63] Kolokolov *et al., Sovetsko-Izrailskie otnosheniia,* 2, pp. 430-436; «O meropriiatiakh SShA po prevrashcheniiu Izrailia v voienny platsdarm na Blizhnem Vostoke», KI a Stalin, 19 de septiembre de 1952, AVPRF, f. 595, op. 6, por. 8, d. 769, 1. 74-87. **<<**



[64] Naumkin, *Blizhnevostochnii konflikt,* 1, pp. 114, 139-141, 148, 149-156, 170-171, 180-181; KI a Stalin a propósito de la situación de Egipto el 9 de diciembre de 1952, AVPRF, f. 595, op. 6, por. 8, d. 569, 1. 45-48; KI al Presidium del CC a propósito de Nasser, 8 de marzo de 1954, AVPRF, f. 595, d. 769, 1. 25. **<<**

[65] Zubok, «Soviet Intelligence and the Cold War», pp. 466-468. **<<**



[66] Mlechin, *MID: Ministri inostrannikh del,* pp. 335-336; Sajarov, *Vospominania,* p. 247. **<<**

[67] Información del Departamento para el Oriente Próximo y el Oriente Medio del Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, 18 de julio de 1955, en Naumkin, *Blizhnevostochnii konflikt,* 1, pp. 306-307; véase asimismo, pp. 301, 328, 333-334, 335, 340-344, 365-367. **<<**



[68] Gaiduk, *Confronting Vietnam,* pp. 15-16; Olsen, «Changing Alliances», pp. 65-66. **<<**

[69] Véase Qiang Zhai, *Dragon, the Lion, and the Tagle,* p. 175; para la visión estratégica de la crisis que tenía Estados Unidos, véase Chang, *Friends and Enemies,* pp. 129-142; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 217-218. **<<**



[70] Westad, *Global Cold War,* p. 69; Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 154-155, 162-163; «USSR-PRC (1949-1983), Documents and Materials, Part I, 1949-1963» Historical-Diplomatic Division of the Ministry of Foreign Affairs of the USSR, Moscú, 1985), AVPRF, pp. 145-146, 147-148; Negin y Smirnov, «Did the USSR Share Its Atomic Secrets with China?», pp. 303-317. **<<**

[71] Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 167-169. En julio de 1955, durante la exhibición aérea anual, los soviéticos hicieron todo lo posible por impresionar a los delegados militares extranjeros. No dudaron en utilizar una estratagema consistente en hacer volar tres veces sobre el mismo campo a los diez aviones que formaban la única escuadrilla disponible de bombarderos M-4. Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* p. 24. **<<**



[72] *FRUS,* 1955-1957, 5, p. 416. **<<**

[73] Véase el informe de las conversaciones que mantuvieron el embajador soviético Pavel Yudin y Mao Zedong el 8 de marzo y el 25 de mayo de 1955, según consta en el AVPRF, traducido y publicado por Wingrove, «Mao's Conversations with the Soviet Ambassador», pp. 28, 35-41. **<<**



[74] Chen Jian, *Chinas Road to the Korean War*, pp. 42-43; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* p. 63. **<<**

[75] Chang, *Friends and Enemies,* p. 137; Qiang Zhai, *Dragon, the Lion, and the Tagle,* pp. 173-174. **<<**



[76] Eimermacher *et al., Doblad N. S. Khrushcheva 0 kulte lichnosti*; Nikolai Barsukov, «Kak sozdavalsia'zakritii doklad Khrushcheva», *Literaturnaia Gazeta,* 21 de febrero de 1996; Roy Medvedev y Vladimir Naumov, «XX s'ezd: taina zakrytogo zasedaniia», *Vechernii klub,* 26 de febrero de 1996; Aksyutin y Pyzhikov, «O podgotovke zakrytogo doklada N. S. Khrushcheva XX s'ezdu KPSS v svete novikh dokumentov», pp. 107-117. **<<**

[77] Para la reacción de Pospelov, véase Mikoyan, *Tak bylo,* p. 592. **<<**



[78] Mikoyan, *Tak bylo,* p. 594; «Iz rabochei protokolnoi zapisi zasedaniia Prezidiuma TsK KPSS», 9 de febrero de 1956, y Stenogramma Plenuma TsK KPSS, 13 de febrero de 1956, en Eimermacher *et al*., *Doblad N. S. Khrushcheva 0 kulte lichnosti,* pp. 234-237, 241-243. **<<**

[79] Yakovlev, *Omut pamiati,* p. 116. **<<**

[80] Troyanovski comenta en su libro que un choque de ese tipo durante la cumbre de Ginebra «afectó negativamente un importante asunto de estado». Troyanovski, *Cherezgodi i rasstoiania,* p. 189; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 95. **<<**

[81] Chuev, *Kaganovich, Shepilov,* pp. 342, 352. **<<**



[82] «O povedenii sovetskikh diplomatov», informe al CC del PCUS realizado por el escritor Boris Polevoi, miembro de la delegación, RGALI, f. 631, op. 26, d. 3826, 1. 9-10. **<<**

[83] Sesión del Presidium, 11 de agosto de 1956, Protocolo n.º 32, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 156-157. **<<**



[84] Chuev, *Kaganovich, Shepilov,* p. 352; Fursenko y Naftali, *Khrushchev’s Cold War,* pp. 101-106. **<<**

[85] Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 156-159, 162-163; Mlechin, *MID: Ministri inostrannikh del,* p. 343; discurso no pronunciado de Vladimir Semenov en el pleno de junio de 1957 del CC del PCUS, en Kovaleva *et al., Molotov, Malenkov*, *Kaganovich,* p. 678. **<<**



[86] Para una opinión distinta, véase Narinski, «Sovetskii Soiuz i Suetskii crisis 1956 goda», pp. 54-66. **<<**

[87] Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS, 2,* pp. 359-362. **<<**



[88] Actas del Presidium correspondientes a los días 9 y 12 de julio y 4, 20 y 21 de octubre de 1956, en Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 149, 168, 173-175; Granville, *First Domino,* pp. 121-123. El Presidium decidió convocar una reunión de urgencia de los partidos comunistas de todos los demás países, miembros de la Organización del Pacto de Varsovia. Hubo también frases ominosas en las notas de Malin acerca de la «preparación de un documento» y la «creación de un comité» que pueden dar lugar a diversas interpretaciones. Sergo Mikoyan afirma que oyó cómo su padre, Jrushchov y otros líderes discutían acerca de una invasión militar en Polonia (según cuenta en el informe presentado en una conferencia internacional celebrada en Saratov, Rusia, el 3 de julio de 2001). Para el bando polaco, véase Gluchowski, *Soviet-Polish Confrontation of October, 1956.* **<<**

[89] Chen Jian, *Mao’s China and the Cold War,* pp. 146-148. Este párrafo también se basa en los documentos hechos públicos por Leo Gluchowski, que se encuentran en el NSArch. **<<**



[90] El texto de la declaración fue publicado el 31 de octubre de 1956 por *Pravda.* Para las fuentes húngaras, entre otras, relacionadas con la revolución de Hungría, véase el libro del congreso «Hungary and the World, 1956: The New Archival Evidence», que se celebró en Budapest los días 26-29 de septiembre de 1996 por iniciativa del NSArch, el CHWIP y el Instituto para la Historia de la Revolución Húngara de 1956. **<<**

[91] Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 180, 181, 185, 188-190; Kramer, «New Evidence on Soviet Decision-Making», pp. 389-392. **<<**



[92] Para el papel que desempeñó China, véanse Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 178-179, 188-189; y Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 150-157. **<<**

[93] Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 1988-1991. **<<**



[94] Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 191-192; Kramer, «New Evidence on Soviet Decision-Making», p. 393. **<<**

[95] Mark Kramer y Johanna Granville hacen mayor hincapié en los factores del canal de Suez y el efecto de «derrame». Véanse Kramer, «New Evidence on Soviet Decision-Making», pp. 369-371; y Granville, *First Domino.* Alexander Stykalin, sin embargo, reconoce que en el último minuto la opinión del CCP, Palmiro Togliatti y otros líderes comunistas tuvo un impacto en la toma de decisiones del Kremlin. Véase su *Prervannaia revoliutsia*; Gluchowski, «Khrushchev, Gomulka, and the "Polish October"», pp. 1, 38-49. **<<**



[96] Notas de Malin, 18 de octubre de 1956, en Fursenko *et al., Presidium TsK KPSS,* 1, pp. 186, 191. **<<**

[97] Yakovlev, *Omut pamiati,* p. 117. **<<**



[98] Para las posturas de Tito y Gomulka, véase Granville, *First Domino*, pp. 100-121. **<<**

[99] Mikoyan, *Tak bylo,* p. 604; notas de Malin, 4 de noviembre de 1956, en Fursenko *et al., Presidium TsK KPSS,* 1, p. 202. **<<**



[100] Para la versión china de los hechos, véanse Shi Zhe, «At the Side of Mao Ze-dong and Stalin: Shi Zhe's Memoirs», traducido por Chen Jian (citado con su autorización); Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 158-162; y Zubok, «"Look What Chaos in the Beautiful Socialist Camp!"», p. 153. **<<**

[101] Comentarios de Zhou Enlai a propósito de la Unión Soviética, 24 de enero de 1957, traducidos y publicados por Zhan Shuguang y Chen Jian en «Emerging Disputes between Beijing and Moscow», pp. 153-154; véanse asimismo las observaciones que realizó Deng Xiaoping a la delegación soviética durante el encuentro en Moscú que tuvo lugar los días 5-20 de julio de 1963, cuya copia se halla en el SAPMO-B Arch, JIV 2/207 698, S. 75. Según Chen Jian, en varios discursos internos, Mao hizo hincapié en que Jrushchovy sus colegas habían abandonado no sólo «la bandera de Stalin», sino también «la de Lenin». Que China debía enarbolar esa bandera, pues había llegado su turno. Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 158-162. **<<**



[102] Comentario de Molotov durante el pleno de junio de 1957, en Kovaleva *et al., Molotov, Malenkov, Kaganovich,* p. 131. **<<**

[103] Kovaleva *et al., Molotov*, *Malenkov, Kaganovich,* p. 128; *Pravda,* 19 y 23 de noviembre de 1956; discurso de Jrushchov en Varna, 16 de mayo de 1962, publicado en *Istochnik,* 6 (2003), p. 136; para las razones que se ocultaban tras los actos contradictorios de Tito, véanse Granville, «Tito and the “Nagy Affair”», pp. 23-57; y Rainer, *Nagy Imre, 2,* p. 347. Para la reacción de Jrushchov ante el giro dado por Tito, véase Tischler, «Poland’s October and the 1956 Hungarian Revolution». **<<**



[104] Carta de Antonina Peterson a Shepilov, 3 de mayo de 1957, carta del ingeniero M. Petrigin al CC del PCUS, 25 de enero de 1957, carta del coronel P. Nesterov a Jrushchov, 30 de enero de 1957, RGANI, f. 5, op. 30, d. 189, 1. 1-6, 29-30 y d. 190, 1. 142-162. **<<**

[105] Mikoyan, *Tak bylo,* pp. 599, 602. **<<**



[106] «Posledniaia “antipartiinaia” gruppa. Stenografischeskii otchet iiunskogo (1957) plenuma TsK KPSS», *Istoricheskii arkhiv,* 3, 4, 5, 6 (1993), y 1, 2 (1994); para las versiones inéditas de esos mismos materiales, véase Kovaleva *et al., Molotov, Malenkov, Kaganovich.* **<<**

[107] *Istoricheskii arkhiv,* 3 (1993), pp. 74-75. **<<**



[108] *Istoricheskii arkhiv, 4* (1993), pp. 27, 29. **<<**

[109] *Istoricheskii arkhiv,* 3 (1993), p. 79. **<<**

[110] Véase la comparación entre los dos grupos en Mikoyan, *Tak bylo,* p. 604. **<<**

[111] Naumov *et al., Georgia Zhukov,* pp. 297, 425; Fursenko *et al., Presidium TsK KPSS,* 1, pp. 252, 263-264, también comentarios en pp. 1011-1012; Dobrynin, *In Confidence,* pp. 37-38. Para las críticas vertidas por Zhukov contra Jrushchov, véase Taubman, *Khrushchev,* p. 314. **<<**



[112] Naumov *et al., Georgia Zhukov,* p. 379. **<<**

[113] Zubok, «Soviet Intelligence and the Cold War», pp. 453-472. **<<**



[114] Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», p. 216. **<<**

[1] El presente capítulo se basa en el artículo que escribí en colaboración con Hope S. Harrison, «Nuclear Education of Nikita Khrushchev». Deseo expresar mi agradecimiento a la profesora Harrison por permitirme utilizar en este libro fragmentos de esa publicación conjunta. **<<**



[2] Véase Weart, *Nuclear Fear.* **<<**

[3] Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* 21. La estrategia de «nuevo aspecto» favorecida por la administración Eisenhower fue adoptada en 1953. Hacía hincapié en el empleo de medios nucleares para disuadir a los soviéticos, actitud que se reflejaba en el despliegue de armas nucleares de todo tipo y alcance en Europa Occidental con el fin de llevar a cabo una «represalia masiva» en caso de agresión soviética. A finales de 1957, Eisenhower, en un intento de mitigar el susto provocado por el Sputnik en Europa Occidental, anunció el despliegue de misiles IRBM en los países de la OTAN que quisieran acogerlos. Véase Bundy, *Danger and Survival,* pp. 245-255; y Trachtenberg, *History and Strategy,* pp. 138-139, 156-162 y 202. **<<**



[4] Para el debate académico acerca del efecto estabilizador de las armas nucleares, véase Mearsheimer, «Nuclear Weapons and Deterrence in Europe», pp. 19-46; Gaddis, «Long Peace», pp. 99-142; Gaddis, Gordon, May y Rosenberg, *Cold War Statesmen Confront the Bomb.* **<<**

[5] Para este defecto de la doctrina de «contención» norteamericana, véase Logevall, «Bernath Lecture», pp. 475-484. **<<**

[6] V. B. Adamski, en Lebedev, *Andrei Sakharov*, p. 31. Una exposición reciente de la posición soviética en la carrera de armas estratégicas puede verse en Zaloga, *Kremlin’s Nuclear Sword.* Y también, para el proyecto de la bomba de hidrógeno soviética y el rumbo claramente distinto que siguió respecto al proyecto norteamericano, véase Holloway, *Stalin and the Bomb*, pp. 294-319. **<<**

[7] Véase Riabev, ed., *Atomnii Project SSSR: Dokumenti i Materiali,* vol. 2, libro 1, pp. 639-643; el mariscal Alexander Vasilevski a Stalin acerca de las medidas de protección preparatorias frente a las armas atómicas y biológicas, 12 de septiembre de 1952, copia del documento manuscrito, Volkogonov Collection, LC. **<<**



[8] Transcripción de 3 de julio de 1953, pleno del CC del PCUS, *Izvestia TsK KPSS,* 2 (1991), pp. 166-170. **<<**

[9] N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers,* p. 68; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 1, p. 45; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower,* G. Goncharov, «Khronologiia», p. 247; Sakharov, *Memoirs,* pp. 180-181; Holloway, *Stalin and the Bomb,* p. 324. **<<**



[10] Zuboky Smirnov, «Moscow and Nuclear Weapons», pp. 1, 14-28. **<<**

[11] Para el enorme impacto de dicha prueba en la opinión pública mundial, véase Holloway, *Stalin and the Bomb,* p. 337. Véase asimismo Weisgall, *Operation Crossroads,* pp. 302-307; Cork, *Advisors,* pp. 85-86; Hewlett y Holl, *Atoms for Peace and War,* pp. 168-182. **<<**



[12] G. Goncharov, «Khronologiia», p. 249. **<<**

[13] «El peligro de guerra atómica y la propuesta del presidente Eisenhower», memorándum de V. Malishev a N. Jrushchov, 1 de abril de 1954, RGANI, f. 5, op. 126, d. 126, 1. 38. **<<**



[14] Ibídem, 1. 39, 40, 41; véase asimismo Zubok y Smirnov, «Moscow and Nuclear Weapons», pp. 14-15. Es posible que los físicos comunicaran oralmente sus preocupaciones a los dirigentes del Kremlin, al menos a Malenkov, antes de ponerlas por escrito. **<<**

[15] Para el discurso de Malenkov, véase *Pravda,* 13 de marzo de 1954; para el discurso de Mikoyan, véase *Kommunist* (Erevan), 12 de marzo de 1954. **<<**



[16] *Pravda,* 27 de abril de 1954. **<<**

[17] Volkovy Kolesova, «Soviet Reaction to U. S. Nuclear Policy», pp. 6-9. **<<**



[18] S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 1, p. 45; los fragmentos de esta película clasificada fueron utilizados luego en muchos documentales, por ejemplo en «Director científico: la vida de Yuli B. Jariton», producida en Moscú en los años noventa; Vlasov, «Desiat’let riadom s Kurchatovim», p. 42; Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 307; Heikal, *Sphinx and Commissar,* p. 129. El subrayado de la frase es nuestro. **<<**

[19] S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 1, pp. 62-67. **<<**



[20] Zubok y Pleshakov, «The Soviet Union», en Reynolds, *Origins of the Cold War in Europe,* p. 71. **<<**

[21] «Turnir dlinoi v tri desiatiletiia», *Istoricheskii arkhiv,* 2 (1993), p. 58-67. **<<**



[22] Wittner, *Resisting the Bomb,* pp. 23-25, 105-106; Sajarov, *Memoirs,* pp. 194-195; Holloway, *Stalin and the Bomb,* pp. 316-317. **<<**

[23] «Zapis besedy G. K. Zhukova s Prezidentom SShA Eizenkhauerom», 20 de julio de 1955, RGANI, f. 5, op. 30, d. 116, 1. 122-123, publicado en Naumov *et al., Georgii Zhukov,* pp. 38-40; la versión norteamericana de la reunión puede verse en *FRUS, 1955-57,* 5, pp. 408-418. **<<**



[24] *Pravda,* 15 de febrero de 1956. **<<**

[25] Sergei Jrushchov recuerda un episodio cuando acompañó a su padre en una visita a ver los misiles que estaban construyéndose en la fábrica de Korolev «en torno a enero de 1956». Jrushchov preguntó a Dmitri Ustinov, a la sazón jefe de la comisión de industrias militares del Consejo de Ministros, cuántas bombas harían falta «para dejar fuera de combate a Inglaterra». Cuando Ustinov respondió que «cinco», parece que Jrushchov respondió: «¡Qué potencia más terrible! La última guerra fue sangrienta, pero con cargas como esta resulta sencillamente imposible». S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 1, p. 103; *Pravda,* 18 de noviembre de 1955; Holloway, *Stalin and the Bomb,* p. 343. **<<**



[26] *Pravda,* 15 de febrero de 1956. **<<**

[27] Rosendorf, «John Foster Dulles' Nuclear Schizophrenia», p. 83; y Erdmann, «War No Longer Has Any Logic Whatever», pp. 98-110. Dobrynin, *In Confidence,* p. 38; «Conference of First Secretaries of Central Committees of Communist and Workers Parties of Socialist Countries for the Exchange of Views on Questions Related to the Preparation and Conclusion of a German Peace Treaty, August 3-5, 1961», *CWHP Bulletin,* n.º 3 (otoño de 1993), p. 60. Para lo que aprendió Jrushchov de John Foster Dulles y su «duelo» con los hermanos Dulles, véase Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War*, pp. 190-191; y Zubok, «Inside the Covert Cold War», pp. 25-27. **<<**



[28] Taubman, *Khrushchev,* pp. 359-360; transcripción de la sesión del plenario del Comité Central del PCUS de junio de 1957, *Istoricheskii arkhiv*, 4 (1993), p. 36. Immerman, *John Foster Dulles and the Diplomacy of the Cold War.* En efecto, a partir de 1957, John Foster Dulles empezó a abrigar serias dudas sobre la factibilidad de su doctrina de «represalias masivas», pues, como dijera en una ocasión, «un tiroteo nuclear entre Estados Unidos y la URSS podría hacer que todo el hemisferio norte resultara inhabitable o, en todo caso, que resultara muy arriesgado habitarlo». Memorándum de conversación en la sesión del Consejo de Seguridad Nacional (CSN) de 7 de abril de 1958, NSArch. Deseo expresar mi agradecimiento a William Burr por llamar mi atención sobre este documento. **<<**

[29] No está muy claro qué era lo que sabía Jrushchov acerca de las ideas de Clausewitz. El estado mayor del ejército soviético, sin embargo, siempre tuvo en muy alta consideración al teórico prusiano. El legado de Clausewitz formó siempre parte de la exégesis ideológica del partido porque Friedrich Engels había sido un admirador de sus teorías de la guerra y además Lenin las había comentado. En 1947, Stalin recurrió a Clausewitz para confirmar que el autor alemán había previsto la idea marxista-leninista de que «existe una relación directa entre la guerra y la política, la política engendra la guerra, y la guerra es la continuación de la política por medios violentos». Stalin, «Otvet tovarischu Razinu», 23 de febrero de 1946, *Bolshevik,* 3, p. 1947. Véase asimismo la edición soviética de Clausewitz, *O voine* (Voenizdat, Moscú, 1941); y Kokoshin, *Soviet Strategic Thought.* **<<**



[30] *Pravda,* 14 de mayo de 1957; transcripción del pleno del Comité Central del PCUS de junio de 1957, *Istoricheskii arkhiv,* 4 (1993), p. 5. **<<**

[31] Reunión del Presidium de 1 de febrero de 1960, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 424. **<<**



[32] Las estadísticas del Posplan demuestran que en 1958 los misiles se llevaban sólo el 8,5 por 100 del gasto total en equipamientos del Ministerio de Defensa. En 1959 esa cuota se había casi triplicado, y ascendía al 21,5 por 100. En 1962 equivalía casi al 44 por 100. Simonov, *Voienno-promishlennii kompleks*, p. 247; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 1, p. 384; P. L. Podvig, ed., *Strategicheskoie iademoie vooruzheniee Roíz* (IzdAt, Moscú, 1998); Bystrova, «Sovetskii voennii potentsial perioda "kholodnoi voini" v amerikanskikh otsenkakh», pp. 132-136; véanse asimismo los datos del Centro de Estudios de Desarme, Energía y Ecología del Instituto de Física y Tecnología de Moscú en http://www.armscontrol/ru. **<<**

[33] Engerman, «Romance of Economic Development and New Histories of the Cold War», pp. 29-42; Taubman, *Khrushchev*, pp. 364-365, 480. **<<**



[34] Simonov, *Voienno-promishlennii kompleks*, pp. 249-250, 303, 307; http://www.vriitf.ru/begin.phtml; Viktoriia Glazirina, «Krasnoiarsk-26: A Closed City of the Defense-Industry Complex», en Barber y Harrison, *Soviet Home Front,* p. 196; Ladyzhenskii, «Krasnoiarsk-26», pp. 125-151. **<<**

[35] Ello habría supuesto que las rutas de acceso desde Alemania Occidental a Berlín Oeste pudieran quedar bajo la jurisdicción de Ulbricht. Las potencias occidentales temían que el régimen de la RDA cerrara dichas rutas, lo que luego habría puesto a Occidente en una situación muy difícil: o retirarse de Berlín Oeste o declarar la guerra. Para la idea de renunciar a los acuerdos de 1945 sobre Alemania, véase Fursenko *et al., Presidium TsK KPSS,* 1, pp. 338-339. **<<**



[36] Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», p. 221; Burr, «Eisenhower’s Search for Flexibility». **<<**

[37] Véase Adomeit, *Soviet Risk-Taking and Crisis Behavior,* Schick, *Berlin Crisis*; Catudal, *Kennedy and the Berlin Wall Crisis;* Slusser, *Berlin Crisis of 1962;* Beschloss, *Crisis Years.*; Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* p. 114. Adenauer y el ministro de Defensa Franz-Josef Strauss intentaron de hecho la nuclearización de Alemania Occidental. Véase Kosthorst, *Brentano und die deutsche Einheit,* pp. 137-143; para la cuestión de la nuclearización de Alemania Occidental, véanse Kelleher, *Germany and the Politics of Nuclear Weapons,* pp. 43-49; y Trachtenberg, *History and Strategy,* pp. 252-253. **<<**



[38] S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* p. 416; Hope Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* pp. 116-117. En noviembre-diciembre de 1958, fueron desplegados, por orden de Jrushchov, misiles soviéticos de alcance medio, en las bases recién creadas en Alemania Oriental, al objeto de reforzar sus amenazas. Uhl e Ivkin, «Operation Atom», pp. 299-307. **<<**

[39] Wittner, *Resisting the Bomb,* pp. 278-280; Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 252. **<<**



[40] «Stenograficheskaia zapis zasedaniia Prezidiuma TsK KPSS po voprosu “O direktivakh sovetskoi delegatsii v Komitete desiati po razoruzheniiu”», 1 de febrero de 1960, Fursenko *et al, Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 423-424, 427, 431, 432, 434-435. **<<**

[41] Para las tensiones que sufría Jrushchov en su interior, véase Taubman, *Khrushchev,* pp. 423-439. **<<**



[42] Zubok, «Khrushchev’s 1960 Troop Cut», pp. 416-420; Nichols, *Sacred Cause,* pp. 71-83; Hansen, *Correlation of Forces,* p. 67. **<<**

[43] «Informe del Presidium del CC del PCUS al Comité Central, no posterior al 14 de octubre de 1964», *Istochnik,* 2 (1998), p. 112. **<<**



[44] *Pensamiento militar* había sido copiado por Penkovski y pasado a la CIA. Los documentos fueron desclasificados y hechos públicos en junio de 1992 y puede accederse a ellos en NSArch. **<<**

[45] Sokolovskii, *Estrategia militar.* Entrevista con el teniente general Valentin Larionov (que participó en la redacción de *Estrategia militar),* Moscú, 29 de mayo de 1991; Valentin Larionov, «Tiazkhii put poznaniia (Iz istorii iadernoi strategii)», manuscrito inédito (cortesía de Valentín Larionov). **<<**



[46] Para el trasfondo de la disputa Mao-Jrushchov, véase Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 210-235; Chen Jian, *Mao's China and the Cold War,* pp. 64-67; Taubman, *Khrushchev,* pp. 336-342, 389-395, 470-471. Para la cooperación nuclear, véase Yuli Jariton y Yuri Smirnov, «Otkuda vzialos i bilo li nam neobkhodimo iadernoie oruzhiie», *Izvestia,* 21 de julio de 1994, p. 5; Negin y Smirnov, «Did the USSR Share Its Atomic Secrets with China?», pp. 303-317. **<<**

[47] N. Jrushchov, *Khrushchev Remembers,* pp. 467-468; Schecter y Luchkov, *Khrushchev Remembers,* pp. 147-150; Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 326-27. **<<**



[48] Li Zhisui, *Private Life of Chairman Mao,* pp. 270-271; CC PCUS al CC PCCh, carta de 27 de septiembre de 1958, publicada en *CWHP Bulletin,* n.º 6-7 (invierno 1995/96), pp. 219, 226-227; Zubok, «Khrushchev-Mao Conversations», pp. 243-272. **<<**

[49] Negin y Smirnov, «Did the USSR Share Its Atomic Secrets with China?», pp. 311-312; Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», p. 229. **<<**



[50] Taubman, *Khrushchev,* pp. 393-395. **<<**

[51] Para los posibles planteamientos de los debates del Kremlin de marzo-abril de 1960, véase Oleg Grinevski, *Tysiacha i odin den Nikity Sergevicha,* pp. 154-164; Taubman, *Khrushchev,* pp. 454-455. **<<**



[52] Para los antecedentes del caso U-2 y las actividades de Jrushchov durante 1960, véase Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 202-209; Taubman, *Khrushchev,* pp. 442-479; Israelian, *Na frontakh kholodnoi voini,* 76. **<<**

[53] Davidson, Mazov yTsipkin, *SSSR iAfrica, 1918-1960,* p. 99; Mirski, «Polveka v mire vostokovednia», p. 130. **<<**



[54] Taubman, *Khrushchev,* pp. 474-477; Jrushchov al Presidium del CC, 10 de octubre de 1960, *Istochnik,* 6 (2003), pp. 116-117. **<<**

[55] Véanse más detalles en Taubman, *Khrushchev,* pp. 491, 495; Dobrinin, *In Confidence,* p. 44 **<<**



[56] Protocolo n.º 331, sesión del Presidium del CC del PCUS de 26 de mayo de 1961, y «Vyskazyvaniia N. S. Khrushcheva v khode zasedaniia Prezidiuma TsK KPSS ob obmene mneniiami kvstreche tov. Khrushcheva N. S. S Kennedy v Vene», 26 de mayo de 1961, en Fursenko *et al., Presidium Tsk KPSS,* 1, pp. 498-499, 502-503. **<<**

[57] Korol, «Upushchennaiia vozmozhnost», pp. 102-103. **<<**



[58] Beschloss, *Crisis Years,* p. 330. **<<**

[59] Para los informes del KGB-GRU sobre los planes de ataque norteamericanos, el primero de ellos de 29 de junio de 1960, véase Fursenko, «Neobychnaia sudba razvedchika G. N. Bolshakova», pp. 94-95. Conferencia de primeros secretarios de CC, 3-5 de agosto de 1961; fragmentos traducidos en el *CWIHP Bulletin,* n.º 3 (1993), p. 60. **<<**



[60] Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* pp. 116, 164, 195; Tismaneanu, *Stalinism for All Seasons,* pp. 144, 163, 167, 177-181. El 18 de julio de 1961, Penkovski dijo a sus agentes de la CIA que «si nos fijamos en la situación actual, el ejército soviético no está preparado para una guerra generalizada». Informes de Penkovski, pp. 18-19 de julio de 1961, p. 14, NSArch; Schecter y Deriabin, *Spy Who Saved the World,* pp. 205-213. **<<**

[61] Zubok, «Inside the Covert Cold War», pp. 26-27. **<<**



[62] Esta decisión se deduce del documento citado por el general de división retirado Vadim Makarevski, «O premiere N. S. Jrushchov, marshale G. K. Zhukove i generale I. A. Plieve», *Mirovaia ekonomika i mezhduna-rodniie otnosheniia,* 8-9 (1994), p. 193; Lebedev, *Andrei Sakharov,* pp. 602-603; Adamski y Smirnov, «Soviet 50-Megaton test in 1961», pp. 3, 19-20. **<<**

[63] Fursenko, *Rossiia i mezhdunarodniie krizisi,* pp. 248-249, 252-253; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War,* pp. 372-375; Harrison, *Driving the Soviets Up the Wall,* pp. 178-186; notas de Jrushchov acerca de la cuestión alemana, 11 de diciembre de 1961, *Istochnik* 6 (2003), pp. 123-127. **<<**



[64] *XXII S’ezd Kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuza. Stenograficheskii otchet* (Gospolitizdat, Moscú, 1992), 2, pp. 571-572. **<<**

[65] Para el episodio del punto de control Charlie, véase Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», p. 233, y la explicación de Jrushchov en el Presidium de 8 de enero de 1962, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 546; Fursenko, *Rossiia i mezhdunarodniie krizisi,* pp. 243-244; y Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War,* pp. 403-404. Para una interpretación menos optimista, véanse Falin, *Bez Skidok na obstoiatelstva,* pp. 88-89; Falin, *Politische Erinnerungen,* pp. 345-346; y Garthoff, «Berlin 1961». **<<**



[66] «Stenograficheskaia zapis zasedaniia Prezidiuma TsK KPSS po voprosu o pozitsii Pravitelstav SSSR na dalneishikh peregovorakh s pravitelstvami SShA, Anglii i Frantsii po germnanskomu voprosu», 8 de enero de 1962, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 545, 547. **<<**

[67] Naftali, «NATO, the Warsaw Pact and the Rise of Détente»; véanse asimismo los comentarios de Naftali en http://www.cia.gow/csi/books/watchingthebear/article06.html. **<<**



[68] Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 536-537; Sajarov, *Sakharov Speaks,* p. 33. **<<**

[69] El debate sobre el grado de seriedad de la amenaza no ha cesado nunca. Para una polémica reciente, véase Kramer, «Tactical Nuclear Weapons, Soviet Command Authority, and the Cuban Missile Crisis»; Blight, Allyn y Welch, «Kramer vs. Kramer», pp. 40, 41, 42-46, 47-50; Lebow y Stein, *We All Lost the Cold War,* pp. 94-109. **<<**



[70] Ulam, *Expansion and Coexistence,* pp. 668-672. **<<**

[71] Blight, Allyn y Welch, *Cuba on the Brink,* p. 348. **<<**



[72] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»,* pp. 170-171, 182-183; Taubman, *Khrushchev,* pp. 406, 414, 531-532. **<<**

[73] Para los testimonios conservados en los archivos norteamericanos sobre los planes secretos de Estados Unidos de invadir Cuba y llevar otras acciones subversivas contra la isla, véase Hershberg, «Before “The Missiles of October”». **<<**



[74] Se produjo un verdadero entusiasmo masivo entre los ciudadanos soviéticos cuando Fidel Castro visitó la URSS después de la crisis de los misiles, en la primavera de 1963. El propio Castro comentó «cuán a fondo había calado la cuestión de la revolución cubana en el sentimiento del pueblo soviético. Sencillamente no podemos ni imaginarnos cómo habrían podido [los dirigentes soviéticos] hacer frente al enorme impacto, al impacto explosivo e incontrolable, que habría tenido en el pueblo soviético la noticia de una invasión norteamericana de Cuba». Blight y Brenner, *Sad and Luminous Days,* p. 63. **<<**

[75] Ibídem, p. 38; Fursenko y Naftali, «*One Hell of a Gamble*», pp. 167-170. **<<**



[76] Fursenko y Naftali dan por supuesto que la decisión de Jrushchov se basó no ya en informes concretos de los servicios de inteligencia acerca de las actividades de los americanos contra Cuba, sino en su interpretación errónea de los mensajes políticos procedentes de la Casa Blanca. Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, pp. 152-153, 156-160, 176-177. **<<**

[77] Cita de las actas de la reunión del Grupo Especial de la Operación Mangosta, 4 de octubre de 1962, a la que asistieron Robert Kennedy, Lyndon Johnson, Roswell Gilpatric, el general Maxwell Taylor, el general Lanzadle, el director de la CIA McCone, y otras personalidades, y memorándum de la reunión del director de la CIA McCone con el presidente, 23 de agosto de 1962, en Blanton *et al., Primary Source Documents.* **<<**



[78] Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», p. 234. Las Fuentes soviéticas sobre el equilibrio estratégico son ambiguas. Un autor afirma que en el otoño de 1962 48 MBIC podían llegar a Estados Unidos desde territorio soviético. Fursenko sitúa su número en 20. El número de MBIC norteamericanos en esa época ascendía, como mínimo, a 93, y eran cohetes y bombarderos de alcance medio desplegados en distintas bases de Europa y Asia. A. P. Leutin, «V pogone za paritetom (Iz istorii amerikano-sovetskoi gonki iadernikh vooruzhenii)», en *Sovetskoie obshchestvo: budín kholodnoi voini: Materialy «kruglogo stola»,* ed. V. S. Lelchuk (IRJ-RAN-AGPI, Moscú-Arzamas, 2000), p. 91; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War,* pp. 429-431; Fursenko, *Rossiia i mezhdunarodniie krizisi,* p. 338. El grupo de expertos independientes norteamericanos que forman el Consejo de Defensa de los Recursos Nacionales, afirma que en 962 la Unión Soviética poseía 36 MBIC y 72 misiles balísticos en submarinos nucleares. Estados Unidos contaba con 203 MBIC y 144 misiles en submarinos. El alto mando estratégico del aire norteamericano disponía de 1306 bombarderos de largo alcance; la Unión Soviética tenía sólo 138. Los datos proceden de http://www.nrdc.org/nuclear/nudf/datainx.asp/. **<<**

[79] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»,* pp. 179-180. **<<**



[80] Protocolo n.º 32, sesión del Presidium de 21 de mayo de 1963, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 556; Garthoff, *Reflections on the Cuban Missile Crisis,* pp. 12-17; Hansen, «Soviet Deception in the Cuban Missile Crisis». **<<**

[81] Uhl e Ivkin, «Operation Autumn», pp. 299-304. **<<**



[82] Recuerdos de Raúl Castro de 23 de enero de 1983, en la sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista Cubano, en Bligh y Brenner, *Sad and Luminous Days,* p. 43. **<<**

[83] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, pp. 191-192; el general Nikolai Leonov al autor, conversación en la Conferencia de Cuba, La Habana, 12 de octubre de 2002. **<<**



[84] Memorándum de Rodion Malinovski y Matvei Zajarov a Jrushchov, 24 de junio de 1962. «Despliegue de fuerzas soviéticas en Cuba», Volkogonov Collection, LC, documento publicado en *CWIHP Bulletin,* n.º 11 (invierno de 1998), pp. 254-256. **<<**

[85] N. P. Kamanin, *Skrytii cosmos*, vol. 1 (Infortekst-IF, Moscú, 1997), pp. 174-175. **<<**

[86] *Neizvestnaia Rossiia. XX vek. Kniga 3* (Istoricheskoie nasledie, Moscú, 1993), pp. 229-256, citado en Adamski y Smirnov, «Moralnaia otvetstvennost uchenikh i politicheskikh liderov v idernuiu epokhu», pp. 334-335. **<<**

[87] Sajarov, *Vospominaniia,* p. 294; Adamski y Smirnov, «Moralnaia otvetstvennost uchenikh i politicheskikh liderov v idemuiu epokhu», pp. 335-337. **<<**



[88] Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, pp. 195, 232; Taubman, *Khrushchev*, pp. 553-556. **<<**

[89] Protocolo n.º 60, sesión del Presidium de 22 de octubre de 1962, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 617; Fursenko, *Rossiia i mezhdunarodniie krizisi,* pp. 358-359; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War*, pp. 467-474. **<<**



[90] Esta información ha sido confirmada repetidamente por el general Anatoli Gribkov, representante del alto estado mayor soviético en Cuba antes de la crisis y durante la crisis; véase, por ejemplo, Conferencia de Cuba, 11-13 de octubre de 2002, La Habana, y las conversaciones del autor con Gribkov durante dicha conferencia, 12 de octubre de 2002. Gribkov y Smith, *Operation Anadyr,* p. 183. **<<**

[91] Reflexiones del capitán Riurik Ketov en Cherkashin, *Povsednevnaia zhizn rossiiskikhpodvodnikov,* pp. 143, 146; Mozgovoi, *Cuban Samba of the Quartet of Foxtrots.* **<<**



[92] Telegrama de Dobrinin al Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, 24 de octubre de 1962, en Blanton *et al., Primary Source Documents;* protocolo n.º 61, sesión del Presidium de 25 de octubre de 1962, en Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 621-622. **<<**

[93] Carta del presidente Jrushchov al presidente Kennedy, *FRUS,* 1961-1963, 6, pp. 178-181; Fursenko y Naftali, *«One Hell of a Gamble»*, 275-277; Israelian, *Na frontakh kholodnoi voini,* pp. 81-82. **<<**



[94] Para los textos de las versiones de la reunión que ofrecen Dobrinion y otros, véase Hershberg, «Anatomy of a Controversy», pp. 75, 77-80. **<<**

[95] Blight, Allyn y Welch, *Cuba on the Brink*, pp. 361-365; Shecter y Luchkov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*, p. 177; el intercambio de telegramas entre Jrushchov y Castro aparece reproducido en *Cuba on the Brink,* pp. 481-491. **<<**



[96] Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 569; Trostnik-Pavlovu, 27 de octubre, 1962, telegrama desclasificado del APRF, en Blanton *et al., Primary Source Documents.* **<<**

[97] Troyanovski, «Caribbean Crisis», pp. 147-157; entrevista del autor con Troyanovski, 2 de marzo de 1993, Washington, D. C. Para la reacción furiosa de Castro y de los cubanos, véase Blight y Brenner, *Sad and Luminous Days,* pp. 49-56. **<<**



[98] «Trostnik-tovarischu Pavlovu», telegrama de 20 de noviembre de 1962, desclasificado del AVPRF, en Blanton *et al., Primary Source Documents.* **<<**

[99] Actas de la conversación entre las delegaciones del Partido Comunista Checoslovaco (PCCh) y del Partido Comunista de la URSS (PCUS) en el Kremlin, 30 de octubre de 1962, procedentes del Archivo Estatal Central, Archivo del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia (Praga), Antonin Novotny, Kuba, caja 193, suministradas por Oldrich Tuma y traducidas por Linda Mastalir, en *et al., Primary Source Documents.* **<<**



[100] Mikoyan, *Tak bylo,* p. 606. **<<**

[101] Véase el análisis de este asunto que hace Thomas S. Blanton, «Cuban Missile Crisis: 40 Years Later», *Washington Post,* 16 de octubre de 2002; véase asimismo Sagan, *Limits of Safety: Organizations, Accidents, and Nuclear Weapons.* **<<**

[102] Troyanovski, «Making of Soviet Foreign Policy», pp. 238-239. **<<**

[103] Shelest, *Da nesudimi budete,* p. 161. **<<**



[104] Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 2, p. 569; Fursenko y Naftali, *Khrushchev's Cold War,* p. 470. **<<**

[105] Israelian, *Na frontakhi,* pp. 82-83; Fursenko y Naftali, «*One Hell of a Gamble*», pp. 301-302, 307-308. **<<**



[106] Resumen elaborado por el autor de los discursos de los veteranos soviéticos de la crisis y de las comunicaciones informales mantenidas con ellos en la Conferencia sobre la Crisis Caribeña de 1962, Moscú, 27-29 de septiembre de 1994. **<<**

[107] Taubman, *Khrushchev,* p. 579; recuerdos de Castro de su viaje a la URSS, en Blight y Brenner, *Sad and Luminous Days,* pp. 63-65; notas del autor en la Conferencia de Cuba, 11-13 de octubre de 2002, en la que Castro confirmó su impresión. **<<**



[108] Sajarov, *Memoirs*, p. 204; para la diplomacia «ilustrativa» de Kurchatov, véase Smirnov y Zubok, «Nuclear Weapons alter Stalin's Death», p. 16; Evangelista, «Soviet Scientists and Nuclear Testing»; Wittner, *Resisting the Bomb,* pp. 278-280. **<<**

[109] Para los diversos niveles y canales de las negociaciones en torno a la prohibición de las pruebas, véase Bunn, *Arms Control by Comité,* pp. 26-35. Adamsky, en Lebedev, *Andrei Sakharov,* pp. 38-39; véase asimismo Sajarov, *Vospominaniia,* pp. 307-308. Para el importante papel de las comunidades científicas internacionales, véase Evangelista, «Soviet Scientists and Nuclear Testing». **<<**

[110] «Stenograficheskaia zapis zasedaniia Prezidiuma TsK KPSS», 25 de abril de 1963, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, pp. 705, 706; S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 2, p. 458. **<<**

[111] La sensibilidad de Jrushchov a las críticas lanzadas por aquel entonces por los chinos es reconocida por los miembros del CC. Arbatov, *System,* p. 95; Burlatsky, *Khrushchev and the First Russian Spring,* pp. 185-186. **<<**



[112] N. Jmshchov, «La situación internacional en la actualidad y la política exterior de la Unión Soviética», informe presentado en la sesión del Soviet Supremo de la URSS, 12 de diciembre de 1962, en *Current digest of the Soviet Press,* p. 14, n.º 52 (23 de enero de 1963), p. 3; Protocolo n.º 107, sesión del Presidium de 23 de julio de 1963, en Fursenko *et al., Prezidium TsK KPSS,* 1, p. 734; véase asimismo Mastny, *Documentation on the PPC of Warsaw Treaty Organization in Moscow,* Bunn, *Arms Control by Comité,* p. 37. Para el programa nuclear chino, véase Lewis y Litai, *China Builds a Bomb.* **<<**

[113] Seaborg y Loeb, *Kennedy, Khrushchev, and the Test Ban,* p. 239; Kohler al Departamento de Estado, Moscú, 18 y 19 de julio de 1963, FRUS, 1961-1963, 7, pp. 808, 814; Burr y Richelson, «Chinese Puzzle»; Zubok, «What Chaos in the Beautiful Socialist Camp!», pp. 152-162. **<<**



[114] Selvage, «Warsaw Pact and Nuclear Nonproliferation», p. 10. **<<**

[115] Para el informe de Malinovski, véase el diario de Kamanin, 8 de febrero de 1963, en su libro *Skrytii kosmo,* p. 220; para el «restablecimiento» de una política y una doctrina militar más tradicional después de la «revolución» del nuevo estilo de Jmshchov, véase Nichols, *Sacred Cause,* pp. 84-86. **<<**



[1] Para la falta de alusiones a la crisis, véase Nagibin, *Dnevnik,* pp. 151-159; Samoilov, *Podennie zapisi,* 1, pp. 306-318; y Chukovskaia, *Zapiski ob Anne Akhmatovoi,* 2, pp. 531-567. **<<**

[2] Caute, *Dancer Defects,* p. 1. **<<**



[3] Para la postura y las expectativas de Estados Unidos, véanse Whitfield, *Cultura of the Cold War,* Hixson, *Parting the Curtain;* Major y Mister, «East Is East and West Is West?», pp. 1-22; May, *Homeward Bound;* Farber, *Age of Great Dreams;* y Dudziak, *Cold War Civil Rights.* **<<**

[4] Volkov, *Intellektualnyi sloi v sovetskom obschestve,* pp. 30-31, 126-127. **<<**



[5] Zubkova, *Russia alter the War,* p. 175. **<<**

[6] Véase Bushnell, «“New Soviet Man” Turns Pessimist», pp. 179-185. **<<**

[7] En Kenez, *History of the Soviet Union,* podemos encontrar un breve análisis de la transformación experimentada por la sociedad soviética al pasar del «totalitarismo» al «postotalitarismo». **<<**

[8] Cohen, *Rethinking the Soviet Experience,* pp. 128-134; Zaslavski, *Neo-Stalinist State;* Vaial y Ghenis, *1960-e;* English, *Russia and the Idea of the West.* Para los grupos no liberales, véanse Dunlop, *New Russian Revolutionaries;* Yanov, *Russian New Right,* Laqueur, *Black Hundred.* **<<**



[9] Suri, *Power and Protest.* **<<**

[10] Brandenberger, *National Bolshevism,* pp. 224-225. Yo prefiero hacer hincapié en el componente «imperial» —en lugar del «nacional»— de la ideología y la cultura de masas estalinistas. **<<**



[11] Pollock, «Conversations with Stalin on Questions of Political Economy»; Ilizarov, «Stalin». **<<**

[12] Zezina, *Sovetskaia khudozhestvennaia intelligentsiia,* p. 97; Paperny, *Kultura Dva;* Gromov, *Stalin: Vlast i Iskusstvo.* **<<**



[13] Dobrenko, *Making of the State Writer,* Gromov, *Stalin: Vlast i Iskusstvo,* p. 149. **<<**

[14] Nota personal de Kurchatov, del Archivo del Instituto Kurchatov, publicada en Smirnov, «Stalin and the Atomic Bomb», pp. 128-129; Negin y Goleusova, *Soviet Atomic Project,* Mijailov y Petrosiants, *Creation of the First Soviet Nuclear Bomb.* **<<**



[15] Kostirchenko, *Out of the Red Shadow,* del mismo autor, *Tainaia politika Stalina. Vlast i antisemitizm.* Kostirchenko niega que Stalin planeara deportar a los judíos; otros autores, sin embargo, se basan en fuentes secundarias para afirmar que sí lo hizo. Véase G. Kostirchenko, «Deportatsiia-Mistifikatsiia», *Lechaim* (septiembre de 2002). Para la opinión contraria, véase Taubkin y Lyass, «O statie Kostirchenko». Para las consecuencias a largo plazo de la campaña de Stalin contra los judíos, véase Slezkine, *Jewish Century*, pp. 310-311, 335-337. **<<**

[16] Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva» (25 de mayo de 1949 y 26 de marzo de 1954), *Otechestvennaia historia*, 3 (1999), pp. 152, 164, y 4 (1999), p. 122. **<<**



[17] «Dnevnik kommuni 33», 9 de julio de 1960. TsADKM, f. 193, op. 1, d. 1, tetr. 1959-1961, 1. 219-220 (se trata de un diario colectivo de un grupo de rusos cultos de mentalidad reformista); Taubman, *Khrushchev,* pp. 306-310, 384; Tvardovski, «Iz rabochikh tetradei», pp. 135-140; K. Eimermacher en la introducción a Afanasiev *et al., Ideologicheskiie komissii TsKh KPSS, 1958-1964,* p. 7. **<<**

[18] Zezina, *Sovetskaia khudozhestvennaia intelligentsiia,* p. 131. **<<**



[19] Véase Shlapentoj, *Soviet Intellectuals and Political Power.* **<<**

[20] Spechler, *Permitted Dissent in the USSR;* Frankel, *«Novy Mir»;* Woll, *Real Images;* Faraday, *Revolt of the Filmmakers.* **<<**



[21] Considérese, por ejemplo, la reacción de los comunistas italianos durante sus conversaciones con Jrushchov, Relazione della delegazione Pajetta, Negarville, Pellegrino ad Direzzione del Partito, 18 de julio de 1956, en los Archivos del Partido Comunista de Italia, Fondazione Gramsci, Roma. **<<**

[22] Stenogramma zakritogo partsobraniia partorganizatsii moskovskikh pisatelei, izdatelstva «Sovetskii pisatel», Litfonda SSSR i Pravleniia SP SSSR, 29 de marzo de 1956, TsAODM, f. 8132, op. 1, d. 5, 1. 106-198, y d. 6, 1. 1-138; Taubman, *Khrushchev,* p. 283. **<<**



[23] Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva», 4 (1999), p. 166. **<<**

[24] Gennady Kuzovkin, «Partiino-komsomolskiie presledovaniia po politicheskim motivam v period rannei “ottepeli”», en *Komi Travi,* pp. 100-124. **<<**



[25] Taranov, «Raskachaem Leninskiie Gori!», pp. 99-101. **<<**

[26] Iofe, «Politicheskaia oppozitsia v Leningrade», pp. 212-215; Iofe, «Novie etiudi ob optimizme: Sbornik statei i vistuplenii» (1998), pp. 98-99, AMS, San Petersburgo; Mijail Trofimenkov, «"Malenkii Budapesht" na Ploschadi Isskustv: Ermitazh, Picasso, 1956…», *Smena,* 26 de enero de 1990. **<<**



[27] RGANI, f. 5, op. 30, d. 141, 1. 13-15, 67-68; Bukovski, *To Build a Castle,* p. 109. **<<**

[28] RGANI, f. 5, op. 30, d. 236. La carta iba dirigida al escritor Yuri Zbanatski, que la envió al CC del PCUS el 2 de enero de 1957. **<<**



[29] Vitalii Troyanovski, «Chelovek Ottepeli», en Fomin ed., *Kinematografottepeli,* p. 31; Woll, *Real Images,* p. 41. **<<**

[30] Brumberg, *Russia under Khrushchev,* p. 428; entrevista a Vladlen Krivosheiev, corresponsal de *Izvestia* a comienzos de los sesenta, 19 de mayo de 1999, Moscú. **<<**



[31] Orolova, *Vospominaniia o neproshedshem Bremen,* p. 227; citado en Zezina, *Sovetskaia khudozhestvennaia intelligentsiia,* p. 170. **<<**

[32] Entrevista a Marat Cheshkov, *Voprosi istorii, 4* (abril de 1994) pp. 118-119; entrevista a Marat Cheshkov, 28 de septiembre de 1992, a cargo de T. Kosinova, Oral History Collection, AMS, Moscú y San Petersburgo. **<<**



[33] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 54-55. **<<**

[34] Reunión del Politburo del PCUS, 12 de julio de 1984, publicada en *CWIHP Bulletin,* n.º 4 (otoño de 1994), p. 81. **<<**



[35] Grigorenko, *Vpodpolie mozhno vstretit tolko kris,* pp. 312-315. **<<**

[36] Véase el informe taquigrafiado de la reunión de la junta directiva editora de *Literaturnaia Gazeta* de 18 de octubre de 1956, RGALI, f. 634, op. 4, d. 1271; Bobkov, *KGB i Vlast,* pp. 144-145; véase también Eric Kulavig, «Evidence of Public Dissent in the Khrushchev Years», en Bryld y Kulavig, *Soviet Civilization between Past and Present,* pp. 85-86. **<<**



[37] Boris Pustintsev en Tatiana Kosinova, «Sobitiia 1956 g. v Polshe glazami Sovetskikh dissidentov», en *Korni Travi,* p. 194. **<<**

[38] *Literaturnaia Gazeta,* 22 y 24 de noviembre de 1956. **<<**



[39] Véanse los informes oficiales remitidos al CC del PCUS que aparecen publicados en «Studencheskoie brozheniie v SSSR (konets 1956)», *Voprosi istorii,* 1 (1997), pp. 2-23. **<<**

[40] Zezina, «Shokovaia terapia; ot 1953-go k 1956 godu», p. 133. **<<**



[41] RGANI, f. 5, op. 39, d. 12, 1. 23, 28, 61-66, 67, 161-217. **<<**

[42] V. F. Afiani y N. G. Tomilina, eds., *Boris Pasternak i Vlast, 1956-1972: Dokumenti* (ROSSPEN, Moscú, 2001); Evgeni Pasternak y Elena Pasternak, *Zhizn Borisa Pasternaka: Dokumentalnoie povestvovaniie* (Zvezda, San Petersburgo, 2004), pp. 436-484. **<<**



[43] Informe del Ministerio de Asuntos Interiores de la URSS, 13 de mayo de 1958, GARF, f. 9041, d. 498, 1, pp. 37-38. **<<**

[44] Garthoff*, Journey through the Cold War,* pp. 30-31. **<<**



[45] Para el panorama cambiante de la propaganda visual, véase Kenez, *Cinema and Soviet Society.* **<<**

[46] Brodski, «Spoils of War», en su libro *On Grief and Reason,* pp. 3-21. **<<**



[47] Aksenov, *In Search of Melancholy Baby.* **<<**

[48] Yurchak*, Everything Was Forever, Until It Was No More,* pp. 170-175; Garthoff*, Journey through the Cold War,* p. 32. **<<**



[49] Brodsky, «Spoils of War», en su libro *On Grief and Reason,* pp. 13-14. **<<**

[50] L. Ilyichev, A. Romanov, G. Kazakov al CC del PCUS, 6 de agosto de 1958, «O glushenii inostrannikh radiostantsii», RGANI, f. 5, op. 30, d. 75, l. 165-167. **<<**



[51] Starr, *Red and Hot;* Caute, *Dancer Defects,* pp. 441-461; Kozlov, *Kozel na sakse,* pp. 76-96. **<<**

[52] Transcripciones del Comité Organizador del Festival, TsKhDMO, f. 3, op. 15, d. 11, 1. 18. **<<**



[53] No está demasiado claro hasta qué punto participó Jrushchov. Véase Adzhubei, *Krusheniie Illuzii,* p. 186. **<<**

[54] Para estos preparativos y los eventos organizados de antemano, véase TsKhDMO, f. 3, op. 15, d. 136. Véanse también los informes periódicos del Komsomol y el Ministerio del Interior a propósito del Festival, TsAODM, f. 4, op. 104, d. 31 y GARF, f. 9401, op. 2, d. 491. Me fue negado el acceso a los informes del KGB sobre el Festival que se hallan en TsAODM. **<<**



[55] Kozlov, *Kozel na sakse,* p. 102. **<<**

[56] Ibídem, pp. 100-101. **<<**



[57] Bukovski, *To Build a Castle,* p. 139; entrevista a Maya Turovskaya, 25 de junio de 2000, Moscú. **<<**

[58] Breve resumen de las conversaciones con la Delegación del Partido y el Gobierno de la RDA, 9 de junio de 1959, AVPRF, f. 0742, op. 4, pap. 31, d. 33, 1. 86-87, traducido y publicado por Hope Harrison en *CWIHP Bulletin,* n.º 11 (invierno de 1998), p. 212. **<<**



[59] Gorbachov y Mlynar, *Conversations with Gorbachev.* **<<**

[60] Fitzpatrick, Rabinowitch y Suites, *Russia in the Era of Nep;* Jeffrey Brooks, *Thank You, Comrade Stalin;* Gerovitch, *From Newspeak to Cyberspeak*; Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva», *Otechestvennaia historia,* 5 (1999), p. 169; *Adzhubei, Khrusheniie illuzii,* pp. 130-134. **<<**



[61] *Literatumaia Gazeta,* 28 de febrero de 1957, y 23 de marzo de 1957. **<<**

[62] Nikolai Mitrojin, *Russkaia Partiia,* contiene más detalles sobre esta división. **<<**



[63] Para conocer mejor los antecedentes, véase Shiraev y Zubok, *Anti-Americanism in Russia,* pp. 7-24. **<<**

[64] Nikolai Barsukov, «Kommunisticheskiie illuzii Khrushcheva: o razrabotke tretiei programmy partii» y «Misil vslukh: zamechaniia N. S. Khrushcheva na proekt tretiei programmy KPSS», citados en Taubman, *Khrushchev*, pp. 509-511. **<<**



[65] Adzhubei, *Khrusheniie illuzii,* pp. 135-136. **<<**

[66] *Komsomolskaia Pravda,* 19 de mayo de 1960; compilaciones de Boris Grushin, en Batigin y Yarmoliuk, *Rossiiskaia sotsiologiia shestidesiatikh godov v vospominaniiakh i dokumentakh,* pp. 208-209. **<<**



[67] Woll, *Real Images,* pp. 84-86. **<<**

[68] Zinoviev, *Russkaia sud'ba,* pp. 327-330. **<<**



[69] Entrevista a Eligiusz Liasota, 3 de noviembre de 1992, Oral History Collection, AMS, Moscú. **<<**

[70] Entrevista a Marat Cheshkov, 21 de septiembre de 1992, Moscú, a cargo de T. Kosinova, Oral History Collection, AMS, Moscú y San Petersburgo. **<<**



[71] Batigin y Yarmoliuk, *Rossiiskaia sotsiologiia shestidesiatikh godov v vospominaniiakh i dokumentakh,* p. 48. **<<**

[72] Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 238. **<<**



[73] Para ese estado de ánimo, véase Vail y Ghenis, *1960-e,* pp. 12-18. **<<**

[74] Grachev, *Gorbachev,* p. 29. **<<**



[75] English, *Russia and the Idea of the West,* p. 72; Grushin, en Batigin y Yarmoliuk, *Rossiiskaia sotsiologiia shestidesiatikh godov v vospominaniiakh i dokumentakh,* pp. 211-213. La mayoría de los miembros del «círculo de Praga» se sumergieron luego en el mundo de la política soviética, aunque algunos, como, por ejemplo, Grushin, Tatiana Motroshilova, Merab Mamardashvili, E. A. Arab-Ogli y Yuri Zamoshkin, se convirtieron en innovadores especialistas y pensadores. **<<**

[76] Vail y Ghenis, *1960-e,* pp. 103, 263. **<<**



[77] Simonov, *Voienno-promishlennii kompleks,* pp. 273-276; Vladimirov, *Rocía bez prioras i umolchanii,* pp. 124-125. **<<**

[78] Krementsov, *Stalinist Science,* pp. 8-9; Gerovitch, *From Newspeak to Cyberspeak,* pp. 3, 299. **<<**



[79] Negin y Smirnov, «Did the USSR Shate Its Atomic Secrets with China?», pp. 303-304.
<<

[80] Davidson *et al., SSSR i Afrika,* pp. 198, 251. **<<**



[81] Informe taquigrafiado del discurso de S. P. Pavlov, secretario del VLKSM del CC, sobre su viaje a Cuba, 25 de enero de 1961, TsKhDMO, f. 1, op. 5, d. 782, 1. 38-39. **<<**

[82] Leonor, *Likholetie,* p. 52. **<<**



[83] TsKhDMO, f. 1, op. 5, d. 782, 1. 51-52. **<<**

[84] Konchalovski, *Nizkie istini,* p. 115. **<<**



[85] TsKhDMO, f. 1, op. 5, d. 824, 1. 172. **<<**

[86] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, pp. 155-168; Grachev, *Gorbachev,* p. 56. **<<**



[87] RGANI, f. 2, op. 1, d. 416, 1. 9-11, traducción y comentarios del autor en el *CWIHP Bulletin,* n.º 8-9 (invierno de 1996-1997), pp. 416-412. **<<**

[88] RGANI, f. 5, op. 30, d. 456, 1. 66. **<<**



[89] Friedberg, *Decade of Euphoria,* pp. 306-310; Wittner, *Resisting the Bomb,* p. 282. **<<**

[90] Woll, *Real Images,* pp. 39-41, 72-74, 80-81, 88-91, 96-98, 118-122, 139-141. **<<**



[91] Wittner, *Resisting the Bomb,* p. 282; entrevista de Voznesenski a la revista francesa *Candide* en RGANI, f. 5, op. 55, d. 46, 1. 33; Dedkov, «“Kak trueno daiutsia iniie dni”», p. 184; Alex Adamovich, «Patsifizm Shestidesiatnikov», en Pavlova, *Dolgii put rossiiskogo patsifizma,* p. 323. **<<**

[92] Wittner, *Resisting the Bomb,* pp. 23-25, 105-106; Sajarov, *Vospominaniia,* pp. 257-258; Sajarov, *Sakharov Speaks,* p. 31. **<<**



[93] Galay, «Soviet Youth and the Army», pp. 17-20. **<<**

[94] Soldatenkov, *Vladimir Visotsky,* p. 56. **<<**



[95] Voionovich, *Life and Extraordinary Adventures of Private Ivan Chonkin.* **<<**

[96] Para conocer mejor los antecedentes, véase Martin, *Affirmative Action Empire,* pp. 1-27, 432-461. **<<**

[97] Slezkine, *Jewish Century,* pp. 310-311, 335-337. **<<**

[98] Solzhenitsin, *Dvesti let vmeste,* pp. 411-431. **<<**



[99] Samoilov, *Podennie zapisi,* 1, p. 268. **<<**

[100] Véase este punto en Slezkine, *Jewish Century,* pp. 335-3336, 338-345; y en Agursky, *Pepel Klaasa,* p. 27. **<<**



[101] Copia taquigrafiada del discurso de Romm (anexa a la correspondencia en el expediente de Ilyichev), RGANI, f. 5, op. 5, d. 51, 1. 24, 30. **<<**

[102] Lipkin, *Zhizn i subda Vasiliia Grossmana,* pp. 60-61, 94-95; Vail y Ghenis, *60-e,* 299-301. **<<**

[103] «En 1956 me indigné con Israel por haber dividido a la opinión pública durante la crisis de Budapest», recordaría Gregori Pomerants, en *Zapiski*, p. 321. **<<**

[104] Recopilaciones de Arseni Berezin, por aquel entonces joven físico de Leningrado que participaba en el festival; entrevista con el autor en Alexandria, Virginia, 15 de noviembre de 2000. **<<**



[105] TsAODM, f. 4, op. 104, d. 31, 1. 8-9, 67, 81, 110. **<<**

[106] Brudny, *Reinventing Russia,* pp. 36-56, especialmente 36-37. Entre los nacionalistas rusos figuraba Alexander Solzhenitsin, pero también el escritor Vladimir Soloujin, el artista Ilia Glazunov, el poeta Stanislav Kuniaev y el crítico Vadim Kozhinov. Mitrojin, *Russkaia Partiia,* pp. 204-211. **<<**



[107] Para el antagonismo existente entre los socialistas cosmopolitas y los nacionalistas rusos, véase Solzhenitsin, *Dvesti let vmeste,* pp. 436-448. Para las simpatías prosionistas, véase Morozov, *Evreiskaia emigratsiia v svete novikh dokumentov.* **<<**

[108] Eimontova, «Iz Dnevnikov Sergeia Sergeevicha Dmitrieva» (3 de marzo de 1961), *Otechestvennaia historia*, 6 (1999), p. 76. **<<**



[109] Yevgeni Yevtushenko, *Volchii passport* (Vagrius, Moscú, 1998), pp. 280-281, 296-298. **<<**

[110] Informe del KGB al CC, 11 de diciembre de 1965, RGANI, f. 5, op. 30, d. 462, 1. 250.
<<



[111] Alexeyeva y Goldberg, *Thaw Generation*, pp. 117-138; Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 150-157; Max Hayward, ed., *On Trial: The Soviet State versus «Abram Terz» and «Nikolai Arzhak»* (Harper and Row, Nueva York, 1966). **<<**

[1] Puede verse un análisis muy útil de esta cuestión en Westad, «Fall of Détente and the Turning Titles of History», pp. 4-33. **<<**



[2] Los analistas de la distensión, en su mayoría diplomáticos y especialistas en ciencias políticas, enumeran varios fenómenos que provocaron el acercamiento soviético-estadounidense. Todos reconocen que un acontecimiento de importancia primordial fue el rápido crecimiento de las capacidades estratégicas de la URSS a finales de los años sesenta, junto con la grave crisis interna de Estados Unidos. Señalan también la crisis de los países del bloque comunista tras la invasión de Checoslovaquia por los rusos en 1968 y los choques fronterizos chino-soviéticos de 1969. Aluden también a los problemas cada vez más graves del modelo autárquico de desarrollo económico de la URSS y la necesidad cada vez mayor de inversiones y tecnología occidental que sufrió el país. Por último, ven los orígenes de la distensión en ciertas iniciativas de los líderes occidentales, como la «diplomacia triangular» de Richard Nixon y Henry Kissinger en Estados Unidos y la *Ostpolitik* de Willy Brandt y Egon Bahr. Véanse Hanhimäki, *Flawed Architect*; Isaacson, *Kissinger,* Baring, *Machtwechsel*; Haftendorn, *Security and Détente,* y Nelson, *Making of Détente.* **<<**

[3] Gelman, *Brezhnev Politburo and the Decline of Détente,* Anderson, *Politic in an Authoritarian State.* **<<**



[4] «Informe del CC del Presidium del PCUS al Comité Central, no posterior al 14 de octubre de 1964», *Istochnik,* 2 (1998), pp. 102-125, citado en la página xxx. **<<**

[5] Ibídem, pp. 113-114. **<<**



[6] En su notas personales para el Politburó de octubre de 1964, Brezhnev escribió y subrayó las siguientes palabras: «El informe Polianski»; y a continuación: «Acerca del informe del cam. Suslov para el Pleno (repartirlo)». Estas eran las dos opciones que tenían que discutir los conspiradores en el pleno. Eligieron la segunda, y Suslov expuso su versión mucho menos concreta de la crítica contra Jrushchov. Volkogonov, *Sem Vozhdei,* 2, p. 83. **<<**

[7] El grupo de los que destituyeron a Jrushchov estaba formado, entre otros, por los siguientes miembros del Politburó: L. I. Brezhnev, G. I. Voronov, A. P. Kirilenko, A. N. Kosygin, N. V. Podgorni, D. S. Polianski, M. A. Suslov, N. M. Shvernik, V. V. Grishin, L. N. Efremov, K. T. Mazurov, V. P. Mzhavanadze, P. E. Shelest, y Sh. P. Rashidov, así como por los secretarios y jefes de departamento del CC Yu. V. Andropov, P. N. Demichev, L. F. Ilyichev, V. I. Poliakov, B. N. Ponomarev, N. G. Ignatov y A. N. Shelepin. De todos ellos, sólo Andropov, Shelepin, Ponomarev y hasta cierto punto Suslov eran expertos en asuntos internacionales. **<<**



[8] Mikoyan, *Tak bylo,* p. 619. **<<**

[9] Véanse las transcripciones de las reuniones de Glassboro en *FRUS,* 1964-1968, 14, pp. 514-556; para las actividades en materia de política exterior de Kosygin, véanse los recuerdos de Oleg Troyanovski (que entre 1964 y 1966 fue su asesor de política exterior) en su libro *Cherezgodi i rasstoyaniia,* pp. 267, 269-274; Alexei Voronov, «Na nive vneshnei politiki», en *Premier izvestni i neizvestnii,* pp. 57-63. **<<**



[10] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 168. **<<**

[11] Según los datos de la mayoría de libros de memorias, esa «facción» estaba formada, entre otros, por el director del KGB Semichastni, Polianski, el dirigente de la sección moscovita del partido, Nikolai Yegorichev, y Nikolai Mesiatsev. Vladimir Semichastni niega categóricamente en sus memorias que existiera semejante grupo. *Bespokoinoie serdtse,* pp. 375, 389-390. **<<**



[12] Para la «identidad hostil-aislacionista», véase *English, Russia and the Idea of the West,* pp. 120-122. **<<**

[13] Para el material correspondiente a la entrevista de Stalin con los autores de un manual de economía política del socialismo en abril de 1950, véase RGASPI, f. 17, op. 133, d. 41, 1. 20-25, citado en Pollock, *Politics of Knowledge,* p. 182. Para otras opiniones similares, véase el diario de Vladimir Semenov, *Novaia i noveishaia istoriia, 4* (julio-agosto de 2004), pp. 96-97. **<<**



[14] English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 121-122; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 177-179. **<<**

[15] Para la rehabilitación neoestalinista y los ánimos existentes entre la *intelligentsia,* véase Alexeyeva y Goldberg, *Thaw Generation,* pp. 116-146; Samoilov, *Podenniie zapisi, 2,* pp. 15-16; Tvardovski, «Rabochie tetradi 60-kh godov», p. 165. **<<**



[16] Taubman, *Khrushchev,* pp. 508-511; English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 72-73, 122; Arbatov, *System,* pp. 85-86; Arbatov, *Ziatanuvsheesia vyzdorovlenie* (1953-1988 gg.) *Svidetelstvo sovremennika,* p. 45; Burlatski, *Vozdi i sovetniki. O Khrushcheve, Andropove I ne tolko 0 nikh,* p. 257; Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 144-147. **<<**

[17] Arbatov, *System,* p. 115. **<<**



[18] Gaiduk, *Confronting Vietnam,* pp. 203-204, 207. **<<**

[19] Gaiduk, *Soviet Union and the Vietnam War,* pp. 8-9, 17-21, 28-30, 37-38, 40, 54-55, 58. Gaiduk cree que la destitución de Khrushchev no hizo más que intensificar el proceso de revisión de la política soviética respecto a Vietnam, pero no fue «el punto de arranque» de dicha revisión (p. 19). Yo atribuyo una significación mayor a la expulsión de Jrushchov. Es cierto que fueron los norvietnamitas quienes llevaron la iniciativa en la escalada del conflicto y obligaron y a Moscú a seguirlos. Pero cuesta trabajo imaginar que Jrushchov se mantuviera al margen cuando los americanos empezaron a bombardear Vietnam. Al mismo tiempo, a los norvietnamitas les habría resultado más difícil arrastrar a la URSS a prestar apoyo a su causa en tiempos de Jrushchov. **<<**



[20] Entrevista del autor a Hedor Mochulski, consejero de la embajada soviética en Beijing por aquel entonces, 20 de junio de 1992; Elizavetin, «Peregovori Kosygina i Chou Enlai v Pekinskom Aeroportu», p. 54; Bovin, *XX vek kak zhizn*, pp. 131-132; Karnow, Vietnam, p. 427. Para los antecedentes y los malos recuerdos de la colaboración chino-soviético-vietnamita, véase Gaiduk, *Confronting Vietnam,*; y Olsen, «Changing Alliances». **<<**

[21] Para los antecedentes de todo esto, véase Logevall, *Choosing War.* **<<**



[22] Georgi Kornienko, a la sazón jefe del Departamento de Asuntos Norteamericanos del Ministerio de Asuntos Exteriores, comentaba las funestas repercusiones de la guerra de Vietnam sobre las relaciones soviético-estadounidenses en su libro *Kholodnaia voina,* p. 123. **<<**

[23] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 127; Igor Ognetov (antiguo asesor de la embajada de la URSS en Hanoi), «Tonkinskii intsident i Sovetskaia pomosch Vietnamu», pp. 97-98; *FRUS,* 1964-1968, 14, pp. 233-259. **<<**



[24] Para la postura de Brezhnev y Gromiko, véase Dobrinin, *In Confidence*, pp. 140, 143; véase asimismo Gaiduk, *Soviet Union and the Vietnam War,* p. 48. **<<**

[25] Mikoyan, *Tak bylo,* pp. 619-620. **<<**



[26] Bovin, *XX vek kak zhizn*, p. 134; Mikoyan, *Tak bylo,* p. 620. **<<**

[27] Andropov, KGB al CC del PCURSS, 17 de noviembre de 1967, publicado en Morozov, *Evreiskaia emigratsiia*, pp. 60-61. **<<**



[28] Kornienko, *Kholodnaia voina,* pp. 130-135. **<<**

[29] Shelest, *Da Ne Sudimy Budete,* pp. 283-284. **<<**

[30] Dobrinin, *In Confidence,* pp. 162-167; Bovin, *XX vek kak zhizn,* p. 160. **<<**

[31] Dobrinin, *In Confidence,* pp. 162-167; Kornienko, *Kholodnaia voina,* pp. 124-127; entrevista del autor a Kornienko, Moscú, 15 de marzo de 1990; Saveliev y Detinov, *Big Five,* pp. 7-9. **<<**



[32] Las anotaciones de Brezhnev a partir de 1944 constituyen un amasijo de «frases analfabetas y expresiones ininteligibles». Volkogonov. *Sem Vozhdei,* 2, p. 11. **<<**

[33] Ibídem. **<<**



[34] Recuerdos de Leonid Zamiatin en Mlechin, *Predsedateli KGB: Rassekrechenniie sudbi,* p. 439; véase la misma opinión en Adzhubey, *Krusheniie illiuzii,* pp. 309-310; Grigorenko, *Vpodpol'e mozhno vstretit toldo krys,* p. 268. **<<**

[35] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 112-113; véase asimismo la entrevista que le hicieron en *Sovershenno sekretno,* 6 (1992), p. 8. **<<**



[36] Arbatov, *Zatianuvsheesia vyzdorovleniie,* p. 45; English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 122. **<<**

[37] Viktor Sujodrev habla del «Sermón de la Montaña» en Musgrove I, transcripción. Se ha elaborado una versión estándar del sermón de Brezhnev a partir del memorándum de conversación de W. Averell Harriman con Brezhnev, 4 de junio de 1974, Special Files, caja 586, Harriman Collection, LC. **<<**



[38] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 138, 139; véase Protocolo n.º 137, sesión del Presidium de 20 de marzo de 1964, en Fursenko *et al*., *Prezidium TsK KPSS,* p. 820. **<<**

[39] Información suministrada al autor por el general del KGB Nikolai Leonov en la conferencia sobre la crisis de los misiles cubanos, La Habana, 12 de octubre de 2002; para las críticas de Brezhnev hacia Jrushchov, véase el diario de Anatoli Cherniaev, 1 de enero de 1976, NSArch. **<<**



[40] Bovin, *XX vek kak zhizn*, pp. 256-257. **<<**

[41] Mikoyan, *Tak bylo,* p. 619; Semichastni, *Bespokoinoie serdtse,* p. 352. **<<**

[42] Brezhneva, *World I Left Behind,* p. 38; Chazov, *Zdorovie I Vlast,* p. 87; Alexandrov-Argentov, *Ot Kollontai,* p. 118; «Dnvenik kommuni 33», TsADKM, f. 193, op. 1, d. 3, 1. 156. **<<**

[43] El jefe de información de la sección regional del KGB, L. Stupak, se lo comunicó al primer secretario de Ucrania, Meter Shelest; véase el diario de este último, 5 de diciembre de 1966, *Da ne sudimi budete*, p. 266. **<<**



[44] Arbatov, *System*, pp. 245-248; Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 254-255. **<<**

[45] Kevorkov, *Tainii Kanal,* p. 127; Alexandrov-Argentov, *Ot Kollontai,* pp. 116, 250; Burlatsky, *Vozhdi Isovetniki,* p. 149; Chazov, *Zdorovie I Vlast,* pp. 14-15. **<<**



[46] P. Rodionov, *Znamia,* 8 (agosto de 1989), pp. 194-195; Shelest en *Leonid Brezhnev v vospominaniiakh, razmishleniiakh, suzhdeniiakh,* pp. 223-224; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 257, 259. **<<**

[47] Shelest, *Da ne sudimi budete,* pp. 219-220; Adzhubei, *Krusheniie illuzii,* p. 312; Savelyev y Detinov, *Big Five,* p. 16; Kornienko, «On the ABM Treaty», conferencia pronunciada en el Institute of US and Canada Studies, Moscú, 15 de noviembre de 1989, notas del archivo personal del autor. **<<**



[48] Para Grechko, véase *Estrella Roja,* 18 de octubre de 2003; y S. Jrushchov, *Nikita Khrushchev: Krizisi i raketi,* 2, pp. 417-429. Para Ustinov, véase Zalesski, *Imperia Stalina,* p. 455; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 268; Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 234-237. **<<**

[49] Saveliev y Detinov, *Big Five,* pp. 9-11. **<<**



[50] Holloway, *Soviet Union and the Arms Race,* pp. 58-59; Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* pp. 103, 118-141. **<<**

[51] Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 305. **<<**



[52] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 141, 145-146. Para la lucha por la mente de Brezhnev, véase Arbatov, *System,* 127-130; Cherniaev, *Moia zhizn,* pp. 259-260. **<<**

[53] Chernyaev, *Moia zhizn,* p. 305. **<<**



[54] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 68; véase un perfil de Gromiko en Mlechin, MID: Ministri inostrannikh del, pp. 352-442. **<<**

[55] Dobrynin, *In Confidence,* p. 640. **<<**



[56] Ibídem, p. 642; entrevistas del autor a Georgi Kornienko, Moscú, 10 de diciembre de 1996. **<<**

[57] La colección más completa de documentos sobre esta crisis en Navratil, *Prague Spring,* 1968. **<<**



[58] RGANI, f. 5, op. 60, d. 309, 1. 58-72, citado en Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* p. 321. Los documentos de los archivos checos sobre la materia vienen a corroborar esta tesis, pero no permiten sacar ninguna conclusión. Véase Mastny, «“We Are in a Blind”», pp. 230-250; Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 265. **<<**

[59] Suri, *Power and Protest,* pp. 199-200; Shelest, *Da Ne Sudimy Budete,* pp. 287, 330, 337, 396-397; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 146-147; Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 264; véase asimismo Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* pp. 303 y 336. **<<**



[60] Nikolai Shmelev, «Curriculum Vitae», *Znamia-plus,* 1997/1998, p. 112; Pikhoia, *Sovetskii Soiuz,* pp. 301-326; Navratil, *Prague Spring,* 1968, pp. 114-125, 132-143, 158-159, 212-233, 336-338. **<<**

[61] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 112-113; Shelest, *Da Ne Sudimy Budete,* pp. 363, 368, 384-385. **<<**

[62] Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* pp. 326-340. **<<**

[63] Actas de la sesión del Politburó, 19 de julio de 1968, citadas en Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* p. 327. **<<**



[64] Medvedev, *Neizvestni Andropov,* pp. 106-107, 114. **<<**

[65] Fragmentos de una evaluación del curso de la política exterior y del estado de las relaciones soviético-norteamericanas, 16 de septiembre de 1968 (aprobada por el Politburó), en Dobrinin, *In Confidence,* p. 643. **<<**



[66] Kvitsinski, *Vremia i sluchai,* p. 278. **<<**

[67] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 194-195. **<<**



[68] Navratil, *Prague Spring,* 1968, pp. 547-563; Kramer, «Ukraine and the Soviet-Czechoslovak Crisis of 1968», pp. 234-247. **<<**

[69] Las pruebas del papel decisivo que tuvo la invasión de 1968 para los intelectuales soviéticos son apabullantes. Véase Bovin, *XX vek kak zhizn,* p. 193; Chernyaev, *Moia zhizn,* p. 266; Alexeyeva y Goldberg, *Thaw Generation,* p. 216; Arbatov, *Zatianuvsheesia vyzdorovleniie,* p. 143; English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 110-115, especialmente, p. 114. **<<**



[70] Cherniaev, *Moia zhizn,* pp. 268, 272, 292. **<<**

[71] Goncharov y Usov, «Peregovori A. N. Kosygina i Chou Enlaia v Pekinskom Aeroportu», pp. 42, 43; Kuisong, «Sino-Soviet Border Clash», pp.21-52. **<<**



[72] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 216-217; Semichastny, *Bespokoinoie,* p. 328. **<<**

[73] Kissinger, *Years of Upheaval,* p. 233; Burr y Richelson, «Whether to “Strangle the Baby the Cradle”», pp. 67-71. **<<**



[74] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 217. **<<**

[75] Goncharov y Usov, «Peregovori A. N. Kosygina i Chou Enlaia» (recuerdos de A. Elizavetin y comentarios de los editores), pp. 54-56, 57-58; véase asimismo la continuación de dichos recuerdos en *Problemi Dalnego Vostoka,* 1 (1993), p. 118. **<<**



[76] Kvitsinski, *Vremia i sluchai,* p. 226. **<<**

[77] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 184; Kvitsinsky, *Vremia i sluchai,* p. 272. **<<**



[78] Falin, *Bez skidok na obstoiateltsva. Politicheskiie vospominania,* p. 127. **<<**

[79] «Iz dnevnika Semenova», 27 de enero de 1969, *Novaia i noveishaia istoriia, 4* (julio-agosto de 2004), p. 91; Kvitsinski, *Vremia i sluchai,* pp. 264-271; Sarotte, *Dealing with the Devil,* pp. 31-32. **<<**



[80] Chazov, *Zdorovie i vlast,* p. 90. **<<**

[81] Sarotte, *Dealing with the Devil,* pp. 34-35; Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 24-25. **<<**

[82] Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 58-64. **<<**

[83] Bahr, *Zu meiner Zeit,* pp. 284-338; Sarotte, *Dealing with the Devil,* pp. 77-84. **<<**

[84] Desde el lado norteamericano de la cuestión, véase Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 279-287; Kissinger, *White House Years,* pp. 406-407, 801-803, 809-810; Hanhimäki, *Flawed Architect*, pp. 85-91; Burr, *Kissinger Transcripts,* pp. 11, 44. Véase asimismo el KDB. **<<**

[85] Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 95-96; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 189-191. Para la perspectiva germanooccidental, véase Brandt, *Erinnerungen*, pp. 206-210. **<<**



[86] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 245-246; Kvitsinsky, *Vremia i sluchai*, pp. 276-277. **<<**

[87] Molotov a Chuev, 12 de julio de 1976, en Chuev, *Sto sorok besed,* p. 116. Yitzhak Brudni exagera el apoyo de los nacionalistas rusos con el que contaba Brezhnev y afirma, basándose en testimonios muy poco concluyentes, que fomentó la política de «inclusión» de los nacionalistas en el *establishment* cultural soviético. Por el contrario, la política de Brezhnev provocó cada vez más críticas de los nacionalistas. Brudni, *Reinventing Russia,* pp. 70-93; Laqueur, *Black Hundred;* Semanov, *Brezhnev.* **<<**



[88] Diario de Chemiaev, 1 de enero de 1976, NSArch. Véase asimismo la versión estenográfica de las actas de una conferencia con Brezhnev celebrada el 16 de diciembre de 1975, citada en Brutents, *Tridtsat let,* p. 279. **<<**

[89] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 213-214, 229-230. **<<**



[90] Nelson, *Making of Détente,* p. 101. **<<**

[91] Kevorkov, *Tainii kanal,* p. 95. **<<**

[92] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 256-257. **<<**

[93] Saveliev y Detinov, *Big Five,* pp. 9-11. **<<**



[94] El primer equipo de negociadores del SALT estaba formado, entre otros, por el viceministro de Asuntos Exteriores, Vladimir Semenov, el jefe del Departamento de Asuntos Norteamericanos del Ministerio de Asuntos Exteriores, Georgi Kornienko, el jefe del consejo científico de la Comisión de Industrias Militares, Alexander Shchukin, un representante del Ministerio de la Radio, Meter Pleshakov, los generales Nikolai Ogarkov y Nikolai Alexeiev, y un representante del primer director en jefe del KGB, Vladimir Pavlichenko. Véanse Saveliev y Detinov, *Big Five,* pp. 9, 12; entrevista del autor a Kornienko, Moscú, 22 de diciembre de 1989; y el artículo «Iz dnevnika Semenova», *Novaia i noveishaia istoriia,* 4 (julio-agosto de 2004), p. 101. **<<**

[95] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 184, 216-217. **<<**



[96] Memorándum de la conversación del embajador de la URSS en Washington, A. F. Dobrinin, con Kissinger, asistente del presidente Nixon, 22 de julio de 1969, RGANI, f. 5, op. 61, d. 558, 1. 92-105, traducido [al inglés] y publicado en *CWIHP Bulletin,* n.º 3 (otoño de 1993), p. 64. **<<**

[97] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 206; véase asimismo KDB. **<<**



[98] Hersh, *Price of Power,* p. 376; Garthoff, *Détente and Confrontation*, pp. 245-263; Ross, *Negotiating Cooperation*, pp. 17-54; Burr, *Kissinger Transcripts*, pp. 12-13; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 217. **<<**

[99] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 218; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 214-215. **<<**



[100] Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 97-107. **<<**

[101] Para los antecedentes y los sucesos de la guerra indo-pakistaní de 1971, véase Kissinger, *White House Years,* pp. 842-918; Nixon, *RN,* pp. 525-531; Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 295-322; puede verse una relación de los hechos mucho más breve desde la perspectiva soviética en Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 218-220. **<<**



[102] Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 300-301; Hanhimäki, *Flawed Architect,* pp. 161, 171, 179-184; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* 242; Arbatov, *System,* p. 195. **<<**

[103] Kissinger, *White House Years,* pp. 1113-1122, 1154, 1176-1191; Dobrynin, *Sugubo doveritelno,* pp. 228-229. **<<**



[104] Cherniaev recuerda una de esas llamadas de Kosygin a Brezhnev el 9 de marzo de 1972, *Moia zhizn,* p. 285. **<<**

[105] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 222-223. **<<**



[106] Ibídem, pp. 221, 226; la versión de Georgi Kornienko recoge esta misma impresión en *Kholodnaia voina,* pp. 144-145. **<<**

[107] Según la documentación norteamericana, Brezhnev dijo a Kissinger: «Usted y yo podemos hacer muchas cosas juntos entre los dos. Tal vez deberíamos simplemente eliminar nuestros ministerios de Asuntos Exteriores». Kissinger respondió: «Por nuestra parte, ya hemos dado pasos en esa dirección. Ahora necesitamos una reducción [del papel] de Gromiko». Brezhnev replicó entonces: «Si veo una expresión abatida en la cara del presidente Nixon, le contaré un par de chistes para animarlo». Kissinger comentó que Gromiko «se parece un poco al presidente». Estos comentarios jocosos no aparecen en la documentación soviética que recoge la conversación. Memorándum de la conversación Brezhnev-Kissinger, 22 de abril de 1972, NARA; actas de la conversación de Brezhnev con el asesor especial del presidente norteamericano, Henry Kissinger, 22 de abril de 1972, KDB. **<<**



[108] KDB; *Sukhodrev, Iazik moi* - *drug moi,* p. 263. **<<**

[109] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 221; KDB. **<<**



[110] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 223-224; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 233. **<<**

[111] Notas del diario de Shelest correspondientes a los días 10-25 de octubre de 1969, y 8 de enero de 1972, *Da ne sudimi budete*, pp. 437-438, 496. **<<**



[112] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 233-234. **<<**

[113] Hanson, *Rise and Fall of the Soviet Economy,* pp. 122-123. **<<**



[114] Diario de Cherniaev, 6 de abril de 1972, NSArch. **<<**

[115] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 210; Kissinger a propósito de Smirnov en *White House Years*, p. 1234. Para la prioridad dada por Brezhnev a las inversiones en agricultura, especialmente en la Federación Rusa, véase Brudny, *Reinventing Russia,* pp. 58-59; «Iz dnevnika Semenova», 18 de abril y 31 de mayo de 1972, *Novaia i noveishaia istoriia,* 4 (julio-agosto de 204), pp. 104-105. **<<**



[116] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 223-224. **<<**

[117] Kissinger, *White House Years,* p. 1138; véase asimismo su libro *Years of Upheaval,* p. 231. **<<**



[118] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 224. **<<**

[119] Sujodrev, *Iazik moi-drug moi,* p. 269; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 225-232. **<<**



[120] Memorándum de la conversación entre Brezhnev y Harriman, de 4 de junio de 1974, en el despacho de Brezhnev en el Kremlin, Harriman Collection, Special Files, caja 586, LC. **<<**

[121] Sujodrev en Musgrove I, transcripción, pp. 14-16. **<<**

[122] Nelson, *Making of Détente,* pp. 32-39. **<<**

[123] Kissinger, *White House Years,* p. 1138; véase asimismo su libro *Years of Upheaval,* p. 231. **<<**



[124] Olshanskaia, «Kiseleva, Kishmareva, Tyuricheva», pp. 9-27; Kozlova, «Krestianskii syn: Opyt issledovaniia biografii», pp. 112-123. **<<**

[125] Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 290. **<<**



[126] Gelman, *Brezhnev Politburo and the Decline of Détente.* **<<**

[127] Bahr, *Zu meiner Zeit,* p. 420. **<<**

[1] La descripción más detallada y mejor documentada de la política soviética en Afganistán en 1978-1979 es la que ofrece Garthoff en *Détente and Confrontation;* véanse asimismo Cordovez y Harrison, *Out of Afghanistan;* Westad, «Prelude to Invasion». Y véanse también las versiones rusas de los hechos: Liajovski, *Tragediia,* y la nueva edición puesta al día, *Plamia Afghana;* Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 188-209; Gai y Snegirev, «Vtorzheniie», pp. 3-4; Gareev, «Pochemu i kak mi voshli v Afghanistan», pp. 17-23; Gankovski, «Kto, gde, kogda prinial resheniie o wode sovetskikh voisk v Afghanistan?», pp. 2-9. **<<**

[2] Cordovez y Harrison, *Out of Afghanistan,* p. 14. **<<**



[3] Véase Ouimet, *Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine;* Kramer, «Soviet Deliberations during the Polish Crisis», p. 10; Mastny, «Soviet Non-Invasion of Poland»; Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe. Vzgliad so Staroi ploschiadi»; materiales de Jachranka. **<<**

[4] Mastny, «Soviet Non-Invasion of Poland», pp. 14, 34. **<<**



[5] Westad, *Fall of Détente;* Kornienko, *Kholodnaia voina,* 164-186; Dobrynin, *Sugubo doveritelno,* pp. 487-494. **<<**

[6] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* 245. **<<**



[7] Actas del CC de la Secretaría del PCUS, 20 de noviembre de 1972, Volkogonov Collection, LC. **<<**

[8] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 193-195. **<<**



[9] Ibídem, p. 232. **<<**

[10] Kissinger, *Years of Upheaval,* pp. 233, 274-286; Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 376-386; véase asimismo de este autor el libro *Journey through the Cold War,* p. 283. Para China, véase el memorándum de la conversación entre Brezhnev y Nixon en San Clemente, California, 23 de junio de 1973, NARA, copias en el NSArch. **<<**



[11] Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 1135-1137; y véase también su libro *Journey through the Cold War,* pp. 282-285. **<<**

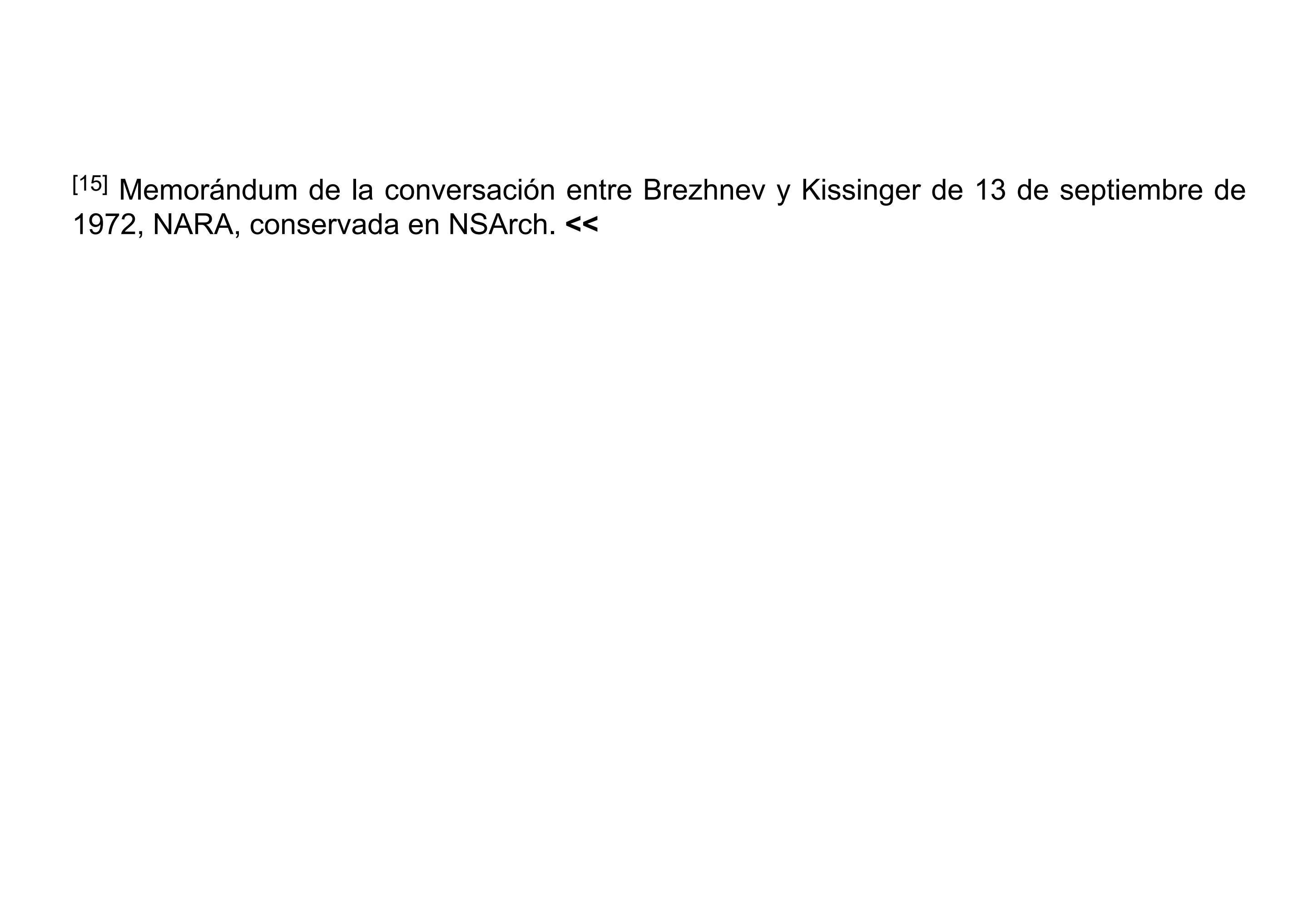
[12] Garthoff, *Journey through the Cold War,* p. 285; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 193-195. **<<**



[13] Véase Kissinger, *Ending the Vietnam War,* Hanhimäki, *Flawed Architect,* pp. 341-344. **<<**

[14] Diario de Cherniaev, 9 de marzo de 1975, NSArch. **<<**





[15] Memorándum de la conversación entre Brezhnev y Kissinger de 13 de septiembre de 1972, NARA, conservada en NSArch. **<<**

[16] Informe del 5.º Departamento del KGB, 9 de mayo de 1973, publicado en Morozov, *Evreiskaia emigratsiia v svete novikh dokumentov,* p. 169. **<<**



[17] Véase Buwalda, *They Did Not Dwell Alone,* Goldberg, *Jewish Power,* pp. 167-174. **<<**

[18] Pueden encontrarse más detalles sobre el asunto en Hunt, *Ideology and U. S. Foreign Policy*; Ninkovich, *Wilsonian Century,* Smith, *America's Mission*; Mead, *Special Providence;* Stephansson, «Cold War Considered as a U. S. Project», pp. 52-67. **<<**



[19] Chernyaev, miembro del círculo de autores de los discursos de Brezhnev y persona sensible a las manifestaciones de antisemitismo, no señala ni comenta nunca ni rastro de tal cosa en el comportamiento de Brezhnev. Entrevista del autor con él, Moscú, 4 de enero de 2003. **<<**

[20] «K voprosu o viezde za granitsu lits evreiskoi natsionalnosti», actas del Politburó, 20 de marzo de 1973, *Istochnik*, 1 (1996), p. 156; véase asimismo Morozov, *Evreiskaia emigratsiia v svete novikh dokumentov*, pp. 164-168. **<<**

[21] «K voprosu o viezde za granitsu lits evreiskoi natsionalnosti», *Istochnik,* 1 (1996), p. 158. **<<**

[22] Dobrynin, *Sugubo doveritelno,* p. 492. **<<**



[23] Brudny, *Reinventing Russia,* pp. 108, 111, 112, 113. **<<**

[24] Ibídem, p. 156; Kissinger, *Years of Upheaval,* 252. No se dice nada sobre ninguno de estos detalles en las memorias de Dobrinin. **<<**



[25] Entre ellos se encontraba el asistente de Jackson Richard Perle, Jeane Kirkpatrick, Norman Podhoretz, editor de la revista intelectual judía *Commentary,* Max K. Kampelman, Eugene V. Rosnow y Paul Wolfowitz. **<<**

[26] Roy Medvedev en «Dissidenti o dissidentsove», *Znamia,* 9 (septiembre de 1997), p. 183; Pontuso, *Solzhenitsyn's Political Thought,* pp. 143, 149-157. **<<**



[27] Bovin, *XX vek kak zhizn,* pp. 257-258. **<<**

[28] Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 169-172. **<<**



[29] Vasili Aksenov y Leonid Borodin, en «Dissidenti o dissidentsove», *Znamia* 9 (septiembre de 1997), pp. 164-165, 170-171; Morozov, *Evreiskaia emigratsiia v svete novikh dokumentov,* pp. 190-191, 213; Pearson, *Solzhenitsyn;* Scammell, *Solzhenitsyn Files; Kremlevsky samosud: Sekretniie dokumenti Politburo o pisatele A. Solzhenitsyne.* **<<**

[30] Memorándum de N. Shchelokov, «Sobre la Cuestión Solzhenitsin», 7 de octubre de 1971, actas de una sesión del Politburó, 30 de marzo de 1972, actas de la sesión del CC, 13 de abril de 1972, todo ello en Scammell, *Solzhenitsyn Files,* pp. 161-163, 164, 185-187, 194-197, 199-210, 221-222, 256-257. **<<**



[31] Solzhenitsin, *La encina y el ternero;* Carlisle, «Solzhenitsyn and the Secret Circle», pp. 27-33; Medvdev, *Neizvestny Andropov,* p. 143. **<<**

[32] Actas del Politburó, 7 de enero de 1974, Volkogonov Collection, LC; Scammell, *Solzhenitsyn Files,* pp. 283-292. **<<**



[33] Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 169-172. **<<**

[34] Ibídem, pp. 174-176; carta de Y. Andropov a L. Brezhnev, 7 de febrero de 1974, en Scammell, *Solzhenitsyn Files*, pp. 342-344. **<<**



[35] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 333; conversación del autor con Dobrinin, Oslo, 20 de septiembre de 1995. **<<**

[36] Israelian, *Inside the Kremlin;* véanse asimismo Vinogradov, *Diplomatiia: Liudi i Sobitiia,* pp. 201-272; Kirpichenko, *Iz arkhiva razvedchika;* Dobrynin, *Sugubo doveritelno,* pp. 268-279; Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 160-164; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 203-206; Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 404-446; Lebow y Stein, *We All Lost the Cold War,* y Ginor, «Under the Yellow Arab Helmet Gleamed Blue Russian Eyes», pp. 127-157. **<<**



[37] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 244; Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 1135-1137; Garthoff, *Journey through the Cold War,* pp. 282-285. **<<**

[38] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* 261; Hanhimäki, *Flawed Architect,* pp. 281-282, 305-306.
<<



[39] El presidente sirio Hafiz Assad informó de los planes de guerra al embajador soviético en Damasco, Nuritdin Mujitdinov. Además, los dirigentes soviéticos se enteraron de la fecha del ataque unos días antes, probablemente a través de sus servicios de inteligencia. Israelian, *Inside the Kremlin,* pp.10-11, 15-18. **<<**

[40] Ibídem, pp. 26, 99. **<<**



[41] Memorándum de la conversación mantenida el 18 de marzo de 1974 entre Kissinger, Helmut Sonnenfeld, Arthur Hartman, William Hyland y Lawrence S. Eagleburger, en Burr, *Kissinger Transcripts,* p. 225. **<<**

[42] Israelian, *Inside the Kremlin,* pp. 10-11, 95, 125-126, 128, 168; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 266-283; Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 160-164; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 203-206; versión de Kissinger en su libro *Years of Upheaval,* pp. 450-613. **<<**



[43] Andropov a Brezhnev, 19 de octubre de 1973, Volkogonov Collection, LC. **<<**

[44] Israelian, *Inside the Kremlin,* pp. 165-166; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 273; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 204. **<<**



[45] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 274; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 204-206; actas de la sesión del Politburo de 25 de octubre de 1973, citadas en Israelian, *Inside the Kremlin,* pp. 179-181. **<<**

[46] Garthoff, *Détente and Confrontation,* p. 428; Israelian, *Inside the Kremlin,* pp. 182-186; Hanhimäki, *Flawed Architect,* pp. 310, 315-316. **<<**

[47] Véase la conclusión opuesta en Hanhimäki, *Flawed Architect,* pp. 328-330. **<<**

[48] Israelian, *Inside the Kremlin,* 188; Dobrynin, *Sugubo doveritelno,* pp. 277-278. **<<**



[49] Véase el comentario indirecto que realiza Cherniaev en noviembre de 1973 acerca de la conversación mantenida por Brezhnev y Gromiko sobre este asunto en su libro *Moia zizhn,* p. 301. **<<**

[50] Expresión utilizada por el general del KGB Leonid Shebarshin, y que se cita en Westad, *Fall of Détente,* p. 132. **<<**



[51] Entrevista con el embajador soviético Anatoli Dobrinin en el Despacho Oval, 26 de diciembre de 1973, de Henry A. Kissinger al Archivo del Presidente, copia en el NSArch; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 280-283, 291-292; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* p. 233; Sujodrev, *Iazik moi -drug moi,* p. 315. **<<**

[52] Las fuentes del KGB afirmaban que Brandt era víctima de intrigas en el seno del SPD, según Kevorkov, *Tainii kanal,* pp. 177-187; Bahr, *Zu meiner Zeit,* pp. 261-262; Smyser, *From Yalta to Berlin,* pp. 267-270; Chazov, *Zdorovie I Vlast,* p. 87. **<<**



[53] Chazov, *Zdorovie I Vlast,* p. 75. **<<**

[54] Sukhodrev, *Iazik moi -drug moi,* pp. 288-289, 290. **<<**



[55] Andropov a Brezhnev, 29 de octubre de 1973, Volkogonov Collection, rollo 16, caja 24, LC. **<<**

[56] Volkogonov cita la prueba de que Brezhnev probablemente recibiera algunas pastillas de Andropov en *Sem Vozhdei,* pp. 99-100. **<<**



[57] Chazov, *Zdorovie I Vlast,* pp. 85, 112-113, 116-117; Arbatov, *System,* 192; diario de Cherniaev, 10 y 24 de octubre de 1975, NSArch. **<<**

[58] Podvig, *Strategicheskoie iademoie vooruzheniie Rossii,* que puede encontrarse también en http://www.armscontrol.ru; Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* pp. 171-177. **<<**

[59] Saveliev y Detinov, *Big Five,* p. 3. **<<**

[60] La discusión de esta cuestión tuvo lugar en Musgrove I. **<<**



[61] Garthoff, *Journey through the Cold War,* pp. 331-332; Cahn, *Killing Détente;* Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* p. 177. **<<**

[62] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 336. **<<**



[63] Sujodrev, *Iazik moi -drug moi,* p. 309; para una versión de esta misma conversación con otros participantes, véase Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 259-260. **<<**

[64] Memorándum de la conversación Brezhnev-Kissinger de 26 de octubre de 1974, publicado en Burr, *Kissinger Transcripts*, pp. 345-354; Kissinger, *Years of Renewal,* pp. 277-279. **<<**



[65] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 315; memorándum de la conversación mantenida por Brezhnev y Ford durante su entrevista de 23 de noviembre de 1974 en el tren que los conducía del aeropuerto de Vozdvizhenka al sanatorio Okeanskaya, cerca de Vladivostok, a las 2.30 de la tarde, NSArch. **<<**

[66] Kissinger, *Years of Renewal,* pp. 288-290; los autores de la propuesta de Gorbachov fueron el viceministro de Asuntos Exteriores, Georgi Kornienko, y el subdirector del Departamento Operativo Superior del Alto Estado Mayor, general Sergei Akhromeyev, miembros del grupo de expertos («los cinco pequeños») de Vladivostok; véase Saveliev y Detinov, *Big Five,* p. 37. **<<**



[67] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 315; Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 157-158. **<<**

[68] Kornienko, *Kholodnaiia voina,* p. 158; entrevista del autor a Kornienko, Moscú, 23 de noviembre de 1989; Nikolai Detinov en Musgrove I; Kissinger, *Years of Renewal,* p. 297. **<<**

[69] «Intelligence Community Experiment in Competitive Analysis. Soviet Strategic Objectives: An Alternative View» (informe del Equipo B), diciembre de 1976, NSArch; véase asimismo Pipes, *Vixi,* pp. 134-142. **<<**

[70] Kissinger, *Years of Renewal,* pp. 302-307; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 320-322, 327; Hanson, *Rise and Fall of the Soviet Economy,* p. 123. **<<**



[71] Chazov, *Zdorovie I Vlast,* pp. 127-128; Sheludko, en *Leonid Brezhnev v vospominaniiakh, razmishleniiakh, suzhdeniiakh,* pp. 320-323; diario de Cherniaev, 2 de marzo y 11 de septiembre de 1975, NSArch. **<<**

[72] Diario de Cherniaev, 10 y 24 de octubre de 1975, NSArch. **<<**



[73] Actas no oficiales de los comentarios de Brezhnev de 16 de diciembre de 1975, recogidas en Karen Brutents, *Tridsat let,* pp. 270-271; otras reproducciones del mismo comentario en el diario de Cherniaev, 2 de enero de 1976, NSArch. **<<**

[74] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 236-237; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 335, 492. **<<**



[75] Véase Lysebu I; véase asimismo Fort Lauderdale. **<<**

[76] Oleg Troyanovski a propósito de la reacción de Andropov, en Fort Lauderdale, p. 12. **<<**



[77] Davidson *et al., SSSR i Afrika,* pp. 132, 198-199. **<<**

[78] Westad, *Global Cold War,* capítulo 3. **<<**



[79] Anatoly Dobrinin y Oleg Troyanovski en Fort Lauderdale, pp. 8,11. **<<**

[80] Brutents, *Tridsat let,* p. 325; Davidson *et al., SSSR i Afrika,* pp. 251-303. **<<**



[81] Davidson *et al., SSSR i Afrika,* pp. 220-221. **<<**

[82] *Istochnik,* 2 (1998), pp. 114-120. **<<**



[83] Memorándum de conversación Brezhnev-Kissinger, 22 de abril de 1972, Kissinger Papers, NARA. **<<**

[84] Westad, «Moscow and the Angolan Crisis», p. 20. E 1991-1992, Westad tuvo acceso a los documentos del antiguo CC del PCUS. Dichos documentos fueron posteriormente clasificados de nuevo. **<<**



[85] Ibídem, p. 20. **<<**

[86] Karen Brutents en Fort Lauderdale, p. 22, 23. **<<**



[87] Para Gorshkov, véase Chipman, «Admiral Gorshkov and the Soviet Navy». **<<**

[88] Hewett, *Open for Business,* p. 12; Pijoia, «Pochemu raspalsia SSSR?», pp. 16-17, www.sgu.ru/faculties/historical/sc.publication/historynewtime/cold_war/1.php. **<<**



[89] Para el «pequeño convenio», véase Millar, «Little Deal», pp. 694-706; Derluguian, «Tale of Two Cities», pp. 47-48; correspondencia del autor con Georgi Derluguian (en los archivos del autor). El valor de los destinos en el extranjero entre la población soviética experimentó un crecimiento espectacular durante los años setenta. **<<**

[90] Garthoff, *Journey through the Cold War,* p. 295. **<<**



[91] Diario de Cherniaev, 13 de mayo de 1974, NSArch; Lysebu **I**, p. 33. **<<**

[92] Kissinger, *Years of Renewal,* p. 818. **<<**



[93] Kornienko en Lysebu I, p. 78. **<<**

[94] Westad, «Moscow and the Angolan Crisis», p. 21. **<<**



[95] Gleijeses, *Conflicting Missions;* véase asimismo su artículo «Havana’s Policy in Africa», pp. 5-8. **<<**

[96] Blight y Brenner, *Sad and Luminous Days.* **<<**



[97] Recuerdos de Georgi Shajnazarov en Fort Lauderdale, pp. 39-40. **<<**

[98] Los primeros contactos entre Agostino Neto y Che Guevara tuvieron lugar en 1965; véase Gleijeses, «Havana's Policy in Africa», p. 7. **<<**



[99] Kornienko, *Kholodnaiia voina,* p. 166. **<<**

[100] Arbatov, *System,* pp. 194-195; para la postura ortodoxa de la troika y sus presiones sobre Brezhnev después de la Conferencia de Helsinki, véase Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 317; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 359. **<<**



[101] Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 167-168; entrevista de Kornienko con el autor, Moscú, 23 de noviembre de 1989, y 15 de marzo de 1990; Westad, «Moscow and the Angolan Crisis», pp. 24, 30-31; Lysebu I, P. 32; Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 566-567; Gleijeses, «Havana's Policy in Africa», pp. 271-272. **<<**

[102] Garthoff, *Détente and Confrontation,* p. 586. **<<**



[103] Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 167-168; Karen Brutents planteaba esta idea en Lysebu I, p. 47. **<<**

[104] Brenner y Blight, «Cuba, 1962», pp. 81-85; Westad, «Moscow and the Angolan Crisis», pp. 25-27. **<<**



[105] Garthoff, *Détente and Confrontation,* p. 581, cita la petición de Kissinger a través del *Department of State Bulletin, 1A* (5 de abril de 1976); Westad, «Moscow and the Angolan Crisis», pp. 28-29. **<<**

[106] Anatoli Dobrinin en Fort Lauderdale, pp. 44-45; Dobrynin, *Sugubo doveritelno,* p. 383. **<<**



[107] He visto varios perfiles de Brzezinski elaborados entre el otoño de 1976 y comienzos de 1977 por el Instituto de Estudios sobre Estados Unidos y Canadá de la Academia de Ciencias de la URSS; véanse asimismo Cherniaev, *Moia zhizn,* p. 298; y Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 409. **<<**

[108] Alexeyeva y Goldberg, *Thaw Generation,* pp. 288-289; RGANI, f. 89, op. 25, doc. 44. **<<**



[109] Kornienko, *Kholodnaia voina,* pp. 170-172; diario de Cherniaev, 9 y 15 de enero de 1977, NSArch. **<<**

[110] En el otoño de 1976, los neoconservadores y los principales críticos de la distensión y del SALT organizaron el Comité del Peligro Actual. Denunciaron el marco de los acuerdos de Vladivostok asegurando que había dado ventajas a la Unión Soviética, especialmente en la «carga útil» de los misiles intercontinentales superpesados, y los norteamericanos no tenían nada que pudiera compararse con ellos. Algunos miembros de la administración Carter, en particular el secretario de Defensa Harold Brown y el subsecretario William Perry, tenían sus propios recelos respecto a la creciente superioridad numérica de las fuerzas estratégicas y convencionales de la URSS. Para la influencia de Nitze, véase Brzezinski en Musgrove I, transcripción, pp. 48-49; Njolstad, *Peacekeeper and Troublemaker.* **<<**



[111] Brzezinski en Musgrove I, transcripción, pp. 56-57; Njolstad, «Keys of Keys?», pp. 37-40; Njolstad, *Peacekeeper and Troublemaker,* pp. 43-46. **<<**

[112] Kissinger, *Years of Renewal,* pp. 856-859; Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 596-599; entrevista del autor con él, Moscú, 23 de noviembre de 1989, y 15 de marzo de 1990; citado también en Westad, *Fall of Détente*, p. 12; Dobrinin, *Sugubo doveritelno*, p. 391; Brezhnev a Carter, 4 de febrero de 1977, publicado en *CWIHP Bulletin,* n.º 5 (1995); Kornienko, *Kholodnaia voina,* p. 173; diario de Dobrinin, informe de la conversación mantenida con el Secretario de Estado Vance, 21 de marzo de 1977, NSArch; Viktor Starodubov en Musgrove I, manuscrito, p. 74; diario de Brezhnev, 18 de marzo de 1977, Volkogonov Collection, LC. **<<**



[113] Vance en Musgrove I, transcripción, p. 62; diario de Cherniaev hablando de su lectura de la transcripción de las conversaciones soviético-norteamericanas, 1 de abril de 1977, NSArch. **<<**

[114] Véase la discusión entre Harold Brown, Zbigniew Brzezinski, Nikolai Detinov, Viktor Starodubov, y Dobrinin en Musgrove I, transcripción, pp. 27-37. **<<**



[115] Informe de la conversación mantenida por A. A. Gromiko y el secretario de Estado norteamericano Cyrus Vance, el 31 de mayo de 1978, en Nueva York, suministrado en febrero de 1994 por el gobierno ruso al Proyecto Carter-Brezhnev, NSArch. **<<**

[116] Dobrinin en Musgrove **I**, transcripción, pp. 66, 80-81; Dobrinin, *Sugubo doveritelno*, p. 397; KGB al CC, 18 de marzo de 1977, RGANI, f. 89, per. 18, dok. 63. **<<**

[117] Dobrinin en Musgrove I, transcripción, p. 136; véase asimismo su libro *Sugubo doveritelno,* pp. 395-396. **<<**

[118] Instrucciones de Carter a Brzezinski, 17 de mayo de 1978, NSArch; véase asimismo Fort Lauderdale, pp. 145-146. Para el debate sobre China, véanse las actas del Consejo Coordinador de Seguridad sobre el Cuerno de África, 2 de marzo de 1978, NSArch. La descripción detallada de la visita de Brzezinski se encuentra en sus memorias, *Power and Principle,* pp. 208-215; véanse asimismo Garthoff, *Détente and Confrontation,* pp. 705-706, 770-778; y memorándum de la conversación entre W. Averell Harriman y el embajador Dobrinin a la hora del almuerzo, N Street, 3 de marzo de 1978, Harriman Collection, LC. **<<**



[119] Informe de la conversación Gromiko-Vance, 31 de mayo de 1978, y discurso de L. I. Brezhnev en la sesión del Politburó del CC del PCUS acerca de varios temas de relaciones internacionales, extraído del Protocolo n.º 107 de la sesión del Politburó del CC del PCUS de 8 de junio de 1978, RGANI, f. 89, per. 34, dok. 1, 1. 7; «Relaciones soviético-estdounidenses en la Era Contemporánea», RGANI, f. 89, per. 76, dok. 28, 1. 1-2. **<<**

[120] Transcripciones de la cumbre de Viena, 16-18 de junio de 1979, NSArch; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 422-427; Sujodrev, *Iazik moi -drug moi*, pp. 344-345. **<<**



[121] Garthoff, *Journey through the Cold War,* p. 285; El mejor estudio de los antecedentes históricos de la intervención soviética en Afganistán es Lyajovski, *Plamia Afgania,* pp. 11-46. **<<**

[122] Kornienko, *Kholodnaiia voina,* p. 190; Kalugin y Montaigne, *First Directorate,* pp. 230-233; Mitrojin, «KGB in Afghanistan». **<<**



[123] Kalugin y Montaigne, *First Directorate,* p. 232. **<<**

[124] Westad, «Road to Kabul», pp. 123-124. **<<**



[125] Transcripción de la sesión del Politburo del PCUS, «Sobre la agudización de la situación en la República Democrática de Afganistán y nuestras posibles actitudes», pp. 17-19 de marzo de 1979, RGANI, f. 89, per. 25, dok. 1. **<<**

[126] Ibídem. **<<**



[127] Karen Brutents ratifica esta versión en *Tridsat let,* p. 465. **<<**

[128] Informe de entrevista de A. N. Kosygin, A. A. Gromiko, D. E. Ustinovy B. N. Ponomarev con N. M. Taraki, 20 de marzo de 1979, RGANI, f. 89, per. 14, dok. 26; informe de la conversación de L. I. Brezhnev con N. M. Taraki, 20 de marzo de 1979, RGANI, f. 89, per. 14, dok. 25. **<<**



[129] «Nuestra futura política en relación con la situación de Afganistán», 1 de abril de 1979, Gromiko, Andropov, Ustinov y Ponomarev ante el CC del PCUS, traducción [inglesa] en *CWIHP Bulletin,* n.º 3 (otoño de 1993), pp. 67-69; los cálculos de los servicios secretos estadounidenses sobre los asesores soviéticos fueron filtrados al *New York Times,* 13 de abril de 1979. **<<**

[130] Gai y Snegirev, «Vtorzheniie», pp. 204-208. El telegrama está fechado el 13 de septiembre de 1979, y aparece citado en Dobrinin a partir de sus propias notas, Lysebu II, p. 89; Westad, *Fall of Détente,* pp. 129-130. **<<**



[131] Chazov, *Zdorovie I Vlast,* p. 152; diario de Cherniaev, 20 de diciembre de 1979, NSArch. Alexandrov hizo este comentario a Karen Brutents. En sus memorias, sin embargo, Brutents no hace alusión alguna a este hecho. **<<**

[132] Kevorkov, *Tainii kanal,* p. 243. **<<**



[133] Para la crisis de los rehenes y la respuesta de los norteamericanos, véase Farber, *Taken Hostage;* para los temores de los soviéticos, véase Valentin Varennikov en Lysebu II, p. 73; Brutents, *Tridsat led,* p. 477. **<<**

[134] El texto de la carta personal de Andropov a Brezhnev y el contenido de su sesión informativa (junto con Ustinov) para el secretario general a primeros de diciembre de 1979 fueron encontrados por el embajador Anatoli Dobrinin; véanse Lysebu II, pp. 91-93; y Westad, *Fall of Détente,* pp. 134-135. **<<**



[135] Citado por Dobrinin, Lysebu II, pp. 91-93; y en Westad, *Fall of Détente,* p. 135. **<<**

[136] Esta reconstrucción se basa en las discusiones de Lysebu, Musgrove y Fort Lauderdale y en conversaciones privadas mantenidas en el curso de esas conferencias por el autor y algunos veteranos soviéticos. **<<**

[137] Dobrinin, Lysebu II, pp. 91-93; Westad, *Fall of Détente,* p. 135; el argumento de «la gota que colma el vaso» aparece en Liajovski, *Plamia Afgania,* p. 123. **<<**

[138] Liakhovski, *Tragediia,* 109; Liajovski, *Plamia Afgania,* p. 121; Varennikov, Lysebu II, pp. 85-86. **<<**



[139] Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 246-247; testimonio de Dobrinin en Westad, *Fall of Détente,* pp. 141-142. **<<**

[140] Diario de Cherniaev, 30 de diciembre de 1979, NSArch. **<<**

[1] Para el peligro de confrontación con la Unión Soviética en declive, véase Gray, «Most Dangerous Decade», pp. 16, 18, 24, 25; Brzezinski, *Grand Failure,* pp. 99, 100, 254-255. **<<**

[2] Hasta 1985 los cálculos de los servicios de inteligencia de Estados Unidos infravaloraron la carga que suponía el gasto militar para la economía soviética y exageraron enormemente el PIB de la URSS. Pero lo más sorprendente no son esos errores en las cifras, sino la actitud de todos los expertos soviéticos de la comunidad de los servicios de inteligencia. Simplemente no podían imaginar que el Pacto de Varsovia y la propia Unión Soviética podrían acabar derrumbándose. Véanse los materiales y los debates de la conferencia «U. S. Intelligence and the End of the Cold War», Bush Presidential Conference Center, College Station, Texas, 19-20 de noviembre de 1999. **<<**



[3] Para los antecedentes y detalles de los acontecimientos en Polonia, véase Ouimet, *Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine,* capítulos 4-6; véase asimismo Musatov, *Predvestniki burv,* Gribkov, «Doktrina Brezhneva i pol'skii krizis nachala 80-kh godov»; Shajnazarov, *Tsena Svobody.* Leonid Zamiatin, por aquel entonces jefe del Departamento de Información Internacional del Comité Central, me habló sobre la «clandestinidad» en Polonia durante una entrevista celebrada en Moscú el 16 de enero de 1995. Para el recelo que suscitaba la Iglesia católica de Polonia a los soviéticos, véase Andrew y Mitrojin, *Sword and Shield,* pp. 513-514. **<<**

[4] Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 109. **<<**



[5] Sesión del Politburó, Comité Central del PCUS, 2 de abril de 1981, citado en Kramer, «Soviet Deliberations during the Polish Crisis», pp. 24-34, 100-101. **<<**

[6] Dobrinin, *In Confidence,* p. 500. **<<**



[7] Notas del autor en Jachranka. **<<**

[8] Leonor, *Likholetie,* p. 212; Pavlov, *Bylem rezydentem KGB w Polsce,* 28, como cita Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polsche», p. 98. **<<**



[9] Dobrinin, *In Confidence,* p. 500; véanse asimismo las recopilaciones de otros dos testigos de esa discusión, el general Anatoli Gribkov y Georgi Shajanazarov, notas del autor en Jachranka. **<<**

[10] Kania, *Zatrzymac konfrontacje,* p. 91, según se cita en Mastni, «Soviet Non-Invasion of Poland», p. 15. La versión soviética de la respuesta de Brezhnev se encuentra en Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe». Voronkov, por aquel entonces miembro del Departamento Internacional del CC, tuvo noticia de ello a través de su colega que hizo de intérprete en la reunión. **<<**



[11] Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 105; actas de la sesión del Politburó, 22 de enero de 1981, NSArch; entrevista del autor a Leonid Zamiatin, Moscú, 16 de enero de 1995. **<<**

[12] Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 106. **<<**



[13] La reunión tuvo lugar el 4 de marzo de 1981; véase Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 1010. Voronkov hizo de intérprete en la reunión. **<<**

[14] Citado en Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 107. **<<**



[15] Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 113. **<<**

[16] Diario de Cherniaev, 10 de agosto de 1981, NSArch. **<<**



[17] Shubin, *Istoki Perestroiki,* 1, p. 63; Gorbachov, «Andropov», p. 24; Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* p. 414. **<<**

[18] Ouimet, *Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine,* p. 88. **<<**



[19] Diario de Cherniaev, 9 de febrero y 1 de marzo de 1980, NSArch. **<<**

[20] Carta de Brezhnev a Honecker (duplicada también en cartas a otros dirigentes comunistas de Europa Central), 4 de noviembre de 1980, SAPMO-BArch, J IY 2/202, Akt 500; para la reacción de líderes centroeuropeos, véase Kubina y Wilke, «*Hart und kompromisslos durchgreifen*», pp. 140-195. Véanse asimismo Tuma, «Czechoslovak Communist Regime and the Polish Crisis»; Tischler, «Hungarian Party Leadership and the Polish Crisis»; y Baev, «Bulgaria and the Political Crisis». **<<**



[21] Sesión del Politburo del PCUS, 10 de diciembre de 1981, NSArch; Voronkov, «Sobitiia 1980-1981 v Polshe», p. 119; comentarios de Jaruzelski, en las notas del autor tomadas en Jachranka. Véanse más detalles en Kramer, «Soviet Deliberations during the Polish Crisis», p. 165, y del mismo autor, «Jaruzelski, the Soviet Union, and the Imposition of Martial Law in Poland», pp. 5-39. **<<**

[22] Actas del Politburo del PCUS, 10 de diciembre de 1981, citado en Kramer, «Soviet Deliberations during the Polish Crisis», p. 165; Volkogonov, *Sem Vozhdei,* 2, pp. 99-101; Leonov, *Likholetie*, p. 212. **<<**



[23] Ouimet, *Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine*, p. 243. **<<**

[24] Para los costes, véase Shubin, *Istoki Perestroiki*, 9. Shubin cita las cifras obtenidas por G. Urushadze en los archivos del Kremlin. **<<**



[25] Para la reacción de Reagan, véase Thatcher, *Downing Street Years,* p. 253. Kuklinski huyó a Estados Unidos poco antes de que se produjera el golpe de estado; véase Kramer, «Colonel Kuklinski and the Polish Crisis», pp. 48-59. **<<**

[26] Schweizer, *Victory*; véanse asimismo Schweizer, *Reagan's War,* y Weinberger, *In the Arena.* **<<**



[27] *Pravda,* 23 de abril de 1982, citado en Garthoff, *Great Transition,* p. 62. **<<**

[28] Andrew y Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions,* pp. 67, 69; los testimonios desclasificados relativos a RYAN se estudian en Fischer, *Cold War Conundrum,* pp. 4-5; Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata. Kriticheskii Vzgliad na Vneshniuiu Politiku SSSR do i posle goda,* 14; Dobrinin, *In Confidence,* p. 522. **<<**



[29] Dobrinin, *In Confidence,* p. 482; *Pravda,* 16 de junio de 1982 y 12 de julio de 1982; Ustinov, *Otvesti ugrozu iademoi voini,* p. 7; Garthoff, *Great Transition,* pp. 56, 57. **<<**

[30] Fischer, *Cold War Conundrum,* pp. 9-10; comentarios del general Vladimir Slipchenko en Brown, notas del autor; Andrew y Gordievski, *Comrade Kryuchkov's Instructions,* pp. 69-85. **<<**



[31] Gates, *From the Shadows,* pp. 265, 266; comentarios de Robert MacFarlane en Brown, notas del autor, FitzGerald, *Way Out There in the Blue.* **<<**

[32] Velijov, «Nauka rabotaet na bezyadrnii mir», pp. 50-51; Sagdeev, *Making of a Soviet Scientist,* pp. 261-262, 273; comentarios de Nikolai Detinov en Brown, notas del autor; Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata*, pp. 32-33; Evangelista, *Unarmed Forces,* pp. 238-242. **<<**



[33] Gorbachev, «Andropov», pp. 18,25; véase asimismo Volkogonov, *Sem Vozhdei,* 2, pp. 139-143. **<<**

[34] Pechenev, *Gorbachev: k vershinam vlasti,* p. 54; Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* pp. 32-33; para la reacción de la opinión pública, véase Volkogonov, *Sem Vozhdei, 2,* p. 143. **<<**



[35] Reagan a Andropov, 11 de julio de 1983, y Andropov a Reagan, 27 de agosto de 1983, Executive Secretariat NSC, Head of the State file: URSS: Andropov, caja 38, RRPL; Alexandrov-Agentov, *Ot Kollontai,* pp. 282-283; Dobrinin, *In Confidence,* pp. 523, 530-532. **<<**

[36] Para la versión norteamericana del episodio del KAL-007, véase Pearson, *KAL-007.* Para los debates en el Kremlin, véanse las actas del Politburo de 2 de septiembre de 1983, en Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* pp. 438-441; véase asimismo Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* pp. 44-45, 49-50. **<<**



[37] Dobrinin, *In Confidence,* p. 500. **<<**

[38] El teniente coronel Stanislav Petrov, el oficial al mando en el centro de alerta de las defensas aéreas de Serpujov-15, creyó que se trataba de una falsa alarma y decidió no pasar el aviso para no dar una alerta nuclear. De haber actuado de otra manera, «es bastante probable que el Kremlin iniciara un ataque con misiles nucleares» basado en una falsa alarma; véase Zaloga, *Kremlin's Nuclear Sword,* p. 201. **<<**



[39] Información del CC del PCUS a los líderes del Pacto de Varsovia, copia enviada al secretario general del SED, Erich Honecker, probablemente el 1 o 2 de diciembre de 1983, NSArch. **<<**

[40] Información del CC del PCUS a los líderes del Pacto de Varsovia (otro borrador), aproximadamente del 1 de diciembre de 1983, NSArch. **<<**

[41] Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* p. 51. **<<**

[42] Comentarios de Oleg Grinevski en Brown, notas del autor. **<<**



[43] El grupo que constituía ese marco lo formaban el secretario de Estado, George Shultz, el consejero de Seguridad Nacional, Robert C. McFarlane, los ayudantes del CSN, Jack Matlock y Rick Burt, y Jeremy Azrael. Véase Jack Matlock, memorándum para Robert C. McFarlane, 24 de febrero de 1984, «U. S.-Soviet Relations: «Framework» Paper», Matlock Papers, caja 23, RRPL. Véase también Matlock, *Reagan and Gorbachev,* pp. 75-87; y *Autopsy on an Empire,* pp. 84-86. **<<**

[44] Palabras de Gromiko en el diario de Grinevski, 16 de enero de 1984, citado en Brown, notas del autor. También en Brown, Cherniaev dijo que el Departamento Internacional del CC «no comprendió» el significado del discurso de Reagan de enero de 1984. **<<**



[45] Dobrinin, *In Confidence,* p. 482. **<<**

[46] Observaciones personales del autor durante sus viajes académicos por la Unión Soviética en 1984-1986; véase también Gorbachov, «Otkrovennyi dialog o perestroike», *Izvestia,* 29 de abril de 1990, citado en English, *Russia and the Idea of the West,* p. 189. **<<**



[47] Actas del Politburo del CC del PCUS, 12 de julio de 1984, traducidas y publicadas en *CWIHP Bulletin,* n.º 4 (otoño de 1994); Pribitkov, *Apparat,* pp. 67-70; English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 186-191. **<<**

[48] *Izvestia,* 29 de abril de 1990. Los costes indirectos relacionados con defensa incluyen los costes de la producción industrial militar, los programas científicos, los servicios de inteligencia, etc. Lo del 40 por 100 aparece en Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, p. 334. **<<**

[49] La versión de los «debates» está en inglés, «Sources, Methods, and Competing Perspectives», p. 286; Fischer, *Cold War Conundrum,* p. 27; Vorotnikov, *A bylo eto tal,* pp. 59-62; Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* p. 17. **<<**

[50] «O rezhime rabote chlenov, kandidatov v chleni Politburo TsK KPSS, sekretarei TsK KPSS i zamestitelei Predsedatelia Soveta Ministrov SSSR», decisión del Politburo, 24 de marzo de 1983, Volkogonov Collection, LC; Pribitkov, *Apparat,* pp. 128-129. **<<**



[51] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, p. 264. **<<**

[52] Reddaway, «Khrushchev and Gorbachev», pp. 321-324; Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War,* pp. 175-179; Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva», pp. 51-53. Para Gorbachov como líder innovador de la transición, véase Glad y Shiriaev, *Russian Transformation.* **<<**



[53] Taubman, *Khrushchev,* p. 648. **<<**

[54] Los testimonios históricos no sostienen la tesis posterior de que Gorbachov fue elegido por un estrecho margen y tuvo que ocultar su potencial reformista radical a los conservadores. Para dicha tesis, véase Brown, *Gorbachev Factor,* pp. 69, 84, 122-123; Ligachev, *Incide Gorbachev's Kremlin,* pp. 69, 72-78; Pijoia, *Sovetskii Soiuz,* pp. 448-449; Pechenev, *Gorbachev: K vershinam vlasti,* p. 110. Las memorias de Gorbachov describen el proceso suave; Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, pp. pp. 265-270. Véanse asimismo las actas del Politburó de 11 de marzo de 1985, *Istochnik,* 0 (1993), pp. 34-75. **<<**



[55] Discurso de aceptación de Gorbachov de 11 de marzo de 1985, *Istochnik,* 0 (1993), pp. 74-75; Pijoia, *Sovetskii Soiuz.* **<<**

[56] Vorotnikov, *A bylo eto tak*, pp. 66-67; Pijoia, «Pochemu raspalsia SSSR?», p. 18. **<<**



[57] Gorbachov, *Zhizn i reformi*, 1, pp. 336-337, 338-342. Recientes investigaciones confirman que Gorbachov y su «equipo» emprendieron la campaña de disciplina de Andropov; véase Pijoia, *Sovetskii Soiuz*, pp. 454, 456, 457-463. **<<**

[58] Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* pp. 55-56, 86-89; Savelyev y Detinov, *Big Five,* pp. 31-53, 83-84. **<<**



[59] Gorbachov, *Zhizn i reformi*, 2, p. 7. **<<**

[60] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, pp. 288-289. Más tarde, cuando Gorbachev se vio inmerso en la crisis y los problemas nacionales, empezó a delegar los temas de asuntos exteriores en Shevardnadze. Para el papel de Shevardnadze, véase McGiffert Ekedahl y Goodman, *Wars of Eduard Shevardnadze.* **<<**



[61] Gromiko, *Andrei Gromyko v labirintakh Kremlia,* pp. 133-137. **<<**

[62] English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 212, 330; Matlock, *Reagan and Gorbachev,* p. 214. **<<**



[63] Para los orígenes del «nuevo pensamiento», véanse English, *Russia and the Idea of the West,* English, «Road(s) Not taken», pp. 256-257; y Yakovlev, *Muki prochteniia bytiia. Perestroika: nadezhdy i realnosti,* pp. 18, 188. **<<**

[64] Este grupo estaba integrado, entre otros, por Georgi Arbatov, Yevgeni Velijhov, Anatoli Cherniaev, Georgi Shajnazarov, Abel Aganbegian, y Tatiana Zaslvaskai. Véase Brown, *Gorbachev Factor,* pp. 97-103; para el papel desempeñado en un primer momento por Arbatov y Velijov, véanse Cherniaev, *Shest Let s Gorbachevim,* pp. 23, 24 (véase asimismo la versión de English, *My Six Years with Gorbachev*); Sagdeiev, *Making of a Soviet Scientist,* p. 266; y English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 201-202. **<<**



[65] Cherniaev, *Shest Let s Gorbachevim,* p. 41; Arbatov, *System,* pp. 321-322. **<<**

[66] Diario de Cherniaev, 11 de noviembre de 1982 NSArch; Sagdeev, *Making of a Soviet Scientist,* pp. 268-269. **<<**



[67] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, pp. 36-37, 42-51. **<<**

[68] Quizá antes, durante 1984, Gorbachov tuviera que tratar esporádicamente con temas nucleares cuando presidió de manera informal el Politburo y las sesiones de la secretaría mientras Chernenko estuvo hospitalizado. **<<**



[69] Información en Oleg Skvortsov basada en su entrevista a Oleg Baklanov, durante la conferencia sobre el fin de la Guerra Fría organizada por el Mershon Center, Ohio State University, 15-16 de octubre de 1999. **<<**

[70] Mijail Gorbachov en una entrevista concedida a Yuri Smirnov, 23 de agosto de 1994, Moscú, en *Science and Society: History of the Soviet Atomic Project,* p. 333. **<<**



[71] Gates, *From the Shadows*, para una versión de la «cruzada», que refleja el espíritu de la empresa, llevada a cabo por un partidario de ella, véase Schweizer, *Reagen's War.* **<<**

[72] Matlock, *Reagan and Gorbachev*, pp. 113-122. Anatoly Chernyaev, asesor en materia de política exterior de Gorbachov desde enero de 1996, no tuvo conocimiento del documento marco en cuatro partes de Matlock hasta 1997. **<<**



[73] Para la presión desde la base para abandonar Afganistán y la postura de los consejeros intelectuales, véanse los fragmentos del diario de Chernyaev de fecha 4 de abril, 20 de junio y 17 de octubre de 1985, *Svobodnaia Mysl* 11 (2002), pp. 39-41; Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, p. 276; Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 197-199. **<<**

[74] Cartas de Gorbachev a Reagan, 24 de marzo, 22 de junio, y 12 de septiembre de 1985, Executive Secretariat of the NSC, Head of State File: USSR: Gorbachev, caja 40, RRPL. **<<**



[75] Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* pp. 92, 622-623. En la edición rusa de sus memorias, Dobrinin ofrece un texto casi completo del borrador sobre líneas maestras aprobado por el Politburó con ciertas modificaciones. **<<**

[76] Gorbachov, *Zhizn i reformi, 2,* p. 15; diario de Cherniaev, notas sobre la conversación de Gorbachov correspondientes al 27 de noviembre de 1985, NSArch. Las palabras de Gorbachov sobre Reagan ante el Politburó aparecen en Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 655; Sagdeev, *Making of a Soviet Scientist,* p. 271. **<<**



[77] Cherniaev, «Fenomen Gorbachev v kontekste liderstva», p. 57. **<<**

[78] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, p. 293. **<<**



[79] Cherniaev, *Shest Lets Gorbachevim,* p. 152. **<<**

[80] English, *Russia and the Idea of the West,* p. 210. **<<**

[81] Gorbachov, *Political Report,* Garthoff, *Journey through the Cold War,* pp. 348-450. **<<**

[82] Diario de Cherniaev, 20 de marzo de 1986, NSArch. **<<**



[83] Garthoff, *Journey through the Cold War,* p. 350; Gates, *From the Shadows,* pp. 349-368; Bearden y Risen, *Main Enemy.* Más de diez años después Cherniaev admitiría que todavía no entendía las razones de una reacción tan hostil y desconfiada por parte de los dirigentes norteamericanos a las señales dadas por los soviéticos; véanse sus comentarios, Brown; y también Tannenwald, *Understanding the End of the Cold War.* **<<**

[84] Comentarios de Robert McFarlane sobre el SDI, Brown; Tannenwald, *Understanding the End of the Cold War.* **<<**



[85] Sesión del Politburo, 15 de abril de 1986, notas de Anatoli Cherniaev, AGF, f. 2, op. 1. **<<**

[86] Diario de Cherniaev, 20 de marzo y 3 de abril de 1986, NSArch. **<<**



[87] Reagan a Gorbachov, sin fecha, noviembre de 1985, tras la cumbre de Ginebra, Executive Secretariat of the NSC, Head of State File: USSR: Gorbachev, caja 40, RPL. **<<**

[88] Ajromeyevy Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* p. 72; comentarios del general Vladimir Slipchenko y notas del autor, Brown; Tannenwald, *Understanding the End of the Cold War,* sesión del Politburó de 24 de marzo de 1986, notas de Anatoli Cherniaev, AGF, f. 2, op. 1; Sagdeiev, *Making of a Soviet Scientist,* p. 272. **<<**



[89] Ideas de Gorbachov sobre la posibilidad de poner fin a la moratoria nuclear, 24 de marzo de 1986 en presencia de Viktor Chebrikov, del KGB, Shevardnadze, el director de la Comisión de Industria Militar Lev Zaikov, Dobrinin, Alexander Yakovlev, Vladimir Medvedev, y Cherniaev. Notas de Cherniaev, NSArch. **<<**

[90] Yaroshinska, *Chernobyl;* actas del Politburó de 28 y 29 de abril y 5 de mayo de 1986, en *Istochnik,* 5 (1996), pp. 87-103. **<<**



[91] English, *Russia and the Idea of the West,* pp. 215-216. **<<**

[92] Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* pp. 98-99. Jack Matlock dice que esa misma transformación la experimentó Yazov, ministro soviético de Defensa desde mayo de 1987, en *Autopsy of an Empire,* p. 137. **<<**



[93] Cherniaev *et al., V Politbiuro TsK KPSS,* p. 43; notas de Cherniaev sobre la reunión del CC del Politburó de 3 de julio de 1986, copia archivada en NSArch. **<<**

[94] Relación del discurso de Gorbachov, *Godi Trudnikh Reshenii,* pp. 48, 50. **<<**



[95] Notas del autor sobre los comentarios de Grinevski, Brown; Tannenwald, *Understanding the End of the Cold War.* **<<**

[96] English, *Russia and the Idea of the West;* p. 212. **<<**



[97] «Zapis besedi M. S. Gorbacheva s prezidentom F. Mitterranom», 7 de julio de 1986, AGF. **<<**

[98] Cherniaev, *Shest Lets Gorbachevim,* pp. 137-138. **<<**



[99] «Zapis besedi M. S. Gorbacheva s prezidentom SshA R. Niksonom», 17 de julio de 1986, AGF. **<<**

[100] Cherniaev *et al., V Politbiuro TsK KPSS,* pp. 66, 77, 96, 103, 169. **<<**

[101] Gorbachev, *Zhizn i reformi,* 1, p. 306. **<<**

[102] Para el mejor relato de los antecedentes de todo esto, véase Matlock, *Reagan and Gorbachev*, pp. 197-202. **<<**



[103] Gorbachov a Reagan, 15 de septiembre de 1986, Executive Secretariat of the NSC, Head of State File: USSR: Gorbachev, caja 40, RRPL. **<<**

[104] La única fuente es Ajromeyev, que no indica la fecha, pero sí comenta que el borrador de la nueva doctrina estuvo preparado poco después de la cumbre de Reikiavik, lo que significa que los militares empezaron a trabajar en él *antes* de dicha cumbre; véase Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* pp. 121, 125. **<<**



[105] Thatcher, *Downing Street Years,* pp. 470-471; Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 2, pp. 26-27. **<<**

[106] Sesiones del Politburó de 4 y 18 de octubre de 1986; notas de Anatoli Cherniaev, AGF; Brown, *Gorbachev Factor,* p. 226. **<<**



[107] «Zapis besedi M. S. Gorbacheva s prezidentom F. Mitteranom», 7 de julio de 1986, AGF; Brown, *Gorbachev Factor,* p. 226. **<<**

[108] «Ustanovki Gorbacheva gruppe po podgotovke Reikjavika», notas de Cherniaev, 4 de octubre de 1986, NSArch. **<<**



[109] Informes de las conversaciones Gorbachov-Reagan en la cumbre de Reikiavik, 11-12 de octubre de 1986, publicados en *Mirovaia ekonomika i mezhdunarodniie otnosheniia* pp. 4, 5, 7, 8 (1993); traducidos parcialmente en FBIS-USR-93-087, 12 de julio de 1993, pp. 1-6, y FBIS-USR-93-113, 30 de agosto de 1993, pp. 1-11. **<<**

[110] Conversaciones Gorbachov-Reagan en la cumbre de Reikiavik, conversación matutina de 11 de octubre de 1986, en *Mirovaia ekonomika i mezhdunarodniie otnosheniia* 4 (1993), pp. 81-83. **<<**



[111] Shultz, *Turmoil and Triumph,* pp. 760, 765. **<<**

[112] Conversaciones Gorbachev-Reagan en la cumbre de Reikiavik, tarde del 12 de octubre de 1986, en *Mirovaia ekonomika i mezhdunarodniie otnosheniia,* 8 (1993), pp. 68-78; los informes norteamericanos aún no han sido desclasificados, pero se citan en Shultz, *Turmoil and Triumph,* pp. 767-773; Matlock, *Reagan and Gorbachev,* p. 229. Para una visión crítica de los antecedentes norteamericanos, véase FitzGerald, *Way Out There in the Blue.* **<<**



[113] Para el último punto, véase Matlock, *Reagan and Gorbachev,* pp. 232-238. **<<**

[114] Notas de Cherniaev a propósito de lo que pensaba Gorbachev de la cumbre de Reikiavik, 12 de octubre de 1986, 1986, AGF. **<<**



[115] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 2, p. 27; Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* p. 120; Dobrinin, *In Confidence,* p. 606. **<<**

[116] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, pp. 312, 348. **<<**



[117] Reunión de 1 de diciembre de 1986, «O direktivakh delegatsii SSSR na peregovorakh po SNV v Zheneve», notas de Cherniaev, NSArch. **<<**

[118] Ibídem. **<<**



[119] Ibídem; Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata*, p. 127. **<<**

[120] Reunión de 1 de diciembre de 1986, «O direktivakh delegatsii SSSR na peregovorakh po SNV v Zheneve», notas de Cherniaev, NSArch. **<<**



[121] Entrevista a Vladimir Kriuchkov por Oleg Skvortsov, 13 de octubre y 7 de diciembre de 1998, OHPECW. **<<**

[122] Cherniaev, *Shest Lets Gorbachevim,* p. 69; Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva», pp. 50-51, 53; Dobrinin, *Sugubo doveritelno,* p. 653. **<<**



[123] Cordovez y Harrison, *Out of Afghanistan;* véase asimismo Crile, *Charlie Wilson's War.* **<<**

[124] Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 200-203; notas de Cherniaev y de Vadim Medvedev sobre los debates del Politburo, 21-22 de enero, 28 de febrero, 7 de mayo, 21-22 de mayo de 1987. **<<**



[125] Cordovez y Harrison, *Out of Afghanistan,* pp. 246-248. **<<**

[126] Véanse los informes relativos a las conversaciones mantenidas por Gorbachov con Fidel Castro, 2 de marzo de 1986, con Mengistu Haile Mariam el 17 de abril de 1987 y con Rajiv Ghandi el 2-3 de julio de 1987, AGF. **<<**



[127] Matlock*, Autopsy on an Empire,* p. 106. Se siguieron interfiriendo las emisiones de signo exacerbadamente anticomunista de Radio Liberty, cuya sede se hallaba en Munich. **<<**

[128] La opinión de Cherniaev es que Gorbachov dejó de considerar la cuestión de los derechos humanos una concesión a las necesidades de la política exterior sólo cuando decidió transformar el sistema político de la URSS en la primavera de 1988 (comentarios en el curso de una conversación con el autor, Providence, R. I., 8 de mayo de 1998). Informes del KGB de 1985, 1986, 1987, NSArch; véase asimismo Garthoff, «KGB Reports to Gorbachev», pp. 224-244. **<<**



[129] Pijoia, «Pochemu pasralsia SSSR?» **<<**

[130] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 1, pp. 346, 349, 351. **<<**



[131] Esa cifras las dan Gorbachov y otros miembros del Politburó, según las notas de Cherniaev en las reuniones del Politburó de 29 de mayo, 23 de octubre y 1 de diciembre de 1986, NSArch. **<<**

[132] Para los gastos de defensa de la URSS, véanse los cálculos de los economistas Yu D. Masliukov y E. S. Glubokov, en Minaiev, *Sovetskaia voiennaia moshch ot Stalinina do Gorbacheva*, pp. 105-106; reuniones del Politburó de 30 de octubre de 1986 y 23 de abril de 1987, notas de Cherniaev, NSArch. Véase asimismo Rizhkov, *Desiat let velikikh potriasenii,* pp. 184-192; Vorotnikov, *A bylo eto tik,* pp. 130-131, 164-168; Cherniaev *et al., V Politbiuro TsK KPSS,* pp. 102-103, 169-172. En cuanto a la falta de preparación del Politburó para afrontar la crisis, véase Gaidar, *Gibel imperii,* pp.235-246, 306, 310-311. **<<**



[133] Reunión del Politburó de 26 de febrero de 1987, notas de Cherniaev, NSArch. **<<**

[134] Informe de la conversación mantenida por Gorbachov y Andreotti, 27 de febrero de 1987, AGF. **<<**



[135] Reunión del Politburó del 23 y el 26 de febrero de 1987, notas de Cherniaev, NSArch; para la idea de Gorbachov de intentar «desalojar al mayor número posible de soldados norteamericanos de Europa Occidental», véanse Dobrinin, *In Confidence*, p. 570, y del mismo autor, *Sugubo doveritelno,* p. 607. **<<**

[136] Véase Ajromeyev y Kornienko, *Glazami Marshala i Diplomata,* 130-133. Otra «concesión» y «equivocación» ampliamente criticada fue el acuerdo adoptado durante la cumbre celebrada en Washington en diciembre de 1987 de desmantelar los misiles SS-20 desplegados en Asia (para equilibrar las armas nucleares de chinos y norteamericanos); véase Dobrinin, *Sugubo doveritelno*, 656-657. Una interpretación distinta es la que dan Gorbachov, *Zhizn i reformi,* 2, pp. 35-49; y Shultz, *Turmoil and Triumph,* pp. 889-895. **<<**



[137] Anotaciones de Cherniaev en el Consejo de Defensa, 8 de mayo de 1987, AGF; Odom, *Collapse of the Soviet Military,* pp. 112-114. Odom se equivoca al situar el cambio en el otoño de 1987, cuando Gorbachov publicó su libro *Perestroika.* **<<**

[138] Cherniaev, «Fenomen Gorbachev v kontekste liderstva», p. 53. **<<**



[139] Por aquel entonces yo era investigador en el Instituto de Estudios de Estados Unidos y Canadá de Moscú, y recuerdo que mucha gente de este centro interpretó ese discurso como una señal evidente de que iba a revisarse el pensamiento de la política interior y exterior de la URSS. **<<**

[140] Cherniaev, *Shest Lets Gorbachevim,* p. 191. **<<**



[141] Este párrafo esta basado en las recopilaciones del intérprete de Gorbachov, Igor Korchilov, que aparecen en su libro *Translating History,* pp. 35, 42-43. **<<**

[142] Compárese con Ouimet, *Rise and Fall of the Brezhnev Doctrine,* p. 7. **<<**



[1] Véanse, por ejemplo, Lebow, «Long Peace», pp. 249-277; Gaddis, «International Relations Theory», pp. 5-58; Wohlforth, «Realism and the End of the Cold War», pp. 91-129; Hopf, «Getting the End of the Cold War Wrong», pp. 202-208; Risse-Kappen, «Did “Peace Through Strength” End the Cold War?», pp. 160-188; Tannenwald y Wohlforth, «Role of Ideas», pp. 3-12; y English, «Sociology of New Thinking», pp. 43-80. **<<**

[2] Lévesque, *Enigma of 1989,* p. 252. **<<**



[3] Brown, *Gorbachev Factor,* p. 317. Para otras obras que ponen de relieve la personalidad de Gorbachov, véanse Greenstein, «Reagan and Gorbachev»; y Matlock, *Reagan and Gorbachev.* **<<**

[4] Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva»; véanse asimismo sus libros *Shest Lets Gorbachevim y 1991 god.* **<<**



[5] Volkogonov, *Sem Vozhdei,* 2, pp. 322-323. Puede verse una relación de los debates intelectuales en torno al papel de Gorbachov en Guerra, *Urss,* pp. 131-160. **<<**

[6] Boldin, *Krusheniie pedestala;* Ligachev, *Zagadka Gorbacheva;* Vorotnikov, *A bylo eto tak,* Rizhkov, *Desiat let velikikh potrayseniv,* Rizhkov, *Perestroika;* Kriuchkov, *Lichnoie delo;* Leonov, *Lokholetie*; Medvedev, *Chelovek za spinor,* Shenin, *Rodino ne prodaval,* Ajromeyev y Kornienko, *Glazami marshala i diplomata,* Kornienko, *Kholodnaiia voina;* Falin, *Politische Erinnerungen,* Pechenev, *Gorbachev*; Pechenev, *Vzlet i padeniie Gorbacheva*; Gromiko, *Andrei Gromyko v labirintakh Kremlia;* Yeltsin, *Ispoved na zadannuiu temu;* Dobrinin, *In Confidence,* y la edición rusa de la obra *Sugubo doveitelno.* Además he utilizado las transcripciones de las entrevistas con los funcionarios rusos incluidas en OHPECW. **<<**



[7] Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva»; véase asimismo sus libros *Shest lets Gorbachevim y 1991 god;* Shajnazarov, *Tsena Svobody* Medvedev, *V komande Gorbacheva;* Medvedev, *Raspad;* Yakovlev, *Predisloviie, obval, posleslovie;* Shevardnadze, *Moi vybor v zaschitu demokratii i svobody,* Grachev, *Dalshe bez menya;* Grachev, *Kremlevskaia khronika;* Palazhchenko, *My Years with Gorbachev and Shevardnadze.* Además de estas fuentes, he utilizado los materiales de las «conferencias de historia oral» sobre el fin de la Guerra Fría, con la participación de algunos de estos mismos personajes. Véanse Tannenwald, *Understanding the End of the Cold War, y* su artículo «End of the Cold War in Europe». **<<**

[8] Brutents, *Nesbyvsheesia,* p. 651. **<<**



[9] Gorbachov, *Zhizn i reformi,* vols. 1 y 2; Gorbachov, *Avgustovskii putch*; Gorbachov, *Dekabr-91.* Véase asimismo su conversación con los intelectuales rusos en su libro *Perestroika.* **<<**

[10] Furman, «Fenomen Gorbacheva», p. 62. **<<**



[11] Ligachev, *Inside Gorbachev's Kremlin,* pp. 126, 128. La traducción literal del título ruso de la obra sería «El enigma Gorbachov». **<<**

[12] Véase Brooks y Wohlforth, «Economic Constraints and the End of the Cold War», pp. 273-309. **<<**



[13] Oleg Grinevski, destacadísimo oficial soviético encargado de las negociaciones sobre armamento, sostiene que el Kremlin planeó incluso como segunda alternativa repetir el «escenario cubano» de 1962 en respuesta al despliegue de los Pershing norteamericanos en Alemania Occidental, haciendo despliegues igualmente provocativos de su propio armamento en la proximidad inmediata de Estados Unidos. Grinevski, «Understanding the End of the Cold War». Georgi M. Kornienko cree que se trata de un delirio de la imaginación de Grinevski. Conversación telefónica entre el autor y Kornienko, Moscú, 29 de junio de 2002. **<<**

[14] Cherniaev en Grinevski, «Understanding the End of the Cold War», pp. 77, 78. **<<**



[15] Gates, *From the Shadows,* pp. 330-334, 335-340. **<<**

[16] Cherniaev en Grinevski, «Understanding the End of the Cold War», p. 78. **<<**



[17] Por supuesto, la «vía china» no era el término que usaban los soviéticos en los años ochenta. Por aquel entonces el alcance y la dirección de las reformas económicas introducidas por Deng Xiaoping en 1978 todavía no estaban claros. **<<**

[18] Gates, *From the Shadows,* pp. 385-388, 439; Shultz, *Turmoil and Triumph,* especialmente p. 765; Bush y Scowcroft, *World Transformed,* véase asimismo el análisis que aparece en Garthoff, *Great Transition.* **<<**



[19] Reuniones del Politburó, 4 y 8 de octubre de 1986, notas de Cherniaev, AGF, f. 2, op. 1. **<<**

[20] Michael Ellman y Vladimir Kantorovich llegan de forma muy convincente a la conclusión de que «la URSS murió, contra los deseos de su líder, a manos de la política, no de la economía. La causa inmediata de la muerte, la disolución de la Unión, fue fruto de la cadena de acontecimientos desencadenados por Gorbachov a partir de 1985». *Destruction of the Soviet Economic System,* pp. 26, 22-23, 165-169. Véase asimismo su artículo «Collapse of the Soviet System». Esta conclusión es corroborada por Gaidar, *Gibel imperii.*
<<

[21] La documentación sobre la ayuda soviética a todos estos países conservada en RGANI, f. 89, puede encontrarse en NSArch. **<<**

[22] Furman, «Fenomen Gorbacheva», pp. 70-71. **<<**



[23] Brown, *Gorbachev Factor,* pp. 59, 220-230. **<<**

[24] Comunicación oral de Geoffrey Howe, en Strober y Strober, *Reagan,* p. 327. **<<**



[25] Furman, «Fenomen Gorbacheva», p. 71. **<<**

[26] A comienzos de marzo de 1988, el periódico *Rusia Soviética* publicó un artículo de «una profesora de la universidad de Leningrado», Nina Andreieva, que llevaba por título «No puedo renunciar a mis principios». Enseguida se convirtió en un manifiesto de las fuerzas que se oponían a la radicalización de las reformas. Algunos miembros del Politburó, entre ellos Yegor K. Ligachev, fomentaron ese proceso. Gorbachov se hallaba en aquellos momentos de viaje por el extranjero, pero cuando volvió a Moscú, remitió el asunto al Politburó y utilizó el «caso Andreieva» como pretexto para derrotar a las fuerzas conservadoras. **<<**



[27] Reunión del Politburó, 24-25 de marzo de 1988, notas de Cherniaev, AGF, f. 2, op. 1. **<<**

[28] Reunión del Politburó, 24-25 de marzo de 1988, notas de Cherniaev, NSArch. **<<**



[29] Cherniaev, *1991 god,* pp. 15-16. **<<**

[30] Kozlova, *Gorizonti podsednevnosti Sovetskoi epokhi.* **<<**



[31] Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva», p. 52. **<<**

[32] Shajnazarov, *Tsena Svobody,* 47; Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva», 66; véase asimismo Vladimir Shemiatenkov, subdirector del Departamento de Cuadros del CC del PCUS durante 1985-1988, quien da a entender que Gorbachov era demasiado bueno para la sociedad soviética. Entrevista de Oleg Skvortsov a Shemiatenkov, 18 de noviembre de 1998, OHPECW. **<<**



[33] Cherniaev, *Shest Lets Gorbachevim,* pp. 278, 280. **<<**

[34] Entrevista de Oleg Skvortsov a Ligachev, Moscú, 17 de diciembre de 1998, OHPECW. **<<**



[35] Medvedev, *Chelovek za spinoi,* pp. 214-215, 225; entrevista de Oleg Skvortsov a Valeri Boldin, Moscú, 24 de febrero de 1999, OHPECW. **<<**

[36] Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva», p. 59. **<<**



[37] Furman, «Fenomen Gorbacheva», pp. 65-67. **<<**

[38] Cherniaev, «Fenomen Gorbacheva v kontekste liderstva»; p. 56; véase asimismo su libro *Shest Lets Gorbachevim,* pp. 241, 343. **<<**



[39] Furman, «Fenomen Gorbacheva», p. 67. **<<**

[40] *Perestroika desiat let spustia,* pp. 102-103; las últimas palabras de Gorbachev dan credibilidad a la versión de Ligachev y Boldin acerca del enfrentamiento político a partir de 1986 entre Gorbachov y los cuadros del partido, que fue el *resultado* de la liberalización política y la democratización del régimen soviético. **<<**



[41] Este importante debate no puede resolverse a partir de la bibliografía y la documentación existente en la actualidad. Es bien cierto que cuando Gorbachov introdujo «elementos de democracia» en el partido, posibilitó a los plenos del CC echarlo del poder. Pero tanto entonces como mucho después (incluso en 1990) fue capaz de imponerse de modo harto decisivo sobre los críticos de su gestión que había dentro del partido. **<<**

[42] Odom, «Sources of “New Thinking” in Soviet Politics», p. 150; Ligachev, *Inside Gorbachev’s Kremlin,* p. 128. **<<**



[43] Entrevista de Oleg Skvortsov a Ligachev, Moscú, 17 de diciembre de 1998, OHPECW. **<<**

[44] Entrevistas de Oleg Skvortsov a Kriuchkov, Moscú, 13 de octubre y 7 de diciembre de 1998, OHPECW. **<<**



[45] Notas de Cherniaev, 31 de octubre de 1988, AGF; véase asimismo Palazhchenko, *My Years with Gorbachev and Shevardnadze,* pp. 103-104. **<<**

[46] El 21 de enero de 1989 dijo al Politburo que Kissinger aludía a la idea de una dominación conjunta de Europa por parte de Estados Unidos y la URSS. «Deberíamos trabajar también sobre este tipo de asuntos», concluyó Gorbachov, «pero de forma que no se produzcan filtraciones», para que los europeos no lo vieran como «una conspiración de la Unión Soviética y Estados Unidos contra Europa». Notas de Cherniaev, AGF. Cherniaev cree que Gorbachov no estaba interesado en la propuesta de Kissinger. «End of the Cold War in Europe», pp. 158-159. **<<**



[47] Rey, «“Europe is Our Common Home”», pp. 33-65. **<<**

[48] Entrevista de Oleg Skvortsov a Sergei Tarasenko, Moscú, 19 de marzo de 1999, OHPECW. **<<**



[49] Para el papel trascendental que tuvo el aislamiento en la estabilidad del régimen soviético, véanse Connor, «Soviet Society», pp. 43-80; y Furman, «Fenomen Gorbacheva», pp. 68, 70-71. **<<**

[50] Cherniaev, *1991 god,* pp. 11-12. **<<**



[51] Entrevista de Oleg Skvortsov a Valeri Boldin, Moscú, 14 de febrero de 1999, OHPECW; Ligachev, *Inside Gorbachev's Kremlin,* pp. 126, 127. **<<**

[52] Dobrinin, *In Confidence,* pp. 624-627. **<<**



[53] Ibídem, p. 627. **<<**

[54] Comunicación personal de Kornienko al autor, Moscú, 18 de octubre de 1996. **<<**



[55] Furman, «Fenomen Gorbacheva», pp. 71-72. **<<**

[56] Matlock, *Autopsy o fan Empire,* pp. 16, 672. **<<**



[57] Lévesque, *Enigma of 1989,* p. 252; véase asimismo Bennett, *Condemned to Repetition?* **<<**

[58] Gromiko, *Andrei Gromyko v labirintakh Kremlia,* pp. 182, 184. **<<**



[59] Entrevista a Alexander Yakovlev y a Andrei Grachev citada por Archie Brown en *Gorbachev Factor,* 383-384; Yegorov, *Out of a Dead End into the Unknown*; Shajnazarov, *Tsena Svobody,* p. 147. **<<**

[60] *Perestroika desiat let spustia,* pp. 29-30, 60. **<<**



[61] Notas de Cherniaev y Medvedev en la sesión del Politburo, 11 de mayo de 1989. Discusión del memorándum de seis miembros del Politburo sobre la situación en las repúblicas bálticas, AGF, f. 4, op. 1; véase asimismo Veber, *Soiuz mozhno bilo sokhranit,* pp. 52, 55. **<<**

[62] Expediente soviético de la cumbre de Malta, AGF, f. 4, op. 1; Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed,* p. 129. **<<**



[63] *Perestroika desiat let spustia,* p. 19. **<<**

[64] Entrevista de Oleg Skvortsov a Ligachev, Moscú, 17 de diciembre de 1998, OHPECW. **<<**

[65] Odom, *Collapse of the Soviet Military.* **<<**

[66] Lévesque, *Enigma of 1989,* p. 2. **<<**



[67] Entrevista de Oleg Skvortsov a Ligachev, Moscú, 17 de diciembre de 1998, OHPECW; para el proceso de bloqueo de los elementos «conservadores», estructuras del partido y otros actores burocráticos para que no intervinieran en el área de política exterior, véase McGiffert Ekedahl y Goodman, *Wars of Eduard Shevardnadze,* pp. 71-98. **<<**

[68] Kramer, «Collapse of East European Communism», Primera parte, 178-256, y Segunda parte, pp. 3-64. **<<**



[69] Los textos de todos estos informes están en NSArch; Lévesque, *Enigma of 1989,* 68-90; Shajnazarov, *Tsena Svobody,* p. 369. **<<**

[70] Véanse Vladislav Zubok, «New Evidence on the Soviet Factor in the Peaceful Revolution of 1989», *CWIHP,* n.º 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 10; y Gaidar, *Gibel imperii,* p. 245. **<<**



[71] Informe de la conversación mantenida por M. S. Gorbachov y el miembro del CC del Partido Socialista de los Trabajadores de Hungría y presidente del Consejo de Ministros de la República Popular de Hungría, Miklos Nemeth, 23 de marzo de 1989, notas de Cherniaev, NSArch. **<<**

[72] Conversación del autor con Rakowski de 8 de abril de 1999, en la conferencia con motivo del aniversario de la mesa redonda sobre Polonia de 1989, organizada por la Universidad de Michigan, Ann Arbor. Rakowski dijo también a Lévesque que Gorbachov se negó a verlo en Moscú para evacuar consultas con él. Véase Lévesque, *Enigma of 1989,* p. 125. **<<**



[73] Existen intrigantes pruebas de que así fue en las memorias del último embajador soviético en la RDA, Viacheslav Kochemasov, véase su libro *Meine letzte Mission,* pp. 168-169. Kochemasov afirma que fue decisión suya ordenar al comandante de las fuerzas soviéticas que se abstuviera de intervenir durante la trascendental manifestación de Leipzig. Sergei Tarasenko informó de las actividades de Shevardnadze en Nueva York en Musgrove I, transcripción, p. 98. **<<**

[74] Musgrove I, transcripción, p. 79. **<<**



[75] Bush y Scowcroft, *World Transformed,* p. 135. **<<**

[76] Citado en Talbott y Beschloss, *At the Highest Levels,* pp. 73-100. Véase, por ejemplo, el análisis elaborado por Fritz Ermarth, National Intelligence Council, CIA, «The Russian Revolution and the Future Russian Threat to the West», 18 de mayo de 1990, desclasificado y colgado por Ermarth en la Johnson Russia List, Center for Defense Information, 30 de junio de 1999, http://www.cdi.org/russia/johnson/. Véanse asimismo los informes «Rising Political Instability under Gorbachev: Understanding the Problem and Prospects for Resolution, an Intelligence Assessment», Directorate of Intelligence, abril de 1989, y «Gorbachev's Domestic Gambles and Instability in the USSR, an Intelligence Assessment», septiembre de 1989, documentos ambos desclasificados por exigencia de la Ley de Libertad de Información, NSArch. Bush y Scowcroft subrayan que las reuniones de Bush en Polonia tuvieron un papel decisivo para salir del peligroso punto muerto en que se encontraban las relaciones políticas entre Jaruzelski y Solidaridad. *World Transformed*, pp. 117-123. La noticia cuenta con el respaldo pleno del propio Jaruzelski; véase su libro de memorias, *Les chaines et le refuge,* p. 337; Lévesque, *Enigma of 1989,* p. 123. **<<**



[77] Baker, *Politics of Diplomacy,* pp. 144-152; Bush y Scowcroft, *World Transformed*; p. 173. **<<**

[78] Para las relaciones entre la URSS y la RFA antes de la visita de Kohl, véase Smyser, *From Yalta to Berlin,* pp. 304-313, 316. **<<**



[79] Tercera conversación de M. S. Gorbachov con el canciller de la RFA, Helmut Kohl (cara a cara), Bonn, 14 de junio de 1989, notas de Cherniaev, proporcionadas por éste al NSArch. **<<**

[80] Conversaciones del canciller Kohl y del ministro de Exteriores Genscher con el presidente Nemeth y el ministro de Exteriores Horn, Palacio Gymnich, 25 de agosto de 1989, publicadas en Clusters y Hoffmann, *Dokumente zur Deutschlandspolitik,* pp. 377-382. **<<**



[81] Entrevista de Jacques Lévesque a Laszlo Kovacs, Budapest, 2 de mayo de 1992, citada en su libro *Enigma of 1989,* p. 153. **<<**

[82] Conversación de Gorbachov con Honecker, 7 de octubre de 1989, AGF, proporcionada por Cherniaev al NSArch. **<<**



[83] Medvedev, *Raspad*, p. 171; notas de Cherniaev, 5 de octubre de 1989, AGF, f. 2, op. 2. **<<**

[84] Medvedev, *Raspad,* p. 191. **<<**



[85] Kuzmin, *Khrushcnie GDR,* pp. 112-113. **<<**

[86] Notas de Cherniaev, 5 de octubre de 1989, AGF, f. 2, op. 2; Vladislav Zubok, «New Evidence on the Soviet Factor in the Peaceful Revolution of 1989», *CWIHP,* n.º 12/13 (otoño/invierno de 2001), p. 13; Cherniaev *et al., V Politbiuro TsK KPSS,* p. 524. **<<**



[87] Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed,* p. 83. **<<**

[88] Vorotnikov, *A bylo eto tak*, pp. 301, 304-305. **<<**



[89] Ibídem, p. 308. **<<**

[90] La exposición más completa puede verse en Hettle, *Chronik des Mauerfalls,* pp. 233-237; véase asimismo Igor Maksimichev, «Berlinskaia stena: Eio padeniie glazami ochevidtsa», *Nezavisimaia gazeta,* 10 de noviembre de 1993; Kochemasov, *Meine letzte Mission,* p. 185; Kuzmin, *Khrushcnie GDR,* p. 60. **<<**



[91] Lévesque, *Enigma of 1989,* pp. 162-165. **<<**

[92] Vorotnikov, *A bylo eto tak,* pp. 311-318; Veber, *Soiuz mozhno bilo sokhranit,* pp. 75-77. **<<**



[93] Shajnazarov, *Tsena Svobody,* p. 353. **<<**

[94] Lévesque, *Enigma of 1989,* pp. 83, 178-181, 255. Los embajadores y los jefes de los servicios de inteligencia soviéticos en las capitales de Europa Central, así como algunos visitantes soviéticos bien informados (por ejemplo, Vadim Zagladin, que visitó Checoslovaquia en 1989), advirtieron repetidamente a Moscú de la grave situación reinante. Al mismo tiempo, nadie habría podido prever qué carácter o qué dirección iban a tomar las revoluciones de Europa Central. **<<**



[95] Dobrinin, *In Confidence,* pp. 627-628, 630-631; comunicación personal del autor con Dobrinin, Moscú, 18 de junio de 1999; véase asimismo Kornienko, *Kholodnaiia voina,* pp. 261-268. **<<**

[96] Baker, *Politics of Diplomacy,* pp. 144-152; Bush y Scowcroft, *World Transformed,* p. 173. **<<**



[97] Informe de la reunión citado en Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed,* pp. 298-399. **<<**

[98] Bush y Scowcroft, *World Transformed,* p. 317. **<<**

[99] Informe soviético de la entrevista con el presidente norteamericano George Bush (conversación cara a cara), 2 de diciembre de 1989, AGF. Pavel Palazhchenko, que hizo de intérprete durante esta conversación, comentó al autor la reacción de sobresalto de Gorbachov, véase asimismo Bush y Scowcroft, *World Transformed;* p. 165. **<<**

[100] Informe soviético de la entrevista con el presidente norteamericano George Bush (conversación cara a cara), 2 de diciembre de 1989, AGF. **<<**



[101] Esta expresión procede del tratado bilateral firmado por Alemania y la Unión Soviética en Rapallo, Italia, en 1922, a espaldas de las grandes potencias europeas. **<<**

[102] Kvitsinski, *Vor dem Storm,* pp. 16-17; Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed,* pp. 124-125; informe de la reunión sobre Alemania celebrada en el CC del PCUS el 18 de enero de 1990, diario de Cherniaev, NSArch. **<<**



[103] Zelikow y Rice, *Germany Unified and Europe Transformed.* **<<**

[104] Para el «imperio» soviético interno y las razones de su inestabilidad, véase Zaslavski, «Nationalism and Democratic Transition in Postcommunist Societies», pp. 99-119; véase asimismo su artículo «Collapse of Empires»; Tuminez, «Nationalism Ethnic Pressures, and the Breakup of the Soviet Union», pp. 81-136. **<<**



[105] Conversación del autor con Georgi Shajnazarov, Jachranka (Polonia), 9 de noviembre de 1997. **<<**

[106] Para más detalles, véase Cherniaev, *1991 god,* pp. 186-207; véase asimismo *Putch: khronikka trevozhnikh dnei.* **<<**

[107] El mejor estudio de esta caída es Gaidar, *Gibel imperii*, capítulos 6 y 7, especialmente pp. 318, 332, y 344. **<<**

[108] Matlock, *Autopsy of an Empire,* 551-559; Brown, *Gorbachev Factor,* p. 291. **<<**

[109] Odom, *Collapse of the Soviet Military,* Taylor, «Soviet Military and the Desintegration of the USSR», pp. 17-66. **<<**

[110] Matlock, *Autopsy 0 fan Empire,* pp. 612-647; Dunlop, *Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire.* Como mejor estudio en ruso, véase Pijoia, *Sovetskii Soiuz.* **<<**



[111] Trubetskoi, *Minuvshee,* pp. 109, 110. **<<**

[112] Afanasyev, *Sovetskoie obshchestvo,* 2, pp. 560, 562. **<<**



[1] Véase este punto en Westad, *Global Cold War, 4,* pp. 396-397. **<<**

[2] *Parallel History Projects of NATO and the Warsaw Pact: Annual Report, 2003,* p. 9. **<<**



[3] Brudny, *Reinventing Russia,* p. 58; Grushin, *Chetyre zhizni Roíz v zerkale oprosov obshchestvennogo mneniia,* pp. 843, 876. **<<**

[4] Véase Nuri y Zubok, «Ideology», pp. 73-110. **<<**



[5] Véase Logevall, «Bernath Lecture», pp. 475-484. **<<**

[6] Vladislav Zubok, «Reagan the Dove: Soft Power», *New Republic,* 21 de junio de 2004, pp. 11-12. **<<**



[7] Este punto queda expresado de forma elocuente en Malia, *Soviet Tragedy,* pp. 50-78. **<<**